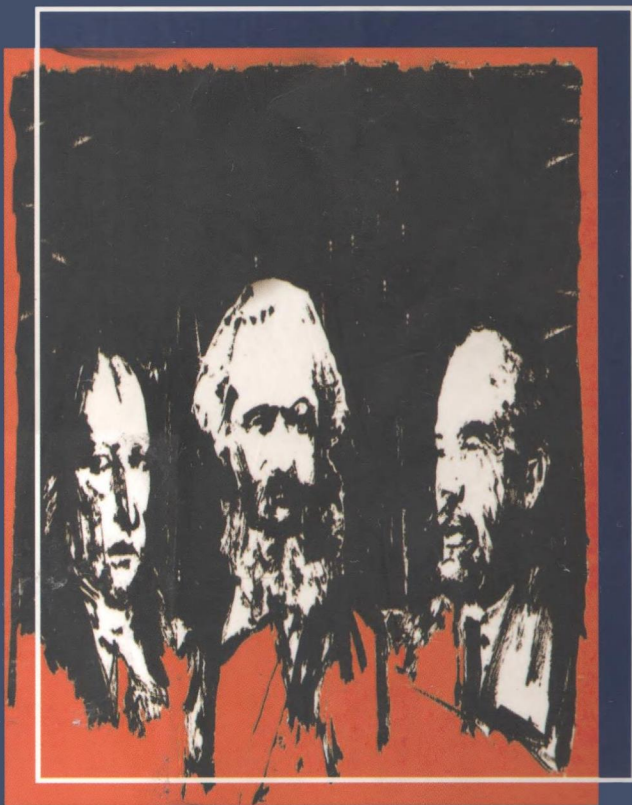


Marxismo y libertad

Desde 1776 hasta nuestros días

Raya Dunayevskaya



Marxismo y Libertad

Desde 1776 hasta nuestros días

de Raya Dunayevskaya

Marxismo y Libertad: Desde 1776 hasta nuestros días de Raya Dunayevskaya.

Título original en inglés: Marxism and Freedom... from 1776 to Today By Raya Dunayevskaya (1958)

*Traducción revisada por Félix Valdés García,
Miguel de Armas y Miguel Ángel de Armas*

Impreso en México.

Índice

Prefacio de Herbert Marcuse (1957)	27
Introducción especial a la edición mexicana de <i>Marxismo y libertad</i> (por Raya Dunayevskaya, 1975)	33
Introducción para <i>Morningside Edition</i> . Dialéctica de la revolución: Las raíces americanas y el mundo de conceptos humanistas de Marx	39
Prefacio a la edición de 1982	51
Introducción a la segunda edición	55
Introducción a la primera edición	61

Primera Parte

De la práctica a la teoría: de 1776 a 1848

Capítulo 1. La época de las revoluciones: la industrial, la socio-política y la intelectual	67
Capítulo 2. La economía política clásica, las sublevaciones obreras y los socialistas utópicos	87
Capítulo 3. Un nuevo humanismo: los primeros <i>Manuscritos económicos y filosóficos</i> de Marx	97

Segunda Parte

El obrero y el intelectual en un momento decisivo de la historia: de 1848 a 1861

Capítulo 4. El obrero, el intelectual y el Estado	113
--	-----

Tercera Parte

El marxismo: La unidad de la teoría y la práctica

Capítulo 5. El impacto de la Guerra Civil en los Estados Unidos en la estructura de <i>El Capital</i>	125
Capítulo 6. La Comuna de París ilumina y profundiza el contenido de <i>El Capital</i>	137
Capítulo 7. El humanismo y la dialéctica de <i>El Capital</i> , Tomo I, de 1867 a 1883	149
Capítulo 8. La lógica y los alcances de <i>El Capital</i> , tomos II y III	173

Interludio Organizativo

Capítulo 9. La Segunda Internacional, de 1889 a 1914	197
---	-----

Cuarta Parte

La Primera Guerra Mundial y la gran división en el marxismo

Capítulo 10. El colapso de la Segunda Internacional y la ruptura en el pensamiento de Lenin	213
Capítulo 11. Las formas de organización: la relación de la autoorganización espontánea del proletariado con “El Partido de Vanguardia”	223
Capítulo 12. ¿Qué sucede después?	239

Quinta Parte

El problema de nuestra época: El capitalismo de Estado contra la Libertad

Primera Sección. El escenario ruso	257
Capítulo 13. El capitalismo de Estado ruso vs. las sublevaciones obreras	261
Capítulo 14. Stalin	287
Capítulo 15. El principio del fin del totalitarismo ruso	297
Segunda Sección. El escenario norteamericano	307
Capítulo 16. La automatización y el nuevo humanismo	317
Capítulo 17. El reto de Mao Tse-tung	341
Capítulo 18. La revolución cultural o la reacción maoísta	387

Prefacio por Herbert Marcuse

Una de las tareas más urgentes para comprender la situación contemporánea es volver a examinar la teoría marxista. Quizás ninguna otra teoría haya previsto con tanta precisión las tendencias básicas de la sociedad industrial en su última etapa y, aparentemente, ninguna otra haya sacado conclusiones tan incorrectas de su análisis. Si bien el desarrollo económico y político del capitalismo del siglo veinte acusa muchos de los rasgos que Marx derivó de las contradicciones inherentes al sistema, dichas contradicciones no dieron lugar a la crisis final; “la era del imperialismo” ha presenciado un reagrupamiento intercontinental pero también una estabilización intercontinental del mundo occidental, a pesar de, o debido a, una “economía de guerra permanente”. Y mientras la revolución socialista se fraguó y se inició, guiada por concepciones estrictamente marxistas, en la subsiguiente construcción del socialismo en la órbita comunista apenas se detectan rasgos sustanciales de la idea marxista. Sin embargo, al reexaminar la teoría marxista, no se gana nada con señalar meramente el contraste entre la realidad y sus “predicciones”. En la medida en que la noción del desarrollo del capitalismo maduro y de la transición al socialismo fue elaborada por Marx y Engels con anterioridad a la etapa en que su “verificación” fue prevista, puede decirse que la teoría marxista implica ciertas predicciones. Pero el carácter esencial de esta teoría niega tal designación. La teoría marxista es una interpretación de la historia y basada en esta interpretación se define la acción política, que usando las posibilidades históricas dadas, es capaz de establecer una sociedad sin explotación, miseria e injusticia. De esta manera, tanto en su estructura conceptual como en su praxis política, la teoría marxista debe “responder” a la realidad histórica en proceso: la *modificación* de los conceptos teóricos y de la praxis política que ha de guiarse por ellos y forma parte de la teoría misma.

Sin embargo, si tales modificaciones fueran meramente añadidas a la concepción original con el fin de corregirlas, a la luz de nuevos e inesperados hechos, quedaría destruida la estructura teórica en sí. Esta se preserva únicamente si dichas modificaciones se derivan de la concepción original como alternativas históricas inherentes a ella. Las modificaciones deben estar evidentemente relacionadas con la base teórica, es decir, al concepto materialista dialéctico de la sociedad industrial. Este concepto unifica los diversos estratos de la teoría marxista: las categorías filosóficas más generales, así como las categorías económicas más específicas; tanto la

doctrina como la acción política del marxismo deben ser validadas por dicho concepto.

La falta de una explicación adecuada de la función y del contenido del materialismo dialéctico ha dañado gran parte de la discusión marxista y no marxista de la teoría de Marx. Salvo notables excepciones (tales como George Luckács en su libro *Geschichte und Klassenbewusstsein* y las más recientes reevaluaciones francesas del marxismo) el materialismo dialéctico ha sido minimizado, reducido a la calidad de un perturbador “residuo metafísico” en la teoría marxista, o formalizado como un método técnico, o esquematizado en una concepción del mundo (*Weltanschauung*). El libro de Raya Dunayevskaya descarta ésta y otras distorsiones similares y trata de volver a captar la unidad integral de la teoría marxista en su misma base: la filosofía humanista.

A menudo se ha enfatizado el hecho de que los escritos filosóficos de Marx que precedieron a la *Crítica de la economía política* prepararon el terreno para la economía y la política marxista. Tras un largo periodo de olvido u omisión, estos escritos filosóficos se convirtieron en el foco de atención en los años veinte, fundamentalmente después de la primera publicación del texto completo de *La ideología alemana* y de los *Manuscritos económico-filosóficos*. Sin embargo, la identidad interna del “nivel” filosófico con el económico y el político en la teoría marxista no fue dilucidada (y quizás no podía serlo adecuadamente porque faltaba aún un vínculo decisivo, a saber los *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie* de 1857-1858, publicados por primera vez en 1939 y 1941). El libro de Dunayevskaya va más allá de las interpretaciones anteriores. No sólo muestra que la economía y la política marxista son filosofía pura, sino que esta última es a su vez economía y política, desde el principio. La teoría marxista surge y se desarrolla bajo el impacto de la dialéctica histórica que ella misma plantea. El punto de partida es la situación comprendida y asimilada de la sociedad capitalista. Su “noción” se deriva de la percepción filosófica de la economía capitalista: esta sociedad crea las condiciones previas para una existencia humana libre y racional, al mismo tiempo que impide la realización de la libertad y de la razón. En otras palabras (ya que el abuso prevaleciente de la palabra “libertad” casi prohíbe el uso del término), Marx sostiene que la sociedad capitalista crea las condiciones previas para una existencia sin trabajo excesivo, pobreza, injusticia y ansiedad, al mismo tiempo que perpetúa el trabajo excesivo, la pobreza, la injusticia y la ansiedad.

El “valor” de tal objetivo no es cuestionado por Marx, quien acepta “el humanismo” no como una filosofía más, sino como un hecho histórico o

más bien una posibilidad histórica; las condiciones sociales para la realización del “individuo integral” pueden establecerse cambiando las condiciones sociales establecidas que impiden dicha realización. Él acepta el “valor” de una sociedad humana (el socialismo) como una norma para el pensamiento y la acción de la misma manera que uno acepta el valor de la salud como una norma para el diagnóstico y el tratamiento de una enfermedad. La teoría marxista no describe ni analiza la economía capitalista “en sí y para sí misma”, sino que la describe y la analiza desde otro punto de vista –en términos de las posibilidades históricas que han llegado a ser metas reales para la acción. Como teoría *crítica*, el marxismo tiene una doble dimensión: mide la sociedad de la época teniendo como referencia sus propias potencialidades y capacidades históricas objetivas. Este carácter de “dimensión dual” se manifiesta en la unión de la filosofía y de la economía política: la filosofía marxista es una crítica de la economía política y cada una de las categorías económicas es una categoría filosófica. Esta unión está adecuadamente destacada en la argumentación de *El Capital* que hace Dunayevskaya, demostrando que los análisis económicos más técnicos del proceso de producción y de circulación están tan sólidamente ligados a la filosofía humanista como la *Crítica de Hegel* y las *Tesis sobre Feuerbach*.

Una vez que la idea humanista es considerada no sólo como origen y fin, sino como la esencia misma de la teoría marxista, salen a la luz los elementos anarquistas y libertarios profundamente enraizados en la teoría marxista. El socialismo se materializa no en la emancipación ni en la organización del trabajo, sino en su “abolición”. Mientras la lucha del hombre con la naturaleza requiera del trabajo humano agotador para satisfacer las necesidades vitales, lo más que puede alcanzarse en esta esfera es una organización social del trabajo verdaderamente racional. Su establecimiento en la etapa de la industrialización avanzada es “solamente” un problema político, que según Marx ha de resolverse por una revolución que coloque al proceso productivo bajo el control colectivo de los “productores inmediatos”. Pero esta no es la libertad, la libertad es vivir sin necesidad de un trabajo agotador, sin ansiedad: es el despliegue de las facultades humanas. La realización de la libertad es un problema de *tiempo*: la reducción de la jornada laboral al mínimo, lo cual transforma la cantidad en calidad. Una sociedad socialista es una sociedad en la cual la medida social de la riqueza y la dimensión de la existencia individual es el tiempo libre y no el tiempo de trabajo:

El verdadero ahorro en la economía consiste en el ahorro del tiempo de trabajo (...); pero este ahorro es lo mismo que el desarrollo de la productividad. Por lo tanto, ciertamente no es la *renuncia al placer*, sino el desarrollo de la fuerza, de las capacidades de producción y de esta manera, tanto de las capacidades como de los medios para el disfrute placentero. La capacidad de obtener placer es la condición para alcanzarlo y por consiguiente el medio fundamental para este. Esta capacidad es el desarrollo de la habilidad personal, la productividad. El ahorro del tiempo de trabajo es el incremento del tiempo libre, es decir, del tiempo para el desarrollo pleno del individuo. Esta es la fuerza productiva más importante, la cual a su vez influye en la productividad del trabajo... Es evidente que el tiempo de trabajo no puede permanecer en una oposición abstracta al tiempo libre –como se manifiesta desde el punto de vista de la economía burguesa. El trabajo no puede convertirse en juego... El tiempo libre –el cual es un tiempo de ocio sino tiempo para actividades más elevadas– transforma a quien lo posee en un sujeto diferente*.

Esta es la imagen de una sociedad en la cual la “ocupación” del individuo es la de moldear su tiempo libre como su propio tiempo, mientras el proceso de la producción material, organizado y controlado por individuos libres, crea las condiciones y los medios para el ejercicio de su libertad para el “placer”.

Si el socialismo depende a tal punto de la reducción del trabajo a lo “meramente necesario” como para invertir la relación entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre, entre ganarse la vida y vivir, en otras palabras, si el tiempo libre va a ser el contenido de la existencia del individuo, entonces el socialismo depende de la producción industrial avanzada con el más alto grado de mecanización. Esta es la razón del concepto marxista de la revolución socialista como evento final del capitalismo maduro. Pero, la relación entre el socialismo y el industrialismo desarrollado no es simplemente técnico-económica. Ella involucra al desarrollo de aquellas capacidades humanas que hacen libre (en palabras de Marx – polifacético) al individuo, principalmente el desarrollo de la “conciencia”. En la teoría marxista, el término tiene una connotación específica, a saber, el conocimiento pleno de las potencialidades dadas en una sociedad y de su distorsión y supresión, o, el reconocimiento de la diferencia entre lo inmediato y el interés real. La conciencia es de este modo, conciencia *revolucionaria*, que expresa la “negación específica” de la sociedad

* Marx, *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie*. Berlin, Dietz, 1953, p. 599.

establecida y como tal es conciencia proletaria. El desarrollo de la conciencia en este sentido requiere de derechos civiles y políticos institucionalizados –libertad de expresión, de reunión, de organización, libertad de prensa, etc., en la medida que la sociedad capitalista madura pueda permitirlos. La insistencia marxista en la democracia como la etapa preparatoria del socialismo, lejos de ser una máscara o un “lenguaje en clave al estilo de las fábulas de Esopo” pertenece a la concepción básica y no es minimizada por la insistencia igualmente fuerte en la diferencia entre la democracia “burguesa” y la socialista.

La dialéctica histórica que une teoría y práctica, filosofía y economía política, también une o conecta el capitalismo con el socialismo. Esta fuerza unificadora no es la de un sistema dogmático, como lo reitera Dunayevskaya, sino la fuerza unificadora que resulta de la dinámica histórica plenamente asimilada. Luego entonces, tenemos que el mismo desarrollo del marxismo, tanto en la teoría como en la práctica, está sujeto a esta dinámica. La socialdemocracia por un lado, el leninismo y el estalinismo por el otro, deben ser discutidos, pues en términos de la interacción histórica entre la teoría y la realidad. Las últimas partes del estudio de Raya Dunayevskaya están dedicadas a esta discusión.

La clave para la comprensión del desarrollo del marxismo desde principios de este siglo aproximadamente es la transformación del capitalismo “libre” en capitalismo organizado a escala internacional, su estabilización económica y política y el consecuente incremento en el nivel de vida. Esta transformación influyó en las clases trabajadoras de los países industriales avanzados en una forma decisiva. Bajo la dirección de su próspera burocracia, la situación de una gran parte de estas clases trabajadoras cambió de la “negación absoluta” a la afirmación del sistema establecido. Con la reducción del potencial revolucionario en Occidente, el socialismo estaba perdiendo su zona y sus agentes históricos clásicos, siendo entonces construido en zonas atrasadas del Este, en una forma que era esencialmente ajena a la concepción marxista. El crecimiento de la órbita comunista a su vez, unió más a los países capitalistas y creó una base más firme para la estabilización y la unificación interna. Ni las guerras, las depresiones, las inflaciones o las “deflaciones” (disminución del dinero circulante) han detenido esta tendencia. Esto representa el reto más grande a la teoría marxista y a la evaluación marxista del comunismo contemporáneo.

Para hacer frente a este reto, Dunayevskaya usa todo el arsenal de conceptos que ha ido acumulando en su interpretación de la teoría marxista en las primeras partes de su libro. Si bien el autor de este prefacio está de

acuerdo con todos los puntos esenciales de la interpretación teórica de la *obra* marxista al inicio del libro, ya señaladas, difiere con algunas partes decisivas del análisis del desarrollo posmarxista, especialmente con la que concierne a la relación entre el leninismo y el estalinismo, las recientes sublevaciones en Europa oriental y quizás en forma más importante, con el análisis de la posición, estructura y conciencia contemporáneas de las clases trabajadoras. El concepto de Marx del proletariado como “clase revolucionaria en sí misma” no designaba a un grupo meramente ocupacional, es decir, a los asalariados dedicados a la producción material; como concepto verdaderamente dialéctico, era al mismo tiempo una categoría económica, política y filosófica. Como tal, comprende tres elementos fundamentales: 1) el modo de producción social específico característico del capitalismo “libre”, 2) las condiciones existenciales y políticas resultantes de este modo de producción, 3) la conciencia política desarrollada en esta situación. Cualquier cambio histórico en cualquiera de estos elementos (y tal cambio ciertamente ha ocurrido) requeriría una modificación teórica profunda. Sin tal modificación, la noción marxista de la clase obrera parece no ser aplicable ni a la mayoría de las clases trabajadoras en el mundo occidental ni a aquellas en la órbita comunista.

Herbert Marcuse
Julio de 1957.

Introducción especial a la edición mexicana de *Marxismo y Libertad*

Escribir esta introducción especial me da un gran placer, no sólo por mis recuerdos de México, entre 1937 y 1938, cuando permanecí allí como secretaria de León Trotsky, sino por la manera en que ese emocionante período histórico ilumina el mundo de hoy. Así pues, el presidente Cárdenas no sólo había concedido asilo a León Trotsky, justamente cuando Stalin lo injuriaba en uno de los mayores juicios fraudulentos de la historia, sino que al mismo tiempo retaba al imperialismo estadounidense al convertirse en el primero en suprimir la dominación norteamericana sobre el petróleo de México. Por encima de todo se destacaba en aquellos años la Revolución Española. Retrocediendo aún más en la historia, Frantz Fanon, en 1961, señaló que los españoles en lucha contra Napoleón redescubrieron lo que las milicias norteamericanas usaron durante su lucha por independizarse de la Gran Bretaña. A estos combatientes se les llamó guerrilleros. Lo importante era que las continuidades y discontinuidades de esas luchas de liberación eran inseparables de una subyacente filosofía de la liberación que Fanon sentía como indispensable para las revoluciones africanas que remodelaban al mundo.

El intelectual revolucionario de los Estados Unidos no puede sino tener deseos de mostrar la otra Norteamérica, diferente a aquélla del capitalismo estadounidense que tiene una crónica tan absoluta de imperialismo en América Latina, ya sea que se trate de la Guerra Mexicano-Norteamericana de 1846-1848, que se llevó una porción tan grande del territorio de México, o de la ocupación de la Zona del Canal de Panamá donde hasta la fecha el imperialismo norteamericano se atreve a gobernar “en perpetuidad”, o del golpe neofascista en Chile, que fue financiado, armado e inspirado en tan gran medida, desde 1970, por el gobierno de Nixon. El hecho de que el *Interim Report* de la Comisión de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos haya revelado finalmente los horripilantes detalles de esos días y de que se declare ahora con fuerza en contra de los asesinatos, no le impide mostrar su propia naturaleza capitalista de clase al ser completamente ambivalente en lo que se refiere a los intentos de organizar golpes en contra de otros gobiernos, como si sólo los complots de asesinato de un caudillo, y no los golpes en contra de todo un pueblo, fuesen dignos de condena. El pueblo norteamericano no puede sentir otra cosa que repugnancia hacia la manera en que el embajador Korry le escribió al presidente Frei, que se

retiraba del gobierno, en contra de Salvador Allende, el presidente electo de Chile: “No se permitirá que llegue ni un tornillo, ni una tuerca a Chile bajo Allende... Haremos todo lo que esté en nuestro poder para condenar a Chile y a los chilenos a la mayor privación y pobreza”.

El pueblo norteamericano no puede sino separarse de un imperialismo tan deshumanizado, y en este mismo momento está presionando a la clase gobernante en contra de su continuidad. De esta manera demuestra una mayor solidaridad con el pueblo latinoamericano que con su propio gobierno y la solidaridad más significativa es aquella que expresan los intelectuales revolucionarios, para quienes los actos de solidaridad son inseparables de una filosofía de la liberación.

Para mí, México también tiene sus recuerdos después de romper con León Trotsky en el momento de efectuarse el Pacto Hitler-Stalin, cuando ya no pude seguirlo en su adhesión a la defensa de Rusia como un Estado de obreros “no obstante degenerado”. Regresé a los Estados Unidos para comenzar la investigación y el desarrollo de mi teoría sobre Rusia como una sociedad capitalista de Estado y, en 1944, tuve la oportunidad de traducir y exponer (en la *American Economic Review*) la revisión que hizo Stalin de la ley del valor de Marx. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial regresé a México para reunirme con Natalia Sedova Trotsky, a quien leí el primer borrador de lo que, en una década más tarde, se convirtió en *Marxismo y libertad*, obra de la cual ésta es la octava edición.

Cuando se completó la primera edición en 1957, este trabajo finalizó con las nuevas páginas de libertad señaladas por las revoluciones de Europa Oriental en contra del totalitarismo ruso, y por la Revolución de los Negros en los Estados Unidos, que se inició con el boicot de los autobuses en Montgomery. Más tarde, al principio de la década de los sesenta, cuando el conflicto chino-soviético estalló abiertamente, escribí un nuevo capítulo (el XVII), titulado: “El reto de Mao Tse-tung”. La hoja de parra de la terminología marxista ya no puede –sostenía yo– encubrir la política nacionalista dentro del conflicto chino-soviético, y nos debemos entonces preguntar: ¿Puede haber una guerra entre dos países que se llaman a sí mismos comunistas? Lo que sonaba como “descabellado” en 1963 se ha convertido casi en un cliché desde el momento en que Mao le extendió a Nixon el tapete rojo, como lo está haciendo hoy (1-12-75) Deng Xiaoping a Ford, al mismo tiempo que lo sermonea en contra de una detente con Rusia. Sería un comentario realmente triste sobre nuestra época el que los revolucionarios genuinos persistiesen aún en adherirse a uno u otro polo de la órbita chino-soviética, como si ésta difiriera en su carácter de clase del

imperialismo norteamericano, en lugar de construir un camino verdaderamente independiente hacia la revolución social.

Las revoluciones no surgen en la plenitud del tiempo con la finalidad de establecer a El Presidente o a una máquina de partido. El caudillo máximo y la *partiinnost* (el monolitismo del partido) están ahí para ahogar la revolución y no para liberar la creatividad y las energías de los millones de individuos. El marxismo, o es una teoría de la liberación o no es nada. En el pensamiento y en la vida coloca los cimientos para el logro de una nueva dimensión humana, sin la cual ninguna sociedad nueva tiene viabilidad. Vivimos en “una época de nacimiento en la historia y un periodo de transición” como el que caracterizó la época en que vivió Marx. Sólo que el nuestro tiene un alcance realmente mundial y comienza con la pregunta: ¿Qué sucede después que la revolución ha sufrido tantas veces la transformación de ella en su opuesto? Nuestra era se enfrenta a una tarea: ¿Cómo puede el movimiento que parte de la teoría enfrentarse al desafío del movimiento que parte de la práctica y que busca una relación totalmente nueva entre teoría y práctica, de manera que pueda reconstruir la sociedad sobre principios nuevos y verdaderamente humanos? Así como Marx tuvo que luchar contra los “comunistas vulgares” de su tiempo, quienes creían que todos los males del capitalismo serían vencidos al abolirse la propiedad privada, nosotros no debemos caer en la trampa de confundir el “anticapitalismo” del comunismo, es decir, la economía planificada por cualquier cosa fuera de la que es: el desarrollo lógico completo del propio capitalismo en capitalismo de Estado. La unidad de la teoría y la práctica que caracteriza el nuevo continente de pensamiento de Marx, sigue siendo la única visión que nos puede dar la seguridad de que no habrán más transformaciones en su opuesto como aquella que caracterizó la transformación de Rusia de un Estado de obreros en una sociedad capitalista de Estado y como la que ahora amenaza al Tercer Mundo. Quienes fuimos testigos de la crisis de los misiles en 1962 y vimos a Cuba atrapada en el tornillo de carpintero de las dos superpotencias que aspiraban a la dominación mundial, sabemos que el destino del mundo y el de los misiles en Cuba, no fueron decididos por Castro, sino por Kennedy y por Jruchov. La misma supervivencia de la civilización exige que se arranque de raíz la vieja sociedad para crear la nueva, una sociedad sin clases.

A lo largo de las ocho ediciones de *Marxismo y libertad* no ha habido cambio alguno en el contenido o en la estructura de la obra, basada en el movimiento a partir de la práctica hacia la teoría y hacia una nueva sociedad, a través de doscientos años de desarrollo industrial, político,

intelectual e histórico: las edades de la revolución. Parecería que la conveniencia de la obra se ha vuelto más urgente en la década de los setenta, a causa de la emergente pasión por la filosofía por parte de una nueva generación de revolucionarios dentro de cada país, incluyendo a los Estados Unidos. Sea cual fuere la razón por la cual la capitalista ONU escogió a México como sede de la celebración del Año Internacional de la Mujer –y para el desgarramiento que éste produjo– sigue en pie el hecho de que esto simboliza tanto al Tercer Mundo como al Movimiento por la Liberación de la Mujer en sus aspectos de razón y de fuerza.

La pasión por la filosofía que ha surgido en esta década, en contraste con la anterior, cuando el activismo en general y la guerra de guerrillas en particular tenían a la teoría relegada como algo de poca importancia que podía adquirirse “de paso”, ha obligado hasta a un Régis Debray a repensar las cosas. Mientras que en 1967 Debray rechazaba la teoría, como si no fuera más que “el vicio de excesivas deliberaciones”, en favor de “focos militares” que lo decidirían todo, de la misma manera en que el caudillo máximo lo sería todo, ha publicado ahora una crítica de sus conceptos anteriores que provocaron tales desastres. Desgraciadamente, se volvió pronto hacia los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, y lo que Debray busca así lograr es toda una hazaña: “deducir” de la unidad de los opuestos un estilo militar más, sólo que ahora no se trata de “focos militares” sino de “guerra del pueblo”. No es sorprendente que termine de nuevo en la rueda de fortuna de las tácticas elevadas a estrategias. Debray ha aprendido aún menos de Lenin que de Allende quien al analizar para él la lucha del pueblo latinoamericano contra el imperialismo estadounidense, dijo: “La muerte en vida del pueblo no puede continuar”, concluyendo que “la liberación de las energías chilenas” tendría el efecto de “reconstruir la nación”. Por fortuna, la miseria de la filosofía de Debray no puede realizar la proeza de invalidar el concepto leninista de la dialéctica de la liberación y, menos aún, la de sustituir un subjetivismo pequeño burgués por la situación objetiva de nuestros días, la cual dio a luz una verdadera pasión por la filosofía de parte de las masas. Son ellas las que rehúsan seguir separando las luchas de liberación en sí, de una filosofía de la liberación, cosa que dejaría el camino abierto para otra revolución trunca.

Asimismo, al estallar la Primera Guerra Mundial, la traición que la Segunda Internacional hizo al proletariado y la forma en que vició al marxismo, impulsaron a Lenin a regresar a los orígenes filosóficos de Marx en la dialéctica hegeliana, para de este modo formar su propia preparación teórica para la revolución proletaria, de la misma manera las revoluciones abortadas y los desastrosos juegos con la guerra de guerrillas en nuestra era

nos deben impulsar hacia una total reevaluación de la relación entre la teoría y la práctica. El retorno de Lenin a la dialéctica constituyó los cimientos de la gran división dentro del marxismo (véase el capítulo X) y es por ahí, por donde debemos comenzar.

Cada generación debe enfrentarse al desafío de su tiempo o perderse en el olvido. Nadie puede sufrir la ilusión de que nuestra época señala esos decisivos puntos de giro de la historia en los cuales se malogra el giro. Por el contrario, debido precisamente a la madurez político-filosófica de nuestros tiempos, el movimiento a partir de la práctica en estas dos últimas décadas, es en sí mismo una forma de teoría. Podemos enfrentarnos a este desafío, siempre y cuando podamos retornar al humanismo del marxismo y a la nueva dialéctica de la liberación que Lenin desarrolló la víspera de 1917, manteniéndonos al nivel de lo nuevo que hay en nuestra época. En nuestro tiempo de absolutos, cuando la revolución y la contrarrevolución están tan entrelazadas, no son sólo los intelectuales “en general” quienes deben salir de sus torres de marfil, también deben hacerlo los teóricos marxistas. Y *Marxismo y libertad* es una contribución a ese fin.

Raya Dunayevskaya
1900 E. Jefferson
Detroit, Michigan
2 de diciembre de 1975.

Introducción para *Morningside Edition*

*Dialéctica de la revolución: Las raíces americanas y el mundo de conceptos humanistas de Marx**

En esta *Colección Humanista–Marxista*, la dialéctica de la revolución se extiende desde la Revolución Rusa de 1905 y sus consecuencias en la revolución de 1906 a 1911 en Irán, a la Revolución Rusa de noviembre de 1917 y su impacto internacional, a la abortada revolución Alemana de 1919, así como a las revoluciones de nuestro tiempo. Pero la dialéctica no sólo se refiere a aquellas revoluciones que tuvieron éxito, sino a las muchas revoluciones que fueron malogradas.

Y no estoy escribiendo la historia del pasado en tiempo futuro. Tampoco tengo la intención de analizar a un personaje histórico como León Trotsky según lo veo luego de mi ruptura con el trotskismo. Siempre me he opuesto a cualquier *reescritura* de la historia y no niego que ciertamente lo consideré como el momento más álgido de mí propio desarrollo hasta el instante en que hube de convertirme en su secretaria y haber sido asimismo su guarda y traductora.

El argumento de Trotsky era que aunque mientras el Estado de obreros había “degenerado”, nada cambiaría, el supuestamente irrefutable hecho de que el Estado de los obreros había surgido de la Revolución Rusa y había eliminado la propiedad privada, la propiedad nacionalizada, lo cual “significaba” que Rusia seguía siendo un Estado de obreros, aunque “degenerado”.

Sentí entonces la necesidad de demostrar mi convicción de que lo que había ocurrido era una total transformación en su opuesto, que Rusia se había convertido de un Estado de obreros en una sociedad capitalista de Estado.

Y me tomé tres años antes de terminar mi estudio sobre los tres primeros planes quinquenales a partir de fuentes originales y situarlos en el contexto de una nueva fase del capitalismo *mundial*. La Gran Depresión había colapsado al capitalismo privado y había conducido a la estatificación. Originalmente, el estudio empezaba con una sección llamada

* Extracto de la conferencia conmemorativa en ocasión de la exposición por tres meses de fotografías, cartas y documentos de su Colección de 12 mil páginas (*Raya Dunayevskaya Collection*), ofrecida el 21 de marzo de 1985 en los Archivos del Trabajo y Asuntos Urbanos de la Wayne State University, Detroit.

“El trabajo y la sociedad”, pero el Partido de los Trabajadores, al aceptar el estudio económico para su publicación, a pesar de ser unos colectivistas burocráticos, se negaron a aceptar “El trabajo y la sociedad”.

Me uní con C. L. R. James, quien había llegado también a las posiciones del capitalismo de Estado y había escrito una extensa resolución política para someterla a la consideración del Partido de los Trabajadores. Esta tendencia del capitalismo de Estado se hizo conocida como la Tendencia Johnson-Forest.

Lo que sí yo no tenía en cuenta en este momento era que la parte “El trabajo y la sociedad” –la cual había sido rechazada por el Partido de los Trabajadores cuando habían aceptado mi estudio económico– realmente contenía lo que al mismo tiempo causaría, una década después, la ruptura entre Johnson y Forest y la nueva creación de la filosofía del humanismo-marxista. La filosofía que rechazaba el Partido de los Trabajadores estaba basada en los manuscritos humanistas de 1844 de Marx que por ese tiempo yo citaba textualmente y que conocía como un artículo único de Marx, “El trabajo enajenado”.

Cuando utilicé nuevamente los ensayos humanistas de Marx durante la huelga general de los mineros de 1950 –y mi actividad personal mostraba el inicio del humanismo-marxista– C. L. R. James se distanciaba del humanismo de Marx. Esto quedó claro en la sección final del documento de la tendencia de 1950 titulado “*El capitalismo de Estado y la revolución mundial*”, escrito bajo su dirección. Allí el humanismo fue rechazado como si fuera algo de tipo existencialista o religioso.

Y no fue hasta tres años más tarde –el 12 y el 20 de mayo de 1953– que me abrí paso hacia la idea absoluta en mis cartas a Grace Lee, manteniendo que la idea absoluta no era una abstracción o algo que invocaba a Dios, sino aquello que contenía *dentro de sí* un movimiento desde la práctica, lo mismo que desde la teoría y esto condujo al establecimiento del humanismo-marxista en los Estados Unidos.

Y es el momento de volverse a la fundación del periódico humanista-marxista *News & Letters*.

El periódico humanista-marxista News & Letters; su editor, el obrero Charles Denby; su autobiografía Corazón indignado: ¡Un periódico de los trabajadores negros! y los folletos “La lucha de los obreros contra la automatización” y “La civilización norteamericana a prueba”.

La decisión de tener a un obrero negro de la producción (a Charles Denby) como el redactor jefe del periódico, fue tomada durante la primera

convención de los Comités de News and Letters, al igual que asignarle a la presidenta nacional del comité, a Raya Dunayevskaya, la tarea de concluir su primer gran trabajo filosófico –y no sólo un trabajo de economía política: *Marxismo y libertad*, sobre el cual había estado trabajando durante varios años.

La concepción de tener a la teoría y la práctica unidas, dictaba nuestro rechazo a poner artículos teóricos solamente en un periódico teórico. Nuestro punto de vista era que los intelectuales no sólo debían leer, sino escribir para un periódico de los obreros como lo era *News & Letters*.

En 1950 estuve involucrada en la huelga general de los mineros de Virginia Occidental. Esa huelga alcanzó una verdadera primacía histórica, tanto en la huelga misma como en lo que estaba pasando simultáneamente en el plano filosófico. Lo grandioso de la huelga de los mineros sobre la automatización, aun antes de que fuera inventada esta palabra fue: Lo que había comenzado en 1949 como huelgas autorizadas por los sindicatos se convirtió en una huelga contra los líderes de los sindicatos. En lugar de demandar salarios más altos, los mineros plantearon problemas completamente nuevos que tenían que ver con sus condiciones de trabajo y con cuestiones del trabajo en sí mismo. Lo que ellos pedían era: “¿Qué tipo de trabajo debe hacer el hombre?” “¿Por qué debe existir una brecha entre el pensamiento y la acción?”

El folleto que recientemente publicamos –*La Huelga general de los mineros de 1940-1950 y el nacimiento del humanismo-marxista en los Estados Unidos*. (Chicago: *News & Letters*, 1984)– hace referencia, en primer lugar, a la historia personal de la participación de los mineros, con la coautoría mía y de Andy Phillips, un minero que es él mismo un humanista-marxista. El folleto incluye además la historia de mi participación y en un apéndice hay 35 cartas que intercambié con los otros dos líderes de la tendencia Johnson-Forest, C. L. R. James y Grace Lee Boggs, las cuales muestran que en ese período yo no me encontraba solamente traduciendo y haciendo comentarios de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin, sino que en realidad, estaba narrando algunos de los sucesos de la huelga. Todo eso pone en claro que el asunto del conocimiento y la realidad –como el abismo entre el pensar y el hacer, toca las relaciones entre la filosofía y la revolución.

La publicación del primer número de *News & Letters* salió en honor a las revueltas en Alemania del Este. El año 1955 fue también el año en que irrumpió el boicot a los autobuses en Montgomery y dio señales del nacimiento de la revolución de los negros. Mi vida y la de Denby verdaderamente se convirtieron en una sola –la del humanismo-marxista.

La primera parte de su autobiografía fue escrita antes de su desenvolvimiento como redactor jefe. En la segunda parte de *Corazón indignado: Un periódico de los trabajadores negros* (Boston: South End Press, 1978; Detroit: Wayne State University Press, 1989), resume los sucesos de todo un cuarto de siglo de existencia del humanismo-marxista que significaba como tal una nueva etapa en su vida personal.

En 1960 ya no era solamente el redactor jefe de *News & Letters*, sino el autor del folleto llamado “La lucha de los obreros contra la automatización” (Detroit: *News & Letters*). En la escena norteamericana habíamos detallado la dimensión negra de modo tan concreto que esta problemática recorría toda la historia de los Estados Unidos y la denominamos *La civilización norteamericana a prueba* (Detroit: *News & Letters*, 1963). En 1983 publicamos una nueva edición, la cuarta de ella y Denby pidió que mi introducción incluyera el nuevo epígrafe sobre la dimensión negra que había añadido al libro de Rosa Luxemburgo. Ya habíamos distinguido lo que caracterizaba al humanismo-marxista desde el comienzo –el camino bidimensional entre los Estados Unidos y África del Sur. Es decir, la dimensión negra representa un tipo de nacionalismo que es inseparable del internacionalismo y que en nuestro tiempo es el foco principal tanto para las revoluciones nacionales como para la demandada revolución mundial.

La trilogía de la revolución –Marxismo y libertad, Filosofía y revolución, Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía de Marx de la revolución. El desencadenamiento de la dialéctica de la revolución: Las raíces norteamericanas y la concepción humanista del mundo de Marx.

Lo significativo para nosotros en este nivel, en la transformación por Marx de la revolución de Hegel en filosofía por la filosofía de Marx de la revolución, es cómo esta fue ampliada en su última década de vida. Ello nos permitió llamar a la década de 1880 el “camino hacia los años de 1980”. Marx profundizó y concretó aquello que él había llamado originalmente un “nuevo humanismo” a lo largo de toda su vida. Después de cuarenta años de trabajo en la esfera de la economía, los cuales terminaron con la edición francesa de *El Capital* entre 1872-1875, en la misma década en la cual escribió sus *Cuadernos etnológicos*, Marx construyó con grandes esfuerzos una nueva etapa, que se aprecia en su crítica al populista ruso Mijailovsky, en los borradores de sus cartas a la revolucionaria marxista rusa Vera Zasulich y en algo tan importante como la introducción a la edición rusa del *Manifiesto comunista* –donde predijo

que la revolución podría darse primero en el oriente atrasado que en el occidente tecnológicamente desarrollado. Él distinguió a Rusia como aquel oriente. ¡Y esto fue en 1881! No es de extrañarse que nosotros llamemos a esto el “camino hacia los años de 1980”.

Estrictamente en lo filosófico, le dimos rienda suelta a la dialéctica con nuestro avance reflejado en las cartas del 12 y el 20 de mayo de 1953 sobre la idea absoluta de Hegel. Recientemente hemos trazado el surgimiento de este logro en su forma embrionaria en los tres años precedentes: 1950-1953. Y es cierto que el logro en las cartas de 1953 mostró que *dentro* de la propia idea absoluta está contenido todo el movimiento desde la práctica así como desde la teoría.

Pero la huelga de 1950 fue una manifestación real. Es por consiguiente un imperativo combinar lo que Hegel llamó “la idea que se piensa a sí misma” con lo que estuvo presente en los movimientos espontáneos de la huelga general de los mineros y que luego fue llamado la “la auto obtención de la libertad”. No sería necesario explicar aquí lo obvio, pero tal explicación es “requerida” contra los materialistas vulgares para asegurarles que sabemos, por supuesto, que no es la idea la que piensa: es el pueblo quien piensa. Lo qué debe ser añadido, sin embargo, es que la lógica dialéctica de la idea se mueve en dirección de lo que estuvo implícito en el movimiento desde la práctica.

A mediados de la década de 1950, la categoría que desarrollé como *movimiento desde la práctica* sirvió como estructura de mi más importante trabajo filosófico: *Marxismo y libertad, desde 1776 hasta nuestros días* y que fuera lo primero de lo que hoy llamamos “la trilogía de la revolución”. Este texto iluminó el hecho de que el movimiento desde la práctica *era en sí mismo una forma de la teoría*.

Es este concepto de la filosofía, enraizado en el movimiento desde la práctica, el que ha dado a los teóricos un reto para desarrollar una nueva fase del conocimiento, creándose así la estructura de *Marxismo y libertad*, donde por primera vez concretamos aquellas raíces norteamericanas del marxismo –desde el abolicionismo hasta el boicot entonces en curso en los autobuses de Montgomery que inició la revolución de los negros. En ese trabajo, la concepción humanista del mundo fue detallada, no sólo en los Estados Unidos, sino en las mismas primeras revueltas de masas en países bajo el totalitarismo comunista en Europa del Este –Alemania del Este, 1953; Polonia, 1955; Hungría, 1956. El apéndice a *Marxismo y libertad* finalmente hizo pública mi traducción de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin y trazó en detalles cómo él llegó a Hegel tras el comienzo de la Primera Guerra Mundial.

En los años sesenta comenzamos a registrar las nuevas voces de una nueva generación de revolucionarios y en 1968 tuvimos que hacer frente a la malograda casi-revolución en Francia, que hizo imprescindible nuestro regreso a Hegel a un nivel completamente nuevo. Lo que se hacía necesario era desarrollar la dialéctica hegeliana, en este momento en sí y para sí, y el cómo fue afrontado por Marx y Lenin. Esto resultó ser el segundo despliegue de la dialéctica hegeliana para nuestro tiempo, como la dialéctica de la revolución. Nosotros examinamos también las alternativas: Trotsky, Mao y la mirada desde fuera de Sartre.

En 1973 vio la luz la publicación de *Filosofía y revolución: de Hegel a Sartre y de Marx a Mao*. Aquí amplíé la concreción de la idea absoluta no sólo como una totalidad –la unidad de la teoría y la práctica– sino como el desarrollo de la *idea absoluta como nuevo comienzo*.

El primer capítulo de *Filosofía y revolución* fue titulado “La negatividad absoluta como nuevo comienzo: El incesante movimiento de las ideas y de la historia”, donde argumenté que viendo la idea absoluta como unidad de la teoría y la práctica, como totalidad, es donde la tarea por primera vez *comienza*. La idea absoluta como nuevo comienzo reta a todas las generaciones a desarrollar concretamente esto como un nuevo *comienzo* para su propia época.

El libro se mueve a diferentes situaciones objetivas sobre las vicisitudes del capitalismo de Estado en Europa del este y África. Solamente después del análisis de la situación objetiva es que enfrente las nuevas pasiones y las nuevas fuerzas a lo largo y ancho del mundo, donde encontramos el desarrollo de la teoría en Franz Fanon, quien en *Los condenados de la tierra*, también llamó a su filosofía “un nuevo humanismo”.

La década de 1970 vio también la urgencia de una nueva fuerza revolucionaria: La liberación femenina, que ha crecido a partir de una idea para la cual su tiempo ha llegado y se ha convertido en un *movimiento*. Su singularidad se expresa en el rechazo femenino de aplazar para “el día posterior a la revolución” las cuestiones a las que ellas exigen respuestas. Los así llamados marxistas al principio ni se molestarían incluso por escuchar a las mujeres que proclamaron que el machismo no estaba limitado sólo al capitalismo y que no sólo apareció con *anterioridad* al capitalismo, sino que está presente ahora mismo y ha reaparecido con *posterioridad* a la revolución y que debe ser enfrentado aquí y ahora. Las mujeres insistieron en que la izquierda debe enfrentar el machismo *dentro* de este movimiento y que debe reconocer la necesidad de afrontar este problema *antes, durante, en y después* de la revolución.

Este aspecto se convirtió en un impulso para el tercer trabajo de importancia: *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía de Marx de la revolución*, el cual completó lo que hemos denominado “la trilogía de la revolución”. En él yo resumo las demandas de las mujeres liberacionistas de hoy día.

Para mí, se hizo necesario también centrarme en una de las insuficiencias del movimiento por la liberación femenina: el haberle prestado poca atención a Rosa Luxemburgo. Verdaderamente, esto fue un estímulo para mi nuevo trabajo, a pesar de que mi alcance, sin lugar a dudas, no estaba limitado simplemente al desenterramiento de la dimensión feminista de Rosa Luxemburgo, hasta ese momento desconocida.

Cuando comencé mi estudio, fue para abordar justamente a Rosa Luxemburgo –y el pretendido clímax estaba en el año 1910. Este fue el año de su destello como genio, al lidiar con el nuevo fenómeno del imperialismo, que trajo como resultado su ruptura con Karl Kautsky, el líder de la socialdemocracia alemana. Esto sucedió unos cuatro años antes del desenlace de la primera Guerra Mundial y la traición de la Segunda Internacional. Esto fue cuatro años antes de que cualquier marxista hombre, incluido Lenin, se percatara de la traición en ciernes.

Y con todo, repentinamente, aun esto me parecía ser inadecuado, ya que Rosa Luxemburgo permaneció siendo una miembro de la socialdemocracia alemana tal y como si su ruptura con Kautsky hubiese sido algo “personal”. Yo sentí la necesidad de abordarlo filosóficamente de un modo decisivo, lo que resultó en la III parte del libro de Rosa Luxemburgo, llamada: “Karl Marx: de crítico de Hegel a autor de *El Capital* y teórico de la revolución permanente”.

En general, a pesar de que ella se fue adelante de cualquier gran líder revolucionario masculino al plantear el oportunismo de Kautsky y su pasividad ante el auge del imperialismo, su metodología de análisis del imperialismo y su crítica a la acumulación del capital de Marx debió ser caracterizada como una dialéctica a mitad de camino. Es decir, a pesar de que ella fue una resuelta luchadora contra el imperialismo y el oportunismo de la socialdemocracia no consideró, no obstante, al “nacionalismo” como sujeto, como una fuerza *revolucionaria* nueva.

Y en contra de tal dialéctica a mitad de camino, la multilateralidad del desarrollo humano de Marx, de las vías para la revolución relacionadas con los países llamados atrasados con la liberación femenina y con la oposición nacionalista –todo esto me hizo cuestionar, no sólo a Rosa Luxemburgo, sino a todos los marxistas post-Marx, empezando por Federico Engels,

quien con su unilinealidad impregnó a toda la socialdemocracia alemana. El marxismo post-Marx, para mí, devino en un término peyorativo.

El carácter unilineal de Engels se puso de manifiesto con claridad justo en el primer trabajo escrito por él tras la muerte de Marx: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Engels afirmaba categóricamente que esto era un “legado” de Marx, pero él mismo no expresaba nada de los puntos de vista de Marx tanto sobre la relación hombre-mujer, ni de la relación entre las sociedades desarrolladas y atrasadas. Tampoco hubo ninguna similitud entre los puntos de vista de Engels y de Marx sobre el comunismo primitivo.

No podemos adentrarnos en esto aquí, pero debo al mismo tiempo “confesar” que ya me está dando vueltas en la cabeza un nuevo trabajo sobre el partido.*

En este caso, no puedo aquí entrar en el hecho de que también descubrí a un nuevo *Hegel*, quien en lugar de cerrar su pensamiento en un “sistema” y apartarse como el búho de Minerva, hubo de dejar al menos, las puertas abiertas para futuros filósofos, como lo expresara en sus tres últimos silogismos.

Por un momento, vamos a tomar distancia de todos estos acontecimientos filosóficos, sociológicos, políticos y económicos, para hacer un relato de mi vida personal. Y hago esto para ilustrar la diferencia entre una idea en embrión y ya en completo desarrollo: entre el proceso y el resultado, así como el asunto de la percepción de una niña cuando ocurre una gran revolución y por cuánto tiempo permanecen estas impresiones. El incidente al que estoy haciendo referencia ocurrió cuando yo tenía 13 años de edad y llevaba solamente un año de residencia en los Estados Unidos. Resulta que estaba dirigiendo una huelga contra la directora de la escuela, cuyo nombre todavía recuerdo: Tobin. Ella exigía castigos corporales por pequeñas infracciones tales como llegar cinco minutos tarde. También obligaba a todos los niños a aprenderse de memoria el discurso de Shylock cuando exigía su libra de carne.** (Les cuento esta historia a posteriori, por supuesto, pero mi recuerdo fue refrescado por la historia del periódico

* Raya Dunayevskaya estaba aún trabajando en su proyecto de libro: *La dialéctica de la organización y la filosofía: “El partido” y las formas de organización nacidas de la espontaneidad*, en el momento de su muerte el 9 de junio de 1987. Las extensas notas que ella escribió para el libro han sido depositadas en la *Colección Raya Dunayevskaya*.

** *Shylock es el usurero judío antagonista de Antonio en la obra de Shakespeare El mercader de Venecia (N. del T.)*.

Chicago Tribune de aquel día, que había sacado un sensacional artículo y una foto de la huelga).

Este suceso tuvo lugar en 1924 en la escuela pública de Cregier en un gueto de Chicago. Yo le atribuí mi supuesta valentía a la Revolución Rusa de noviembre de 1917, la cual había dejado en mí una impresión imborrable de grandes eventos tales como la igualdad y la camaradería. Yo había sido una niña analfabeta que vivía en Ucrania, quien había rechazado dos años antes de 1917 hacerse partícipe de un “*khabar*” (un soborno) con el fin de estar en el uno por ciento de los judíos que ganaban el “privilegio” de sentarse al fondo de un aula de la escuela.

Hoy miremos esto desde otro período totalmente distinto de la historia, en una vida diferente, y allí también vamos a ver cual es la percepción de una niña, que nació en momentos cruciales de la historia.

Cuando regresé a los Estados Unidos, habiendo estado con Trotsky en el exilio en 1938, quien dejó en mí una gran impresión fue el sindicalista francés Alfred Rosmer. En 1919 se había cambiado al comunismo y luego, en 1937-1938, se había convertido en un líder del Comité Internacional por la Defensa de Trotsky. Él había regresado a Francia vía Nueva York y yo creía que podría hacer alarde de los encantos de la ciudad al montarme con él en el ferry hasta Staten Island.

Cuando llegamos a la Staten Island, Rosmer me dijo: “Ah, si, la conozco, yo nací aquí”. Naturalmente pensé que se burlaba, pero no, lo decía en serio y empezó a demostrarlo contándome la historia de su vida anterior. Resulta que sus padres fueron comuneros en París en 1871, quienes después de la derrota, se escaparon a los Estados Unidos. Su mamá quedó embarazada y le dio a luz en Staten Island. Simplemente él nunca estuvo interesado en reconocerse como ciudadano norteamericano. Francia y la Comuna de París nunca abandonaron sus recuerdos, no porque hubieran estado allí, sino por todas las historias que había escuchado de sus padres.

Esto trajo a mi mente otros recuerdos —esta vez de cuando tenía quince años de edad y Eugenio V. Debs* estaba haciendo su última aparición en el auditorio de Ashland en Chicago. Eso fue en 1925 y era un orador muy elocuente que te hacía sentir la *presencia* de cualquier persona a la que él mencionara en su vida. Estaba muy orgulloso del hecho de haber conocido al gran abolicionista Wendell Phillips. Y fue Wendell Phillips quien tras la guerra civil, hizo la transición del abolicionismo al socialismo. Fue él quien

* Euenio V. Debs, candidato en cinco ocasiones a la Presidencia de los EE. UU. por el Partido Socialista entre 1900 y 1920.

había dicho: “Ráscale la piel a un neoyorquino y encontrarás a un comunero”.

Dos cosas se unen en este recuerdo de cosas pasadas: *Una* es que incrustado en el embrión del pasado está la presencia del próximo paso, ya se esté plenamente o no consciente de ello. *Dos*, la presencia del futuro, intrínseco en el “ahora y el aquí”, también caracteriza la primera reacción instintiva que filosóficamente es llamada “la primera negación”. Lo que a usted le hace moverse a la segunda negación crea un nuevo *humus* para el desarrollo futuro.

Lo magnífico, original e histórico del desencadenamiento de la dialéctica por parte de Marx fue la creación de ese *nuevo humus*. Este desencadenamiento comenzó, por supuesto, con su rechazo a considerar que el concepto de Hegel estaba relacionado solamente con el pensamiento.

Una vez que Marx descubrió un nuevo mar de ideas *de la revolución*, la tarea que se asignó a sí mismo fue unir la filosofía a la realidad. La confirmación de esta unidad provino del descubrimiento del sujeto oculto – la fuerza directriz de las revoluciones por devenir– el proletariado, y al mismo tiempo, centrarse en las relaciones hombre/mujer como enajenadas y enajenadoras y que debían ser completamente erradicadas como la vía para relaciones plenamente humanas.

Marx había rechazado el materialismo abstracto de Feuerbach, no sólo porque este no distinguió las relaciones sociales y más bien se detuvo en las relaciones individuales. También se opuso a Feuerbach por rechazar el principio revolucionario hegeliano de la “negación de la negación”, un principio que Marx citó incluso en sus técnicos *Cuadernos matemáticos* de 1881-1882.

Más bien, su concepto de la revolución permanente sostenía que solamente *después* de la trascendencia histórica del derrocamiento revolucionario del capitalismo, se *iniciaría* el desarrollo, por primera vez, de una nueva sociedad humana y de una nueva relación hombre/mujer.

Hoy, escuchemos a Marx en su última década, al escribir sobre su relación con Hegel –lo cual legó a Engels con sus papeles para el tomo dos de *El Capital* y que Engels dejara fuera:

“Mis relación con Hegel es muy sencilla. Soy un discípulo de Hegel y la presuntuosa charlatanería de los epígonos que piensan que ellos enterraron a este gran pensador me parece francamente ridícula. Sin embargo, me tomé la libertad de adoptar... una actitud crítica, aclarando su dialéctica de su misticismo y de ese modo, exponiéndola a un profundo cambio...”

Entre Marx y nuestro tiempo, solamente Lenin volvió con seriedad a las raíces hegelianas de Marx. Pero a pesar de que Lenin profunda y brillantemente comentó sobre toda la *Ciencia de la lógica* –incluyendo la doctrina del concepto, lugar donde él adoptó y concretó el principio hegeliano de que “el conocimiento no sólo refleja el mundo, sino que lo crea”– no obstante, solamente concretó el único principio dialéctico de la transformación en su contrario, de que cada unidad contiene su contrario *dentro* de sí.

Desafortunadamente, otros temas, especialmente el de la organización, quedó sin ser tratado por Lenin en los límites de vanguardia de su *¿Qué hacer?* de 1902-1903.

Nuestro tiempo se ha centrado en la dialéctica de la revolución como lo determinante y nada, incluyendo a la organización, el partido, podría hallar alguna vía de salida de este determinante. Incluso el método absoluto mismo no es más que el *camino a* la idea absoluta, al espíritu absoluto. Cuando la idea que se piensa a sí misma llegue con la libertad que se auto trae a sí misma, tendremos entonces, realmente, la libertad plena.

De este modo, y teniendo poco tiempo para terminar, quiero ofrecerles al menos una breve idea de mi nuevo libro *La liberación femenina y la dialéctica de la revolución: tratando de alcanzar el futuro*. La primera cosa que quiero advertir al releer esa compilación de artículos de 35 años –centrados en una única fuerza revolucionaria como la razón, la liberación femenina– es que la dialéctica de la revolución es característica de las cuatro fuerzas que distinguimos en los Estados Unidos –los trabajadores, los negros, los jóvenes y las mujeres. Todas son *momentos de la revolución* y nadie podría conocer antes del suceso en sí mismo, quiénes serán los protagonistas de la revolución particular y concreta.

Esto determinó mi introducción y mi esquema general para este libro que concluí en lo que denominé “El camino hacia los años 1980”. En una palabra, no importa qué fuerza revolucionaria específica resulta ser –los obreros, los negros, los jóvenes o las mujeres– toda la verdad está en el doble ritmo de cualquier revolución: el derrocamiento de la vieja sociedad y la creación de nuevas relaciones humanas. Ello exige especificar esa dialéctica en su totalidad con *cada sujeto individual*.

Esto es cierto no como resumen, sino más bien como nuevo comienzo. En la medida en que el concepto de Marx de la “revolución permanente” aclaró que la revolución no termina con el derrocamiento de lo viejo, sino que debe continuar lo nuevo, así ustedes empezarán a sentir esta presencia del futuro en el presente. Este es el momento cuando cualquier hombre,

mujer o niño siente esta *novedad*, precisamente porque está asentada en tal nuevo comienzo.

Prefacio a la edición de 1982

Una pasión por la filosofía de Marx –a la cual él originalmente denominó “un nuevo humanismo”– apareció en los años sesenta, con el nacimiento de una nueva generación de revolucionarios y un Tercer mundo completamente nuevo, que surgía de debajo del imperialismo occidental, seguido de las primeras revueltas contra el totalitarismo comunista en Europa del este en los años cincuenta. Este interés por el nuevo mar de ideas y la revolución que Marx descubrió ha ganado hoy una nueva intensidad en la víspera del centenario de la muerte de Marx.

Me es un placer decir que no he tenido que cambiar una sola palabra en mi análisis de las *obras* de Marx, aunque, en los 25 años desde que se imprimiera por primera vez, algunos escritos de Marx, previamente no disponibles, tales como los *Manuscritos etnológicos**, se han hecho asequibles. Y es así además, porque mi esfuerzo no estuvo en el hecho de que fui la primera en publicar en inglés los hoy muy famosos *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844, sino que más bien el énfasis estuvo en la integralidad del “nuevo humanismo” del joven Marx con el trabajo más importante del Marx maduro, de *El Capital*. Ahí está como lo expresara el difunto Herbert Marcuse** en su prefacio para la primera edición: “El libro de Dunayevskaya va más allá de las interpretaciones anteriores y no solamente muestra que la economía y la política marxista son filosofía pura, sino que esta última es a su vez economía y política desde el principio”.

El trabajo tampoco se detuvo en la relación dialéctica y la integralidad del humanismo en los trabajos de economía y política de Marx (ver la tercera parte: “El marxismo: La unidad de la teoría y la práctica”). Además, mostraba las raíces norteamericanas desconocidas del marxismo en la dimensión negra. Esto, al mismo tiempo, no se detenía en el análisis del movimiento abolicionista que condujo a la Guerra Civil o la lucha que le siguió por la reducción de la jornada laboral, sino abarcaba el impacto histórico que este suceso tuvo en la propia estructura de *El Capital* de

* Para el análisis de los *Manuscritos*, ver mi *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución* (Atlantic Highlands, N.J.: Humanities Press, 1982). Hay traducción al español, publicada por Fondo de Cultura Económica, México, 1985 y 2004.

** Ver mi “In memoriam” a Herbert Marcuse de diciembre de 1979, publicado por la *International Society for the Sociology of Knowledge Newsletter*.

Marx. Debido a que Marx había captado el significado de la dimensión negra de manera tan temprana, pude entonces desarrollar aquellas raíces norteamericanas hasta nuestro tiempo y así, el último capítulo de mi trabajo: “La automatización y el nuevo humanismo”, incorporó los últimos acontecimientos, el inicio de la revolución negra en los Estados Unidos con el boicot en los autobuses de Montgomery de 1955 a 1956.

Para esta autora, la reedición de su trabajo es apremiante debido a las innumerables crisis que caracterizan al mundo de hoy, en particular aquella que conduce a la guerra por parte de los dos titanes nucleares, los Estados Unidos y Rusia, y la necesidad, en cambio, de una lucha por ganar las mentes de la humanidad. Lo que forzó la primera edición fue la transformación del primer Estado de obreros en la sociedad capitalista de Estado que conocemos. El Pacto entre Hitler y Stalin había exigido tanto el rechazo de cualquier concepción sobre Rusia como un Estado de obreros (y que Trotsky aun la mantenía) como un análisis fundamental sobre cómo había sucedido esa transformación en su opuesto. La teoría del capitalismo de Estado que había iniciado allá por 1941 fue desarrollada sobre la base, tanto del análisis de Marx de las leyes económicas del capitalismo y de un estudio concreto de los tres primeros planes quinquenales de Rusia (ver la V parte, El problema de nuestro tiempo: El capitalismo de Estado vs. la libertad”).

Debido a que son los ideólogos, no sólo en el Oriente, sino en el Occidente (y en ninguna parte de modo más vulgar que en los Estados Unidos de R. Reagan) quienes mantienen el intento por tramar esta monstruosa amalgama de contrarios –el explotador capitalismo de Estado que se llama a sí mismo comunismo, con el marxismo, una filosofía de la liberación– la tarea de clarificar el aire y nuestras mentes con el marxismo de *Marx* mantiene su vigencia.

La estructura de *Marxismo y libertad* tuvo sus raíces en el movimiento de la práctica a la teoría, así como el movimiento de la teoría a la práctica. Yo empecé por la época de las revoluciones: 1776, los Estados Unidos; 1789-1793, Francia; 1848, Alemania y 1871, la Comuna de París; y la relación de cada una de esas revoluciones reales con las revoluciones intelectuales: el auge de la economía política clásica, la filosofía hegeliana y la recreación por parte de Marx de la dialéctica hegeliana en la dialéctica de la revolución proletaria. Luego seguí hacia el análisis de los problemas de nuestro propio tiempo.

A inicios de los años sesenta, cuando se inició el conflicto chino-soviético, un grupo de revolucionarios en Japón, quienes se encontraban traduciendo *Marxismo y libertad*, me pidieron permiso para añadir mi

ensayo de 1961: “Los retos de Mao Tse-tung”. Este nuevo capítulo, el 17, fue incluido también en la segunda edición en inglés. La tercera edición añadió más adelante un capítulo 18: “¿La revolución cultural o la reacción maoísta?” Ambos son incluidos en esta edición.

La relevancia y el apremio del marxismo para nuestro tiempo han resurgido también con la revolución iraní. Me fue un placer saber que en 1980 un grupo de revolucionarios en Irán tradujeron tanto mi selección de los ensayos humanistas de Marx como el capítulo de la segunda parte de este libro, titulado “El obrero y el intelectual en los momentos cruciales de la historia: 1848-1861”. Los intelectuales a los que me refería eran Lassalle y Marx. Los intelectuales que tenían en mente los revolucionarios iraníes eran aquellos que formaron parte del gobierno cuando Khomeini tomó el poder y aquellos que deseaban continuar la revolución. La actual guerra, próxima a ser una guerra civil allí, demuestra que los dirigentes pueden matar a los que luchan por la libertad, pero no a la idea de la libertad.

La nueva fase de conocimiento que alcanzó la revolución húngara de 1956 con traer a los ensayos humanistas de Marx de 1844 hacia el escenario histórico actual, ha sido la razón que subyace a las revueltas este-europeas por un período de más de dos décadas. Hoy estamos advirtiendo una nueva fase de estas revueltas masivas en Polonia. Sin lugar a dudas estas revueltas o la nueva fase de conocimiento no están limitadas sólo a Europa del este. El descontento con los gobiernos, en Occidente y el Oriente, le dan la vuelta al mundo. En los masivos movimientos juveniles antibélicos, especialmente, la búsqueda de nuevas relaciones humanas está relacionada con el problema del tiempo mismo. En contraste con los titanes que juegan con la posibilidad de una guerra nuclear que podría poner fin a la civilización tal y como la hemos conocido, las nuevas fuerzas y la razón de los contrarios están haciendo ver en el escenario histórico la definición de Marx: “El tiempo es el espacio para el desarrollo humano”.

—Raya Dunayevskaya
Detroit, Michigan, 5 de octubre de 1981.

Introducción a la segunda edición

Solo aquello que sea un objeto de libertad
podría ser llamado una idea.

Hegel

La primera edición de *Marxismo y libertad* se imprimió en el momento que entraba en órbita el *Sputnik No. 1*. Ese mismo año 1957, los disturbios de *Little Rock** compartieron los titulares de la prensa con el fenómeno científico. En 1962, dos sucesos diferentes impactaron al unísono en la conciencia de las personas. Esta vez la valiente entrada de James Meredith a la universidad del Mississippi** terminó con el esplendor de la espectacular sexta entrada a la órbita espacial de Walter Schirra.*** Una época en la cual “una pequeña cosa”, como la desegregación racial en la escuela, puede desplazar tales grandiosos acontecimientos científicos, es una época en la cual la conciencia de las personas está preocupada, no por el logro científico, sino por la libertad humana.

Esta nueva edición aparece cuando nuestra vida y nuestro tiempo imponen una urgencia a la misión de desarrollar una nueva relación entre la filosofía y la realidad. El pensamiento y la acción no pueden por siempre estar divorciados. En algún lugar, alguna vez, se deben encontrar. A lo largo de toda la historia las fuerzas que han producido grandes revoluciones sociales han generado también grandes revoluciones filosóficas. Así fue cuando Rainsborough expresó como el motor impulsor de la revolución de

* Little Rock. Capital de Arkansas, estado del Sur de los Estados Unidos. La autora se refiere a los sucesos de 1957, cuando el gobernador, Orval Faubus ignoró las órdenes en contra de la segregación racial, negando la integración en los distritos escolares de Little Rock y ordenó a la Guardia Nacional de Arkansas que impidiera a estudiantes negros entrar en la *Central High School*.

** James Meredith fue el primer estudiante negro que acudió a la universidad de Mississippi, escoltado en su primer día de clases por oficiales del Departamento de Justicia, cuando funcionarios federales suprimieron las leyes de segregación racial en la Universidad en 1962.

*** Se hace referencia a los inicios de los programas de vuelos espaciales de los años sesenta, la puesta en marcha el programa *Apolo* en 1961 por el presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, con el objetivo de llevar un hombre a la Luna y que en octubre de 1968, los astronautas Schirra, R. Walter Cunningham y Donn F. Eisele, dieran 163 vueltas alrededor de la Tierra, siendo este el primer vuelo tripulado del proyecto mediante el sistema propulsor Saturno 1B.

1648 que: “...los más pobres en Inglaterra tienen que vivir una vida igual que los más poderosos”. En 1963, James Baldwin habla de “una visión de otro mundo... yo no hablo de un cambio en la superficie, sino de un cambio profundo, en el sentido de renovación”. La lucha de los niveladores ingleses del siglo XVII por la igualdad, o la de los negros del siglo XX que luchan por la libertad *ahora*, ejercen una vigorosa presión sobre la tendencia intelectual a oponerse al impulso hacia un pensamiento original en vísperas de las revoluciones sociales que reclaman una reconstrucción filosófica.

Los dos rasgos que caracterizan los grandes períodos de sublevación son: Uno, que un nuevo *sujeto* nace para responder a las demandas objetivas de la historia haciendo que la libertad y la razón se conviertan en la realidad cotidiana. Y dos, se crea una nueva relación entre la teoría y la práctica. Así sucedió en el pasado: Los niveladores en el siglo XVII inglés, los *sans culottes* en la Revolución Francesa de 1789-1793; los esclavos fugitivos que empujaron a los Estados Unidos a la Guerra Civil de 1861-1865; el proletariado de San Petersburgo en la Revolución Rusa de 1905 y 1917. Así sucede en el presente: en la revolución húngara contra el totalitarismo ruso y no menos en las revoluciones africanas contra el imperialismo occidental. Esto no significa que cada uno de estos períodos históricos haya dado nacimiento a una filosofía completamente nueva. Una filosofía original es una creación rara, nacida luego de un duro trabajo, solamente cuando es provocada por una nueva fase en la conciencia mundial sobre la libertad. Ello significa que una filosofía viable debe ser capaz de responder los retos de la experiencia humana, de las nuevas sublevaciones, símbolos de la falta de libertades específicas.

Para esta autora esto significó, que no importaban cuales fueran las razones que determinaron la transformación de la teoría marxista de la liberación en su contrario después que la Revolución Rusa fracasó en llevar a cabo, es decir, poner en práctica esta filosofía de la emancipación, (vea los capítulos XII y XIII), se hacía imperativo el retorno a la forma original del humanismo del marxismo. Debido a la no disponibilidad en inglés de los manuscritos humanistas de Marx en el momento de ser publicado *Marxismo y libertad* en 1958, yo incluí estos escritos como un apéndice*. A

* Ese apéndice ha sido quitado de esta nueva edición ya que los manuscritos se encuentran fácilmente en inglés. La publicación oficial de Moscú (1959) está deformada por notas al pie que flagrantemente violan el contenido y el intento de Marx. La traducción preferible es la de T. B. Bottomore, la cual, con otros materiales primarios, está incluida en *El concepto del hombre de Marx* de Erich

partir de entonces ha habido diversas traducciones al inglés de estos ensayos, así como muchos comentarios. Pronto se hizo evidente, sin embargo, que esto fuera hecho, no para restablecer la unidad integral de la economía política marxista con su humanismo filosófico, sino sólo para exorcizar el fantasma de Karl Marx y luego volverlo a enterrar, esta vez ya como un humanista. Esto no se puede hacer, pues el humanismo marxista va a permanecer vivo por mucho tiempo hasta que un nuevo mundo sea establecido sobre verdaderos principios humanos.

El comunismo totalitario entiende esto tan bien que la eliminación contrarrevolucionaria de la revolución húngara estuvo estrechamente ligada a la eliminación del pensamiento. La posterior denominación de Jruchov y de Mao del humanismo marxista como “revisionista” y la denuncia del “revisionismo” como “el mayor peligro”, no disuadió, sin embargo, a los “expertos ideólogos” norteamericanos de hacerse cargo del término “revisionismo” y de modo análogo usarlo contra los *opositores* de las burocracias gobernantes que no sólo habían revisado, sino viciado, al marxismo. Los propios intelectuales que habían perdido su voz colectiva durante el período del macartismo, encuentran ahora su voz individual para intentar fragmentar a Marx.

El debate en torno a los manuscritos degeneró en un asunto de primacía, como si fuera un debate universitario mantenido para acumular puntos. Según afirmé en la polémica de 1961: “El debate sobre quien fue el primero en traducir al inglés los *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844 de Marx, es una controversia con sentido sólo si ésta tiene una relación sustancial con el espíritu de estos ensayos y el de nuestros tiempos. Yo me vi *forzada* a ser la primera en publicar esos manuscritos en 1958 ya que durante los quince años anteriores había intentado, en vano, de convencer a otros estudiosos, escritores y publicistas sobre la relevancia de estos ensayos. En el período entre las sublevaciones en Alemania del este y la revolución húngara, los comunistas rusos abiertamente atacaron estos ensayos (*Voprosy filosofi*, #3, 1955), y nuevamente comencé mi tanda editorial. Esta vez los ensayos formaron parte de mi libro y mantuve que el

Fromm. (Frederick Ungar Publishing Co., New York, 1961.) Mi original apéndice B, la primera traducción al inglés de la *Ciencia de la lógica de Lenin*, también ha sido quitada ya que este material está disponible finalmente en una traducción al inglés (V. I. Lenin. *Obras escogidas*, tomo 38, *Cuadernos filosóficos*, Editorial de lenguas extranjeras, Moscú, 1961). (En español hay diversas ediciones de los textos mencionados por la autora, así como hay traducción de la edición de *Obras escogidas* con similar orden. N. del T.)

ataque de los comunistas rusos a estos no era de tipo académico, sino era un presagio de las revoluciones futuras. Al año siguiente la gran revolución húngara levantó con mucha claridad las banderas del humanismo. Ya que para mí el humanismo marxista es el único fundamento genuino que se puede oponer al totalitarismo comunista, sentí la obligación de mostrar que el humanismo no es nada inventado por mí, sino que viene directamente de Marx, quien luchó contra lo que él clasificó de “comunismo vulgar”, al decir que “el comunismo en si, no es la finalidad del desarrollo humano, es la forma de la sociedad humana.”

El escepticismo también saludó mi afirmación en la primera edición, cuando decía que el camino hacia una nueva sociedad, abierto por la revolución húngara, estaba de igual modo iluminado por el boicot a los autobuses en Montgomery. Desde entonces la lucha de los negros se ha diseminado por todas partes y ha afectado tanto al norte como al sur, y la frase “la revolución negra” ha devenido casi en un cliché. Sin embargo, el hecho de que una revolución pueda ser tratada como una simple frase periodística pone de manifiesto el error, al enfrentar la verdad de que el negro norteamericano ha sido siempre la piedra de toque de la civilización norteamericana, la que siempre tuvo una frontera en expansión, pero no una filosofía unificadora. Tampoco se ha respondido al reto cuando el llamado por una filosofía unificadora vino de una fuente completamente distinta: el científico (Dr. William E. Pickering), quien por primera vez pudo poner en órbita a un explorador norteamericano. Al referir el hecho de que la humanidad ahora estaba “a sólo media hora de la aniquilación total”, dijo que la humanidad necesitaba, no de más armas destructivas que inventaban los científicos, sino de “una nueva filosofía unificadora”.

Este mismo período fue testigo del surgimiento de las revoluciones africanas bajo sus propias banderas humanistas*, ciertamente el nacimiento de este nuevo mundo independiente de la órbita comunista que condujo, tanto al descubrimiento por parte de los comunistas de este “tercer mundo”, como a la división dentro de su propia órbita. (Sobre el rompimiento chino-soviético vea el capítulo XVII.). A causa de que el dinamismo de las ideas escapa a los “expertos ideólogos” norteamericanos, ellos no son capaces de reconocer el reto que plantea la lucha por la conciencia de los hombres. En cambio, ellos actúan como si cualquier batalla ideológica, aun si concierne a la misma supervivencia de la humanidad, fuese algo meramente retórico.

* Vea mi folleto: *El nacionalismo, el comunismo, el humanismo-marxista y las revoluciones afro-asiáticas*. (News & Letters, Detroit, 1959; Cambridge, Inglaterra, 1961.)

No es que no sepan como cualquier otro que más allá de la retórica se encuentra el hecho global de que vivimos en un mundo de bombas “H” y de misiles balísticos intercontinentales (ICBMs). Ni es que ellos sientan menos ansiedad que el resto de nosotros cuando en octubre de 1962 J. F. Kennedy le dijo a Jruchov que los Estados Unidos estaban listos para desatar un holocausto nuclear a menos que Rusia sacara sus cohetes de Cuba. Ello más bien se debe a la creencia de que sus anticuados puntos de vista respecto a las ideas podrían, de un modo mágico, disipar la lucha de clases y que la lucha racial se convertiría en algo insignificante.

Cuando algunos críticos quisieron regresar los manuscritos humanistas de Marx a los archivos, otros pusieron en duda mi teoría del capitalismo de Estado, diciendo que le había prestado poca atención a las condiciones cambiantes en Rusia desde el ascenso de Jruchov al poder, apuntando específicamente a “la eliminación de los campos de trabajo forzoso”. Curiosamente, esta crítica venía en gran medida de aquellos que negaron la existencia misma de los campos hasta que Jruchov los declaró eliminados. Que los peores campos de trabajo forzoso hayan sido eliminados no significa que todavía no existan algunos. Eso significa solamente que “el trabajo correccional” ha tomado una forma diferente, más suave. Ni la “libre empresa” norteamericana ni el “comunismo” ruso han cambiado lo fundamental de la teoría marxista del valor y la plusvalía, o del capitalismo como una relación de explotación del capital hacia el trabajo. Después del reconocimiento ruso, en 1943, de que la ley del valor funciona en Rusia, ya no tenía sentido seguir con el análisis detallado de sus planes estatales. Mi análisis de los planes quinquenales, por consiguiente se detuvo con la Segunda Guerra Mundial y a partir de entonces se centró en el ataque ruso a *El Capital* de Marx y a sus *Manuscritos económicos y filosóficos*, (Vea los capítulos III y XII) y no hay motivos para revisar mi estudio.

Lo específicamente nuevo ahora son los acontecimientos en la órbita chino-soviética. Mi estudio sobre esta ruptura fue elaborado originalmente en 1961 como parte de un nuevo libro que estoy escribiendo sobre las ideologías globales y los países tecnológicamente subdesarrollados. Debido a que “El reto de Mao” tiene una urgencia especial hoy, lo he actualizado hasta el momento, a petición de unos amigos japoneses que me solicitaron incluirlo en la edición de *Marxismo y libertad* que ellos preparan para su publicación en Tokio. Ha sido incluido también como el capítulo XVII en esta nueva edición norteamericana. Ambas ediciones están yendo a imprenta en la medida que nos acercamos al centenario de la creación, en 1864, en Londres, de la Primera Internacional.

Raya Dunayevskaya

1 de noviembre de 1963
Detroit, Michigan

Introducción a la primera edición

En ambos lados de la cortina de hierro, frente a la lucha constante del hombre por alcanzar la libertad plena, existe hoy una genuina conspiración por identificar al marxismo, una teoría de la liberación; con su contrario, el comunismo, la teoría y la práctica de la esclavitud. Este libro intenta reestablecer al marxismo en su forma original, la cual Marx denominó como “un naturalismo, o un humanismo exhaustivo”.

Hasta ahora, las raíces norteamericanas del marxismo han permanecido ocultas. Es conocido, aunque no ampliamente, que Marx ayudó al Norte durante la Guerra Civil en los Estados Unidos. Mucho menos conocido es el hecho de que el camino de los abolicionistas y el de Marx se entrecruzaron en ese tiempo. Lo que sí se desconoce totalmente es que bajo el impacto de la Guerra Civil y las luchas posteriores por lograr jornadas laborales de ocho horas, Marx reorganizó totalmente la estructura de su gran obra teórica, *El Capital* y esto lo analizamos aquí por primera vez.

Nuestra época se ha caracterizado por “una lucha por ganar las conciencias de los hombres”. A menos que esta lucha comience con un concepto de relaciones completamente nuevas del hombre con el trabajo y del hombre con el hombre, esto es superfluo. La vigencia del marxismo fluye de lo siguiente: ningún filósofo ha tenido jamás un concepto más grande de la humanidad como lo tuviera Marx, y ninguna concepción filosófica, hasta ahora, ha estado jamás más arraigada a profundidad en el trabajo y la producción como la primera necesidad de la sociedad humana. El hecho que las bombas “H” han planteado el signo de interrogación sobre la propia supervivencia de la civilización, no cambia nada. La respuesta a este problema no está en los titulares de la prensa de hoy, sino que está en la producción y esto es lo que hace a Marx tan contemporáneo. Los problemas que planteó cien años atrás son debatidos actualmente como asuntos concretos en las fábricas y en la sociedad como un todo.

Los fundamentos filosóficos del marxismo no fueron totalmente comprendidos hasta el desarrollo del Estado totalitario. Solamente ahora es posible comprender que el rechazo de Marx al comunismo de su tiempo, no fue un complemento del humanismo del siglo diecinueve a sus teorías económicas científicas. Muy distante de ser un materialista vulgar, Marx basó sus puntos de vista, acerca del derrumbe inevitable del capitalismo y el surgimiento de un nuevo orden humano, en una realización en la que los obreros encontrarían la universalidad y la plenitud en su vida social real como productores. Debido a que el comunismo era un simple rechazo de la

propiedad privada, el comunismo para Marx no era “la finalidad del desarrollo humano, era la forma de la sociedad humana”.

El marxismo, o es una teoría de la liberación o no es nada. Mientras que Marx se preocupó por la emancipación de la humanidad y el inevitable derroche de la vida humana, la cual es ley general absoluta del desarrollo capitalista, el comunismo ruso descansa sobre el fundamento del capitalismo –pagarle el mínimo y sacarle el máximo al obrero. Ellos le llaman a esto “el plan” y Marx lo nombró como la ley del valor y la plusvalía, prediciendo que su libre desarrollo conduciría a la concentración de capital “en manos de un solo capitalista o de una sola corporación capitalista”.

Marx predijo las tendencias actuales hacia el capitalismo de Estado no por haber sido un profeta, sino gracias a su método dialéctico de seguir hasta el final todas las tendencias del desarrollo social. Es imposible comprender el trabajo teórico más importante de Marx si se piensa que es un absurdo el método particular: la dialéctica hegeliana. El absurdo sería si el método fuera la prueba, la cual puede estar solamente en la práctica, en el desarrollo real de la sociedad misma. Este libro, por tanto, cubre la época de la maquinaria moderna, desde su nacimiento en la revolución industrial hasta su desarrollo actual con la automatización.

Aquí son tratadas tres tendencias principales de pensamiento; 1) La evolución de la economía política inglesa, las doctrinas revolucionarias francesas y la filosofía idealista alemana (hegeliana), en relación con el desarrollo social real del período de 1776 hasta 1831. 2) El desarrollo del marxismo en los tiempos de Marx y desde entonces, en relación con la lucha real de clases en la época de la Guerra Civil en los Estados Unidos y la Comuna de París, así como la Primera Guerra Mundial y la revolución rusa. 3) La metodología del marxismo aplicada a los problemas que surgieron de las tendencias hacia el capitalismo de Estado por una parte y el movimiento por la emancipación total, por la otra. La necesidad que apremia a nuestra época también es la unidad de la teoría y la práctica que caracterizó los cuarenta años de madurez de Marx (1843-1883).

El impulso para la redacción de este libro partió de dos fuentes principales: 1) los obreros norteamericanos y 2) los obreros de la Alemania del este. Este período, entre 1950 y 1953, fue el de la guerra de Corea y la muerte de Stalin. Durante esos años, los obreros norteamericanos, en particular los mineros y los obreros de la industria automovilística, comenzaron a enfrentar las condiciones de la automatización, promoviendo el asunto de la productividad como de algo que tiene que ver con los frutos del trabajo –el salario– a algo relacionado con las condiciones del trabajo y

la necesidad de un modo de vida completamente nuevo. Este fue el período en que los obreros de Alemania del este retaron al régimen comunista en su revuelta del 17 de junio de 1953, seguido unas semanas después de una revuelta en los campos de trabajo forzoso de Vorkuta, dentro de la misma Rusia. Así, tanto en los remotos parajes de Siberia como en el propio corazón de Europa, el toque a rebato había sonado para el comienzo del fin del totalitarismo ruso.

Tanto al filósofo en su torre de marfil como al hombre de la calle le preocupa la cuestión: ¿Podrá ser libre el hombre en esta época de totalitarismo? Nosotros nos dimos un salto de generaciones hacia una respuesta afirmativa con las revueltas de 1953 y de nuevo con la revolución húngara de 1956. La senda hacia una nueva sociedad no estuvo menos iluminada por las luchas de los negros entre 1956-1957. Al mismo tiempo, la “pequeña guerra” por Suez* nos puso al filo de la Tercera Guerra Mundial. Sin embargo, a partir de la totalidad de la crisis mundial apareció la búsqueda de una nueva filosofía en ambos lados del Atlántico.

Hoy, como nunca antes, ningún teórico puede escribir por sí solo. La teoría requiere de una configuración y reconfiguración de ideas sobre la base de lo que los obreros mismos hacen y piensan. La investigación para este libro, por ejemplo, sobre la transformación de Rusia de un Estado de obreros en su contrario, en un Estado capitalista de Estado, comenzó con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Formaron parte de ella académicos, algunos que estaban de acuerdo con mis conclusiones y otros que no lo estaban. En sus inicios este trabajo fue un análisis marxista del capitalismo de Estado, pero no tomó la forma actual de *Marxismo y libertad* hasta la nueva etapa de la producción y las revueltas ocurridas entre 1950 y 1953. Debido a que vivimos en una época de absolutos —en el umbral de la libertad absoluta a partir de la lucha contra la tiranía absoluta— la urgente necesidad de una nueva unidad entre la teoría y la práctica dicta un nuevo método de redacción. Al menos esto dictó el método mediante el cual fue redactado este libro.

Se realizó un recorrido para presentar oralmente las ideas que conforman el libro ante grupos de trabajadores automovilísticos, mineros, trabajadores del acero y jóvenes estudiantes. En sus propias palabras y a partir de sus propias vidas, ellos contribuyeron a tener una *nueva*

* Se refiere a la crisis internacional de Suez (1956), en el Medio Oriente, ocasionada el 26 de julio de 1956, cuando el Presidente de Egipto Gamal Abdel Nasser, nacionalizó el canal de Suez que había pertenecido a la Compañía del Canal de Suez y que controlaba los intereses franceses e ingleses.

comprensión. Por ejemplo, un minero de Virginia occidental, modestamente, sobre la base de su propia comprensión del “marxismo”, sacó la libertad de su abstracción y le confirió un sentido concreto.

“Los he escuchado debatir acerca del compañero Marx” –dijo. “No podría decirlo como él, pero se con exactitud lo que él quiere decir. Yo estaba allí esta mañana a las seis menos cuarto y miré por la ventana y me dije: ‘Es mejor que te levantes y te vayas, tengas o no deseos’. No se lo dije ni a mi esposa, simplemente me lo dije para mis adentros: ‘¿Le podrías llamar a esto, ser un hombre libre?’”.

El primer borrador del libro fue escrito después de estos debates. Luego se entregó el manuscrito a algunos de estos grupos para su estudio y por un lapso de tres meses los debates fueron grabados. De nuevo, la autora estudió cuidadosamente los análisis, revisó el primer borrador y emprendió un segundo recorrido amplio de debates personales, algunos de los cuales se encuentran reflejados en el texto. Sólo después de estos amplios debates quedó listo el libro, escrito finalmente en su forma actual.

Este trabajo está dedicado por consiguiente a los obreros automovilísticos, a los mineros, a los trabajadores del metal y a los jóvenes estudiantes que participaron tan a fondo en la redacción del mismo. Ellos son sus coautores.

Raya Dunayevskaya
Detroit, Michigan
Mayo de 1957

Posdata: Al leer las pruebas de galera, la autora se toma la libertad de añadir nuevas notas sobre sucesos (tales como el discurso de Mao Tse-tung “*Sobre la contradicción*”) que sucedió mientras este libro iba a la imprenta y su actual publicación.

RD
Septiembre de 1957

Primera Parte

De la práctica a la teoría:
de 1776 a 1848

Capítulo 1

La época de las revoluciones: La industrial, la socio-política y la intelectual

Nuestra época moderna, mecanizada, nació a partir de tres revoluciones del siglo XVIII: La Revolución Industrial, la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa. Todos los puntos claves de la crisis moderna fueron planteados, embrionariamente, desde entonces. Ciertamente estamos viviendo ahora el desarrollo ulterior de las contradicciones que surgieron con la creación de la industrialización. La prueba de que nuestra época no ha resuelto las contradicciones que enfrentó en su nacimiento es tan grande como la vida misma. El Estado totalitario unipartidista es la máxima expresión de estas contradicciones y el problema central persiste: ¿Puede ser libre el hombre?

La totalidad de la crisis mundial de nuestra época y la necesidad de un cambio total, obliga a la filosofía a tener una perspectiva integral. Nosotros podemos entender mejor que ninguna época anterior las revoluciones del pensamiento de aquel tiempo. La Revolución Industrial había minado el antiguo orden feudal. El trabajo del hombre –bajo la disciplina de la máquina: maquiladora, fundidora y de vapor– suscitó para el capitalista, mayores riquezas que las del descubrimiento del oro y el inicio del comercio con el virgen continente americano. Ni aún la pérdida de “las colonias del nuevo mundo” pudo detener el desarrollo del capitalismo industrial en Inglaterra. No así en la Francia atrasada donde la realeza y los intereses creados por el orden feudal mantenían reprimida a la burguesía.

El año de 1776 fue testigo del nacimiento de Norteamérica como nación y el lapso en que se publicó *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, obra que marca el nacimiento de la economía política clásica. El impacto desempeñado por la Revolución Industrial sobre la economía política inglesa, lo ejerció la Revolución Francesa sobre la filosofía idealista alemana. Bajo este impacto, el más grande de los filósofos idealistas alemanes, George Wilhelm Friedrich Hegel, reorganizó toda la filosofía hasta ese momento existente. Estas revoluciones en el pensamiento pueden ser cabalmente comprendidas solamente bajo la luz de las revoluciones en marcha, particularmente bajo el desarrollo de la Gran Revolución Francesa. No hay nada en el pensamiento –ni siquiera en el pensamiento de un genio– que no haya estado previamente antes en la actividad del hombre común.

1) *La Revolución Francesa en los libros y en la vida*

A pesar de la gran cantidad de libros sobre la Revolución Francesa, no hay hasta la fecha, un relato completo sobre la profundidad y la magnitud de la actividad de las masas francesas. No es sino hasta hace poco que Daniel Guérin escribiera un verdadero trabajo pionero: *Las luchas de clase en la Primera República Francesa*¹, que aun está por traducirse al inglés. En 1947, se publicó en los Estados Unidos la traducción de *El surgimiento de la Revolución Francesa* de Georges de Lefebvre, profesor emérito de Historia de la Revolución Francesa de la Universidad de París. Sin embargo, ese análisis se limita a los comienzos de la Revolución²

Al mismo tiempo, la Revolución Francesa estuvo marcada por una gran osadía, continuidad y permanencia de sus acciones revolucionarias. Hubo grandes movilizaciones de masas no solamente en contra de los monárquicos, sino en contra del ala derechista de la naciente burguesía (los girondinos) y también en contra del ala izquierdista (La Montaña (*La Montagne*) o los jacobinos) guiados por Robespierre, el más conocido de los líderes revolucionarios.

Se considera un pasatiempo popular de los historiadores liberales decir que el año 1789, que llevó a la clase media al poder, fue “un hijo de la filosofía del siglo dieciocho”, y agregan que 1793 “sólo” fue “obra de la circunstancia y de la necesidad”. La deducción parece que se debe a que como las masas no tenían “teoría”, no dejaron realmente ninguna huella en la “historia”. La verdad es que precisamente la espontaneidad de 1789 y 1793 y especialmente la de 1793, lleva tanto la marca como el sello de las demandas del movimiento de masas y el método por el cual las masas pensaron construir una nueva sociedad en lugar de la anterior.

Es verdad que antes de la Revolución, los *sans-culottes*, es decir, las capas más importantes del movimiento de masas, no tenían ninguna teoría de la democracia directa. Ni nadie más la tenía, y menos aún los filósofos. Es verdad que los pobres de la ciudad no se organizaron para poder ser un sustituto consciente del Parlamento. Sin embargo, espontáneamente le imprimieron un contenido nuevo a las antiguas instituciones, tales como la

¹ Daniel Guérin, *La lutte de classes sous la Première République*, 2 vol., Paris, 1946. (Hay traducción al español de la obra de Daniel Guérin realizada por Alianza Editorial, Madrid, en 1974. N. del T.)

² El lector también debería consultar *The French Revolution y After Robespierre: Thermidorian Reaction* de Albert Mathiez.

Comuna y al mismo tiempo, formas completamente nuevas de asociación – clubes, sociedades, comités– brotaron por doquier. Por el simple hecho de no irse a casa después de votar y quedarse hablando, las asambleas electorales se transformaron en genuinas asambleas de deliberación y acción de la comunidad. Las Secciones de París bullían de vida, y se mantenían en sesión *permanente*. En primer lugar, se reunían diariamente (abrían a las cinco o seis de la tarde). En segundo lugar, eligieron un *Buró de correspondencia* para asegurarse del contacto con las diversas Secciones de la capital, para así mantenerse constantemente informados de los acontecimientos y lograr la *coordinación* de sus acciones. En tercer lugar, observaron y rastrearón los sospechosos para asegurarse de que no fuera controvertido el espíritu revolucionario.

Así, en enero de 1790, se opusieron al arresto de Marat y dieron a conocer sus puntos de vista a través de acciones dirigidas a *consolidar* los logros de la Revolución. El 18 de junio de 1791, adoptaron la sugerencia de Robespierre de abolir toda distinción entre los ciudadanos “activos”, o sea, aquellos que podían pagar el impuesto para votar, y los ciudadanos “pasivos”, aquellos que no lo podían hacer. De hecho, algunas Secciones ya habían tomado las riendas del asunto en sus manos y ya habían abolido dicha distinción. De esta forma el movimiento de masas dio a la nueva burguesía su primera lección en democracia. En julio de 1792, las sesiones de la Asamblea se hicieron públicas: las mujeres y los jóvenes, que no podían votar, fueron admitidos en las galerías.

En su obra, Guérin muestra como los *sans-culottes* sintieron instintivamente la necesidad de oponer sus propias formas de representaciones directas, flexibles y claras a la forma indirecta, engorrosa y abstracta de la democracia parlamentaria. Las Secciones, las Comunas y las sociedades populares expresaban día a día la voluntad de las masas, de la vanguardia revolucionaria. La sensación de que eran los instrumentos más eficaces y los intérpretes más auténticos de la Revolución, les dio la osadía necesaria para disputarse el poder con la sacrosanta Convención. El pueblo estaba tan poco ligado a una idea sin vida y preconcebida, tan alejado de todo formalismo abstracto, que las formas concretas de su poder dual variaban a cada instante. Pero empecemos por el principio.

2) *Las masas parisinas y la Gran Revolución Francesa*

El 14 de julio de 1789, señaló el inicio de la revolución burguesa más profunda. A diferencia de la Revolución Norteamericana que le había precedido, el pueblo francés no luchaba contra un enemigo extranjero. Su

sufrimiento provenía de sus propios gobernantes consagrados. El enemigo se encontraba dentro. La monarquía, corrompida hasta el tuétano de sus huesos nobles y de su sangre azul, mantenía a las masas en la pobreza y restringía los movimientos de los jóvenes aldeanos. La nobleza, los terratenientes y el clero vivían en el más caprichoso lujo a costa de los campesinos sometidos a la esclavitud.

Al mismo tiempo que la ciencia era liberada en Inglaterra por la clase industrial y comercial, el régimen en Francia trataba de mantener la servidumbre de pensamiento al prohibirles a los científicos sobrepasar los límites establecidos por la fe supersticiosa.

Estas contradicciones y antagonismos alcanzaron su punto de explosión y de unidad con la toma de la Bastilla. Las clases se mezclaron en una nueva nación para librarse del orden antiguo. En el campo, los campesinos se negaron a pagar el diezmo (los tributos), saquearon los castillos, quemaron los títulos de propiedad y volvieron a tomar posesión de las tierras comunes. En las ciudades los obreros y los residentes libres se organizaron en comités, clubes, sociedades y Comunas para asegurar la destrucción de lo viejo y la creación del nuevo orden social.

La Revolución comenzó con la toma de la Bastilla en 1789, pero la monarquía feudal no fue derrocada definitiva y absolutamente hasta que las masas trabajadoras en las Secciones de París consumaron la insurrección del 10 de agosto de 1792. Sólo entonces la legislatura decidió que la nueva Asamblea, la Convención, fuera elegida por sufragio universal. *De manera que la democracia no fue inventada por la teoría filosófica ni por el liderazgo burgués, sino fue descubierta por las masas en su método de acción.* Hay un doble ritmo en la destrucción de lo viejo y la creación de lo nuevo, que lleva la inconfundible huella de la *actividad propia que es el verdadero modo de conocer de la clase obrera.* De hecho, este fue el mayor logro de la Gran Revolución Francesa: el descubrimiento de los trabajadores de su propio modo de conocimiento.

Las masas *hicieron* algo: lucharon por el pan y el abrigo concretamente, por armas para combatir al enemigo en el interior y en el exterior, por el control de precios. Los líderes establecidos se opusieron. Entonces las masas usaron los comités que ellos mismos habían creado para imponer su voluntad en la Asamblea. Ligaron su demanda de pan y de trabajo a la demanda de la libertad política y la plena ciudadanía. Fue la necesidad y no la teoría la que les forzó a actuar directamente en la configuración de la nueva sociedad. Y sus acciones no sólo conquistaron sus demandas sino que les enseñaron quién los representaba verdaderamente. En 1793 ya no era Robespierre ni los jacobinos sino los

enragés (los furibundos): Jacques Roux, Theophile Leclerc y Jean Varlet. Fueron ellos los verdaderos portavoces del movimiento revolucionario de masas.³

“Diputados de La Montaña”, dijo Jacques Roux, “es una lástima que no hayan subido del tercer piso al noveno de las casas de este pueblo revolucionario; se habrían con-movido por las lágrimas y los gritos de las grandes masas, carentes de pan y sin ropas, reducidas a tal estado de angustia y de miseria por culpa del juego de la bolsa de valores y la especulación con los alimentos”.

Theophile Leclerc invitó a los legisladores a levantarse a las tres de la mañana y tomar su lugar entre los ciudadanos que asediaban las puertas de las panaderías: “Tres horas de espera en las puertas de una panadería le proporcionaría mayor aprendizaje a un legislador que cuatro años en las bancas de la Convención”.

Para Robespierre, la razón era el “Ser Supremo”. Pero la razón, decía Jean Varlet, vivía entre las masas: “Durante cuatro años de estar constantemente en la plaza pública entre la gente, entre los *sans-culottes*, entre el pueblo a quien quiero, he aprendido cómo los pobres diablos de las azoteas, con toda ingenuidad y diciendo lo que piensan, razonan con más seguridad y más valentía que los distinguidos caballeros, los grandes oradores, los pomposos hombres cultos; si desean adquirir conocimiento científico, que vayan y se confundan con el pueblo, como yo”.⁴

En 1789, la clase obrera de Francia era numéricamente débil. Sin embargo, estas 600,000 gentes de una población de 25 millones, hicieron milagros en la destrucción profunda del viejo orden. En esa etapa de nacimiento del desarrollo capitalista, no se separaron completamente -ni podían hacerlo- del liderazgo revolucionario burgués. Aprendieron que sólo por su propia movilización de masas y la actividad constante podrían lograr sus demandas. Robespierre, quien había aprendido tan eficazmente a movilizar esas enormes energías contra la reacción feudal y de la realeza, ahora se esforzaba por limitar la Revolución. Dentro de las circunstancias materiales e históricas de la época, la Revolución no podía, de ninguna

³ Véase Marx: “Del movimiento revolucionario que se inició en 1789 en el *Cercle social*, que hacia la mitad de su existencia tuvo como sus principales representantes a Leclerc y a Roux y que fue temporalmente derrotado por la conspiración de Baboeuf, surgió la idea comunista que Buonarroti, -amigo de Baboeuf- reintrodujo en Francia después de la Revolución de 1830”. (*La sagrada familia*. México: Ed. Grijalbo, S.A., 1960. p. 195.)

⁴ Las citas de Varlet, Roux y Leclerc son de Daniel Guérin, *op. cit.*

manera, haber realizado los principios igualitarios por los que los verdaderos representantes de las masas parisinas lucharon. No podemos seguir a Robespierre por la senda que tomó. Para nuestros propósitos, es suficiente señalar que él abrió la puerta al terror blanco que le arrebató la vida al preparar el camino para Napoleón.

La Gran Revolución Francesa que comenzó proclamando “libertad, igualdad y fraternidad” blasonadas en su Declaración de Derechos Humanos –así como la Revolución norteamericana luchó con la bandera de la Declaración de Independencia–terminó en la consolidación del poder de una nueva clase gobernante. Una nueva clase explotadora que contaba, sin embargo, con un apoyo popular más amplio que su antecesor feudal, al que destruyó completamente: 1) Sin contemporizar, la nueva clase gobernante dio sanción legal y participó en la supresión de los diezmos (tributos) feudales sin indemnización. 2) Nacionalizó la tierra; –la propiedad de la Iglesia y de la nobleza emigrante–, que los campesinos se habían tomado y a la cual habían estado esclavizados. 3) El Rey fue depuesto y el sufragio universal masculino fue establecido, por primera vez en la primera república moderna de Europa.

La Revolución Industrial y la toma definitiva de la tierra por los campesinos permitió la sólida fundamentación económica de la nueva clase gobernante.⁵ Este fundamento le aseguró a los capitalistas su permanencia como clase gobernante, independientemente de que la forma del poder político fuera la república o el imperio.

Medio siglo más tarde, el joven Marx sacó del movimiento de masas de la Revolución Francesa, los principios del socialismo revolucionario. Antes del nacimiento de Marx, sin embargo, Hegel ya había encarado el desafío de la Revolución Francesa de reorganizar completamente las premisas de la filosofía.

3) Los filósofos y la revolución: la libertad y la dialéctica hegeliana

⁵ Federico Engels en su obra *Las guerras campesinas en Alemania* ha señalado que la Reforma Alemana del siglo dieciséis traicionó a la revuelta campesina al no darles la tierra y como resultado, el país mismo “desapareció durante tres siglos de entre las filas de los países que desempeñan un papel independiente en la historia”. El problema de la tierra y del campesinado como pre-requisitos para el éxito de una revolución se hizo patente para los EE. UU. durante la Guerra Civil. Aún sufrimos a causa de esta revolución incompleta en la cual el hombre negro no obtuvo “sus cuarenta acres y su mula”. Sin embargo, no está dentro del alcance de esta obra el tratar dicho problema.

Hegel no examinó la Revolución Francesa directamente. Criticó a los filósofos. Toda la filosofía antes de Hegel –desde Bacon y Descartes, pasando por los enciclopedistas, Rousseau y Kant– tenía la certeza de haber resuelto todos los problemas fundamentales y que, una vez liberados de las trabas impuestas por el orden feudal y por la autoridad de la Iglesia, que atropellaba los derechos de la ciencia, llegaría la época de oro (el milenio). Rousseau y Kant dudaban que la felicidad fuera el resultado automático del progreso de la ciencia (la industria), sentían las contradicciones inherentes y apelaban a las emociones y poderes *humanos*. Pero no pudieron ir más allá que al intento de reconciliar los opuestos por medios de una fuerza *ajena*, es decir, la razón práctica del hombre que se conduce de acuerdo a una ley universal, “la voluntad general”.

Kant había escrito su *Crítica de la razón práctica* el año anterior a la Revolución Francesa y aunque nunca cesó su entusiasmo por la revolución, no pudo enfrentar el nuevo cambio real y sin precedentes que desafiaba sus premisas filosóficas. Sólo Hegel enfrentó el desafío.

No puede haber ninguna duda del impacto de la Revolución Francesa sobre Hegel, ni del impacto que tuvo sobre él la división del trabajo y la sujeción del obrero a la máquina, que había recibido tanto ímpetu por el desarrollo industrial que sucedió a la Revolución.

En su primer sistema (1801) Hegel *mismo* se enfrentó con valentía a ese nuevo gran fenómeno negativo: el trabajo enajenado: “Entre más mecanizado el trabajo, menor su valor y mayor el esfuerzo del individuo”. “El valor del trabajo disminuye en la misma proporción que la productividad del trabajo aumenta... Las facultades del individuo se restringen infinitamente y la conciencia del obrero se degrada a su nivel más bajo de torpeza y negligencia”.⁶

Esta descripción de Hegel recuerda a las obras de Marx, excepto que él no veía los elementos positivos del trabajo enajenado, ni podía verlos tampoco. Tenían que pasar cerca de cuarenta años antes de que el obrero revelara todo su caudal creador de energías y que estuviera listo a desafiar el nuevo orden de! capitalismo. Todo lo que Hegel veía era un animal salvaje. No hay momento más dramático en la historia del pensamiento que cuando el joven Hegel, al describir las condiciones de los trabajadores en la

⁶ Citado de Herbert Marcuse, *Reason and Revolution*. p. 79 (Las notas de *Razón y revolución* se corresponden con la edición en inglés utilizado por la autora. *Reason and Revolution: Hegel and the Rise of Social Theory*. 2nd edition: Humanities Press, New York, 1954. N. del T.).

producción capitalista, destruye el manuscrito de su primer sistema, el cual quedó inconcluso para siempre.

Al retirarse a su torre de marfil, lejos de las realidades del momento, su tema central de la alienación se abstraigo del sistema productivo. Sin embargo, fue tan profundo el impacto de lo que él mismo llamó un “nacimiento y un período de organización” que el trabajo permaneció íntegro en su filosofía. Esto se puede advertir en la sección “Amo y esclavo”, de la *Fenomenología*, donde Hegel muestra que el esclavo adquiere “conciencia de sí”⁷ y se sitúa por encima del amo que vive lujosamente, sin trabajar y, por ende, sin la posibilidad de lograr la verdadera libertad.

Marx no conoció los primeros escritos de Hegel, los cuales no fueron publicados hasta el siglo veinte*, pero captó el impacto crítico proveniente de la *Fenomenología* y que resumió de la siguiente manera: “Lo más destacado de en la *Fenomenología* de Hegel y su conclusión final –esto es, la dialéctica de la negación como principio de movimiento y generación– es que primero él... aprehende de este modo la esencia del trabajo y comprende al hombre objetivo –verdadero pues es el hombre real, en la circunstancia de que Hegel... captó la esencia del trabajo... la verdadera actividad que relaciona al hombre consigo mismo... a través de la totalidad de las acciones del hombre, como un resultado de la historia”.⁸

⁷ En su incisiva introducción a los *Escritos teológicos de juventud* de Hegel, Richard Kroner, que sobra recalcarlo, no es de ninguna manera un marxista, dice al respecto lo siguiente: “Tal vez el joven Marx, al leer esto, encontró el germen de su futuro programa. En cualquier caso, en las palabras ‘conciencia de sí’ se esboza la configuración de un movimiento obrero que habría de darle al proletario la conciencia de su existencia y concederle el conocimiento de tener conciencia de sí”.

* Los *Escritos teológicos de juventud* (Theologische Jugendschriften) de Hegel fueron escritos entre 1793 y 1800 y la primera edición (póstuma) fue hecha en 1909, en Tubinga. En español los *Escritos de juventud* fueron publicados por primera vez en México por FCE en 1978. (N. del T)

⁸ Véase el Apéndice A, *Crítica de la dialéctica hegeliana*. (En la edición original de 1957 se incluyeron dos apéndices: *Apéndice A*, que contenía la primera traducción al inglés de los dos ensayos de los *Manuscritos* de Marx de 1844, “Propiedad privada y comunismo” y “Crítica de la dialéctica hegeliana”; el *Apéndice B*, contenía la primera traducción al inglés de los Cuadernos de Lenin sobre la *Ciencia de la lógica* de Hegel. Estas traducciones habían sido realizadas por Dunayevskaya. En español pueden verse los manuscritos en: Carlos Marx. *Manuscritos económicos y filosóficos* de 1844. Santiago de Chile, editora Austral,

Marx señaló que en tanto que la filosofía hegeliana “se afirma en la enajenación del hombre, aunque el hombre aparezca sólo en la forma del espíritu, todos los elementos de crítica se encuentran ocultos en ella y muchas veces están ya preparados y presentados en tal forma que se extienden mucho más allá del punto de vista hegeliano”.⁸

Lo que permaneció íntegro en el joven y en el viejo Hegel, fue la Revolución Francesa, que había revelado que la superación de los contrarios no es un acto único sino un proceso en constante desarrollo, un desarrollo a través de la contradicción y él lo llamó la dialéctica. Es a través de la lucha de los contrarios que el movimiento de la humanidad es empujado hacia adelante. Tal y como Hegel lo formuló, en su *Filosofía de la historia*, no fue tanto *a partir de*, sino *a través de* la esclavitud que el hombre adquirió su libertad. Hegel no se contentó simplemente con afirmar el principio dialéctico del automovimiento y de la auto-actividad por medio de la contradicción, sino examinó toda la historia de la humanidad bajo esta perspectiva. Su paciente búsqueda de las formas específicas de la creación y la superación de los contrarios es una señal, un deslinde, sin precedente.

“Según mi modo de ver,” –escribió Hegel, “todo depende de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como *sustancia* sino también y en la misma medida como *sujeto*”.⁹ La libertad es el espíritu que lo anima todo, el “Sujeto” de las más grandes obras de Hegel. Para Hegel, toda la historia es una serie de fases históricas en el desarrollo de la libertad y eso es lo que lo hace tan contemporáneo. La *Fenomenología del espíritu*, la *Ciencia de la lógica* y la *Filosofía del espíritu* tienen que ser consideradas *como un todo*. La libertad no sólo es un punto de partida en Hegel, sino su punto de retorno: “Cuando los individuos y los pueblos han acogido una vez en su mente el concepto abstracto de la libertad absoluta, ninguna otra cosa tiene una fuerza tan indomable, precisamente porque la libertad es la esencia propia del espíritu y es su realidad misma. Partes enteras del mundo, el África y el Oriente, nunca tuvieron esta idea, ni la tienen aún; los griegos y los romanos, Platón y Aristóteles, ni siquiera los estoicos, la tuvieron; sabían por el contrario, solamente que el hombre es realmente libre mediante el nacimiento (como ciudadano ateniense, espartano, etc.) o

1960. p. 156. Hay además diversas ediciones de los *Manuscritos* de Marx con posterioridad. En lo adelante mantendremos las referencias utilizadas por la autora cuando cita el apéndice A o B aclarando esta nota.) (N. del T.)

⁹ *Fenomenología del espíritu*. p. 15 (Aquí y en lo adelante citamos esta obra por la edición en español de la *Fenomenología del espíritu*, del FCE, México, 1966). (N. del T.)

mediante la fuerza de carácter y la cultura, mediante la filosofía (el esclavo también como esclavo y encadenado, es libre). Esta idea llegó al mundo por obra del cristianismo...”¹⁰

El joven Hegel pudo o no haber tenido reservas acerca de la idea de que fue por el cristianismo que nació la idea de libertad. Pero si el cristianismo se toma como el punto de partida o –como piensa Marx– el punto de partida es la *condición material* para la libertad, creada por la Revolución Industrial, el elemento esencial es que: el hombre tiene que luchar para obtener la libertad; es así que se revela “el carácter negativo” de la sociedad moderna. Como señaló Federico Engels, colaborador de Marx: Si el hombre fuera de hecho libre, no habría ningún problema, ninguna *Fenomenología*, ninguna *Lógica*. Lo que resulta crucial tanto para Hegel como para Marx es que existen obstáculos en la sociedad contemporánea que impiden el desarrollo pleno de las potencialidades del hombre, de la “universalidad” del hombre.

Hegel estaba investigando el desarrollo del pensamiento filosófico y usaba algunos términos (*head-cracking*) abstrusos y abstracciones, pero la aplicabilidad de su método y sus ideas va más allá del uso que él mismo hizo de ellos. Sacándolos de sus abstracciones, los “absolutos” de Hegel tienen aplicabilidad y significado para todas las épocas, y sobre todo para la nuestra. A pesar del hecho de que Hegel busca la dialéctica del “pensamiento puro”, la dialéctica del “conocimiento absoluto”, la “idea absoluta” y el “espíritu absoluto” estos no están limitados al proceso del pensamiento únicamente, y Hegel no separó su filosofía de la historia real. Para cada fase de desarrollo del pensamiento hay una fase correspondiente en el desarrollo del mundo.¹¹

¹⁰ *Filosofía del espíritu*, párrafo 482. [En español, ver: Hegel. *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Primera parte de la *Filosofía del espíritu*. párrafo 482].

¹¹ Cualquier persona a quien le dan jaqueca las luchas metafísicas de la conciencia y la autoconciencia que llevan al “absoluto”, se encuentra en dificultades principalmente a causa de una falta: descuidan adherirse firmemente a los verdaderos periodos históricos que Hegel tenía en mente cuando describió el desarrollo del “pensamiento puro” desde el surgimiento de la antigua ciudad-Estado griega hasta la Revolución Francesa. Una vez que se adhiere firmemente al desarrollo histórico, puede ver en la *Fenomenología del espíritu* no sólo el pasado, sino también el presente, las experiencias de la vida cotidiana que nos son comunes a todos. ¿Quién no ha visto el “alma enajenada” o la “conciencia desventurada” entre sus intranquilos amigos: los cansados radicales que no pueden encontrar un lugar para si mismos dentro o fuera del rebaño burgués, que caen en el “vertiginoso remolino de desorden auto-perpetuante”, para acabar en el sofá verde. ¿Quién no

Este genio logró lo aparentemente imposible, debido a que para él había una razón, y sólo una razón –bien la llamara “espíritu universal” o “espíritu absoluto”, era la *realidad de la libertad*–por lo que logró derribar la división entre lo finito y lo infinito, lo humano y lo divino. Su *Lógica se mueve*. Cada una de las divisiones previamente inseparables entre los contrarios –entre pensamiento y realidad– está en un constante proceso de cambio, de desaparición y reaparición, llegando al choque frontal con su contrario y por ende desarrollándose. Es así, y sólo así, que el hombre finalmente logra la verdadera libertad, no como una posesión sino como una dimensión de su ser: “Si el saber que la idea, esto es, el hecho de que los hombres saben que su esencia, su fin y su objeto es la libertad, es saber especulativo, esta idea misma, como tal, es la realidad de los hombres, no porque éstos tengan esta idea, sino porque *son* esta idea”.¹²

La *presuposición* de Hegel de que la capacidad humana tiene infinitas posibilidades de expansión, le permitió presentar, aunque sólo fuera en el pensamiento, las fases del desarrollo de la humanidad como etapas de la lucha por la libertad. De esta manera, fue capaz de presentar el pasado y el presente como un desarrollo continuo hacia el futuro, desde las etapas más inferiores hasta las superiores. Este lazo de continuidad con el pasado es el alma de la dialéctica. Hegel prevé una sociedad en la que el hombre realice todas sus potencialidades humanas y logre conscientemente lo que el reino de la naturaleza alcanza por la ciega necesidad. “La verdad” es decir, la libertad como parte de la naturaleza misma del hombre, no es algo “añadido” por Hegel, sino resulta de la grandeza de su concepción y fluye de la naturaleza misma del *método absoluto*, la filosofía dialéctica: “Aprehender lo positivo en su negativo y el contenido de su presuposición en el resultado, es la parte más importante del conocimiento racional”.¹³

Cuando Marx dijo que lo ideal no era otra cosa que el reflejo de lo real, traducido en pensamiento, no se estaba apartando ni del *método* dialéctico

ha visto a los “veraces y virtuosos” entre los burócratas laborales que le vuelven la espalda a la realidad “en un frenesí de vanidad” porque han dado “todo” por los obreros, sólo para verse pagados con atolondramientos? En verdad, la *Fenomenología* contiene tanto la tragedia como la comedia de nuestros tiempos.

¹² *Filosofía del espíritu*, párrafo 482.

¹³ *Ciencia de la lógica*, tomo II, p. 476. (Citado por la edición en inglés de *Science of Logic*; 2 Vols. traducida por W. H. Johnston y L. G. Struthers, y editada por The Macmillan Co., New York, 1951) En lo adelante utilizaremos la edición en español de la *Ciencia de la lógica*, en dos tomos, traducida al español directamente del alemán por Augusta y Rodolfo Mondolfo. Argentina, Editorial Solar/Manchete, 1956.) (N. del T.)

de Hegel *ni* de sus absolutos. Esto lo veremos cuando lleguemos a *El Capital* de Marx y a *su* absoluto: “las nuevas pasiones y fuerzas” para una nueva sociedad.

“El aprehender lo positivo en lo negativo” significaba para Marx, afirmarse en el concepto de la auto-actividad del proletariado al crear un nuevo orden social a partir de la sociedad capitalista vieja, miserable y negativa que existe.

Hegel no vio la creatividad del obrero –ni podía verla en aquella etapa infantil del desarrollo, sino que resolvió todas las contradicciones *sólo en el pensamiento*. En la vida, todas las contradicciones siguieron existiendo, multiplicándose e intensificándose. Sería una total interpretación errónea de su filosofía, sin embargo, el pensar que por el hecho de que resolvió las contradicciones de la vida sólo en el pensamiento, su absoluto es por lo tanto, o un mero reflejo de la separación entre el mundo intelectual y el mundo de la producción material, o que por ello permaneció apartado del mundo en un sistema ontológico cerrado. Pero todo lo contrario, Hegel rompió con toda la tendencia de introversión que caracterizó a la filosofía idealista alemana. Mientras que todos los demás filósofos situaron la realización de la verdad y la libertad en el alma, o en el cielo, Hegel introdujo la historia en la filosofía.

4) Los absolutos de Hegel y nuestra época de los absolutos

Cada época ha tenido algo que aprender de este pensador tan original. Cada época ha aportado alguna contribución, sobre todo la nuestra y como veremos con más claridad al final de este libro, al ocuparnos de la automatización y el nuevo humanismo, los obreros han estado *representando* la idea absoluta de Hegel y, al hacerlo, han concretado y profundizado el movimiento que va *desde* la práctica *a* la teoría. Por otro lado, el movimiento que va desde la *teoría* está casi paralizado porque se ciega ante el movimiento que parte de la práctica. Por paradójico que parezca, el mayor impedimento para que los intelectuales discernan la nueva sociedad en el “espíritu absoluto” de Hegel es el aislamiento de éstos de la clase trabajadora, en donde están presentes los elementos de la nueva sociedad. Este aislamiento de los nuevos impulsos hace que repitan la vieja pregunta una y otra vez: Si Hegel fue tan lejos, hasta el punto de plantear lo que es en realidad, la lógica de una nueva sociedad, ¿por qué acabó apoyando al Estado burocrático alemán? Él mismo nos dio las razones *políticas*. (Su reconciliación personal no nos interesa). La sociedad, dice Hegel, está dividida en clases e intereses opuestos. El Estado no es

suficiente para mantener la autoridad. Por lo tanto, es necesario tener una casta cuya única función sea la de gobernar y mediar entre “el gobierno en general por un lado, y la nación dividida en particulares (personas y asociaciones) por el otro”.

Marx nos da las razones *filosóficas*. En el sistema hegeliano, la humanidad apenas se asoma por la puerta trasera, por así decirlo, ya que lo principal del auto-desarrollo no es el hombre, sino sólo su “conciencia”, es decir, el desarrollo propio de la idea. Es esta *deshumanización* de la idea lo que Marx castiga sin piedad, como si los pensamientos flotaran entre el cielo y la tierra en vez de salir del cerebro humano: “En el lugar que le corresponde a la realidad humana, Hegel ha puesto el conocimiento absoluto.”

Es aquí donde Marx tomó a Hegel –que estaba “de cabeza”– y lo puso de pie, creando así la concepción marxista de la historia, el materialismo dialéctico. Debido a que Hegel no podía concebir a las *masas* como “sujeto” capaces de crear la nueva sociedad, la filosofía hegeliana –aunque sustituyó el concepto de las cosas como “cosas en sí mismas”, como materia muerta impenetrable– se vio obligada a retornar a la idea de Kant de un unificador *externo* de los contrarios. Hegel había destruido todos los dogmatismos excepto el dogmatismo del “atraso de las masas”.

Ante esta barrera de clase Hegel fracasó. Cayó en la trampa racionalista de la cual había tratado de salvar tan admirablemente al pensamiento europeo. El pensamiento burgués había alcanzado ya su punto más alto en el desarrollo de la dialéctica hegeliana y “perció”, para usar una expresión hegeliana.

Herbert Marcuse tiene toda la razón al decir que el legado histórico de la filosofía de Hegel no fue heredada por los “hegelianos”.¹⁴ Hay un dinamismo y un tono contemporáneo en la filosofía de Hegel que trasciende su lenguaje enredado. En su tiempo, Marx reconoció la filosofía hegeliana como el prerequisite necesario para la concepción *proletaria* de la historia universal. Hoy día es más que eso, concierne a toda la humanidad, pues en el Absoluto de Hegel se encuentra enraizado, aunque en forma abstracta, el pleno desarrollo del individuo *social* o lo que Hegel llamaría la individualidad “depurada de todo lo que interfiere con su universalidad, es decir, la libertad misma”.¹⁵ He aquí los medios objetivos y subjetivos mediante los cuales brotará una nueva sociedad, esa nueva sociedad que lucha por nacer y que es la preocupación de nuestro tiempo.

¹⁴ *Reason and Revolution*, p. 252.

¹⁵ *Filosofía del espíritu*, párrafo 481.

Nuestra época ha presenciado una exitosa revolución de los obreros: la Revolución Rusa de Octubre de 1917 –la cual pareció abrir toda una nueva época en el desarrollo libre de la humanidad, sólo para terminar en la contrarrevolución provocada por el capitalismo de Estado. Es por lo tanto nuestra época la que se preocupa fundamentalmente por el destino del hombre: ¿Qué ocurre *después* de que triunfa una revolución? ¿Tendremos que enfrentarnos siempre a una nueva forma de tiranía del Estado en contra de la libertad del individuo? ¿Deberán terminar nuestras luchas por la libertad en un nuevo despotismo, tal y como fue la Revolución Francesa que presenció Hegel, la cual terminó en el reino de Napoleón, o como la Revolución Rusa, que presenciamos nosotros, que terminó en la barbarie de Stalin? Al preguntarnos: ¿Cómo pudo el primer Estado de obreros en la historia convertirse en su contrario? y ¿Puede ser libre el hombre? estamos buscando a tientas una respuesta absoluta y total. Es la *totalidad* de la crisis mundial actual la que nos obliga a regresar a Hegel y a sus absolutos, incluso por ser el *terreno firme* que yace bajo la parte más abstracta de la filosofía de Hegel y que obliga a los teóricos rusos a negarlos.

Tan recientemente como en 1947, los comunistas rusos sintieron el golpe que le asestaba este método histórico dialéctico a su metodología bárbara que asumía lo que debía probar: que la suya es una “sociedad socialista sin clases”. En nombre del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, Andrei Zhdanov, la mano derecha de Stalin, se dirigió a un congreso de “trabajadores filosóficos” especialmente convocado. Les dijo que “la cuestión de Hegel ya hace mucho tiempo fue resuelta. No hay ninguna razón para plantearla de nuevo... cuando hablamos del frente filosófico, ello inmediatamente sugiere un destacamento organizado de filósofos militantes... llevando a cabo una determinada ofensiva... Pero ¿tiene acaso nuestro frente filosófico alguna semejanza con un frente real? Se asemeja más bien a un riachuelo estancado o a una guardia nocturna distante del campo de batalla. Ese campo no se ha conquistado aún, en la mayor parte no se ha establecido contacto con el enemigo, no hay ningún reconocimiento, las armas se están enmohecando y los soldados pelean a su propia cuenta y riesgo...”¹⁶

Habiendo sentado así la línea de lo que él llamó “el carácter partidista de la filosofía” prosiguió a alegar nada menos que el descubrimiento de una “nueva ley dialéctica”: “la crítica y la autocrítica”. Habiendo sustituido la subjetividad de la bien ordenada “crítica y autocrítica” por la objetiva ley

¹⁶ Este discurso fue reproducido en *Essays on Literature, Philosophy and Music*, de Andrei A. Zhdanov.

dialéctica del desarrollo a través de la contradicción, proclamó: “En nuestra sociedad soviética, en donde las clases antagónicas han sido liquidadas, la lucha entre lo viejo y lo nuevo, y consecuentemente el desarrollo de lo inferior a lo superior, procede no en la forma de lucha antagónica de clases ni de cataclismos, como ocurre bajo el capitalismo, sino en la forma de crítica y autocrítica, que es la verdadera fuerza motriz de nuestro desarrollo, un poderoso instrumento en las manos del Partido comunista. Este es indiscutiblemente un nuevo aspecto del movimiento, un nuevo tipo de desarrollo, una nueva ley dialéctica”.¹⁷

En 1955, “la nueva ley dialéctica” de la crítica y la autocrítica no había logrado enterrar a Hegel y mucho menos las vivas contradicciones del sistema totalitario. Hegel sigue tan vivo y tan preocupante para los gobernantes rusos ya que sienten, con razón, que su concepto del absoluto y la lucha mundial por la libertad no están separados como superficialmente pudiera parecer. Los teóricos rusos creen, o cuando menos desearían hacernos creer, que las luchas históricas por la libertad terminaron con la Revolución Rusa de 1917. Bajo el pretexto de separar “el materialismo” de Marx del “idealismo” de Hegel, procedieron a mutilar los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx y convirtieron la dialéctica de Hegel en un incoherente y abstruso galimatías.¹⁸ De esa manera alientan la esperanza

¹⁷ Ibid. El ínfimo entre todos los sofistas de hoy en día es el jefe del Partido Comunista Chino y del Estado de China. Mao Tse-tung, quien recientemente (el 18 de junio de 1957) causó una sensación mundial con su discurso, *Sobre la contradicción*, en el cual proclamaba: ¡“Dejad que florezcan cien flores. Dejad que contiendan cien escuelas de pensamiento”!. Mao ha seguido este único camino, que él llama “contradicción” desde 1937. En aquel tiempo, dirigió su ataque en contra de los “dogmáticos” que se rehusaban a reducir todas las contradicciones en la lucha anti-japonesa y someterse “al liderazgo de Chiang Kai-shek”. En 1952, Mao introdujo en sus “contradicciones” un nuevo conjunto de definiciones, que esta vez se aplicaban a quienes se opusieran a que el Partido Comunista Chino asumiera el poder total en China. Para el 18 de junio de 1957, después de haber editado con mano pesada el discurso que pronunciara el 27 de febrero ante la Suprema Conferencia del Estado, había reducido la lucha de clase contra clase a una contradicción en el seno del “pueblo”, mientras que al mismo tiempo defendía la filosofía del florecimiento de cien flores y el gobierno de uno y sólo un partido, el Partido Comunista Chino. Haciendo a un lado las propias relaciones de explotación de clase, nada expone tan claramente a la nueva clase gobernante china como lo hace su raída filosofía. (Véanse las *Obras escogidas* de Mao Tse-tung.)

¹⁸ Véase: *Cuestiones de filosofía*, (*Boprosi filosofi*), la revista filosófica trimestral oficial rusa. No. 3, 1955. Sólo puede obtenerse en ruso. Véase también

de aplastar teóricamente a la nueva sociedad que lucha por nacer; siguen sintiendo los golpes que este método histórico dialéctico les asesta al mismo tiempo que las continuas revueltas de los trabajadores rusos van minando el poder burocrático en la vida real.

Hoy vivimos en una época de absolutos, es decir, en una época donde las contradicciones son tan absolutas que la contrarrevolución se encuentra en las entrañas mismas de la revolución. Al buscar la superación de esta contradicción total y absoluta, estamos en el umbral de la verdadera libertad y por lo tanto podemos comprender, mejor que ninguna época anterior, los conceptos más abstractos de Hegel.

En Hegel, el absoluto es la visión del futuro, ya sea aceptado como la nueva sociedad, o considerado sólo como la unidad ontológica de lo humano y lo divino; la pura verdad es que esta unidad de lo humano y lo divino no se encuentra en el cielo, sino aquí en la tierra. Su absoluto está dirigido en contra de lo que él mismo llamó “el vacío” del absoluto en la filosofía anterior. Es verdad que las categorías de su lógica tales como “el ser y el devenir”, “esencia y apariencia”, “necesidad y libertad” no tienen, – como Hegel imaginaba– una existencia eterna independientemente del hombre. Son, en realidad, el reflejo en la mente del hombre de los procesos que ocurren en el mundo material. Es igualmente cierto que la suma del propio análisis de Hegel es que la actualidad, la verdadera forma de la realidad, requiere de la libertad, requiere que el hombre sea libre. Su doctrina del concepto desarrolla estas categorías de la libertad y, de esta manera, las verdaderas potencialidades de la humanidad son contrapuestas a la realidad aparente. Esto es lo que le da la envoltura material a la filosofía idealista de Hegel. De hecho, la *Ciencia de la lógica* puede considerarse como *la filosofía de la historia establecida por la Revolución Francesa*, es decir, que el hombre en la historia temporal –o sea, en esta tierra– puede alcanzar la libertad.

A pesar de que Hegel trata sólo con el pensamiento, la práctica es parte de la esencia. De hecho, la “idea práctica” tiene un lugar de mayor preponderancia que la “idea del conocimiento” en el sistema hegeliano porque no sólo tiene “la dignidad de lo universal sino que es lo puramente real”. Mientras todas las obras de Hegel terminan en el absoluto, como vimos, no es un absoluto “abstraído” de la vida. En la *Fenomenología* Hegel comienza con la esfera de la experiencia cotidiana y cuando termina

en el capítulo III del presente libro, la sección sobre “La tergiversación comunista de los *Manuscritos económicos y filosóficos* de Marx”.

con el “conocimiento absoluto”, lo explica como la unidad de la historia y de la ciencia.

La *Ciencia de la lógica* de Hegel comienza donde la *Fenomenología* termina. El conocimiento absoluto, es decir, la historia y la ciencia del conocimiento, nuevamente emprenden la búsqueda de la verdad. En pocas palabras, la historia y el dominio filosófico de las formas de organización que la historia reveló, han alcanzado un absoluto únicamente en la superficie de la sociedad. Primero van del mundo de la apariencia al mundo de la lógica, en donde alcanzan la unidad de la teoría y la práctica como “la idea absoluta”. Luego, en la *Filosofía de la naturaleza* Hegel muestra que la Naturaleza ha pasado por el mismo desarrollo dialéctico como la idea. Traducido a términos materialistas, lo que Hegel está diciendo es que hay un movimiento que va desde la práctica a la teoría, así como desde la teoría a la práctica. En la *Filosofía del espíritu*, él une a los dos movimientos –la naturaleza y el principio lógico– en un plano superior, pero admite que “la filosofía aparece como un conocimiento subjetivo, cuyo objetivo es la libertad y que es en sí, la manera de producirla”. Además muestra cómo el espíritu mismo se convierte en “el agente mediador en el proceso” y añade que “es la naturaleza del hecho, el concepto, lo que causa el movimiento y el desarrollo, sin embargo este mismo movimiento es también la acción de conocer”.¹⁹ Con el espíritu absoluto, Hegel alcanzó el clímax de su sistema.

Marx *no* rechazó el idealismo. “El naturalismo o humanismo exhaustivo” como designara el joven Marx a su propio enfoque filosófico, “se distingue del idealismo y del materialismo y al mismo tiempo es la verdad que une a ambos”.²⁰ Puede decirse que el marxismo es la más idealista de las filosofías materialistas, y que el hegelianismo es la más materialista de las filosofías idealistas. Marx dijo que Hegel no pudo llevar a cabo su lógica dialéctica consistentemente porque fue siempre, de principio a fin, un filósofo en busca del movimiento lógico del intelectual y no del trabajador. Hegel había establecido los principios que había descubierto por la crítica devastadora que la Revolución Francesa había hecho de toda la filosofía anterior. Pero el filósofo, ocupándose sólo de las ideas en su cabeza y en la cabeza de otros, no puede resolver los problemas de la sociedad, no puede crear nuevas unidades, sólo puede resumir las ya logradas. Siempre estará separado del proceso real de la naturaleza –que es

¹⁹ *Filosofía del espíritu*, párrafo 576.

²⁰ Véase el Apéndice A, *Crítica de la dialéctica hegeliana*. (Vea nota 8 del presente capítulo.)

la naturaleza humana trabajando sobre la naturaleza– y transformándola constantemente en una nueva unidad consigo misma.

El desarrollo del método dialéctico sobre la base de nuevos puntos de partida se encuentra ya en el marxismo. Para desarrollar más allá el movimiento dialéctico fue necesario volcarse al mundo real y a su proceso laboral y esto fue lo que hizo Marx.

El marxismo oficial ha repetido *ad nauseam*, que Marx invirtió a Hegel y lo puso sobre sus pies. Como Lenin descubrió durante la Primera Guerra Mundial, hablar con ligereza de la dialéctica y repetir al mismo tiempo hasta el cansancio que Hegel no significa nada sin Marx, es convertir a Marx en un materialista vulgar. Si eso fue una trampa durante la Primera Guerra Mundial, hoy es la perversión más grande de *todo* aquello que Marx sostuvo. El comunismo ruso es el maestro de semejante perversión de la historia. ¿Y qué pensar de la manera en que la mayoría de los académicos hegelianos han contribuido a dicha perversión impidiendo un acercamiento a Hegel, con su insistencia en guardar “el secreto” de Hegel?

La manera en que los intelectuales radicales se han unido a este dueto al transformar la dialéctica en mera sofística, casi toma las proporciones de una conspiración. Estos intelectuales cínicos han aprendido a manipular la dialéctica de tal manera que se aplique tanto a argumentos en *pro* como en *contra* de cualquier tema. Sostienen, por ejemplo, que Hegel es el teórico tanto de la contrarrevolución como de la “revolución permanente”. Hegel mismo se enfrentó a este tipo de abogados filósofos que con igual facilidad arguyen en un sentido o en otro: “La sofística no tiene nada que ver con lo que se enseña –y esto puede ser cierto. La sofística reside en la circunstancia formal de su enseñanza, con métodos que se prestan igualmente para el ataque como para la defensa”.²¹

Declarar en nuestros días y nuestra época que el absoluto hegeliano no significa nada más que el “conocimiento” de todo el pasado de la cultura humana, es burlarse del desarrollo dialéctico del mundo y del pensamiento, e impedir un enfoque racional de Hegel. Y lo que es mucho más grave: tal retórica constituye una barrera que se paraliza a sí misma frente a un enfoque teórico, sobrio y serio del mundo mismo.

Es necesario despojar a la filosofía hegeliana de la carga de la tradición académica, así como del esnobismo y cinismo de los intelectuales radicales,

²¹ *Lógica*, parágrafo 122. (En español, véase en la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas op. cit.*)

pues de otra manera nos estaremos exponiendo abiertamente a la contaminación putrefacta del comunismo.

Capítulo 2

La economía política clásica, las sublevaciones obreras y los socialistas utópicos

La revolución industrial desarraigó a las masas de la tierra, al mismo tiempo que el capitalista industrial las separó de sus instrumentos de trabajo y de sus hogares. Fue como si un tornado las hubiera arrasado y la única cosa que quedara visible fuera la fábrica que les absorbiera como a “un conjunto de manos” y ante la cual, tenían que doblegarse porque a la sazón, era su único medio de subsistencia. Nuestro mundo moderno había nacido y la teoría era producción y más producción, a causa de ser la vida del nuevo mecanismo. El capitalista industrial había tomado el control de la sociedad.²²

Al mismo tiempo que la revolución industrial socavaba las bases del capitalismo mercantil así como las del pequeño fabricante, la investigación sobre el estado caótico de la economía se convirtió en el sistema de la economía política clásica, la cual había nacido en 1776 con la publicación de *La riqueza de las naciones* por Adam Smith y alcanzó su apogeo –y su término– en 1821, con la publicación de *La economía política y los impuestos* de David Ricardo.

La teoría clásica proclamaba que la riqueza de las naciones no era algo *ajeno* a los hombres –como los eran los metales preciosos, la tierra o el comercio exterior– sino que era inherente a la *actividad misma* del hombre, quien debía dejar de buscar oro para dedicarse a la *producción*, que era lo realmente decisivo. *La fuerza productiva más importante es el trabajo*. Él es la fuente de *todo* valor.

La teoría del valor del trabajo ocasionó una revolución en el pensamiento humano equiparable a la creada por la revolución industrial en las condiciones de vida del hombre. La teoría dominante hasta entonces había sido la de los mercantilistas –la de los capitalistas mercantiles– quienes sostenían que la riqueza se obtenía de “comprar barato y vender caro”. Por lo tanto, afirmaban que no se podía renunciar a un gran mercado, como el de las colonias americanas, sin el colapso de Inglaterra. La escuela

²² La autora encontró que los libros más valiosos en este amplio campo son *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century*, de Paul Montoux. y, por supuesto, la obra que abre el camino en este tema, *La Revolución Industrial del siglo dieciocho* en Inglaterra, del fallecido Arnold Toynbee.

fisiocrática precedió a los mercantilistas y sostenía que el trabajo *agrícola* era la fuente de la riqueza. Exactamente de la misma manera que la Revolución Norteamericana dio el golpe final a la teoría mercantilista, la revolución industrial asestó el último golpe a la teoría fisiocrática. Producción y más producción –el maridaje de la ciencia y la industria– decía la economía política clásica, conduciría al mundo a un constante aumento del bienestar y el desarrollo.

La burguesía asumió la filosofía de la economía política clásica: producción por producción, lo más fácil, ya que la teoría del valor del trabajo era una sola ley y un fenómeno tan preciso como las formas externas de regulación del feudalismo. Al mismo tiempo le dio al sistema económico una visión integrada y al trabajo le asignó su lugar en la sociedad –en lo que a la producción se refiere–. De algún modo, el orden había surgido de la aparente anarquía causada por la revolución industrial, en la que cada fabricante producía para sí mismo sin control del Estado y sin tener conocimiento de su mercado. De ahora en adelante, se aseguró, el hombre económico trabajaría para sus intereses *individuales* y de alguna manera se probaría que esto era lo mejor para la sociedad como un todo. La libre competencia expurgaría completamente, con justicia e igualdad, los privilegios y desigualdades feudales y los poseedores de iguales derechos cambiarían libremente, conforme a la cantidad de trabajo invertido en sus productos.

La economía política clásica funcionaba dentro de una sociedad de clases *determinada*, el capitalismo, que la tomó como el orden natural eterno y su gran mérito fue descubrir la más *recóndita* ley de la producción burguesa: *al trabajador se le paga al valor del mercado*. Es cierto que estos clásicos substituyeron al *trabajador* por el trabajo y lo consideraron como una mercancía, como una cosa. Pero con ello descubrieron el costo de la producción del trabajo, es decir, los medios de subsistencia necesarios para permitirle al *trabajador* trabajar y reproducir la especie. Además, también se descubrió una evidente contradicción capitalista. El trabajador recibía sólo lo estrictamente *necesario* para hacerlo producir y todo el *excedente* producido por él era apropiado por el capitalista. De la *igualdad* del intercambio *en general* surgió la *desigualdad* del intercambio de la “mercancía” *particular*: el trabajo.

David Ricardo nunca dudó que la producción ilimitada, de algún modo, eliminaría todos los males y corregiría todas las cosas en ese integrado mundo natural que él postulaba y prosiguió atribuyendo las irracionalidades de su sistema racional a los vestigios feudales o a la interferencia gubernamental.

Las teorías de la Ilustración habían asegurado que el conocimiento y la ciencia, liberados del feudalismo y del despotismo aristocrático, conducirían a un mundo armónico. Este concepto fue hecho trizas por la revolución sociopolítica en Francia. No solamente la industria y la ciencia destrozaron el orden feudal sino que revelaron nuevos antagonismos desde el mismo comienzo. Como vimos, el gran filósofo burgués Hegel, sintió las irreconciliables contradicciones de la sociedad moderna y aunque no aceptó el “orden natural” de David Ricardo, se apoyó también en el principio fundamental de la economía clásica, y se fijó asimismo en el trabajo y no en el *trabajador*, o para ser más exactos, habiendo una vez considerado al trabajador, se apartó rápidamente y no volvió a hacerlo más. Y no porque la economía política clásica no se percatara de los sufrimientos de la gente, sino porque estos sufrimientos le parecían ser solo un pequeño precio que había que pagar por los dolores de parto del “orden natural” de la sociedad liberada al fin de las restricciones feudales y de la intervención del Estado.

1) Las continuas sublevaciones de los trabajadores y el fin de la economía política clásica.

Los *trabajadores*, quienes habían quedado fuera del análisis de David Ricardo, eran muy importantes en el desarrollo real de la sociedad capitalista, al estar en constante sublevación desde el inicio mismo del capitalismo industrial. Al principio no veían ningún motivo para apiñarse en las ciudades y sacrificar su *libertad personal*. Después, el rechazo a ir a la fábrica con su disciplina carcelaria, era tan fuerte que se promulgaron leyes contra la “vagancia” para *forzarlos* a entrar a ella y una vez conducidos a la fábrica, su opresión los obligó a sublevarse en contra del instrumento de trabajo, es decir, la máquina. Las primeras leyes contra el destrozo de máquinas fueron aprobadas en 1769 y lo que asombraba a los ideólogos burgueses, era la aparente sumisión servil de los trabajadores a las máquinas, por un lado, y las violentas huelgas por el otro.

Los trabajadores de la nueva fábrica –quienes habían sido obligados a firmar la dimisión de su libertad personal para convertirse en una “colección de manos” que trabaja bajo condiciones comunes para todos, desarrollaron un nuevo método de sublevación. Aparecieron las “*combinaciones*”, es decir, las primeras formas de los sindicatos. La burguesía respondió inmediatamente aprobando las Actas de Anti-Combinación de 1799 y 1800. Sin embargo, esta vez, las leyes resultaron un fracaso. Los trabajadores de la fábrica habían descubierto un *nuevo poder* –el estar juntos, en un lugar impuesto a ellos por el capitalista

industrial. De esta manera, estaban unidos y disciplinados por el mismo instrumento de producción que los oprimía y siguieron formando sus combinaciones a pesar de las rigurosas leyes y de los períodos de prisión. Las sublevaciones continuaron y fueron sofocados a sangre fría, desde la revuelta de Luddite en 1811-1812 hasta las insurrecciones de Lyon en 1834. Pero habían conseguido anular las Actas Anti-Combinaciones en 1824 y en 1844 los tejedores de Silesia, en su sublevación, marcaron una nueva etapa en su desarrollo, al romper no sólo las máquinas, sino también hacer trizas y luego quemar los títulos de propiedad.

Los sindicatos aparecieron repentinamente por todas partes y las huelgas estaban a la orden del día, sin embargo, los trabajadores estaban haciendo ahora huelgas ya no contra la máquina, sino contra el *poder ilimitado del capital*. Ellos se cuestionaban el principio capitalista de una “determinada cantidad de dinero por una determinada cantidad de trabajo”, así como las condiciones en que este se da, las horas de trabajo y exigieron determinados salarios, inspección a las fábricas y un límite a las horas de labor. Luego se volvieron contra los legisladores y junto con la pelea de los sindicatos por la Ley de las Diez Horas, los obreros ingleses también organizaron el movimiento cartista y exigieron el sufragio universal.

Mientras tanto, la primera gran crisis capitalista irrumpió bajo el desprevenido mundo en 1825 y otra crisis hizo erupción en 1837. La superproducción y la depresión – fenómenos poco conocidos anteriormente– se hicieron frecuentes.

La escuela de David Ricardo fue abatida, por una parte por las repetidas crisis, y por otra, por las sublevaciones de los obreros. ¿Por qué siendo él quien crea todas las riquezas –se preguntaba el obrero– se hacía más pobre mientras creaba más valores? ¿Por qué –se preguntaba el capitalista– su sistema de producción debía ser arruinado por las crisis, si la producción no tenía trabas? ¿Y qué hay de la sociedad integrada como un todo y movida por una sola ley económica? Ahí donde David Ricardo había sido incapaz de resolver las contradicciones en su teoría del valor del trabajo, sus seguidores no pudieron avanzar. No porque ellos fueran solamente seguidores y él un pensador original, sino porque las *condiciones objetivas* desarrollaron todavía más las contradicciones. Las crisis y las luchas de clase trajeron la ruina a una escuela de pensamiento que había sido lo suficientemente científica como para *plantear* las contradicciones, pero suficientemente burguesa como para *rechazar* al trabajador que desarrollaría estas contradicciones hasta el final.

El fallo de la teoría de David Ricardo para explicar el intercambio entre capital y obrero sobre las bases de su propia ley primaria del valor del

trabajo, significó la desintegración de dicha escuela. La infame teoría de Nassau de la “hora once” –la teoría de que toda ganancia es creada sólo en la hora once y así, “por lo tanto” cualquier reducción de la jornada laboral a diez horas diarias, significaría el fin de todo el sistema productivo– dio el toque de muerte a la economía burguesa como ciencia. Los economistas burgueses se transformaron en lo que Marx llamó “los pugilistas asalariados de los intereses de la clase capitalista”.

Mientras más grandes eran las crisis, más numerosas y violentas eran las huelgas y mayor el número de máquinas que fueron puestas en uso. Toda la filosofía capitalista de producción se reducía en “adiestrar al ser humano a renunciar a sus hábitos desordenados de trabajo y a identificarse con la regularidad invariable del autómeta”.²³

2) Los socialistas utópicos y Pierre Proudhon: un caso de prestidigitación mental²⁴

La filosofía clásica de “producción y más producción”, que Marx calificó de “producción por la producción”, dio a la industria moderna el marco necesario para su desarrollo. El desarrollo real reveló las condiciones de la producción y demostró que el bienestar de las masas, de los que producen, no surge para nada del crecimiento de la riqueza. Las hirientes desigualdades de distribución que surgen de este método de producción, no podían menos que despertar la simpatía del intelectual por el proletariado. Sin embargo, siendo *ajeno* a la producción, el intelectual no podía ver que la clase trabajadora tenía el *poder* para vencer las condiciones contradictorias de la producción. Para el intelectual, el proletariado existía solamente como una clase que sufría.

El socialista utópico tenía la excusa de que, en su infancia, la clase trabajadora industrial no formó, en el amanecer de la revolución burguesa, un movimiento de masas independiente. El intelectual pequeño burgués siguió permaneciendo ajeno al movimiento de masas, aun cuando la acción del proletariado se había cristalizado en formas de organización, tanto en el frente económico como en el político. Proudhon, nuestro ejemplo más típico e importante se oponía a las huelgas y a las combinaciones porque

²³ Ure, *The Philosophy of Manufacture*.

²⁴ Los únicos dos libros de Proudhon asequibles con facilidad en los Estados Unidos son: *General Idea of Revolution in the 19th Century*, and *Proudhon's Solution of the Social Problem*.

estos solamente “encarecían todas las cosas” y se opuso a los movimientos políticos porque no seguían el patrón que su mente había concebido.

Mientras que la economía política clásica sufría una desintegración como escuela del pensamiento burgués, surgió un grupo de socialistas utópicos que deseaban “usar” la teoría clásica del trabajo como la fuente de valor “para” la clase obrera.

Los socialistas utópicos se basaron en la teoría de David Ricardo del valor, manifestando que era “socialista” y que solamente requería de una purificación de sus “conclusiones” capitalistas. El argumento era el siguiente: si el trabajo es la fuente de todo valor, por consiguiente, debe ser la fuente de toda plusvalía y el “fruto del trabajo” debe legítimamente pertenecer al trabajo. Como lo expuso Marx, la significación de los socialistas utópicos radica en haber correspondido los primeros deseos instintivos de las masas de *reorganizar* la sociedad. La continuación de su existencia, cuando las masas se movieron en otra dirección, no podía significar nada más que un movimiento reaccionario, *en oposición* al movimiento real del proletariado.

Los socialistas utópicos permanecieron fuera del movimiento vivo de la clase obrera. En Inglaterra estaban los sindicatos y el movimiento cartista, pero Roberto Owen, quien hizo mucho por divulgar las condiciones reales en las fábricas inglesas, se mantuvo apartado de este movimiento real del proletariado. Aunque fue el sufrimiento de las masas lo que separó a los intelectuales burgueses de su propia clase y los acercó al proletariado, no creyeron ni un ápice en las iniciativas creativas de las masas.

Nada sorprendió tanto a Owen, como cuando regresó a Inglaterra, después de haber fundado la colonia *New Harmony* en América y encontró que los sindicatos, enormemente fortalecidos, estaban listos para adoptar sus esquemas. Sin embargo, siendo proletarios sabían que la forma de hacerlo seriamente era a través de un movimiento revolucionario de masas estando listos para librarse de la clase patronal. Estaban preparados para llamar a una huelga general y reorganizar la industria sobre una base cooperativa. En un comienzo, Owen pareció estar con ellos. Luego se alejó, y mientras el movimiento real se derrumbaba bajo la extremada persecución del gobierno, su propia organización se hizo cada vez más y más “ética”.

Pierre Proudhon fue la figura más importante de estas sectas utópicas. Se opuso a los sindicatos en Inglaterra y a las huelgas en todas partes. Al mismo tiempo que Marx pronosticaba que Alemania estaba en vísperas de la revolución, Proudhon “probaba” que las masas habían “pasado la edad” de la revolución. No bien escribía eso, cuando las revoluciones estallaron

en Francia y en Alemania y no era una cuestión teórica. El asunto no era si Proudhon predijo o no correctamente, la cuestión era: *¿qué hacer?* Mientras que Marx estuvo siempre del lado de la clase obrera revolucionaria, estos intelectuales, incluyendo a los que, como Proudhon, se formaron por sus propios esfuerzos, en la hora de la acción siempre se opusieron a ella.

Marx escribió:

“En vez del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas, ya alcanzadas por los hombres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas... en vez de la acción práctica y violenta de las masas, la única que puede resolver estos conflictos; en vez de este movimiento vasto, duradero y complicado, el señor Proudhon pone el detestable movimiento de su cabeza (*la mouvement cacadauphin*)”²⁵

En lugar de analizar o alinearse con el desarrollo histórico real de las masas, Proudhon había planteado el desarrollo de una “razón universal”, la “verdad absoluta”, la que dio nacimiento a unas cuantas ideas morales “desclasadas” tales como “justicia” e “igualdad”. De estar la economía política inspirada en esto, argumentaba, el valor recobraría su lugar y la teoría de D. Ricardo sería corregida entregando a todos los títulos de propiedad.

El descubrimiento final de Proudhon fue tener “bancos populares”. El “banco popular”, el “crédito libre” y la “organización de intercambio” advinieron con naturalidad a Proudhon, ya que su concepción del valor era algo *cuantitativo*, una cuestión de tal o cual *proporción* de los productos de la riqueza nacional. No halló defectos en las relaciones de producción existentes que no podían ser resueltos por el simple cambio de los títulos legales de propiedad. Si además de esto, el dinero fuera sólo un medio de circulación, todo sería perfecto en su mundo. Por consiguiente, él propuso que en vez de que el dinero fuera prestado con interés, se “vendiera y se comprara al costo como cualquier otro artículo de consumo”. De acuerdo con su razonamiento, el problema parecía radicar en el hecho de que al oro

²⁵ Carta del 28 de diciembre de 1846, de Marx a P. V. Annenkov. Todas las cartas de Marx a Engels que se citen en adelante son, a menos que se especifique lo contrario, de *Selected Correspondence (Correspondencia escogida)*. Se dan las fechas en lugar de los números de las páginas, para que se puedan localizar con igual facilidad en cualquier otra edición y en cualquier idioma. (En español esta carta se puede encontrar en: C. Marx y F. Engels. *Obras escogidas*, en tres tomos. Editorial Progreso, Moscú, 1973. Tomo 1, p.539-540.) (N. del T.)

le fuera conferido “un privilegio económico por el Estado soberano”. Todos los males del capitalismo parecían ser más bien, una perversión maliciosa por parte de los gobiernos, antes que un resultado del método de producción de los bienes de consumo.

Como si la lucha de clases fuera una mera abstracción en su mente, semejante a su “sistema de contradicciones”, este intelectual anarquista concebía la solución del conflicto por la “idea justa”. La “idea justa” de Proudhon era la “síntesis” de las “partes buenas” de las fuerzas opuestas, resultado del “trabajo y propiedad reunidos” *dentro del actual sistema de producción*, el cual debía permanecer intacto. Mientras que Marx ubicó al proletariado en el centro de todo su pensamiento, Proudhon ubicó al pequeño productor y su meta era eliminar al intermediario entre el capitalista y el trabajador, repartir la tierra y la industria y establecer una sociedad de “productores en igualdad de condiciones”. Su concepción era que “el intercambio podía ser organizado equitativamente”, sólo si el comerciante y el banquero no tuvieran el poder monopólico concedido a ellos por el gobierno. Este buen pequeñoburgués confundió su trama entre las dos clases más importantes de la sociedad moderna: los obreros y los capitalistas, con el descubrimiento del punto de equilibrio entre estas dos fuerzas opositoras.

Proudhon elaboró su fantasía en la *Filosofía de la miseria*²⁶, mientras que Marx le rebatió con la *Miseria de la filosofía*. Marx argumentaba que tratar de “organizar el intercambio” y tratar de implantar orden en la anarquía del mercado en una sociedad basada en la producción fabril, *debe* significar su organización de acuerdo a la división del trabajo en la fábrica donde la autoridad del capitalista es indiscutible. Tratar de traer ese “principio de autoridad” al conjunto de la sociedad solamente podía significar someter la sociedad a un *solo amo*.

Este profundo vaticinio del totalitarismo al que podría conducir el plan abstracto inevitablemente, no tuvo efecto ninguno en el movimiento proudhonista en Francia, donde el desarrollo industrial retardado hacía natural la idealización del pequeño productor.

Al pequeño campesino, al pequeño industrial, a estos semiproletarios, Proudhon los elevó al trono en su “socialismo”. Sin estar sujeto al despotismo del proceso de trabajo bajo el capitalismo, Proudhon pensó resolver todos los problemas dejando intacta la producción de bienes de

²⁶ Por desgracia, no existe en Norteamérica una traducción disponible, pero la devastadora respuesta de Marx, cita secciones sustanciales de los argumentos de Proudhon.

consumo y creando “dinero para todos” con sus esquemas de libre crédito. Esto fue lo que exactamente hizo en exceso Vanderbilt en los Estados Unidos una década después, cuando las acciones del ferrocarril se derrumbaron sobre él. Donde el trabajo no había creado valor alguno, ni los Vanderbilts ni los Goulds, ni el gobierno podrían fabricarlo y esto es lo que Proudhon no podía imaginar. Él ya había decidido que los obreros podían ahorrar pequeñas sumas, establecer talleres y, sacrificando los “intereses y ganancias”, pronto podrían “comprar” todo el capital de la burguesía francesa. Esto en verdad convertía en especulador barato a Peter Minuit, quien compró la isla de Manhattan a los indios por veinticinco dólares. El año 1848 arrasó con todas las pretensiones de los intelectuales radicales. Era necesario, sin embargo, exponer la raíz *teórica* del error de “organizar el intercambio” a lo que Marx entonces le dedicó atención en sus trabajos de tipo económico.

Capítulo 3

Un nuevo humanismo: Los primeros *Manuscritos económicos y filosóficos de Marx*

En 1843 el joven Marx rompió con la sociedad burguesa. Desde el principio, su visión fue de total libertad; le interesaba la emancipación humana y por ende estaba en contra de la inevitable miseria y el despilfarro para con la vida, característicos de la sociedad contemporánea a él. Los años finales del siglo dieciocho habían estado marcados por grandes revoluciones –la norteamericana y la francesa– pero cada una de ellas había terminado en un nuevo tipo de dominación de clases, cuyas bases quedaron establecidas por la revolución industrial. “No debemos tener miedo”, le escribió Marx a su amigo, el joven hegeliano Arnold Ruge, con quien hubo de fundar una nueva revista²⁷ para “criticar sin piedad al mundo existente. Quiero decir sin piedad en el sentido que no debemos temer a nuestras propias conclusiones, ni a entrar en conflicto con los poderes dominantes... El mundo ha soñado por mucho tiempo con algo y sólo debe tener conciencia de ello para poseerlo en la realidad”.

La finalidad de Marx era ayudar a que la época llegara a su plena realización. Aun antes de su rompimiento con la sociedad burguesa, cuando el joven recién salido de la universidad, había enfrentado el mundo real y sus intereses materiales como editor del *Rheinische Zeitung*, de inmediato se enfrentaba a la censura prusiana. “La libertad es la esencia del hombre, en grado sumo”, escribió Marx, “e incluso sus oponentes se dan cuenta de ello puesto que combaten su realidad... Ningún hombre combate la libertad, a lo sumo combate la libertad de los demás. Por lo tanto, todo tipo de libertad ha existido siempre, sólo que en una época como un privilegio especial y en otra como un derecho universal”. Marx luchó por la libertad de prensa y por el derecho de un periódico a abordar todos los temas que interesen al público. La clave era que todos los tópicos –materiales, religiosos, políticos, filosóficos– que han llegado a ser “asuntos de prensa se han convertido en temas de la época”.

²⁷ *Deutsch-Französische Jahrbücher*. Sólo apareció un número, el de febrero de 1844. (La autora hace referencia a la revista *Anales franco-alemanes*, los cuales pueden encontrarse en *Obras de Karl Marx y Friedrich Engels* (OME), una edición a cargo M. Sacristán, realizada entre 1973 y 1980. Ver: tomo 5, Barcelona, 1978.) (N del T.)

1) *El materialismo dialéctico y la lucha de clases, o ¿qué tipo de trabajo?*

Como estudiante universitario ya Marx había dominado la dialéctica hegeliana. Después de su pugna con los censores prusianos que fue su primera experiencia con los intereses creados del mundo ajeno a la universidad, Marx se dedicó a la crítica de la *Filosofía del derecho* de Hegel. Más tarde, describió cómo, a través de estos estudios, llegó a la conclusión de que “las relaciones jurídicas, al igual que las formas de Estado no podían ser entendidas por si mismas, ni explicadas por el llamado progreso de la conciencia humana, sino que están basadas en las condiciones materiales de vida... No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”.²⁸

Con esta nueva visión dialéctico materialista de la historia, la conciencia proletaria alcanzó una nueva fase a escala mundial. La nueva perspectiva materialista de Marx no tenía nada de mecánica. El ser social determina la conciencia, pero esto no es un obstáculo que impida sentir, e incluso ver, los elementos de una nueva sociedad. A la vez, Marx regresó al movimiento existente de los obreros. Mientras que los demás jóvenes hegelianos –quienes habían criticado el Estado semifeudal de Prusia aún existente– se retiraron ante el levantamiento de los tejedores de Silesia de agosto de 1844, el joven Marx escribió entusiasmadamente: “La sabiduría del pobre alemán es inversamente proporcional a la sabiduría de la Alemania pobre... Las sublevaciones de Silesia comienzan donde las insurrecciones de Francia e Inglaterra terminan con la conciencia del proletariado como clase”.²⁹

El año 1844 conoció los nuevos impulsos del proletariado que literalmente se levantaron de la tierra en los turbulentos años de la década del cuarenta del siglo XIX. Estos nuevos impulsos terminaron en breve en las revoluciones que afectaron a toda Europa en 1848 y fue en el mismo año 1844, que Marx escribió sus *Manuscritos económico y filosóficos* y donde planteó, de modo dialéctico el problema cardinal –¿qué tipo de trabajo?– el cual aun hoy se debate en el mundo entero. La automatización ha hecho de esto un problema apremiante en los Estados Unidos. En 1844

²⁸ Prefacio a *Contribución a la crítica de la economía política*. (Es español puede verse el *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*, en: C. Marx, F. Engels. *Obras escogidas* en tres tomos. Moscú, 1973. Tomo 1. pág. 518). (N del T.)

²⁹ Citado por Franz Mehring en su biografía de Karl Marx.

Marx planteó esta misma cuestión fundamental, *la* nueva respuesta teórica a la sublevación de los obreros contra la tiranía del trabajo fabril.

Siendo un joven hegeliano aún, Marx había tratado de marcar una aguda división entre el *método revolucionario* de pensamiento, el cual analizaba el desarrollo objetivo por medio de las contradicciones inherentes y las *conclusiones reaccionarias* que Hegel dedujo, y que por lo tanto, hicieron posible que el absolutismo prusiano adoptara la filosofía hegeliana como la filosofía oficial del Estado. Durante los turbulentos años cuarenta, cuando rompió con la sociedad burguesa, Marx pudo ver el cabal significado de la lucha de clases: la sublevación del proletariado es la fuerza motriz de la historia moderna y ahora lo primero era, por lo tanto, que pudiera liberar a la filosofía dialéctica de su velo místico.

Donde Hegel veía a la historia objetiva como las manifestaciones sucesivas del espíritu universal, Marx ponía al movimiento objetivo en el proceso de producción. Ya advertía el meollo del *método* hegeliano: en la actividad misma del propio proletariado está el automovimiento, el cual es internamente necesario porque es la forma de desarrollo del propio organismo. Por lo tanto, desde el principio, él comenzó con la actividad del proletariado a partir de la producción, separó el trabajo del producto y de la propiedad y buscó la contradicción dentro del mismo trabajo. Es a través de esta contradicción que el obrero se desarrollaría, es decir, vencería las contradicciones del método capitalista de producción. De este modo, fue capaz de trascender la economía política clásica y en esencia lo que les dijo a A. Smith y D. Ricardo fue: Vuestro descubrimiento hizo época, sin duda, pero ustedes están haciendo con la propiedad privada lo que los mercantilistas hicieron con los metales preciosos. La están tratando como un hecho ajeno al hombre. Pensaron que su tarea había terminado con el descubrimiento del trabajo como fuente de todo valor y en realidad ya esto estaba iniciado. Si esa teoría tiene algún significado, quiere decir que debe tratar con el hombre, con el obrero directamente. La producción no es una relación del hombre con la máquina, sino es una relación del hombre con el hombre a través del instrumento, de la máquina. Este intercambio de cosas, de mercancías, no sólo refleja sino también confunde esta relación entre hombres en el momento de la producción. Vuestro error radica en volverle la espalda al obrero cuya función, el trabajo, aclamaron hasta los cielos. Esto por supuesto, no es accidental, ya que es el obrero quien firme y persistentemente desarrolla todas las contradicciones de la propiedad privada capitalista al ser sometido a su poder. No obstante, sigue siendo trabajo, pero resulta ser un poder *ajeno* porque el proceso laboral que de él

extrae su trabajo, es un proceso que ha transformado la máquina en un peso muerto acumulado y que sobre él gravita, sobre el trabajador vivo.

El trabajo *es* primero que todo, la función del hombre. Pero el trabajo, *bajo el capitalismo*, es la función específica del hombre que trabaja con las máquinas de las que se ha convertido en un mero apéndice. Por lo tanto, el trabajo no es la actividad *propia*, ni la función creativa que fue en el comunismo primitivo, donde al conquistar la naturaleza, el hombre también desarrollaba sus propias capacidades y talentos naturales. El trabajo en la fábrica es un *trabajo alienado*. La propiedad privada no surge porque los *productos* del trabajo sean ajenos a los trabajadores. Esto es solamente la *consecuencia* de que su propia actividad es una actividad enajenante y lo es tanto como un producto de la revolución industrial como lo es la máquina misma.

Cuando la división del trabajo, característica de todas las sociedades de clase, ha alcanzado las proporciones monstruosas donde toda ciencia, todo intelecto, todo oficio se va a la máquina, mientras el trabajo del hombre se convierte en un simple y monótono ritmo, entonces el trabajo del hombre no puede producir nada más que su opuesto, el capital. Todos los trabajos concretos han sido reducidos a una masa abstracta, se han solidificado. El trabajo muerto, acumulado, materializado, ahora se vuelca a oprimir la vida del obrero. Este dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo es una relación de clases. Las distinciones feudales previas entre el propietario y el no propietario y entre los varios Estados, ahora se ha transformado en una contradicción abierta *dentro* del mismo método de producción, dentro del trabajo mismo. Por consiguiente, la relación capital-trabajo es más antagónica de lo que habían sido las relaciones entre los Estados bajo el feudalismo. Este método de producción no es un orden natural ni eterno como se había considerado. Al igual que otros órdenes sociales es histórico y transitorio.

Cuando todo el encanto del trabajo se ha perdido, el “trabajo simple” de ninguna manera se ha aligerado. Por el contrario, el peso y la agonía del trabajo van en aumento y se observa una prolongación de las horas de trabajo, un aumento en la velocidad del mismo y de la disciplina carcelaria. La fábrica transformó a los trabajadores en un ejército industrial bajo la jerarquía de oficiales y sargentos. Es por eso que la revolución técnica no significó un desarrollo *armonioso*, como se había concebido, sino la acumulación del capital en un polo y la acumulación de la miseria en el otro. Trabajo y capital son tan absolutamente opuestos, que la lucha de clases se está transformando en una verdadera guerra civil. Todo lo que se tiene que hacer para ver en teoría lo que es una verdad en la vida, es incluir

al propio trabajador asalariado en el estudio de la producción de la riqueza capitalista.

Para que nadie piense que Marx usó el término “enajenación” como una cuestión meramente de lenguaje filosófico, que desechó rápidamente cuando hizo sus “teorías científico-económicas”, es necesario señalar que Marx fue de modo *orgánico* un pensador dialéctico.³⁰ En su “Crítica de la dialéctica hegeliana”, Marx critica el idealismo de Hegel, es decir, su exclusivo interés por las ideas y pensamientos y su solución de todas las contradicciones sólo en el pensamiento, mientras que en la *vida* estas prevalecen y destrozan a la sociedad, pero elogia, adopta y desarrolla el método dialéctico. El concepto de enajenación es básico para lo que Hegel llama “la dialéctica de la negatividad” y que para Marx es “el principio motor y creador”. Marx ataca a Hegel no porque vea el desarrollo *a través* de la contradicción, sino por ver este proceso de desarrollo y *aún así* convertirlo en una cuestión de “conocimiento absoluto”, en vez de ser un problema de la nueva sociedad que la práctica revolucionaria del proletariado realizaría y no alguna negatividad abstracta. Marx plantea esto con mayor claridad en otro de sus escritos de ese periodo: Hegel “pone al mundo *de cabeza* lo que le permite disolver también *en la cabeza* todos los límites, y esto los hace, naturalmente, mantenerse en pie *para la sensoriedad mala*, para el hombre *real*”.³¹

Marx integró y recreó el principio de la “negación de la negación” –o la superación revolucionaria de las contradicciones reales, es decir, las fuerzas de clase opuestas no sólo en sus primeros escritos, sino en *El Capital* mismo y a lo largo de su vida como pensador, como organizador, como escritor, como revolucionario. Mientras que criticó la *limitación* de trascendencia de Hegel porque solamente se alcanza en la “medida que es un pensamiento”, Marx, como vimos, “recalcó la grandeza de la *Fenomenología* hegeliana y de su resultado final: la dialéctica de la negatividad como el principio motor y creador” y concluyó que “los momentos positivos de la dialéctica hegeliana... la trascendencia como movimiento objetivo, esto si es discernimiento...”.³²

³⁰ En este respecto, la obra *Razón y revolución* de Herbert Marcuse realmente abre un nuevo camino y es verdaderamente profunda y me gustaría reconocer lo que a ella debo.

³¹ *La sagrada familia*. p. 254. (En español puede verse en C. Marx, F. Engels, *La sagrada familia*. México: Edit. Grijalbo, 1960; La Habana: Editora Política, 1965. p. 308). (N del T.)

³² A menos que se especifique lo contrario, cualquier cita del resto de este capítulo proviene de los ensayos de Marx que se encuentran en el Apéndice A. (La

En efecto, era tan profundo el desarrollo por parte de Hegel de la trascendencia como movimiento *objetivo* que Marx inmediatamente dedujo el paralelo entre ésta y la concepción del comunismo: “El comunismo es el humanismo mediado por la trascendencia de la propiedad privada”. Luego procedió a incluir en ese movimiento objetivo la segunda negación, o la “negación de la negación”. Tan aguda trazó la línea entre el “comunismo vulgar” y el “comunismo positivo”, por una parte y su propia filosofía del *humanismo*, por la otra, que hasta la fecha constituye la línea divisoria entre el marxismo como doctrina de la liberación y todos aquellos que se adjudican el nombre de “marxismo”, “socialismo” o “comunismo” mientras persiguen un rumbo totalmente diferente de lo que sostuvo Marx, tanto en pensamiento como en la práctica.

“No será sino hasta que la trascendencia de esta mediación se realice (la abolición de la propiedad privada) que no deje de ser una presuposición necesaria para que surja el humanismo positivo, partiendo de sí mismo” – dijo Marx. O sea, que se necesita otra trascendencia *después* de la abolición de la propiedad privada, para alcanzar una sociedad *humana* verdaderamente nueva que se diferencie de la propiedad privada no sólo como un “sistema económico”, sino como una forma de *vida* totalmente diferente. Es, en tanto individuos *libres* que desarrollan todos sus talentos individuales y adquiridos, que nosotros primero damos el salto de lo que Marx llamó la *prehistoria* de la humanidad a la historia verdadera, el “salto de la necesidad a la libertad”.

No hay duda que el Marx maduro –quien elaboró sus puntos de vista completamente en escritos y acciones durante los siguientes treinta y nueve años– se alejó del estricto lenguaje hegeliano de sus primeros trabajos, donde describía el desarrollo de las potencialidades verdaderas del hombre en términos hegelianos de “unidad del pensamiento y el ser”. Pero aun cuando usaba el lenguaje hegeliano, Marx nunca fue un idealista en el sentido de pensar que las contradicciones de la sociedad pueden resolverse en el pensamiento. “La filosofía no puede resolverlas” –escribe– “precisamente porque la filosofía las comprende sólo como problemas especulativos”. Y en estos primeros ensayos señala, en términos de ninguna manera inciertos, que sólo la actividad revolucionaria de las masas suprimirá la alienación del trabajo, *la* contradicción de la sociedad capitalista.

autora refiere a los apéndices incluidos en la primera edición de 1957 del libro. Vea nota 8). (N. del T.)

Sin embargo, el punto clave está en que para Marx, como para nosotros actualmente, nada excepto una filosofía, una perspectiva total –que Marx al principio *no* llamó “comunismo”, sino “humanismo”– puede responder a las múltiples necesidades del proletariado. El hombre no volverá a enajenarse, no volverá a fragmentarse otra vez. Debe alcanzar su integridad total con la reunificación del trabajo intelectual y manual, en la vida del trabajador, cuya actividad propia le permitirá desarrollar todas sus potencialidades humanas: “El comunismo es la forma necesaria y el principio energético del futuro inmediato, pero el comunismo como tal, no es la meta del desarrollo humano, es la forma de la sociedad humana”.

2) Propiedad privada y comunismo.

Marx puso sobre sus pies no sólo a Hegel sino también al “comunismo vulgar e irreflexivo” que “niega completamente la personalidad del hombre” y sin conocer a los comunistas totalitarios de nuestros días, señaló enfáticamente todo lo esencial cuando criticó a los comunistas utópicos de su tiempo, por su total preocupación por los problemas de la propiedad privada. A pesar de que se oponían a esta, Marx dijo que sus puntos de vista eran “sólo la expresión lógica de la propiedad privada”,³³ es decir, no había realmente una diferencia fundamental entre los exponentes de la propiedad privada y aquellos que se le oponían, *pero* estaban dispuestos a

³³ Marx no conoció a los existencialistas de nuestro tiempo. Sin embargo, lo único que tenemos que hacer para ver el “anhelo de contenido” que ellos poseen es sustituir la palabra “ser” por la palabra “intuición”. “Toda esta idea que se comporta de manera tan barroca no es más que una mera abstracción... el pensador abstracto que habiéndose vuelto avisado por la experiencia e iluminado más allá de la verdad ha decidido, bajo muchas condiciones falsas y aun abstractas, abandonarse a sí mismo... El sentimiento místico que lleva a los filósofos desde el pensamiento abstracto hasta la intuición es aburrimiento, el anhelo de contenido”. Marx aniquila las fantasías vacías de nuestros modernos intelectuales. Mientras que ellos continúan separando el problema de la personalidad por un lado y el modo de producción por otro, como si el ver, el tocar, el oír, el hablar y el sentir existiesen fuera del hombre productivo, Marx analiza el desarrollo de todos los sentidos del hombre como el desarrollo de la historia del mundo. Mientras que ellos siguen identificando su sentimiento de náuseas con el del mundo objetivo, Marx muestra que el sujeto y el objeto son uno cuando “nuevas pasiones y nuevas fuerzas” (el proletariado) terminan con la sociedad de clases como la prehistoria de la humanidad, creando así las condiciones para una vida realmente humana. (Contraste entre las obras de juventud de Marx y *El ser y la nada*, de Jean-Paul Sartre).

permitir que el modo de trabajo siguiera siendo el mismo. Por supuesto, decía Marx, el producto creado por el trabajador se le enajena al convertirse en propiedad de otro, del capitalista, y por supuesto que el obrero mismo se hace más pobre mientras más riqueza crea.

Las contradicciones básicas del capitalismo no pueden ser superadas hasta que aquello que es lo más degradante y la causa de todas las otras contradicciones —el trabajo enajenado— no sea superado: “la enajenación sólo se cristaliza en la enajenación del objeto del trabajo, el extrañamiento, en la actividad misma del trabajo”. *Esta* es la esencia de *toda* la perversión del capitalismo.

“La economía política”, escribe Marx, “parte del trabajo como el alma verdadera de la producción y sin embargo, no le atribuye nada al trabajo y todo a la propiedad privada. Proudhon como conclusión de esta contradicción se pronunció en favor del trabajo y en contra de la propiedad privada. Hemos visto, sin embargo, que esta contradicción aparente, es la contradicción del trabajo enajenado de sí mismo, y la economía política sólo ha expresado esta ley del trabajo enajenado... Aun la igualdad de salarios, propuesta por Proudhon, sólo transforma la relación de trabajo de los trabajadores contemporáneos en la relación de todos los hombres hacia su trabajo. La sociedad parecería entonces como un capitalismo abstracto”.

Tanto se opone Marx a todo aquel que piense que los males del capitalismo pueden superarse con cambios en la esfera de la distribución, en vez de reorganizar la esfera de la producción, que muestra a los comunistas como meros exponentes del “otro lado” de la propiedad privada. Y ninguna otra generación puede entender al joven Marx como lo hacemos nosotros, porque sólo nuestra generación carga sobre sus espaldas la naturaleza plenamente capitalista de este tipo de “anticapitalismo” conocido como comunismo, o como el totalitarismo de Estado de un partido único. Marx ya en 1844 previno: “Debemos evitar específicamente el establecimiento de la sociedad como una abstracción opuesta al individuo. El individuo *es* un ser social”.

El análisis que hiciera Marx del trabajo —y es lo que lo distingue de todos los otros socialistas y comunistas de su época y de la nuestra— va mucho más allá de la estructura económica de la sociedad. Su análisis va hasta las relaciones *humanas* reales. “Tener un fundamento para la vida y otro para la ciencia” —escribió— “es una falacia *a priori*”.

La producción ha dejado ya de estar limitada por un instrumento rudimentario, tampoco es un instrumento rudimentario lo que restringe la actividad del hombre, como lo hizo en las sociedades precapitalistas, aun

cuando era de su propiedad. Si el hombre hubiera de apropiarse de las máquinas modernas de producción, se abrirían ilimitadas perspectivas para su desarrollo propio, pues sería sobre una base material tan alta que el intelecto de las masas podría combinarse con sus poderes y asentar las bases para una forma de vida verdaderamente nueva. De esta manera, la apropiación de la *totalidad* de los instrumentos de producción “no es otra cosa que el desarrollo de las capacidades individuales correspondientes a los instrumentos materiales de producción. El desarrollo de una totalidad de instrumentos es por esta misma razón, el desarrollo de una totalidad de capacidades en los individuos mismos.”

Este es el meollo del problema. El desarrollo de las capacidades humanas significa el restablecimiento de la *actividad propia* en una escala histórica infinitamente superior. Marx era tan enemigo del trabajo bajo el capitalismo que, al principio, no pedía la “emancipación” del trabajo, sino su “abolición”. Es por eso que al principio califica la función del hombre no como “trabajo” sino como “actividad propia”. Cuando cambió la *expresión* “abolición del trabajo” por “emancipación del trabajo” fue sólo porque la clase trabajadora demostró en sus sublevaciones cómo es posible alcanzar la emancipación *a través* del trabajo enajenado. Fue esta “necesidad de universalidad”, esta necesidad del hombre de ser integral, lo que guió a Marx a lo largo de su vida. Por mucho que cambiara el lenguaje, el punto principal siguió siendo que en una sociedad nueva, el trabajo no seguiría siendo, de ninguna manera, el tipo de actividad que es bajo el capitalismo donde el hombre está limitado al ejercicio de su poder de trabajo físico. La división entre el trabajo intelectual y el manual sería abolida, imponiéndose bajo estas circunstancias “la individualidad libre del trabajador”.³⁴

“Cuando el hombre habla de propiedad privada, cree que sólo aborda un hecho externo al hombre”, escribió Marx. “Cuando el hombre habla de trabajo tiene que tratar directamente con el hombre. Este nuevo planteamiento del problema ya incluye, en sí mismo, su solución”. Pero esa formulación incluye la solución *solamente cuando* la nueva concepción de la historia, que Marx llamó “humanismo”, aborda el problema —no cuando los economistas burgueses se ocupan de ello, *ni* cuando los comunistas

³⁴ *El Capital*, tomo 1. p. 698 (En lo adelante, salvo aclaración expresa, todas las referencias de *El Capital*, serán dadas de acuerdo con la edición de en tres tomos, realizada en La Habana, en 1965, por *Ediciones Venceremos*, versión que se corresponde con la traducción realizada del alemán por Wenceslao Roces. (N. del T.)

utópicos introducen la cuestión de “lo justo” en la cuestión de la economía. El punto de vista de Marx es que resulta imposible dissociar las formas de propiedad de las relaciones de producción, es decir, las relaciones entre los hombres en el acto de la producción. Para Marx la abolición de la propiedad privada significaba un *medio* para la abolición del trabajo enajenado, no un fin en sí mismo. No separó lo uno de lo otro y nunca se cansó de enfatizar que lo que es de primordial importancia *no* es la forma de la propiedad, sino el modo de producción y que cada modo de producción crea una forma correspondiente de propiedad: “Pero, ver misterio en el origen de la propiedad, es decir, transformar las relaciones de producción en un misterio ¿no es acaso ‘renunciar a todas las pretensiones de la ciencia económica’? preguntaba Marx a Proudhon. En cada época histórica la propiedad se desarrolla en diferente forma y en una serie de relaciones sociales completamente diferentes. De esta manera, definir la propiedad burguesa no es sino explicar todas las relaciones sociales de producción”.³⁵

Tal y como Marx lo expresara en sus primeros escritos, *mientras* existan “poderes *sobre* los individuos”, “la propiedad privada deberá existir”.³⁶ Para Marx, la propiedad privada *es el poder de disponer del trabajo de otros*. Es por eso que insistió tan enfáticamente que el hecho de convertir a la “sociedad” en el propietario, sin tocar el trabajo enajenado, es crear “un capitalismo abstracto”. Una vez más, nuestra generación puede apreciar esto mejor que otras generaciones, porque la propiedad se ha desarrollado en formas tan diversas bajo el capitalismo, que la propiedad de uno es solamente “un manojo de expectativas”, como Berle y Means tan adecuadamente lo expresaran al hablar de acciones y de bonos.³⁷ Lo que sigue siendo esencial es el *poder*, el poder disponer o participar en la disposición del trabajo de otros.

Treinta años antes de que Marx desarrollara a plenitud sus teorías económicas y pudiera vislumbrar que el crecimiento del capital podía conducir a su concentración en las “manos de un solo capitalista”, insistió en que la abolición de la propiedad privada significaba una nueva forma de vida, un nuevo orden social *solamente si* “los individuos libremente

³⁵ Carta de Marx a Schweitzer, 24 de enero de 1865.

³⁶ Véase *La ideología alemana*. (En español hay diferentes ediciones de *La ideología alemana*. Puede verse en la edición citada de *Obras escogidas* en tres tomos. Tomo 1. de la editorial Progreso.) (N del T.)

³⁷ En su *Private Property and the Modern Corporation*.

asociados” y no la “sociedad” abstracta se transformaban en los amos de los medios socializados de la producción.

3) La tergiversación comunista de los *Manuscritos económicos y filosóficos de Marx*.

En 1955, la principal revista filosófica de Rusia publicó un artículo de un tal V. A. Karpushin, de quince páginas, intitulado: “El desarrollo por Marx de la dialéctica materialista en los *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*”.³⁸ Como lo había hecho Zhdanov en 1947, el señor Karpushin se introdujo en el campo de la filosofía marxista con la pretensión de separar “el materialismo de Marx” del “idealismo” de Hegel y como quien sólo enuncia lo obvio, intentó una total tergiversación de la filosofía de Marx. “Desde el punto de vista de Marx”, escribe con seriedad, “el problema de la negación está *subordinado* a la ley básica de la dialéctica: la ley de la unidad y la lucha de los contrarios... Con la misma decisión Marx se declaró en contra del misticismo del esquema hegeliano de la primera y segunda negación, contra el hecho de sacar la conclusión de la lucha de los contrarios de *algún tipo de negatividad* que, supuestamente permanece inherente a las cosas, como lo planteara Hegel”.³⁹

Allí donde Marx vio “la grandeza del momento positivo” de la dialéctica hegeliana como “la dialéctica de la negatividad como el principio motor y creador”, Karpushin, con su sentido perverso de la historia, se refiere a este principio como “algún tipo de negatividad que supuestamente” es inherente a las cosas. En donde Marx vio la negación de la negación, la trascendencia hegeliana, como un movimiento *objetivo*, Karpushin lo convierte en “místico” y “subordinado” a la lucha de contrarios. En donde Marx escribe acerca de cómo el “naturalismo exhaustivo o el humanismo se distingue del idealismo y del materialismo siendo al mismo tiempo la verdad que los une”, Karpushin trata de convertir a Marx en un materialista vulgar, en un hombre práctico preocupado por “problemas prácticos”. Luego Karpushin concluye magnánimamente: “Marx fue el primer filósofo que fue más allá de los confines de la filosofía y, desde el punto de vista de la vida y las necesidades prácticas del proletariado, analizó el problema fundamental de

³⁸ *Cuestiones de filosofía, (Boprossi filosofi)* No.3, 1955. Sólo se puede obtener en ruso.

³⁹ El subrayado es de la autora.

la filosofía como un método verdaderamente científico de cambio revolucionario y conocimientos del mundo real”.

En verdad es el mundo real ruso, con sus campos de trabajo forzoso, el que provoca este ataque contra el marxismo. No es el idealismo de Hegel lo que les preocupa, es el método revolucionario de la dialéctica y el humanismo de Marx lo que amenaza su existencia en teoría, del mismo modo que la clase trabajadora lo hace en la práctica. Entre más profunda sea la crisis en Rusia, mayor la necesidad de una ideología capaz de mantener a los trabajadores trabajando. Al igual que a mediados de la segunda Guerra Mundial, los teóricos bajo la bota de Stalin dejaron caer sus brutales manos sobre *El Capital*,⁴⁰ así los teóricos bajo el pulgar de Jruchov dejaron caer las suyas sobre los primeros trabajos de Marx. Con cada nueva crisis Marx resucita de nuevo. El comunismo sigue gastando una increíble cantidad de tiempo, energía y vigilancia en aprisionar a Marx dentro de los límites de la propiedad privada vs. el concepto de propiedad estatal. Los comunistas no tendrán éxito. Ni siquiera el “empirismo de una ametralladora”, como Trotsky brillantemente lo expresara, puede ganarle a la visión dialéctica y social del joven Marx. Un extraño reflejo de nuestros tiempos es que esta concepción –que la solución de las contradicciones económicas del capitalismo es la solución humana– en ninguna parte es tan amargamente combatida como por los llamados “Partidos de Vanguardia”. Todos, sin excepción, son planificadores y es por eso que están tan cerca de los gobernantes totalitarios rusos, quienes *deben* destruir el humanismo de Marx si han de permanecer en el poder.

La pregunta clave de hoy –y que los comunistas deben evadir como si fuera la plaga– es: *¿Qué sucede después?* ¿El poder que se adquiere en una revolución exitosa ha de ir a una nueva burocracia y no al proletariado? Aunque Marx no se enfrentó a dicho problema, él anticipó precisamente tal situación como resultado de la *mera* abolición de la propiedad privada.

El hegeliano Marx, tenía una concepción del trabajo y de la libertad como *actividad*, completamente diferente de la concepción utilitaria de los economistas que, *en el mejor de los casos*, veían la libertad sólo como la satisfacción del hambre y de “cultura”. Estos –incluyendo a los científicos de nuestra época que ven la desintegración del átomo, pero no la totalidad de la persona humana– ven el tiempo libre sólo como “diversión”. Marx vio el tiempo libre, liberado de la explotación capitalista, como un momento para el desarrollo libre del poder del individuo, de sus talentos naturales y adquiridos.

⁴⁰ Véase “El escenario ruso”, en la V parte de este libro.

No consideró esto como utopía, no era el más allá, era el camino que había que tomar inmediatamente después de la caída del capitalismo, si los medios de producción nacionalizados habían de servir un fin mejor que el de los medios de producción en manos privadas. Esto también puede ser comprendido mejor por nuestra época y esta concepción es la que pende sobre los teóricos rusos como la espada de Damocles.

Marx debió haber tenido esto en mente cuando criticó la economía política clásica por querer mantener los ojos de los trabajadores industriales puestos *no* en la visión de una libertad total, sino en su “libertad de las infamias feudales”. Marx escribió: “Para ellos hubo historia, pero la historia se acabó”. Para los totalitarios rusos, la Revolución Rusa terminó en 1917, y la historia terminó con el triunfo del Estado de partido único.

En rasgos generales, lo que Marx expresó en sus primeros escritos es la esencia del marxismo, como había de permanecer y desarrollarse a lo largo de los treinta y nueve años restantes de su vida. Por supuesto, el marxismo se enriqueció, es decir, la teoría se hizo más concreta en tanto que Marx y luchas del proletariado se desarrollaban. El marxismo se convirtió en una ideología en la medida que él desarrolló sus teorías económicas. Ni por un momento separó su economía de su política o de su filosofía. Nada de su humanismo inicial fue desechado por él. En otro periodo, lo llamó comunismo y esto fue la médula espinal de su *Manifiesto comunista*, el primero que desplegó la bandera no sólo de una nueva organización de trabajadores e intelectuales, llamada la *Liga Comunista*, sino del proletariado mundial. Sobre la misma bandera quedó inscrito: “¡Proletarios del mundo, uníos!” y “El desarrollo libre de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos”. Ese elemento “individualizador” es el alma del marxismo. Es por eso que Marx, desde el comienzo, advirtió que “debemos ante todo evitar establecer ‘la sociedad’ como una abstracción opuesta al individuo. El individuo es el ser social. La expresión de su vida... es, por ende, la expresión y la verificación de la vida de la sociedad”. Siempre estuvo atento a lo que llamó “las organizaciones espontáneas de clase del proletariado”. Al lado de éstas él mismo se alineó y esto no detuvo el desarrollo de su teoría. Por el contrario, veremos más adelante, en el desarrollo de la estructura de *El Capital*, cómo el proletariado le ayudó a separarse del concepto burgués de la teoría. Aquí el punto que se debe enfatizar en el desarrollo del mismo Marx, es que con él alcanzamos una nueva dimensión intelectual: un intelectual cuya actividad intelectual, social y política aunada a su creatividad, es la expresión de fuerzas sociales precisas.

En cada periodo crítico, que Hegel llamó el nacimiento de la historia, han habido intelectuales que se han “entregado al pueblo”, desde los utópicos en Inglaterra hasta los *Narodniki* (populistas) en Rusia. Pero en cada caso, no sólo se ha mantenido la separación entre estos intelectuales como líderes y el pueblo, sino lo que es más importante, en la coyuntura crítica del desarrollo del movimiento, ellos se quedaron atrás y fueron un estorbo para el creciente movimiento popular. Sólo Marx fue la excepción y no fue accidental que su *Manifiesto comunista* fuera publicado en la víspera de las revoluciones de 1848. Él pudo hacer esto por su idea de la teoría como generalización del esfuerzo instintivo del proletariado por un nuevo orden social, una sociedad verdaderamente humana, un esfuerzo que surge de la dialéctica del proceso económico el que en cada etapa, produce lo que Marx llamó las “nuevas pasiones y fuerzas” para el siguiente orden social. Aunque nadie puede ver la forma concreta de la nueva sociedad hasta que realmente aparezca, la visión de Marx anticipó la futura sociedad, no se “quedó atrás” y no por su genio individual, sino por su método dialéctico de unir la teoría y la práctica. Con esto dio a los intelectuales que se alineaban con el proletariado como una “tendencia política” esa nueva dimensión humana que le permite a cada uno adquirir la estatura del proletariado en su plenitud en la creación de una sociedad nueva.

Nada cambió la concepción social de Marx: la visión del futuro que Hegel llamó el absoluto y que Marx primero llamó “humanismo verdadero” y luego “comunismo”. El camino hacia ambos es por la vía de “la negación de la negación”, es decir, la destrucción del sistema existente que había destruido al sistema anterior. Esto es a lo que le teme la clase gobernante rusa y no sin razón, pues este movimiento lo conoce *no* por el nombre de “negación de la negación”, sino por la realidad de la revolución en su contra. La lucha del pueblo trabajador en contra del señorío comunista en la fábrica no deja de tener su impacto sobre el monolitismo intelectual. Los teóricos rusos repentinamente decidieron “aceptar” la lucha de los contrarios, *después* de despojarla de su contenido de lucha de clase y transformarla en una lucha inocua entre “lo viejo” y “lo nuevo”. La vida, sin embargo, es un maestro mucho más duro y exigente que la teoría dialéctica. La historia se rehusó a transitar por el camino señalado por los teóricos rusos. La “nueva ley dialéctica” no llegó a ningún lado. Ellos se volvieron en contra del “místico absoluto hegeliano”, “la negación de la negación”. La corriente oculta de la sublevación, sin embargo, es despiadada y no les dará perdón ni tregua.

Segunda Parte

El obrero y el intelectual en
un momento decisivo de la
historia: de 1848 a 1861

Capítulo 4

El obrero, el intelectual y el Estado

1) Las revoluciones de 1848 y el intelectual radical.

Las revoluciones de 1848 abarcaron a Europa de punta a punta. En cuanto los regímenes absolutistas cayeron y la democracia pareció estar al alcance de las masas, los líderes de la clase media se dieron vuelta y echaron a correr. Actualmente se admite que: “En 1848 no habría habido ninguna revolución si ello hubiera dependido de los líderes revolucionarios. Las revoluciones se hicieron a si mismas; y los verdaderos héroes de 1848 fueron las masas. Los intelectuales radicales habían supuesto que una vez destruida la tradición, las masas reconocerían en su lugar las demandas del intelecto. Nietzsche expresó más tarde esta gran ilusión de 1848: 'Todos los dioses han muerto. Ahora vivirá el superhombre'. Las masas nunca respondieron a las ambiciones de los intelectuales...”⁴¹

Una de las mentes burguesas más lúcidas del siglo diecinueve, Alexis de Tocqueville, quien escribiera un libro clásico: *La democracia en América*, reveló con agudeza la encrucijada que había alcanzado la burguesía francesa en 1848. Pocas semanas antes del estallido de la revolución de febrero pareció predecirla: “¡No sienten la revolución en el aire!”, dijo en su famoso discurso ante la Asamblea. Sin embargo, cuando estalló efectivamente y se le dio crédito por su predicción, lo negó: “Yo no esperaba una revolución como ésta”, dijo.

Tuvo razón en las dos ocasiones. El previó que el hambre y la inquietud de las masas, en aquel contexto de despilfarro y libertinaje monárquicos, estallarían en una sublevación si el régimen absolutista no les hacía concesiones, pero pensó que la reforma electoral era la necesidad del momento. Su mente no concibió que los trabajadores tomarían las calles, levantarían barricadas y presentarían *un programa económico por su propio derecho*, no sólo contra el rey sino contra la burguesía. “No creo que el pueblo”, escribió este buen burgués confundiendo a su clase con “el pueblo”, “se haya sentido tan atemorizado en ningún momento de la Gran Revolución y creo que su terror sólo puede ser comparado con el de las comunidades civilizadas del Imperio Romano cuando se vieron en manos de los godos y de los vándalos”. Los “godos y los vándalos”, para Tocqueville, eran los trabajadores parisinos portando armas.

⁴¹ Francois Fejto, ed., *Opening of an Era: 1848*.

El descubrimiento de los irreconciliables antagonismos de clase hizo de 1848 un hito en la historia moderna. Hoy, incluso los escritores burgueses pueden ver que 1848 inició la era de las revoluciones proletarias de masas, sin embargo, en 1848 sólo Marx lo vio. El *Manifiesto comunista*, que llegó a manos de los editores unas pocas semanas antes del estallido de las revoluciones de febrero, proclamaba que toda la historia existente hasta entonces era “la historia de la lucha de clases” y continuaba aunque “la burguesía no puede vivir sin métodos que revolucionen la producción y las relaciones de producción”, su más grande logro ha sido la creación de “la clase trabajadora revolucionaria misma”, la cual pondría fin a toda la lucha de clases: “El proletariado, el estrato más bajo de nuestra sociedad actual, no puede levantarse sin que el estrato superestructural de la sociedad oficial se haga pedazos en el aire... ¡Proletarios de todos países, uníos! No tienen nada que perder sino sus cadenas. Tienen un mundo que ganar”.

No sólo la burguesía no había concebido una sublevación en su contra. Tampoco lo habían hecho los intelectuales radicales que se habían alineado con las masas antes de la revolución y que fueron tomados por sorpresa por el levantamiento revolucionario.

Blanqui había concebido un pequeño y bien organizado golpe conspirador conducido por él mismo. Louis Blanc había hablado de “talleres nacionales” pero no de una revolución para lograrlo. Proudhon se había manifestado en contra de la “descarada ley de salarios”, pero nunca abogó por la revolución para superar la esclavitud de los salarios.

Si en 1848 los obreros hubiesen escuchado a sus líderes no habría habido ninguna revolución, pero sin partidos, en el sentido moderno de la palabra, que guíen bien o mal, las revoluciones se hacen a sí mismas. Miles de trabajadores y estudiantes aparecieron en las calles de París exigiendo el sufragio universal y la “organización del trabajo”. Este levantamiento masivo, sin armas, repentinamente encontró que tenía armas cuando los sucesos tomaron un giro inesperado y la Guardia Nacional, en vez de hacer fuego contra ellos, se les unió.

El rey apenas había huido y se estableció un Gobierno Provisional, aun cuando la burguesía, que hasta este momento no se había opuesto a las masas, se pronunció en contra del establecimiento de una República por el poder de la barricada. Las masas forzaron la proclamación de la República. Las energías creativas de las masas, disciplinadas y unidas, que habían creado la República, ahora exigían de esa República un carácter *social* y la creación de trabajo para todos.

Marché, un trabajador dictó el decreto y entonces las masas estaban exigiendo la formación de un Ministerio del Trabajo. Tomaron seriamente

su papel en la revolución y en la reconstrucción de la sociedad, en pocas semanas aparecieron 171 periódicos y aunque los trabajadores confiaban en esta coalición provisional de gobierno, aparecieron clubes revolucionarios de trabajadores por todo París: 145 en el primer mes.

Lamartine, el poeta que se unió a los revolucionarios en el primer estallido, lo hizo como el mismo lo había expuesto, lisa y llanamente, “para poner riendas a la tormenta”. Eso definía el carácter y los límites del Gobierno Provisional, el gobierno burgués recién creado, que se volvía entonces en contra de las demandas económicas de sus aliados proletarios. Lamartine concibió la idea de que la función del gobierno era “acabar con los malentendidos que existían entre las clases”. El socialista Louis Blanc, representante de los obreros, aceptó el compromiso de permitir que se estableciera una “Comisión del Trabajo”.

El Parlamento se transformó en un bazar de parlanchines y los talleres nacionales que se establecieron recibían una suma de tan poca monta que no resultó otra cosa que los talleres de caridad que Inglaterra había conocido mucho tiempo antes. A pesar de todo, el desempleo y el hambre fueron tan severos en ese año de crisis que no menos de 110,000 trabajadores recurrieron a los talleres. El gobierno tenía la esperanza de transformar este lastimoso ejército de trabajo, en un ejército en contra de los trabajadores, subestimando en gran medida a la clase obrera moderna. Cuando el Parlamento votó por expulsar a los hombres solteros de los talleres y obligarlos a unirse al ejército, se encontraron con que este ejército de trabajo era un ejército sublevado. La verdadera esencia de las revoluciones de 1848 se revelaba ahora: la emancipación del trabajo.

El 23 de junio, los obreros aceptaron el desafío y de nuevo se plantaron barricadas. Ahora la consigna que se escuchaba era: “¡Abajo la burguesía!” Tenemos la descripción de Marx de esta primera gran batalla entre las dos clases, de cómo los obreros, “con un talento y valentía sin igual, sin jefes, sin un plan común, sin medios, y la mayoría faltos de armas, contuvieron al ejército durante cinco días, a la Guardia Nacional parisina, a la Guardia Móvil y a la Guardia Nacional que acudían de las provincias”.⁴² La brutalidad y la masacre cometida por la república *burguesa* fueron enormes, pero el derramamiento de sangre no pudo borrar los logros de esos meses: 1) la abolición de la esclavitud en las colonias; 2) la abolición

⁴² *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. (Incluidos en C. Marx. *Obras escogidas*. Tomo II). Debido a que pequeños trabajos escritos por Marx aparecen publicados en diferentes ediciones no ofrezco los números de páginas. (En español pueden verse en *Obras escogidas*. Tomo I. Obra citada.) (N. del T.)

de la pena de muerte; 3) la abolición del encarcelamiento por deuda; 4) el sufragio universal; 5) la jornada laboral de diez horas.

Tampoco pudo la derrota borrar la gran lección: no es la forma política del Estado, lo que es decisivo, sino el dominio del capital. La democracia parlamentaria llegó a ser sinónimo, no de la libertad del proletariado, sino de la burguesía sanguinaria y la esclavitud de salarios. Aunque el sufragio universal probó no ser ninguna panacea, si tuvo el gran mérito de desencadenar la lucha de clases y de despojar al demócrata burgués de su máscara hipócrita de “libertad, igualdad, y fraternidad”.

Marx aclamó a estos revolucionarios y los contrastó con “los doctrinarios socialistas que mendigaban a las puertas de la burguesía en nombre del pueblo, permitiéndoseles predicar largos sermones y lograr concesiones con tal de adormecer al león del proletariado.” Aun cuando criticó su slogan de “Organización del Trabajo”, –porque “el trabajo asalariado es la organización burguesa del trabajo existente”, con lo cual ellos no harían más que continuar la forma de esclavitud salarial que ya estaban sufriendo–, se dio cuenta de que lo que los obreros querían decir era esencialmente el derrocamiento de este régimen burgués. En realidad, esto se hizo evidente en junio, de hecho, esa fue la gran lección de junio, mientras en febrero las masas siguieron a la burguesía, porque lo que ellos buscaban era terminar con la forma del poder del Estado –el absolutismo– en junio la combatieron y combatieron a la burguesía, al orden capitalista y lo hicieron *combinando sus magníficos recursos propios*. Marx captó la esencia y el espíritu de las energías creativas de las masas cuando reconoció que los trabajadores habían declarado la revolución *permanente*, es decir, no detenerse en la fase democrático-burguesa sino continuar hasta la plena democracia proletaria: “Se colocaron a sí mismos en una contradicción violenta con las condiciones de existencia de la sociedad burguesa al declarar la revolución permanente”.⁴³

El descubrimiento de Marx –de que el movimiento objetivo produce la fuerza subjetiva para su derrocamiento– transformó el socialismo utópico en socialismo científico y creó una profunda división de clases entre los intelectuales (utópicos) que continuarían con sus esquemas y el proletariado mismo que ahora se había separado de estas sectas y creaba ya sus propios movimientos. Más adelante Marx previno contra cualquier “noción estrecha” de los líderes pequeño-burgueses de esta revolución así

⁴³ “Mensaje a la Liga de los Comunistas”, 1850. (Incluido en C. Marx. *Obras escogidas*. Tomo II). (En español se puede encontrar en *Obras escogidas*. Tomo I. Obra citada. Pp. 179-189.) (N. del T.)

como de la reacción que le siguió. No debemos “imaginar que todos los representantes democráticos son comerciantes o defensores entusiastas de los comerciantes. En cuanto a su educación y a su posición individual pueden estar tan separados de ellos como el cielo y la tierra. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es el hecho de que sus mentes no van más allá que los límites de estos últimos tienen en el terreno de la vida y que consecuentemente, desde el punto de vista teórico, se encaminan a las mismas tareas y soluciones a las que los intereses materiales y la posición social llevan a aquéllos. Esta es en general la relación de los *representantes políticos y literarios* de una clase para con la clase que representan”.⁴⁴

La división entre las energías creadoras de las masas por una parte, y los proyectos de los intelectuales radicales, por la otra, se ensanchó y profundizó en las revoluciones de 1848, porque el proletariado había ganado conciencia de sí mismo como clase. Los intelectuales radicales no apoyarían este camino independiente, ellos siempre estaban planeando hacer algo “por” el obrero, sustituyendo *su* actividad, o al menos planeando para la actividad propia de la clase trabajadora. En un momento histórico, después de la Revolución Francesa, este tipo de planes tomó las proporciones heroicas de la “Conspiración de los Iguales” de Babeuf. Para el año 1840 adquirió la forma patética de la “organización de intercambio” de Proudhon, mientras que en la Revolución de 1848 tuvo el sello contrarrevolucionario de la unión de Lamartine “para ponerle riendas a la tormenta”. Cualesquiera que sean las formas que tracen –y serán innumerables a medida que avancemos hasta nuestros días– los intelectuales radicales seguirán ciegos ante las energías creadoras de las masas. Al oponérseles y mantener su atención en la actividad de las masas, Marx fue capaz de generalizar las actividades creativas de estas para dar forma a una *teoría* de la liberación, sin engañarse nunca pensando que la teoría fuese algo más que siempre “gris mientras el árbol de la vida es siempre verde estará”.

2) Ferdinando Lassalle; Un socialista de Estado.

Después de la derrota de las revoluciones de 1848, Marx volvió a sus estudios económicos, alejándose de los círculos de emigrados. La tranquila

⁴⁴ *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. (Incluido en C. Marx. *Obras escogidas*. Tomo II). (En español se puede encontrar en *Obras escogidas*. Tomo I. Obra citada). (N. del T.)

década de los años cincuenta del siglo XIX, terminó en la crisis financiera de 1857, y su obra: *Contribución a la crítica de la economía política*, fue publicada en 1859. Durante este periodo algunos jóvenes llegaron al “socialismo científico” (marxismo). Ferdinando Lassalle fue el más importante de ellos. Él nació, desde el punto de vista político, en un momento decisivo de la historia moderna –1848– cuando por un breve momento histórico, la lucha contra el absolutismo unió al demócrata-burgués y al proletario revolucionario. Las revoluciones de 1848 pusieron de manifiesto, con ríos de sangre, lo irreconciliable de estas dos fuerzas de clase. Lassalle hizo un llamamiento a la clase trabajadora para formar su propio partido político independiente. No obstante, Marx se tuvo que separar bruscamente de esta perversa progenie suya, al igual que lo hizo del socialismo anarquista de Proudhon. Y fue necesario porque allí donde Proudhon trató de llegar a un arreglo entre las dos clases, Lassalle buscó un camino más corto hacia el socialismo por medio del Estado absolutista de los terratenientes prusianos con Bismarck, el Canciller de Hierro, a la cabeza.

No es que Lassalle no comprendiera la naturaleza clasista del Estado, pero su error fue seguir considerando a los obreros como “atrasados”, a pesar de las páginas gloriosas que escribieron en la historia del siglo diecinueve. Cuando nuevamente la lucha de clases tomó una forma abierta y violenta, Lassalle creyó que era su deber “llenar el abismo entre los pensadores y las masas”. De su actitud uno creería que él representaba toda la ciencia de la época y que su tarea era llevarla al “ignorante”. En su defensa, cuando fue enjuiciado por incitar a las masas, él reveló su concepción peculiar del papel de los intelectuales: “¿Por qué las clases medias han llegado a temerle tanto al pueblo? Reflexionen sobre marzo y abril de 1848. ¿Han olvidado ya cómo eran las cosas entonces? La fuerza policial impotente, el pueblo volcado a las calles, las calles y la gente misma bajo el dominio de agitadores irreflexivos... hombres ignorantes y hoscos arrojados por la tormenta... ¿Dónde estaban los intelectuales entonces? ¿Dónde estaban ustedes, señores?... Deberían dar gracias a aquellos que están tratando de tender un puente entre los pensadores y las masas que están derribando las barreras entre la burguesía y el pueblo”.⁴⁵

Debido a que esta era su concepción de las masas, el concepto teórico de trabajo de Lassalle no fue más allá del concepto de Proudhon de los trabajadores “ganando el control por medio de la compra” de todo el capital

⁴⁵ Citado por David Footman en su biografía de Lassalle, *Ferdinand Lassalle, Romantic Revolutionary*, p. 158.

de la burguesía. Lassalle propuso que los trabajadores establecieran cooperativas de productores con la “ayuda del Estado”. Aunque esto significaba tratar al Estado absolutista prusiano como si fuera un ente sin clase social, no es verdad que Lassalle realmente lo pensara. Sin embargo, al no creer en la capacidad de las masas para superar sus condiciones de trabajo y una vez que se autoconvenció de que Marx era “demasiado abstracto” y no había comprendido la “política real” porque sí creía en la creatividad histórica de los trabajadores, le fue fácil pensar que podía obligar a Bismarck a que accediese.

El sentido de “política real”⁴⁶ de Lassalle lo condujo a buscar un colaborador en el “socialista” gubernamental prusiano y economista teórico Karl Rodbertus. Es cierto que al principio obtuvo la aprobación de Rodbertus para su plan de cooperativas de producción con la ayuda estatal, aunque los conceptos de éste acerca del tiempo que tomaría la transformación socialista indicaban no menos de quinientos años. Por otra parte, Lassalle deseaba el socialismo “rápidamente”: en un año si fuera posible. Sin embargo, tan fuertes son los lazos orgánicos entre los intelectuales que tienen un determinado concepto de la clase trabajadora, que el impaciente Lassalle y el ultra paciente Rodbertus fueron colaboradores por un breve periodo.

Este representante de los obreros sin embargo, no fue un socialista de gabinete, fue un activista, tampoco se limitó a escribir, sino que desempeñó un papel decisivo en la formación del primer gran partido político independiente de los proletarios alemanes. El plan de Lassalle de presionar al Estado absolutista prusiano y obligarlo a dar ayuda económica a los trabajadores para que establecieran sus propias fábricas, significó una agitación activa entre ellos. Lassalle lanzó este llamado: “La clase trabajadora debe establecerse como un partido político independiente y hacer del sufragio universal, equitativo y directo su slogan y su bandera... Hacer de la clase trabajadora su propio empleador, es la manera, la única manera, por la que esta cruel ley de hierro (de salarios mínimos inalterables) puede ser cambiada. Una vez que la clase trabajadora sea su propio patrón, el contraste entre salarios y ganancia desaparece. Por lo tanto, es obligación del Estado facilitar la gran causa”.

⁴⁶ Marx: “Se enojó conmigo y con mi esposa porque nos reímos de sus planes y lo llamamos BONAPARTISTA... Finalmente se convenció de que yo era demasiado ‘abstracto’ para comprender la política... En nada estamos de acuerdo, a excepción de unos cuantos objetivos finales”.

Miles de trabajadores respondieron al llamado y la Asociación General de Trabajadores Alemanes la cual fue formalmente organizada en mayo de 1863. En junio, sin el conocimiento de los trabajadores (apenas hace falta decirlo), Lassalle envía a Bismarck los estatutos acordados con la siguiente nota: "...esto será suficiente para mostrarle cuán verdadero es que la clase obrera está instintivamente inclinada a la dictadura si siente que ella funcionará en aras de los intereses de su clase".

Lassalle no era un "traidor", no pudo ser comprado, luchó por sus principios, fue a prisión por ellos y habría estado dispuesto a morir por ellos, pero simplemente era incapaz de pensar que *los* obreros podían gobernar. Para él eran la "plebe". Así pensaba en 1844 cuando se sublevaron los tejedores de Silesia. Entonces era sólo un estudiante, pero ya sentía que el Estado debía restaurar el "orden". No cambió su concepto cuando en 1848 los trabajadores estaban haciendo pedazos no las máquinas, sino el orden burgués. Defendió las victorias de la clase obrera y sin embargo, siguió considerándola como "la plebe" bajo el mando de "agitadores irreflexivos... arrojados por la tormenta". Las cosas no cambiaron cuando en 1862 llamó a las masas a organizar su propio partido político independiente. Su llamado, sin embargo, fue inseparable de su intención de "ponerse a la cabeza". Los obreros eran una masa sufriente y débil mientras que el Estado era fuerte y podía lograr "para cada uno de nosotros lo que ninguno alcanzaría por sí mismo". Por lo tanto, se sintió llamado a gobernar "por" las masas. *Él* guiaría, *ellos* continuarían el trabajo, y entretanto, lo premiarían enviándole al Parlamento.

"Esta actitud", escribió Marx, "es la de un futuro dictador de los trabajadores. Resuelve el problema entre trabajo y capital como si fuera un juego. Los obreros deben agitar para obtener el sufragio universal y luego, mandar al Parlamento a gente como él, armada de la reluciente espada de la ciencia. Se establecerán fábricas de los trabajadores para las que el gobierno pondrá el capital, y poco a poco estas instituciones abarcarán el país entero..."⁴⁷

Marx no escribió esto porque supiera de las maquinaciones de Lassalle con Bismarck, sino porque conocía el concepto de Lassalle sobre "el retraso de los obreros". Lassalle padeció la ilusión de la época: que en la ciencia "no hay clases". Tal actitud hizo que fuese natural para él pensar que representaba a la "ciencia y al trabajador", ya que la ciencia seguramente, estaba *personificada en el intelectual, en el líder*. Marx por su parte, rechazó esta idea "pueril", del mismo modo que rechazó la

⁴⁷ Carta del 9 de abril de 1863.

concepción burguesa de que esta era la época de la “ciencia y la democracia”, rechazó la abstracción de la “ciencia y el obrero”, enfatizando que la ciencia estaba representada en la *máquina* y la democracia en el *parlamento* burgués. El concepto de “líder de los trabajadores” de Lassalle tenía lo siguiente en común con la burguesía: *los obreros deben permanecer en la fábrica.*

Entre Lassalle y Marx había una división tan profunda entre pensamiento y práctica como la hay en la vida entre el pequeñoburgués y el obrero. La luz que el periodo entre 1848-1861 arrojó sobre la relación entre el obrero y el intelectual puso al descubierto al “tipo” administrativo mucho antes que los administradores se armaran de poder. Proudhon puso de manifiesto la separación entre el pequeñoburgués y el obrero antes del estallido revolucionario, Lassalle reveló que tipo de separación existía después de la derrota revolucionaria. Lassalle fue la prueba viviente de que *dentro* del movimiento revolucionario la solución del intelectual radical aguarda para estrangular al teórico que desconoce las energías creativas de las masas. Lassalle fue la anticipación del administrador del Estado socialista de nuestros días.

Tercera Parte

El marxismo: La unidad de
la teoría y la práctica

Capítulo 5

El impacto de la Guerra Civil de los Estados Unidos en la estructura de *El Capital*

La década del sesenta del siglo XIX fue decisiva para la estructura del trabajo teórico más grande de Karl Marx: *El Capital*. Nadie ignora tanto la grandeza de las contribuciones de Marx como aquellos que lo alaban hasta los cielos por su genio, como si el mismo hubiera madurado fuera de las luchas de clase del periodo histórico en el que vivió, como si hubiera sido motivado por el mero desarrollo de sus propios pensamientos y no como la acción de los obreros que transformaban la realidad. Veremos en un momento que la *Crítica de la economía política* de Marx es prueba de las limitaciones de un trabajo teórico cuando los obreros mismos no están en movimiento. Por otra parte, *El Capital* es una confirmación del impacto creador que juegan sobre la teoría las masas en movimiento. Las circunstancias históricas en la cuales adquirió su forma definitiva el trabajo teórico más grande del marxismo, no fueron simplemente “el telón de fondo” para un genio que coincidentemente “llegó” a completar sus estudios teóricos de más de dos décadas. Una mirada a los sucesos objetivos que dijera Marx, le hicieron “dar la vuelta a todo”, nos mostrará cómo reconstruyó su propio trabajo.

1) Los abolicionistas, la Guerra Civil y la Primera Internacional.

El 11 de enero de 1860, Marx le escribió a Engels: “En mi opinión, las cosas más importantes que están sucediendo en el mundo actual son, por una parte, el movimiento de los esclavos en los Estados Unidos, provocado por la muerte de John Brown y por otra, el movimiento de los siervos en Rusia... Acabo de ver en el “*Tribune*” que ha habido un nuevo levantamiento de esclavos en Missouri, naturalmente aplastado. Pero la señal se ha dado ya”.

En lo adelante, Marx no sólo se mantendría muy atento al movimiento de masas, sino que participaría en él. La década de la Guerra Civil en los Estados Unidos es también la década de la insurrección polaca, la huelga en Francia y las manifestaciones de masas en Inglaterra, todo lo cual culmina en la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores encabezada por Marx.

La Guerra Civil fue la primera guerra moderna de ejércitos masivos y de total implicación.⁴⁸ Duró cuatro años y costó la vida de un millón de hombres. El costo en vidas fue tan terrible y su duración tan larga, que Lincoln trató de limitar el conflicto a una guerra entre hombres blancos. Si bien la raíz fue la esclavitud y las energías creativas de los esclavos fugitivos, la fuerza vital, la principal preocupación estratégica de Lincoln fue conciliar los Estados esclavistas fronterizos cuya posición se consideraba “moderada” y que permanecían dentro de la Unión. En consecuencia, no deseaba ni libertar a los esclavos ni permitir que participaran en la guerra como soldados. Tal y como Marx planteó en sus cartas a Engels: “Todos los actos de Lincoln tienen la apariencia de las tretas y enredos de los malos abogados. Pero esto no altera su contenido histórico... Estos acontecimientos constituyen un levantamiento mundial...”

Incluso desde el más limitado punto de vista militar, Marx sabía que Lincoln tendría que moverse hacia la emancipación de los esclavos. “No creo que todo esté terminado...” escribió a Engels. “Un sólo regimiento negro tendría un efecto notable sobre los nervios sureños... Una guerra de este tipo debe conducirse sobre líneas revolucionarias mientras que los yanquis, hasta ahora, han tratado de llevarla constitucionalmente”. Mucho antes que la mera necesidad militar forzara a Lincoln a ceder ante lo inevitable y a emitir la Proclamación de la Emancipación, Marx recogió las opiniones de los abolicionistas.⁴⁹ En una de sus columnas para *Die Vienna*

⁴⁸ A pesar de que existen montañas de libros acerca de la Guerra Civil Norteamericana, su historia completa aun está por escribirse. En la opinión de esta autora, sólo existe una obra seria sobre el muy calumniado periodo de reconstrucción: *Black Reconstruction*, de W. E. B. Du Bois. Por necesidad me restrinjo aquí al impacto que tuvo dicha guerra sobre el movimiento de los trabajadores en Europa y sobre la obra de Marx.

⁴⁹ Sobre este gran movimiento tampoco existe una obra definitiva. Algunas de las mejores obras de los abolicionistas siguen en oscuros folletos de los cuales el más notable fue el escrito en 1829 por David Walker. Tan notable fue la sensación que provocó la aparición de su folleto intitulado “*Appeal to the Colored Citizens of the United States*”, que las legislaturas del Sur fueron convocadas a sesiones extraordinarias para que promulgasen leyes que prohibieran leerlo tanto a los negros libres como a los esclavos. Se le puso un precio de diez mil dólares a la cabeza del autor, se vendieron cincuenta mil copias de este folleto de setenta y seis páginas y estas copias circularon de mano en mano. Quienes no sabían leer, conseguían que alguien se los leyera. A los historiadores académicos aún les queda la tarea de sacar a Walker de la oscuridad. El Sur de la preguerra tembló ante las

Presse, en el mismo momento en que la prensa norteamericana e inglesa estaba atacando a Wendell Phillips, Marx resumió un discurso de éste. Esta es la introducción que Marx dio a su síntesis: “Junto con Garrison y G. Smith, Wendell Phillips es el líder de los abolicionistas en la Nueva Inglaterra. Por treinta años sin interrupción y exponiendo su vida, ha venido proclamando la emancipación de los esclavos como su grito de batalla, igualmente indiferente a la burla de la prensa, a los bramidos enfurecidos de rufianes pagados y a las representaciones conciliatorias de amigos solícitos... Como están actualmente las cosas, el discurso de Wendell Phillips es de mayor importancia que un comunicado de batalla”.

El movimiento de los esclavos fugitivos”,⁵⁰ que siguió la estrella del norte como camino a la libertad, desembocó en la Guerra Civil. Pero los generales de Lincoln lucharon por mantener la esclavitud, por lo tanto pelearon en vano. “No digo”, citaba Marx a Wendell Phillips, “que McClellan sea un traidor, pero digo que de haber sido un traidor, habría actuado exactamente de la misma manera... El presidente no ha puesto en práctica el Acta de Confiscación. Él puede ser honesto, pero ¿qué tiene que ver su honestidad en este asunto? No tiene ni percepción, ni previsión... Conozco a Lincoln. En Washington le tomé la medida. Es un hombre *de segunda*, de primera clase”.⁵¹

Marx estaba atento al impacto que la Guerra Civil producía en la clase obrera europea. Como corresponsal extranjero de los periódicos que representaba —el *New York Tribune* y *Die Vienna Presse*— Marx informó del gigantesco mitin de los obreros ingleses que impidió la intervención del gobierno a favor del Sur. Fue bajo el impacto de la Guerra Civil y de la respuesta de los obreros europeos, así como de la insurrección polaca, que

sencillas palabras de este negro desconocido que proféticamente les decía que el prejuicio racial aún “arrancaría de raíz a algunos de ustedes de la misma faz de la tierra”.

⁵⁰ Consúltese la autobiografía de Frederick Douglass. Los comunistas esperan obtener gloria por el hecho de que están publicando los escritos y las obras de los grandes abolicionistas negros como Frederick Douglass, Sojourner Truth, Harriet Tubman y otros. Los comunistas no tendrán éxito y la prueba de ello está en la espontaneidad de las luchas de los negros de nuestros días que los ignoran por completo.

⁵¹ El texto del discurso de Phillips, intitulado “The Cabinet” puede encontrarse en *Speeches, Lectures and Letters*, de Wendell Phillips, que se publicó por primera vez en Boston, en 1884, el cual es difícil de obtener. Por fortuna, muchas de estas obras aparecerán pronto en un libro de Oscar Sherwin, *Prophet of Liberty: The Life and Times of Wendell Phillips*.

naciera la Asociación Internacional de los Trabajadores, conocida como la Primera Internacional. En nombre de la Internacional, le escribió Marx a Lincoln: “Desde el comienzo de la titánica contienda norteamericana, los obreros de Europa sintieron instintivamente que la bandera estrellada llevaba el destino de su clase... En consecuencia, por todas partes soportaron con paciencia las penalidades impuestas por la crisis algodonera, oponiéndose entusiastamente a la intervención pro-esclavitud, a las porfías de sus ‘superiores’, y de la mayor parte de Europa contribuyeron con su cuota de sangre a la noble causa”.

“Aunque los obreros, el verdadero poder político del Norte, permitían que la esclavitud profanara su propia república, aunque frente al negro domesticado y vendido sin su consentimiento se ufanaban de que la más alta prerrogativa del trabajador de piel blanca era venderse y escoger su propio amo, no fueron capaces de alcanzar la verdadera libertad de trabajo ni de apoyar a sus hermanos europeos en su lucha por la emancipación, pero esta barrera al progreso ha sido barrida por el mar rojo de la Guerra Civil”.⁵²

Podemos ver por el contenido de *El Capital* que de ninguna manera esto era mera “diplomacia”. Marx se separó de los autodenominados marxistas norteamericanos, quienes eludieron todo el asunto de la Guerra Civil diciendo que se oponían a “toda esclavitud salarial y de bienes”.⁵³ Su análisis de la lucha por la reducción de la jornada laboral llega a su clímax, como veremos más adelante, cuando escribe acerca de la relación entre el fin de la esclavitud y la lucha por la jornada de ocho horas: “En los Estados Unidos de América, el movimiento obrero no podía salir de su postración mientras una parte de la República siguiese mancillada por la institución de

⁵² *La Guerra Civil en los Estados Unidos*, de Marx, pp. 279-80. (Citado por la edición en inglés de *The Civil War in the United States*, utilizada por la autora, publicado en 1940 en New York por International Publishers. En español hay varias ediciones de este texto de Marx.) (N. del T.).

⁵³ Es bastante interesante que un grupo hegeliano no marxista haya acudido en apoyo del Norte. Se trataba del famoso “Grupo de San Luis”, integrado por intelectuales que habiéndose separado de las filosofías de Emerson y Thoreau, se organizaron con el propósito de estudiar las obras de Hegel. Dirigidos por W.T. Harris, de Nueva Inglaterra y por Brokemeyer, emigrante alemán, hicieron la primera traducción inglesa de la *Ciencia de la lógica*, de Hegel y en 1867 fundaron el primer periódico definitivamente filosófico de los Estados Unidos, *The Journal of Speculative Philosophy*. (Véase: *A History of American Philosophy*, de Herbert W. Schneider, Columbia University Press, 1946). Dicho sea de paso, Brokemeyer se convirtió después en teniente gobernador de Missouri.

la esclavitud. El trabajo de los blancos no puede emanciparse allí donde está esclavizado el trabajo de los negros. De la muerte de la esclavitud brotó inmediatamente una vida nueva y rejuvenecida. El primer fruto de la Guerra Civil fue *la campaña de agitación por la jornada de ocho horas*, que se extendió con la velocidad de la locomotora desde el Océano Atlántico al Pacífico, desde Nueva Inglaterra a California. El Congreso Obrero General de Baltimore (16 de agosto de 1866) declara: ‘La primera y más importante exigencia de los tiempos presentes, si queremos redimir al trabajo de este país de la esclavitud capitalista, es la promulgación de una *ley* fijando en ocho horas para todos los Estados Unidos la jornada normal de trabajo. Nosotros estamos dispuestos a desplegar todo nuestro poder hasta alcanzar este glorioso resultado’⁵⁴

El impacto de la Guerra Civil en la revolución europea (La Comuna de París) está sucintamente expuesto en el comienzo de *El Capital*. Su prólogo declara: “Del mismo modo que la guerra de independencia de los Estados Unidos Como en el siglo XVIII fue la gran campanada que hizo erguirse a la clase media de Europa, la guerra de Secesión es, en el siglo XIX, el toque de rebato que pone en pie a la clase obrera europea”. Ahora consideraremos el impacto que tuvo sobre la estructura de *El Capital*.

2) Las relaciones de la historia con la teoría.

En Lassalle se encuentra el mejor ejemplo de la arrogante insensibilidad de los intelectuales europeos ante la Guerra Civil de los Estados Unidos, lo cual se halla en contraste con las acciones de las masas de este continente. Mientras Marx volvía su atención al suceso que conmovió al mundo, Lassalle lo descartaba. En una carta a Engels, fechada el 30 de julio de 1862, Marx señala los puntos de vista de Lassalle: “Los yanquis no tienen ‘ideas’. La ‘libertad individual’ es meramente una ‘idea negativa’, etc. y más de esta vieja y decadente tontería especulativa”⁵⁵.

Bajo el impacto de la Guerra Civil, Marx, en cambio dio una estructura completamente nueva a su trabajo teórico. Él había descartado, desde hacía

⁵⁴ *El Capital*, tomo 1, p. 329. Todas las referencias a este libro son de la edición estándar de Charles H. Kerr. (En esta nota de la autora, conservamos la paginación de la edición en inglés utilizada por ella, sin embargo en lo adelante todas las referencias a *El Capital*, se referirán a la edición de en tres tomos, señalada en la nota 34, capítulo 3, conservando su estilo. Esta referencia puede verse en: *El Capital*, tomo 1. p. 256.) (N. del T.)

⁵⁵ Marx y Engels, *La Guerra Civil en los Estados Unidos*, p. 252.

mucho tiempo, la pretensión de Lassalle de ser un dialéctico: “El aprenderá muy a su pesar” –escribió Marx el primero de febrero de 1858– “que conducir una ciencia a base de crítica, al punto donde puede ser presentada dialécticamente, es una cosa totalmente diferente a aplicar un sistema de lógica prefabricado y abstracto a meros bosquejos de tal sistema”. El resultado del propio estudio de Marx, en esa época, fue llamado *Contribución a la crítica de la economía política*.⁵⁶

a) Crítica de la economía política: los límites de un trabajo intelectual.

Marx comienza con esa cosa cotidiana, la mercancía, e inmediatamente apunta a su *dualidad* que se halla a la vez en un valor de uso y un valor de cambio. Por lo tanto, no es sólo una cosa, no es sólo una utilidad, sino un valor. Como producto del trabajo no podría tener esta doble naturaleza si *el trabajo mismo* no tuviera ese carácter. La mercancía contiene embrionariamente todas las contradicciones del capitalismo, precisamente por la naturaleza contradictoria del trabajo. Esa es la clave de *todas* las contradicciones. Esta es, como lo señalara Marx de nuevo en *El Capital*, su contribución original a la economía política y sin ella, es imposible comprenderla.

El valor de cambio, continúa Marx, *parece* ser solamente una relación cuantitativa, es decir, una proporción dada de tiempo, materializada en el trigo, cambiado por una proporción dada de tiempo materializada en el lienzo. Pero la pregunta es: *¿Qué tipo de trabajo* crea el valor? No puede ser el trabajo concreto: “La sastrería, por ejemplo, en su manifestación material como una actividad productiva diferenciada produce un abrigo, pero no el valor de cambio de un abrigo. Este es producido, no por el trabajo del sastre como tal, sino por un trabajo universal abstracto que pertenece a determinada organización de la sociedad que no ha sido realizada por el sastre”.⁵⁷

Esta *organización de la sociedad*, que no ha sido realizada por el sastre, es la organización capitalista en la cual todo trabajo, independientemente de su naturaleza concreta, es regulado de acuerdo a lo que es socialmente necesario, llegando a ser una masa de trabajo abstracto precisamente porque el *obrero mismo* es pagado al valor del mercado, es decir, las

⁵⁶ Se le conoce más popularmente como la *Crítica de la economía política*.

⁵⁷ Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*. Pp. 33-34. (La paginación se corresponde con la edición en inglés utilizada por la autora, publicada en Chicago en 1904 por Charles H. Kerr & Co. N. del T.)

necesidades vitales que se requieren para sostenerlo. “De esta manera, el valor relativo medido por el tiempo de trabajo es fatalmente la fórmula de la esclavitud moderna del trabajo, en vez de ser, como el señor Proudhon quería, la fórmula revolucionaria de la emancipación del proletariado”.

La dualidad misma del trabajo, la dualidad *dentro* de la mercancía, es lo que ha hecho necesario que una sola mercancía, el dinero, actúe como la medida de valor de todas. Por su mercancía, el capitalista no quiere comprar otro valor de uso, que no sea el dinero, pues este compra “todas las cosas”. La división que hay entre las mercancías y el dinero lo hace posible. El dinero, como cualquier otra mercancía, es igual al tiempo de trabajo que tomó producirlo, su extracción y acuñación; pero a diferencia de cualquier otra, es universalmente reconocido sólo como eso, y por lo tanto actúa como una medida “natural”. Y esta medida es natural sólo porque es la representación reconocida del trabajo en su forma abstracta. En otras palabras, al igual que el trabajo no es una cosa, es una *relación social*.

El simple hecho de que Proudhon quiera que sea “nada más que” un medio de circulación, lo cual es precisamente su función, demuestra incluso que él reconoce que el dinero esconde una relación de producción explotadora. Sólo que él no piensa romper esa relación de producción causante de la explotación, sino sólo alterar su apariencia, en el dinero. Bajo el capitalismo, el dinero no puede estar al alcance de todos, de la misma manera que las clases no pueden ser abolidas por mandato de Proudhon o del gobierno.

En este trabajo, Marx se limita a la cuestión del intercambio. Él no hace más que señalar el hecho de que detrás del intercambio de cosas hay una relación de producción. Sólo recientemente (en 1939), hemos visto la publicación de sus grandes obras intelectuales del año 1857-1858⁵⁸, las cuales muestran un formidable y original desarrollo dialéctico y económico. Marx permitió solamente la publicación de los primeros capítulos como la *Crítica*. En su prólogo expone por qué omite una introducción general que había preparado, “pues, bien pensada la cosa, creo

⁵⁸ *Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie, 1857-1858*. Disponible solamente en alemán. Instituto Marx-Engels-Lenin. Moscú, 1939. (En español se han publicado traducciones de “los *Grundrisse*” (*Fundamentos de la crítica de la economía política*) directamente del francés por Mario Díaz Godoy (de la edición francesa de Editions Anthropos, París, 1967), La Habana, 1971 y como *Contribución a la crítica de la Economía Política*, traducción de J. Merino, Madrid, 1970. (N. del T.)

que el adelantar los resultados que han de demostrarse, más bien sería un estrobo, y el lector que quiera realmente seguirme deberá estar dispuesto a remontarse de lo particular a lo general”. La verdad es que el trabajo, tanto en su aspecto particular como general, carece de una estructura, de una forma que puede resultar sólo de la propia clase en desarrollo. Es por eso que Marx empezó “desde el principio” en *El Capital*.

No es que, para Marx, el trabajo no haya sido lo fundamental. Pero en el periodo de la década de 1850, después de la derrota de las revoluciones de 1848, los obreros estaban inactivos. Lo que le sucede a un teórico, a cualquier teórico, incluyendo a Marx, cuando las revoluciones del proletariado son aplastadas, es que debe observar las leyes del desarrollo económico del viejo orden social sin poder ver la forma *específica* de la sublevación con la que los obreros piensan hacer frente a la nueva etapa de la producción.

La *Crítica* resultó ser un trabajo intelectual, es decir remoto; una respuesta teórica a un problema real. O, para plantearlo de modo diferente, era una *aplicación* de la dialéctica a la economía política, en vez de la *creación* de la dialéctica que surgiría de las luchas mismas de los obreros.

No bien había terminado Marx el trabajo cuando ya estaba insatisfecho con él. Aunque su *Crítica* no era, de ningún modo, un mero “bosquejo de un sistema”, sino la totalidad de la economía política clásica sometida a una crítica profunda, Marx decidió no continuarla. Los grandes sucesos históricos de la década de 1860 trajeron cambios básicos en la sociedad, la política y el pensamiento. A medida que el proletariado comenzó a moverse positivamente hacia su propia emancipación, iluminó todos los estudios que Marx había emprendido en el periodo anterior y permitió una nueva comprensión del desarrollo de la producción capitalista.

b) La jornada laboral y la ruptura con el concepto de teoría.

Entre 1861 y 1867 el manuscrito de la *Crítica*, ahora convertido en *El Capital*, sufrió dos cambios fundamentales, uno en 1863, y el otro en 1866. Podemos advertir los cambios tanto comparando *El Capital* con los manuscritos en el estado en que estos fueron dejados y que Engels describe en el prólogo al tomo II de *El Capital*, así como por las propias cartas de Marx. En una de ellas, dirigida a Engels el 15 de agosto de 1863, plantea que ha tenido que “darle vuelta a todo”: “...cuando miro esta compilación (los manuscritos de la *Crítica*, los que ahora está rehaciendo bajo el título de *El Capital*) y veo como he tenido que darle vuelta a todo y como tuve, incluso, que sacar el aspecto *histórico* de un material en parte desconocido,

entonces él (Lassalle) resulta realmente divertido con ‘su’ economía lista en su bolsillo...” Tres años después cuando tiene preparado todo para el impresor, informa a Engels acerca de un nuevo agregado: “Históricamente desarrollé una nueva parte con relación a la *jornada de trabajo* que no estaba contemplada en mi plan inicial”. (10 de febrero de 1866).

Parece extraño decir que hasta 1866 Marx no hubiera elaborado las setenta páginas sobre la jornada de trabajo. Sin embargo, tan inherente a la teoría misma era su propia limitación, que aun cuando Marx le dio vuelta completamente a la monografía de la *Crítica* y escribió el primer borrador de su nuevo trabajo: *El Capital*, ni siquiera este trabajo dedicaba alguna sección, al principio, a la jornada de trabajo. Que David Ricardo no se haya preocupado por la jornada de trabajo es comprensible, porque eludió todo el problema del *origen* de la plusvalía. Que los socialistas, desde los utópicos hasta Proudhon y Lassalle, no estuvieran agobiados por este problema, es también comprensible, ya que siempre estuvieron demasiado ocupados con sus planes como para estudiar en algún momento el verdadero movimiento de los obreros. Pero para Marx, quien nunca había quitado la vista del movimiento proletario, el no haber tenido una sección dedicada a la jornada de trabajo en su principal trabajo teórico, parece incomprensible.

Parece más incomprensible aún cuando confirmamos que Marx ya había escrito la “Acumulación originaria” del capital, que describe la “legislación sangrienta contra los expropiados”, en la que se ocupó de las leyes que hacían obligatoria la extensión de la jornada de trabajo. El concepto de la teoría de la plusvalía incluye la división de la jornada de trabajo en trabajo pagado y trabajo no pagado. Pero esto aun deja indeterminado en su mayor parte el análisis exacto de la jornada de trabajo. Como el propio Marx plantearía más tarde con relación a su adversario, Dühring: “Hay una cosa que me impresionó mucho de su relato, a saber, que mientras la determinación del valor por el tiempo de trabajo permanezca ‘indeterminada’, como lo hace Ricardo, no afecta a la gente. Pero tan pronto se hace la conexión exacta con la jornada de trabajo y sus variaciones, un panorama muy desagradable se presenta ante ellos”.⁵⁹

“El establecimiento de una jornada normal de trabajo”, escribió Marx, “es el resultado de la lucha de siglos entre el capitalista y el obrero”.⁶⁰ De esta forma se revolucionó su método de análisis. Mientras la historia y la teoría permanecen separadas en su *Crítica* con una explicación histórica en

⁵⁹ Carta de Marx a Engels, del 8 de enero de 1868.

⁶⁰ *El Capital*, tomo 1, p. 227.

cada capítulo teórico, en *El Capital* la historia y la teoría son inseparables. Mientras en la *Crítica* la historia es la historia de la teoría, en *El Capital*, la historia es la historia de la lucha de clases.

Quien alaba la teoría y el genio pero no reconoce los *límites* de un trabajo teórico, deja de reconocer también lo *indispensable del teórico*. Toda la historia es la historia de la lucha por la libertad. Si como teórico, su sensibilidad está atenta a los nuevos impulsos de los obreros, se crearán nuevas “categorías”, una nueva manera de pensar, un paso adelante en el conocimiento filosófico.

El cambio de Marx de la historia de la teoría a la historia de las *relaciones de producción* dota de carne y hueso la generalización de que el marxismo es la expresión teórica de las luchas instintivas del proletariado por la liberación. Más aún, dice que en última instancia la abolición fundamental de las desigualdades yace en la disminución de la jornada de trabajo. En 1866, Marx convirtió *esto* en el marco histórico del capitalismo mismo. Las luchas de los obreros por la jornada de trabajo desarrollan la producción capitalista. La creación final de la libertad descansa sobre la disminución de la jornada de trabajo. La filosofía de la disminución de la jornada de trabajo, que surgió de las luchas reales, abarca todos los conceptos fuera y dentro de ella y de esta manera, el pensamiento del teórico se llena constantemente con un contenido siempre en aumento, producto de las luchas y de los pensamientos de los obreros.

Desde 1866, Marx había estado desarrollando la sección sobre la jornada de trabajo. Para 1867, fecha en que es publicado *El Capital*, leemos este homenaje al pensamiento propio de los obreros: “En vez de un catálogo pomposo de los ‘derechos inalienables del hombre’ viene la modesta Carta Magna de una jornada limitada de trabajo, legalmente limitada que marcará claramente cuándo termina el tiempo en que el obrero vende y cuando comienza el suyo propio. *Quantum mutatus ab illo*”.⁶¹

El movimiento real del proletariado, en esta etapa específica del desarrollo capitalista, reveló no sólo los aspectos negativos de la lucha por la jornada de trabajo –la lucha contra la ilimitada explotación capitalista– sino los aspectos positivos –un camino hacia la libertad–. Esta pues, era *una nueva filosofía, la filosofía* del trabajo, alcanzada, naturalmente, a partir de sus propias luchas concretas. Así comprendemos *por qué* Marx tuvo que “darle vuelta a todo”. Ahora veamos *cómo* lo hizo. Engels nos dice que los manuscritos originales consistían de 1472 páginas, a saber:⁶²

⁶¹ “Qué distancia hemos recorrido”. *El Capital*, tomo 1, p. 257.

⁶² Véase el prefacio de Engels a *El Capital*, tomo II.

1. De las páginas 1 a la 220 y de la 1159 a la 1472 es el primer borrador del tomo 1, comenzando con la transformación del dinero en capital y continuando hasta el final del volumen. Nótese que esto *no* da cuenta de las páginas 220 hasta la 1159. Resulta que las páginas saltadas se ocupaban de la cuestión de la historia de la teoría y del declive de la cuota de ganancias, de la siguiente manera:

2. Las páginas 978 a la 1158 comprenden el primer borrador del tema del capital, ganancia y cuota de ganancia. Al final esto constituyó el tema del tomo III. Sin embargo, originalmente tuvo la intención de incluir el tema tratado en estas páginas como parte del tomo I. Más tarde Marx criticó este tipo de procedimiento: “Mostraremos en el Libro III que la cuota de ganancia no es ningún misterio tan pronto se conocen las leyes de la plusvalía. Si invertimos el proceso no podemos comprender ni lo uno ni lo otro”.⁶³

3. Ahora bien, las páginas 220 a la 972 constituyen lo que Marx, más tarde, consideró el Libro IV de *El Capital*, e intituló “Historia de la teoría”.⁶⁴ Sin embargo, en el primer borrador, estas 750 páginas habrían seguido directamente después de la compra y venta de la fuerza de trabajo. Una mirada a la *Crítica* publicada revelará lo que este plan inicial significaba en la estructura real. Después de cada capítulo de la *Crítica* – Mercancías; Dinero– sigue un apéndice explicativo sobre la historia de la teoría del mismo tema, algo semejante a las “Observaciones” de Hegel en la *Lógica*. Marx se propuso seguir ese mismo procedimiento a lo largo del trabajo. Es decir, tan pronto como estableciera su teoría sobre cualquier tema la haría acompañar con argumentos en contra de *otros teóricos*. En alguna parte dice que este es el procedimiento natural cuando se elabora algo para uno mismo. *Para un intelectual* es un procedimiento ordinario estudiar la historia de otras teorías y separarse de ellas en *su terreno base*. Este es el método que desechó Marx cuando decidió “darle la vuelta a todo”.

⁶³ *El Capital*, tomo 1, p. 174.

⁶⁴ Este material jamás se ha publicado exactamente en la forma en que lo dejó Marx. En 1905, Kautsky, a quien Engels confió el manuscrito, se tomó algunas libertades con la estructura y lo publicó bajo el título de *Teorías de la plusvalía*. Hasta el momento, a excepción de un volumen publicado en los Estados Unidos bajo el título de *A History of Economic Doctrine*, la obra no puede conseguirse en inglés. Durante la última década, los comunistas rusos, a quienes pertenece ahora el manuscrito, han estado prometiendo que lo publicarán en su forma original, pero no lo han hecho.

Una vez que decide hacerlo, separa el material relacionado con el fenómeno de la ganancia y la cuota de ganancia, o las “*formas del proceso de producción como un todo*”, del proceso de producción mismo. Al mismo tiempo, saca el voluminoso material sobre la “Historia de la teoría”, y lo relega al final de los tres tomos, como Libro IV. De esta forma *rompe con todo el concepto de teoría como algo intelectual, como una controversia entre los teóricos*.

En vez de sostener prolongadas discusiones con los teóricos, va directamente al proceso de trabajo mismo, y de ahí a la jornada de trabajo. Tan pronto como relegó la historia de la teoría al final de la obra, y comenzó a observar la historia de las relaciones de producción, necesitó *crear* una nueva dialéctica en vez de *aplicarla*. O, más precisamente, una nueva dialéctica surgió del proceso de trabajo. Esta nueva dialéctica lo llevó a encarar, teóricamente, la resistencia del obrero dentro y fuera de la fábrica. El resultado es la nueva sección en *El Capital*, “La jornada de trabajo”.

Marx, el teórico, creó nuevas categorías partiendo de los impulsos de los obreros. No fue él, sin embargo, quien decidió que la Guerra Civil en los Estados Unidos fuera una guerra santa del trabajo. Fue la clase obrera de Inglaterra, la que más sufrió, quien lo decidió.

Desde el comienzo y hasta el final, Marx se preocupa y se interesa en las acciones revolucionarias del proletariado. El concepto de teoría, ahora, es algo unido a la acción. O, más correctamente, la teoría no es algo que el intelectual resuelva sólo, al contrario, las acciones del proletariado crean la posibilidad para que el intelectual resuelva la teoría. Es aquí, donde tenemos la ruptura fundamental con Hegel, es en esto que *El Capital* se distingue de la *Lógica* y sin embargo la contiene, porque *El Capital* es la dialéctica de la sociedad burguesa, su desarrollo y su caída. Como lo planteara Lenin en 1915: “Si Marx no dejó una *Lógica* (con mayúsculas), dejó la *lógica* de *El Capital*... En *El Capital* la lógica, la dialéctica y la teoría del conocimiento del materialismo (tres palabras innecesarias: ellas son uno y la mismo) se aplican a una ciencia, sacando todo el valor de Hegel y llevándolo hacia adelante”.⁶⁵

⁶⁵ Véase el Apéndice B. (La autora se refiere a los cuadernos de Lenin de la *Ciencia de la lógica* de Hegel incluidos en este apéndice de la edición de 1957. Vea nota 8.) (N. del T.)

Capítulo 6

La Comuna de París ilumina y profundiza el contenido de *El Capital*

1) El plan despótico del capital vs. la cooperación del trabajo libremente asociado.

Marx había comenzado su análisis del capitalismo tres décadas antes del establecimiento de la Comuna de París en 1871. Desde el comienzo, el trabajo fue el centro de su teoría y precisamente fue el concepto de trabajo enajenado lo que le hizo posible ahondar en el mecanismo interno de la producción capitalista. La primera edición de *El Capital*, publicada en 1867, reveló que lo que aparecía idealmente, como un plan, resultó ser en la realidad, en el proceso del trabajo, nada más que la autoridad indiscutida del capitalista. Para Marx, el eje teórico de *El Capital* —el núcleo central alrededor del cual todo se desarrolla— es la cuestión del plan: el plan despótico del capital contra el plan cooperativo del trabajo libremente asociado.

El plan despótico inherente a la producción capitalista se revela en una forma muy propia: *la estructura jerárquica de control sobre el trabajo social*. Mantener la producción en una escala siempre expansiva para extraer la mayor cantidad de plusvalía o de trabajo no remunerado, requiere de todo un ejército de capataces, gerentes y supervisores. Todos ellos trabajan para el capitalista con una sola meta y un sólo propósito: forzar al máximo el trabajo de un gran número de obreros. El intento por controlar el trabajo cooperativo dentro de los límites capitalistas debe necesariamente asumir una forma despótica. El despotismo planificado surge de la relación *antagónica* entre los obreros por una parte, y el capitalista y su burocracia por otra.

La cooperación bajo el dominio del capitalista está en oposición directa a los obreros en cooperativa. El obrero perdió su pericia individual con la aparición de la máquina, pero ganó un nuevo poder al cooperar con sus compañeros, que desde el inicio es el *poder de las masas*. La oposición está entre la *naturaleza* de la forma cooperativa del trabajo y la *forma* capitalista de producción de valores.

La cooperación es en sí misma un poder productivo, el poder del trabajo social. Bajo el control capitalista no es permitido desarrollar libremente este trabajo cooperativo, pues su función está limitada a la

producción de valores. No puede liberar sus nuevas energías sociales y humanas mientras continúe el viejo modelo de producción. De esta manera, la *naturaleza* de la forma cooperativa de la fuerza de trabajo está en oposición a la envoltura capitalista, la *forma de valor*. Al mismo tiempo, la creación monstruosa de la monotonía, la aceleración del proceso productivo, la uniformidad, la regularidad militar y cada vez mayor aceleración del proceso productivo, despoja a la ciencia de su propio desarrollo, limitándola al único propósito, el de extraer siempre una mayor cantidad de plusvalía, de trabajo no remunerado de los obreros.

Esto conduce a la *contradicción absoluta* entre la *naturaleza* de la industria mecánica y la forma de valor de su *funcionamiento*. La literatura tecnológica había analizado los pocos movimientos fundamentales, pero en ello se detuvo. No podía ir más allá porque no existe un desarrollo abstracto, remoto, sin clases, de la maquinaria. La tecnología es una parte integral del desarrollo de las fuerzas productivas. Excluir de ella la fuerza productiva más grande —el trabajo vivo— paraliza y mutila a la ciencia. Bajo el capitalismo, la separación de las fuerzas productivas intelectuales del trabajo manual, la incorporación de la ciencia a la máquina, significa la transformación de las fuerzas productivas intelectuales en el poderío del capital sobre los trabajadores; el ingeniero y el técnico contra el obrero. En una palabra, significa la transformación del hombre en un mero fragmento del hombre, justamente cuando las estrechas necesidades técnicas de la máquina misma requieren variación del trabajo, fluidez y movilidad, al igual que seres humanos polifacéticos plenamente desarrollados, que hacen uso de todo su talento humano, tanto los naturales como los adquiridos.

Esto es lo que Marx anunció al mundo en 1867. Ante este ataque teórico tan completo, que incluía la historia y la realidad de la lucha de clases, la economía burguesa quedó postrada. Mientras que casi cincuenta años antes, en 1821, David Ricardo había al menos *planteado* la contradicción en la producción mecanizada, ahora en 1867, la economía vulgar se reducía a negar esta contradicción totalmente. La futilidad del pensamiento económico burgués puede verse en su argumento: puesto que la contradicción no es inherente a la maquinaria “como tal”, es un error pensar que hay contradicciones en la maquinaria bajo el control capitalista. Esta suma de dos más dos es igual a cero no impidió que los economistas burgueses clamaran en contra del “atraso” y la estupidez de los obreros que rompían las máquinas. El ideólogo capitalista trataba de ocultar la esclavitud de los obreros por el capital, al mismo tiempo que la sociedad se veía amenazada con la destrucción de sus recursos humanos.

Si bien los obreros estaban demasiado absortos en sus luchas concretas como para meterse en debates abstractos acerca de la maquinaria “como tal”, sus mismas luchas los mostraban llenos de nuevas percepciones. Es verdad que ellos combatieron a las máquinas como a un competidor, pero esta primera impresión de la maquinaria como asistente del capital era su verdadera *apariencia*. El instinto de los obreros era correcto mientras que el pensamiento de los economistas era abstracto. La maquinaria “como tal” no existe. El obrero no podía considerar a la máquina “como tal”, como algo separado del modo capitalista de producción bajo el cual se desarrolló la máquina para extraer de los obreros cantidades siempre crecientes de trabajo no remunerado. En las subsiguientes luchas contra el capital el obrero aprendió a combatir, no al instrumento de trabajo, sino a su empleo capitalista y a las condiciones de producción que lo transformaban en un mero engranaje de la máquina.

Debido a la forma cooperativa del proceso laboral la *resistencia* de los obreros constituye también un poder de masas. La sublevación de los obreros se desarrolló partiendo de la lucha contra los instrumentos de trabajo para convertirse luego en lucha contra las condiciones capitalistas de trabajo. *De esta forma, los obreros luchan al mismo tiempo por su emancipación y contra las limitaciones capitalistas de la ciencia y la tecnología.* La profundidad y la magnitud de las luchas de clase son un signo de que las contradicciones de la producción capitalista se dirigen hacia una nueva solución. La solución hacia la cual se dirigió la Comuna de París puso de relieve de una forma tan clara el fetichismo de las mercancías y la ley del movimiento capitalista, que profundizó el contenido mismo de *El Capital*.

2) La Comuna de París: Una forma de gobierno de los obreros.

La revolución social que estalló en París el 18 de marzo de 1871 fue algo nunca antes visto en la historia. La traición de la clase gobernante requería que la civilización francesa fuera salvada por el proletariado. Unos pocos meses antes, Napoleón III había sido derrotado en la guerra franco-prusiana. La república burguesa que había tomado las riendas del gobierno estaba más asustada del París revolucionario que del ejército de Bismarck. Con la huida del gobierno a Versalles, el proletariado revolucionario alcanzó su momento histórico más alto: la remodelación de sí mismo como la clase gobernante.

Louis Blanqui, famoso revolucionario y dirigente de una fuerza armada secreta, había estado planeando la insurrección durante años, sería e

incansablemente. Cuando la República de Francia dio señales de estar lista a entregarse a Bismarck, Blanqui lo intentó de nuevo, pero sin el apoyo de las masas, necesariamente el plan insurreccional de su grupo elitista, estuvo condenado al fracaso. En verdad, esta insurrección ocurre en el punto más alto de la revolución en ascenso, no viceversa y no como un complot.

El 18 de marzo M. Thiers, dirigente del gobierno reaccionario, ordenó a los soldados transportar el cañón de París a Versalles. Las mujeres que salían a ordeñar y estaban en las calles antes del amanecer, vieron lo que se avecinaba y frustraron los planes traicioneros del gobierno reaccionario. Cercaron a los soldados y les impidieron cumplir con las órdenes de Thiers. Aunque esa mañana todavía los hombres no habían llegado a las calles y aunque las mujeres estaban desarmadas, estas se mantuvieron firmes. Como en toda revolución popular real, despertaron nuevos estratos de la población, esta vez fueron las mujeres las que actuaron primero. Cuando sonó la diana, todo París estaba en las calles. Los espías de Thiers apenas escaparon con la información de que era imposible informar acerca de quienes eran los líderes del levantamiento, puesto que *toda* la población estaba involucrada.

Este acto de autodefensa de las masas parisinas fue también un acto de autogobierno. Así como el Segundo Imperio fue el resultado natural del gobierno parlamentario que había aplastado la Revolución de 1848, del mismo modo el gobierno parlamentario que había sucedido a Napoleón III tuvo una única función: ser el motor del despotismo de clase.

El primer acto de la revolución fue armarse. La gente armada se lanzó en contra de los organismos omnipresentes del Estado —el ejército, la policía, la oficialidad— que eran una fiel copia de la división jerárquica del trabajo en la fábrica. Había nacido el primer Estado de obreros en la historia: la Comuna de París.

La Comuna estaba compuesta principalmente por blanquistas y proudhonistas. Pero los blanquistas llegaron a ser comuneros solamente porque desistieron de su plan insurreccional y se unieron a la ola de la revolución popular. Asimismo, los proudhonistas tuvieron que desistir de sus esquemas utópicos. El desarrollo de la producción en gran escala ya había debilitado la forma artesanal de trabajo que constituía la base social del proudhonismo. Ahora la Revolución de 1871 destruía completamente la filosofía proudhonista de “actividad no-política”. Los obreros parisinos que acababan de echar abajo la dominación burguesa se aprestaron a la tarea de gobernarse a sí mismos y establecer las condiciones de su trabajo. Todo esto se hacía mientras el enemigo estaba a las puertas de París.

El primer decreto del primer Estado de los obreros fue la abolición del ejército. La primera declaración anunciando el tipo de gobierno político que había de establecerse es típica: *“Todos los servicios públicos se reorganizan y simplifican”*.

El pueblo armado aplastó al parlamentarismo. La Asamblea del pueblo no iba a ser un lugar de plática parlamentaria sino un cuerpo de trabajo. Aquellos que aprobaban las leyes también las ejecutaban. De esta manera no había división entre el cuerpo ejecutivo y el legislativo. La independencia simulada del judicial fue igualmente eliminada. Los jueces, como todos los demás representantes, debían ser elegidos y sujetos a la destitución, sin embargo, los representantes del proletariado todavía no constituían el proletariado como un todo. Por consiguiente, para asegurar el control sobre los representantes elegidos, también ellos estaban sujetos a la destitución. *De esta manera, el poder permaneció siempre en manos de la masa como un todo.*

El servicio público había de ejercerse con el mismo salario del obrero. De esta manera, se sentaron las bases de un gobierno poco costoso. Las divisiones jerárquicas del trabajo recibieron nuevos golpes, el decreto que separó la Iglesia del Estado abolió el control de la religión sobre la educación y estimuló la vida intelectual en todos los frentes. Fieles a su espíritu proletario, algunos distritos comenzaron inmediatamente a vestir y alimentar a los niños. La educación había de ser abierta y gratuita para todos. Aún más, la reorganización de los métodos educativos había comenzado con la participación amplia de todo el pueblo. El primer llamado se dirigió a los profesores y a los padres. Las instrucciones a los profesores fueron *“emplear exclusivamente el método experimental y científico, que parte de los hechos físicos, morales e intelectuales”*.

Los utópicos habían estado muy ocupados inventando formas políticas de gobierno; los anarquistas habían estado ignorando todas las formas políticas; los demócratas pequeñoburgueses habían venido aceptando la forma parlamentaria. Pero esta Comuna fue lo que los obreros lograron: *aplastar* la forma estatal de dominio del capital y *suplantarla* por una forma de autogobierno. Esta fue entonces *“la forma política descubierta al fin para resolver la emancipación económica del proletariado”*. Marx había deducido de la historia que la forma del Estado burgués desaparecería y el proletariado, organizado como clase gobernante, sería el punto de transición a una sociedad sin clases. El aclamó el heroísmo de los comuneros, estudió su forma específica de gobierno proletario y descubrió

su secreto: “El gobierno político del productor no puede coexistir con la perpetuación de su esclavitud social”.⁶⁶

La inseparabilidad de la política y la economía fue establecida por la Comuna con su propia existencia práctica. Su Comisión de Trabajo e Intercambio, formada principalmente por miembros de la Internacional alcanzó su logro más grande, no en los decretos que aprobó, sino en el estímulo que le proporcionó a los obreros para hacerse cargo de las cosas. Comenzó pidiendo a los obreros que reabrieran las empresas que habían sido abandonadas por sus propietarios y las pusieran en marcha por “la asociación cooperativa de los obreros empleados en ellas”. La finalidad era transformar la tierra y los medios de producción en meros instrumentos del “trabajo libre y asociado”.

Los talleres de la Comuna fueron modelos de democracia proletaria. Los mismos obreros nombraban a los directores, los capataces y administradores. Estos estaban sujetos a ser despedidos por los obreros si las relaciones o las condiciones resultaban insatisfactorias. No solamente fueron establecidos los salarios, las horas y las condiciones de trabajo, sino sobre todo, *un comité de la fábrica se reunía todas las noches para discutir el trabajo del día siguiente.*

De esta manera, simples obreros, bajo circunstancias de inigualable dificultad, se gobernaron a sí mismos. La Comuna, al ser el autogobierno de los productores, puso en libertad a todos los elementos de la futura sociedad. Marx lo describió como “París trabajando, pensando, luchando, sangrando –casi olvidando en su incubación de una nueva sociedad, a los caníbales que acechaban a sus puertas–, radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica”.⁶⁷

El espontáneo estallido de masas que tomó la forma de la Comuna de París duró solamente dos meses antes de que los obreros parisinos fueran masacrados en uno de los terrores más sangrientos de la historia. Pero, en esos dos cortos meses antes del baño de sangre, los obreros realizaron más milagros que los que el capitalismo hiciera en muchos siglos. El más grande fue su existencia trabajadora. Abolió el ejército y a su vez armó al pueblo, hizo añicos al burocratismo del Estado, puso a los funcionarios públicos a sueldo de obrero y los hizo estar sujetos a la destitución. Abolió la división del trabajo entre el legislativo y el ejecutivo y transformó al Parlamento de un organismo demagógico en uno de trabajo. Creó nuevas

⁶⁶ *La Guerra Civil en Francia.* (Incluida en *Obras escogidas*, tomo II). (En español también se encuentra en *Obras escogidas*, Op.cit. Tomo II).

⁶⁷ *La Guerra Civil en Francia.*

condiciones de trabajo. En todos los frentes, la iniciativa creativa de las masas había asegurado el máximo de actividad para ellas y el mínimo para sus representantes elegidos. De esta manera, acabó con el fetichismo en todas las formas de gobierno: económico, político, intelectual.

3) El fetichismo de la mercancía y el plan vs. el trabajo libremente asociado y el control de la producción

La totalidad de la reorganización de la sociedad por los comuneros proporcionó una nueva percepción de la perversidad de las relaciones bajo el capitalismo. Al romper la vieja forma del Estado y reemplazarla por la Comuna, se había puesto fin a la división jerárquica del trabajo, incluyendo la división entre la política y la economía. Al desenmascarar al Estado burgués como la fuerza pública de la esclavitud social que era, el proletariado demostró cómo se expresa *la forma absolutamente nueva de cooperación*, una vez liberada de su envoltura de valor. Esto era, así de claro, el contrario absoluto del movimiento dialéctico del trabajo bajo el capitalismo, forzado a una forma de valor donde fueron desenmascarados todos los fetichismos de la producción capitalista.

Antes de la Comuna, Marx había escrito que solamente el trabajo libremente asociado podía acabar con el fetichismo de la mercancía. Ahora, que los comuneros hacían precisamente eso, la *acción* concreta amplió la *teoría*. En *La Guerra Civil en Francia* Marx dice que lo que había quedado claro era lo siguiente: si la producción cooperativa misma no ha de convertirse en “una falsedad y una trampa”, debe estar bajo el control de los propios obreros. Al mismo tiempo prepara una nueva edición francesa de *El Capital* y en el epílogo,⁶⁸ nos dice que había cambiado la sección sobre el fetichismo de la mercancía “de una forma significativa”. Marx se pregunta: “¿De dónde procede, entonces, el carácter misterioso que presenta el producto del trabajo, tan pronto como reviste *forma* de mercancía?”⁶⁹ Y responde simplemente: “Evidentemente de esa forma misma”.

Previo a esta edición, no estaba esto muy claro para nadie, ni para Marx siquiera. Vale la pena analizar la sencillez de expresión alcanzada en 1872, especialmente porque el significado se ha perdido.

⁶⁸ Esto no aparece en las ediciones inglesas. La edición de International Publishers, editada por Dona Torr, sí incluye parte del material de la edición francesa que no aparece en la edición estándar de Charle H. Kerr.

⁶⁹ *El Capital*, tomo 1, p. 39.

No hay nada simple acerca de la mercancía. Es un gran fetiche que hace que las *condiciones* despóticas de la producción capitalista aparezcan como si fueran verdades incuestionables de la producción social y nada más alejado de la verdad. Así como estas condiciones fueron determinadas *históricamente* y descansan en la servidumbre del obrero, la mercancía, desde el comienzo del capitalismo, es un reflejo del carácter dual del trabajo. Desde el principio, es una unidad de contrarios –valor de uso y valor– que contiene en embrión *todas* las contradicciones del capitalismo.

Esta simple relación estuvo más allá de la percepción de David Ricardo, el economista burgués más grande de su tiempo, a pesar del descubrimiento anterior del trabajo como fuente de valor. Aunque la economía política clásica había reducido el valor a su contenido de trabajo, nunca se preguntó ¿Por qué este *contenido*, el trabajo, asume esta *forma*, de valor?

Mucho antes de *El Capital*, Marx había analizado la dualidad que invadía la sociedad burguesa: “En nuestros días todo parece preñado de su contrario; la maquinaria, dotada del maravilloso poder de disminuir y fructificar el trabajo humano, lo hambrea y esclaviza. Las novedosas fuentes de riqueza, por algún extraño hechizo, se transforman en fuente de carencia; las victorias de las armas parecen comprarse con la pérdida de carácter. Al mismo paso que la humanidad domina la naturaleza, el hombre parece esclavizarse a otros hombres, o a su propia infamia. Incluso la luz y la pureza de la ciencia parece incapaz de brillar más que en la oscuridad de la ignorancia. Todas nuestras invenciones y progresos parecen resultar en fuerzas materiales dotadas de vida intelectual y en el embrutecimiento de la vida humana como una fuerza material. Este antagonismo entre la industria moderna y la ciencia, por una parte, y la miseria moderna y la disolución por otra; este antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales es un hecho palpable, abrumador e incontrovertido”⁷⁰.

En general, *pero sólo en general*, la lógica del contenido y la forma del trabajo estuvo presente en el pensamiento de Marx desde el mismo comienzo, cuando resolvió el concepto de trabajo enajenado. No obstante, en lo que a *categorías* económicas se refiere, él las aceptó, más o menos como las presentaba la economía política clásica. Así ocurrió con la publicación de la *Crítica de la economía política* en 1859, donde todavía usó valor de cambio en el sentido de valor y no en el sentido de forma de valor, ya que aun “daba como un hecho” que “todo el mundo sabe” que las

⁷⁰ Discurso pronunciado en el Aniversario del Periódico del Pueblo, abril 1856. (Incluido en *Obras escogidas*, tomo II, en inglés)

relaciones de producción están realmente involucradas en el intercambio de cosas.

En el año 1867, en la primera edición de *El Capital*, Marx identifica la *forma* de mercancía como el fetiche. Aún aquí, el mayor énfasis cae sobre la forma *fantástica* de la apariencia de las relaciones de producción como intercambio de cosas. Es sólo *después* del estallido de la Comuna de París que su edición francesa cambia el énfasis de la forma fantástica de esta apariencia a la *necesidad* de esa forma de apariencia porque es eso, *en verdad*, lo que las relaciones entre las personas *son* en el momento de la producción: “Relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas”.

Habiendo delimitado el problema en su origen, Marx ve que un producto del trabajo *no puede tener otra forma que la de una mercancía*. Por lo tanto, a la pregunta: ¿De dónde surge el fetichismo de la mercancía?, la respuesta es simple y directa: “Evidentemente de la forma misma”.

No es que Marx no “supiera”, antes de la Comuna de París, que bajo el capitalismo todo está pervertido. “Sabía” que la máquina domina al hombre, no el hombre a la máquina. “Sabía” que toda la ciencia está incorporada en la máquina más que en los verdaderos productores. Escribió con frecuencia que bajo el capitalismo todas las relaciones humanas están limitadas y pervertidas. Puso de relieve que no puede ser de otra manera mientras el proceso de producción domine al hombre en vez de ser controlado por él.

Esta relación perversa de sujeto a objeto abarca tanto que tiene en su puño a la clase opresora. Es por eso que la economía política clásica no pudo resolver el misterio. *Aquí encontró su barrera histórica*.

“La forma de valor que reviste el producto del trabajo es la forma más abstracta y, al mismo tiempo, la más general del régimen burgués de producción, caracterizado así como una modalidad específica de producción social y a la par, y por ello mismo, como una modalidad histórica. Por tanto, quien vea en ella la forma natural eterna de la producción social, pasará por alto necesariamente lo que hay de específico en la forma del valor y, por consiguiente, en la forma mercancía, que, al desarrollarse, conduce a la forma de dinero, a la forma de capital, etc.”.⁷¹

Lo *nuevo* que aportó la Comuna fue que al liberar el trabajo de los límites de la producción de valores, demostró *cómo* el pueblo se asoció libremente sin el despotismo del capital o la mediación de las cosas. Contrasta la *vitalidad* de ese movimiento con la mutilación del trabajo bajo

⁷¹ *El Capital*, tomo 1, p. 48, nota al pie no. 35.

el capitalismo, que despoja a los obreros de toda individualidad y los reduce a meros integrantes del *trabajo en general*. Ese es el carácter específico del trabajo bajo el capitalismo. La *forma de valor*, que sólo contiene en sí la reducción de muchos y variados trabajos concretos a una masa abstracta, es el resultado necesario de este carácter *específico* del trabajo capitalista.

La Comuna transformó *toda la cuestión de la forma*, de un debate entre intelectuales a una *actividad* seria de los obreros, “enfrentando juiciosamente las condiciones de su existencia y las relaciones con su clase”. Tratando sus relaciones sociales de manera abierta y directa, las reorganizaron completamente estableciendo así un nuevo orden social. Todas las relaciones existentes entraron en juego: la producción, la propiedad, el Estado, el mercado, el plan, la ley del movimiento de la economía. El desarrollo pleno y libre de cada individuo, que se iniciara en la Comuna, se convirtió en la condición para el desarrollo pleno y libre de todos.

La riqueza de las cualidades humanas, reveladas en la Comuna, puso de manifiesto que el fetichismo de las mercancías surge de la misma forma de la mercancía. Esto profundizó el significado de la forma de valor, tanto como un desarrollo lógico, como un fenómeno social.

Marx nunca consideraba los sucesos concretos desde un solo punto de vista para ver cómo se conformaban a su teoría previamente establecida. La teoría siempre ganaba en profundidad a medida que se desarrollaban los procesos históricos mismos. No sólo la forma de valor resultó esclarecida, sino que importantes agregados se introdujeron en la parte final, sobre la “Acumulación de capital”. Analizando la “Ley general de la acumulación capitalista”, Marx entonces planteó la cuestión del desarrollo *final* de la ley de concentración y centralización del capital: “Dentro de una sociedad dada, este límite no sólo se alcanzaría a partir del momento en que todo el capital social existente se reuniese en una sola mano, bien en la de un capitalista individual, bien en la de una única sociedad capitalista”.⁷²

Sin embargo, la importancia de esta crucial adición, que trataremos en detalle en la parte V, cuando analicemos nuestra propia época del capitalismo de Estado, *no* estriba en la predicción de éste, sino en el hecho de que su desarrollo extremo no cambia nada fundamental en la relación entre las clases. Por el contrario, todas las contradicciones son impelidas hacia el límite. Lo *nuevo* fue la concreción que esto le dio al concepto de la relación de lo ideal con lo real en Marx. “Ellos (los comuneros) no tienen

⁷² *El Capital*, tomo 1, p. 572

ideales que realizar, escribe, más que liberar los elementos de la nueva sociedad”⁷³.

⁷³ *La Guerra Civil en Francia*. (Incluida en *Obras escogidas*, T II).

Capítulo 7

El humanismo y la dialéctica de *El Capital*, Tomo 1, de 1867 a 1883

1) La división en la categoría de trabajo: trabajo abstracto y concreto, trabajo y fuerza de trabajo.

“La comprensión de *todos* los hechos depende de la comprensión de este doble carácter del trabajo”.

K. Marx

Marx comienza *El Capital* semejante a como emprendió la *Crítica*, con un análisis del doble carácter de la mercancía, pasando directamente de la dualidad del valor de uso y del valor de la mercancía, al doble carácter del trabajo mismo, considerando el análisis del trabajo abstracto y concreto como su contribución original a la economía política, pues “este es el eje en torno al cual gira la comprensión de la economía política”.⁷⁴ Infatigablemente nos recuerda en su correspondencia, que debido a que “*toda*” comprensión depende de esto, “ello se enfatizó en el *primer capítulo*”⁷⁵. Como vimos en sus primeros escritos, para Marx *toda* la historia humana se podía trazar siguiendo el desarrollo del trabajo. La evolución del hombre desde sus etapas inferiores hasta las superiores se lleva a cabo por medio del proceso en desarrollo del trabajo, el cual ha transformado las condiciones naturales de la existencia humana en condiciones sociales. En el comunismo primitivo, el trabajo era un modo de la actividad propia; la función creativa del hombre que brotaba de sus capacidades naturales y desarrollaba más sus talentos naturales. En su contacto con la naturaleza, el hombre primitivo, a pesar de las limitaciones de su conocimiento, no sólo ejercía su fuerza de trabajo sino también su juicio y de esta manera, se desarrollaba a sí mismo y a la naturaleza.

La división social del trabajo fue el prerequisite necesario para moldear la naturaleza a las voluntades del hombre y crear nuevas fuerzas productivas. Sin embargo, esto debilitó la naturaleza colectiva de la producción y la apropiación. Los productores ya no consumían

⁷⁴ K. Marx. *El Capital*, tomo 1, p. 9.

⁷⁵ *Correspondencia de Marx y Engels*, carta del 24 de agosto de 1867.

directamente lo que producían y perdieron el control sobre los productos de su trabajo. El hombre es esencialmente un animal que fabrica herramientas y el proceso de producción de su vida material, el proceso de trabajo, significa el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas y su dominio sobre la naturaleza. Hemos visto que Marx explica la industria como “la verdadera relación histórica de la naturaleza, y consecuentemente la ciencia de la naturaleza, con el hombre”.

La revolución industrial, el progreso de la ciencia natural y el avance tecnológico general revolucionaron tanto el modo de producción que finalmente surgió un fundamento real para la libertad, sin embargo, con la división del trabajo –de la cual lo más monstruoso es la división entre el trabajo intelectual y el manual– surgieron las sociedades de clases. La separación del trabajo físico e intelectual interfiere en el desarrollo pleno del hombre. El trabajo en las sociedades de clases –ya sean esclavistas, feudales o capitalistas– no significa ya el desarrollo libre de la energía física e intelectual del hombre, sino que es bajo el capitalismo que ha alcanzado su aspecto más enajenado, donde no sólo el producto del trabajo está enajenado del obrero, sino que lo está también el propio acto de producción. Además, ya ha dejado de ser “la primera necesidad de la vida” para convertirse en un simple *medio* de vida. El trabajo se ha convertido en algo penoso que el hombre debe realizar para ganarse la vida, y no un modo de actividad en la que desarrolle sus potencialidades físicas y mentales, pues ya no se interesa en el desarrollo de las fuerzas productivas y, de hecho, las fuerzas productivas parecen desarrollarse independientemente de él. El trabajo se ha transformado en un medio para crear riqueza y “ya no se desarrolla junto con el individuo hacia un destino particular”.⁷⁶

Lo nuevo en *El Capital*, comparado tanto con las primeras obras donde Marx usa el término trabajo enajenado y clama por “su abolición”, como con la *Crítica* donde “este ya no se desarrolla junto con el individuo hacia un destino específico”, es que ahora Marx va directamente al proceso mismo del trabajo. El análisis del proceso de trabajo capitalista es la piedra angular de la teoría marxista y es aquí donde vemos qué *tipo* de trabajo produce valor –el trabajo abstracto– y *cómo* el trabajo individual concreto, con habilidades específicas, se ve *reducido* por la disciplina del reloj de la fábrica a ser simplemente el productor de una masa de trabajo rígida y abstracta.

⁷⁶ *Crítica*, p. 299.

No existe un ser tal que sea un “obrero abstracto”: o se es minero, sastre, obrero del acero o se es un panadero. A pesar de eso, la *vil* naturaleza de la producción capitalista es tal que el hombre no es el amo de la máquina; la máquina es el amo del hombre. A través de la instrumentalidad de la máquina, la que se expresa a sí misma en el tic-tac del reloj de la fábrica, la habilidad del hombre, ha llegado a ser ciertamente irrelevante en la medida que cada uno produce una cantidad dada de productos en un tiempo determinado. El tiempo de trabajo *socialmente necesario* es el ayudante de la máquina que cumple la transformación fantástica de todos los trabajos concretos en una masa abstracta. Las constantes revoluciones tecnológicas cambian la *cantidad* de tiempo de trabajo estipulado como socialmente necesario. Si lo que ayer se producía en una hora, hoy se produce en media hora, el reloj de la fábrica funciona de acuerdo con eso y las habilidades específicas no cuentan. Todos deben subordinarse al tiempo recién establecido como socialmente necesario a ser gastado en las mercancías, y la competencia en el mercado se encargará de que así sea.

Pagado o no, todo trabajo es un trabajo *forzado*, *cada instante* de él. Con su análisis del tipo de trabajo que produce valor y plusvalía, y de la manera como se hace, Marx trascendió a David Ricardo. Al mismo tiempo, liberó la teoría del valor del trabajo de David Ricardo, de sus contradicciones, y la transformó en una teoría de la plusvalía.

Algunos marxistas han tratado el fenómeno del trabajo enajenado como si fuera un remanente de los días hegelianos del joven Marx, que fue adquirido antes de que lograra salirse de la jerga filosófica y pasara al “materialismo”. Por otra parte, el Marx maduro demuestra *que* ese es el verdadero eje sobre el cual gira, no sólo la ciencia o la literatura de la economía política, sino el sistema productivo mismo. No hay nada de intelectual o deductivo acerca del hecho de que las habilidades individuales del obrero están enajenadas del propio obrero, convirtiéndose en trabajo social, cuyo único rasgo específico es que es “humano”. El que logra esta transformación es un proceso laboral muy real y muy degradante, al cual se le llama fábrica. El concepto que tiene Marx del obrero degradado en busca de universalidad y de la plenitud de su ser, transformó la ciencia de la economía política en la ciencia de la liberación humana.

Como hemos demostrado, es una equivocación considerar al marxismo como “una nueva economía política”. En verdad, es una crítica de los fundamentos mismos de la economía política, la que no es otra cosa más que el modo de *pensar* burgués acerca del modo de *producción* burgués. Al introducir al obrero en la economía política, Marx la transformó de una

ciencia que se ocupa de las *cosas*, tales como mercancías, dinero, salarios, ganancias, en una que analiza las *relaciones de los hombres* en el acto de la producción. Es verdad que el vínculo fundamental del hombre en este sistema histórico, es decir, *transitorio*, llamado sistema capitalista, es el intercambio que hace que las relaciones sociales entre los hombres aparezcan como relaciones entre cosas. Pero estas cosas disfrazan, en vez de manifestar la esencia. Separar la esencia –las relaciones sociales– de la apariencia –el intercambio de cosas– requirió de *una nueva ciencia que fuera al mismo tiempo una filosofía de la historia. Y este fenómeno nuevo es el marxismo.*

Es característico de Marx, conocido en todo el mundo como el creador de la teoría de la plusvalía, rechazar el honor porque la teoría estaba “implícita” en la teoría clásica del valor del trabajo. Lo que él aportó de nuevo –dijo– fue hacer esto explícito al mostrar qué *tipo* de trabajo crea valores y *por lo tanto* plusvalía, y el *proceso* mediante el cual esto se realiza. Lo que le impidió a otros verlo, es el haberse quedado alejados de la fábrica. Se quedaron en “la esfera” del mercado, en la esfera de la circulación, y esto es “lo que provee al comerciante vulgar de la libre empresa de sus perspectivas e ideas y del modelo por el que juzga a la sociedad basada en el capital y los salarios”. Pero una vez que se deja el mercado donde “sólo reina la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham”, se puede percibir “como si cambiase la fisonomía de los *personajes* de nuestro drama (*dramatis personae*). El antiguo poseedor del dinero abre la marcha convertido en *capitalista* y tras él viene el poseedor de la fuerza de trabajo, transformado en obrero suyo, aquel pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo ajetreado; este, tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propio pellejo y sabe la suerte que le aguarda: que se lo curtan”⁷⁷.

David Ricardo había sido incapaz de liberar su teoría del valor del trabajo de las contradicciones que le sobrevinieron cuando trató el más importante intercambio entre el capital y el trabajo. Por otra parte, Marx fue capaz de demostrar cómo la *desigualdad* surge de la *igualdad* del mercado.

Es así, porque en los millones de mercancías que se intercambian diariamente, *una y solamente una*, la fuerza de trabajo, se encuentra incorporada a la persona viva. Un billete de cinco dólares o un corte de tela tienen el mismo valor en el mercado, que en la casa, o en la fábrica, o en el bolsillo. La fuerza de trabajo, por otra parte, primero tiene que ser utilizada y puesta a trabajar en la fábrica, por consiguiente, el obrero puede y está

⁷⁷ *El Capital*, tomo 1. p. 138.

obligado a trabajar más de lo que cuesta reproducirse a sí mismo. Cuando se da cuenta de eso, su voz “sofocada por la tormenta y la violencia del proceso de producción”, exclama: “Eso que desde su lado parece auto-expansión del valor, desde su posición, es un desgaste extra de fuerza de trabajo”.⁷⁸ Es demasiado tarde, su mercancía, la fuerza de trabajo, ya no le pertenece a él, sino a quien la compra. Después se le dice, sin miramientos, que puede marcharse si lo desea, pero mientras esté en la fábrica debe subordinarse al mando del capitalista, a la máquina y al reloj de la fábrica.

El capitalista es de lo más recto en sus transacciones y no engaña, tiene un contrato con el obrero, con todas las leyes de intercambio: tanto dinero por tantas horas de trabajo. La *utilidad* de una cosa, le dice al obrero, le pertenece a él que es quien ha pagado al valor de cambio. Él ha pagado tanto dinero por un día de trabajo y tiene tanto derecho sobre él, así como el obrero lo tiene sobre su salario. Él, el capitalista, no va detrás del obrero para ver si es un buen esposo y lleva sus cinco dólares a su esposa en casa, o si va al bar a bebérselo. ¿Por qué, entonces, el obrero no puede ser considerado con el derecho que el capitalista tiene sobre su producto? En cualquier caso el obrero puede tomarlo o dejarlo. Pero mientras permanezca en la fábrica –y aquí la voz de “Don Ricachón” resuena con una incuestionable autoridad militar– ¡más le vale al obrero saber quién es el jefe!

Es lamentable que la fuerza de trabajo no se pueda desprender del obrero. Si se pudiera, el capitalista dejaría que este se fuera y usaría solamente la mercancía –la fuerza de trabajo– que por derecho le pertenece puesto que pagó por ella. De esta manera, él concluye piadosamente, que no ha violado ninguna ley incluyendo la ley del valor de David Ricardo.

Y es cierto, la ley funciona en la fábrica, pero en la fábrica “esta” no es ya una mercancía –“esta” es la propia *actividad*, es el trabajo. En verdad, al obrero vivo se le hace trabajar más allá del valor de su fuerza de trabajo. Su sudor se solidifica en un trabajo no remunerado y ese es precisamente el “milagro” de la plusvalía: que la fuerza de trabajo está incorporada en el obrero vivo, quien puede ser y es, obligado a producir un valor mayor al que él mismo tiene.

El fracaso de la teoría de D. Ricardo al explicar el intercambio entre capital y trabajo –sobre la base de su propia ley primaria del valor del trabajo– significó la desintegración de esa escuela. Fue un fracaso ineludible al no poder explicar cómo es que el trabajo –la fuente y generador de todos los valores– se empobrece más, entre más valores crea

⁷⁸ *El Capital*, tomo 1. p. 191.

el obrero. El socialismo utópico no pudo avanzar, al quedar aprisionado en las categorías económicas de David Ricardo.

Marx traspasó las barreras porque dividió las categorías creadas por la economía política clásica y creó nuevas categorías. Rechazó el concepto del trabajo como una mercancía. El trabajo es una *actividad*, no una mercancía. No fue accidental que D. Ricardo usara la misma palabra para actividad que para mercancía, quedando cautivo de su concepto del obrero humano como una cosa. Marx, por otro lado demostró que lo que vendía el obrero no era su trabajo sino sólo su capacidad de trabajo, *su fuerza de trabajo*.

Aquí hay dos principios implicados, uno fruto de la teoría y el otro de la práctica. Al dividir la vieja categoría del trabajo en 1) el trabajo como actividad o función, y 2) capacidad para trabajar, o fuerza de trabajo –la mercancía– Marx forjó una nueva arma teórica con la cual investigar las nuevas fuerzas materiales que se desarrollaron fuera de la vieja categoría. El término mismo, *fuerza de trabajo*, abrió toda clase de nuevas puertas para una mejor comprensión. Lo capacitó para dar un salto, en el pensamiento, que se correspondiera a la nueva actividad de los obreros.

La prueba de este nuevo poder por parte de los teóricos, incluso con el nuevo poder del obrero, se ve más claramente en el corto capítulo de *El Capital* sobre “Cooperación”. Sus veinticinco páginas parecen sólo describir cómo los hombres trabajan juntos para producir cosas, pero en realidad, al analizar cómo los hombres trabajan juntos, Marx describe cómo se crea un nuevo poder social. Él pudo descubrir este nuevo poder social en la producción porque antes que nada, distinguió entre la productividad de las máquinas y la de los hombres. Lo que caracteriza a *El Capital* de principio a fin es la preocupación por los seres humanos. Marx vivió en la segunda mitad del siglo diecinueve cuando la mayoría de los teóricos creían que con el avance de la tecnología, se resolverían todos los problemas de la humanidad, y debido a que Marx pensó primero y sobre todo en los obreros, en su condición y sentimientos, pudo anticipar la pregunta clave de nuestra época: ¿Se incrementa la productividad por la expansión de la maquinaria o por la expansión de las capacidades humanas?

Los capitalistas y sus ideólogos siempre piensan en aumentar la productividad a base de máquinas más perfectas. Lo que le sucede al obrero como resultado es, justamente algo que “no se puede evitar”. Su principio dominante es tener los ojos puestos en las economías y en la expansión de la maquinaria. Y eso está “completamente de acuerdo con el espíritu de la producción capitalista” –afirmó Marx.

Por otra parte, Marx se interesaba por la “productividad personal” del propio obrero. Esa es la *línea de clase* que él traza. Partiendo de estas premisas –tan extrañas al intelectual y tan naturales para el obrero que ha trabajado en la producción a gran escala– Marx fue capaz de descubrir que lo que se involucra en la cooperación de muchos obreros es una fuerza productiva. Marx no está tratando con una simple suma de individuos y no hay palabras que puedan sustituir su elocuencia de Marx al decir: “La cooperación no tiende solamente a potenciar la fuerza productiva individual, sino a crear una fuerza productiva nueva, con la necesaria característica de fuerza de masa”.⁷⁹

Los nuevos poderes no son fácilmente concebidos o creados. Se requiere una revolución en el pensamiento para comprenderlos, así como de una revolución en la sociedad para crearlos. Marx analizó este nuevo poder social y señaló los nuevos poderes psicológicos que se desarrollan a través de la cooperación: “Manos y ojos tanto adelante como detrás”, el insistió en que esta nueva capacidad no debe ser explicada meramente intensificándola como un ascenso en la fuerza mecánica del trabajo, ni tampoco es una simple extensión de la acción sobre un espacio mayor. Lo que se desarrolla es una nueva fuerza social:

“...la *fuerza productiva específica* de la jornada de trabajo combinada es la *fuerza productiva social del trabajo* o la *fuerza productiva del trabajo social*. Esta fuerza productiva brota de la misma cooperación. Al coordinarse de un modo sistemático con otros, el obrero se sobrepone a sus limitaciones individuales y desarrolla su capacidad de creación”.⁸⁰

Aquí Marx ha profundizado su concepto anterior de “la búsqueda de la universalidad” de los obreros. Ya no es sólo una fuerza ideológica, sino que ha llegado a ser también una fuerza material poderosa. En *Miseria de la filosofía*, Marx escribió: “Pero desde el momento en que se suspende todo desarrollo especial, la necesidad de universalidad, la tendencia hacia un desarrollo integral del individuo comienza a hacerse patente”.⁸¹

En *El Capital*, nos muestra cómo al despojarse de las cadenas de la individualidad y desarrollar las capacidades de la especie humana, descubre lo que es una segunda naturaleza en los obreros como resultado de años en

⁷⁹ *El Capital*, tomo 1. p. 282.

⁸⁰ *El Capital*, tomo 1. p. 285.

⁸¹ *Miseria de la filosofía*, p. 157 (La paginación se corresponde con la edición en inglés utilizada por la autora, de la edición de Charles H. Kerr & Co., Chicago. Hay diversas ediciones de esta obra en lengua española) (N. del T.).

la producción a gran escala: la inmensa provisión de energía creativa latente en ellos.

El capitalismo ve en este nuevo poder social a un rival, a un adversario. El plan capitalista existe para sofocarlo y suprimirlo. En su capítulo sobre la “Cooperación”, Marx desarrolla primero su concepto del plan capitalista, de cómo “desde el punto de vista ideal, la coordinación de sus trabajos se les presenta a los obreros como plan; prácticamente, como la autoridad del capitalista, como el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquella”.⁸² Aquí nuestra época arroja una nueva luz puesto que vemos que la dirección, ya sea del Estado capitalista o de la corporación privada, sostiene que su plan es necesario porque el trabajo es complicado y requiere de una dirección. Los obreros no son engañados por estos alegatos. Ellos saben por su experiencia diaria del derroche desenfrenado que va junto con la tiranía de los planes capitalistas. Los intelectuales son los únicos engañados. Ellos dicen que el plan capitalista tiene dos lados: el lado “bueno” de liderazgo y previsión, y el “malo”, de dominación.

Esta separación solamente existe en sus mentes. Desde un punto de vista práctico, la autoridad del capitalista en la vida de los obreros es “el poder de una voluntad ajena que somete su actividad a los fines perseguidos por aquella”. Aquí, nuevamente, debido a que la única realidad para Marx es la experiencia real de los obreros, él perfora las ilusiones traicioneras acerca del plan.

La ideología y la economía están tan integralmente relacionadas con el movimiento histórico como lo están el contenido y la forma en una obra literaria.⁸³ Esto se desprende brillantemente de la obra de análisis mas notable de los anales de la economía política: “El fetichismo de las mercancías”. En esta sección Marx demuestra que la apariencia de la riqueza capitalista, como una acumulación de mercancías, *no* es un mero espectáculo. La apariencia deslumbra y hace que las relaciones entre los hombres parezcan participar del “carácter místico de las mercancías”. Que una relación entre los hombres aparezca como una relación entre cosas es,

⁸² *El Capital*, tomo 1. p. 287.

⁸³ “Una obra de arte a la cual le falta la forma correcta, no es una correcta o verdadera obra de arte... Las verdaderas obras de arte son aquellas en las que el contenido y la forma muestran una completa identidad... De manera parecida puede decirse que el contenido de *Romeo y Julieta* es la ruina de dos amantes, producida por la discordia entre sus familias: pero se necesita algo más para hacer la tragedia inmortal de Shakespeare”. *Lógica*, de Hegel.

desde luego, fantástico. Es característico de la estrechez del pensamiento burgués, el cual no sólo creó el fetichismo, sino que llegó a ser su víctima. Incluso la economía política clásica, que descubrió el trabajo como el origen del valor, no pudo escaparse de ser prisionera de ese “carácter místico de las mercancías”.

Bajo el capitalismo, la relación entre los hombres aparece como una relación entre cosas porque eso es lo que “verdaderamente son”. La máquina es el amo del hombre y por lo tanto él es menos que una cosa. La naturaleza de la producción capitalista es tan perversa, que el fetichismo fantástico de las mercancías es su *verdadera* naturaleza. Marx declara que solamente el trabajo *libremente* asociado será capaz de despojar a las mercancías del fetichismo.

Al trazar el desarrollo dialéctico de este fetichismo, Marx llega a la *naturaleza de clase* de la *forma del valor*, y es entonces cuando se pregunta por primera vez: ¿De dónde surge el fetichismo?, y responde: “Evidentemente de la forma misma”. El fetichismo de las mercancías es el opio que usurpa el lugar de, la mente,⁸⁴ la ideología de la sociedad capitalista, es complemento falso y aprisiona tanto al capitalista como a su representante intelectual. Ya en el *Manifiesto comunista*, Marx mostró que los capitalistas son incapaces de aprehender la verdad de que el capitalismo es un orden social transitorio, porque ellos y sus ideólogos transforman en “leyes eternas de la naturaleza y la razón, a las formas sociales originadas del modo de producción actual”. Debido a .que no ven el futuro, el orden social que le sigue, no pueden entender el presente. El conocimiento proletario, por otra parte, entiende la verdad del presente y debido a que no es una fuerza pasiva, sino activa, al mismo tiempo restablece la unidad de la teoría y la práctica.

2) Las categorías económicas marxistas y la lucha en el acto de la producción: Capital constante y variable, o el dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo.

⁸⁴ Véase Hegel, sobre “La tercera actitud hacia la objetividad”: “Lo que yo descubro en mi conciencia se exagera así hasta convertirse en un hecho de la conciencia de todos y aun se hace pasar por la misma naturaleza del espíritu”. *Lógica*. (citado por Dunayevskaya de la *Lógica* de Hegel, de la segunda edición, de la traducción al inglés de Wallace, más asequible y con una redacción mejor, pág. 134.)

“La contradicción hegeliana (es) fuente de toda la dialéctica”.⁸⁵

Al analizar el sistema económico del capitalismo, Marx escribió unas cinco mil páginas, o cerca de dos millones de palabras. A lo largo de este gigantesco trabajo, pudo usar las categorías ya establecidas por la economía clásica, delimitó el valor –y con él la plusvalía– tomó las categorías mismas de las economías clásicas y en tres casos, *solamente en tres*, tuvo que *crear categorías completamente nuevas*. Estas son: fuerza de trabajo, capital constante y capital variable. Nunca se recalca lo suficiente que todas las nuevas categorías surgen de la contribución original de Marx a la economía política –el análisis de la dualidad del trabajo– pues es a partir de la división de la categoría del trabajo en trabajo concreto y abstracto que surgieron estas nuevas categorías. Habiéndonos ocupado ya de la fuerza de trabajo, atenderemos ahora a las otras dos categorías.

Hasta entonces la ciencia económica había hecho una distinción sólo entre capital fijo y circulante. Esta distinción partía del proceso de circulación, *no* del proceso de producción. Sin embargo, el proceso de producción es lo que determina todo lo demás. El capital constante y el variable resultan esenciales una vez que se analiza el proceso mismo de producción. La fuerza de trabajo y los medios de producción son, por supuesto, los elementos principales de cualquier sistema social de producción, pero sólo bajo el capitalismo se unen como “los diferentes modos de existencia que asumió el valor del capital original, cuando de dinero se transformó en los diversos factores del proceso de trabajo”: capital variable y capital constante.

1) *El capital constante* comprende los medios de producción y las materias primas, el trabajo muerto. En magnitud no sufren ningún cambio en el proceso de producción, pues su valor ha sido establecido por el proceso de trabajo del que nacieron. En su totalidad o en parte ceden su valor a las mercancías, pero no pueden ceder más de lo que tienen.

2) *El capital variable* es la fuerza de trabajo en el proceso real de producción. Sí sufre una variación en la magnitud, puesto que reproduce no sólo su propio valor, sino un excedente no remunerado. En una palabra, el obrero no puede dejar el trabajo cuando ve que ya ha producido el equivalente de su salario porque el reloj de la fábrica marca sólo las doce del día y no la hora de salida.

⁸⁵ *El Capital*, tomo 1, p. 541, nota al pie.

Marx es sumamente específico e inexorable al calificar a *ambos* factores de producción como *capital*.

En las sociedades precapitalistas había trabajo muerto o había máquinas, o al menos herramientas, pero el trabajo muerto no dominaba al trabajo vivo. El salvaje era el amo absoluto de su arco y su flecha. No lo dominaban; él los dominaba. El siervo no tenía tractor y tenía que usar un azadón de madera. Pero el instrumento rudimentario no tenía un valor que asegurara su independencia en el proceso de producción de modo que la energía del obrero vivo era sólo un medio para su expansión. La automatización, sin embargo, significa que más y más máquinas necesitan cada vez menos del trabajo vivo, que más y más eficientes máquinas necesitan cada vez menos destreza en el conglomerado general del trabajo humano.

El obrero es incapaz de oponer resistencia a este “proceso de succión”⁸⁶ porque ahora no es más que una parte del capital, “una simple, monótona, fuerza productiva que no tiene que tener ni facultades corporales ni intelectuales”. El montador de radio cuya línea de montaje tiene que producir de setenta y cinco a noventa radios en una hora no se detendrá para investigar sobre su mecanismo. Él sólo sabrá que equivale a hacer ocho conexiones por radio y los alambres para él son solamente colores azul, rojo y verde, de modo que su vista pueda distinguirlos sin detenerse a pensar. Él entrelazará cerca de cuatro mil ochocientos alambres al día y sus manos manejarán el par de pinzas con tal rapidez para que las armazones no se acumulen sobre su banco. Eso le probará al jefe que está a la altura de su especialidad, que es un buen medio para la expansión del valor.

Marx llama a esto la subordinación real del trabajo al capital. Así es como el trabajo acumulado domina al trabajo vivo. Es esta dominación la que transforma el trabajo acumulado en capital, una fuerza divorciada del productor directo y que lo explota. He ahí el antagonismo entre trabajo acumulado y trabajo vivo. El trabajo vivo se enfrenta al trabajo muerto como a su enemigo mortal. Bajo el capitalismo, escribió Marx, todas las condiciones de existencia se han concentrado y agudizado tanto que se han reducido a dos: trabajo acumulado y trabajo vivo, es decir, capital constante y capital variable.

⁸⁶ *Archivos de Marx y Engels*, edición rusa, t. II (VII), p. 69. Este es el famoso “Capítulo VI”, o final original de *El Capital*, cuando estaba en forma manuscrita. (En la actualidad este capítulo ha sido traducido al inglés en varias ocasiones, así como al español.) (N. del T.)

El antagonismo entre trabajo acumulado y trabajo vivo se personifica en la lucha entre el capitalista y el obrero, pero el dominio del capitalista sobre el obrero “no es nada más que el dominio de las cosas sobre el hombre, del trabajo muerto sobre el trabajo vivo”.⁸⁷

Dado que el dominio del trabajo muerto sobre el vivo caracteriza a toda la sociedad moderna, Marx llama al capital “valor que se valoriza a sí mismo, en una especie de monstruo animado que rompe a trabajar como si encerrase el alma en su cuerpo”.⁸⁸ Pero en cada punto crítico de la historia, aun los marxistas, como veremos cuando nos ocupemos de Rosa Luxemburgo, han tratado de despojar a estas categorías de su carácter específicamente capitalista que, como lo planteara Engels, les da su “peculiar distinción”. No han tenido en cuenta la metodología de Marx cuyo punto de partida fue el mundo real en el que vivió.

La realidad económica determinó la estructura del trabajo de Marx. Apenas había establecido las dos nuevas categorías –capital constante y capital variable– se apartó de la abstracción de la teoría para centrarse en las luchas reales de la clase obrera en contra de lo que él llamó “el hambre de licántropo por la labor excedente” del capitalista, lo que se expresa primero en un intento ininterrumpido por extender la jornada de trabajo. Marx llama a la plusvalía resultante de la extensión de la jornada de trabajo, *la plusvalía absoluta*.

Cualquiera que piense que Marx derrochó sesenta y cuatro páginas en “temas plañideros” desconoce totalmente el hecho de que la sociedad se habría derrumbado si el obrero no hubiera luchado por la reducción de la jornada de trabajo. La sección sobre “la jornada de trabajo” es una de las contribuciones únicas al análisis de la sociedad humana. Cualquier lucha de los obreros por establecer una jornada de trabajo normal se enfrentaba con la oposición hostil de los poderes del Estado y del capitalista. Esta “larga y difícil guerra civil”⁸⁹ moderó el desprecio del capitalista por la vida humana. En tres generaciones, el capitalismo consumió nueve generaciones de tejedores. Los obreros aprendieron a trabajar solidariamente y a organizarse en contra de esta carnicería en masa.

El capitalismo respondió a esta lucha con un factor aún más poderoso que la extensión estatal de la jornada de trabajo. El desarrollo tecnológico hizo posible la extracción de una mayor plusvalía *dentro de la misma jornada de trabajo*. Cuando se llega a la maquinofactura, podemos ver

⁸⁷ Ibid.

⁸⁸ *El Capital*, tomo 1, p. 156.

⁸⁹ *El Capital*, tomo 1, p. 254.

cómo las nuevas categorías de Marx –capital constante y capital variable– iluminan las contradicciones siempre crecientes de la producción capitalista. El capital constante –la maquinaria– no sufre ningún cambio en valor, sin importar cuán poco o mucho se le trabaje. El obrero, con su tipo concreto de trabajo, puede transferir el valor de la máquina al nuevo producto, sólo en la medida de su valor original, es decir, el tiempo de trabajo socialmente necesario que llevó producirlo. Como materia inanimada, la maquinaria es incapaz de crear valor y ganancias del proceso de trabajo. El capitalista, por lo tanto, es totalmente dependiente de su otro tipo de capital, el capital variable: la fuerza de trabajo del obrero, quien por consiguiente, debe ser obligado a producir cada vez más. Cuando esto no se puede lograr mediante la extensión de la jornada de trabajo, debe lograrse a través de la aceleración del proceso productivo. Aquí es donde el reloj de la fábrica juega su papel, ya no es simplemente un mecanismo para medir la cantidad de la producción, se ha convertido en *una medida de la intensidad* del trabajo mismo. El trabajo excedente o la plusvalía así extraído está *directamente* relacionado con el deterioro y desgaste del obrero. Mientras la extracción de la plusvalía mediante la extensión de la jornada laboral era la producción de la plusvalía absoluta, la extracción de la plusvalía en una determinada jornada de trabajo es *la producción de la plusvalía relativa*. En el maquinismo, el capitalismo no solamente tiene una fuerza *productiva*; tiene una *fuerza* capaz de doblegar a la mano de obra al grado preciso de intensidad y docilidad, “una disciplina cuartelaria”.⁹⁰

Cuando el maquinismo se organiza en un sistema, cuando se convierte en el *cuerpo* de la fábrica, su *espíritu* es incorporado al reloj de la fábrica, la función del capitalista es extraer tanta o mayor plusvalía, dentro de la jornada de trabajo *dada*, de la que había extraído previamente durante una jornada elástica de trabajo. La máquina debe justificar su costo de producción alargando esa parte de la jornada de trabajo en la cual el obrero produce el excedente de lo que es necesario para mantenerlo y para reproducir su clase.

Lo que hace esto posible son las mercancías más baratas. Eso es todo lo que veían los liberales. Marx vio la mayor explotación del obrero, la mayor contradicción en la producción capitalista. Desde el principio Marx advirtió que: “Cuanto mayor sea la cantidad de valor de uso, mayor será, de por sí, la *riqueza material*: dos levitas encierran más riquezas que una. Con dos levitas pueden vestirse dos personas; con una de estas prendas, una solamente, etc. Sin embargo, puede ocurrir que a medida que crece la

⁹⁰ *El Capital*, tomo 1, p. 376.

riqueza material, disminuya la magnitud de valor que representa. Estas fluctuaciones contradictorias entre sí se explican por el doble carácter del trabajo”.⁹¹

Al principio, la relación de los ideólogos burgueses con la ciencia no fue ambigua. El profesor Ure fue muy franco: “Cuando el capitalismo pone a la ciencia a su servicio, la mano refractaria del trabajo siempre recibirá la lección de docilidad”.⁹² El júbilo fue grande. “Una de las más singulares ventajas que derivamos de la maquinaria”, Marx cita a Babbage, “es en el freno que pone a la distracción, la ociosidad y la bribonería de los agentes humanos”. Sí, con la automatización, y con la experiencia de unas cuantas revoluciones, los capitalistas y sus ideólogos se ufanan de “la alfombra mágica” de la nueva revolución industrial que “aligera” el trabajo, no deja de ser verdad que la maquinaria no sólo ha superado la habilidad y fuerza del obrero, sino que les ha impuesto una mayor tensión nerviosa y física entre mayor es el esfuerzo por unidad de tiempo laboral. Marx vio todo esto hace cien años, describió el método por el cual millones de tipos específicos de trabajo son transformados en una masa abstracta, y enfocó su atención sobre la dominación del capital a través de la “distinción peculiar” de sus categorías originales: el capital constante y el capital variable.

El papel jugado en la producción de la plusvalía absoluta por la lucha para acortar la jornada de trabajo, ahora lo juega la “pugna entre el obrero y la maquinaria”. Los marxistas profesionales han tenido una actitud demasiado sofisticada frente a las revueltas que han irrumpido en la historia del capitalismo, simplemente las dan por sentado.

Actúan como si estuvieran avergonzados (y muchos lo están) del periodo en que los obreros destruyeron las máquinas. Ellos habrían “preferido” que los obreros, en vez de eso, pelearan con “el verdadero enemigo” en el frente político. Sin embargo, Marx llamó a estos actos violentos de los obreros contra las máquinas “revueltas en contra de esa forma particular de los medios de producción que son la base material del modo capitalista de producción”. De esta manera, a estos marxistas profesionales se les escapa lo esencial de la teoría marxista de que la *revuelta* marca cada etapa del progreso capitalista. Como lo expresó Marx: “Se podría escribir toda una historia de las invenciones, desde 1830, con el sólo propósito de proporcionarle al capital armas en contra de las revueltas

⁹¹ *El Capital*, tomo 1, p. 13.

⁹² *Philosophy of Manufacture*. (Aquí R. Dunayevskaya se refiere a Ure, *Filosofía de la manufactura*, citado por Marx en *El Capital*) (N. del T.)

de la clase obrera”.⁹³ La revuelta fue la causa del cambio a métodos avanzados; la revuelta salvó la vida del país. A su vez, cada revuelta causó una mayor centralización, explotación, socialización y mayor organización del proletariado, tanto objetiva como subjetivamente.

Hay dos movimientos en *El Capital*: el histórico y el lógico. El histórico incluye los orígenes del capitalismo que Marx llama “La acumulación originaria del capital”. El poder del Estado fue empleado para “apresurar el proceso de transformación del modo feudal de producción al modo capitalista”. Marx demuestra primero, que “sirve de base a todo este proceso la *expropiación que priva de su tierra al productor rural, al campesino*”,⁹⁴ y luego dice, del origen del capitalista industrial: “El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata de América, la cruzada de exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborígen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen *factores fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria*”.⁹⁵ Pero todo esto es preliminar al desarrollo real de la producción capitalista.

Las tres etapas del desarrollo de la producción capitalista son: 1) la cooperación; 2) la división del trabajo y la manufactura; y 3) la maquinofactura. Al igual que a partir del desarrollo histórico del campesino expropiado, a partir del desarrollo lógico del capitalismo, llegamos al punto sin retorno: la concentración y centralización del capital en un extremo, y la socialización y revolución del trabajo, en el otro.

En la sociedad capitalista, la mercancía de las mercancías es la fuerza de trabajo. Toda la sociedad está regida por la necesidad de producir fuerza de trabajo, de acuerdo con el tiempo de trabajo necesario para la producción de esta mercancía. Por lo tanto, el costo del obrero es la primera consideración del capitalista. Repitamos: *es su primera consideración*. Él debe mantener bajo su costo.

A menos que aumente constantemente la cantidad de trabajo acumulado, se expanda o reorganice su fábrica, o haga las tres cosas, el valor de su sistema productivo no sólo declinará sino que desaparecerá totalmente. En tiempos normales pierde su mercado porque no puede vender. En tiempos anormales es derrotado en la batalla y todo su sistema

⁹³ *El Capital*, tomo 1, p. 387.

⁹⁴ *El Capital*, tomo 1, p. 656.

⁹⁵ *El Capital*, tomo 1. p. 688.

productivo le es físicamente arrebatado. Por lo tanto, su preocupación fundamental debe ser siempre aumentar el valor del capital que tenga. Ahora –y de nuevo esto se lo debemos a Marx– el único modo de incrementar el capital es la cantidad de trabajo vivo que pueda aplicar al capital que ya tiene. Consecuentemente, su preocupación fundamental es aumentar el valor, es decir, crear plusvalía, ganar un valor mayor al que gasta. Esta es la esencia de la producción capitalista. Esto es lo que Marx llamó “la *naturaleza específica característica* de la producción capitalista”.

La burguesía moderna ha prostituido la palabra “revolucionario” hasta convertirla simplemente en un derrocamiento violento en la oscuridad de la noche, “una conspiración”. En verdad, comparado con los órdenes sociales anteriores, el capitalismo era el más revolucionario, no por su violento derrocamiento del orden feudal antiguo, sino por sus revoluciones *tecnológicas diarias*. En el *Manifiesto comunista* el joven Marx había escrito:

“La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar insesantemente los instrumentos de la producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ellos todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen a la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas”.

El Marx maduro cita precisamente este pasaje cuando, en su análisis de la “Maquinaria y la gran industria”, llega a la “contradicción absoluta entre las necesidades técnicas de la industria moderna y el carácter social inherente a su forma capitalista” y ve cómo “esta contradicción absoluta destruía toda la quietud, la firmeza y la seguridad en la vida del obrero”, que se hace un ejército de reserva industrial y “en ese holocausto ininterrumpido de que se hace víctima la clase obrera en el derroche desenfrenado de fuerzas de trabajo y en los estragos de la anarquía social”.⁹⁶

⁹⁶ *El Capital*, tomo 1, p. 438.

Marx subraya que este es el “lado negativo del fenómeno”. Muestra cómo la *resistencia* de los obreros es el aspecto positivo que obliga a la industria moderna “*bajo pena de muerte*” a remplazar el mero fragmento de hombre “por el individuo desarrollado en su totalidad, para quien las diversas funciones sociales no son más que otras tantas manifestaciones de actividad que se turnan y se revelan”.⁹⁷

Después de seguir el desarrollo dialéctico de los dos contrarios, el trabajo vivo y el trabajo muerto, el trabajo y la maquinaria, a partir de la “*Cooperación*” pasando por la “*División del trabajo y la manufactura*”, hasta llegar a la “*Maquinaria y la gran industria*”, Marx concluye que no hay más que la solución *histórica* para los “fermentos revolucionarios cuyo resultado final es la abolición de la antigua división del trabajo, diametralmente opuesta a la forma capitalista de producción y al status económico del obrero correspondiente a esa forma”.⁹⁷ La pena de muerte que pende sobre el modo de producción capitalista, y los elementos de la sociedad socialista que están enraizados en la anterior, chocarán frente a frente en “*El proceso de acumulación del capital*”, la parte final de la gran obra de Marx.

3) La acumulación del capital y las nuevas fuerzas y pasiones.

“El objetivo último de este trabajo es poner al descubierto la ley económica del movimiento en la sociedad moderna”.

Prólogo a *El Capital*

En *El Capital* lo histórico y lo lógico no son dos movimientos separados: la dialéctica los contiene a ambos. No es que Marx los haya interrelacionado; es inherente a la vida y a la naturaleza de cada uno el contener al otro. Lo que Marx tiene como supuesto subyacente es que la historia no ha relevado a la teoría de la necesidad de trascender la sociedad dada. Con Marx, la teoría no está ajena a la realidad, sino que es la realidad su punto de partida y de retorno. Es la realidad de donde emana el movimiento y lo que Marx hace es asegurarse de que el objeto y el sujeto se mantengan como un todo. La teoría y la práctica juntas forman la realidad en todo momento. La primera frase del capítulo, que es en sí el clímax de todo el primer tomo – “La ley general de la acumulación capitalista”– establece: “Estudiaremos en este capítulo la influencia que el incremento del capital ejerce sobre la

⁹⁷ *El Capital*, tomo 1, p. 438.

suerte de la clase obrera”.⁹⁸ Esto no es mera agitación. Puede ser, y está expresada en los términos científicos más precisos que se hayan descubierto para discernir la ley del movimiento de la sociedad capitalista. “El factor más importante, en esta investigación”, señala la siguiente frase de Marx, “es la composición del capital”.

La ley del crecimiento siempre ascendente de la maquinaria, a costa de la clase obrera, que hasta ahora había sido expresada como el crecimiento del capital constante sobre el variable, ahora se expresa tomándola como una totalidad, como el *valor* y la composición *técnica* del capital, que Marx llama “*la composición orgánica del capital*”. Es decir, son parte del mismo organismo y no pueden separarse una de la otra, de la misma manera que no se puede separar la cabeza del cuerpo, y aún seguir viviendo.

Desde el inicio de *El Capital* vimos la interdependencia del valor de uso. El valor, escribió Marx, puede ser indiferente al valor de uso del cual nace, pero debe ser sostenido por algún valor de uso. Esta forma física asume un significado adicional en la cuestión de la acumulación o de la reproducción expandida: “La plusvalía sólo es susceptible de transformarse en capital, porque el producto excedente cuyo valor representa aquella, encierra ya los elementos materiales de un nuevo capital”.⁹⁹

El capital, que es “valor engrandecido con valor”, profundiza la contradicción entre valor de uso y valor. Esto es así porque no sólo las formas materiales y de valor están en conflicto constante, sino que también lo están las *relaciones de clase* que “interfieren” con el proceso de producción. El capital no es una cosa, sino una relación de producción establecida por la instrumentalidad de las cosas. La producción expandida agrava más esta relación de clase producida y reproducida por la producción capitalista. La propiedad “vista del lado del capitalista se convierte en el derecho a apropiarse trabajo ajeno no retribuido, o su producto, y, vista del lado del obrero, como la imposibilidad de hacer suyo el producto de su trabajo”.¹⁰⁰

De las necesidades más profundas de la producción capitalista, cuya fuerza motriz es la producción de la plusvalía, surge el impulso de pagarle al obrero el *mínimo* y extraer de él el *máximo*. La lucha de clases surgida de esto, conduce, bajo ciertas circunstancias, a un aumento de salarios. Pero ese aumento nunca es tan alto como para amenazar las *bases* de la producción capitalista. La ley del valor que domina este modo de

⁹⁸ *El Capital*, tomo 1, p. 557.

⁹⁹ *El Capital*, tomo 1, p. 526-527.

¹⁰⁰ *El Capital*, tomo 1, p. 529.

producción, conduce, por una parte, a la concentración de los medios de producción, y por la otra, a la socialización del trabajo.

El capitalismo se desarrolla de acuerdo con estas dos leyes fundamentales: la ley de la concentración del capital, y la ley de la socialización del trabajo. “Un capitalista siempre desplaza a muchos otros”, escribe Marx, agregando que: “Paralelamente con esta centralización del capital o *expropiación de muchos capitalistas por unos pocos*, se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo, la aplicación técnica consciente de la ciencia, la explotación sistemática y organizada de la tierra, la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente, la economía de todos los medios de producción al ser empleados como medios de producción de un trabajo combinado, social, la absorción de todos los países por la red del mercado mundial y, como consecuencia de esto, el carácter internacional del régimen capitalista”.¹⁰¹

Nótese la frase: “la forma cooperativa del proceso laboral”. Marx se centra en lo que sucede en la producción, la ley de la socialización del trabajo. Cada etapa en este proceso de desarrollo del trabajo cooperativo, socializado, aumenta su número, lo une, lo disciplina y lo organiza. Cuando Ford construye la planta River Rouge, al necesitar alrededor de 60,000 obreros –por el solo hecho de trabajar juntos en una gran unidad de producción– ha organizado a esos 60,000 en una fuerza social. En los días de Marx no había plantas como la de Rouge, pero él pudo ver que el capitalismo “produce sus propios sepultureros” en los obreros preparados para el trabajo cooperativo por la organización de la producción a gran escala.

Otros, además de Marx, habían advertido la forma cooperativa del trabajo y creyeron que la consecuencia sería un nivel de vida más elevado, mayor democracia y mayor igualdad. Marx se burló de ellos. Insistía que eran los *obreros* los que estaban siendo preparados para la cooperación. Era la forma cooperativa del proceso de *trabajo* la que crecía continuamente. Entre más se entrelazaban los obreros en una unidad cooperativa, más tendría que atacarlos y suprimirlos el capital. En vez de un crecimiento continuo de la igualdad y la democracia, habría una lucha de clases como el mundo nunca antes había visto, así como una creciente e ininterrumpida sublevación de los obreros. He aquí sus propias palabras:

“Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación,

¹⁰¹ *El Capital*, tomo 1, p. 699.

crece la masa de la miseria, de la opresión, de la esclavitud, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción”¹⁰².

Marx escribió esto en 1867, hace noventa años. Desde entonces, la unidad, disciplina y organización de la clase obrera ha crecido hasta convertirse hoy día, en la clase social más poderosa que el mundo haya visto. A medida que ha aumentado la centralización y disminuido el número de magnates capitalistas, necesariamente ha debido crecer la burocracia del trabajo. Pues los magnates, por sí solos, son demasiado pocos para disciplinar a decenas de millones de obreros. Esta burocracia es su arma en contra de la sociedad cooperativa. Cada obrero en la industria a gran escala reconoce esto actualmente; es de aquí que nacen las huelgas espontáneas o *wildcats*.

El capataz no le dice al obrero *cómo* hacer su trabajo, ni tampoco el miembro del comité. Están allí para disciplinar al obrero. Cada día *eso* resulta más difícil. Por lo tanto, se precisa mayor burocracia, mayor supervisión, más especialistas en rendimiento del tiempo, más negociaciones, más “investigadores”. El fin último de todo esto es lo que existe en Rusia, el Estado totalitario completamente burocratizado, con sus campos de trabajo forzado. Es la centralización final dentro de un solo país. En cualquier sociedad las relaciones de producción determinan, modelan, imprimen su sello a todas las otras relaciones. A medida que la producción se expande y se burocratiza, lo mismo sucede con todas las demás esferas de la actividad social. Toda esta burocracia que termina en el Estado de partido único, está basada en la necesidad de disciplinar a los obreros en la producción.

Marx previó esta tendencia porque llevó hasta su conclusión lógica a todas las leyes del desarrollo capitalista. Primero, mostró cómo la centralización de los medios de producción termina en la monopolización y creación de los grandes *trusts* y finalmente en la estatificación. Ya sea que este desarrollo último de la centralización del capital fuera acompañado “por los medios violentos de anexión” o por “la suave vía de la formación de sociedades anónimas”, los resultados son los mismos: “Así pues, al progresar la acumulación, cambia la proporción entre el capital constante y el variable, si originariamente era, de 1:1, ahora se convierte en 2:1, 3:1, 4:1, 5:1, 7:1, etc., por ende como el capital crece, en vez de invertirse en

¹⁰² *El Capital*, tomo 1, p. 699.

fuerza de trabajo 1/2 de su valor total, sólo se van invirtiendo, progresivamente 1/3, 1/4, 1/5, 1/6, 1/8 etc., invirtiéndose en cambio 2/3, 3/4, 4/5, 5/6, 7/8, etc., en medios de producción”.¹⁰³

El resultado final de esta relación entre el capital y el conglomerado de la clase obrera es la gran contradicción insoluble que está demoliendo todo el sistema: el ejército de desempleados. Marx llama a esto “*la ley general absoluta de acumulación capitalista*”. Entre mayor sea el uso de la maquinaria, o el capital constante, *relativamente* menor será la necesidad de la fuerza de trabajo vivo o variable. Ahora puede haber treinta millones de obreros donde antiguamente había la mitad, pero la inversión del capital se septuplica. Y con ello siempre vendrá aparejado el desempleo. De esta manera, por una parte el capitalismo sigue reproduciendo al obrero asalariado y, por la otra, lo lanza al desempleo.

Este fracaso para “emplear a la totalidad” de la fuerza laboral sacude toda la estructura de la sociedad capitalista. Marx pone énfasis en el hecho de que “todo modo histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, leyes que rigen de un modo históricamente concreto”.¹⁰⁴ Para la producción capitalista, como vimos, esa ley es la ley del ejército de la fuerza de trabajo excedente, de reserva, para el modo capitalista de producción.

La incapacidad del capitalismo para reproducir su propia sustancia creadora de valor –la fuerza de trabajo en la forma del obrero vivo y empleado– marca la ruina del capitalismo. Marx define esta ruina en la parte final –Parte VIII¹⁰⁵– en la que se ocupa de la génesis histórica y luego de la tendencia histórica de la acumulación capitalista.

Los comienzos históricos del capitalismo, descritos en “La llamada acumulación originaria”, tienen, como vimos, material altamente agitado. El hecho que Marx relegara este material para el final, en vez del comienzo de *El Capital*, no puede sobreestimarse. Significa que Marx deseaba, más que todo, analizar *la ley del desarrollo del capitalismo*, puesto que independientemente de sus comienzos, las contradicciones surgen no de su

¹⁰³ *El Capital*, tomo 1, p. 574

¹⁰⁴ *El Capital*, tomo 1, p. 576. Por muy diferente que pareciera la situación en la Alemania de Hitler y en la Rusia de Stalin, la ley capitalista de la población se cumplió, aunque el desempleo tomó una forma muy diferente. Véase la Parte V.

¹⁰⁵ En la edición final, esa parte se convirtió en unos capítulos separados pertenecientes a la Parte VII.

origen, sino de su *naturaleza inherente*, que “engendra, con la fuerza inexorable de un proceso natural, su primera negación”.¹⁰⁶

La ley de movimiento de la sociedad capitalista es, por tanto, la ley de su colapso. Marx percibió esta ley a través de la aplicación del materialismo dialéctico a las leyes del desarrollo de la producción capitalista.

“...dentro del sistema capitalista, todos los métodos encaminados a intensificar la fuerza productiva social del trabajo se realizan a expensas del obrero individual; todos los medios enderezados al desarrollo de la producción se truecan en medios de explotación y esclavización del productor; mutilan al obrero convirtiéndolo en un hombre fragmentario, lo rebajan a la categoría de apéndice de la máquina, destruyen con la tortura de su trabajo el contenido de este, le enajenan las potencias espirituales del proceso del trabajo en la medida en que a éste se incorpora la ciencia como potencia independiente; corrompen las condiciones bajo las cuales trabaja; le someten, durante la ejecución de su trabajo, al despotismo más odioso y más mezquino; convierten todas las horas de su vida en horas de trabajo; lanzan a sus mujeres y sus hijos bajo la rueda trituradora del capital”.¹⁰⁷

Cuántos, en este punto, se han detenido para lamentarse de que a pesar de todo, lo que le importa al obrero es únicamente mejores salarios y que una vez que los obtiene está satisfecho “porque está más acomodado”. Marx dice *todo lo contrario*. Marx recalca que ya sea que su “*pago sea alto o bajo*” su suerte es peor.

“De donde se sigue que, a medida que se acumula el capital, tiene necesariamente que empeorar la situación del obrero, cualquiera que sea su retribución, ya sea ésta alta o baja. Finalmente, la ley que mantiene siempre la superpoblación relativa o el ejército industrial de reserva en equilibrio con el volumen y la intensidad de la acumulación mantiene al obrero encadenado al capital con grilletes más firmes que las cuñas de Vulcano con que Prometeo fue clavado a la roca. Esta ley determina una acumulación de miseria equivalente a la acumulación de capital. Por eso lo que en un polo es acumulación de riqueza es, en el polo contrario, es decir, en la clase que crea su propio producto como capital, acumulación de miseria, de tormentos de trabajo, de esclavitud, de despotismo y de ignorancia y degradación moral”.¹⁰⁸

¹⁰⁶ *El Capital*, tomo 1, p. 700.

¹⁰⁷ *El Capital*, tomo 1, p. 589.

¹⁰⁸ *El Capital*, tomo 1, p. 589.

“La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados”.¹⁰⁹

El lado positivo de todo esto es que “él mismo alumbra los medios materiales para su destrucción. A partir de ese momento, en el seno de la sociedad se agitan fuerzas y pasiones que se sienten cohibidas por él. Hácese necesario destruirlo y es destruido”.¹¹⁰

De esta manera, el mismo desarrollo del capitalismo crea la base de un nuevo humanismo: las “fuerzas y pasiones” nuevas que reconstruirán la sociedad, sobre comienzos verdaderamente humanos, “una forma superior de sociedad cuyo principio fundamental es el desarrollo pleno y libre de todos los individuos”.¹¹¹ Fue el haberse basado en este humanismo, más popularmente llamado “la inevitabilidad del socialismo”, lo que le permitió a Marx percibir la ley de movimiento de la sociedad capitalista, y la inevitabilidad de su colapso. El humanismo de *El Capital* corre como un filamento rojo a través de toda la obra y es esto es lo que le da tanto su profundidad como su fuerza y su dirección.

¹⁰⁹ *El Capital*, tomo 1, p. 699-700.

¹¹⁰ *El Capital*, tomo 1, p. 698.

¹¹¹ *El Capital*, tomo 1, p. 537.

Capítulo 8

La lógica y los alcances de *El Capital*. Tomos II y III¹¹²

“Toda la ciencia resultaría superflua si la apariencia, la forma y la naturaleza de las cosas fueran totalmente idénticas”.

El Capital, tomo III

La economía política ha creado dos teorías entre las cuales ha oscilado: 1) que la producción crea su propio mercado; y 2) que al obrero le es imposible “adquirir” los productos que él mismo produce. La gran contribución de Marx consistió en combinar dialécticamente a ambas, donde el rasgo fundamental sigue siendo el hecho de que la producción efectivamente crea su propio mercado aunque ello no negaba la existencia del subconsumo, sino simplemente mostraba que en el seno de la producción capitalista hay un descuido respecto de los límites del consumo.

La característica más relevante del segundo tomo de *El Capital*, cuyo tema es el proceso de la circulación, es la demostración de que “realizar la plusvalía”, es decir, vender, *no* es el problema y lo significativo de las dos primeras partes que analizan la metamorfosis y el movimiento del capital está en el análisis de que la *continuidad* misma del proceso de circulación incluye la esfera de la *reproducción*. De esta manera, aun cuando el punto de partida de Marx sea el mercado, la reproducción es esencial.

Según Marx, la reproducción debe plantearse “en su simplicidad fundamental”, es decir, que es preciso no perderse en el “círculo vicioso de los prerequisites”, de estar yendo constantemente al mercado con los productos producidos y regresando del mercado con mercancías compradas.

¹¹² Este análisis también incluye *Teorías de la plusvalía*, que Marx destinaba a formar el libro IV del tomo III (de *El Capital*), pero que no se han traducido al inglés hasta la fecha, a excepción de la primera parte. (Véase la nota 64). (En español *Teorías sobre la plusvalía* ha sido publicado en México, por el FCE, en 1980, de acuerdo a la traducción realizada por Wenceslao Roces) (N. del T.)

1) Los dos sectores de la producción social: Los medios de producción y los medios de consumo.

Para desentrañar el embrollo de los mercados, Marx divide todo el producto social en dos y *sólo dos sectores* principales: El primero es el que produce los medios de producción y el segundo los medios de consumo.¹¹³ La división es sintomática de la división de clases en la sociedad. Marx se rehusó categóricamente a dividir la producción social en más de dos sectores. Por ejemplo, rechazó un tercero para la producción del oro, a pesar de que el oro no es ni un medio de producción ni de consumo, sino más bien un medio de circulación. Sin embargo, eso resulta una cuestión enteramente subordinada al postulado básico de una sociedad cerrada en la cual sólo hay dos clases y *por lo tanto* sólo dos divisiones decisivas de la producción social siendo esta la premisa la que determina los límites del problema. La relación entre las dos ramas no es meramente técnica, sino que encuentra su cimiento en la relación de clase entre el obrero y el capitalista.

La plusvalía no es ningún espíritu flotante y etéreo entre el cielo y la tierra, sino que está inserta *dentro* de los medios de producción y *dentro* de los medios de consumo. El tratar de separar la plusvalía *de* los medios de producción y *de* los de consumo es caer en el pantanoso terreno pequeñoburgués del subconsumo. Es imposible tener una mínima comprensión de las leyes económicas de la producción capitalista sin estar obsesivamente consciente del rol de la forma material del capital constante. Los elementos materiales de la producción y de la reproducción simple –la fuerza de trabajo, la materia prima y los medios de producción– son los elementos de la reproducción ampliada. Para producir cantidades cada vez más grandes de productos se necesitan más medios de producción y es ahí y no en “el mercado” donde se encuentra la *diferencia específica* de la reproducción ampliada.

¹¹³ No sólo los marxistas se dieron cuenta de que esta división tenía más sentido teórico que todo cuanto ha producido la economía política sobre el problema del “mercado”. Después del desplome de 1929, algunos economistas académicos se dieron cuenta de que para comprender en cualquier medida la crisis tendrían que comprender mejor la producción. En 1942, Joan Robinson aseveró que con esta división de la producción total en dos, y sólo dos grupos principales, Marx había ideado “un argumento sencillo y penetrante”. (Véase Joan Robinson, *An Essay on Marxian Economics*).

Marx estableció que el producto social no puede ser al mismo tiempo medio de producción y medio de consumo. Hay una *preponderancia* de los medios de producción *sobre* los medios de consumo y el punto de vista de Marx dice que la forma *corpórea* del valor *predetermina* el destino de las mercancías: el hierro no es consumido por la gente sino por el acero; el azúcar no es consumida por máquinas sino por personas. El valor puede ser indiferente a la forma o utilidad que se le dé, pero debe ser incorporado a algún valor de uso para ser advertido y apreciado. Sólo por el hecho de que al capitalista únicamente le interesa la plusvalía (la ganancia) no significa que pueda separarla del artículo en el cual está incorporada.

La división de todo el producto en sólo dos sectores no es una hipótesis, es un hecho. No sólo *es* así sino que debe ser así, pues los valores de uso producidos no son los usados por los obreros, ni siquiera por los capitalistas, *sino por el capital*. Esto lo podemos ver con mayor claridad en los Estados Unidos, por ejemplo, donde el 90% de los lingotes de hierro es “consumido” por las compañías que lo producen; el 50% del “mercado” para los productos de la industria del acero es la industria del transporte. Ahí donde todos los economistas utilitarios se andaban con tropiezos al hablar de valores de uso, porque estaban realmente hablando de artículos de consumo, Marx muestra que el *valor de uso de los medios de producción* es lo que señala la importancia de la “determinación del valor de uso en la determinación del orden económico”.¹¹⁴ *Bajo el capitalismo*, los medios de producción constituyen la mayor parte de los dos sectores de la producción social y, *por ende*, también del “mercado”. Esto es lo que Marx denominó como “el verdadero ser del capital” y es la razón por la cual el mercado no constituía el verdadero problema.

El mercado de consumo está limitado a los lujos de los capitalistas y las necesidades de los obreros son pagadas al valor del mercado. *No puede ser mayor*. El único mercado que se puede expandir más allá de los límites de los obreros pagados al valor del mercado es el mercado de bienes de capital. Los medios de producción literalmente se disparan al cielo. Para ilustrarlo, tanto en la reproducción simple como en la ampliada, Marx diseñó su famosa fórmula que muestra al capital constante ser mayor que el capital variable y la plusvalía.

Para entender las fórmulas se debe comprender la premisa bajo la cual estas son construidas: una sociedad *capitalista* cerrada, es decir, una sociedad aislada dominada por la ley del valor. Para Marx, la contradicción principal de una sociedad capitalista es el que se establece entre capital y

¹¹⁴ *Teorías de la plusvalía*. Tomo 1, parte II, p. 170, ed. rusa.

trabajo, todos los demás elementos son subordinados. Si esto es así en la vida, entonces la primera necesidad en la teoría es plantear el problema en términos de la relación entre el capitalista y el obrero, pura y simplemente. De aquí parte el considerar la sociedad como constituida únicamente por obreros y capitalistas y de ahí la exclusión de “terceros grupos” y, como lo repite él mismo, la exclusión del comercio exterior por no tener nada que ver en lo fundamental con el conflicto entre el obrero y el capitalista.

Una sociedad capitalista se distingue de todas las sociedades anteriores por ser una sociedad productora de valores. La ley del valor no tiene nada en común con el hecho de que en otras sociedades clasistas al trabajador se le pagaban sus medios de subsistencia. Bajo el capitalismo, la sed por las horas de trabajo no remuneradas viene de la naturaleza misma de la producción y no se ve limitada por la glotonería del amo. El valor, el tiempo de trabajo socialmente necesario que se requiere para producir las mercancías cambia constantemente debido a la incesante revolución tecnológica en la producción y esta es la causa de nunca de las permanentes dificultades en las condiciones de la producción, en las relaciones sociales y es lo que distingue al capitalismo de todos los demás modos de producción. La sociedad capitalista aislada de Marx está dominada por la ley del valor y Marx no nos permite olvidar que esta ley es una ley del mercado mundial. “El capitalista industrial tiene delante constantemente el mercado mundial, compara y tiene que comparar constantemente su propio precio de costo con los precios del mercado, no sólo en su país, sino en el mundo entero”.¹¹⁵

De esta manera, mientras Marx excluye el comercio exterior, no deja de situar a su sociedad en el *contexto* del mercado mundial y estas son las condiciones del problema.

Las fórmulas de Marx fueron diseñadas para servir a dos propósitos: 1) por un lado, quiso exponer y denunciar la “increíble aberración” de Adam Smith, quien “esfumó” la porción de capital constante afirmando, “en el análisis final”, que este se disuelve en los salarios; 2) por el otro, Marx quiso dar respuesta al argumento del subconsumo de que la acumulación continua de capital era imposible por la falta de capacidad de venta, es decir, por la “superproducción”.

El “análisis fundamentalmente pervertido”¹¹⁶ de Smith pasó a formar parte del dogma de la economía política, porque convenía a los intereses de *clase* de los capitalistas el retener dicho error. Si como sostenía Smith “en

¹¹⁵ *El Capital*, tomo III, p. 357.

¹¹⁶ *El Capital*, tomo I, p. 535.

el análisis final”, la porción de capital constante se disuelve en los salarios, entonces los obreros no necesitarían luchar en contra de la apropiación “temporal” de las horas de trabajo no remuneradas y solamente tendrían que esperar a que el producto de su trabajo “se disuelva” en los salarios. Marx probó todo lo contrario. No sólo no se “disuelve” la porción de capital constante en los salarios, sino que se convierte en el instrumento mediante el cual el capitalista adquiere el dominio sobre el obrero. Los socialistas utópicos que no captaron *esto*, se libraron de las realidades de la lucha de clase.

Cada uno de los dos sectores de la producción social comprende tres elementos: 1) el capital constante, 2) el capital variable y 3) la plusvalía. Así como la división de la producción social en dos sectores principales no era meramente técnica, de la misma manera esta otra no lo fue tampoco. Tenía su raíz en la relación entre el obrero y el capitalista y era inseparable de las leyes inherentes a la producción capitalista. “Es una perogrullada decir que las crisis surgen de la falta de consumo solvente o de consumidores capaces de pagar. El sistema capitalista no conoce ninguna clase de consumo que no sea solvente, si se exceptúan los pobres de misericordia y los “granujas”. El hecho de que las mercancías queden invendibles quiere decir sencillamente que no se encuentran compradores o, lo que tanto vale consumidores solventes para ellas (lo mismo si las mercancías se destinan en última instancia al consumo productivo que si se destinan al consumo individual). Y si se pretende dar a esta perogrullada una apariencia de razonamiento profundo, diciendo que la clase obrera percibe una parte demasiado pequeña de su propio producto y que este mal puede remediarse concediéndole una parte mayor, es decir, haciendo que aumenten sus salarios, cabe observar que las crisis van precedidas siempre, precisamente, de un período de subida general de los salarios, en que la clase obrera obtiene *realiter* [realmente] una mayor participación en la parte del producto anual destinada al consumo. En rigor, según los caballeros del santo y “sencillo” (!) sentido común, estos períodos parece que debieran, por el contrario, alejar la crisis”.¹¹⁷

Marx dedicó un tiempo aparentemente interminable a exponer el error de A. Smith. La razón es que es ahí donde se encuentra la gran división *no sólo* entre la economía burguesa y el marxismo, *sino también* entre la crítica pequeñoburguesa, o el socialismo utópico, y el socialismo científico. En el segundo tomo –que Marx no llegó a completar en vida para su publicación– no encontramos la riqueza de material estadística e histórica

¹¹⁷ *El Capital*, tomo II, p. 389.

que se encuentra en el primer tomo, que él mismo preparó para la imprenta. Esto ha dado lugar a una gran cantidad de malas interpretaciones tanto entre marxistas como entre antimarxistas. La objeción principal se dirige contra la tesis de que la producción crea su propio mercado. Los críticos dicen que eso implica una “balanza” entre producción y consumo. La verdad es que la relación proporcional entre el primer sector y el segundo, en la fórmula de Marx, significa exactamente lo contrario. Marx se basó en las leyes de la acumulación que él analizó en el primer tomo al mostrar que el capital constante se sigue expandiendo. La relación exacta que él ofrece para el capital variable es de 7 a 1. Por lo tanto, debía estar claro que la “balanza” que existe en las fórmulas –que fueron elaboradas sobre las suposiciones más extremas de “una nación aislada”, sin ningún comercio exterior y sin ninguno de los problemas de la venta– existe *únicamente* por las relaciones de producción bajo el capitalismo que resultaron en esta proporción fantástica de 7 a 1. Esa es la razón por la cual las categorías de Marx son tan inmutables para el capitalismo y no se aplican a ninguna otra sociedad. Ellas asumen que lo que es producido es consumido porque se trata de producción *capitalista*, y la producción capitalista es la producción del capital y por lo tanto *es consumida por el capital*. En esto Marx basó su teoría de la crisis capitalista. Deducir de esas fórmulas que “no hay desproporción” en un capitalismo ideal sin problemas de mercados es suficiente para que Marx se retuerza en su tumba.

Lo que Marx hizo al probar la falsedad de la teoría del subconsumo fue demostrar que no hay conexión directa entre la producción y el consumo. Como lo expresara Lenin, en el más profundo análisis que se haya hecho del segundo tomo: “La diferencia entre la concepción de los economistas pequeñoburgueses y la de Marx, no consiste en el hecho de que los primeros perciben, en general, la conexión entre producción y consumo en la sociedad capitalista y el segundo no. (Esto sería absurdo). La distinción consiste en que los economistas pequeñoburgueses consideraban este nexo entre producción y consumo como un nexo directo, pensando que *la producción viene después del consumo*. Marx demuestra que la conexión es sólo *indirecta*, que se conecta *sólo en la instancia final*, porque en la sociedad capitalista el *consumo viene después de la producción*”.¹¹⁸

¹¹⁸ *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de V. I. Lenin, cap. 1, ed. rusa. Este capítulo se ha omitido en la edición inglesa. (En español esta obra puede verse en la edición de la *Obras completas*, realizada por la Editorial Progreso en la década de los ochenta) (N. del T.)

Se consideraba que la primacía de la producción sobre el consumo significaba el colapso “automático” de la sociedad capitalista. Ahí donde los clásicos veían *únicamente* la tendencia *hacia* el equilibrio, los críticos pequeñoburgueses veían *sólo* la tendencia que se *alejaba* del equilibrio. Marx demostró que *ambas* tendencias estaban presentes, indisolublemente ligadas. El segundo tomo es tanto una crítica del pensamiento burgués y pequeñoburgués como un análisis del movimiento real de la producción capitalista. Como lo expresara Trotsky, cuando Stalin súbitamente “descubrió” que las fórmulas también “se aplican a la sociedad socialista”, “Las fórmulas de Marx se refieren a un capitalismo químicamente puro que nunca existió y que no existe en ningún lugar del mundo, hoy día. Precisamente por eso, revelaban la tendencia básica de *todo* capitalismo, pero específicamente del *capitalismo* y *sólo* del capitalismo”.

2) Apariencia y realidad.

El segundo tomo de *El Capital* fue publicado póstumamente en 1885, por Federico Engels, el colaborador de por vida de Marx. Esta publicación cayó en el vacío en la Segunda Internacional. Pareció ocurrir así *tanto* con los reformistas *como* con los revolucionarios dentro de la Internacional. De hecho, la revisión más importante la hizo la revolucionaria y mártir Rosa Luxemburgo en la medida que Karl Kautsky, el líder teórico de la Segunda Internacional, escribió ensayos inmaduros y petulantes sobre el segundo tomo. La única excepción a esta torpeza común fue la de Lenin y no se debió a que Lenin fuera “más inteligente” que Kautsky en la medida que supo “aplicar” los conceptos desarrollados por Marx en el segundo tomo, al desenvolvimiento real de la economía rusa. En Rusia, la cuestión de si el capitalismo era capaz de desarrollarse sin mercados externos no era la pregunta teórica que fue para Alemania, en donde la expansión imperialista estaba conquistando nuevos mercados todos los días. En la Rusia atrasada, que no estaba en condiciones de competir con éxito en el mercado mundial, surgió toda una escuela de teóricos, los *narodniki* (populistas) que sostenían que “dado que” el capitalismo no podía existir sin un mercado, y “dado que” Rusia había llegado demasiado tarde al escenario histórico para asegurarse uno, “por lo tanto” Rusia podía saltarse la etapa del capitalismo e ir directamente del *mir* (las comunas campesinas) al comunismo. Lenin les asestó un golpe en la teoría y en la práctica, combinando ambos ataques en un estudio profundo: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, en el cual abre el camino para el marxismo.

La crítica más fuerte de Luxemburgo a la teoría de la acumulación de Marx fue dirigida contra su suposición de una sociedad capitalista cerrada a la cual ella le confirió un doble significado: 1) una sociedad compuesta únicamente por obreros y capitalistas, y 2) “el dominio del capitalismo en el mundo entero”.

Sin embargo, Marx no planteó el dominio del capital en el *mundo entero*, sino su dominio en una *sola* nación aislada. Cuando los críticos de Luxemburgo¹¹⁹ le señalaron esto, ella les contestó con ácido desdén. El hablar de una sola sociedad capitalista, escribió Luxemburgo en su *Anticrítica*,¹²⁰ fue un “absurdo fantástico”, característico del “epigonismo más craso”. Ella insistía que Marx no pudo tener una concepción tan estratosférica en su mente, sin embargo, como lo señalara Bujarin, Luxemburgo no sólo estaba malinterpretando el *concepto* de Marx, sino el simple *hecho* que Marx había puesto en el papel con tanta claridad: “Con el fin de simplificar la cuestión (de la reproducción ampliada) abstraemos el comercio exterior y examinamos una nación aislada”.¹²¹

Rosa Luxemburgo contrapuso falsamente la realidad a la teoría. Argüía que una “demostración exacta” de la historia mostraría que la reproducción expandida nunca ha tenido lugar en una “sociedad cerrada”, es decir, aislada del mercado mundial, sino más bien a través de la distribución hacia la expropiación de los “estratos y sociedades no capitalistas”. Su crítica se desprendía teóricamente del error fundamental de contraponer falsamente la realidad a la teoría. Fue traicionada por el poderoso desarrollo histórico, del imperialismo que se estaba llevando a cabo, hasta sustituir la relación del capital con el trabajo por la relación del capitalismo con el no capitalismo. Esto la llevó a negar la suposición de Marx de una sociedad cerrada. Una vez que abandonó esta premisa básica de la teoría marxista, no había otro camino que seguir más que el de la esfera del intercambio y el consumo.

Esto fue revelado con claridad meridiana por la misma Rosa Luxemburgo. Algunos de sus mejores escritos en la *Acumulación* son los que describen el proceso “real” de acumulación a través de la conquista de Argelia, la India y la guerra anglo-boer, el saqueo de África, las guerras del opio contra China, la exterminación de los indios americanos, el comercio

¹¹⁹ Lo que complicaba el debate era el hecho de que la mayoría de sus críticos fueran reformistas. Ella, sin embargo, atacó tanto a reformistas como a revolucionarios y calificó a todos sus críticos de “epígonos”.

¹²⁰ pág. 401, de la edición rusa

¹²¹ *Teorías de la plusvalía*, t. II, segunda parte, pág. 161 de la edición rusa.

creciente con las sociedades no capitalistas y su análisis de la tarifa protectora y el militarismo. Marx hizo una descripción de la acumulación originaria tan gráfica, al menos como la hizo Rosa de la explotación imperialista en tierras lejanas y atrasadas. A pesar de que “el capital escurre de pies a manos, por cada poro, con sangre y tierra”, de todas maneras la acumulación originaria sólo creó las *condiciones* para el capitalismo real. Ahora tenía una determinada acumulación de capital, obreros sin propiedad y una gran subordinación del trabajo al capital. Sin embargo, seguía siendo meramente “formal”. Como lo expresara Marx, *mientras* “el capital variable tuviera predominio sobre el constante” no habría todavía “ningún rasgo capitalista específico”.¹²²

Rosa Luxemburgo negó que esta preponderancia del capital constante sobre el variable fuera inherentemente capitalista. Para ella, era sólo “lenguaje capitalista” para los elementos esenciales de la producción en cualquier sociedad y se ofreció a demostrarlo tomando las relaciones del capitalismo con los países no capitalistas. Comenzó suplementando *El Capital* y terminó revisándolo.

Donde R. Luxemburgo sostenía que las fórmulas de Marx de la reproducción ampliada eran incorrectas en teoría y que no se correspondían con la vida real en ninguna nación existente, Lenin afirmó que estas sí se aplicaban a la vida misma y que eran correctas en teoría. Rusia, inclusive Norteamérica, parecen tener el suelo propicio para todo tipo de teorías de “excepcionalismo” que van desde “saltarse el capitalismo” hasta tener “el comunismo” bajo el totalitarismo. Cuando Lenin discutía teóricamente, sus críticos decían que no conocía a *Rusia* y cuando demostró, con exhaustivas estadísticas rusas que el capitalismo estaba en efecto, llegando a la Rusia zarista, decían que no comprendía la *teoría*. Cuando ganó en el frente teórico y además venció a los *narodniki*, en el frente organizativo, los hijos ideológicos de los *narodniki*, los actuales economistas, declaran que esto no fue una gran hazaña después de todo, ya que no fue el marxismo sino fueron los irrefutables hechos económicos los que se impusieron y esa era, precisamente, la lógica del segundo tomo.

Es necesario tener en mente que el pasaje en el primer tomo de *El Capital*, que trata del desarrollo último de la centralización del capital en manos de un solo capitalista o de una sola corporación capitalista, *no* apareció en la primera edición de la obra. Marx le añadió este fragmento después de la Comuna de París que fue el periodo en que discutió con

¹²² *El Capital*, tomo I, p. 810.

Engels la concentración de todo el capital en manos del Estado.¹²³ El primer tomo, en el cual Marx nunca dejó de trabajar hasta el día de su muerte en 1883, es el único tomo completo que tenemos de su puño y letra. En una nota a la edición francesa y en todas las ediciones subsecuentes que incorporaron estos cambios, pedía a los lectores familiarizarse con esas adiciones porque “es indudable que posee un valor científico propio aparte del original”.¹²⁴

Debido a que nuestra época ha tenido que enfrentar en concreto los problemas que Marx planteara sólo en lo teórico, podemos ver las razones por las que basó el segundo tomo en lo que en 1870, era ciertamente una sociedad inexistente y fantástica. Bajo tal sociedad decía él, esperaríamos ver lo siguiente:

a) *El obrero será pagado al valor del mercado.* Los bien intencionados planificadores podrán haberse preguntado, durante la depresión, si no sería posible elevar el nivel de vida de los obreros –no de algunos *estajanovitas*, sino de la clase obrera en su totalidad– concentrando todo el capital en manos del Estado y por consiguiente, poderlo planear con facilidad. Pero el totalitarismo ruso está ahí, de frente a nosotros, para deshacer esa gran ilusión, pues en el momento en que se eleva el nivel de los obreros, el costo de la producción de una mercancía sube por encima del costo del mercado mundial circundante y luego la producción dentro del país se vende a un precio inferior en relación con el producto en una sociedad productora de valores, lo que significa que la sociedad no puede continuar indefinidamente. Construir un avión a reacción costaría infinitamente más, de modo que los países que compiten en el mercado mundial podrían derrotar al país particular en la forma actual de la competencia capitalista, lo que significaría la guerra total. No se trata de una simple competencia o venta.¹²⁵ Si los Estados Unidos tienen la Bomba H, la energía atómica y la

¹²³ Engels, Herr *Eugen Dühring's revolution in Science.* (El *Anti-Dühring*). Una versión popular, abreviada, de esta obra aparece bajo el título de “Socialismo utópico y socialismo científico” en las *Obras escogidas*, tomo II. (En español hay muchas ediciones de esta obra.) (N. del T.)

¹²⁴ *El Capital*, tomo I, p. xxxiv (En su texto, Dunayevskaya precisa que esta nota se encuentra en la pág. 482, de la edición de Dona Torr, Internacional Publisher Edition.)

¹²⁵ Nada es sencillo en nuestro tiempo. En 1913 Rusia descubrió que aunque tenía el completo monopolio en todo, en las ventas incluso, sus tractores simplemente no podían “competir”, es decir, cumplir con los requisitos de la producción. Sin embargo, comprarle tractores a la *Ford* significaba pagar en patrón de oro en una época en la que la crisis de la agricultura hacía imposible el disponer

automatización, más le vale a Rusia descubrirlos también, o ser destruida, pero los descubrió con tiempo suficiente.

b) *Los medios de producción superarán ampliamente los medios de consumo.* Debido a que la producción de valores automáticamente limita el consumo de bienes de una comunidad a los lujos de la clase capitalista, además de la cantidad que el obrero pueda comprar cuando se le paga al valor y debido a que la forma material de la producción en el mundo entero demuestra que los medios de producción superan a los medios de consumo, Marx consideró al mundo capitalista como “una nación”. En un periodo histórico será imposible evitar el desempleo, porque la sociedad hará lo imposible para equipar sus fábricas al nivel más avanzado del sistema productivo. La única manera de permanecer “en la carrera” es pagarle al obrero el mínimo posible y por el contrario hacerlo producir el máximo posible.

El error fundamental de aquellos que no pueden entender que una sociedad controlada por un solo capitalista está regida por las mismas leyes que una sociedad compuesta de capitalistas individuales, es que simplemente no comprenden que lo que ocurre en el mercado es meramente el resultado de las dificultades inherentes al proceso de producción en sí. Mientras Marx nos mantuvo en el proceso de producción a lo largo del primer tomo, en el que alcanzó el límite último del desarrollo capitalista en donde una sola compañía capitalista tenía el control de todo, ellos parecen pensar que una sociedad controlada por un solo capitalista, tendría un mercado ilimitado. El capitalista único –llámese “Dirección Colectiva bajo Jruchov, S. A.”, o como se quiera– tendrá en un momento dado, una magnífica planta, completamente automatizada, o un bombardero a reacción, pero es incapaz de detenerse para elevar el nivel de las masas, de los obreros. Podrá evitar las formas más extremas de crisis comercial ordinaria, pero incluso dentro de la propia comunidad no puede escapar a la crisis interna de producción. El plan no puede detenerse en ningún momento para mejorar las condiciones de las masas. El capital no lo permite. Es por eso que Marx, a lo largo de *El Capital*, insiste que o se tiene la actividad propia de los obreros –el plan de trabajo libremente asociado– o bien se tiene la estructura jerárquica de relaciones en la fábrica y el plan despótico pues *no hay medias tintas*.

de productos agrícolas que vender para así obtener el dinero. En otra época en que quiso deshacerse de cierta cantidad de trigo mediante el mercado internacional, se encontró allí con las puertas cerradas. Véase la Parte V de este libro.

La única posibilidad de evitar las crisis capitalistas es la abrogación de la ley del valor, es decir, la planificación debe hacerse de acuerdo con las necesidades del sistema productivo como un sistema *humano*. Un sistema en el que las necesidades humanas no se rijan por la necesidad de pagarle al obrero el *mínimo* y extraer de él el *máximo* trabajo abstracto, con el propósito de mantener el sistema productivo lo más posible, dentro de las leyes “caóticas” del mercado mundial, regido por la ley del valor.

Parecería que todo esto no es aplicable a una sociedad capitalista en un estado de desarrollo “realmente” avanzado, como los Estados Unidos. Si pudiéramos imaginar, sólo en aras del argumento, que los Estados Unidos se convirtieran en una sociedad controlada por un solo capitalista, incluso en ese caso, lejos de mejorar las condiciones de los obreros, las empeoraría. Se trataría entonces de una sociedad capitalista *dada*, lo cual significa que el resto del mercado mundial seguiría existiendo. Consecuentemente, Europa y el Lejano Oriente probablemente se unirían en su contra y la lucha por el mercado mundial capitalista resultaría en una guerra que terminaría: 1) en un Estado capitalista único; 2) en el socialismo; o 3) en la destrucción total de la civilización. Ya sea el país atrasado o avanzado, la ley absoluta del capitalismo, tal y como Marx la analizó, seguiría siendo válida incluso en el caso de que todo el capital estuviera concentrado en manos de un solo capitalista o de una corporación capitalista única. Lo que para Marx era teoría, es un problema sumamente concreto en la actualidad. Rusia es la prueba del hecho de que la lógica y los alcances de la teoría marxista están tan íntimamente ligados como lo están la apariencia y la realidad en la vida real.

El “místico” Hegel vio con más claridad la relación de la dialéctica con la vida que nuestros pragmatistas contemporáneos que se ríen de la dialéctica y consideran cada hecho de la vida como un fenómeno “imprevisto”. “En dondequiera que haya movimiento, en dondequiera que haya vida, en dondequiera que se lleve a efecto algo en el mundo práctico, la dialéctica estará presente, y funcionando. Es también el alma de todo conocimiento verdaderamente científico”.¹²⁶

3) El derrumbe del capitalismo: Las crisis, la libertad humana y el tercer tomo de *El Capital*.

“Finalmente hemos llegado a las formas de la apariencia que sirven como punto de

¹²⁶ Hegel, *Lógica*, párrafo 81.

partida en la concepción vulgar: renta que viene de la tierra, ganancia [interés] del capital, salarios del trabajo... Finalmente, puesto que estos tres (salarios, renta de la tierra, ganancia [interés]) constituyen las fuentes respectivas de ingreso de las tres clases de terratenientes, capitalistas y trabajadores asalariados, tenemos como conclusión la lucha de clases, en la cual se resuelve todo el movimiento del *Scheisse*".

Marx a Engels.¹²⁷

Los textos marxistas durante generaciones han repetido las siguientes perogrulladas: 1) El capitalismo es un tipo de sociedad en la cual los medios de producción y la tierra son propiedad privada de los capitalistas. 2) El obrero está obligado a vender su fuerza de trabajo a costa de su producción y reproducción con el fin de poder vivir. 3) La fuerza motriz de este modo de producción es el afán de lucro del capitalista. Este provecho es obtenido de la siguiente forma: la producción capitalista produce mercancías y las mercancías son vendidas en dinero. El dinero contiene lo que gastó el capitalista y además una plusvalía, de la cual una parte es su ganancia.

Para que una sociedad sea considerada capitalista, parece esencial que se dé el proceso en el cual el capitalista privado tenga el dinero en el bolsillo; la compra de la fuerza de trabajo y de los medios de producción; la producción de mercancías; la venta de las mercancías en el mercado por más dinero; etc. Todo ello es cierto, pero no es toda la verdad. Marx no tuvo que dedicar cuarenta años para probarlo.

Su teoría más importante es una que al principio llamó "trabajo enajenado" y después trabajo "abstracto" o "productor de valor". Analizó las mercancías y demostró que el intercambio de mercancías es un intercambio de determinadas cantidades de trabajo. Las mercancías en general habían sido intercambiadas más o menos esporádicamente durante siglos antes del capitalismo. El capitalismo comienza cuando la capacidad de trabajar se convierte en mercancía. Tal y como vimos en el primer tomo, la producción se convierte en producción capitalista de mercancías desde el momento en que el productor directo debe "vender su propia capacidad de

¹²⁷ Carta del 11 de julio de 1868.

trabajo como una mercancía”.¹²⁸ Por lo tanto, es más correcto llamar a la teoría marxista del capital no una teoría del valor, sino una teoría del valor del trabajo.

Marx despreció completamente la idea de que la compra y venta de la fuerza de trabajo fuera la marca esencial de la sociedad capitalista. En el primer tomo mostró cómo esto era válido sólo superficialmente; que era sólo “un intercambio aparente... *La relación de cambio entre el capitalista y el obrero se convierte en una mera apariencia adecuada al proceso de la circulación, en una mera forma ajena al verdadero contenido y que no sirve más que para mistificarlo. La operación constante de compra y venta de la fuerza de trabajo no es más que la forma. El contenido estriba en que el capitalista cambia constantemente por una cantidad mayor de trabajo vivo de otros una parte del trabajo ajeno ya materializado, del que se apropia incesantemente sin retribución*”.¹²⁹ En el segundo tomo escribió: “La característica peculiar no es que la mercancía –la fuerza de trabajo– sea susceptible de venta, sino que la fuerza de trabajo aparezca bajo la forma de una, mercancía”. Esta aberración se debe a la naturaleza perversa del capitalismo en el cual el trabajo muerto domina sobre el trabajo vivo y las relaciones entre los hombres aparecen como relaciones entre cosas: “el no ver en el carácter del modo de producción la base del modo de intercambio que le corresponde, sino a la inversa, está muy de acuerdo con el horizonte intelectual burgués, donde sólo se piensa en hacer negocios”.¹³⁰

En el tercer tomo declaró: “Sin embargo, la manera en que mediante la transición a través de la tasa de ganancia, el plusvalor se convierte y adopta la forma de la ganancia, no es más que el desarrollo ulterior de la inversión de sujeto y objeto que ya se verifica durante el proceso de producción”.¹³¹

Y nuevamente dice que aquí “se consuma la mistificación del modo de producción capitalista, la cosificación de las relaciones sociales, el entrelazamiento directo de las relaciones materiales de producción con sus condiciones histórico: el mundo encantado, invertido y puesto de cabeza en que *Monsieur le Capital* y *Madame la Terre* aparecen como personajes sociales, a la par que llevan a cabo sus brujerías directamente, como simples cosas materiales”.¹³²

¹²⁸ *El Capital*, tomo I, p. 19.

¹²⁹ *El Capital*, tomo I, p. 529.

¹³⁰ *El Capital*, tomo II, pág. 132-133.

¹³¹ *El Capital*, tomo III, p. 49.

¹³² *El Capital*, tomo III, p. 836.

En efecto, esto lo dice de mil maneras diferentes a lo largo de toda su obra. Ese es el contenido y la forma, la esencia y lo absoluto de todo el análisis.

Resulta evidente de la nomenclatura misma, que el rasgo fundamental de las mercancías en general es el hecho de que se venden en el mercado. Igualmente evidente debía ser que el rasgo fundamental de la fuerza de trabajo como mercancía *no* es el hecho de que se compra o se vende en el mercado, sino la función específica que tiene en el proceso de producción, donde es “*una fuente no sólo de valor, sino de un valor mayor al de sí mismo*”. He ahí la cuestión. Este es el eje sobre el cual gira toda la teoría económica marxista: “la producción” (tomo I), “la circulación” (tomo II) y “las formas del proceso en su totalidad” (tomo III).

Marx desarrolla su análisis del capitalismo en diferentes niveles de abstracción y cada nivel tiene su propia dialéctica. En el primer tomo, las categorías que nos permitieron comprender las realidades de la producción fueron: el capital constante y el capital variable (la fuerza de trabajo). En el segundo tomo, sitio donde nos encontramos en la superficie de la sociedad, las categorías que revelan el mecanismo interno son: *los medios de producción y los medios de consumo*. El tercer tomo, es el declive de la tasa de ganancias, “la contradicción general de la producción capitalista la que revela su ley de movimiento y apunta a su colapso”.

Se necesitó de la crisis de 1929 para abrir los ojos de los economistas académicos al análisis de Marx sobre el colapso del capitalismo. Entonces llegó a ser un pasatiempo popular el decir que si Marx se hubiese desprendido de su “hegelianismo”, si hubiese despojado al concepto de valor del “misticismo” con que lo envolvió y si hubiese comenzado en vez de por el primer tomo por el tercero, en donde se ocupa de “la vida real”, es decir de los fenómenos de superficie de la competencia, la ganancia, la renta, etc., sus “profecías” del gran negocio y las crisis cíclicas habrían sido fáciles de ver y ellos habrían podido aprender “mucho” de él. Marx se ocupó de ese tipo de argumentos medio siglo antes. Es por ello que señaló: “Mientras sólo nos fijemos en el fondo de la producción global de un año, el proceso anual de la reproducción será fácil de entender. Lo grave es que todos los elementos integrantes de la producción anual deben ser llevados al mercado, donde comienza la dificultad. La dinámica de los distintos capitales y de las rentas personales se entrecruzan, se mezclan, se pierden en un cambio general de puestos –la circulación de la riqueza social– que desorienta nuestras miradas y plantea al investigador problemas muy

complicados”.¹³³ Marx no sólo apuntó a la dificultad sino que hizo una advertencia contra la salida fácil, tal como comenzar con los fenómenos de superficie de la ganancia en vez de con la realidad de la producción de la plusvalía. “En el libro III se verá que la cuota de ganancia es de fácil inteligencia, tan pronto como se conocen las leyes de la plusvalía. Siguiendo el camino inverso no se comprende ni *l’ un ni l’ autre*, (ni lo uno ni lo otro).¹³⁴

El tercer tomo, que parece satisfacer más el gusto de los economistas académicos, analiza la vida en el mercado capitalista tal y como es. Nos damos cuenta de que las mercancías se venden, no al valor, sino al precio de producción, que la plusvalía no es una abstracción, trabajo no remunerado congelado, sino que su forma verdadera es triple: 1) la ganancia para el industrial, 2) la renta para el terrateniente, y 3) el interés para el banquero; que el capital no sólo es una relación *social* de producción, sino que tiene una forma *corpórea* que se expresa como dinero-capital. Aquí se estudia el papel del crédito e incluso se llegan a tener algunos vislumbres de la estafa.

¿Y cuál es el gran resultado de aprender todos los hechos de la vida? ¿Cómo han cambiado las leyes que surgen del estricto proceso de la producción que los economistas académicos llaman “abstracto”? *Nada en lo absoluto*. Al final de todas estas transformaciones intrincadas de la plusvalía en renta de tierra, interés y ganancia, así como la conversión de valores a precios, de la tasa de plusvalía a la cuota de ganancia, etc., al final de todo eso, Marx nos conduce a la raíz de todo: la producción de valor y de plusvalía. Nos enseña cómo en el análisis final la suma de todos los precios es igual a la suma de todos los valores. Cuando el obrero no crea nada, el manipulador capitalista no puede obtener nada. La ganancia, incluso como plusvalía, no resulta de la “propiedad” sino de la producción. Para llegar a la verdadera causa de las crisis, Marx hace una abstracción de “las transacciones espurias y de las especulaciones que favorece el sistema crediticio”.¹³⁵

Nada fundamental ha cambiado, absolutamente nada. La fuerza de trabajo, que es la mercancía suprema de la producción capitalista, porque *es* la única que crea capital, sigue siendo una mercancía, vendida al valor, y – aun *en* el proceso de producción y *no* en el proceso de intercambio o de mercado– crea un valor mayor a lo que ella misma es.

¹³³ *El Capital*, tomo I, p. 536

¹³⁴ *El Capital*, tomo I, p. 174 (nota al pie no. 3.) (N. del T.).

¹³⁵ *El Capital*, tomo III, p. 568. (De la edición en inglés)

Adviértase la aguda percepción de Marx en lo que respecta al destino de *la producción de valor* como resultado de sus propias leyes inherentes del desarrollo: “Con el objeto de producir la misma tasa de ganancia, cuando el capital constante, echado a andar por un obrero, aumenta diez veces, el tiempo de trabajo excedente tendría que aumentar diez veces también y pronto el tiempo de trabajo total no bastaría, como no bastarían tampoco las veinticuatro horas diarias, aun cuando fueran totalmente apropiadas por el capital”.

Incluso el concepto de una sociedad capitalista única palidece ante el concepto de apropiación del valor de “la totalidad de las veinticuatro horas diarias”. Marx hace esta suposición extrema porque es la única forma en que puede expresar el movimiento fundamental. Lo que Marx está diciendo es que aun en el caso de que el obrero aprendiera a vivir del aire y pudiera trabajar las veinticuatro horas del día, el monstruo siempre creciente de la producción mecánica no podría seguirse expandiendo sin llegar al colapso, ya que el *trabajo vivo* es la única fuente de este valor y de esta plusvalía. Puesto que esto es precisamente lo que se les está suprimiendo *relativamente* a las grandes máquinas que se están construyendo y usando ahora, simplemente no habría plusvalía suficiente para mantenerlas funcionando.

“*La verdadera barrera de la producción capitalista*”, concluye Marx, “*es el capital mismo*”. El hecho es que el capital y su autoexpansión parecen ser el punto de partida y de llegada, como el motivo y la finalidad de la producción; que la producción es únicamente producción para el *capital* y no inversamente, los medios de producción únicamente medios para un sistema en creciente expansión del proceso vital en beneficio de la *sociedad* de productores”.¹³⁶ Opuesto a esto, señala el hecho de que: “En efecto, el reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y la coacción de los fines externos: queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material”.¹³⁷

Las constantes revoluciones en la producción y la invariable expansión del capital constante, escribe Marx una vez más, necesitan indudablemente de una extensión del mercado. Pero tal y como lo ha explicado una y otra vez –tanto en teoría como en la práctica– el crecimiento del mercado en una nación capitalista está limitado por el hecho de que al obrero se le paga al valor. Esta es la manifestación suprema de su suposición simplificadora

¹³⁶ *El Capital*, tomo III, p. 293. (de la edición en inglés)

¹³⁷ *El Capital*, tomo III, p. 826.

que al obrero se le paga al valor. En el tercer tomo vemos que esta es la causa más profunda de la crisis: el hecho de que es en la producción y no en el mercado que el obrero crea un valor mayor a sí mismo. El obrero es un productor de la sobreproducción. *No puede ser de otra manera en una sociedad productora de valores*, en donde los medios de consumo, al no ser más que un momento en la reproducción de la fuerza de trabajo, *no pueden ser mayores que las necesidades del capital para la fuerza de trabajo. Ese es el defecto fatal de la producción capitalista. Por un lado, el capitalista debe incrementar su mercado. Y por el otro, el mercado no puede crecer más.*

La subsiguiente crisis no es causada por una escasez de “la demanda efectiva”. Al contrario, es la crisis la que causa una escasez de la “demanda efectiva”. El obrero empleado ayer, ahora se encuentra sin empleo. Una crisis ocurre no porque haya habido escasez de mercados. Tal y como lo vimos en teoría y como se demostró en la práctica en 1929, el mercado crece a su máximo justo antes de una crisis. *Desde el punto de vista capitalista*, sin embargo, lo que ocurre es una distribución insatisfactoria del “ingreso” entre los que reciben salarios y la plusvalía o ganancia. El capitalista disminuye sus inversiones y el *estancamiento* resultante de la producción *aparece* como sobreproducción. Desde luego, hay una contradicción entre producción y consumo. Naturalmente, hay “incapacidad para vender”. Pero la incapacidad para vender se manifiesta de ese modo *a causa del declive que le antecede en la tasa de utilidades, que no tiene nada que ver con la incapacidad de vender.*

Marx consideró la teoría de la declinación de la tasa de ganancias como el “*pons asini*” de toda la economía política, aquello que divide un sistema teórico de otro. Los economistas políticos clásicos, se *percataron* de ello pero no pudieron comprenderlo, porque no podían concebir que el sistema capitalista —que ellos consideraban permanente y no un sistema histórico, transitorio— entrañara en sí su propia ruina. Cuando Marx mostró que el declive en la *tasa* de ganancia se debía al relativo uso decreciente del trabajo vivo, que es la única fuente de plusvalía, frente al uso creciente de maquinaria, el capitalista señalaba más bien a la masa de los productos y por ende a la *masa de las ganancias*. Así pensaron olvidarse de la caída de la tasa e incluso, algunos marxistas consideraban que la tendencia para el declive en la tasa de ganancias tenía tantas tendencias contrarias en la masa de las ganancias de la producción masiva y en la expansión imperialista, que no ocupó un lugar central en el pensamiento de ninguno, ni siquiera de Lenin, antes de 1929. Hasta entonces la gente empezó a ver que eso no era teoría sino realidad. Fue entonces que empezaron a buscar soluciones por

todas partes, *excepto en la reorganización del proceso de producción mismo mediante el obrero mismo.*

Lo que Marx describe en su análisis de lo que él llama “la contradicción general del capitalismo” es: 1) la degradación del obrero convertido en un apéndice de la máquina; 2) el crecimiento constante del ejército de desempleados; y 3) la caída del capitalismo debido a su incapacidad de emplear cada vez más a los obreros. Puesto que la fuerza de trabajo es la mercancía suprema de la producción capitalista, la única fuente de su valor y de la plusvalía, la incapacidad del capitalismo de reproducirlos condena al capitalismo mismo. Como vimos desde el principio, la crítica de Marx a la sociedad capitalista se basó fundamentalmente en la relación invertida y perversa del trabajo muerto con el trabajo vivo en el momento de la producción y se extendió a la superficie de la sociedad donde el fetichismo de las mercancías convertía las relaciones entre las personas en “la forma fantástica de relaciones entre cosas”. Ahora, en el tercer tomo plantea que la existencia misma de las mercancías y especialmente de las mercancías como productos del capital, “implica la externalización de las condiciones de la producción social y la personificación del fundamento material de la producción, que caracteriza a todo el modo capitalista de producción”. Una y otra vez, Marx afirma categóricamente que dado que todo el trabajo bajo el capitalismo es *trabajo forzado*, el plan no puede ser otra cosa que la organización de la producción bajo el dominio de la máquina. Tal y como le dijo a Proudhon desde el comienzo, tratar de implantar el orden en la anarquía del mercado en una sociedad basada en el plan de la *fábrica*, sólo podía significar la sujeción de la sociedad a “un sólo amo”. Marx advirtió entonces: el no ver el plan inherente a la actividad del proletariado revolucionario *debe* forzarlo a uno a proponer a un factor *externo* para que se encargue de la planeación. Ignoró, con gran desprecio, el plan de Proudhon para terminar con el intercambio. Al “desentrañar la contradicción interna” Marx demuestra que “en el desorden del capitalismo está su orden”.

Proudhon no fue el primero ni el último de los planificadores, como se sabe en nuestra época mucho mejor que en la de Marx. La planificación no está limitada a los idealistas. El materialista *abstracto* que ve el desarrollo tecnológico al *margen* de la relación de clase, también cae en el error de considerar los factores *capitalistas* de la producción como meros factores de cualquier forma social de la producción. Esa es la razón por la que Marx creó nuevas categorías para describir *la manera en que la* maquinaria y el trabajo se unen en la economía capitalista. Marx desarrolló su análisis de la

producción capitalista en oposición a todos los planificadores, tanto materialistas abstractos como idealistas.

En el primer tomo de *El Capital*, la naturaleza de la forma cooperativa del proceso de trabajo aparece en fuerte contraste con la estructura jerárquica del control capitalista. En el segundo tomo, Marx delimita la nación capitalista y la analiza como una *unidad*: “...no debe caerse en el método que Proudhon, copia de la economía burguesa viendo el problema como si una sociedad basada en el régimen capitalista de producción perdiese, al ser considerada en bloque, como totalidad, este carácter económico, específico e histórico. Por el contrario, en este caso, nos enfrentamos con el capitalista colectivo”.¹³⁸

Como vimos, todo el segundo tomo está basado no en el capital individual, privado, sino en el capital agregado, nacional. En el tercer tomo Marx regresa al plan creativo de los obreros como el plan “más adecuado para su naturaleza humana y digno de ella”: “Así como el salvaje debe bregar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para conservar y reproducir su vida, también debe hacerlo el civilizado y lo debe hacer en todas las formas de sociedad y bajo todos los modos de producción posibles. Con su desarrollo se amplía este reino de la necesidad natural, porque se amplían sus necesidades; pero al propio tiempo se amplían las fuerzas productivas que las satisfacen. La libertad en este terreno sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente ese metabolismo suyo con la naturaleza poniéndolo bajo su control colectivo, en vez de ser dominados por él como por un poder ciego, que lo lleven a cabo con el mínimo empleo de fuerzas y bajo las condiciones más dignas y adecuadas a su naturaleza humana. Pero éste siempre sigue siendo un reino de la necesidad”.

“Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo”.¹³⁹

Así vemos que no es sólo el joven Marx sino el Marx maduro el que considera el papel creativo del trabajo como la clave de todo. No es solamente que este plan creativo de los obreros, en contraposición al plan autoritario del capitalista, impregne los tres tomos de *El Capital*. Es que la necesidad real de la sublevación surgirá del hecho de que el capitalismo, en

¹³⁸ *El Capital*, tomo II, p. 410.

¹³⁹ *El Capital*, tomo III, p. 827.

lo que se refiere a condiciones, actividad y finalidad, está destruyendo la sociedad. La única fuerza que puede superar esta necesidad, por lo tanto, es una libertad que combine inseparablemente en sí misma y para sí misma las condiciones objetivas, la actividad subjetiva y la finalidad. En los *Grundrisse* Marx dijo que una vez que el proceso productivo “sea despojado de su forma antagónica”, “la medida de la riqueza dejará de ser el tiempo de trabajo, para convertirse en el tiempo libre, de ocio”.¹⁴⁰ El tiempo libre, liberado de la explotación capitalista, estaría dedicado al desarrollo libre de las *capacidades individuales*. La concepción de la libertad que tenía el joven Marx cuando rompió con la sociedad burguesa, siendo todavía un hegeliano revolucionario, permaneció en él durante toda su vida.

Esencialmente Marx dijo lo que quería decir. Esto puede decirse no sólo de los tomos II y III, que Engels editó con sumo cuidado, presentándolos exactamente como Marx los había escrito, sino incluso del libro IV, cuya estructura Karl Kautsky alteró cuando lo publicó como *Teorías de la plusvalía*. La razón está en que el primer tomo, publicado por Marx, es no sólo un todo en sí mismo, como él mismo lo expresara, sino que *es la totalidad*.

Marx reorganizó¹⁴¹ la última parte, “La acumulación del capital”, con el fin de mostrar: 1) *dónde* corresponden los tomos II y III lógicamente

¹⁴⁰ *Grundrisse*, pág. 596, en alemán solamente, (vea la nota 58).

¹⁴¹ Originalmente, Marx tenía la intención de terminar el primer tomo, con un capítulo VI intitulado, “Los resultados directos del proceso de producción”, que resumiría con sencillez el volumen y formaría una transición hacia el segundo tomo sin anticipar sus problemas y resultados. Entonces, por razones de salud, así como por la profundización de su comprensión del tema, rescribió la última parte, convirtiéndola en “La acumulación del capital”. Fue de nuevo esta sección la que sufrió la mayor revisión para la segunda edición de *El Capital*. La terminación original puede encontrarse en los *Archivos de Marx y Engels*, tomo II (VII), tanto en el original alemán como en la traducción rusa. La mejor manera de seguir los cambios en “La acumulación del capital” es obtener la edición inglesa de Dona Torr, que señala los pasajes cambiados y los publica por separado al final del volumen. La edición de Kerr, que es la que se ha utilizado aquí, publica una traducción de la edición francesa que Marx corrigió, pero no señala los cambios.

“La acumulación del capital”, de Marx, en el primer tomo anticipa los tomos II y III, en la misma manera en que la “idea absoluta” en la *Ciencia de la lógica*, de Hegel, anticipa la *Filosofía de la naturaleza* y la *Filosofía del espíritu*, que finalmente completaron su sistema filosóficos publicado todo como *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. La carta de Marx a S. Meyer, del 30 de abril de 1867, dice acerca de su salud: “Me río de los hombres llamados ‘prácticos’ y de su

(incluyendo las *Teorías de la plusvalía* como el libro IV del tercer tomo); 2) *cómo* están dialécticamente conectadas con el primer tomo; y 3) *cuál* es la ley del movimiento del capitalismo en general y la dialéctica de su análisis en particular. La “Tendencia histórica de la acumulación capitalista” termina, de este modo, con los dos contrarios absolutos: la acumulación del capital y la sublevación de los obreros, dirigidas hacia un choque y al mismo tiempo jalando en direcciones opuestas: la primera, hacia su colapso; la segunda, creando “las nuevas pasiones y fuerzas” para reconstruir la sociedad sobre principios nuevos, socialistas-humanistas.

Hay teóricos que están dispuestos a decir que el análisis es válido para Rusia, pero no para el excepcional territorio de Norteamérica. Si no era la frontera norteamericana la que hacía a los EE.UU. diferentes, era el carácter pragmático del norteamericano; y si no era eso, entonces era que los obreros norteamericanos “no tienen conciencia de clase”. Sea como sea, hoy día los economistas sí le dan crédito a Marx por comprender “la historia”. Algunos admiten incluso que la teoría económica ha estado perdiendo en la carrera con la historia, excepto en el caso de Marx. Hay quien ha llegado al extremo de “admirar” a Marx por su “idea de la teoría” y su habilidad para transformar la narrativa histórica en “razón histórica”.¹⁴² Pero ninguno tiene la menor percepción de que la profundidad de la “idea de la teoría” de Marx se debe únicamente a que rompió con la concepción burguesa de la teoría y colocó al obrero en el centro de todo su pensamiento. *No hay ningún otro origen para la teoría social.*

No es que Marx “glorificara” a los obreros. Es que sabía cuál era su rol en la producción. Así como la historia no ha relevado a la teoría de su misión de criticar a la sociedad *existente*, de la misma manera los obreros, sobre cuyas espaldas recae toda la explotación, *deben* sacudirse todo este yugo para enderezarse y adquirir la estatura humana, y *por lo tanto* pueden criticarla, superarla y tener una perspectiva para el futuro.

No es que Marx envileciera a los capitalistas y a sus ideólogos. Es que conocía *su* papel en la producción y como este limitaba su enfoque. Por el hecho de que estaban satisfechos, no podían captar toda la realidad y *en consecuencia* su ideología era falsa.

sabiduría. Si uno escogiera ser un buey, podría naturalmente volverles la espalda a las agonías de la humanidad y cuidarse de su propio pellejo. Pero realmente me habría considerado a mí mismo como impráctico si llegara a mi fin sin terminar por completo mi libro, por lo menos en manuscrito”.

¹⁴² Joseph A. Schumpeter, *A History of Economic Analysis*.

Cuando Marx inició todo esto, *no* sabía todas las implicaciones de su concepción materialista de la historia. Por ello, aunque consideró el modo de producción determinante para la ideología, pensó que todo lo que se necesitaba hacer para demostrar la bancarrota del pensamiento burgués era mostrar que la burguesía ya no podía ser científica y que con el desarrollo de la lucha de clases, su ciencia económica se había hecho “vulgar” y sus ideólogos se habían convertido en “pugilistas profesionales”. Por otro lado, mostraría el declive y después a los obreros cambiando al mundo que durante tanto tiempo había tenido sus intérpretes. No fue sino hasta 1860 que cambió la estructura misma de *El Capital* y colocó las teorías al final de todos los volúmenes. Como vimos, fue en ese periodo que dio la explicación de que lo que había escrito primero se puso al final porque esa era la manera usual en que se desarrolla una obra teórica. Es decir, como intelectual necesitaba aclarar su propia mente primero. Hasta entonces comienza la parte creativa con los obreros mismos, no sólo como activistas sino como pensadores. Así, de la misma manera en que “La acumulación originaria” del capital fue colocada al *final* del primer tomo, también “La historia de la teoría” (o *Las teorías de la plusvalía*, como Kautsky la renombró) fue colocada al *final* del tercer tomo, es decir, al final de toda la obra.

He aquí el esquema de la obra tal y como Marx lo presentó en el momento en que el primer tomo se entregaba a la imprenta:

Primer libro: El proceso de producción.

Segundo libro: El proceso de circulación (ambos libros habrían de constituir el primer tomo, pero sólo el primer libro fue publicado en vida de Marx).

Tercer libro: Las formas del proceso como un todo.

Cuarto libro: La historia de la teoría.

La *totalidad* de la obra estaba completa cuando el primer tomo fue a la imprenta. Después de la segunda edición de *El Capital* –del primer tomo–, Marx volvió a trabajar sobre el segundo tomo. Es lo último que tenemos de su pluma. Si hubiera algo de respecto al estado incompleto en que los tomos II y III fueron publicados, es exactamente lo opuesto de lo que insinúan aquellos que con tanto interés recalcan el estado incompleto de los manuscritos. Marx mismo nos dice cómo pensaba cambiar los manuscritos, o más bien, al grado que los hubiera cambiado de haber vivido para editarlos él mismo. En su carta a Danielson (el traductor al ruso del primer tomo) le dice que no espere por el segundo tomo.¹⁴³ “*Ante todo*, bajo

¹⁴³ Carta del 1 de abril de 1879, Cartas sobre *El Capital*, edición rusa.

ninguna circunstancia accedería yo a publicar el segundo tomo antes de que la crisis industrial inglesa actual haya llegado a su término... es necesario seguir con mucha atención el desarrollo actual de los acontecimientos hasta su plena madurez antes de estar en posición de utilizar estos hechos 'productivamente', quiero decir, 'teóricamente'...

“Mientras tanto: huelgas y disturbios por doquier.

“*En segundo lugar*, una gran cantidad de material que he recibido no solamente de *Rusia* sino también de los *Estados Unidos*, etc., me proporciona una agradable excusa para continuar investigando en vez de trabajar definitivamente en la publicación.

“Actualmente, los Estados Unidos han sobrepasado a Inglaterra en la rapidez del progreso económico, aunque en el grado de riqueza adquirida están atrás; pero al mismo tiempo las masas están más alertas y tienen mayores medios políticos en sus manos para resentir la forma de un progreso obtenido a costa de ellos. No necesito prolongar la antítesis”.

Está claro que Rusia y Norteamérica jugarían en los tomos II y III el papel que Inglaterra jugó en el primer tomo. Lenin lo completó para Rusia. Los obreros norteamericanos, con su actitud frente a la automatización, están concretándolo para Norteamérica.

Marx transformó la cuestión del valor de una disputa entre intelectuales en una cuestión de la lucha del proletariado por una nueva sociedad. Lo material y lo ideal nunca estuvieron demasiado apartados.¹⁴⁴ Resumió su propia concepción social al definir el nuevo orden social como una sociedad en la cual “el libre desarrollo de cada uno es la condición para el libre desarrollo de todos” y que nunca volverían a contraponerse los derechos del Estado a los del individuo. La libertad humana es el principio por el cual luchó Marx y su filosofía puede calificarse con justeza como un *nuevo humanismo*.

No había ninguna diferencia entre el Marx hegeliano y el Marx revolucionario, ni tampoco entre el Marx teórico y el Marx organizador práctico. Terminó *El Capital* y se dirigió a la Comuna de París no sólo como “activista” y “materialista” sino como *idealista*. Como vimos, él mismo resumió con gran profundidad el hecho de que lo ideal nunca está lejos de lo real, cuando escribió que los comuneros “no tienen ideales que realizar, sino liberar los elementos de la nueva sociedad”.

¹⁴⁴ En esto Hegel no se separaba tanto como podría parecer a primera vista. Véase por ejemplo su: “La idea no es tan impotente que sólo tenga un derecho o una obligación de existir, sin existir realmente”, *Lógica*, de Hegel.

Capítulo 9

La Segunda Internacional, de 1889 a 1914

“Lo que en Kant es un resultado, sirve como comienzo inmediato de este filosofar y con eso se corta a sí mismo anticipadamente el camino que lleva a la elaboración previa, de la que deriva aquel resultado, y que es un conocimiento filosófico. La filosofía kantiana sirve así como almohada para la pereza del pensamiento, que se tranquiliza, afirmando que ya todo ha sido demostrado y arreglado”.

—Hegel¹⁴⁵

La muerte de la Primera Internacional ocurrió poco después de la derrota de la Comuna de París. Los años subsiguientes a la “Gran depresión”, parecían amenazar la existencia de las organizaciones de la clase obrera. En Norteamérica, por ejemplo, la severa crisis de 1873 significó el colapso de las Ligas por las Ocho Horas. Sin embargo, en la década de 1880, la clase obrera en Europa y Norteamérica comenzó a actuar de manera organizada tanto en el frente económico como en el político. La Federación Norteamericana de Obreros (*A. F. of L.*), en su congreso de diciembre de 1888, en San Luis, decidió lanzar el 1ro de mayo de 1890, una campaña de huelgas simultáneas en todo el país. El plan era concentrarse en una sola industria con el apoyo financiero de los obreros de todas las demás fábricas hasta que se ganara la batalla. A cada industria le llegaría su turno hasta que se lograra la jornada de ocho horas para todos. También salieron delegaciones al extranjero para tratar de convertirla en una lucha internacional.

Aquellos comienzos de la formación de la Segunda Internacional en Norteamérica se han olvidado¹⁴⁶, no sólo porque la Federación

¹⁴⁵ Hegel. *Ciencia de la lógica*. Tomo 1. Pág. 56 Nota al pie.

¹⁴⁶ Véase G. D. H. Cole: “...los Congresos Internacionales anteriores que ayudaron a preparar el camino para la Segunda Internacional han sido en gran parte olvidados, y con ellos la estrecha conexión que el movimiento completo tenía en sus primas etapas con la lucha por la jornada de ocho horas y con la iniciativa

Norteamericana de Obreros se convirtió después en defensora del “sindicalismo de los negocios” más que de la lucha de clases internacional. En 1905, cuando surgió la muy militante organización “Obreros Industriales del Mundo”, apenas tuvo atención de la Segunda Internacional. Esto sucedió no solamente en Norteamérica, donde no había ningún partido marxista establecido; también la socialdemocracia rusa, que se adhería completamente al programa de la Internacional jugó un papel absolutamente insignificante, pues era pequeña y cuando estalló la gran Revolución de 1905, incorporando a cientos de miles de personas, el hecho no figuró en la agenda como un punto especial, sucedido entre congresos. En una palabra, la Segunda Internacional fue, de principio a fin, una organización de la Europa Occidental, encabezada por la socialdemocracia alemana, que era la organización política de masas de obreros más grande del mundo y la grandeza en términos de números se hacía valer.

La Segunda Internacional fue establecida el 14 de julio de 1889, en ocasión del centenario de la toma de la Bastilla que abrió las puertas de la Gran Revolución Francesa. Durante un cuarto de siglo, la Segunda Internacional habría de experimentar un crecimiento sin precedentes, ganarse el respeto de una organización poderosa y representar al marxismo establecido. Súbitamente, y contra el fundamento de su propia existencia como opositor del capitalismo, colapsó ante el desplome de la civilización occidental en el caos de la Primera Guerra Mundial.

Su voto a favor de la obtención de créditos para la guerra significó un cambio total en su postura antimilitarista previa y sus manifiestos antibélicos. Sin embargo, el derrumbe de la Segunda Internacional fue como el desenlace lógico de poderosas fuerzas objetivas.

Con espíritu retrospectivo y un estudio sistemático profundo de la nueva etapa del desarrollo capitalista, Lenin siguió la doble transformación en sus opuestos: 1) de la competencia al monopolio; y 2) de un *estrato* de la clase obrera a una aristocracia obrera, beneficiada por el exceso de ganancias del imperialismo,¹⁴⁷ de lo cual nos ocuparemos en la IV Parte, intitulado: “La gran división en el marxismo”. Aquí la clave está en que la

norteamericana a este respecto... La resolución que de hecho se adoptó... fue la siguiente: ... ‘En vista de que se ha decidido ya una manifestación similar el 1.º de mayo de 1890, por la Federación Norteamericana de Obreros en su Congreso efectuado en San Luis en diciembre de 1888, esta fecha se adopta para la manifestación internacional’”. (*La Segunda Internacional*).

¹⁴⁷ Véanse especialmente *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y *La división en la Internacional*. (Hay diversas ediciones de estas obras. Pueden verse en Obras completas en lengua española) (N. del T.)

lenta contaminación del marxismo, *mucho antes* del colapso, ha sido ignorada por personas que se llaman a sí mismas marxistas. Las obras de Karl Kautsky, escritas cuando era un “buen teórico revolucionario”, son usadas, hasta el día de hoy, como libros de texto por los llamados teóricos revolucionarios así como por los reformistas. La *metodología* de presentar los *resultados* de los estudios de Marx como si fueran algo que se aprendiera de memoria y desatendiendo el *proceso*, la relación de la teoría con la historia, pasada y presente, en el desarrollo del marxismo, sigue caracterizando a lo que queda del movimiento marxista.¹⁴⁸ Sin embargo, sin la relación de la teoría con la realidad, el marxismo pierde su significado. El aprender de memoria se convierte, utilizando una expresión hegeliana en “una almohada para la pereza del pensamiento”. En ninguna parte esa pereza del pensamiento está más enraizada que entre los que se autodenominan teóricos marxistas. La verdad es que lo que ocurrió con la Segunda Internacional fue sólo el primer eslabón de una larga cadena que de ninguna manera se limita a reformistas o a traidores. Es tiempo entonces de comenzar por el principio, a pesar de que “el interludio organizativo” deba por necesidad, ser esquemático.

Engels aun vivía cuando fue fundada la Segunda Internacional y desde su nacimiento predijo su fin: “Usted (Karl Kautsky) presenta las cuestiones políticas abstractas en el primer plano y de ese modo oculta las cuestiones más concretas e inmediatas, aquellas que los primeros grandes acontecimientos, las primeras crisis políticas sitúan en el orden del día”.¹⁴⁹ Esto fue cierto no sólo en lo político, sino en lo teórico del *Programa de Erfurt*. En su correspondencia con Kautsky en relación con sus libros, *Las doctrinas económicas de Karl Marx* y el *Programa de Erfurt*, Engels puso su dedo en la llaga. En su crítica a Kautsky por identificar la falta de planificación con el capitalismo, escribe: “Cuando acudimos a los *trusts* que monopolizan y controlan ramas completas de la industria, entonces no sólo la producción privada sino la falta de planificación cesa”. Ahí está resumida, como en una cáscara de nuez, la teoría que dominó a la Segunda Internacional a lo largo de su existencia, tanto a revolucionarios como

¹⁴⁸ No me refiero, por supuesto, a los comunistas que han pervertido al marxismo, convirtiéndolo en su opuesto, sino a los trotskystas y a grupos radicales parecidos.

¹⁴⁹ No sólo quedó la crítica de Engels, que fue escrita en 1891, sin ser publicada hasta 1901, (*Neue Zeit*, Jahrg. 2, vol. 1, 1901), sino que ni aun entonces hizo impresión sobre los revolucionarios de su tiempo. Fue necesario el colapso real de la Segunda Internacional para que Lenin “descubriera” esta crítica.

reformistas. Engels no podía hacer más que criticar y esperar a que los acontecimientos le dieran razón a su crítica, mientras tanto, lo que estaba a la orden del día era la organización sindical y política de la clase obrera. En este aspecto, la socialdemocracia alemana podía mostrar logros suficientes como para impresionar a Engels en sus últimos días.

1) Logros de la Segunda Internacional: Organización sindical y política del proletariado.

La socialdemocracia alemana era el partido más grande de la Segunda Internacional, tanto en términos numéricos como en estatura teórica. Fue la primera organización de masas del mundo moderno, fundada en 1875 y dirigida por Wilhelm Liebknecht y August Bebel en una especie de fusión entre lassalleanos y marxistas.¹⁵⁰ Karl Kautsky fue su teórico más sobresaliente. En 1887, dos años antes de la formación de la Segunda Internacional, Kautsky publicó *Las doctrinas económicas de Karl Marx* que se convirtió en la versión popular del marxismo. Si bien la reducción de los “principios económicos” de Marx a un catecismo fue hecha sin ninguno de los conceptos filosóficos que los sustentan, compensó esta falta con suficiente locuacidad en lo referente a “la dialéctica”. La Segunda Internacional se convirtió en el heredero oficial de los escritos de Marx y Engels. Nunca publicaron los *Manuscritos económico-filosóficos*, pero la burda estandarización que hizo Kautsky del marxismo llegó a ser el fundamento para todo tipo de “estudios concretos”, sobre los barrios bajos, la delincuencia juvenil y otros “crímenes del capitalismo”. En 1892 Kautsky escribió el Programa de Erfurt, que también se convirtió en el modelo para todos los partidos socialdemócratas en el frente programático y político.

La palabra clave en la teoría y en la práctica era: organización, organización, organización. Se desarrollaba enteramente en el reino de la diferencia entre las demandas inmediatas y las metas últimas del socialismo. Las metas últimas del socialismo podían esperar, mientras tanto

¹⁵⁰ Marx criticaba seriamente el programa que sirvió de base a la unidad. De hecho, iba a desasociarse públicamente de la nueva organización. Mientras tanto, se satisfizo con un ataque teórico fundamental, que se conoce como *Critica del Programa de Gotha*. Este no se hizo público hasta 1891, cuando Engels insistió en que se publicara, mientras que la socialdemocracia alemana se preparaba para el Congreso de Erfurt.

existía la lucha “práctica” y en ese campo podían exhibir logros fenomenales.

Durante los doce años de su existencia, la socialdemocracia alemana tuvo que trabajar en condiciones de desventaja bajo las leyes antisocialistas de Bismarck. Sus reuniones y publicaciones estaban prohibidas, sus líderes perseguidos y muchas veces encarcelados. Las publicaciones se editaban en el exterior y eran introducidas a Alemania de contrabando. Bismarck trató de ganarse a los obreros y alejarlos del socialismo con medidas de bienestar social, tales como seguros de enfermedad y de vejez. Por otro lado, los obreros estaban decididos a construir sus propias organizaciones con sus propios métodos y objetivos, lucharon por una jornada de trabajo más corta y por mejores salarios; por la educación popular y la libertad de prensa. Seguían multiplicándose a pesar de las persecuciones. Para 1890, cuando expiraron las leyes antisocialistas, fue el Canciller de Hierro el que tuvo que renunciar. En las primeras elecciones libres la socialdemocracia alemana recibió 1.427,000 votos, o sea el 20% de la totalidad de los mismos. Para 1903, el 25% de la población alemana votó por los socialistas ganando 81 diputados socialdemócratas para el Parlamento (Reichstag). Para 1914, el partido tenía un millón de miembros y otros tres millones de sindicalistas bajo su control.

Este era sin duda el movimiento socialista más elaboradamente organizado que el mundo había conocido, no sólo en su partido político de masas y en su organización sindical, sino en forma de cooperativas, entre la juventud y las mujeres. Publicaban un impresionante conjunto de diarios, revistas, libros y panfletos. Constituían un mundo en sí mismos, tenían rituales “socialistas” para nacimientos, casamientos, funerales, también patrocinaban el deporte organizado de los viajes y la recreación. Empezaban a creer que su fuerza organizada en, y por sí misma, haría imposible la guerra capitalista y le aseguraría el poder a la socialdemocracia. Cuando el capitalismo “inevitable y automáticamente” cayera, ellos esperaban plenamente tener sus cuadros gobernantes listos para reemplazar a los gerentes capitalistas que estaban haciendo “mal manejo” de las fuerzas productivas, embarcándose en el colonialismo e imponiéndole a la población la carga de los gastos militares.

Esta creencia en la fuerza organizativa, que “automáticamente” aseguraría al mundo contra la guerra, se convirtió en la característica no sólo de la socialdemocracia alemana sino de toda la Internacional. Por ejemplo, el izquierdista Keir Hardie, fundador del Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña, declaraba en todas las sesiones en donde se discutía el militarismo, que “una huelga de los mineros de carbón en

Inglaterra, bastaría para detener las actividades bélicas”. Adler, el austriaco, hablaba de cómo el “crimen de la guerra” podía automáticamente provocar la caída del capitalismo. No había palabras más populares en el léxico de la Segunda Internacional que “inevitable” y “automático” y todo esto era posible debido a la organización, organización, organización.

Ninguna palabra se usaba con mayor desprecio que “desorganización”. Como fue expresado en un estudio alemán,¹⁵¹ “el trabajador desorganizado se convertía en una especie humana inferior”.

El monopolio era “el capitalismo organizado” y se le consideraba como “la etapa necesaria hacia el socialismo”. Despreciaban no sólo a los pequeños empresarios sino a las grandes masas campesinas y no sólo a los artesanos sino también a las grandes masas de obreros no organizados. Ni siquiera “el colonialismo” contra el cual se luchaba, era considerado con tanta repulsión como aquello que no estuviera “organizado”. El razonamiento parecía ser el siguiente: los sindicatos organizarían al proletariado en el campo económico, el partido lo organizaría en el campo político y la juventud se organizaría sobre una base antimilitarista.¹⁵² Entonces, cuando hubieran ganado suficientes votos, el mundo sería de ellos.

En la cúspide del desarrollo de la Internacional, en 1907, el Congreso votó por la enmienda antibélica de Luxemburgo y Lenin. No obstante, en este punto es culminante que se puede prever el principio del fin de la Internacional. Este Congreso de 1907 fue el primero en efectuarse después de la Revolución Rusa de 1905, sin embargo, ese gran evento no aparecía en su agenda y mucho menos constituía un punto de partida para la teoría.

Los revolucionarios de izquierda (Lenin, R. Luxemburgo, Trotsky) que sí tomaron este suceso como un punto de partida nuevo para su teoría, no le pidieron al congreso que hiciera lo mismo. Ninguno desafió el carácter *européo-occidental* de la reunión internacional en los días en que la clase obrera rusa había “tomado al cielo por sorpresa”, ninguno pidió que el punto se incluyera en la agenda, ninguno desafió el predominio del liderazgo alemán en la teoría tanto como en la práctica. R. Luxemburgo,

¹⁵¹ Véase: *Stalin and German Communism*, de Ruth de Fischer.

¹⁵² El último principio fue muy alterado. En cuanto Liebknecht, el líder de la juventud, escribió su folleto *Militarismo y antimilitarismo*, que le ganó una sentencia de dieciocho meses de cárcel, el partido repudió el folleto, Liebknecht fue reemplazado por otro líder, y la juventud quedó bajo la estricta disciplina del partido. Eso fue en 1907. Como lo veremos ahora, al tratar de la Revolución de 1905, la degeneración ya había comenzado.

Lenin y Trotsky¹⁵³ tenían diferencias fundamentales entre sí. El fracaso de no haber trazado una línea clara entre ellos y las otras tendencias políticas no se debió, sin embargo, a esas diferencias. Todos ellos tenían más conciencia de la afinidad de concepciones con *los* de la Internacional que de sus diferencias.

El espíritu de 1905 penetró en el congreso sólo en la medida en que resultaba una extensión de la guerra ruso-japonesa. R. Luxemburgo y Lenin propusieron una enmienda a la resolución antibélica a efecto de que: 1) se comprometían a hacer todo lo posible por evitar la guerra por todos los medios; y 2) en caso de guerra “intervenir con el fin de ponerle término rápidamente y con todas sus fuerzas utilizar la crisis económica y política creada por la guerra para remover los estratos más profundos de la gente con el fin de precipitar la caída de la dominación capitalista”. Fue lo suficientemente general como para obtener una aceptación unánime.

No hay nada que no vincule la etapa *específica* de la *sublevación* de los obreros con la etapa *específica* del desarrollo capitalista como lo hace la teoría marxista. La Revolución de 1905 dio a luz una nueva forma desconocida de organización obrera llamada “los soviets” (consejos). El hecho de que semejante fenómeno novedoso ni siquiera fuera incluido en la agenda, sólo podía significar una cosa: los teóricos no estaban recibiendo los estímulos de las capas más profundas del proletariado revolucionario. Toda la concepción de teoría tal y como Marx la *vivió*, fluía del proletariado como su fuente original. Las luchas *concretas* de los obreros, en su tiempo, ocasionaron una ruptura en el concepto de Marx de la teoría, pues no se trata de que los intelectuales deban elaborar “ideas” sino que como lo vimos, fueron las acciones de los obreros las que crearon las condiciones para que Marx elaborara la teoría. Nada semejante sucedió como resultado de la Revolución de 1905. Esta no causó en los teóricos de la Segunda Internacional lo que la de 1861-1871 causó en la teoría de Marx. En ese punto podía advertirse el hecho de que la Segunda Internacional, *como organización*, estaba comenzando a salirse de los cauces marxistas. A pesar de su adhesión al “lenguaje” marxista, no había ninguna organización de pensamiento marxista.

2) El principio del fin de la Segunda Internacional: El soviets, una nueva forma de organización obrera

¹⁵³ Trotsky estaba en la cárcel, pero habían sido publicados sus escritos sobre la historia del soviets y su teoría de la revolución permanente.

El primer soviét en Rusia parece haber surgido en mayo durante una huelga general en Ivanovo-Voznesensk, el gran centro textil, doscientas millas al sur de Moscú y estaba compuesto por delegados obreros de fábricas y grupos informales similares provenientes de todo tipo de industrias. Ninguno de los grupos socialistas clandestinos le prestó mucha atención y Trotsky, quien pronto habría de encabezar el más famoso de estos *soviets*, el de San Petersburgo, se encontraba en Finlandia en ese momento. Estaba ocupado escribiendo sobre el posible desarrollo de la revolución rusa y su teoría de la revolución permanente elaborada entonces, pavimentó sin duda el camino para su incansable actividad posterior. Pero el soviét, como la forma específica de gobierno de los obreros que era tan absolutamente nueva, no fructificó en dicha teoría.

En junio, después que los cosacos dispararon contra una manifestación obrera en Lodz, Polonia y aplastaron un intento de insurrección, las grandes huelgas se extendieron a Odesa y los marineros a bordo del acorazado *Potemkin* se amotinaron. En agosto hubo una huelga general en Varsovia y se proclamó la ley marcial. En ese mismo mes, hubo una huelga de impresores en Moscú que se extendió a los obreros ferroviarios y postales. En octubre, antes de que el movimiento de las huelgas se extendiera hasta San Petersburgo, se formó un soviét de representantes de obreros para dirigir y coordinar las huelgas. Este fue el soviét que Trotsky encabezó, al cual se unió, pero que no creó. Lo crearon los obreros y fueron ellos los que buscaron formas socialistas de organización con las cuales colaborar.

La huelga *comenzó* por los impresores quienes demandaron una jornada más corta y salarios más altos, luego se extendió. El núcleo del soviét estaba formado por cincuenta imprentas que eligieron a sus delegados y los instruyeron para formar un consejo, uniéndoseles después otros gremios. Este fue el primer cuerpo electivo de la hasta entonces despojada clase obrera rusa e inmediatamente asumió una autoridad que ensombreció al secular régimen autocrático zarista hasta el punto que el Zar consideró seriamente escapar. El poder, la autoridad y el carácter político de este nuevo consejo se derivaba del hecho de que los delegados representaban a no menos de doscientos mil obreros, es decir, el cincuenta por ciento de todos los obreros de la capital habían tomado parte en las elecciones. Después de otras elecciones subsecuentes, el número de diputados creció hasta quinientos sesenta y el soviét decidió publicar su propio periódico, dado a conocer como *Izvestia*.

Los obreros exigieron libertad constitucional, mejores salarios y menos horas de trabajo. Era evidente que el Soviet de Representantes de los Obreros era algo nunca antes visto en la historia de Rusia, estando en una

escala histórica más alta que la Comuna de París. Nadie sabía entonces que se trataba del ensayo general para 1917 y fue considerado como una forma de federación sindical.

La huelga general había alcanzado su clímax en octubre. La consigna principal era la demanda de la jornada de ocho horas y la proclamación de una Asamblea Constituyente. Los marineros se unieron a los obreros. El *Kronstadt* se amotinó y el 17 de octubre, el Zar estaba lo suficientemente conmocionado como para acceder a emitir un manifiesto que prometía una constitución, libertades civiles y sufragio universal. Pero mientras el primer ministro liberal, el conde Witte, preparaba dicho manifiesto, el general Trepov daba órdenes a la policía de “no economizar balas”. Fue entonces que Trotsky se dirigió a las masas: “Ciudadanos, ahora que hemos puesto nuestro pie sobre el cuello de la camarilla gobernante, nos prometen libertad... ¿Es acaso una promesa de libertad lo mismo que la libertad? Nuestra fuerza está en nosotros mismos”.

Los obreros a través del soviét, habían instituido ciertamente la libertad de prensa al requisar las imprentas para imprimir sus propios periódicos, los de los partidos y grupos socialistas, actuando como si efectivamente fueran un gobierno alternativo. Emitieron permisos para que se hicieran las tareas indispensables; refrendaban las órdenes municipales y mantenían su disciplina propia. El soviét pidió a los obreros imponer la jornada de ocho horas en sus barcos y tuvieron la fuerza suficiente como para impedir la ejecución sumaria de los líderes del amotinamiento del *Kronstadt* y anteriormente asegurar la amnistía para muchos presos políticos que fueron dejados en libertad. Sólo a mediados de diciembre se atrevió la autocracia a contraatacar y arrestar a los dirigentes del Soviet de San Petersburgo.

El Soviet de San Petersburgo duró cincuenta días. Durante ese tiempo 1) se hizo cargo de la huelga política general; 2) proclamó la libertad de prensa; 3) proclamó la jornada de ocho horas e hizo un llamado a los obreros para instituirlo, negándose a trabajar más tiempo; 4) organizó la huelga de noviembre en defensa de los marineros arrestados del *Kronstadt* y de la Polonia revolucionaria en donde se había declarado la ley marcial; 5) colaboró en la creación de sindicatos y tomó la iniciativa de organizar y apoyar a los desempleados; 6) emitió el Manifiesto de Finanzas en el cual hacía un llamado a la población para que se negara a pagar impuestos; 7) hizo un llamamiento para una Asamblea Constituyente y para la autonomía de las minorías nacionales, así como para una milicia del pueblo en vez del ejército permanente. En el curso general de la revolución se le unieron olas de movimientos de liberación de nacionalidades oprimidas.

Esta fue la única democracia y civilización que Rusia alguna vez había conocido y la brutalidad y la ferocidad con que fue aplastada se debió a que en tan corto tiempo había logrado minar considerablemente el odiado régimen zarista. De hecho, cuando los miembros del Soviet de San Petersburgo fueron arrestados a mediados de diciembre, el Soviet de Moscú llegó a su clímax. Llamaron a una huelga general y los socialistas¹⁵⁴ estaban decididos a hacer de esto el inicio real de una insurrección. Se construyeron barricadas y hubo batallas campales en las calles. La ciudad de Moscú entera estuvo en manos de los revolucionarios por varios días antes de ser sumergida en sangre.

Hoy día hay filisteos que se ocupan de explicar la definición de la palabra “soviet” o “consejo” los cuales tratan de concluir que “si” los obreros rusos hubieran tenido sindicatos (y por ende un Consejo de Trabajo y de Gremios), a la palabra “soviet” nunca se le habrían imputado las connotaciones políticas y revolucionarias que tuvo, olvidando sólo una cosa: los hechos mismos: 1) Ninguna de las “agrupaciones de vanguardia” “inventaron” esos consejos ni los adornaron con fraseología revolucionaria, sino todo lo contrario. Los socialistas en la clandestinidad fueron tomados por sorpresa completamente, los bolcheviques tenían sospechas de estas nuevas formas de organización temiendo que se constituyeran en rivales de su partido marxista. 2) Estos consejos fueron la expresión espontánea de las masas populares. Nadie había pedido a los obreros constituir tales organizaciones, nadie había previsto el rol que habrían de jugar. Los mencheviques se unieron a ellos antes que los bolcheviques, pero se unían a lo que ya había sido creado espontáneamente por el proletariado. 3) Los Soviet de Representante de los Obreros no era sólo un “nombre” para un Consejo del Trabajo y de Gremios, aunque habían surgido de la necesidad de coordinar las huelgas que se extendían a toda Rusia a fines de la guerra ruso-japonesa. Las “connotaciones” revolucionarias expresaban el contenido revolucionario natural que se atrevió no sólo a desafiar a la autocracia zarista, sino a actuar como si fuera efectivamente un gobierno

¹⁵⁴ Tanto en San Petersburgo como en Moscú, el *soviet* trabajó en colaboración muy estrecha con los partidos socialistas, aunque estos partidos habían debatido durante mucho tiempo acerca de la actitud que debían adoptar hacia el *soviet*. Cuatro volúmenes de documentos originales de la Revolución de 1905 se han publicado ahora en ruso. El lector americano sólo puede obtenerlos de fuentes secundarias: tanto la obra de Cole anteriormente citada sobre la Segunda Internacional y la obra *León Trotsky, el profeta armado*, de Deutscher, incluyen resúmenes de los acontecimientos.

alternativo. Años más tarde Lenin resumió el significado de los *soviets* del siguiente modo:

“Estos órganos fueron creados exclusivamente por los estratos revolucionarios de la población, sin leyes ni normas, en una forma absolutamente revolucionaria, como el producto de la creatividad innata del pueblo que se había liberado o se estaba liberando de los grilletes de la policía. Eran precisamente órganos de poder a pesar de su carácter embrionario, espontáneo, informal y difuso en cuanto a la composición y métodos de funcionamiento...”¹⁵⁵

“Ellos (los filisteos) vociferan acerca de la desaparición del sentido y la razón, cuando el examen minucioso de actas parlamentarias llevada a cabo por todo tipo de burócratas y liberales pagados por cuartilla, abre el paso al periodo de actividad política directa de la “gente común”, quienes en su forma simple y directa destruyen inmediatamente los órganos de opresión del pueblo, toman el poder, se apropian de todo lo que se consideraba propiedad de los saqueadores del pueblo –en una palabra, es precisamente cuando el sentido y la razón de millones de despojados está despertando, no sólo a la lectura, sino a la acción, a la viva acción humana, a la creatividad histórica”.¹⁵⁶

Pero este “sentido y razón de millones de despojados” no sólo no tenía ningún lugar en la teoría de los filisteos; tampoco tenía lugar en la teoría de la socialdemocracia alemana.

La Revolución de 1905 tuvo la “desgracia” de haberse llevado a cabo entre un congreso y otro, “por lo tanto” no fue incluida en la agenda de 1907. Nadie consideró seriamente el fenómeno del soviét. Rosa Luxemburgo habló de la huelga general y trató de construir su teoría en torno a ese fenómeno. Lenin no hizo nada más que unirse a R. Luxemburgo en una enmienda a la resolución contra la guerra.

La teoría revolucionaria es una tarea difícil, no surge sólo de la buena voluntad, no tiene otra fuente que el proletariado sublevado –las capas profundas y bajas del proletariado que permanecen fieles a su ser revolucionario. “El proletariado o es revolucionario o no es nada”, dijo Marx a Lassalle. El teórico que no esté impregnado de este concepto hasta el tuétano de sus huesos, estará fatalmente inducido a aceptar la “solución” planteada por los intelectuales radicales que es en esencia, una solución *burguesa*. Lassalle no fue el primero ni el único de los marxistas dispuesto

¹⁵⁵ Lenin, *Obras escogidas*. Tomo 7, pág. 251 (Se mantiene la paginación de la edición en inglés).

¹⁵⁶ Lenin, *Obras escogidas*. Tomo 7, pág. 261.

a conformarse con mucho menos que este concepto. La Segunda Internacional, al no compenetrarse con los nuevos impulsos de la sublevación de la clase obrera rusa, necesariamente dejó la puerta abierta a impulsos de las fuerzas opuestas: la producción capitalista. Esto sucedió en 1907, también fue así en 1914 y ciertamente, la prueba no se limita al fenómeno de traición, sino que incluye al revolucionario Bujarin queriendo culpar de esta traición a la clase obrera, *como clase*, a modo de anticipo de la siguiente etapa del desarrollo, el auge de la burocracia *después* de la Revolución de 1917-1923. En el periodo que siguió a la muerte de Lenin, el trotskismo es un fenómeno a observar. Trotsky se vio obligado a crear una identificación forzada entre el Estado de los obreros y la propiedad estatizada, lo cual violentaba al concepto mismo de socialismo. Las abstracciones han sido siempre el refugio de los ultraizquierdistas y de los idealistas y como resultado, no pueden llevar la dialéctica a la *acción*, ni tampoco al *pensamiento*. En su lugar, estos teóricos crean “nuevos conceptos” de sus propias vibraciones cerebrales, distanciadas de la dialéctica del movimiento objetivo y de las aspiraciones subjetivas del proletariado. (Regresaremos a este tema más adelante).

3) El fin de la Segunda Internacional: La nueva etapa de la producción capitalista y la estratificación del proletariado

El siglo veinte se inauguró con el primer *trust* de mil millones de dólares (United State Steel). La era del acero siguió a la del vapor. La industria pesada tuvo preponderancia sobre la industria ligera. La producción a gran escala comenzó a tomar nuevas formas: las coaliciones de empresas y los *trusts* o consorcios, la libre competencia se estaba transformando en su contrario, el monopolio. Con las coaliciones de empresas y los *trusts* llegó el imperialismo y con las exorbitantes ganancias imperialistas tuvo lugar una estratificación de la clase obrera misma entre los aristócratas del trabajo (los obreros cualificados) y la gran masa de obreros mal pagados y no organizados.

Una vez que la Segunda Internacional se aisló de los nuevos impulsos surgidos del año 1905 –no solamente de la Revolución Rusa, sino de la IWW (*Industrial Workers of The World*, - Obreros Industriales del Mundo), de los países “desarrollados”, sino de la atrasada África y la rebelión Zulú ¿con qué impulsos podían ellos estar en sintonía que no fueran los de los aristócratas del trabajo?

Nadie se equivocó en lo absoluto acerca de la rápida transformación de la Federación Americana del Trabajo de una organización combativa y

militante a un diluido “sindicalismo de negocios”. *Todos, incluyendo a Lenin*, fueron confundidos cuando lo mismo ocurrió con los sindicatos alemanes “bajo la influencia socialista”, porque los manifiestos y pronunciamientos seguían apareciendo con toda fuerza y en el lenguaje “tradicional”. En verdad, no fue la socialdemocracia alemana la que “fijó la línea” que los infiltró de cabo a rabo, sino la aristocracia obrera. No podía haber sido de otra manera, ya que sólo esta última tenía una base *objetiva* y las capas altas de la clase obrera empezaron a tener una participación en las ganancias excesivas del imperialismo alemán.

Mientras Marx hablaba del “aburguesamiento” de una parte del proletariado británico y de la necesidad de ir a las capas “más bajas y profundas” de la clase obrera, los líderes de la Segunda Internacional dijeron: “dado que” sólo hay un proletariado, “por lo tanto” debe haber sólo una socialdemocracia en cada país. Mientras Marx escribía: “el proletariado o es revolucionario o no es nada”, Bernstein escribió que para él, “el movimiento” (es decir, el Partido Socialista) lo era todo y “el socialismo nada”.

Esa declaración fue burda y “revisionista” y no sólo caracterizó a los revisionistas que eran una minoría, sino a los marxistas “ortodoxos” que constituían la mayoría. En efecto, la socialdemocracia alemana nunca fue capaz de establecer una línea tan clara en contra de la derecha como lo hizo en contra de la ultraizquierda. Los anarquistas fueron expulsados en 1896; mientras que los revisionistas no sólo no fueron expulsados, sino que no se les censuró y se les permitió seguir siendo dirigentes con autoridad corrompiendo a todo el partido.¹⁵⁷ Cuando Bernstein criticó y revisó el análisis de Marx de la ley del movimiento de la sociedad capitalista, estaba siendo sólo el ejemplo más visible de aquello que estaba corrompiendo el corazón mismo de la socialdemocracia alemana en su proceso de adaptación al medio capitalista.

No sólo Berstein, sino los teóricos ortodoxos –desde Kautsky, que escribía teoría “pura”, hasta Hilferding, quien realizó el estudio concreto titulado *El capital financiero*– dieron expresión precisamente a esta nueva

¹⁵⁷ Que el partido era, para comenzar, corruptible, podía verse hasta a partir de los chismes de pasillos, según los cuales uno de los líderes del “ala revolucionaria” le dijo a Bernstein: “Pero esas cosas de las que usted habla deberían hacerse, no decirse”. Aquellos que insisten en buscar las “raíces” del estalinismo en el leninismo encontrarían, si fueran objetivos, todo un bosque de “raíces” para el concepto de Estado unipartidista en la tesis de la Segunda Internacional de que sólo una socialdemocracia existe en cada país.

estratificación de la clase obrera. Esto pasaba por ser “teoría marxista”, sin embargo, *El capital financiero* de Rudolf Hilferding, difícilmente se distingue del estudio liberal *El imperialismo* de Hobson. Ambos son igualmente pedantes y llenos de estadísticas. El libro de Hobson, escrito en 1902 es una obra pionera en su rama. El de Hilferding, escrito en 1910, es una continuación de aquél con “conclusiones socialistas”. Hilferding se pronuncia “a favor de” la dictadura del proletariado, pero *el proletariado en ambos estudios es sólo una masa inerte*. En efecto, el libro de Hilferding describe el control monopolista como si superara a la anarquía, en vez de profundizar las contradicciones del “control” y de la “anarquía del mercado”. Sus concepciones teóricas presentan un suave y bien engrasado mecanismo de los acontecimientos. La contradicción ha sido eliminada. Así como el capitalismo monopolista impuso el “orden” al mercado nacional, del mismo modo, arguye él, los obreros “tomarán las riendas” y traerán el orden a la anarquía del mercado internacional.

Todo se *organizaría*. Los sindicatos manejarían la industria mientras que el partido político tomaría a su cargo el aparato estatal. Ya no tiene ningún sentido romper las cadenas de la omnipresente maquinaria capitalista, ni tampoco existe la más leve idea de que “la dictadura del proletariado” o “los obreros organizados como clase gobernante” significa la reorganización total de las relaciones de los hombres en el momento de la producción *por los hombres mismos*. La suposición fundamental parecía ser que un cuadro de dirección –los organizadores del trabajo– reemplazaría a la oligarquía financiera y haría en el plano internacional lo que la burguesía había hecho sólo a nivel nacional.

Lo único que les faltaba en su esquema de capitalismo organizado sin “grandes guerras” era la dialéctica de los “incidentes” menores, desde la división imperialista de África hasta la gran fusión balcánica. Estaban ciegos ante la necesidad interna y el impulso expansionista del imperialismo y ante el colapso irreconciliable de la civilización occidental.

No podía ser de otra manera, ya que lo que faltaba del concepto “monopolizado” de la “socialización de la producción” era la *fragmentación* del trabajador, convirtiéndolo en un engranaje de una máquina, la realidad del progreso capitalista como una *deshumanización*. La socialdemocracia alemana había llegado a ser parte del organismo mismo del “capitalismo progresivo” y estaba destinada a caer junto con él.

Cuarta Parte

La Primera Guerra Mundial
y la gran división en el
marxismo

Capítulo 10

El colapso de la Segunda Internacional y la ruptura en el pensamiento de Lenin

El holocausto de la Primera Guerra Mundial, desencadenado abruptamente después de un siglo aproximado de paz y de optimismo general, conmovió al mundo hasta sus cimientos. Ocasionó la caída de la organización socialista mundial conocida como la Segunda Internacional. La socialdemocracia alemana había votado a favor de la obtención de créditos para la guerra del *káiser* y tan increíble resultaba esto, tan completamente inesperado, que el *Vorwärts*, que anunció el hecho, fue considerado por Lenin como una falsificación de la Oficina Imperial Alemana. Cuando se probó su veracidad, se tambaleó la base teórica sobre la cual se había apoyado la misma y en la cual se había creído tan inconmoviblemente.

Con anterioridad a agosto de 1914, todos los marxistas estaban de acuerdo en que las condiciones materiales creaban la base para la nueva sociedad; que entre más avanzadas eran las condiciones materiales, mejor preparado estaría el proletariado para tomar el poder. Ahora, esos mismos partidos de masas trabajadoras —en los países más avanzados, en donde la tecnología se había desarrollado más y el proletariado era el más organizado— tomaban una acción que precipitaba a las masas de trabajadores a través de las fronteras nacionales para masacrarse mutuamente “en nombre de la defensa de la patria”. Alemania fue sólo el primer país. Los marxistas de los otros países europeos en guerra, pronto siguieron su ejemplo. La socialdemocracia alemana no era una organización de liberales burgueses o de reformistas desviacionistas, era fundamentalmente, una organización de revolucionarios marxistas declarados. Anterior al desencadenamiento de la guerra, habían tomado una posición firme, nada ambigua, contra cualquier guerra imperialista que pudiera desencadenarse. Tan pronto como la guerra había sido declarada, ya ellos formaban parte de la movilización en pro de la destrucción. ¿Por qué? Si, traicionaron, pero la traición no fue un mero “venderse”. ¿Cuáles fueron las causas *objetivas* para ese colapso *ideológico* tan general? El hecho fue abrumador, imprevisto e incontrovertible. Lenin enfrentando la aparición de una contrarrevolución *en el seno* mismo del movimiento revolucionario, se dio a la búsqueda de una filosofía capaz de reconstituir sus propias razones.

Empezó a leer la *Ciencia de la lógica* de Hegel lo cual constituyó el fundamento filosófico para la gran división en el marxismo.¹⁵⁸ Sus *Cuadernos filosóficos* muestran cuán completa fue la reorganización de su concepción sobre la relación entre las fuerzas materiales o económicas y las fuerzas humanas, subjetivas; la relación entre la ciencia y la actividad humana.

1) Lenin y la dialéctica: Un cerebro en acción

“Todas las revoluciones, en las ciencias así como en la historia general, se originan sólo en esto: que el espíritu del hombre, para el entendimiento y comprensión de sí mismo, para la posesión de sí mismo, ha alterado sus categorías, uniéndose en una relación más verdadera, más profunda y más intrínseca consigo mismo”.

Hegel

Nadiezhdha Krupskaya, la colaboradora más cercana de Lenin y su cónyuge, nos dice en sus *Memorias de Lenin*, que su esposo comenzó su estudio sobre Hegel para el “Ensayo sobre marxismo”, a petición de la *Enciclopedia Granat*. A partir de entonces Lenin situó la cuestión filosófica en el primer plano, como resulta evidente de la primera sección del ensayo, por eso ella añade que: “Esa no era la manera usual de presentar las enseñanzas de Marx”.

Y es verdad, se había escrito gran cantidad de “popularizaciones” de la economía marxista. El *Ensayo* de Lenin es el primero, desde la muerte de Marx y Engels, en presentar la primacía del enfoque filosófico. No hay duda de que tan pronto como Lenin abrió la *Ciencia de la lógica*, captó la importancia de la dialéctica, *el movimiento* del pensamiento:

“El movimiento y el auto-movimiento (esta NB, movimiento independiente, espontáneo, internamente necesario), 'el cambio', 'el movimiento y la vida', 'el principio de todo movimiento propio', 'el impulso

¹⁵⁸ Debe tomarse en cuenta que Lenin no conocía la mayor parte de los primeros ensayos filosóficos de Marx. Estos no se publicaron hasta después de la Revolución Rusa, cuando el Instituto Marx-Engels le compró a la Segunda Internacional los archivos. El retorno de Lenin a los fundamentos filosóficos fue a través de sus propias lecturas de Hegel.

hacia el movimiento' y hacia 'la actividad' lo opuesto al 'ser muerto'. ¿Quién creería que este es el meollo del hegelianismo, del abstracto y abstruso hegelianismo? Debemos descubrir esta esencia, captarla, salvarla, sacarla de su concha, purificarla –que es precisamente lo que han hecho Marx y Engels”.¹⁵⁹

Cuando Lenin *empezó* su estudio de Hegel, como lo muestran sus *Cuadernos filosóficos*, todavía se sentía obligado a recalcar que estaba leyendo a Hegel con un enfoque materialista, en vez de darlo por un hecho e ir directamente a lo que era nuevo. Al final de los estudios hegelianos, escribió:

“El idealismo inteligente está más cerca del materialismo inteligente, de lo que está el materialismo estúpido”. “Idealismo dialéctico en vez de inteligente; metafísico, no desarrollado, muerto, vulgar, estático, en vez de estúpido”.

Con su precisión característica, Lenin mismo cuenta cuando él por primera vez captó plenamente la dialéctica. Entre julio y noviembre de 1914 escribió el *Ensayo sobre marxismo*, al mismo tiempo que emprendió su estudio de la “Lógica mayor”. El 4 de enero de 1915, habiendo enviado ya el *Ensayo* a la *Enciclopedia Granat*, escribió: “A propósito, ¿habrá tiempo todavía para hacer algunas correcciones en la sección sobre la dialéctica? Quizá tengan la amabilidad de escribir y decir cuándo exactamente irá a la imprenta y cuál es la fecha final para recibir las correcciones. He estado estudiando la dialéctica el último mes y medio y pienso que podría agregar algo si hubiese tiempo...”

Seis semanas fue el tiempo que le tomó para llegar al libro sobre “La subjetividad” en la “Doctrina del concepto”. Los *Cuadernos* tienen fecha: 17 de diciembre de 1914. Fue en la sección sobre los “Silogismos”, donde Hegel destruye la oposición entre subjetividad y objetividad, donde Lenin se explaya con los aforismos que revelan lo decisivo de su ruptura con *su propio pasado filosófico*.

Hasta entonces, para Lenin, como para todos los demás en la Segunda Internacional, la dialéctica hegeliana había sido importante sobre todo como un punto de referencia en las polémicas internas. Si un opositor era oscuro, se le acusaba de sofística dialéctica y se le recordaba que Marx había puesto a Hegel con los pies en la tierra, volteándolo al revés. A los reformistas y teóricos evolucionistas del desarrollo socialista se les

¹⁵⁹ Todas las citas de los *Cuadernos* de Lenin pueden encontrarse en el Apéndice B, *Lenin sobre la Ciencia de la lógica*, de Hegel. (Vea nota 8 de la presente edición) (N. del T.)

confrontaba citando la “dialéctica” de Hegel. Había un consenso general de que Hegel significaba desarrollo y revolución, más que permanencia estática y evolución. La concepción de contradicción era la de dos unidades existiendo *una* al lado *de* la otra. La concepción de los opuestos no iba más allá del dualismo kantiano –como si Hegel no lo hubiera destruido con la concepción de que cada cosa aislada es en sí una contradicción, como la base de todo movimiento. Por ende, todo movimiento es automovimiento.

Habiendo roto con su pasado filosófico, Lenin se encaminó con audacia a resumir la esencia de la dialéctica: “Brevemente, la dialéctica puede definirse como la doctrina de la unidad de los contrarios. Es así como se capta el meollo de la dialéctica, pero eso requiere explicación y desarrollo”.

Por primera vez dejó de estar satisfecho con *El capital financiero* de Hilferding, el estudio reconocido y aceptado de la última etapa del desarrollo capitalista. Se embarcó en un análisis independiente. Sus voluminosos cuadernos, de 693 páginas, fueron su preparación para el pequeño volumen que fue publicado con el título de *El imperialismo*. Esas notas preparatorias muestran cómo, en el estudio económico concreto, se atiende estrictamente a la dialéctica. La obra publicada era en sí misma una demostración en economía, de la dialéctica como la unidad de los contrarios.

Antes de 1914, los marxistas habían tratado a las coaliciones de empresas, los *trusts* y los sindicatos, como meras “formas” de la producción a gran escala, como parte de un desarrollo continuo del capitalismo. El capitalismo parecía estar “organizando” la economía, eliminando “la falta de planificación” y de esa manera facilitándole a los obreros “la toma de poder” –como si fuera simplemente cuestión de reemplazar un grupo de funcionarios por otro. Ahora, sin embargo, Lenin trata al monopolio no tanto como parte de un desarrollo continuo, sino como un desarrollo a través de las contradicciones, mediante *la transformación en su contrario*.

La competencia fue transformada en su contrario: el monopolio. Pero el monopolio no trascendió a la competencia, coexistió al lado suyo, multiplicando las contradicciones y profundizando la crisis. El imperialismo no surgió del capitalismo en general, sino del capitalismo en una etapa específica “cuando sus cualidades esenciales se transformaron en sus contrarios”. Así como la competencia fue transformada en su contrario, el monopolio, una parte del proletariado fue transformado en *su* contrario, la aristocracia obrera. Ese fue el baluarte de la Segunda Internacional y lo que causó su colapso.

El estudio de Lenin del capitalismo monopólico sucedió a sus *Cuadernos filosóficos* y fuera de ese contexto no puede ser plenamente comprendido. Una vez que Lenin vio la contrarrevolución en el seno del movimiento revolucionario, se sintió obligado a romper con sus concepciones anteriores de la relación entre materialismo e idealismo. La clave de sus *Cuadernos filosóficos* no es nada menos que la restauración de la verdad al idealismo filosófico en contra del materialismo vulgar al cual le había dado él luz verde en 1908 en su obra sobre *Materialismo y empiriocriticismo*.¹⁶⁰ Con todo lo necesario que pudo haber sido ese libro para las finalidades específicas de Rusia –Rusia estaba en un estado tal de atraso que en 1908 todavía se tenía que luchar contra el clericalismo dentro del movimiento marxista– ahora se incluía a sí mismo entre los marxistas que “criticaron a los kantianos... de una manera feuerbachiana más que hegeliana”.

De su antiguo maestro Plejanov, reconocido y respetado como tal, Lenin ahora escribe: “Plejanov escribió sobre filosofía (dialéctica) probablemente cerca de mil páginas (Beltov + contra Bogdanov + contra los kantianos + cuestiones básicas, etc., etc., sobre la filosofía [dialéctica]). No hay nada en ellas sobre la lógica mayor; acerca de ella, de *sus* pensamientos (i.e., la dialéctica *misma* como una ciencia filosófica), ¡nada!”.

Consigo es igualmente despiadado, sin conceder ninguna gracia, ni siquiera en el campo económico:

“Es imposible captar enteramente *El Capital* de Marx, y especialmente su primer capítulo, sin haber estudiado y comprendido *toda* la *Lógica* de Hegel. Por consiguiente, ¡ninguno de los marxistas ha entendido a Marx en la última mitad de siglo!”.

¹⁶⁰ No es por accidente que el libro favorito en Rusia sea ahora este mismo *Materialismo y empiriocriticismo*, que ha pasado por innumerables ediciones. Estas ediciones acrisolan la relación de Lenin con la dialéctica al incluir dos páginas de sus *Cuadernos filosóficos* como si éstos y el libro *Materialismo y empiriocriticismo* formaran un desarrollo continuo. Al mismo tiempo, ni un solo estudioso del Instituto Marx-Engels-Lenin ha podido hacer una contribución al pensamiento en sus ediciones de los *Cuadernos*. El concepto ruso del atraso de los anglosajones es tal, que ni siquiera se han molestado nunca en hacer una traducción de los *Cuadernos* para el público norteamericano e inglés. La primera traducción de los *Cuadernos* al inglés está incluida en el Apéndice B de este libro. (Vea nota 8 de la presente edición.)

Antes de 1914, Lenin tenía una concepción de *El Capital* y de la filosofía. La guerra y el derrumbe de la Segunda Internacional lo llevaron a dirigirse hacia la dialéctica y cambiar sus puntos de vista. Pero no enfrentó a ninguno de los dos acontecimientos con una mente en blanco. Él había sido un revolucionario militante en Rusia y estaba modelado por la agudeza de las contradicciones de ese país atrasado. No hay un estudio más profundo del segundo tomo de *El Capital* que el que Lenin hizo a principios de siglo; no hay una captación más profunda de la dialéctica en acción, es decir, de las “*masas como razón*” que la que tuvo él de la Revolución de 1905. No importaba donde residiera Lenin, él seguía *viviendo* en Rusia. Era un *marxista ruso*. No estaba preparado para el colapso de la Internacional. Pero habiéndolo enfrentado tanto en la realidad como en la filosofía, se hizo políticamente más inculdicable que nunca. No era un “estado de ánimo”. Su actitud no era sólo contra los traidores. El colapso de la Segunda Internacional significó el derrumbe de todo el pensamiento y el método de pensamiento anterior que se había autodenominado marxista, es decir, de *todo* el marxismo establecido.

2) La Revolución Irlandesa y la dialéctica de la historia.

No existe ninguna obra importante de Lenin, desde sus *Cuadernos filosóficos* hasta su muerte, que no esté impregnada de la dialéctica. Es el corazón mismo de toda su obra desde *El imperialismo* hasta *La bancarrota de la Segunda Internacional*, desde *La cuestión nacional* hasta *El Estado y la revolución*; desde el famoso *Debate sobre los sindicatos* hasta su *Testamento*. Es en su *Testamento* donde Lenin dice que piensa que Bujarin nunca llegó a comprender realmente la dialéctica y *por lo tanto*, no puede ser considerado “un marxista pleno”. Así vemos que la gran división en el marxismo, que abrió un abismo insalvable entre la Segunda Internacional y la tendencia que habría de convertirse en la nueva Tercera Internacional, no se agotaba ahí, por el contrario, los nuevos fundamentos filosóficos ya contenían en germen la siguiente división de este. Pues esta es la batalla de la razón y si alguien no ha cambiado su *método* de pensamiento, puede estar seguro de derrumbarse en la siguiente gran crisis. El supremo ejemplo de ello durante la guerra, fue alguien que se convertiría en líder de la Revolución Rusa: Nikolai Bujarin y la cuestión era la de la autodeterminación de las naciones en la cual Lenin se vio aislado incluso entre los mismos bolcheviques.

Antes de la Primera Guerra Mundial no existía ninguna diferencia entre los bolcheviques en torno a la cuestión de la autodeterminación de las

naciones. Todos estaban de acuerdo, “en principio”, con la liberación de las naciones, pero mientras Lenin advertía, con el desencadenamiento de la guerra, una nueva urgencia en la cuestión, Bujarin elaboró una tesis completamente nueva: “La época imperialista es una época de absorción de pequeños Estados...” escribió. “Por lo tanto, es imposible luchar en contra de la esclavización de las naciones más que luchando en contra del imperialismo... *ergo* en contra del *capitalismo* en general. Cualquier desviación de ese camino, cualquier apoyo a tareas 'parciales' de la 'liberación de las naciones' *en el* reino mismo de la civilización capitalista, significa la desviación de las fuerzas proletarias de la solución real del problema... La consigna de la 'autodeterminación' es primeramente *utópica* y *perjudicial*... como consigna que *disemina ilusiones*”.¹⁶¹ Y culpando a las masas, también escribe: “El colapso de la Segunda Internacional es reconocido como un hecho. Este colapso se explica no tanto por la traición de los dirigentes como por las causas objetivas de la conducta chauvinista de las masas”.¹⁶²

Lenin, calificó esto nada menos que de “economismo imperialista” diciendo que era evidente que Bujarin había permitido que la guerra le “*suprimiera*” el pensamiento: “La actitud desdeñosa del 'economismo imperialista' hacia la *democracia* constituye una de esas formas de *depresión* o *supresión* del razonamiento humano causada por la guerra”.¹⁶³

Lenin atacó igualmente fuerte al codirigente de Bujarin, Pyatakov: “El verdadero origen de todos sus curiosos errores en lógica es que su pensamiento *ha sido deprimido* por la guerra; debido a esa depresión la posición del marxismo hacia la democracia en general ha sido básicamente distorsionada”.¹⁶⁴

Es verdad, continuó Lenin, que “el capitalismo en general y el imperialismo en particular transforman a la democracia en una ilusión”. Pero “al mismo tiempo generan tendencias democráticas entre las masas...”¹⁶⁵ En oposición a la contraposición que hacían Bujarin y

¹⁶¹ Citado por O.H.Gankin y H.H. Fischer, *The Bolsheviks and the World War.*, p. 219.

¹⁶² *Ibid.*, p. 222.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 223.

¹⁶⁴ *Ibid.*, p. 225.

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 226. Esto es aún mas cierto en nuestra época de capitalismo de Estado. Esto es lo que obligó a Mao Tse-tung a esconder su totalitarismo bajo la consigna: “Dejad que florezcan cien flores, dejad que contiendan cien escuelas de pensamiento”. Al admitir la existencia de contradicciones en la “República del Pueblo”, dijo que hacer lo contrario sería “negar toda realidad objetiva”. Eso es,

Pyatakov de la existencia del imperialismo y la no existencia de la democracia, Lenin recalcó la coexistencia del imperialismo y las tendencias democráticas entre las masas.

En el día de Pascua de 1916, las masas irlandesas actuaron. La escasez de alimentos causada por los requerimientos militares, la amenaza de reclutar a los irlandeses para el servicio en el ejército británico, los altos impuestos, el encarcelamiento de miles de personas bajo “El Acta de Defensa del Reino”, llevó a su punto culminante el descontento del pueblo irlandés.

La insurrección comenzó con la proclamación de la República Irlandesa al pie de la columna de Nelson en Dublín. Destacamentos de Voluntarios Irlandeses tomaron por la fuerza posiciones importantes a lo largo de Dublín: la Oficina General de Correos, el parque llamado St. Stevens Green, los “Four Courts”, muchos puentes y posiciones de ventaja en las azoteas. Los Voluntarios Irlandeses fueron organizados primero en 1913 como resultado de la heroica huelga del Sindicato Irlandés de Trabajadores del Transporte y en 1916 fortalecidos por el Ejército del Pueblo, formado por el gran marxista revolucionario James P. Connolly.

En la fábrica Jacobs, los trabajadores pobres del distrito formaron una barrera humana, desarmada, alrededor de la fábrica, protegiendo sus medios de subsistencia de la destrucción por parte del ejército británico.

Mujeres y niñas llevaban comida y municiones a las barricadas; luchaban al lado de sus hombres; acarreaban despachos de un punto a otro entre las zonas tomadas por los rebeldes. Las adolescentes se organizaron como las “Cuman Na Ban”; los *Boy Scouts* fueron organizados por la condesa de Markievicz y participaban tanto en la lucha como en funciones de correo.

El obrero y el intelectual, el clérigo, el comerciante y el manufacturero, todos estaban decididos a deshacerse de la dominación británica. Como escribió el periodista Maurice Joy: “No había fronteras intelectuales: los

con toda seguridad, verdad. Pero en esto consiste precisamente la suprema manifestación del carácter de clase del régimen chino. Lo único que olvidó este “altivo vasallo... en los intereses del poder estatal” (para usar una frase hegeliana), es que seiscientos cincuenta millones de seres humanos no pueden mantenerse durante mucho tiempo embotellados en contradicciones. Con seguridad ellos encontrarán la manera de salir de “la contradicción” para llegar a la verdadera solución revolucionaria. (Para un análisis objetivo de la economía china, véase: *An Economic Survey of Communist China*, por Yuan-wu, Bookman Assoc., N. Y., 1956).

poetas escribían tratados sobre el telégrafo y los telegrafistas escribían dramas, sobre todo, no había diletantes entre ellos”.

En el primer día, los británicos quedaron sorprendidos con la actividad y el éxito de los irlandeses, cuya conducta no tenía reproche. Así lo tuvo que reconocer hasta el más acérrimo enemigo inglés. No hubo saqueos, rapiña ni brutalidad, los prisioneros recibían el mismo trato que los que defendían las barricadas.

La consigna de los hombres era: “Es mejor perder habiendo luchado que no haber luchado nunca”.

Este no sólo fue un golpe poderoso para el imperio británico, también dio una señal al mundo de que la lucha del hombre por la libertad no es sólo una fuerza ideológica sino material. La insurrección sólo pudo ser aplastada cuando a todas las fuerzas se le terminaron completamente las municiones y fueron aislados de todo apoyo, pero se encendió una llama que continuaría brillando hasta que la independencia fue finalmente alcanzada.

Lenin saludó la rebelión y la aceptó como la prueba real de su tesis. Al resumir la discusión sobre la autodeterminación concluyó:¹⁶⁶ “La dialéctica de la historia es tal que pequeñas naciones, desprovistas de poder como un factor *independiente* en la lucha contra el imperialismo, juegan el papel de fermentos, de bacilos, que ayudan a que aparezca en escena el verdadero poder contra el imperialismo, es decir, el proletariado socialista”.

“Imaginar que la revolución social es *concebible* sin las revueltas de pequeñas naciones en las colonias y en Europa... significa *repudiar la revolución social*”.¹⁶⁷

Bujarin se cegó completamente ante el hecho de que la dialéctica de la revolución misma estaba en juego en el debate teórico. Mientras él buscaba un panorama integral del colapso del imperialismo y del capitalismo, *Lenin buscaba nuevos principios que determinarían el fin*, y los encontró en dos direcciones: 1) las luchas de agrupaciones nacionales por la independencia, y 2) la estratificación misma de la clase obrera. Lejos de considerar “chauvinista” a la clase obrera *como clase*, Lenin buscaba las capas más bajas y profundas de esta para liberar las energías creativas de millones.

Si se permite la terminología hegeliana, lo que estaba diciéndole a Bujarin era que quien no ve surgir un nuevo “sujeto” de una gran crisis está obligado a dirigirse precipitadamente hacia el “Absoluto” (léase:

¹⁶⁶ “El debate sobre la autodeterminación de las naciones” en las *Obras escogidas* de Lenin, contiene el mejor material acerca del Problema Nacional.

¹⁶⁷ Lenin, *Obras escogidas*, tomo V, p. 303.

socialismo) como si cayera del cielo, en vez de vivir los dolores de parto de una revolución que se desarrolla realmente o de la historia viva. Tiempo atrás, Marx había criticado fuertemente el “materialismo abstracto” por no ver “los procesos de la historia”. Ahora Lenin se tornaba intolerante frente al “economista”. La *lógica* de la autodeterminación, tanto en la teoría como en la práctica, *demonstró que justamente cuando* había una creciente “internacionalización”, es decir, represión imperialista, *era entonces que también* ocurría la insurrección. Le estaba pidiendo a Bujarin alejarse de la “causalidad” para explicar la relación entre lo ideal y lo real, y en su lugar estar donde está el “concepto” de libertad y subjetividad, es decir, en la fuerza libre y creadora de las masas.

Así, la gran división en el marxismo, no fue sólo con los traidores, sino con los que, en el pensamiento, se acercaban a la dialéctica pero nunca la alcanzaron de lleno, por lo que no podían ser considerados “plenamente marxistas”. La más pequeña desviación de la dialéctica de la revolución es decir, la *relación* estricta de la actividad revolucionaria de las masas con la etapa económica específica y el teórico marxista terminan por anticipar la próxima etapa del desarrollo *burgués*. Lo que Bujarin propuso sólo en teoría, Stalin tuvo la crueldad suficiente para llevarlo a la práctica. Veremos, cuando nos ocupemos de Stalin, cuán profético fue Lenin cuando escribió: “La necesidad de la solidaridad de las fuerzas en contra del Occidente internacional que defiende al mundo capitalista es una cosa... Otra cosa totalmente diferente es cuando nosotros mismos caemos en algo semejante a relaciones de tipo imperialista respecto a las nacionalidades oprimidas”.¹⁶⁸

Este sigue siendo el comentario más devastador sobre la Rusia actual.

¹⁶⁸ De los Archivos de Trotsky en la Biblioteca de la Universidad de Harvard, según cita de Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Union, Communism and Nationalism*, 1917-1923.

Capítulo 11

Las formas de organización: La relación de la auto-organización espontánea del proletariado con “El Partido de Vanguardia”

“La transformación de lo ideal a lo real es *profunda*. De gran importancia para la historia... En contra del materialismo vulgar. N.B. La diferencia entre lo ideal y lo material no es tampoco incondicional, ni excesiva”.

“Al final del segundo tomo de la *Lógica*, antes de la transición al concepto, se da una definición: 'el concepto, el reino de la subjetividad o de la libertad':

NB:

Libertad = subjetividad ('o') meta, conciencia, esfuerzo por alcanzar. NB”.

Lenin

El marxismo es una filosofía de la actividad humana y toda su esencia comienza y se centra en torno a la actividad del trabajo en el proceso mismo de producción. Es aquí que el trabajo vivo se rebela en contra de la dominación del trabajo muerto, en contra de la condición de ser convertido en un apéndice de la máquina. Marx no alentó ninguna ilusión de que las *formas* que pudiera asumir esta revuelta pudieran anticiparse. Ninguna visión *objetiva* fue más *sensorial* —es decir, usando *todos* los sentidos— que la de Marx, como lo atestigua su predicción de las revoluciones de 1848 en el *Manifiesto comunista*. Nadie siguió con mayor atención que él la organización espontánea y propia del proletariado la cual, ya fuera en la forma de sindicatos, del movimiento Cartista, de la Primera Internacional o de la Comuna de París, constituyó la base de su teoría. Siguió su desarrollo con la agudeza del halcón, basándose exclusivamente en el desarrollo intelectual de la clase obrera a la cual consideraba la única heredera de todos los aportes de la civilización, incluyendo a la filosofía hegeliana. Pero a pesar de las estrechas conexiones de su teoría con la actividad organizativa del proletariado, *nunca elaboró una teoría de la organización*.

Lenin sí lo hizo. En 1902 escribió “¿Qué hacer?” En 1903 la socialdemocracia rusa se escindió en dos tendencias, la bolchevique (la mayoría) y la menchevique (la minoría). En 1912 estas dos tendencias se convirtieron en dos partidos y el libro, unido a su inflexible actividad organizadora, le valió a Lenin toda clase de epítetos, desde el de “divisionista” hasta el del supuesto teórico del totalitarismo comunista ruso.

Y no hay nadie más interesado, que gaste más tiempo y dinero en perpetuar esta perversión de la historia que la burocracia totalitaria que ahora gobierna en Rusia y dispone de todo el poder del Estado para ello. La “gran mentira” tuvo su aplicación más venenosa cuando la burocracia de Jruchov destruyó el mito de Stalin, sólo para perpetuar la nefasta calumnia de presentar a Lenin como el precursor de *su* partido, y así mantener intacto y fortalecerlo como partido estalinista de elite. No hay cuestión más relevante, no sólo para el movimiento marxista, sino para el futuro de la humanidad, que la relación del partido marxista con el movimiento espontáneo de la clase obrera.

El fenómeno del Estado unipartidista, que pende sobre nuestra era como una espada de Damocles junto al poder de la bomba H, parece ser la única alternativa frente a la democracia burguesa. Este es un fenómeno tan generalizado, tan lleno de tensión y de pánico, de purgas y de muerte, que casi acaba con todo pensamiento racional sobre el tema. Tenemos aun más razón como para no conformarnos con respuestas fáciles que nos devuelvan a la complacencia. Lo que se necesita, en lugar de nuestro famoso pragmatismo, es un poco de “laboriosidad, paciencia y padecimiento de la negación” en el sentido hegeliano, para seguir el desarrollo histórico del partido bolchevique paso a paso, desde que era sólo una “idea” en la cabeza de un oscuro revolucionario exilado en Siberia, hasta que llegó a ser el partido en el poder, que gobierna la sexta parte de la superficie de la tierra. Entonces el oscuro revolucionario se convierte en famoso Lenin de ahora, que escribe su *Testamento*, haciendo advertencias sobre la sombra ominosa del rudo y desleal Stalin que había acumulado demasiado poder en sus manos y “no siempre sabía qué hacer con él”. Sólo entonces podremos enfrentar el fenómeno moderno del Estado unipartidista tanto en países fascistas como comunistas.

1) Lo que estaba en juego en 1902-1903: La actividad de los obreros y la disciplina de los intelectuales

Lenin es conocido, justamente, como el fundador de la teoría del “partido de vanguardia” sin ser este el primer partido con tales características. El

concepto que sustenta lo que se ha llamado “vanguardismo” corresponde a Karl Kautsky, el teórico de la socialdemocracia alemana y de la Segunda Internacional. Aunque en los estatutos, la socialdemocracia alemana no era un partido lassalleano sino marxista, en su práctica organizativa era lassalleano de pies a cabeza. Karl Kautsky, sin recibir el crédito debido – podría añadirse– desarrolló la idea lassalleana de la necesidad de “eliminar el abismo entre los pensadores y las masas” hasta su conclusión lógica. En cambio, Lenin llevó a su culminación lógica la concepción de Karl Kautsky de que “el vehículo de la ciencia no era el proletariado sino el intelectual burgués”. Esto se manifiesta en el planteamiento de Lenin de que los obreros por sí mismos, sólo podían alcanzar la conciencia sindical, que el socialismo debía serles introducido “desde fuera”. Lenin citó a Kautsky con asentimiento: “La conciencia socialista está presentada como un resultado directo y necesario de la lucha de clases del proletariado. Pero esto es absolutamente falso. Naturalmente, el socialismo como teoría, tiene sus raíces en las relaciones económicas modernas, de la misma manera que estas últimas surgen de la lucha en contra de la miseria de las masas, creada por el capitalismo. Pero el socialismo y la lucha de clases surgen codo con codo y no uno como resultado o producto de la otra; cada uno surge de premisas diferentes. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir, en base a un profundo conocimiento científico... El vehículo de la ciencia no es el proletariado, sino la *intelligentsia burguesa*. Fue de los corazones de los miembros de esta clase que el socialismo moderno se originó... De esta manera, la conciencia socialista es algo que se introduce desde fuera, a la lucha de clases del proletariado y no algo que surge en su seno espontáneamente”.¹⁶⁹ Esta noción guió a Lenin en su lucha contra los economistas que querían limitar la lucha proletaria a demandas económicas, es decir, organizar sindicatos. En este punto, tanto los bolcheviques como los mencheviques estaban de acuerdo, sin embargo, sucedió la división. Se echó la culpa a las dos concepciones diferentes –la de Martov y la de Lenin– lo que representaba ser un miembro del partido: si era suficiente “estar de acuerdo” con los principios de este, o si se debía estar “bajo la disciplina de un núcleo o célula”. Pero la formulación de Martov ya había sido aceptada a pesar de las objeciones de Lenin cuando la

¹⁶⁹ Citado por Lenin en lo que, por desgracia, es su folleto más popular en los “partidos de vanguardia” hasta nuestros días: *¿Qué hacer?* Se han realizado innumerables ediciones, así como folletos separados y se incluye tanto en *Obras completas* como en *Obras escogidas*. (En español se da la misma situación señalada por la autora).

división entre bolcheviques y mencheviques se llevó a cabo. Evidentemente debe haber habido algo más y en efecto lo hubo.

La verdad es que –y es lo que los estudiosos modernos del partido ruso no pudieron dejar de sentir– había un elemento en la teoría de la organización de Lenin que *no* era prestado o copiado de la socialdemocracia alemana, que era *específicamente leninista*, a saber, el concepto de lo que constituye la participación de los miembros en un grupo marxista ruso. En efecto, la definición no descansaba sólo en una “frase”: sólo aquel que se ponga “bajo la disciplina de una organización local” es miembro. La disciplina ejercida por el núcleo era tan crucial en la concepción de Lenin que tenía primacía sobre la adhesión verbal a la teoría marxista, el hacer propaganda de los conceptos marxistas y el tener una carné de miembro. Indudablemente, se tiene en mente algo que está en clara divergencia con la concepción socialdemócrata prevaleciente, cuando se insiste con tanta terquedad en una “frase”.

Para Lenin, la actividad difería en cada etapa económica. En 1894, cuando el marxismo prevaleció sobre los populistas rusos, la producción capitalista disciplinó al trabajador y sentó las bases para la futura revolución burguesa. En cambio, esto no disciplinó al intelectual. Era precisamente este pequeñoburgués inconsistente el que necesitaba la disciplina. No había nada de personal o subjetivo, ni siquiera meramente organizativo en esto. Lenin insistía en que el intelectual marxista necesitaba la disciplina *ideológica* del proletario en el núcleo porque de otra manera, estaría oponiendo resistencia no sólo a la disciplina local del núcleo sino también a la disciplina teórica proveniente del *contenido económico* de la revolución rusa.

Por lo tanto, desde el comienzo, no fue sólo una cuestión “meramente” organizativa. A los mencheviques que lo acusaban de actuar en forma dictatorial cuando todos estaban “unidos políticamente”, Lenin les contestó:¹⁷⁰ –No soy yo, sino ustedes, los que tienen que responder a la pregunta de cómo fue posible, que a pesar de haber votado las principales resoluciones políticas, no fueron capaces de aceptar las conclusiones organizativas que se desprendían de ellas. No me pregunten a *mí* lo que ocurrió. Pregúntense a *ustedes mismos*. Pregúntense, objetiva y

¹⁷⁰ En los voluminosos escritos de Lenin sobre el “problema de la organización” se ve claramente que una organización de pensamiento determinaba su concepto de la vida organizativa, y otra determinaba el de la socialdemocracia establecida. No era por cierto un accidente el que esta última fuera tan completamente lassalleana en la práctica.

políticamente: ¿qué ocurrió a principios de siglo en Rusia cuando la producción capitalista en esa tierra semifeudal sentó las bases para la revolución burguesa pero se encontró con una burguesía totalmente incapaz de derrocar al zarismo? ¿No significó eso que recaía sobre este proletariado ruso “atrasado” la más grande tarea revolucionaria y democrática del mundo: el derrocamiento del zarismo? ¿No significa eso, a su vez, que mientras el *contenido económico* de la revolución será capitalista, *el método será proletario*? ¿No es esa dualidad de contenido y método lo que los hizo perder el rumbo y girar en todas direcciones, pero segura y firmemente, *alejándose* de la responsabilidad proletaria? Ustedes *necesitan* la disciplina del proletariado.

Fueron estos dos aspectos contradictorios del contenido y el método de la revolución lo que Lenin recalcó una y otra vez. *Antes* de 1905 era sólo una teoría y las conclusiones organizativas podían parecer irracionales, no obstante, lo que era teoría en 1903, se hizo realidad en 1905, una realidad que tenía un sujeto vivo, un sujeto vivo que se *autodesarrollaba*: el proletariado ruso. Esta clase obrera pronto aparecería en el escenario histórico con la creación de los inconcebibles *soviets*, “organizaciones peculiares” que ningún teórico concibió ni en sus fantasías más delirantes. Estas organizaciones peculiares, sin cubrir siquiera todo el territorio ruso, hicieron temblar al zarismo hasta sus propias raíces. Los mencheviques y bolcheviques estuvieron unidos en la revolución y, posteriormente, por un breve momento intentaron un congreso unido.

2) La Revolución de 1905 y las tendencias políticas en Rusia después de 1905

La Revolución de 1905 hizo añicos la monstruosa tesis del atraso de los obreros y su incapacidad de llegar al socialismo sin la “vanguardia”. El “atrasado” proletariado ruso, *en acción*, fue mucho más lejos que las concepciones más atrevidas de los teóricos más avanzados. Lenin aclamó la aparición de “las masas como razón”. Mientras en 1902 Lenin escribía que los obreros por sus propios instintos, sólo podían llegar a tener conciencia sindical, en 1905 escribió: “La clase obrera es espontáneamente, por instinto, socialdemócrata”.¹⁷¹ Mientras que en 1902 Lenin escribía que el socialismo sólo podía ser introducido al proletariado desde fuera, en 1905 escribió: “La condición especial del proletariado en la sociedad capitalista conduce a una lucha esforzada de los obreros por alcanzar el socialismo,

¹⁷¹ *Obras*, tomo VIII, p. 37 (ed. rusa).

una unión de ellos con el Partido Socialista irrumpe con una fuerza espontánea en las primeras etapas del movimiento”. Mientras en 1902 Lenin quería que el partido fuera una agrupación cerrada, estricta y pequeña con requerimientos muy exclusivos para sus miembros, en 1905 escribió que los obreros debían ser incorporados “a las bases de las organizaciones de partido por cientos de miles”.

La derrota de la Revolución trajo consigo el periodo de reacción más horrendo de toda la historia hasta ese momento. Desde el punto de vista organizativo fue necesario volver a la clandestinidad y trabajar en pequeños grupos altamente disciplinados. Esto es lo que ha provocado que algunos estudiosos consideren que Lenin había regresado a la concepción inicial del “vanguardismo” de 1902. Los que así piensan sólo muestran que no pueden distinguir entre las condiciones bajo las cuales el zarismo reaccionario *obligó a toda agrupación democrática* a sobrevivir, y los presupuestos y objetivos fundamentales que animaban a los grupos marxistas, dándoles la convicción necesaria para seguir adelante, bajo las condiciones más adversas, sabiendo que cuando los obreros se volvieran a levantar, los marxistas encontrarían la manera de llegar a ellos.¹⁷²

No fue la lógica abstracta ni el veneno personal, sino la perniciosa ofensiva de la clase capitalista y la adaptación del intelectual pequeñoburgués a la necesidad objetiva de la clase *opositora, lo que forzó* al proletariado a encontrar de una vez y por todas, su propio modo innato y proletario de ser: la actividad revolucionaria. Desde su nacimiento, en los tiempos de la gran Revolución Francesa, el obrero fabril descubrió que su específica manera proletaria de conocer, de saber, era a través de su actividad propia. A principios de siglo, la manera de conocimiento de los obreros se *concretó* en la práctica política: *en un partido*.

¹⁷² Ya en 1903 Lenin había repudiado algunas de las connotaciones de “vanguardia”. En la sesión del 4 de agosto del Congreso de 1903, Lenin declaró: “Ahora pasaré al discutido punto en mi folleto, que provocó aquí tantas interpretaciones... Está claro que aquí la principal formulación de un serio problema teórico (la formación de una ideología) se ha mezclado con el episodio único en la lucha contra el economismo, y por añadidura este problema se ha presentado en forma enteramente incorrecta... Todos sabemos ahora que los economistas torcieron la vara en una dirección. Para enderezarla era necesario torcerla en dirección diferente, y esto es lo que hice. Estoy seguro de que la socialdemocracia rusa siempre enderezará con energía la vara, torcida por cada oportunismo, y que nuestra vara será por tanto siempre la más recta y la más apropiada para la acción” *Obras*, tomo VI, pp. 21-30, ed. rusa.

Esto es lo que la socialdemocracia alemana y la Segunda Internacional parecieron representar. Cuando Lenin se enfrentó a los economistas diciendo: –No, no es la acción económica sino la práctica política, el partido –parecía estar siguiendo plenamente la tradición socialdemócrata, es decir, el marxismo establecido. En efecto, parecía ser una afirmación bastante tardía que necesitaba repetirse sólo porque Rusia estaba muy atrasada. Sin embargo, el hecho de que Rusia estuviera tan poco desarrollada que ningún sindicato independiente era permitido –mucho menos un partido político marxista– significaba *por consiguiente* que toda práctica política al *no* ser parlamentaria implicaba actividad clandestina y esto lo cambiaba completamente todo.

Incluso un genio, en su aspecto de persona ordinaria, hace muchas cosas inconscientemente, impelido por fuerzas objetivas poderosas y por nuevos impulsos provenientes de estratos profundos, aun indefinidos de la población. Así es como se movía Lenin, empíricamente, hacia la construcción de un partido marxista en las condiciones rusas. En 1902, lo que no estaba claro ni siquiera para Lenin, era que sus formulaciones organizativas estaban dando expresión a la lucha instintiva, a la nueva urgencia elemental de práctica política del proletariado, que era la actividad revolucionaria misma y no una sombra parlamentaria. Pero lo que no se veía con claridad en 1902, cuando escribió “¿*Qué hacer?*” se hizo evidente cuando la clase obrera rusa estalló en la Revolución de 1905. Lenin nunca perdió de vista el punto culminante de esa Revolución; pero muchos otros intelectuales, bajo el látigo de la contrarrevolución, se escudaron en todo tipo de evasiones desde la búsqueda de Dios hasta el “liquidacionismo”.¹⁷³

Lenin contraatacó con todas sus fuerzas, algunas veces con gran crudeza, como en *Materialismo y empiriocriticismo*, otras con gran profundidad, como al establecer una relación estricta entre las tendencias políticas y el movimiento objetivo, siempre inflexible y sin concesiones. En 1910 resumió el significado histórico de esa lucha interna del partido en Rusia, cuando entró en contradicción con la afirmación de Trotsky de que: “Es una ilusión imaginar que los mencheviques y bolcheviques echaron raíces en las profundidades del proletariado”, ya que ese no era el punto esencial. La “filosofía de la historia” de Trotsky está resumida en su propio análisis de las diferencias entre estas dos tendencias (él no pertenecía a ninguna). Él insistía en que “*todo era una lucha por ganar influencia sobre*

¹⁷³ La tendencia que quería funcionar “legalmente”, es decir sólo en la medida permitida por la autocracia zarista y proponía que la organización clandestina fuera “liquidada”.

el proletariado políticamente inmaduro”. Lenin replicó: “Este es un ejemplo más de las frases sonoras pero vacías de las que Trotsky es un maestro. Las raíces de la divergencia entre mencheviques y bolcheviques se encuentran, no en las profundidades del proletariado sino en el contenido económico de la Revolución Rusa. Al ignorar este contenido, Martov y Trotsky se privaron a sí mismos de la posibilidad de comprender el significado histórico de la lucha interna del partido en Rusia. El meollo de la cuestión no es si la formulación teórica de las diferencias ha penetrado a lo más profundo de tal o cual estrato del proletariado, sino el hecho de que las condiciones económicas de la Revolución de 1905 *condujeron* al proletariado a una situación de hostilidad con la burguesía liberal, no sólo en torno a cuestiones tales como el mejoramiento de condiciones de vida de los obreros, sino también en cuanto a la cuestión agraria y todas las cuestiones políticas de la revolución. Hablar de los conflictos de las tendencias en la Revolución Rusa haciendo acusaciones de 'sectarismo', 'falta de cultura', etc. y no decir ni una palabra sobre los intereses económicos fundamentales del proletariado, de la burguesía liberal y del campesinado democrático equivale a rebajarse al nivel de los periodistas vulgares”.¹⁷⁴

Mientras muchos huyeron bajo el látigo de la contrarrevolución y entre ellos había tanto bolcheviques como mencheviques, que no eran faccionarios ni parlamentaristas, Lenin por el contrario se fortaleció más al tomar el punto *culminante* alcanzado por la Revolución y crear a partir de él. Por lo tanto, desde ese momento, considerar algún rol progresista serio para la burguesía liberal resultaba utópico y reaccionario. Era el papel del proletariado y su relación con el campesinado, el que tenía que adquirir una precisión cada vez mayor. Lenin llamó a esto “la dictadura revolucionaria y democrática del proletariado y del campesinado”. Los mencheviques sostenían, por otro lado, que puesto que al ser aquella una revolución burguesa, “por consiguiente” le correspondía a la burguesía dirigirla. Para Lenin estos puntos de vista “prácticos” eran inservibles, como también lo era la teoría de Trotsky de la “revolución permanente” la cual planteaba que la revolución no se detendría en la fase burguesa, sino que continuaría directamente al socialismo y a la “dictadura del proletariado”. Lenin argüía que el punto en cuestión no era el rol del proletariado en una revolución socialista sino su papel *en una revolución burguesa en un país eminentemente campesino*: “Quien pretenda llegar al socialismo por cualquier otra vía que no sea la democracia política llegará inevitablemente

¹⁷⁴ *Obras escogidas*. Tomo III, pág. 500 (de la edición en inglés).

a conclusiones absurdas y reaccionarias, tanto en el plano económico como en el político”¹⁷⁵.

Quien oculte el hecho de que el contenido económico de la revolución en Rusia es burgués, ayuda a la burguesía, escribió Lenin. Quien evada el hecho de que no obstante, su método será proletario, no podrá definir la relación del partido marxista con esta. Quien sea incapaz de ver que la revolución no puede ser de otra forma que democrática, con una democracia tan amplia y profunda que incluya a millones, algo que la burguesía jamás podría alcanzar, condena al partido marxista al aislamiento y asimismo condena la revolución a la derrota.

La Revolución de 1905 y la contrarrevolución prepararon a las masas rusas para la revolución triunfante de 1917, de la misma manera que moldearon la mente de Lenin. Para él, la cercanía con las masas rusas siempre fue vital y nunca tuvo una concepción elitista del partido en el sentido en que nuestra época usa el término.

3) Lo novedoso respecto al tema del partido durante y después de la gran división: La relación de las masas con el partido

“La realidad y el pensamiento (o la Idea) con frecuencia son opuestos absurdamente... El pensamiento, en tales casos es, por un lado, sinónimo de una concepción subjetiva, plan, intención, etc., y por el otro, la realidad se ha hecho sinónimo de la existencia externa y sensible...

Pues por un lado las ideas no están confinadas meramente a nuestras cabezas, ni tampoco es la Idea tan débil, en su totalidad, como para hacer depender la cuestión de su realización o no realización, de nuestra voluntad. La Idea es más bien absolutamente activa al igual que real. Y por otro lado, la realidad no es tan irracional y mala como la supone el hombre práctico, que o bien está desprovisto de pensamiento o se ha peleado

¹⁷⁵ *Obras*, vol. VIII, p. 140, ed. rusa.

con él y ha salido derrotado en la contienda”.¹⁷⁶

Hegel

Antes de 1914, la contradicción que había en Lenin entre el revolucionario militante y dialéctico y el pensador kautskyano, refleja la contradicción existente en la sociedad rusa cuyo tránsito singular de la monarquía feudal a la monarquía burguesa se llevó a cabo mediante métodos proletarios de lucha. Fue la contradicción extrema en el desarrollo de la economía rusa y las múltiples, pero concretas luchas de las tendencias políticas, lo que preparó a Lenin para la ruptura de pensamiento, que el colapso de la Segunda Internacional significó en la vida real. A medida que regresaba a los fundamentos filosóficos de Marx y Hegel, lo hacía imbuido de esta experiencia rica y contradictoria que había vivido.

La ruptura en el pensamiento, la batalla por la razón, se acompañarían ahora de la ruptura de la rigidez a la que el entendimiento kautskyano había reducido todo. Antes de 1914, Lenin había aceptado una serie de abstracciones: partido, masa, revolución. *Con excepción de Rusia*, nunca las contrastó con las luchas de las masas revolucionarias, precisamente cuando con anterioridad, no había logrado analizar la última fase del capitalismo mundial y no había apreciado la conexión de la Segunda Internacional con ella. Fue entonces que se percató de que no sólo el capitalismo había cambiado, también lo había hecho la organización laboral *debido al* cambio producido en los obreros que vivían de las excesivas ganancias del imperialismo capitalista. Ahora que analizaba plenamente las razones objetivas para el colapso de la Internacional, se cuestionó el uso que hacía el Partido Socialdemócrata de la frase “organización de masas”, al negar que este fuera una organización de masas como tal.

En una escala histórica mucho más alta, es decir, más compleja, los problemas de Lenin y sus concepciones encuentran aquí un paralelo con la posición de Marx en su lucha con los sindicatos británicos cuyos dirigentes empezaron a distanciarse de la Primera Internacional durante la Comuna de París. De acuerdo con el protocolo de Marín, Marx declaró en la Convención Sindical del 20 de septiembre de 1871, que: “El sindicato representa a una minoría aristócrata. El obrero mal remunerado no puede pertenecer a él, las grandes masas de obreros que son empujados diariamente del campo a la ciudad por el desarrollo económico permanecen

¹⁷⁶ Una ligera variación de esta primera traducción aparece en la segunda edición inglesa de Wallace, de la *Ciencia de la lógica*, de Hegel, p. 258.

fuera del sindicato por mucho tiempo y la masa más miserable no tiene ningún acceso a él. Lo mismo ocurre con los obreros nacidos y criados en el este de Londres, de los cuales sólo uno de cada diez pertenece al sindicato y los campesinos nunca participan en estas sociedades”.

“Los sindicatos en si mismos son impotentes, siguen siendo una minoría, no tienen ninguna autoridad sobre la masa del proletariado, mientras que la Internacional ejerce una influencia directa entre ellos”.¹⁷⁷

Es ahora, por primera vez, que Lenin “descubre” el análisis de Marx y Engels sobre el “aburguesamiento” del proletariado británico y siente la necesidad de ir “*más profundo y más abajo*” al seno de la clase obrera. A pesar de que los fundadores del socialismo moderno habían arrastrado esta lucha desde 1858 hasta 1892, Lenin la descubre por primera vez, y la mira con los ojos de quien acaba de pasar por el colapso de la Segunda Internacional, llegando a calificar el solo hecho de “ir más profundo y más abajo”, al seno de la clase obrera” como “*la quintaesencia del marxismo*”.¹⁷⁸

Después de cuestionar la pretensión de la socialdemocracia alemana de ser una organización proletaria de masas, concluyó que antes que nada, un marxista tendría que responder: una organización del proletariado *¿con qué propósito?*

Con su mente dialéctica, Lenin ahora enfoca el problema desde dos niveles: 1) el real, y 2) el ideal, que surge de lo real. La traición de la Segunda Internacional al proletariado disipó toda duda de que lejos de ser una organización ideal se había convertido en enemiga del propósito para el cual fue creada: organizar la actividad revolucionaria de las masas. Sin dudas, la corrupción de la Segunda Internacional era inevitable bajo el crecimiento del capitalismo monopolista y del imperialismo. Pero habiendo analizado sus bases objetivas, es decir, las raíces económicas, Lenin advirtió aún más la necesidad de verlo filosóficamente y de pasar del *reconocimiento* de la contradicción en todas las cosas, a su *solución*. Si la unidad de los contrarios no está limitada a las dos clases fundamentales de la sociedad, si la dualidad se extiende al trabajo mismo, entonces debe decirse la verdad: es *burgués* el mismo partido de los obreros. Por lo tanto, se hace necesario *marcar la diferencia entre los contrarios dentro del trabajo mismo*. Eran entonces los estratos más profundos y más bajos, dentro y fuera del partido, los que tendrían que restaurarle al trabajo su naturaleza revolucionaria. Las masas ganarían algo más que recobrar su

¹⁷⁷ *La Conferencia de Londres de 1871*, pp: 49-59, ed. rusa.

¹⁷⁸ *Obras escogidas*, tomo XI, *La bancarrota de la segunda Internacional*.

actividad propia cuando destruyeran finalmente al *partido burgués de los trabajadores*. Al superar esa barrera, la clase obrera se encontraría al fin sin divisiones, su “saber”, su conciencia, se reuniría con su “ser”, su actividad creadora. El tipo de partido que crearía no vacilaría en *tomar el poder*.

Lo que no estaba claro aún era el tipo de organización que la insurrección espontánea de los trabajadores produciría. Lenin no pensaba en el *soviet*. Era entonces enero de 1917. Hacía mucho que había roto con la Segunda Internacional y había propuesto la formación de una nueva Tercera Internacional. Desde hacía tiempo había dicho que la única manera de acabar con la guerra, era convertir la guerra imperialista en una guerra civil y ya la masacre imperialista había durado casi tres años. Lenin no sabía que viviría para ver la revolución, pero estaba seguro de que la juventud la vería y fue a la juventud suiza a la que se dirigió en enero de 1917, para hablarles de la Revolución Rusa de 1905, destacando como el rasgo fundamental de esta a la huelga masiva y no al *soviet*.

Al mes siguiente, estalló la Revolución de Febrero (marzo). En el lapso de ocho días, la monarquía, que se había mantenido durante siglos y que había sobrevivido a la Revolución de 1905, fue derrocada. Cuando supo de la Revolución de Febrero, envió un telegrama a los demás líderes que revela cómo su pensamiento seguía operando de acuerdo a las viejas categorías. Su primer telegrama decía: “Combinen el trabajo legal con el ilegal”. Al día siguiente, la *novedad*, la verdad, finalmente lo iluminó. Los obreros rusos *por sí mismos*, habían recreado esa “organización peculiar”, el *soviet*, que ahora se extendía a todo lo largo y ancho del país. Había *soviet* de trabajadores, *soviet* de soldados, *soviet* de campesinos. Sólo los obreros rusos lo habían recordado. Ni un sólo teórico –incluyendo a Lenin– había pensado en los *soviets*, ni había sugerido a los obreros a que los constituyeran. Las energías creadoras de los propios obreros habían creado esta forma alternativa de gobierno que seguía allí desafiante, a pesar de que el Zar había sido depuesto y que había un Gobierno Democrático Provisional encabezado por el socialista Kerensky.

Ahora que Lenin al fin comprendía al *soviet* en toda su plenitud, se daba cuenta que en realidad nunca antes lo había visto como *la* forma que superaría a la Comuna de París y se convertiría en el Estado de los obreros.

El pensamiento de Lenin avanzó vertiginosamente con el surgimiento del movimiento espontáneo de los obreros que a su vez puso de manifiesto lo que Engels desde hacía tiempo había llamado su “socialismo latente”. “me temo” –escribía Lenin a sus colegas desde el exilio, mientras se preparaba para regresar a Rusia–: “Que la epidemia de ‘puro’ entusiasmo pueda extenderse en Petrogrado sin el esfuerzo sistemático encaminado a la

creación de un partido de *nuevo* tipo, el cual *de ninguna manera* debe parecerse a los de la *Segunda Internacional*". "¡Nunca más se siga la línea de la Segunda Internacional!" Y nuevamente dice: "Nuestro problema inmediato es la organización, no en el sentido de alterar la organización ordinaria por métodos ordinarios, sino en el sentido de atraer a las grandes masas e incorporar a esta organización los problemas militares, estatales y de economía nacional"¹⁷⁹.

Lo que habría de convertirse en las famosas *Tesis de Abril* comenzaba a tomar forma. Hasta este momento, la ruptura había sido con Kautsky, después con Bujarin y ahora, la gran ruptura sería *con su propio pasado*, ya que las contradicciones habían estado *dentro de él* mismo. Los obreros se habían liberado del grillete y estaban creando una forma de vida verdaderamente nueva para millones, Lenin entonces debía romper en este momento, con todo lo que se interpusiera en el camino de este movimiento elemental por la libertad, la paz, el pan y la tierra.

Lo primero que hizo fue descartar la vieja consigna de "la dictadura democrática del proletariado y del campesinado". La revolución democrática *se ha completado ya*, afirmó entonces. Una situación enteramente nueva e imprevista había surgido, la del *poder dual*: por un lado estaba el Gobierno Provisional que continuaba la guerra; por el otro, los *soviets* mismos que anhelaban la paz. Si el impulso creador de las masas rusas no hubiera creado los *soviets*, la Revolución Rusa no habría tenido posibilidades de éxito. Pero ahora que "el socialismo brotaba de todas las ventanas" *toda* la política se desprendía de él. Sólo los *soviets* podían crear un nuevo orden.

Lo que se necesitaba entonces era armar al proletariado, fortalecer, ampliar y desarrollar el papel y el poder de los *soviets*: "Todo lo demás son frases huecas y mentiras y autoengaño de los políticos de corte liberal y radical". No se trataba de que los obreros debieran apoyar al Gobierno. Se trataba de que el Gobierno Provisional debía apoyar a los trabajadores. "¡Todo el poder a los *soviets*!"

Sus colegas bolcheviques, al igual que los mencheviques, pensaban que Lenin había llegado de otro planeta y *Pravda* publicó sus tesis como un punto de vista "individual".

Mientras que a los demás les parecía que Lenin había olvidado "el papel del partido", para él, en ese momento, el partido de vanguardia era tal, *sólo porque* en abril de 1917 representaba a las masas revolucionarias. Como le manifestara a los demás líderes y a su partido en los meses

¹⁷⁹ *Obras escogidas*, tomo XX, libro I, p. 55.

siguientes, al movilizarlos precisamente con este propósito de reflejar la voluntad de las masas revolucionarias: “Las bases del partido son diez veces más revolucionarias que los líderes y las masas *afuera* son diez veces más revolucionarias que las bases”. Les planteó que si no incluían la cuestión del *poder de los obreros* en el orden del día, se alejaría. “Me veo obligado a *presentar mi renuncia al Comité Central*, reservándome la libertad de agitar entre las bases del partido y en el Congreso del Partido”.¹⁸⁰ Pero no tuvo que llegar a ese extremo antes de que el partido finalmente se convirtiera en “la vanguardia”, es decir, cuando se dieron finalmente cuenta de que sin la espontaneidad y las energías creadoras de millones, las “masas como razón” —que *concretamente* significaba que sus formas de organización tuvieran *poder*— el partido marxista, en efecto, no sería otra cosa que una elite.

La manera de ganarse a su partido fue aplicando esta concepción global que ahora tenía, en la cual la economía, la política y la filosofía no eran tres partes constitutivas separadas. La clave era que a menos que todas, como una totalidad, se tomen *en relación estricta con la lucha de clases real —la actividad de las masas mismas—*, todo sería especulación, proyectos en el aire.

El fundamento era naturalmente, la economía y lo *nuevo*, lo *concretamente* nuevo era que “el monopolio había evolucionado al monopolio de Estado”. Eso significaba que la falta de planificación había cesado. Sin embargo, el “plan puro” no existe, el carácter de *clase* del plan debe ser enfrentado sin tregua. Al plan del gobierno él opuso el “control de los obreros”. El control y la administración por los obreros, advirtió, “no debe confundirse con la cuestión de un personal de ingenieros, agrónomos, preparados científicamente”. La nacionalización sin el control de los obreros no significaba nada: “Los obreros deben acabar con todas esas frases, promesas y discursos rimbombantes, con los proyectos elaborados desde el centro por los burócratas, siempre prestos a elaborar los más ostentosos planes, reglas y estándares. ¡Abajo con toda esa mentira! ¡Abajo con todas esas artimañas vacías de los grandes proyectos burocráticos y burgueses que se han derrumbado por doquier con un empujón! ¡Abajo con este hábito de negligencia y morosidad! Los obreros deben exigir el establecimiento *inmediato* del control *de facto*, a ser ejercido por *los mismos obreros*”.

Los obreros llegaron a ser, en el pensamiento de Lenin, el centro de todo. El resto de lo demás se subordinaba a ellos: “Yo considero *única* y

¹⁸⁰ *Obras escogidas*, tomo VI, p. 232.

exclusivamente a los obreros, los soldados y los campesinos, capaces de enfrentar y solucionar mejor que los oficiales, mejor que la policía, los problemas *prácticos* y difíciles, de incrementar la producción de alimentos y su mejor distribución, el mejor aprovisionamiento de los soldados, etc., etc.”.

Entonces Lenin se dedicó a desarrollar la teoría. Del mismo modo que había “convivido” con la *Ciencia de la lógica* al escribir *El imperialismo*, ahora recreaba *La Guerra Civil en Francia* de Marx, para su país y su época, en *El Estado y la revolución*. Se basaba en el concepto de Marx de que “el poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes del ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero, la magistratura, son órganos elaborados según el plan de una división sistemática y jerárquica del trabajo”.¹⁸¹ Lenin comprendía ahora que la necesidad de su tiempo era *destruir la burocratización*. No hay ninguna otra manera de hacer languidecer el Estado, incluso el Estado de los obreros no puede ser desmontado *a menos* que los obreros, “organizados como clase gobernante”, se conviertan en la base para acabar con todo dominio de clase. Esto se convertía ahora en la clave de su teoría y de su práctica, representando una nueva organización del pensamiento a la manera hegeliana-marxista auténtica.

En su libro Lenin ataca las concepciones de Kautsky, *no sólo* en el periodo en que traicionó la causa de los obreros, *sino cuando era el teórico marxista reconocido*. Explica que incluso en sus obras más “revolucionarias”, *La revolución social*, y *El camino al poder*, Kautsky había desarrollado ideas tales como que “ciertas empresas no pueden ser exitosas sin una organización burocrática” y que incluso los marxistas no podían funcionar “sin funcionarios en el partido y en los sindicatos”.

Esto –dice Lenin– “es la *esencia* de la burocracia y hasta que los capitalistas no sean expropiados *incluso* los funcionarios proletarios se burocratizarán hasta cierto grado”. Para Lenin, la democracia bajo el capitalismo se ve mutilada por la esclavitud de los salarios. “Esta es la razón y la única razón... Esta es la esencia de la burocracia”. La única manera de tener una democracia auténtica es teniendo una democracia proletaria, suprimiendo la burocracia y dando todo el poder a los obreros.

Por ello es importante establecer, desde el comienzo, “la introducción inmediata al control y superintendencia por parte de *todos* con el fin de que todos se conviertan en ‘burócratas’”. La esencia de un gobierno tipo comuna

¹⁸¹ *La Guerra Civil en Francia*. (incluida en Obras escogidas de Marx, tomo II, p. 495). (En español esta obra se encuentra en Obras escogidas, tomo II, *Op.cit.*)

es que “la *masa* de la población se eleve al nivel de la participación *independiente*, no sólo al votar y en las elecciones, *sino también en la administración cotidiana de todos los asuntos*”.

La población –“todos sin excepción” – debe manejar la producción y el Estado. Ese es el ideal que debe convertirse en realidad.

Hay individuos que se autoproclaman marxistas, cuya estrechez de pensamiento los ha llevado a la conclusión de que *El Estado y la revolución* de Lenin no es “más que una adaptación” de *La Guerra Civil en Francia*. Más no consideraron que rescribir *La Guerra Civil en Francia* en vísperas de una revolución en Rusia, era un acto creativo, pues significaba depurar el concepto de la suplantación del Estado burgués, de la perversión provocada por la Segunda Internacional, la cual no era una perversión literaria sino de todo un movimiento de una clase trabajadora con todos sus anhelos. En contraposición, Lenin puso su énfasis teórico en el concepto de que todos, “todos sin excepción”, dirigieran sus propias vidas. “*Ningún policía, ningún ejército, ninguna oficialidad. Cada obrero, cada campesino, cada trabajador, todo aquel que sea explotado, toda la población hasta el último hombre*”.

Esa era la visión de Lenin y esa la meta que trataba de alcanzar en la práctica. Para Lenin, las masas no eran un “medio” para alcanzar un “fin”, el socialismo, su actividad propia *es* el socialismo. Todo este agudo sentido del movimiento propio como el meollo interno de la dialéctica: todo esto agudizó el sentido de la oposición de la dialéctica a la ecléctica, como el concepto filosófico central de la revolución no era, por supuesto, un “estudio” de las revoluciones pasadas, era la preparación para lo que habría de venir en Rusia. Justo al acercarse Lenin a la sección del libro que trataría el panorama ruso, estalló la Revolución de noviembre. Semejante “interrupción”, escribió en el epílogo del inconcluso *El Estado y la revolución*, “no puede ser más que bien recibida”. Y, habiendo conducido la primera revolución proletaria a la victoria, Lenin se dirigió con estas palabras al Congreso de los *Soviets* el 24 de enero de 1918: “Al introducir el control obrero sabíamos que tomaría algún tiempo antes de que se extendiera a toda Rusia, pero queríamos manifestar que reconocíamos un solo camino: los cambios desde abajo; queríamos que fueran los obreros mismos los que elaboraran y establecieran, desde abajo, el nuevo principio de las condiciones económicas”¹⁸².

La mayor prueba de todas había llegado: la práctica.

¹⁸² Lenin, *Obras escogidas* tomo VII, p. 277 (de la edición en inglés).

Capítulo 12

¿Qué sucede después?

La Revolución de Noviembre de 1917 fue el primer momento histórico en que los obreros no sólo tomaron el poder sino que lo mantuvieron. A diferencia de la Comuna de París, cruentamente derrotada después de dos cortos meses de existencia, el nuevo Estado de los obreros, conocido como la dictadura del proletariado o el Estado Soviético, sobrevivió las prolongadas guerras civiles lanzadas en su contra por el capitalismo nacional e internacional. El saldo fue un país en ruinas que padeció de hambre, pero no había duda de que “la dictadura del proletariado” se había instaurado con carácter permanente. Las dos grandes tareas teóricas que enfrentaba eran las siguientes 1) ¿cómo impondrá el trabajo su dominio sobre la economía y el Estado? y 2) puesto que la dictadura es supuestamente una etapa de transición –de transición al socialismo– ¿cómo lograría su propia “extinción”? Este era el eje sobre el cual giraba la meta, a largo plazo, del establecimiento de una sociedad verdaderamente sin clases en la que el desarrollo libre y multifacético de cada individuo fuera la condición del desarrollo de todos, y así de una vez por todas, dejar atrás lo que Marx consideraba como la prehistoria del hombre.

La reintegración de las habilidades manuales y mentales del hombre en el productor mismo, abriría la verdadera historia de la humanidad. Como decía Lenin, el derrocamiento de la clase explotadora es la parte más fácil de la revolución social. Ahora viene la tarea cotidiana prosaica y dura, pero más importante, de abolir “la distinción entre los trabajadores manuales e intelectuales”. La dificultad estriba en que los obreros son “tímidos” y desconocen el talento organizativo que hay en ellos, mientras que los intelectuales son vanidosos, pero faltos de determinación y rigor.

“Esta languidez, este descuido, esa impaciencia y la tendencia de sustituir la acción por la discusión, el trabajo por la palabra, la tendencia de emprender todo cuanto hay sobre la tierra sin terminar nada, es una de las características de los “educados” y no se debe a que sean malos por naturaleza, menos aún a la malicia; se debe a sus hábitos de vida, a las condiciones de su trabajo, a la fatiga, a la separación artificial del trabajo manual y mental, y así sucesivamente”.

“Los obreros y los campesinos son aún “tímidos”, deben despojarse de esta timidez y con *seguridad lo harán...* No son los dioses quienes trabajan –esta es la consigna que los obreros y campesinos deben tener bien en mente. Deben entender que todo lo que se necesita ahora es la *práctica*, que

ha llegado el momento histórico en que la teoría está siendo convertida en práctica, está siendo vitalizada por medio de la práctica, corregida por la práctica, puesta a prueba por la práctica...”

“La Comuna de París dio un gran ejemplo de cómo combinar la iniciativa, la independencia, la libertad de acción y el vigor de los de abajo con el centralismo voluntario, libre de todo estereotipo. Nuestros *soviets* están siguiendo el ejemplo. Pero siguen siendo ‘tímidos’... Hay mucho talento de este tipo entre el pueblo, solamente que está reprimido. Debe dársele la oportunidad de expresarse. Es eso, y *únicamente eso*, con el apoyo de las masas, lo que puede salvar a Rusia y a la causa del socialismo”.¹⁸³

La cuestión era que el partido comunista, una vez en el poder, *no* le estaba dando libre cauce a ese talento. Por el contrario, estaba desarrollando “una pasión por ejercer la autoridad” y el enemigo principal era la burocracia naciente.

Es verdad que los obreros por si mismos, pasaron rápidamente del control de la producción a la toma espontánea de las fábricas; es verdad que los campesinos se tomaron la tierra; es verdad también que los *soviets* eran ahora los órganos del poder estatal. Es verdad que la nueva Declaración del Estado Soviético sobre los Derechos de los Obreros, y el Nuevo Programa del recién formado (o, mejor dicho, recién nombrado) Partido Comunista (bolchevique) incorporaba como teoría y práctica el principio de que eventualmente la población – “todos sin excepción” – debía manejar la producción y el Estado.

No es menos cierto que la prolongada guerra civil, pisando los talones de la Guerra Mundial y las dos revoluciones, legaron a Rusia una economía en ruinas y un país devastado. El sindicalismo era tan incipiente en esa nación, donde el zarismo autocrático acaba de ser derrocado, que su primer Congreso Nacional sólo se celebró *después* de la revolución. Votaron por “participar muy activamente en todas las ramas administrativas de la producción; organizar las juntas de control laboral, el registro y distribución del trabajo; el intercambio de trabajo entre el campo y la ciudad; luchar contra el sabotaje y establecer una cooperación y disciplina absolutas en el trabajo”.

El partido comunista los reconoció como “el principal medio de lucha contra la burocratización del aparato económico del poder soviético, creando las condiciones para el control real del pueblo sobre los resultados de la producción”. Sin embargo, durante la primera crisis de importancia,

¹⁸³ Lenin. *Obras escogidas*. Tomo IX, pp. 419-422. (Edición en ruso)

inmediatamente después del fin de la guerra civil, el partido se vio sacudido por una violenta disputa acerca del rol de estos mismos sindicatos en el Estado de los obreros. Aunque todos votaron por la primera resolución, hubo tres enfoques diferentes sobre la forma concreta en que los obreros debían participar en el manejo de la economía: 1) Trotsky planteó: “estatificar los sindicatos”. 2) Shlyapnikov exigió entregar el manejo de toda la economía a los sindicatos, en vez de estatificarlos, sindicalizar el Estado. 3) Lenin afirmó que al mismo tiempo que se involucran los sindicatos en la dirección del Estado, es necesario asegurarse que sean “escuelas de comunismo”. Debido a que este fue el debate más famoso en vida de Lenin —que puso a prueba no sólo las relaciones del partido con la masa, en la vida real, sino que también anticipó los problemas actuales— profundizaremos en todos sus aspectos.

1) La famosa polémica en torno a los sindicatos entre 1920-1921: Las posiciones de Lenin, Trotsky y Shlyapnikov.¹⁸⁴

En las deplorables condiciones en que se encontraba Rusia, el transporte ferroviario era un caos total. Está de más decir que ninguna nación moderna puede existir sin el transporte y aquí, en pleno nacimiento de una nueva sociedad, los ferrocarriles no funcionaban y todo el sistema de transportes estaba todavía plagado por el sabotaje provocado por las fuerzas contrarrevolucionarias ya derrotadas. Era preciso tomar medidas drásticas. Se estableció un comité central ejecutivo del transporte, llamado *Cectran*. Fue una fusión entre el sindicato de los ferrocarrileros y el de los obreros del transporte fluvial y a la cabeza de éste fue puesto un hombre no sindicalizado: León Trotsky, el Comisario de Guerra. A él y a su comité se les otorgaron poderes militares extraordinarios con el fin de manejar y enfrentar la desastrosa situación. Al cabo de un año, los ferrocarriles funcionaban otra vez con puntualidad y además se expandieron sus rutas. El país comenzaba a respirar de nuevo y fue entonces que el sindicato del transporte fluvial levantó su voz para reclamar, diciendo que al principio habían aprobado totalmente los poderes militares extraordinarios necesarios para restaurar el transporte, pero ya que la tarea se había sido cumplida,

¹⁸⁴ El relato más vivo de todas las posiciones puede encontrarse en el *Informe estenográfico del 9º Congreso del P.C.R.*, pero éste no puede obtenerse en inglés ni en español. El lector tendrá por tanto que seguir todos los programas a partir de la crítica que de ellos hizo Lenin.

exigían que “se nos devuelva nuestra democracia sindical de tiempos normales”.

Trotsky reaccionó violentamente. Dijo que no era la comisión especial la que debía ser abolida sino la dirección sindical la que “tenía que ser reorganizada”.

Así fue como *comenzó* el famoso debate en torno a los sindicatos. Antes de que llegara a *su fin*, los temas de discusión fueron muchos y variados: 1) ¿Qué es un Estado de obreros? 2) ¿Cuál es el papel de los sindicatos en dicho Estado? 3) ¿Cuál es la relación entre los obreros de la producción y el partido político en el poder? 4) ¿Cuál es la relación entre los dirigentes y la base, entre el partido y las masas?

Lo que hace único el debate de 1920 es que en las tres posiciones principales está contenido, en embrión, el problema que enfrentamos hoy referente a la relación entre las tres principales formaciones sociales: sindicalistas, políticos y de masas. Lo que en 1920 era un debate casi doctrinario entre dirigentes comunistas, en 1957 se vuelve un problema casi cotidiano que confrontamos en cada huelga.

Lenin se levantó en defensa de los sindicatos: “En general” dijo, “la política de Trotsky subestima burocráticamente a los sindicatos... hay una valiosa experiencia militar: heroísmo, fervor, etc. Existe también la experiencia negativa de los peores elementos del ejército: la burocracia y la petulancia”. Si Trotsky hubiera visto la “realidad de la transición” –insistía Lenin, y no “se hubiera dejado llevar por el discurso intelectual o los argumentos abstractos” se habría dado cuenta de que la Unión Soviética no era un Estado de obreros “puro”, sino un Estado en el cual, por un lado, predominaba el campesinado y, por el otro, estaba distorsionado burocráticamente.

“Nuestro Estado actual es tal” –continuó Lenin con realismo, “que la totalidad del proletariado organizado debe protegerse y utilizar las organizaciones obreras con el propósito de proteger a los obreros de su propio Estado, para que los obreros protejan nuestro Estado”.¹⁸⁵ ¿Cuándo se ha lanzado un ataque más profundo y devastador contra el Estado ruso de los obreros, que éste, al decir que los obreros, *como obreros*, deben protegerse a sí mismos de los obreros, *como Estado*?

Trotsky, por otra parte, sostenía que puesto que la Rusia soviética era un Estado de obreros, éstos no tenían nada que temer de él, por lo tanto, los sindicatos podían ser incorporados al Estado y el trabajo podía ser militarizado. Se pronunció a favor del establecimiento de “un régimen bajo

¹⁸⁵ *Obras escogidas*, tomo IX, p. 9.

el cual cada trabajador se sienta un soldado del trabajo que no tiene la libertad de disponer de sí mismo, si se le ordena ser transferido debe cumplir la orden, so pena de ser castigado como desertor. ¿Y quién se encargará de la ejecución de esto? El sindicato. Se creará un nuevo régimen. Eso es lo que se quiere decir con la militarización de la clase trabajadora”.¹⁸⁶

La dureza de Trotsky frente a la inconformidad de los obreros con respecto al funcionamiento de su comisión especial, la *Cectran*, se manifestó con toda claridad en la atención que dedicó a los dirigentes sindicales que como él decía, debían ser “reorganizados”. Según él, no era la comisión política extraordinaria con sus poderes militares extraordinarios lo que estaba en el fondo de la crisis, sino más bien la directiva sindical era la que había fracasado en crear una “atmósfera de producción propicia”.

Shlyapnikov, el líder de la “Oposición de los obreros” se opuso tanto a Lenin como a Trotsky. Él también comenzó y terminó con la abstracción de un Estado de obreros y como este ya se había establecido, se preguntaba: ¿qué necesidad hay de que la dirección política mantenga la primacía? Era como si todos los problemas hubieran desaparecido con la conquista del poder político. Según él, se trataba de una cuestión sencilla: todo lo que se necesitaba en las condiciones caóticas de 1920 era entregar la industria a los sindicatos correspondientes. A pesar de que él era un dirigente bolchevique, era incapaz de ver la función del partido comunista, una vez instaurado el Estado de obreros. Pidió entonces convocar a un “congreso de productores”: “La función del Congreso de Productores de toda Rusia es organizar y administrar la economía nacional a través de los sindicatos industriales eligiendo cuerpos administrativos para manejar toda la economía nacional de la República”.¹⁸⁷

Lenin era un realista máximo. Preguntó a Trotsky y a Shlyapnikov qué sentido tenía hablar de “un” Estado de obreros cuando la realidad *concreta* y *específica* del Estado Soviético Ruso revelaba que la dictadura del proletariado existía en un país donde los obreros constituían una pequeña minoría circundada por un mar de campesinos. Hablar de un “congreso de productores” –término usado por Marx y Engels referido a una sociedad sin clases– en las circunstancias específicas en que la contrarrevolución derrotada estaba buscando retomar el poder por todos los medios posibles, significaba hacerle el juego a esta.

¹⁸⁶ Informe estenográfico del 9º Congreso, marzo de 1920, en ruso.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 124.

Lenin, dirigiéndose con dureza a Shlyapnikov afirmó: “En este momento de nuestra historia, Usted y su ‘Oposición de los Obreros’ constituyen el peligro más grande que amenaza el futuro de nuestra existencia. No hay más que observar su posición, observar el motín de Kronstadt¹⁸⁸ para ver cuán rápidamente las Guardias Blancas han aprendido el lenguaje anarcosindicalista, con frases tales como ‘libres de toda dirección política’ y *con las armas en las manos* están amenazando al nuevo Estado de obreros. En las condiciones actuales, su propuesta de un ‘congreso de productores’ significa proponerle el suicidio al Estado de obreros”.

Luego, Lenin se dirigió a Trotsky diciéndole que nunca debía olvidar que la Rusia soviética era un Estado de obreros *con distorsiones burocráticas*. En aquellos días Lenin tenía la palabra burocracia a flor de labios. Cualquier intento de “planificar” que no involucrara a las masas mismas no era más que la “creación de proyectos burocráticos”. Cualquiera que expresara el deseo de “reorganizar el liderazgo sindical” estaba manifestando “una concentración burocrática en la capa dirigente”. De hecho, cualquier tendencia política que no pusiera el peso completo del argumento en la cuestión de cómo lograr una nueva relación con las masas, revelaba “tendencias burocráticas”.

El punto fundamental en el que tanto insistía Lenin era “el método de acercamiento a las masas que debía adoptarse, el método de ganarse a las masas, el contacto con las masas”. Cuando Trotsky preconizaba que “la democracia de los obreros no conoce fetichismos, conoce únicamente la conveniencia revolucionaria”, Lenin replicaba enfáticamente que los obreros tienen razón cuando dicen: “Nosotros, los de las bases, las masas, decimos que debemos renovar, debemos corregir, debemos expulsar a los burócratas, pero ustedes nos dan grandes discursos sobre la producción. Yo no quiero adquirir compromisos de producción con tal o cual directiva burocrática o Comité Ejecutivo, sino con otro tipo de organización diferente”.¹⁸⁹

¹⁸⁸ Nadie es tan inventivo para crear nuevas palabras como quienes intentan esconder una verdad desagradable. Así, el social-revolucionario, I. N. Steinberg, ha inventado para la palabra contrarrevolución, la expresión “revolución dentro de la revolución”, como la explicación de Kronstadt. Véase su *In the Workshop of the Revolution*, p. 296.

¹⁸⁹ *Obras escogidas*, tomo IX, pág. 19.

Los marxistas siempre han sido muy conscientes del hecho de que una posición teórica no es accidental. Esa es la razón por la cual Lenin trató de *corregir* a Trotsky. “No debemos temer en admitir la enfermedad” –la enfermedad del burocratismo– advirtió Lenin, so pena de desarrollar nosotros mismos una mentalidad administrativa. En realidad, no hay más que una manera, y *sólo una*, para llegar a alcanzar nuevas relaciones sociales para los millones de nuevos obreros: “atraer gradualmente a toda la población trabajadora sin excepción a la tarea de manejar el Estado”.¹⁹⁰ Eso no es fácil, y hay una gran cantidad de “engranajes” y “canales de transmisión” que van de la masa a la vanguardia; esa es la razón por la cual la vanguardia no puede transformar los sindicatos en órganos de fuerza estatificándolos, sino más bien transformarlos en “escuelas de comunismo”.

Mientras Trotsky afirmaba que “nuestro padecimiento proviene no tanto de los aspectos negativos de la burocracia sino por no haber asimilado sus diversos aspectos positivos”,¹⁹¹ Lenin insistía que la única posición correcta era la tesis sindicalista misma: “La introducción de la auténtica disciplina de trabajo sólo puede ser concebida si la totalidad de las masas que participan en la producción toma conciencia de su parte en el cumplimiento de dichas tareas. Esto no puede lograrse *con métodos burocráticos y órdenes verticales, que vengan desde arriba*”.¹⁹²

Se trataba de una directiva dividida en sí misma en torno al tema básico de su relación con las masas. Había fuerzas objetivas que ya presionaban en una dirección que *se alejaba* del pleno desarrollo de los trabajadores. Mientras Lenin decía que un nuevo factor alarmante era descubrir “la pasión por el mando” entre los comunistas ahora que tenían el poder, Trotsky se debatía con “los antiguos conceptos sindicalistas” y Shlyapnikov coqueteaba con la tesis anarquista de “liberarse de toda dirección política”. Mientras Lenin centraba su pensamiento en la actitud de los obreros, Trotsky lo centraba en la solución administrativa, negándose a reconocer al administrador como al nuevo enemigo. Todo lo contrario, acusaba a Lenin de enfocar “cuestiones muy prácticas desde un punto de vista demasiado propagandístico, olvidando que no sólo se trataba de

¹⁹⁰ Del *Nuevo Programa del P.C.R.*, citado por Lenin durante su debate.

¹⁹¹ *Obras*, de Trotsky, tomo XV, p. 245, ed. rusa.

¹⁹² Véase: *Obras escogidas* de Lenin. Sucedió, como tantas veces sucede en la historia, que en el debate de 1920-1921 Stalin, un hombre que apreciaba lo que significa una mayoría, apoyó a Lenin que tenía entonces a la mayoría de su parte. Pero en su concepto de plan no sólo tenía la actitud de Trotsky; poseía la brutalidad necesaria para llevar a cabo el plan hasta su amargo final de establecer un bárbaro capitalismo de Estado. (Véase la parte V de este libro).

material de agitación sino de un problema que debía ser resuelto administrativamente”.

Lenin, por otra parte, declaraba abiertamente que la burocracia era el nuevo *enemigo* y que el enfoque administrativo de Trotsky lo debilitaba en el punto que debía tener más fuerza: como propagandista. El error de su tesis, sostenía Lenin, era que en ella “el enfoque administrativo brota por todos los poros”. “La historia conoce todo tipo de degeneraciones” insistía Lenin, “depender de la convicción, de la devoción y de otras cualidades espirituales en la política no es actuar con seriedad”.

2) Lenin y su nuevo concepto: “El trabajo de partido supervisado por las masas no partidistas”.

Hoy día los enemigos de Lenin son numerosos. Se ha dicho mucho que fue un “demócrata” y un exponente del “control de los obreros desde las bases” sólo “en teoría”, pero que tan pronto como *El Estado y revolución* quedó acopiado como libro, la práctica de gobernar lo hizo un “dictador”. Se han hecho intentos para dar la impresión de que el joven Estado de los obreros prohibía las huelgas. Si en efecto lo hizo, entonces fracasó en poner en ejecución el decreto que las prohibía. Durante el debate sindical, Tomsy, que en aquel momento era el jefe de los sindicatos, reportó treinta y cuatro huelgas mensuales solamente en Moscú. Naturalmente, el partido pensaba que los sindicatos debían funcionar tan bien que los problemas de los obreros se tratarían y se resolverían a medida que se fueran presentando, sin permitir que las insatisfacciones se acumularan hasta el punto de causar paros. Pero, no sólo se permitían las huelgas, Tomsy y otros líderes comunistas se quejaban de que los comunistas estaban perdiendo influencia porque algunos llegaban a actuar con tan poco tacto que no se adherían al paro cuando los obreros en sus talleres se lanzaban a la huelga.

Tomsy criticaba severamente “la actitud del *chinovnik*” (pequeño burócrata) implícita en las proposiciones de que se permitieran las huelgas solamente en las fábricas de propiedad privada y no en las empresas estatales. La insistencia de Lenin en convertir los sindicatos en “escuelas de comunismo” no tenía el objetivo de imponer la disciplina, cosa que sólo los obreros pueden hacer –como él insistía– sino recalcar enfáticamente que los problemas de la producción no pueden resolverse “a nombre de” los obreros, *si* es que la etapa de transición estaba efectivamente dirigida al socialismo y *no* a una “regresión al capitalismo”.

Una de las pruebas “irrefutables” de la “dictadura” de Lenin, citada por sus enemigos, es el haber introducido la Resolución sobre la Unidad del

Partido que prohibía las facciones. Es verdad que en el X Congreso – cuando la economía estaba en ruinas y el motín de Kronstadt amenazaba la existencia misma del nuevo Estado, y obligaba a un retroceso al capitalismo limitado (La Nueva Política Económica)– Lenin pidió que todas las posiciones divergentes dentro del partido comunista fueran expresadas directamente al partido en lugar de a través de las facciones. Pero: 1) esto se hizo después de que la discusión había terminado, después de que los delegados habían sido elegidos en las diferentes plataformas y después de que el Congreso –debidamente convocado– había tomado las decisiones mayoritarias y las había pasado a votación; 2) Shlyapnikov, contra quien la Resolución estaba dirigida, *no* solamente no fue removido de su puesto sino que algunos representantes de su posición ingresaron al Comité Central; 3) la Plataforma de la Oposición de los Obreros había aparecido en el órgano central del partido en no menos de 250,000 copias; y 4) aun después de la eliminación de las facciones, se instituyó “La página de discusión” para continuar expresando puntos de vista divergentes.

El motín de Kronstadt obligó a tomar medidas drásticas que ciertamente no son ningún modelo a seguir para un Estado de obreros. Pero, hacer un paralelismo entre la Resolución de Lenin y el monolitismo de Stalin revela una ceguera total ante los hechos, que ignora la teoría y distorsiona completamente las etapas históricas.

La verdad es que la precisión y lucidez de Lenin en el debate de 1920, sólo pueden provenir de un hombre que vive de acuerdo con lo que piensa (su teoría) o sea, de acuerdo con la visión de la futura sociedad. Para expresarlo dialécticamente, Lenin tenía un “concepto” claro en su mente – era un nuevo absoluto: “todos sin excepción– y juzgaba la verdad de la realidad de acuerdo con la verdad del “concepto”.

“La población trabajadora en su totalidad, es decir, *todos* y cada uno de los hombres, mujeres y jóvenes, desde la cocinera al lavaplatos, del maquinista al maestro de todos los oficios, del intelectual a la lavandera, *especialmente* “los obreros no-calificados que viven en las condiciones *más duras cotidianamente, ordinariamente*”¹⁹³ (el énfasis es de Lenin). Lenin en sus primeros escritos, insistía mucho en que de la misma manera que Marx contrapuso, en *El Capital* la lucha de los obreros por acortar la jornada de trabajo a toda la grandilocuencia y la fraseología vana de la “Declaración de Derechos”, así debían ahora preocuparse “menos por las frases pomposas y más por el trabajo sencillo y *cotidiano*, por el carbón y los

¹⁹³ Lenin, *Obras escogidas*, tomo IX, pág. 429.

granos”.¹⁹⁴ El comunismo auténtico, escribió, se diferencia de la fraseología vana en que *reduce todo a las condiciones del trabajo* (énfasis de Lenin). En *El Estado y la revolución* elaboró a nivel de teoría, la concepción integral de que sólo las masas *desde abajo* e “incluyendo a todos y cada uno de los hombres”, son capaces de crear un nuevo modo de vida para millones de personas. Esta teoría es lo que guiaba todo su trabajo práctico cotidiano.

La tragedia de la Revolución Rusa radica en *no* lograr tener éxito en esto. A pesar de un enfoque acertado respecto a las masas como lo ejemplifica la incorporación de los conceptos de Lenin a la resolución sindical, el joven Estado de obreros no fue capaz de levantarse por sus propios pies y fue necesario un repliegue que permitiera la operación de ciertas empresas capitalistas: la Nueva Política Económica, (NEP). Ninguno de los líderes bolcheviques pensaba que podían sostenerse mucho tiempo en una Rusia aislada y atrasada, sin la ayuda de la revolución europea. Al explicar la política de la NEP ante el Tercer Congreso de la Internacional Comunista, Lenin destacó su dependencia de la revolución internacional: “Abiertamente admitimos, no ocultamos, el hecho de que las concesiones al sistema capitalista de Estado significan pagarle un tributo al capitalismo. Pero también significan ganar tiempo, y ganar tiempo significa ganarlo todo, particularmente en la época de equilibrio en que nuestros camaradas extranjeros se están preparando a fondo para su revolución”.

Con la derrota de la revolución alemana de 1923 (después del descabezamiento de esa revolución en 1919) la revolución proletaria de Rusia quedó completamente aislada. Lenin, quien nunca hizo un fetiche del Estado de obreros, tenía puesta su mirada en el desarrollo futuro de la NEP y de su partido. Sabía muy bien que la dictadura del proletariado era un Estado de transición que podía ser de transición “ya fuera hacia el socialismo o hacia un retroceso al capitalismo”, dependiendo de la iniciativa histórica de las masas y de la situación internacional. Sabía que el partido, especialmente ahora que tenía el poder, no era inmune a las circunstancias bajo las cuales operaba. Todo el debate de 1920-1921 demostró que las mismas grandes capas o agrupaciones que forman la sociedad –a nivel sindical, político y de masas– se reflejaban en la dirección del partido. Él dependía y confiaba en las bases que estaban más cerca de las masas para reencausar al partido.

El trabajo del partido debe ser supervisado por las masas *no-partidistas*. Y escribió: “Naturalmente no vamos a someternos a todo lo que

¹⁹⁴ Lenin, *Obras escogidas*, tomo IX, pág. 440.

las masas digan, pues también ellas obedecen a sentimientos que nada tienen de avanzados, particularmente en tiempos de deterioro y fatiga excepcionales, resultado de las excesivas penalidades y sufrimientos. Pero al juzgar a las personas, al determinar nuestra actitud frente a aquellos que se han convertido en ‘comisarios’, aquellos que se han ‘burocratizado’, las sugerencias de las masas del proletariado *no-partidistas* –y en muchos casos las de las masas campesinas *no-partidistas*– resultan sumamente valiosas. Las masas trabajadoras tienen un olfato muy fino para distinguir entre los comunistas honestos y dedicados y aquellos que repugnan a los que ganan el pan con el sudor de su frente, que no gozan de ningún privilegio y que no tienen ‘las puertas abiertas’ con el jefe”.¹⁹⁵

Este “hombre partidista” en su última aparición ante el Congreso del Partido Comunista¹⁹⁶ habló de cómo se sentía “profundamente asqueado a causa de las ‘mentiras comunistas’¹⁹⁷ (en inglés, juego de palabras: *communlies*)”. Este dirigente comunista *inventó* palabras para expresar su severa crítica al joven Estado de los obreros y al partido que dirigía la Revolución. Precisamente porque él *era parte integrante de los grandes logros de esta revolución*, su crítica resultaba más devastadora que la de sus enemigos. “La historia toma caminos tortuosos” advertía Lenin. Sin hacer del Estado de los obreros un fetiche, hablaba de “la simple verdad de clase del enemigo de clase” que alega que el Estado soviético “ha tomado el camino que lo conducirá al típico Estado burgués”. “Es muy útil leer este tipo de cosas que se han escrito, no porque el Estado comunista permita publicar algunas cosas y otras no, sino porque simple y llanamente es la verdad de clase, expresada por el enemigo de clase”.¹⁹⁸

En una palabra, su advertencia se refería al inevitable advenimiento del capitalismo de Estado si continuaban la burocratización y el aislamiento del Estado soviético: “Si adoptamos esa inmensa maquinaria burocrática,

¹⁹⁵ *Obras escogidas*. Véase también *Obras* de Lenin, ed. rusa, tomo XXVI: “Para darles vida a los soviets, para atraer personas de fuera del partido, para que el trabajo de la gente del partido fuese revisado por gente que no fuera del partido... Estamos ejecutando mal la consigna: despertar a la gente que no es del partido, revisar el trabajo del Partido por las masas no partidistas”. (pp. 474, 475).

¹⁹⁶ Porque Lenin, en ese Congreso habló de un capitalismo de Estado del que “no se habla en los libros”, que “existe bajo el comunismo”, algunos marxistas han negado que Rusia es una sociedad capitalista de Estado “ordinaria”. Los comunistas rusos confían precisamente en una mala interpretación tal de la advertencia de Lenin acerca de “un regreso hacia el capitalismo”

¹⁹⁷ *Obras escogidas*, tomo IX, p. 346.

¹⁹⁸ *Obras escogidas*, tomo IX, p. 347.

debemos preguntarnos: ¿Quién está dirigiendo a quién? Dudo mucho que se pudiera decir que los comunistas son los que están guiando semejante montaña. A decir verdad, no son ellos los que están al frente de la dirección sino los que están siendo dirigidos”¹⁹⁹.

De la misma manera que no hizo del Estado de obreros un fetiche, tampoco lo hizo del Partido Bolchevique que él mismo fundó. Hemos seguido el desarrollo de sus concepciones al respecto desde 1902, y especialmente el periodo de 1917, cuando le dijo a su partido que si no incluían la cuestión del poder de los obreros en la agenda, él se saldría. En todo momento, no sólo con palabras, sino con hechos, *actuaba* de acuerdo con el principio de que en las situaciones revolucionarias las masas van por delante del partido y las bases del partido adelantan a la dirección del mismo. Desde luego, esto no significaba que no le asignara un papel muy importante al partido que fundó, pero siempre *en estrecha relación* con el movimiento espontáneo de las masas. *Al margen de esa relación*, el partido podía convertirse en cualquier cosa, incluso en aquello que sus peores enemigos pudieran desear. Y así fue.

3) El testamento de Lenin.

El testamento de Lenin es el más grandioso enjuiciamiento de la dirección del partido que llevó a cabo la única revolución exitosa de la historia. En él analiza a sus propios colegas, los líderes de la Revolución Bolchevique Rusa de Noviembre de 1917, que había dado a luz a una nueva burocracia.

No existe documento más asombroso en los anales de la política que este conciso *testamento* de dos páginas,²⁰⁰ el cual de forma muy concreta trata el tema de los líderes del Partido Comunista Ruso con una visión integradora de la política y la economía, la historia y la filosofía, la teoría y la práctica, la revolución y la contrarrevolución.

Lenin afirma llanamente que si la naturaleza dual del Estado ruso —el ser un Estado de obreros y de campesinos— está en la raíz de la disputa entre los principales contendientes: Trotsky y Stalin, entonces no habrá poder en el mundo que pueda evitar que la división de clases provoque la caída del Estado de los obreros. Su caída es inevitable. Sin embargo, las tendencias implícitas en la disputa *todavía no* son una realidad. Teniendo eso en cuenta, dice Lenin, lancemos una mirada a la plana mayor que hizo la revolución.

¹⁹⁹ *Obras escogidas*, tomo IX, p. 348.

²⁰⁰ Publicado por primera vez por Trotsky. Véase *El testamento de Lenin*.

1) *Stalin*. Es “tosco y desleal”. Debe ser destituido.

2) *Trotsky*. Su “no-bolchevismo” escribe Lenin, no quita que sea “el hombre más hábil del Comité Central actual”, pero está “*excesivamente atraído por lo puramente administrativo de las cosas*” (el énfasis es de la autora).

3) *Zinoviev y Kamenev*. Dieron a conocer la fecha de la revolución en la prensa capitalista, en el preciso momento en que los obreros estaban tratando de tomar el poder. Esto no fue “accidental”, nos recuerda Lenin. Es decir, que en cualquier momento crítico pueden hacer lo mismo.

Lo que sobresale en el resto del *testamento* es que no sólo eran los hombres mayores los que buscaban soluciones administrativas en vez de humanas a los problemas complejos, sino también los hombres más jóvenes. Bujarin, por ejemplo:

4) “Bujarin no es sólo el teórico más grande y valioso del partido sino también puede ser legítimamente considerado como el favorito de todo el partido; pero sus concepciones teóricas muy difícilmente puedan considerarse plenamente marxistas, pues hay algo escolástico en él (nunca aprendió, y pienso que nunca comprendió plenamente la dialéctica)”.

En una ocasión Lenin dijo que la palabra que podía caracterizar a toda la correspondencia entre Marx y Engels era la palabra “dialéctica”. Esto es igualmente cierto con relación a Lenin desde el periodo de sus *Cuadernos filosóficos*. Del mismo modo, es el rasgo principal de todas sus disputas con Bujarin, empezando con la cuestión nacional durante la Primera Guerra Mundial y terminando con su testamento, estando presente no sólo en sus debates públicos sino en sus comentarios sobre la obra teórica de Bujarin, la cual Lenin nunca criticó públicamente. Tenemos los Cuadernos de Lenin de 1920²⁰¹ en los que comenta *La economía del periodo de transición* de Bujarin.²⁰², libro que presenta la teoría de una supuesta fuerza que no pertenece a ninguna clase, es decir, “un tercer grupo”, donde no hay ni capitalistas ni obreros al que Bujarin llama “la *intelligentsia* técnica”, cuya misión parece ser establecer “el equilibrio económico”. Según Bujarin, la “*intelligentsia* técnica” nació “para reemplazar a las leyes ciegas del mercado”. El desarrollo del capital industrial al capital financiero fue el desarrollo de una desorganizada y anárquica economía mercantil “a una

²⁰¹ *Leninski Sbornik*, No. 11, ed. rusa.

²⁰² No existe en inglés (ni en español (N. del T.)). Hay algunos marxistas que apenas ahora quieren tomar esa obra como un nuevo punto de partida. ¡Evidentemente cualquier cosa es suficientemente buena para evitar el desarrollar uno mismo un análisis de su propia época!

economía organizada y planificada”. La fuerza organizadora en ese proceso es la *intelligentsia* técnica. Este es el nuevo absoluto para el capitalismo de Estado y para la dictadura del proletariado, “el periodo de transición”. No es de extrañarse que Bujarin estuviera al lado de Trotsky en el debate sindical. Como expresó Lenin en sus *Observaciones sobre la economía del periodo de transición* de Bujarin, cuando llegó a un pasaje en donde Bujarin finalmente recordaba las dos leyes fundamentales de la producción capitalista: la centralización del capital y la socialización del trabajo. “Al fin, ¡gracias a Dios! Lenguaje humano en vez de palabrería ‘organizada’. Todo está bien si termina bien”.²⁰³ Pero dos páginas más adelante vuelve a atacar a Bujarin. Lo cita: “Una vez que se dé realmente la destrucción de las relaciones capitalistas de producción y una vez que la imposibilidad teórica de su restauración quede probada”. Luego Lenin comenta: “La imposibilidad se demuestra únicamente en la práctica. El autor no plantea la relación entre teoría y práctica *dialécticamente*”.²⁰⁴

Ahora, en su *testamento*, Lenin resume su análisis de Bujarin, el teórico y una vez más la crítica se concentra totalmente en la palabra “dialéctica”. Es evidente que para Lenin, uno no puede ser considerado un marxista aunque sea el “teórico más grande del partido” si uno no ha “comprendido nunca plenamente la dialéctica”.

Lejos de convertir este testamento en un nuevo punto de partida, la totalidad de la dirección del Partido Bolchevique acordó no publicar el testamento de su fundador.

Trotsky después de exilado lo publicó. Su comentario no arroja mucha luz. Debido a que fue el colaborador más cercano de Lenin ese año, trató de aminorar la gravedad del debate de 1920-1921, a pesar de que era obvio que Lenin se refería a ese debate cuando habló de la actitud administrativa de Trotsky. Lejos de admitir su error, Trotsky insistió en todos sus escritos posteriores en que “el error no estribaba en la demanda de la estatificación, sino en el hecho de que la política económica no correspondía a las condiciones económicas”.²⁰⁵ Sostenía que fueron las condiciones económicas las que lo llevaron a proponer el libre comercio un año antes de la NEP y cuando el Buró Político rechazó su propuesta, entonces propuso

²⁰³ *Leninski Sbornik* (Compendio de Lenin), No. 11, p. 360. Sólo en ruso.

²⁰⁴ *Ibid*, p. 362.

²⁰⁵ Véase el *Informe estenográfico del 10º Congreso del P.C.R.*, en ruso. Lo esencial se repite en casi todas las críticas de Trotsky al “tempo” de los planes quinquenales. Véase también su “Carta a la Oficina de Historia del Partido”, en *La escuela de las falsificaciones* de Stalin.

la estatificación de los sindicatos y “al final” Lenin y él estuvieron de acuerdo. La verdad, sin embargo, es que aunque todos votaron por la NEP, Trotsky lo hizo administrativamente una vez más y *por lo tanto* hablaba de las condiciones concretas que ahora “excluían la posibilidad de incluir prácticamente a los sindicalistas en el manejo de la economía”.

No fueron las condiciones económicas en 1920, ni en 1921, ni en 1923, las que hicieron a Trotsky escribir como lo hizo. Fue su actitud frente a las masas. No importa que su programa tratara del “libre comercio” o del “Plan único”, su actitud frente a las masas fue siempre la misma. La prueba está en sus teorías *posteriores* a su expulsión de Rusia cuando su archienemigo Stalin, puso en operación el plan quinquenal que culminaría con tan sangrientas consecuencias en 1932. Trotsky siguió hablando en el mismo lenguaje: “El papel de los comités de fábrica sigue siendo importante, desde luego, pero en la esfera del manejo de la industria ya ha dejado de tener una posición directiva para adquirir una auxiliar”.

Si Trotsky no “quiso decir” lo que escribió, este gran revolucionario escribió durante dos décadas sin encontrar las palabras exactas para expresar lo que quería. Sin embargo, siempre encontró las palabras, miles y miles de palabras, para expresar lo *contrario* de lo que “quería decir”. Es imposible llegar a otra conclusión que no sea el hecho de que incluso los más cercanos colegas de Lenin –y ninguno más cercano que Trotsky en ese último periodo cuando Lenin recurrió a él para luchar conjuntamente contra Stalin– habían tratado sus conceptos filosóficos de Lenin igual que los marxistas antes de la Primera Guerra Mundial trataron la filosofía marxista: como un apéndice retórico de las “grandes teorías económicas”.

Nada podía estar más lejos de la verdad. Sin el humanismo de Marx y después de Lenin, las teorías económicas de ambos, no tienen sentido. Los dirigentes no son criaturas desclasadas que flotan entre el cielo y la tierra. Son hombres apegados a la tierra. En el momento en que pierden contacto con la clase obrera, empiezan a representar a la única *otra* clase fundamental de la sociedad: la clase capitalista.

Lo que todavía no era una realidad cuando Lenin escribió su testamento, se convirtió en realidad muy pronto cuando Stalin consolidó su poder e introdujo su plan. Es verdad que ni siquiera Lenin consideró a Stalin como representante de otra clase. Pero fue profético en esto: *si* las diferencias en el seno de la dirección en verdad reflejan pronunciadas diferencias de clase, entonces nada podría salvar al Estado de obreros. Y nada lo pudo salvar. Se transformó en una sociedad capitalista de Estado.

Como veremos más adelante, una vez que una nueva clase –la capitalista de Estado– surgió en Rusia, no sólo el Partido Comunista Ruso

se convirtió en su víctima, también la Tercera Internacional. Mientras Lenin, con su precisión característica, pasó de las condiciones estrictas que él estableció para unirse a la Internacional, a la admisión de que el “lenguaje” de sus Resoluciones era “demasiado ruso”, Stalin impuso el monolitismo en el Partido Comunista Ruso y lo extendió a toda la Internacional.

Los dictadores totalitarios que ahora gobiernan Rusia, después de más de un cuarto de siglo de silencio –durante el cual el Estado y el partido fueron totalmente transformados y todas las personas mencionadas en el *testamento* han muerto “repentinamente” deciden admitir su existencia, subordinándolo a su mito manipulado del “culto a la personalidad”. Nada más ajeno a Lenin. La caracterización que hizo de Stalin de “tosco y desleal” no tenía nada que ver con ningún “culto a la personalidad”. Lo que Lenin estaba diciendo era que: son las masas y solamente ellas las que pueden aplastar lo viejo y crear lo nuevo, mientras que los líderes que hicieron grandes contribuciones al éxito de la Revolución son impotentes, *en tanto individuos*, para cambiar el curso de la historia. *Más grave aún*, no hay nada en la filosofía ni en la política de los líderes que pueda contener las pasiones que se agitan en sus entrañas e impedir que sean tan “bajas y malvadas” como las que mueven a los capitalistas a cumplir su misión.

Lo que no era todavía una realidad en enero de 1924, pronto lo fue. Lenin no sólo caracterizó a Stalin, sino a su progenie, a los dirigentes actuales a quienes Stalin formó a su imagen y semejanza. La única manera en que pueden cumplir su *testamento* es abandonando ellos mismos el poder.

Lenin *resumió* toda una vida dedicada al movimiento revolucionario y concluyó que si la disputa del partido reflejaba verdaderas líneas de clase, no habría nada en el mundo que pudiera salvar esas líneas divisorias. El Estado proletario sufriría un colapso. *Y así fue.*

Quinta Parte

El problema de nuestra
época: el capitalismo de
Estado contra la libertad.

SECCIÓN PRIMERA

El escenario ruso

En el trasfondo del debate sindical de 1920-1921 bullía la cuestión de la “planificación”. A pesar de la afirmación posterior de Trotsky no es verdad que él haya sido el primero en proponer un “plan económico nacional único”. La “necesidad de un plan nacional único” aparecía ya en el Nuevo Programa, es decir, el primer programa del recién reestructurado partido comunista después de la Revolución triunfante de 1917. Sin embargo, es verdad que toda la cuestión de la planificación, excepto aquella encaminada a la vital industria eléctrica –GOELRO– resultaba fuera de lugar pues era la clase trabajadora la que constituía el ejército que defendía al país. Trotsky fue el primero en reintroducir la idea del “plan nacional único” como algo concreto. En su discurso ante el 9no. Congreso del Partido Comunista Ruso en marzo de 1920, dijo: “Si estamos hablando en serio de planificación económica centralizada, con una única concepción, entonces la fuerza laboral se distribuye de acuerdo a un plan económico nacional en una etapa determinada de desarrollo, lo que implicaría entonces que las masas trabajadoras no pueden ser rusos errabundos. Deben ser movilizados, reclutados y ordenados exactamente como soldados”. Este concepto daba la tónica de los discursos de Trotsky durante todo el debate sindical. Esto fue a lo que Lenin se opuso hasta el día de su muerte.²⁰⁶

El 22 de diciembre de 1920, Trotsky se dirigió al 8vo. Congreso de los Soviets. En su discurso: “El camino al plan económico único”, su concepción administrativa surgió con bastante claridad: “Es necesario garantizar la unidad de dirección en todos los comisariados económicos”. Esta concepción administrativa había estado en las proposiciones de Trotsky desde el comienzo, cuando introdujo por primera vez ante la

²⁰⁶ Su reacción al escrito de V. P. Milyutin sobre un solo plan económico es típica: “Milyutin escribe basura acerca del plan. El mayor de todos los peligros es burocratizar este asunto de un plan de economía estatal.

“Ese es un gran peligro. Milyutin no lo ve.

“Estoy muy asustado de que a pesar de que su punto de vista sea desde otro ángulo, tampoco usted lo ve. Somos pobres mendigos, famélicos y arruinados.

“Un completo, un completo y verdadero plan para nosotros ahora sería una utopía burocrática.

“¡No corramos tras ella!”

(Carta a Krzhizhanovsky en: *Cartas de Lenin*, p. 464 (de la edición en inglés).

directiva, tanto la idea de la planificación como la del libre comercio. Cuando Lenin “finalmente aceptó” la idea de un plan nacional único, repitió su objeción: “pero no administrativamente, no uniendo a los comisariados”; sino más bien “atrayendo e incorporando a las masas más amplias posibles”. Incluso durante el motín de Kronstadt y la introducción de la Nueva Política Económica, la Resolución del X Congreso consideró necesaria la realización de las siguientes medidas organizativas: 1) *La participación de los sindicatos en la elaboración de un plan económico único y programa de producción*, así como participación igualitaria en la dirección práctica a través de la realización y ejecución de estos programas. 2) *La formación de organizaciones económicas*. La organización del manejo de la industria se realiza por el acuerdo entre el sindicato y los órganos económicos correspondientes sobre la base de las propuestas de los sindicatos.

En una palabra, las dos concepciones contrincantes del plan –que Marx había analizado primero en *El Capital* como el plan despótico del capital y el plan del trabajo cooperativo– se estaban enfrentando en la vida real más que en la teoría, en las circunstancias muy peculiares de un Estado de obreros con distorsiones burocráticas que permitía el comercio privado. Después de la muerte de Lenin, el desarrollo de la Nueva Política Económica siguió de acuerdo con su propia dialéctica. Iniciada como una medida limitada para permitirle al Estado de obreros un respiro, terminó en el crecimiento usual del capital y en el empeoramiento de las condiciones de los obreros. Trotsky entonces introdujo la cuestión del plan, esta vez para frenar el comercio privado y otorgar un papel más importante a los obreros, o cuando menos, al Estado de los obreros. La oposición de Stalin fue puramente coyuntural, en ese momento apoyaba a Bujarin que sostenía que Rusia podía alcanzar el socialismo “a paso de tortuga”. Pero una vez expulsado Trotsky, el Plan, con una “P” mayúscula, fue introducido. Stalin se convirtió en el planificador extraordinario. En la medida que Trotsky se aferró al “plan”, en esa misma medida –a pesar de sus constantes críticas del “tempo” – estaba siendo prisionero, en realidad, del plan de Stalin. Y en el proceso, el concepto mismo de socialismo quedó reducido al concepto de plan.

Al mismo tiempo, a escala mundial, la crisis de 1929 dio lugar a una gran cantidad de planes desde las agencias alfabéticas del *New Deal* (Nuevo contrato, el nuevo arreglo de Estado del presidente Roosevelt en 1933) hasta la esfera de Co-Prosperidad del Japón. Los problemas teóricos que Marx había planteado hacía casi un siglo, respecto a la centralización del capital “en manos de un capitalista o una corporación capitalista”, el

ejército de desempleados y el colapso del capitalismo ahora eran problemas concretos y cruciales.

Durante la Gran Depresión, miles de intelectuales americanos se volvieron hacia el marxismo y el leninismo. Conocieron el comunismo estalinista que dedicó una increíble cantidad de tiempo, cuidado, energía y vigilancia para confinar a Marx y a Lenin dentro de los límites de su propia filosofía distorsionada: la cual considera que la propiedad privada equivale a capitalismo y que la propiedad del Estado equivale a socialismo. La concepción de Trotsky de que el Estado de obreros equivale a la propiedad estatal no difería fundamentalmente de la tesis de Stalin, por lo tanto no podía convertirse en una fuerza de polarización independiente a pesar de su lucha continua contra la burocracia estalinista. El resultado fue que Rusia aparentó ser algo diferente del capitalismo, como si el capitalismo de Estado fuera la nueva sociedad del socialismo más que la última etapa de desarrollo del capitalismo.

De hecho, el análisis de los planes quinquenales rusos, y por ende de la ley de movimiento de la economía rusa, originalmente hecho por esta autora con el fin de probar la existencia del capitalismo de Estado en Rusia, fue despreciado tanto por economistas académicos como por trotskystas. No fue sino hasta después de la Segunda Guerra Mundial, con la guerra fría, que los economistas académicos volvieron a lanzar una mirada a Rusia y la frase “capitalismo de Estado” se convirtió de repente, casi en cliché periodístico. Sin embargo, la economía sigue quedándose por detrás de la historia, porque ahora ya no es la “economía” de Marx, sino su humanismo, lo que ha adquirido concreción. Esta es *la* cuestión crucial que el comunismo ruso debe evitar como a la peste. Un estudio concreto del desarrollo real de los planes y de las revueltas no planificadas contra ellos mostrará el por qué.

Capítulo 13

El capitalismo de Estado ruso vs. las sublevaciones obreras

A. El primer plan quinquenal: Las relaciones entre planificadores y obreros, 1928-1932

El primer plan quinquenal fue introducido en octubre de 1928, poco después de que Stalin surgió como el triunfador absoluto de todas las tendencias contendientes en el seno del Partido Comunista Ruso. La lucha interna se había desatado con la muerte de Lenin y terminó, por un tiempo, con el exilio de Trotsky y el encarcelamiento de su oposición de izquierda.

Por un tiempo –durante los primeros meses del plan– los obreros rusos recibieron con beneplácito el fin de la Nueva Política Económica y el principio de lo que creían iba a ser una planificación socialista. En verdad, estaban tan entusiasmados que cumplieron y rebasaron todas las “normas” de producción establecidas por el plan estatal.

Los obreros habían ganado la jornada de siete horas. Las Comisiones para los Conflictos Laborales seguían funcionando y en general, favorecían a los obreros en sus conflictos con la administración. El 5 de enero de 1929, por ejemplo, *Vida económica*, órgano del Consejo de Trabajo y Defensa, señalaba que las tarifas del trabajo a destajo se someterían a la aprobación de la Comisión para Conflictos Laborales. Por otro lado, la responsabilidad del cumplimiento de los programas de finanzas descansaba exclusivamente en la administración. Ese número de la publicación informaba también que era usual que los trabajadores que fueran despedidos por la administración pudieran ser reinstituídos por el inspector laboral. Un nuevo decreto del 24 de enero hacía a los obreros responsables por los bienes dañados. Los planificadores del Estado dieron la orden de que el plan quinquenal debía completarse en cuatro años. Esta aceleración constituyó el punto más agudo de división entre los planificadores y los trabajadores.

Los planificadores estatales denominaron al año 1929 como “el año de la decisión y la transformación”, lo cual fue efectivamente un hecho. Desde entonces, la ejecución del Plan Estatal se convirtió en una batalla interminable entre los planificadores estatales y los obreros. Los *dos* planes antagónicos inherentes a la producción capitalista: el de los obreros y el de la jerarquía directriz, afloraron. Los planificadores arremetieron contra la resistencia de los trabajadores hacia el plan, eliminaron las convenciones o

reuniones de la producción de los trabajadores con sus Comisiones de Conflictos y en lugar de ellas se instituyeron reuniones sobre producción entre ingenieros y directores, presididas por políticos. Al mismo tiempo, comenzaron los juicios de los profesionales. Algunos funcionarios del Plan Estatal fueron culpados de “destrozos”, lo cual fue sólo una muestra previa de ese rasgo distintivo del capitalismo de Estado: confesiones y retractaciones. Sus efectos se diluyeron a nivel mundial a causa de la crisis de 1929.

La crisis mundial a su vez, afectó adversamente el precio del trigo ruso en el mercado mundial. No había dinero para comprar tractores, lo cual resultaba crucial para el plan, ya que los tractores no eran manufacturados con la suficiente rapidez en Rusia para ocupar el lugar de los animales de tiro. Los campesinos, resistentes a la colectivización, sacrificaron masivamente a los animales a un grado tal que Rusia no ha podido recuperarse de ello hasta la fecha.

La vasta carnicería de animales se reveló por primera vez en el informe de Stalin al XVII Congreso del Partido Comunista Ruso, en 1934:

<i>Millones de cabezas</i>	<i>1928</i>	<i>1932</i>
Caballos	33.9	19.6
Ganado (vacas y bueyes)	70.5	40.7
Ovejas y cabras	146.7	52.0
Cerdos	26.0	11.6

Había tal caos en el campo que la cosecha de granos declinó de 83.5 millones de toneladas en 1930 a 70 millones en 1931. Los planificadores nunca admitieron la terrible hambruna de 1932-1933. Destruyeron los censos antes que revelar el número de muertos.

En ese “año de la decisión y la transformación”, la inquietud de los trabajadores rusos creció. Desde 1930, el Estado empezó a devolver los golpes y dio instrucciones a las bolsas de trabajo de poner a los obreros que dejaran sus empleos por iniciativa propia en una “lista especial”. Esa lista negra privaba al trabajador de toda compensación por desempleo. Para el 9 de octubre, se declaró “abolido” el desempleo. La compensación por desempleo quedó totalmente suspendida. Se hizo obligatorio para todos los directores de fábrica incluir en el cuaderno de paga de los trabajadores las razones de su despido. Pero ya nada podía detener la tasa de inestabilidad laboral de los trabajadores. A fines del Primer Plan quinquenal esta inestabilidad había alcanzado la impresionante cifra de 152 %. Por lo tanto, Rusia aprobó un nuevo decreto: “...ordenar el despido de un trabajador, de

la fábrica, incluso en el caso de un día de ausencia sin razón justificada y privarlo de la tarjeta de alimentos otorgada a él en tanto que miembro del personal de la fábrica o establecimiento, así como del uso de las viviendas a que tenía acceso, pertenecientes a la fábrica o establecimiento”.

El planificador y el obrero habían alcanzado los polos opuestos en la perspectiva de la producción. Como si se tratara de una dirección de teatro, los políticos teóricos soviéticos siguieron los pasos de la economía política clásica cuya teoría, declaró Marx, era: “Acumulad, acumulad. ¡La acumulación es la gran panacea!... Acumular por acumular, producir por producir: en esta fórmula recoge y proclama la economía clásica la misión histórica del período burgués. La economía jamás ignoró los dolores de parto que cuesta la riqueza”.²⁰⁷

Stalin no se engañó a sí mismo tampoco, fue más despiadado porque vivimos en la era del capitalismo de Estado. El problema básico, en todo el mundo hoy día, es la productividad del trabajo –cómo hacer que los obreros trabajen más– y en ningún lugar es más urgente que en un Estado totalitario. Esa es la razón por la cual es totalitario.

1) El impuesto sobre las ganancias.

Hay un paralelo entre el funcionamiento de un Estado totalitario y los orígenes del capitalismo privado. Al rastrear la historia de la acumulación originaria, Marx concluyó que: “La única parte de la llamada riqueza nacional que entra real y verdaderamente en posesión colectiva de los pueblos modernos es... la deuda pública”.²⁰⁸ Nunca tuvo esto más validez que en Rusia, donde el costo total de la industrialización y la militarización ha sido soportado por el pueblo a través de ese ingenioso esquema conocido como el “impuesto sobre las ganancias”.

La manera de elevar la Tesorería del Estado para sufragar el plan se presentó con una apariencia lo suficientemente inocente. El 5 de diciembre de 1929, el Comité Central del Partido Comunista Ruso pasó la siguiente resolución: “Instrucciones al Comisariado Popular de Finanzas y el Supremo Consejo de Economía Nacional para elaborar un sistema de impuestos y gobierno sobre el principio de un impuesto único sobre las ganancias”.

El “impuesto único sobre las ganancias” resultó estar compuesto de dos secciones: 1) un impuesto en ganancias que comprendía del 9 al 12 % del

²⁰⁷ *El Capital*. Tomo 1, p. 540.

²⁰⁸ *El Capital*. Tomo 1, p. 691-692.

presupuesto estatal; 2) un impuesto sobre ingresos globales que comprendía del 60 al 80 % del presupuesto. Añadido a las entregas obligatorias de las granjas colectivas, el impuesto sobre ingresos globales bastaba para financiar toda la industrialización y la militarización.

El impuesto sobre ingresos globales no se aplica en una forma igualitaria: con menos dureza para la industria pesada y con dureza en los productos agrícolas. Contrariamente al impuesto usual de ventas, que es un porcentaje fijo sobre el precio de base de la mercancía, el impuesto sobre ingresos globales es un porcentaje fijo de la totalidad del valor de las ventas de la mercancía, incluyendo la cantidad del impuesto. En lenguaje sencillo, esto significa que mientras un impuesto del 90% de las ventas aumenta el precio de la mercancía en un 90%, un impuesto sobre ingresos globales de 90% aumenta el precio de la venta *diez veces*.

Tomemos el pan, que es el producto vital del trabajador ruso. Al pagar un rublo por kilo de pan negro, está pagando 25 *kopeks* por el costo real del pan, incluyendo la producción, la distribución y la entrega. Los 75 *kopeks* restantes de ese rublo se van al Estado como impuesto sobre ingresos globales. Los precios ascendieron alarmantemente de modo que el trabajador se enfrentó con el hambre. Tuvo que introducirse el racionamiento para asegurar a los obreros manuales la obtención de un mínimo de alimentos.

La línea divisoria entre planificadores y obreros estaba llegando a su punto de ruptura. Stalin, como de costumbre, no retrocedió en su larga marcha hacia las relaciones capitalistas. Lejos de detener o siquiera disminuir el insostenible ritmo de industrialización, la consigna era: “Plan quinquenal en cuatro años”. Stalin pidió la creación de una nueva “*intelligentsia* industrial y técnica”. Fue muy específico y reiterativo en lo referente a las “nuevas condiciones y nuevas tareas”:

1) Era necesario terminar la “despersonalización” manifestando “el máximo de cuidado por los especialistas, los ingenieros y los técnicos”.

2) Era necesario acabar con la estupidez del “igualitarismo”. “Mejor paga a mejor trabajo”.

3) Era necesario poner fin a la “inestabilidad del trabajo en la industria”. Debe hacerse una mayor diferenciación entre los calificados y no calificados. “Los salarios deben organizarse en una nueva forma”.

4) Debe introducirse la contabilidad de negocios para alcanzar un incremento en la acumulación y una disminución de los costos de producción.

“Esas son”, continuó Stalin en su discurso ante la Conferencia de Administradores de Industrias el 23 de junio de 1931, “las nuevas

condiciones del desarrollo de la industria, exigiendo nuevos métodos de trabajo y nuevos métodos de dirección en nuestra construcción económica”.

A pesar de que esto se hacía con toda deliberación y conciencia, que nadie otorgue omnisciencia a Stalin. No hay duda de que estaba haciendo un esfuerzo consciente para crear “dirigentes”, “administradores”, “organizadores” -en una palabra: patrones. Sin embargo, tomó cuatro años más, antes de que pudiera crearse una aristocracia del trabajo. *Su voluntad férrea era la manifestación del impulso objetivo del desarrollo industrial.*

El Primer Plan quinquenal terminó con: 1) verdaderas condiciones de hambruna en el campo, en donde Stalin se había ocupado de “liquidar a los *kulak* como clase”; 2) un 152 % de labores de cambio en las ciudades; 3) los comienzos de una nueva clase llamada “la *intelligentsia* industrial y técnica”.

El país, ciertamente, había alcanzado un grado acelerado de industrialización, aunque hagamos a un lado los fantásticos logros que se alegan (ver el suplemento estadístico al final del capítulo). Sucedieron más eventos no planeados que los planeados. La única cosa que resultaba cierta, sin ninguna duda, era la *dirección* en que la economía se estaba desarrollando: una preponderancia continua de los medios de producción sobre los medios de consumo. Lo que Marx había mostrado como el principio del desarrollo *capitalista* resultó ser exactamente la misma dirección que tomaba el desarrollo económico ruso. Los planificadores orgullosamente enseñaban la *relación* alcanzada entre las dos ramas principales de la producción:

	1928	1932
Medios de producción:	44.3 %	52.3 %
Medios de consumo:	55.7 %	46.7 %

Ya se vislumbraba en el horizonte la fisonomía social de la nueva clase gobernante que en 1930, Chistian Rakovsky –un líder de la oposición de izquierda– caracterizó de la siguiente manera: “Una clase gobernante, diferente al proletariado se está cristalizando ante nuestros propios ojos. La fuerza motriz de esta clase singular es la forma singular de la propiedad privada, el poder estatal”.²⁰⁹ Su contribución *específica* a la producción capitalista en general es el trabajo forzado. Los campos de trabajos forzados aparecieron a comienzos del segundo plan quinquenal.

²⁰⁹ *Boletín de la Oposición*. Sólo en ruso.

B. El segundo plan quinquenal: El Estado unipartidista asume un pleno carácter totalitario y completa la contrarrevolución.

1) Los campos de trabajo forzado.

Hasta este punto el movimiento de la economía rusa seguía la dirección tradicional de cualquier capitalismo. Lo que se presenta ahora, sin embargo, en el segundo plan quinquenal, es nuevo. Los campos de trabajo forzado –temible acompañante del capitalismo de Estado– hicieron su aparición por primera vez en una sociedad industrial moderna en 1933.

En junio de ese año, el Comisariado del Trabajo fue abolido y los sindicatos fueron incorporados como parte de la maquinaria del Estado. Cinco semanas más tarde, el 1ro de agosto de 1933, bajo el título eufemístico de “Código Correccional del Trabajo” encontramos una lista de “lugares de detención”: “comunidad correccional, comunidades fabriles, agrícolas, de trabajo masivo y de castigo”. ¿Con qué propósito? “Las comunidades fabriles se organizan con el propósito de inculcar hábitos de trabajo”. Para el 10 de julio de 1934, el Comisariado del Interior (NKVD) fue creado para sustituir a la GPU (la policía secreta). Se le asignó la tarea adicional de formar un “Departamento de Campos Correccionales y de Trabajo y Asentamientos de Trabajo”. El 27 de octubre de 1934, esto se suplementó con una Resolución del Comité Central Ejecutivo y el Consejo de Comisarios del Pueblo, de la siguiente manera: “Todas las instituciones correccionales (prisiones, lugares para incomunicados, comunidades de corrección y las oficinas de corrección del trabajo sin privación de libertad), que actualmente son manejadas por el Comisariado Popular de Justicia en cada República constituyente, habrán de ser transferidas y serán de la competencia del Comisariado Popular del Interior y sus órganos locales”.²¹⁰

El “Comisariado de Justicia” no es otra cosa que un instrumento de la GPU que ha sido transformada en la NKVD de modo que de ahora en adelante las purgas dentro del partido, los arrestos y exilios, así como el inculcar “hábitos de trabajo”, están todos “coordinados”.²¹¹ La imagen de la

²¹⁰ Véase: J. H. Meizel y E. S. Kozera, *Materials for the Study of the Soviet System*, p. 202. En esta obra se ha hecho un valioso trabajo para darle a conocer al lector en lengua inglesa las leyes mismas a través de traducciones.

²¹¹ Abigniew K. Grzeziński, en su libro, *The Permanent Purge*, ha resumido valiosos datos sobre purgas, aunque el libro adolece de su tesis de que todo, desde

clase gobernante del Estado unipartidista se estaba gestando ahora en cada fábrica, aldea y escuela. Ni siquiera los menores se salvaron. La pena de muerte fue introducida para “menores a partir de los doce años de edad”.

2) Los demonios stajanovistas, capataces de la productividad

El primer año del segundo plan quinquenal comenzó con la orden de una purga en el partido, el 28 de abril de 1933. La purga no duró menos de dos años y transformó completamente lo que quedaba del partido bolchevique. Los sindicatos, como vimos, ya habían sido abolidos, echándoles la culpa de resistencia de los trabajadores a cumplir las normas establecidas por el plan. La terrible hambruna en el campo empujó a millones de campesinos a la ciudad, creando así un ejército de reserva considerable. En un esfuerzo por detener este flujo alarmante de campesinos a la ciudad, los planificadores introdujeron el sistema de pasaportes internos. Al mismo tiempo, tomaron en consideración a este “ejército de reserva” para compensar la baja productividad en las fábricas. El 16 de marzo de 1933, *Industria*, el órgano del Comisariado de la Industria Pesada, aconsejaba a los administradores que usaran ese “comodín”: “*hay más trabajadores de los que son necesarios de acuerdo con los planes*” (subrayado en el original). El consejo fue escuchado. La lucha entre la dirección y los obreros se intensificó.

La consigna de Stalin de 1931 de “terminar con la despersonalización” o “a mejor trabajo, mejor salario”, había permanecido en espera porque no había llegado el momento en que se introdujera un sistema de trabajo a destajo. Marx había declarado este tipo de sistema como el más adecuado para el modo de producción capitalista. En 1935, Stalin exaltó dicho sistema como “un regalo caído del cielo”. V. Mezhlauk (el entonces presidente de la Comisión Planificadora Estatal) explicó de la siguiente manera el tal “regalo caído del cielo”: “Un simple minero, trabajador de la cuenca de Doñets, Alexei Stajanov, en respuesta al discurso de Stalin del 4 de mayo de 1935, cuya nota culminante era la preocupación por el ser humano y que marcó una nueva etapa en el desarrollo de la URSS, produjo un nuevo sistema de organización laboral para la extracción del carbón. El primer día en que su método fue aplicado, cortó ciento dos toneladas de carbón en un turno de seis horas en vez de la cuota establecida de siete toneladas”.

un debate hasta el holocausto de 1937, es una “purga”, mientras que para él los juicios de Moscú sólo fueron “drama”.

En los cuatro meses que transcurrieron entre el discurso de Stalin del 4 de mayo, y el logro de Stajanov el 31 de agosto, el Estado no perdió la más mínima oportunidad para usar trucos publicitarios para exaltar el “milagro”. La prensa, los fotógrafos, los cables de noticias mundiales se enteraron de inmediato del “regalo caído del cielo”. A lo que *no* se le dio publicidad fue a las condiciones tan favorables que fueron creadas para hacer posible que Stajanov se convirtiera en un “demonio de la velocidad”: 1) Él, y los stajanovistas que le siguieron, recibieron los mejores instrumentos y herramientas, los mismos que arruinaron rápidamente sin tener que pagar por ellos. *El obrero común y corriente, por otro lado, estaba obligado a pagar por todos los bienes que dañara.* 2) Una brigada de ayudantes hacía todo el trabajo de acabado y no obtenían ninguna paga extra. 3) Por encima de todo, estos rompe-récords “por un solo día” no repitieron sus “milagros”, se retiraron a los sillones afelpados. A la masa de obreros se les dijo entonces que el “milagro” debía ser la “norma”.

Con el stajanovismo como arma, el Estado pudo revivir la consigna de 1931: “Fin a la despersonalización” o “entrenar a las recalitrantes manos obreras” tal y como lo expresara el filósofo capitalista, Ure, en los días de la Revolución Industrial. El trabajo a destajo se convirtió en el sistema imperante de trabajo.

En los comienzos del Estado de obreros, las diferencias salariales del obrero peor pagado al mejor pagado fluctuaban de 1 a 3. Con el stajanovismo, la relación se transformó de 1 a 20.

Con “el fin a la despersonalización” y la creación de esta extrema diferenciación en los salarios se planteó la cuestión del racionamiento, pues los stajanovistas no podrían comprar nada con su dinero. Pero lo que sucedió fue que, a partir de entonces, terminó el racionamiento y la producción de artículos de lujo se expandió:

	1932	1936
Relojes	65,000	558,000
Tocadiscos	58,000	337,000
Cámaras	30,000	557,000
Sedas (millón de metros)	21.5	51,220

El obrero medio siguió comiendo pan negro y su *kipyatok* (agua caliente). Con estas bases, y *con la meta fijada*, resultaba imposible extender simultáneamente la producción de los medios de producción y la producción de los medios de consumo. Una de las dos tenía que ser sacrificada. Así fue bajo el competitivo capitalismo de “mercado” y así

resultó ser bajo la producción estatificada autocrática. La constante necesidad de expandirse con el fin de “alcanzar y sobrepasar a las naciones capitalistas”; la alta composición orgánica del capital en el avanzado mundo capitalista que impuso la misma composición técnica a la economía rusa; todo esto exigía un sacrificio en la esfera de la producción de artículos para el consumo masivo. La distribución de artículos para el consumo masivo tenía que estar de acuerdo con la realidad de la etapa de producción. No se trataba de “normas burguesas de distribución” como lo pensaba Trotsky”.²¹² Se trataba del *método burgués de producción*. En su prefacio a *El Capital*, Marx explicaba por qué no pintaba al capitalista y al terrateniente de “*color de rosa*”, no porque fueran malvados necesariamente, en cuanto individuo, “sino que aquí los individuos sólo se consideran en la medida en que personifican categorías económicas y relaciones e intereses de clase particulares”.

3) La formación por Stalin de la *intelligentsia* “sin clases”.

Los años treinta asistieron al surgimiento de “un nuevo tipo de hombre soviético” –el tipo del administrador-ejecutivo bastante conocido en el mundo occidental como “el hombre del traje gris”. Se empeñó en destacar su diferenciación respecto de los obreros, incluso en su conducta cotidiana, personificando a las mil maravillas lo que Marx llamó “una autoridad estrictamente reguladora de un mecanismo del proceso de trabajo organizado como una jerarquía completa”.²¹³ Este caballero de la *intelligentsia* desempeñó este papel como si hubiese sido diseñado para él.

En esta estructura jerárquica del proceso laboral, la *intelligentsia* le prestó un gran servicio al plan. Las normas han de ser cumplidas *por los demás*: por la gran masa de la población. Las necesidades imperiosas del valor de producción capitalista los obligaron a ajustarse al molde de todos los gobernantes. Guardan tan poca similitud con los hombres y mujeres que condujeron la revolución como Napoleón frente a los *sans-culottes*. Los obreros rusos saben que el puesto de director de fábrica no es meramente “funcional” como dicen los planificadores. Las excesivas diferencias en el ingreso, del 1 al 20, son *el comienzo*. La base constituida por las “masas” del régimen actual es más amplia que bajo los zares, pero las capas altas constituyen, como veremos en seguida, un simple 2.05 % de la población total.

²¹² León Trotsky, *La revolución traicionada*, Juan Pablos Editor, México, 1972.

²¹³ *El Capital*, tomo 3, p. 885.

En 1937, Molotov se ufana de que había 1.751,000 “posiciones dirigentes” en la Unión Soviética y “250,000 ingenieros y arquitectos sin responsabilidad personal para las empresas o proyectos”. Para 1939, Molotov alcanzó una precisión que sólo puede ser producto de una aguda conciencia de “clase” (clase gobernante). La especificidad al enumerar la jerarquía de los oficios y la responsabilidad es un reflejo de la estructura de clases tal y como está expresada en la Constitución, la cual diferencia entre obreros y campesinos por un lado y la *intelligentsia* por el otro:

La aristocracia del trabajo (por millar)²¹⁴

Brigadas de dirigentes de tractores	97.6
Brigadas de dirigentes del campo	549.6
Brigadas de cabezas de ganado	103.1
Conductores de tractores y operadores combinados	803.1
Obreros calificados de la industria (incluyendo metalúrgicos, maquinistas, soldadores, etc.)	5,374.4
Total	6,927.8

Empleados (por millar)

Economistas y técnicos en estadística	822
Personal legal (jueces, abogados)	46
Ingenieros, arquitectos (excluyendo a los que actúan como directores)	250
Doctores y especialistas médicos medios	762
Personal técnico medio	836
Personal técnico del agro	95
Profesores	1,207
Trabajadores técnicos y de la cultura (periodistas, bibliotecarios, etc.)	495
Artistas (trabajadores del arte)	46
Especialistas en contabilidad, etc.	1,769
Total	6,329

La *intelligentsia* avanzada; Error! Marcador no definido. (por millar)

Directores de fábrica y gerentes (presidentes de <i>koljoz</i> , <i>sovjoz</i> y MTS)	1,751
Agrónomos	80
Científicos (incluyendo supervisores y profesores)	93

²¹⁴ Este cuadro muestra la división de clases en Rusia en 1939, cuando la población era de 169.519,127. Los encabezados son míos, pero las categorías de la división tabular son de las estadísticas oficiales de la *Administración Central de Economía Nacional*, 1939.

Otros (incluyendo la *intelligentsia* militar)

1,550

Total

3,474

Lo anterior revela que aproximadamente 16.7 millones, o sea menos del 10% de la población total, son considerados como “*intelligentsia* sin clases” en el sentido más amplio de la palabra. Los “más avanzados” de la *intelligentsia*, “los genuinos creadores de una nueva vida”, como los califícos Molotov –aquellos que son los jefes verdaderos de la economía– constituyen tan sólo 3.4 millones ó 2.05% de la población total. El 8% restante participa de la plusvalía y alaban a los dirigentes en cuyas manos dejan el manejo de la economía y del Estado, elaborando la política y los planes. Aun sin calificar de “explotadores” a esta sección “avanzada”, la fisonomía social de la clase gobernante resulta lo suficientemente clara.

A la “*intelligentsia* sin clases” debía otorgársele legitimidad ahora. En 1936, la “Constitución de Stalin” hizo justamente eso. Estaba en oposición directa a la Constitución anterior que prestaba juramento al carácter de transición de la dictadura del proletariado con las siguientes palabras: “El objetivo principal de la Constitución del RSFSR, adaptada al actual periodo de transición, consiste en el establecimiento de la dictadura del proletariado urbano y rural y del campesinado más pobre en la forma del gran poderío Pan-ruso, con la meta de asegurar la supresión total de la burguesía, la abolición de la explotación del hombre por el hombre y el establecimiento del socialismo bajo el cual no debe haber ni división de clases ni autoridad de *Estado*”.

La nueva “Constitución de Stalin”, por otro lado, al mismo tiempo que alegaba que “el socialismo ya estaba irrevocablemente establecido”, fortaleció la autoridad del Estado al grado del “totalitarismo absoluto”, estableció el trabajo a destajo como el sistema imperante (“cada cual de acuerdo con sus habilidades, a cada cual según su trabajo”) y decretó la protección de la propiedad del Estado y de la propiedad personal “de los ladrones y rateros”. Lejos de la expiración de este Estado, este pulpo primero se saciaría con lo que quedara de la revolución y de los obreros que se atrevieran a resistir. Los Juicios de Moscú habrían de aniquilar, literalmente liquidar “al Estado mayor general” que había desarrollado la revolución.

La burocracia reinante le dio rienda suelta a una serie de juicios macabros que no se veían desde los tiempos de la Inquisición española y la cacería de brujas. Estos juicios tenían todo el terrorismo, la violencia y la desvergüenza que sólo un Estado totalitario es capaz de producir. El primero fue el juicio de Zinoviev-Kamenev; después el de Radek-Piatakov

y el de Bujarin-Rykov, luego los juicios, en privado, del personal militar encabezado por Tujachevsky y, finalmente, el juicio de los Yagodas, los cuales pusieron en escena la primera tanda de juicios. Las increíbles confesiones y la degradación del “Estado mayor general de la revolución” (que desde hacía mucho había capitulado y recapitulado y habían sido aislados y encarcelados sin estatura ni dignidad) aumentaron el exterminio de la memoria de la revolución en *algunos* hombres y ayudaron a completar lo que faltaba para volver a escribir la historia. Pero no fue en aras de la historia que se montó todo esto. El Estado totalitario pleno ya había tomado forma. Se hacía sentir. Necesitaba de esa infusión de sangre para instalar con firmeza a la *nueva* clase creada por el “nuevo” método de producción. Tampoco la más grandiosa farsa judicial de la historia estuvo limitada a los hombres que dirigieron la revolución. Todo lo contrario. Su *furia plena* se desató contra los trabajadores. Las *tumbas colectivas* descubiertas a fines de la guerra son un horrendo testimonio de ello.²¹⁵ Los millones de seres que poblaron y pueblan todavía los campos de concentración son una muestra de que los Juicios de Moscú no cambiaron las actitudes de los trabajadores frente al Estado totalitario.

Los Juicios de Moscú fueron la culminación de la contrarrevolución que vimos desarrollarse antes, con el cambio en las relaciones de producción. Bastó un verdugo, en vez de un ejército, porque solamente una de las partes en conflicto tenía las armas. Lo poco que quedaba de la Revolución de Octubre quedó totalmente exterminado y el Estado proletario fue derrocado, no tanto debido a la ejecución de los viejos bolcheviques (aunque eso sea siempre una manifestación de la contrarrevolución), *sino abriendo un camino, en el proceso de producción, para la nueva clase*. Ese lugar sólo pudo haberse reservado para la “*intelligentsia* sin clases” en una situación en que la existencia de dicha clase fuera puesta de manifiesto en forma destacada, sólo en una situación en que *el método de producción mismo* lo exigiera.

Las relaciones de producción establecidas por la revolución se habían hecho incompatibles con este nuevo método de producción. Es por ello que el baño de sangre tuvo lugar a fines del segundo plan quinquenal. El trabajador ruso sabe que las relaciones de producción, propiedad del Estado, exigen de su sudor y su degradación. Dicho Estado guarda la misma semejanza a un Estado de obreros que el Presidente de la Corporación de Acero de los EE.UU. guarda con relación a un trabajador

²¹⁵ Véase, *The Pennant Purge*, de Abingniew K. Brzezinsky.

del acero, sólo por el hecho de ser ambos “empleados” de la misma corporación.

La contrarrevolución de 1935-1937 fue la culminación de aquello que se inició con la introducción del plan. El plan suscitó un conflicto inmediato entre el obrero y el patrón (administrador). La liquidación de los sindicatos al fundirlos en el aparato del Estado simbolizó el abismo insalvable entre planificador y trabajador. Los stajanovistas, ingenieros y administradores de la producción, así como los oficiales del ejército, se unieron a los del Estado para formar el grueso de la nueva clase gobernante a la que se le otorgó status jurídico, esto es legitimidad, en la Constitución Soviética de 1936. *La experiencia de Rusia, desde 1936, ha explotado la idea de que la planificación realizada por cualquier otra clase que no sea el proletariado siempre puede revertir la ley de moción de la sociedad capitalista.*

C. El tercer plan quinquenal y la suma de todos los planes en el momento en que estalló la guerra

Rusia había alcanzado un gran crecimiento industrial; sin embargo, los logros que reclaman los rusos son muy cuestionables. El colapso agrícola de 1932, por ejemplo, aparece como un plan cumplido y logrado en un 93.7%. Como no figuraba dentro del plan, los planificadores ignoraron simplemente la drástica matanza de ganado (mayor que la disminución entre 1914 y 1920, debido a la guerra, la revolución y la guerra civil). Como siempre, estaban ocurriendo más cosas no-planificadas que planificadas y los planificadores simplemente tomaban el “promedio” de una industria básica que había roto su record “en un 103 %”, además de una vivienda incompleta en la cual no se podía vivir. Por lo tanto, resultaba fácil para ellos declarar todo tipo de “logros”. Dos y dos era igual a cualquier cosa que ellos quisieran.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, la crítica al método ruso para medir el crecimiento industrial, no gozaba de mucha credibilidad porque Rusia parecía ser la única que crecía mientras el resto del mundo se debatía con los golpes de la gran y larga depresión.

Los economistas rusos se refirieron al supuesto 650 % de logros de la industrialización soviética, pero nunca prepararon un índice de la producción industrial total que cuidadosamente considere cada elemento en la economía, con el fin de llegar a un índice estadísticamente válido del volumen de la producción. Esta tarea, nunca fácil en circunstancias normales, resulta especialmente difícil en el caso de las estadísticas

soviéticas, ocultadas o deformadas para probar que su “línea general” es la correcta. En estas circunstancias, la mejor medida al alcance es comparar el resultado físico de las secciones seleccionadas tanto de la industria pesada como ligera, como de la producción agrícola, frente a un trasfondo de estadísticas sobre población e ingreso nacional. En seguida podrá verse un resumen estadístico de la URSS (preparado por la autora de este libro), para ilustrar el curso del desarrollo de toda la economía desde los tiempos de los zares hasta 1940. Las cifras para el año 1922 han sido incluidas con el propósito de mostrar el ritmo acelerado de crecimiento de la producción, desde el año de la ruina, pasando por el fin de la contrarrevolución y de la hambruna, hasta la víspera del Primer Plan quinquenal. Toda la información proviene de documentos originales estatales oficiales, en ruso: Las de 1913, 1922 y 1928 son cifras de Gosplan: *La Comisión Planificadora Estatal para el Desarrollo de la Economía Nacional de la URSS: El plan quinquenal*; las de 1932 y 1937 son cifras de Gosplan: *Logros* (de los planes respectivos); las cifras de 1940 provienen de informes presentados al XVIII Congreso del Partido Comunista Ruso, aparecidas en *Pravda*, el 18-21 de febrero de 1941.

Tabla estadística 1913-19140							
Item	Unidad	1913	1922	1928	1932	1937	1940
Industria pesada							
Electricidad	Billón Kw/h	1.9	1.0	5.0	13.0	36.4	39.6
Carbón	Millón tons.	28.9	11.0	35.5	65.4	127.9	164.6
Petróleo	Millón tons.	9.3	5.0	11.7	21.3	30.4	38.0
Hierro	Millón tons.	4.2		3.3	6.2	14.5	14.9
Acero	Millón tons.	4.2		4.0	5.9	17.7	18.4
Tornos p/metal	Millar	1.5		3.8	18.1	36.1	53.9
Tractores	Millón tons.	0.0	0.0	1.3	48.9	51.0	31.1
Combinados	Millón tons.	0.0	0.0	0.0	10.0	43.9	
Ferrocarriles	Miles de kms.	59.0	71.0	77.0	83.4	84.9	93.0
Tráfico	Millón	132.4	58.0	156.2	267.9	517.3	536.6

carga	tons.	Industria ligera					
Algodón	Millón mts.	2224.	0.6	2742.	2717.	3447.0	491.0 ¹
Lana	Millón mts. ²	95.0	22.0	96.6	88.7	108.3	114.9
Papel	Miles de tons.	197.0		484.5	479.0	831.6	834.0
Azúcar	Miles de tons.	1290.	211.	1340.	828.2	2421.0	530.0
Calzado piel	Millón pares	60.0	29.0	60.0	84.7	164.3	
Agricultura y ganadería							
Área cosechable	Millón Hect.	105.0	77.7	112.9	134.4	135.3	141.2
Grano cosechado	Millón quint.	801.0	503.	733.2	698.7	1202.9 ²	
Producto cosecha	p/Hectáreas	8.5	7.6	7.9	7.9	10.4 ²	
Caballos	Millón cabezas	35.8	24.1	35.9	19.6	16.7	17.5 ³
Ganado	Millón cabezas	60.6	45.8	70.5	40.7	57.0	64.6 ³
Borregos, cabras	Millón cabezas	121.2	91.1	146.7	52.0	81.3	111.6 ³
Cerdos	Millón cabezas	20.9	12.1	16.0	11.6	22.8	32.5
Población e ingresos nacional							
Población total	Millones	139.3	133.	152.3	165.7		170.5 ⁴
Obreros y emplead ⁵	Millones	11.2		11.5	22.8	27.030.	
Ingreso Nacional	Rublos p/capita	52.0		56.0	95.0	198.0	30.4
Salario Nominal	Rublos p/sem.	6.0		14.0			78.0 ⁶
Verdadero salario semanal % de 1913 ⁷	Rublos p/semana			125.0			62.4

¹ Cifras correspondientes al año 1938.

² Esto no está basado en el tipo de unidad usada en los años anteriores. En 1933, por razones que el Estado ruso ha preferido callar, se adoptó la medida conocida como producto biológico. Esta medida indicaba que el grano se estimaba tal y como estaba en el campo –antes de la cosecha– y con un 10 % de deducción permitida para “desperdicio”. Todos los economistas agrónomos, con la excepción de los comunistas, están de acuerdo en que dicho cálculo no incluye el desperdicio real. Algunos descuentan el 20%, otros el 30% y hasta el 40%. Sin embargo, esta tabla indica únicamente las cifras oficiales.

³ Cifras correspondientes al año 1939.

⁴ El censo de 1937 fue destruido y la información no se hizo pública.

⁵ Las estadísticas rusas incluyen a los obreros y empleados en una misma categoría, o, cuando los separan en dos, incluyen a trabajadores rurales y urbanos en una categoría, y a los empleados rurales y urbanos en otra, las cifras anteriores representan a los trabajadores y empleados urbanos.

⁶ Aproximado. Los datos provienen del Informe del 18o. Congreso del Partido.

⁷ Cálculo de la autora. Véase la tabla siguiente para los costos de los productos alimenticios.

El valor de la producción industrial bruta en mil millones de rublos (precios fijos de 1926-1927) revela el siguiente desarrollo proporcional de los medios de producción (Grupo A) en relación a los medios de consumo (Grupo B), desde el inicio del Primer Plan quinquenal:

	1928		1932		1937		1940	
	Valor	%	Valor	%	Valor	%	Valor	%
Grupo A	7.0	44.3	23.1	52.3	55.2	57.5	83.9	61.0
Grupo B	8.7	55.7	20.3	46.7	40.3	42.5	53.9	39.0

La medición estadística de la economía rusa se presenta aquí sin el propósito de entrar en discusiones sobre el desarrollo esplendoroso o no de la industrialización rusa. A pesar de su importancia, a la autora no le interesa tampoco comprobar la precisión y autenticidad de las cifras oficiales.²¹⁶ El propósito fundamental de esta tabla sobre la industrialización rusa tiene más bien como objetivo mostrar la dirección que tomó la economía rusa durante los años de los planes, anterior a la devastadora Segunda Guerra Mundial. Queda mostrado que la dirección de su crecimiento –la preponderancia de los medios de producción sobre los

²¹⁶ Cualquiera que se interese en este aspecto puede consultar a Hodgman, *Soviet Industrial Production, 1928-1951*. Ahora los libros sobre la economía rusa ya no tienen fin. Esto no era así cuando la autora analizó los planes quinquenales a partir de fuentes originales rusas.

medios de consumo, la composición altamente orgánica del capital y el rápido deterioro del nivel de vida de las masas— no es meramente accidental ni tampoco se debe a las “condiciones de la guerra”, sino que es consecuencia inevitable de la ley de movimiento de una economía que, como cualquier otra economía capitalista, descansa en pagarle el mínimo al trabajador y extraerle el máximo.²¹⁷

Costos de alimentos en tiempos del zarismo,
así como antes y después de los planes quinquenales.²¹⁸
(En rublos, por kilo, excepto leche por litros y huevos por unidades)

Alimentos consumidos en Moscú en 1926	Cantidad semanal	1913		1928		1940	
		precio	costo	precio	costo	precio	costo
Pan negro	2.46	0.07	.1722	0.08	.1968	0.85	2.0910
Harina de trigo	0,79	0.12	.0948	0.22	.1738	2.90	2.2910
Papas	3.04	0.05	.1520	0.09	.2736	1.20	3.6480
Carne res	0.92	0.46	.4232	0.87	.8004	12.00	11.0400
Carnero	0.17	0.34	.0578	0.79	.1343	14.0	2.0080
Azúcar	0.45	0.34	.1530	0.62	.2790	3.80	1.7100
Leche	1.24	0.11	.1364	0.06	.0744	2.10	2.6040
Mantequilla	0.11	1.15	.1265	2.43	.2673	17.50	1.9250
Huevos	1.60	0.03	.0480	0.20	.3200	0.85	1.3600
Aceite	0.12	0.15	.0180	0.53	.0636	15.65	1.8780
Totales			1.3819		2.5832		30.6270

De acuerdo con el cuadro estadístico, puede advertirse que el cálculo de la autora, respecto del salario semanal real del trabajador medio ruso en 1940, era equivalente a sólo el 62.4 % del salario correspondiente en 1913.

²¹⁷ Un nuevo estudio sobre “Salarios efectivos en la Unión Soviética, 1928-1952”, ha sido escrito por Janet C. Chapman, en el estudio se afirma que los salarios efectivos se han reducido en un 37% de su monto en 1928. (Véase *Review of Economics and Statistics*, enero de 1954).

²¹⁸ Las cifras de 1913 están tomadas del Boletín de Prokopovicz. No. 1-2; los precios de 1928 están sacadas del *Manual estadístico* (en ruso); las cifras para el principio del año de 1940, de *Monthly Labor Review*. El estudio de 1926, incluyendo las cifras, fue reproducido en *International Labor Review*.

Este hecho resulta más gráfico al mostrar los precios de los artículos alimenticios básicos que consume un trabajador medio en Moscú. Los datos provienen de un estudio oficial publicado en 1926. Para 1930 este tipo de publicación quedó suprimida en Rusia. Sin embargo, con la abolición del racionamiento, los precios de los productos básicos tuvieron que publicarse. Datos adicionales sobre el aumento de los precios de estos productos en las tiendas de gobierno en Moscú, en los años de 1939 y 1940, fueron recogidos por la embajada americana y publicados en noviembre de 1939 y mayo y agosto de 1940, en la revista *Monthly Labor Review*. Del contraste entre los precios de los alimentos y los salarios puede sacarse una idea precisa de las condiciones de los trabajadores rusos.

Si tomamos como base el año de 1913 y le asignamos el número 100, el índice de costos de los alimentos para 1928 sería de 187 y para 1940, de 2,248. Los salarios semanales en aquellos años fueron los siguientes: en 1913: 6 rublos; en 1928: 14 rublos; y en 1940: 83 rublos. Siempre tomando el año de 1913 como nuestra base de referencia para los salarios semanales nominales, tenemos un índice de 233 para 1928 y de 1,383 para 1940. Ahora podemos elaborar un índice de salarios reales dividiendo el salario semanal nominal entre el costo real de los alimentos con lo que obtenemos la cifra de 125 como el índice de salarios reales en 1928 y 62.4% para 1940, usando como referencia los tiempos del zarismo.²¹⁹ Si hubiésemos considerado el creciente aumento en los precios de alimentos a octubre de 1940, habría sido sólo un 55% en relación a 1913, e incluso esa cifra impresionantemente baja que prueba con tanta claridad el deterioro en el nivel de vida del trabajador, no refleja la situación en su punto más bajo, pues hemos considerado el precio único uniforme de 1940 y no el precio de mercado libre (al cual tenía que recurrir el trabajador a veces porque pocos eran los alimentos disponibles en las tiendas del Estado). Como promedio, los precios en el mercado libre eran 78% más altos que los precios de las tiendas del Estado. Se supone que en Rusia no existe el mercado negro, pero en el mercado libre oficialmente reconocido, la carne se vendía a 17 rublos el kilo cuando las tiendas del Estado la vendían a 10 rublos y medio.

Al mismo tiempo, el desarrollo industrial no ha sacado a Rusia de su atraso, tomando como criterio la producción *per capita*. Esto lo demuestran las siguientes figuras comparativas citadas por Molotov en 1937.

²¹⁹ Naturalmente, las fuentes rusas dan gran importancia a las “prestaciones sociales gratuitas” y no cabe duda de que en hospitalización, rentas, etc., el trabajador ruso tiene hoy “privilegios”. Eso no cambia de ninguna manera el hecho de que la alimentación es el artículo más importante de su presupuesto.

La producción mundial per capita en 1937

	Unidad	URSS	EE.UU.	Alemania	Japón
Electricidad	Kwt./Hr.	215	1160	735	421
Carbón	Kilo	757	3429	3313	643
Hierro (lingotes)	Kilo	86	292	234	30
Acero	Kilo	105	397	251	62
Cemento	Kilo	32	156	173	60
Jabón	Kilo	3	12	7	-
Azúcar	Kilo	14	12	29	17
Algodón	Mts. cuadrados	16	58	-	39
Papel	Kilo	5	48	42	8
Piel (zapatos)	Pares	16	2.6	1.1	-

Al presentar el Tercer Plan quinquenal, Molotov convirtió la expresión “producción *per capita*” en la palabra clave. “La gente pareció olvidar que económicamente (es decir, desde el punto de vista del volumen de producción industrial *per capita* de la población) todavía estamos más atrasados que algunos países capitalistas... El socialismo se ha edificado en la Unión Soviética sólo en lo fundamental. Todavía tenemos mucho que hacer antes de que la URSS consiga todo lo necesario para elevar el nivel económico y técnico de nuestro país para poder estar no sólo a la altura de los países capitalistas sino llegar a superarlos”.

La consigna del Primer Plan quinquenal de “alcanzar y superar a las naciones capitalistas” se mantuvo en el segundo plan y en el tercero. Una vez más, el pecado imperdonable era la actitud de los trabajadores rusos frente al plan. Molotov sabe mejor que nadie que para lograr lo que lograron con el primer plan, se vieron obligados a emplear a 22.8 millones de trabajadores mientras que el plan requería sólo 15.7 millones. Él sabe que la baja productividad del trabajador ruso no es una señal de su atraso, sino una señal de *su inconformidad y rebeldía continua contra las condiciones de producción*.

1) Las crisis y las purgas.

El error fundamental de los que piensan que una sociedad capitalista aislada y única no está gobernada por las mismas leyes de una sociedad compuesta por capitalistas individuales –que poseen propiedad privada– reside en no darse cuenta de que lo que ocurre en el mercado no es la causa,

sino *el efecto* de las contradicciones inherentes al proceso de producción. Una sociedad capitalista única no tiene un mercado ilimitado. El mercado para el consumo de bienes (como lo hemos demostrado) está limitado estrictamente a los lujos de los gobernantes y a las necesidades básicas de los trabajadores cuando son pagados al valor.

La consigna de “alcanzar y superar a las naciones capitalistas” reflejaba el motivo propulsor de la economía mundial actual: ¿Quién dominará el mercado *mundial*?²²⁰ He ahí el secreto del desarrollo de los medios de producción a costa de los medios de consumo. Y también la causa del empeoramiento de los niveles de vida de las masas a pesar del “deseo del Estado” de aquello que calificaba de “mejoramiento ascendente de las condiciones de la clase trabajadora”.

Nuestra sociedad capitalista única, específica, ha logrado algunas fábricas altamente modernizadas, un elegante metro y, según nos asegura Jruhov, una bomba H lo suficientemente poderosa como para inundar al mundo –en caso de ser lanzada en los polos– pero en ningún momento se han detenido para elevar los niveles de vida de las masas trabajadoras. No pueden, el capital no lo permite. Es por eso que la economía está en una crisis constante.

El valor del capital en el mundo que nos rodea se deprecia día tras día, lo cual significa que el valor del capital dentro del país capitalista se deprecia también constantemente. Puede no depreciarse totalmente en los libros de los burócratas. Pero puesto que el valor real del producto no puede ser mayor que el valor de fábrica en el mercado mundial, en el momento en que el tractor *Ford* empezó a competir con el tractor *Stalingrad*, el Estado tuvo que reducir su precio. Esto ocurrió en 1931, cuando Rusia importaba el 90% de la producción mundial de tractores y vendía los suyos a un precio inferior al costo.

El hecho de mayor importancia es que independientemente de las cifras que puedan aparecer en los libros, son los medios de producción *dentro del proceso de producción*, los que revelan su verdadero valor en la relación que guardan con el trabajador; y es aquí donde se encuentra la esencia del

²²⁰ El profesor Colin Clark, que fue uno de los primeros en presentar *A Critique of Russian Statistics*, estimó que el avance más rápido en progreso económico desde el principio del siglo hasta 1940 fue el de Japón. (Véase su *Conditions of Economic Progress*. Véanse también los siguientes estudios sobre el Japón: *Industrialization of Japan and Manchukuo, 1930-1940*, por Chumpeter, Ailen, Gordon y Penrose; *The Economic Strength of Japan*, por Isoshi Asha; e *Industrialization of the Western Pacific*, por Kate Mitchell, 1942).

análisis de Marx al considerar a todas las categorías económicas como categorías sociales. Es decir, si una máquina obsoleta no fuera destruida, sino que se siguiera usando en la producción, el trabajador sería el más afectado ya que el gerente de producción le seguiría exigiendo que cumpliera con la entrega de sus artículos dentro del margen de tiempo de trabajo socialmente necesario determinado por el mercado *mundial*.

Mientras la planificación sea rigida por la necesidad de pagar al obrero el *mínimo* y extraer de él la plusvalía *máxima*, para mantener lo más posible el sistema productivo dentro de las leyes “anárquicas” del mercado mundial, regidas por la ley del valor, seguirán existiendo las relaciones capitalistas de producción –independientemente del *nombre* que se le dé al orden social. Por lo tanto, ha sido absolutamente imposible para Stalin y sus herederos manejar el sistema productivo sin el estancamiento y crisis causados por la constante necesidad de ajustar los componentes individuales del capital total entre si y con relación al mercado mundial. Han evitado el tipo común de crisis comercial, pero por otro lado, cuando las crisis se presentaron fueron más violentas y destructivas. Eso ocurrió en 1932 y se repitió en 1937. En 1932 tomó la forma de un caos total en el campo; en 1937 tomó la forma espectacular de los Juicios de Moscú y los juicios militares, a puerta cerrada. En ambos casos, la producción industrial tal y como había sido planeada estaba tan alejada de la producción industrial lograda como el cielo lo está de la tierra.

Las purgas no son el resultado de un estado de ánimo sino de un estado de producción.²²¹ Nunca han desaparecido en Rusia y nunca desaparecerán

²²¹ Una vez discutí sobre las purgas con un trabajador de la industria automovilística. Dijo: “Las purgas no son sólo rusas. También tienen lugar todo el tiempo en los Estados Unidos, sin el beneficio de juicios espectaculares. Ese es el carácter de la producción masiva norteamericana. La mayor purga que ocurrió en la industria norteamericana fue cuando subió al mando Henry Ford II. El limpió desde arriba hasta abajo.

“Dos ejemplos: 1) Se introdujo un nuevo modelo en un trabajo sobre camiones. Les fue muy difícil organizar la producción. Los camiones no salían ni en la cantidad ni en la calidad deseadas. Así que empezaron a purgar los niveles inferiores de capataces. La cosa no mejoró. Después despidieron al de arriba. Lo siguieron dos más. Por fin echaron a andar bien la línea. 2) En un trabajo sobre tractores, introdujeron un nuevo modelo y no podían obtener calidad ni cantidad. Empezaron a eliminar capataces en los niveles inferiores. No obtuvieron resultados. Se deshicieron del tipo de arriba, lo reemplazaron por otro y también se deshicieron de éste. Finalmente consiguieron uno.

bajo ese régimen porque las crisis nunca cesarán. Las crisis nunca cesan porque la rebeldía de los trabajadores es constante.

2) El trabajo ante la ley.

La burocracia del partido, contando con todo el poder del Estado, empezó a desatar su venganza mediante un nuevo tipo de “legislación laboral” anti-obrera, la más opresiva que se haya registrado en la historia moderna.

Las leyes de 1940 le prohíben al trabajador renunciar a su puesto. Cualquier infracción o falta de disciplina, tal como llegar quince minutos tarde a la fábrica, se castiga con seis meses de “trabajo correctivo”, es decir, trabajo en la fábrica reduciéndole su salario en un 25 %. Si esta ley es violada, el obrero es enviado a los campos de trabajos forzados.

Posteriormente, la burocracia totalitaria desplazó su venganza de los obreros hacia la juventud. Los adolescentes eran sacados de las escuelas para recibir un “entrenamiento vocacional libre” que duraba de seis meses a dos años, después del cual tenían que trabajar donde el Estado dispusiera durante dos y a veces hasta cuatro años recibiendo “la tarifa de salarios vigente”.

El 26 de diciembre de 1940, *Pravda* informó que el ausentismo creció en los primeros seis meses de pasada la ley, especialmente en las minas de carbón. En la Conferencia del Partido de 1941, que se celebró meses antes del ataque nazi y después de casi dos años de la guerra europea, el informe señalaba que los trabajadores “se ausentaban constantemente, sobre todo después de los días de pago” y que una tercera parte de ellos no cumplía con las “normas”.

Esta draconiana legislación anti-obrera registra el terror de la burocracia dominante frente a la rebeldía de los trabajadores. La rebeldía había comenzado poco después de la inauguración del primer plan quinquenal. Los obreros dieron muestra de un ingenio milagroso y de una gran capacidad para resistir el estrangulamiento totalitario sobre la producción. Los campesinos reaccionaron de la misma manera en el campo.

Los millones de personas que fueron colocados en los campos de trabajos forzados constituyen la verdadera prueba de la continua resistencia que las masas rusas oponían a los gobernantes del Estado en las fábricas y

“Pero todo el mundo sabe, desde los de más arriba hasta los de abajo, que estas purgas no lo logran. Después de muchos meses de ensayos y errores, echa a andar, pero las purgas tienen lugar, de todas maneras”.

en el campo. El terror nunca habría sido tan violento si la *rebeldía* e inconformidad no hubiesen sido tan persistentes.

D. La guerra y el ataque a *El Capital* de Marx

En 1939, Hitler (con sus planes trienales, con su “fin al desempleo”, sus cámaras de gas y campos de concentración) estaba listo para centralizar todo el capital europeo. Obtuvo la luz verde de Stalin y, con el pacto nazi-soviético, lanzó la guerra contra Polonia –planeada y programada entre ambos dictadores. Para 1941, los dictadores habían entrado en conflicto, las ambiciones imperialistas de Stalin no habrían de cumplirse hasta que se adhiriera a los aliados y obtuviera lo que no pudo obtener de Hitler: la Europa oriental. En junio de 1941, la Alemania nazi lanzó sus ataques contra Rusia. Tan profundos eran los antagonismos dentro de Rusia que Hitler llegó hasta Stalingrado antes de que el pueblo ruso decidiera hacer regresar a los invasores en vez de sufrir el tormento adicional de la dominación extranjera.

Pero los planificadores rusos no cambiaron. Tampoco se contentaron con quitarles a los obreros la jornada de siete horas y extenderla a ocho horas con tiempo “extra” obligatorio. De hecho, la consigna era “Ninguna distinción entre los del frente y los de la retaguardia”.

El hambre insaciable por “producción y más producción” perdió todos sus límites precisamente en plena guerra, cuando la burocracia descubrió el sistema de producción masiva. El año de 1943 es conocido oficialmente como “el año del sistema de producción masiva”. La técnica de ensamblaje en masa fue usada para transformar la violenta competencia individual del stajanovismo en “emulación socialista”, es decir, la competencia entre fábricas.

Ningún obrero ruso podía ver la diferencia entre su “trabajo socialista” y el trabajo descrito por Marx como capitalista y enajenante. También las preguntas hechas por los estudiantes eran imposibles de contestar, de ahí que la enseñanza de la economía política fuera suprimida.²²² El año en que

²²² Esto se reveló por primera vez en un artículo en *Pod Znamenem Marxizma* (Bajo las banderas del marxismo), No. 7-8, 1943. Sin embargo, la revista no legó a este país hasta 1944, cuando la traduje al inglés y se publicó en la *American Economic Review*, No. 3, 1944, bajo el título, “Teaching of Economics in the Soviet Union”. Véase también Will Lissner en el *New York Times*, 1 de octubre de 1944. La controversia en este país sobre la pasmosa inversión de las enseñanzas marxistas se continuó en las páginas del *American Economic Review*, durante todo

descubrieron el sistema de producción masiva, los teóricos totalitarios se empeñaron en meterse con *El Capital* de Marx. Giraron órdenes para que la estructura dialéctica de *El Capital* no fuera seguida. Ahora argüían que la “ley del valor funcionaba en la tierra del socialismo”.

Hasta entonces, todo el mundo –amigos y enemigos, marxistas y no marxistas– había estado de acuerdo en que la ley del valor de Marx era la marca característica de la sociedad capitalista. Por esa razón, los teóricos rusos alegaban –hasta la publicación de este artículo en 1943– que la ley de valor no operaba en su país, “la tierra del socialismo”. Ahora se encontraban ante el dilema de desmentirse a partir de la base de que Rusia es “socialista” y, al mismo tiempo, admitir de repente que la ley del valor sí opera en Rusia. Para un comunista ruso, sin embargo, resultó una bendición pues la teoría rusa de esta manera cuadraba finalmente con la realidad rusa. Tal y como lo escribí en mi comentario de entonces: “Las ideas y la metodología del artículo no son accidentales. Son la metodología de una *intelligentsia* interesada en la adquisición de los productos excedentes. Lo importante es que ese alejamiento de 'la enseñanza antigua de la economía política' refleja fielmente la realidad económica. La Unión Soviética ha entrado al periodo de 'la economía aplicada'. En vez de teoría, el artículo presenta una fórmula administrativa para lograr la máxima producción al mínimo costo. Es la constitución de la economía rusa de posguerra”.

Es verdad que los teóricos pensaron que resolverían su problema fundamental de la explicación del funcionamiento de la ley capitalista del valor. Sin embargo, el cambio de marco teórico es el aspecto menos importante del asombroso cambio total en la teoría. Por ejemplo, se propuso que de ahora en adelante la enseñanza de *El Capital* no debe comenzar en el capítulo uno, que incluye la famosa sección sobre el “El fetichismo de las mercancías”. El fetichismo de las mercancías es el misterio con el que disfrazan las relaciones sociales de producción en la sociedad burguesa. En Rusia, en donde la sociedad es completamente capitalista de Estado, el fetichismo de las mercancías burgués parece haberse superado. En un aspecto así es. Los burócratas rusos no se ven afectados por los problemas de mercado, ni confundidos por las ideas de intercambio igualitario, como es el caso con los economistas burgueses. Pero otro aspecto del fetichismo, el aspecto más crítico que Marx puso al descubierto, era la *perversidad* de las relaciones entre la máquina y el hombre, donde el trabajo muerto domina al trabajo vivo. Es por eso que

un año, y respondí con mi refutación, “Revision or Reaffirmation of Marxism”, *American Economic Review*, No. 3, septiembre de 1945.

Marx insiste tanto en decir que la *forma* de la mercancía es fantástica, no porque no sea verdadera, sino porque refleja correctamente las relaciones *reales* en el momento de la producción. Este fetichismo no sólo no ha sido superado en Rusia sino que el plan lo ha perfeccionado al grado de convertirse en su prisionero.

Han sustituido el fetichismo de la mercancía por el fetichismo del plan. Pero su plan no resulta ser otra cosa que un disfraz para las relaciones reales de producción en la fábrica. Y no están en mejores condiciones que los economistas burgueses de superar *este* fetichismo. En otras palabras, lejos de que el plan arroje luz a las relaciones de producción en la fábrica, los planificadores estatales manifiestan la dominación total de la máquina sobre los trabajadores en el plan. En realidad, por lo tanto, el plan estatal no es otra cosa más que la organización del proletariado para producir bajo la dominación de la máquina.²²³ La necesidad de encajar la teoría en la realidad tenía un significado para los teóricos y otro muy diferente para los trabajadores rusos. Los primeros buscaban las citas adecuadas y los últimos sabían que nada iba a cambiar para ellos, con el fin de la guerra. La enseñanza de *El Capital* experimentaría el cambio. Tendrían que continuar produciendo más y más. Al mismo tiempo la revisión teórica sirvió de aviso a los aliados de que Rusia estaba “en el mercado” para obtener el dominio mundial. Así se sentaron las bases teóricas para la guerra fría.

Nunca antes se había movilizado un gigantesco Estado con una vigilancia tan despiadada y asesina para mantener al proletariado en el trabajo mientras los líderes hacían los planes. La burocracia totalitaria rusa es el enemigo más mortal, insidioso y peligroso, porque surge del proletariado y se disfraza con terminología marxista.

²²³ Engels observó hace mucho tiempo que la estatificación en y por si misma “no priva a las fuerzas productivas de su carácter de capital”: “Entre mayores son las fuerzas productivas de las que se hace cargo (el Estado moderno), en mayor grado se convierte en el cuerpo colectivo real de todos los capitalistas, y más ciudadanos explota. Los obreros siguen siendo asalariados, proletarios. La relación capitalista no es abolida, más bien es llevada hasta su extremo. Pero en el extremo se convierte en su opuesto. La posesión estatal de las fuerzas productivas no es la solución del Conflicto...” (*La revolución de Eugen Dühring en la ciencia*, popularmente conocida como el Anti-Dühring. Es el libro en el que colaboró Marx. Se escribió después de la edición francesa de *El Capital*).

Capítulo 14

Stalin

“Con qué carne se ha alimentado nuestro César que ha alcanzado tanta grandeza”.

Shakespeare

Stalin había sido un revolucionario, un bolchevique, un luchador incondicional en la lucha por derrocar al zarismo en tiempos en que el bolchevismo era una doctrina de liberación. Hoy día, todos saben que el comunismo ruso es la barbarie más grande sobre la tierra y que Stalin es el nombre que lo simboliza.

Fue este revolucionario de antaño quien inició y llevó a cabo, con una brutalidad sin precedentes, la *contrarrevolución* más grande de la historia. Pero, Stalin es sólo el nombre ruso de un fenómeno *mundial*.

Se imponen dos preguntas: 1) ¿Por qué un individuo es capaz de actuar así? ¿Qué movimiento objetivo en la economía, qué impulsos de clase, requieren semejante brutalidad? 2) ¿Qué características específicas convierten a un hombre en receptáculo y en ejecutor de los impulsos de clase de una clase ajena: la misma que él había desafiado e incluso ayudado a derrocar?

Cuando las energías de las masas multitudinarias aplastaron lo viejo y crearon lo nuevo, aquellos que dirigieron la Revolución Rusa pidieron hacer e hicieron grandes contribuciones al hecho histórico más grande de la historia universal: la creación del Estado de obreros.

Sin embargo, cuando la clase obrera rusa se vio en crisis, esos líderes intelectuales, en tanto que individuos, no brillaron mucho. En una coyuntura crítica de la historia, su voluntad reflejó el movimiento de la clase obrera. Pero, tal y como Lenin lo señalara en su *Testamento*: “Un serio y falso cambio de dirección en esa coyuntura podría desatar las fuerzas desintegradoras que actúan en un Estado dual de obreros y campesinos, el cual está circundado por el capitalismo internacional, del cual no podrá liberarse plenamente sin la ayuda de las clases trabajadoras avanzadas de Europa”.

En los momentos en que se extinguía la vida de Lenin, la revolución alemana fracasó y de entre los escombros del agotamiento en Rusia, floreció Stalin.

El rasgo predominante de Stalin era su actitud burocrática frente a las masas, alegando ser un líder de los trabajadores, pero lo que eso significaba

para él era que los trabajadores hicieran lo que el líder quería que hicieran. Hablaba del partido como “la vanguardia del proletariado”, pero para él eso significaba que así como los líderes del partido *habían de decirle a la base* lo que tenían que hacer, así *el partido ordenaría a las masas*. Este era un rasgo definido en su personalidad, incluso cuando era revolucionario y luchaba en la clandestinidad. Cuando el partido comunista llegó al poder, su pasión por mandar y ordenar floreció al máximo. Esto se manifestó con mayor claridad en su actitud frente a las diversas nacionalidades que constituyen la Unión Soviética.

Al derrocar a la monarquía zarista, los trabajadores rusos habían luchado no sólo por derrocar a los capitalistas y a los terratenientes, sino también para derrocar la supremacía de la nobleza rusa sobre todas las nacionalidades que integran el país. Uno de sus primeros actos, al tomar el poder, fue otorgarles la libertad a todas las diferentes nacionalidades que vivían en Rusia. Pero Stalin, a pesar de ser él mismo un georgiano, atropelló las aspiraciones de su Georgia nativa, desplegando un chauvinismo y una arrogancia nacional que podía compararse con la de cualquier funcionario zarista.

Lenin se estremeció de horror y dijo: “Rásquenle la corteza a un bolchevique y encontrarán a un chauvinista de la Gran Rusia”. Este sigue siendo el comentario más preciso acerca de la personalidad totalitaria que se estaba forjando.

En el último llamamiento de Lenin a Trotsky le dice: “Le declaro la guerra al gran chauvinismo ruso”.²²⁴ Su última contribución teórica sobre la cuestión nacional continuaba así: “Se dice que necesitamos un aparato único. ¿De dónde vienen tales afirmaciones? ¿No será acaso del aparato ruso que como ya he señalado en un número anterior de mi diario, ha sido heredado del zarismo y meramente barnizado con el “crisma” soviético”?

Cuando Stalin inició su lucha por el poder, mientras Lenin agonizaba, actuó en forma empírica. El camino al poder parecía obvio: tomar control del partido, lo que significaba del Estado y la economía. Tomar el partido que estaba *en el poder* significaba tomar control de sus funcionarios, aquella gente que mostraba una “pasión por mandar” y a quienes Lenin había atacado. Stalin, en cambio, les abrió los brazos. Los conocía y sabía

²²⁴ Sé que Trotsky hablaba frecuentemente de esto, pero ni en 1923 ni cuando formó la oposición de izquierda y fue expulsado, había revelado el texto completo. Esto proviene de los Archivos de Trotsky en la Biblioteca de la Universidad de Harvard, según cita en *The Formation of the Soviet Union, Communism and Nationalism, 1917-1923*, por Richard Pipes.

cómo hablarles. Mientras Lenin apelaba a las *masas sin partido* para ayudarlo a señalar y denunciar al vanidoso burócrata comunista, Stalin instó más tarde a los *oportunistas de carrera sin partido*, a que inundaran el partido para ayudar a derrotar a Trotsky. No fue, como lo creyó Trotsky, porque los nuevos miembros desconocieran los temas de la disputa. Lo que ocurrió fue que ellos *eligieron* lo que Stalin representaba.

En aquella época, sin embargo, nadie concebía a Stalin como enemigo de *clase*, ni siquiera Lenin que había pedido su destitución como Secretario General. Aunque Stalin era bastante hábil, tampoco hay razón para concederle la omnisciencia. Él ignoraba las poderosas fuerzas objetivas que lo estaban apoyando, no tenía una *teoría* al respecto. Le dejó el paquete a Bujarin mientras él se alejaba de las cuestiones teóricas fundamentales. Esto no quiere decir que no le importara la teoría, pero por el momento, no sabía aún con *qué* teoría habría de comprometerse. Estaba lejos de ser el mediocre que Trotsky lo hacía aparecer –Stalin tenía la suficiente habilidad para ganar, a su modo, cuando quería. Fue *él* quien obligó a Trotsky a discutir en *su* propio terreno, *su* fantástico concepto del “socialismo en un sólo país”. Fue *él* quien hizo aparecer la “revolución permanente” de Trotsky como un esquema aventurero inmediato, fuera de toda realidad para la Rusia exhausta de los años veinte. Él no se andaba con juegos intelectuales, lo que se estaba jugando era el poder. Maniobraba con una facción y luego con otra; jugó el papel del hombre modesto que no ansiaba ser el heredero de Lenin y en cambio pintaba a Trotsky como ansioso de poder. De esta manera derrotó tanto a la oposición de izquierda como a la de derecha y se convirtió en el líder indiscutible del partido.

El primer problema con que se enfrentó una vez que obtuvo la victoria del poder del partido, fue que los *kulaks* se negaban a entregar la cosecha de granos al Estado soviético. Eso fue lo que determinó el repentino zigzagueo para la abolición de “los *kulaks* como clase”, así como el caos resultante lo hizo echar marcha atrás en su discurso “Deslumbrado por el éxito”. Sin embargo, no hubo ningún zigzagueo que no correspondiera a un decidido apoyo de una fuerza objetiva.

Una vez que el pueblo ruso “hasta el último hombre”, llegó a no manejar la economía ni el Estado; una vez que la revolución alemana también sufrió una derrota; una vez que el capitalismo mundial retomó su aliento y el corazón del mercado mundial anduvo viento en popa, la lógica del desarrollo ruso fue asombrosa, imprevisible, pero inevitable a la vez. La revolución se encontró entonces con la verdadera contrarrevolución en *su seno mismo*. Stalin era el representante perfecto de esa contrarrevolución, no sólo porque su personalidad estaba hecha para ello, sino porque

efectivamente había surgido *del* partido revolucionario y dominaba el “lenguaje” marxista. El capitalismo es tan perverso y tan viejo en experiencia que no puede ganar excepto pretendiendo ser otra cosa de lo que es. Hitler también supo llamar a su fascismo: nacional *socialismo*. Stalin fue superior a Hitler, sin duda, porque sus funcionarios provenían de la clase obrera.

Entre los zigzagueos de Stalin y su falta de sabiduría teórica, se perfilaba la línea recta del desarrollo del emergente fenómeno mundial: el capitalismo de Estado. Ya había adquirido una personalidad, una personalidad totalitaria, escudada en una teoría totalitaria llamada “el Partido Monolítico”.

Tampoco fue la “liquidación de los *kulaks* como clase” tan ridícula y risible como Trotsky la hizo parecer. Es verdad que una clase no puede ser liquidada por decreto. Una clase es tal en virtud de su rol en la producción y la producción tendría que estar motivada de una manera completamente diferente para poder superar una clase. Desde luego, esta no es una tarea que pueda hacerse en un día ni en un año. Pero, objetivamente, esto no es lo que Stalin quiso decir. *Objetivamente*, los *kulaks* no podían sostenerse frente a la fuerza *combinada* del Estado y la industria. Eso era verdad incluso bajo “el capitalismo ordinario” –la agricultura salía perdiendo frente a la industria, a la larga. Stalin vio que ese proceso ocurría de una manera extremadamente acelerada. El poder estatal obligaba a la colectivización tan rápidamente que podía soñar en “liquidar a los *kulaks* como clase”. Primero se dio cuenta de que representaba una nueva fuerza: el poder *estatal*, el plan estatal, la economía estatal, el partido *estatal*. Su Estado no iba a sufrir ningún “debilitamiento”. Su dominio era absoluto, al igual que su teoría y su ideología.

En 1931, la consigna de Stalin de “poner fin a la despersonalización” no llegó a ningún lado. Sin embargo, para 1934, cuando había suficientes medios de producción e insuficientes medios de consumo, hubo suficientes oportunistas para crear una base “masiva” para la burocracia gobernante. Una vez más, la creación del stajanovismo se impulsó en grande, pero esta vez, contrariamente a lo que ocurrió cuando se liquidó la resistencia de los *kulaks*, había un sólo propósito: apropiarse de la riqueza creada por los trabajadores. No se necesitó ningún fantasma de ultratumba que se lo dijera. Stalin llegó a la conclusión de que era tiempo de legitimar a la nueva clase llamada “la *intelligentsia* sin clase”. La nueva Constitución de Stalin tampoco tuvo necesidad de fantasmas del pasado. Fue entonces que planeó los macabros Juicios de Moscú para deshacerse y liquidar, a un mismo

tiempo, a los que quedaban de “la Plana Mayor de la Revolución” y a los trabajadores que oponían resistencia a las normas impuestas por el plan.

Así actuó Stalin con el *pueblo* ruso. Así actuó con *Hitler*. Él, Stalin, sentó las condiciones para el pacto nazi-soviético. La parte de Polonia que le correspondía era sólo uno de los territorios que él quería. Lo que no obtuvo de Hitler, a saber, toda la Europa oriental, lo obtuvo de los *aliados*. Cuando terminó la guerra en 1945, y cuando había vencido a su enemigo inmediato, dio pasos directos hacia la conquista mundial –especialmente si lograba que otros dieran la pelea por él: los chinos y los coreanos del norte.

Hitler expresaba con gran rabia la envidia y la admiración que sentía por el genio de Stalin, quien había tenido la perspicacia y la audacia de deshacerse de la Plana Mayor del Ejército Rojo antes de lanzarse a una guerra mundial. Él bien sabía lo que decía, pues la economía totalitaria no da lugar para un mando dividido entre las necesidades políticas y militares.

Pero para 1948, después de dos décadas de poder indisputado, coronado por una victoria militar, Stalin estaba –usando una frase suya–: “deslumbrado por el éxito”. El propósito no es el epíteto psicológico. Su deslumbramiento por el éxito era una señal de que ya no era capaz de responder a las *necesidades objetivas*, requisito para la lucha por el poder mundial. La burocracia que Stalin había representado tan plenamente durante tanto tiempo, lo empezó a encontrar inadecuado para la nueva situación creada por el final de la guerra mundial que nadie ganó en realidad, pero que dejó a los dos gigantes capitalistas de Estado tan exhaustos que había necesidad de hacer una pausa. Stalin no fue capaz de percibir la nueva situación. Había ganado una guerra, una guerra poderosa en efecto sobre la Alemania nazi. Pero todavía tenía que enfrentarse al verdadero contrincante por el poder mundial: los Estados Unidos.

Economistas como Varga²²⁵ decían que si el plan significa que “no habrá crisis general”, entonces no habrá ninguna crisis general en el mundo capitalista privado. El plan, dijo Varga, ha dejado de ser un monopolio del “socialismo”. La guerra demostró que los aliados también hicieron planes y pensaban continuar haciéndolos, para evitar una depresión después de la guerra.

Una destacada economista, María Natanovna Smit, habló del capitalismo de Estado en el mismo tono en que Lenin lo había analizado. Refiriéndose a la obra de Varga dijo: “El libro carece de un análisis de los nuevos grandes cambios relacionados con la transición del simple

²²⁵ Véase *Los cambios en la economía capitalista como resultado de la Segunda Guerra Mundial*, 1946, de Varga; sólo en ruso.

capitalismo monopólico al capitalismo monopólico de Estado, tal y como Lenin entendía dicha transición... Durante la guerra, el capitalismo mundial dio un paso adelante, no sólo hacia la concentración en general, sino también hacia el capitalismo de Estado en un grado superior al alcanzado anteriormente” (*Obras Escogidas* de Lenin, edición rusa, Tomo XXX, p. 300). “El camarada Varga parece separar el concepto de 'Estado' y de monopolio, ahí donde Lenin los unía: cada uno existe por si mismo, y mientras tanto, efectivamente el proceso de coalición del Estado con los monopolios se manifiesta con mucha agudeza ahora en países tales como los Estados Unidos e Inglaterra”.

Para Stalin esto era un “cosmopolitismo peligroso”. Tenía que ser atacado –no en Varga ni en María Natanovna Smit– quienes no tenían ningún poder y a quienes fácilmente se les podía hacer cambiar, sino entre los que estaban más cerca de él, los miembros del Buró Político que sufrían de “desviacionismo”. El primero fue Voznessensky, Director de la Comisión de Planificación Estatal.

¡Cuán pírrica fue la victoria de Stalin! Una indicación de ello era la inquietud existente en las repúblicas nacionales que forman parte de Rusia. Por un edicto del Soviet Supremo, cinco repúblicas autónomas fueron liquidadas. Rusia había sufrido una tremenda devastación y pedía a gritos una fuerza de trabajo para reconstruir el país. No podía esperar obtener esa fuerza, o verla aumentada por el retorno de los trabajadores esclavizados en la Alemania de Hitler –demasiados habían escapado voluntariamente de la prisión que era la Rusia de Stalin. Cualquiera que hubiese estado en Alemania al final de la guerra sabe que mucho antes de Koje, la Guerra de Corea y la masacre de los prisioneros de guerra, una verdadera guerra civil se estaba librando en los campos rusos de personas desplazadas. Pero los aliados obligaron a los rusos a regresar a su “madre patria”.

El desasosiego de las masas rusas no tenía límites. Si habrían de seguir igual que antes, picando piedra, entonces cuando menos no sería en los malditos Urales. La burocracia totalitaria rusa tenía todo el poder, la fuerza y las leyes que necesitaba para imponer la disciplina laboral por la fuerza, pero nada absolutamente podía detener la ola de resistencia de los rusos que regresaban. Este oleaje invalidaba todas las leyes. Para poder tener una fuerza de trabajo, cualquiera que fuera, los planificadores tuvieron que hacer una declaración no-planeada: una amnistía por todas las ofensas laborales cometidas durante la guerra.

Pero el descenso de la fuerza de trabajo había sido tan catastrófico durante los años de la guerra, que ni siquiera la amnistía fue suficiente para crear la fuerza de trabajo necesaria (este bajó de 31.2 millones en 1940 a

27.2 millones en 1945, con más de un tercio de obreras nuevas, no calificadas). A raíz de esto tuvo lugar una de las desmovilizaciones más rápidas de cualquier ejército del mundo; no menos de 10 millones fueron desmovilizados entre 1945 y 1947.

Para 1948, Stalin tenía un sólo colega que lo apoyaba absolutamente en su carrera desafortunada hacia la Tercera Guerra Mundial: Zhdanov, quien fue asesinado sin que el “gran líder” lo supiera. Este fue el principio del fin del poder de Stalin.

Para 1950, la economía rusa casi se había normalizado cuando Stalin tuvo una idea genial, conocida como el “Plan Stalin para la Transformación de la Naturaleza”. Para llevarlo a la práctica, Stalin mandó traer a un tal N. Jruchov de Ucrania a Moscú. Este hombre que había sido Premier de Ucrania, había dado muestras de suficiente crueldad aplastando insurrecciones armadas. Ahora se le asignaba la tarea de anunciar el plan más fantástico que se haya visto: la creación de aldeas agrícolas (*agrorods*). Así, como por arte de magia: basta emitir un decreto y surgirán, aboliendo la distinción de siglos entre ciudad y campo. En vez de “suprimir” la distinción entre campo y ciudad, este plan provocó tal caos en el campo que incluso en esa tierra de planificación monolítica la idea tuvo que ser engavetada en unos pocos meses. Era fácil mandar a componer canciones acerca de la irrigación que pronto produciría suficiente alimento como para dar de comer a cien millones de gente. Pero algo muy distinto era convencer al campesino de transportar, por su cuenta y riesgo, su pequeña choza en la granja colectiva a la aldea agrícola que estaba por crearse todavía; y el apartamento donde se suponía que iba a vivir como un obrero no sólo no se había construido todavía sino que ni siquiera se había planeado.

Pero si Stalin tenía que contentarse con algo que fuera menos que la “abolición” de la diferencia entre el campo y la ciudad, estaba dirigiéndose aceleradamente hacia un abierto choque con los Estados Unidos –cuando menos ahí donde logró que los coreanos y los chinos pelearan por él. No había ni una pausa para respirar, ya no digamos paz. Yugoslavia se había retirado.²²⁶ Stalin con su voluntad de acero se estaba convirtiendo en una pesada carga para la burocracia que ansiaba una tregua entre las guerras.

²²⁶ La defección de Tito no significó cambio fundamental alguno en las relaciones de producción dentro de Yugoslavia. Fiel al modelo ruso, había disuelto en el Estado a los sindicatos; el principio guía de los directores de las fábricas era el de hacer sudar a los obreros al “utilizar al máximo las horas de trabajo”. Este artículo (14) del plan quinquenal, introducido en 1947, no fue cambiado después

Stalin quizás leyó lo que estaba escrito en la pared: ciertamente no corrió ningún riesgo con sus desafortunados herederos. Aunque le permitió a Malenkov leer el discurso principal para el XIX Congreso, se aseguró su lugar como *el* teórico inmortal con su obra magna de 1952: *Los problemas económicos del socialismo*.

Esto, que podríamos llamar el “último testamento” de Stalin, es el documento más patético que tirano alguno haya dejado a sus herederos de lucha. Después de un cuarto de siglo de planes y lo que él les aseguró que sería la verdadera transición “del socialismo al comunismo pleno”, los poderosos esfuerzos de Stalin sólo produjeron la necesidad de juntar la parcela privada de los campesinos alrededor de la granja colectiva, a la comunidad misma. De este jardín privado —correctamente llamado en los EE. UU. “una hectárea y una vaca— dependía evidentemente la construcción del “comunismo pleno”. Esto, además de la “abolición gradual” del mercado de las granjas colectivas y la sustitución de “intercambio de productos” por intercambio de dinero, los llevará al “comunismo en un sólo país”.

¡Triste herencia para legar a sus herederos burocráticos! Pero las masas rusas, que saben que Stalin no es partidario de la teoría, a menos que tenga *planes de aplicarla*, se precipitaron a transformar su dinero en productos manufacturados (bienes de consumo), y al mismo tiempo los campesinos retenían los productos agrícolas. Ello no quiere decir que lo que provocó la crisis fue la tesis de Stalin y no las dificultades reales, particularmente en la agricultura, desde la guerra de Corea. Sin embargo, es verdad que llegó al punto más próximo al pánico que Rusia había enfrentado desde que la colectivización forzada empezó a dar sus frutos en 1932.

En el momento en que Stalin fue enterrado, la burocracia huyó de su último testamento como las ratas huyen de un barco a punto de naufragar. Este tirano absoluto que exigía la adulación mientras vivió, “El Sol de los Himalayas”, fue olvidado por completo. Y ello no quiere decir que sus herederos cambiaran fundamentalmente ninguna parte de la estructura del

del rompimiento con Rusia y de la introducción de una “Nueva Ley sobre los Comités del Pueblo”. El nacionalismo de Tito es un estalinismo vestido de yugoslavo. El hecho de que el país de Tito sea muy pequeño y muy atrasado e independiente de Rusia, no hace que su “nacionalismo” sea de alguna manera diferente en lo que incumbe a los obreros yugoslavos. Ellos siguen trabajando bajo las mismas condiciones de explotación por un capitalismo de Estado. El rompimiento con Rusia fue, sin embargo, un golpe para ese polo del capital mundial. Que los Estados Unidos reconocieron esto de inmediato se ve en la ayuda económica que le brindaron a Yugoslavia.

capitalismo de Estado que heredaron, ya sea antes o después de la “desestalinización”. Continúan el “comunismo” como un sistema de trabajo de gran sudor, en una sociedad industrial moderna, saturada de un vasto complejo de espías y de contraespías. Los contraespías no son “agentes extranjeros”, son hombres de partido que espían a la policía, la cual a su vez espía a los hombres de partido y ambos espían al pueblo. Esto no quiere decir que la muerte de Stalin provocó los nuevos conflictos en Rusia. Sería mucho más acertado decir que las constantes crisis internas de Rusia produjeron la muerte de Stalin. No significa que la muerte de Stalin simbolice el principio del fin del totalitarismo, no en lo que se refiere a sus herederos sino a los campos de trabajos forzados en las estepas siberianas que sustentan el régimen ruso. Pero antes del desafío de Vorkuta, la campana de la libertad sonó en Berlín oriental, el corazón de Europa.

Capítulo 15

El principio del fin del totalitarismo ruso

1) Alemania oriental, 17 de junio de 1953

El mito de que el Estado totalitario ruso es invencible se vio seriamente y repentinamente amenazado. El 17 de junio de 1953, los trabajadores de la subordinada Alemania oriental tomaron el asunto de la aceleración del trabajo en sus manos. Se movieron con rapidez, confianza y valor, en una forma sin precedentes para socavar el Estado títere. Hasta entonces, el ausentismo y el tortuguismo eran las únicas armas que habían empleado los obreros contra las condiciones intolerables en las fábricas. Pero la lucha alcanzó una nueva etapa más fuerte de oposición en la primavera de 1953. He aquí una breve crónica de los acontecimientos que culminaron con el 17 de junio y los días que siguieron:

El 18 de mayo, el gobierno comunista anunció un nuevo aumento del horario de trabajo. Los trabajadores alemanes se lanzaron plenamente a la huelga. El 10 de junio en un intento por poner fin a las huelgas, el gobierno comunista ofreció concesiones en todos los puntos, excepto en el aceleramiento.

El 16 de junio, los trabajadores de la construcción organizaron una marcha de protesta contra el aceleramiento, en el proyecto de vivienda bautizado con el nombre de Stalin. El gobierno mandó a su gente a unirse a los manifestantes, aparentemente con la idea de poder aparecer como patrocinador de la marcha. Pero a medida que los manifestantes se acercaban al edificio de gobierno, con un gran número de personas que se habían unido a la marcha en el camino, los gritos y las consignas eran: “Abajo con las zonas, abajo con el gobierno”. Entonces este admitió que había cometido un “error” y emitió una orden revocando el aceleramiento, pero ya era demasiado tarde.

La noche del 16 de junio los trabajadores habían convertido las calles de Berlín oriental en centros políticos. Cuadra tras cuadra, centenares de personas se reunían y discutían sobre cuál debía ser el próximo paso. En la madrugada del 17 de junio se lanzaron a la acción.

Filas de huelguistas arremetieron contra las principales oficinas de gobierno en donde los burócratas permanecían amedrentados. La policía, reticente, se movió tomando posiciones previamente planeadas. La juventud y los trabajadores destruyeron los símbolos del poder comunista: banderas, carteles, retratos de dirigentes comunistas. A pesar de los

disparos de fusil, un joven se trepó a la famosa Puerta de Brandenburgo y destrozó la bandera comunista. Dispersándose en una calle y apareciendo en otras, las crecientes filas de huelguistas entonaban cantos de “No seremos esclavos”. *Durante cuatro horas el único poder en Berlín oriental estuvo en manos de los obreros.* De hecho, derrocaron al gobierno de Berlín oriental, destruyeron el poder policial quemando barracas, echando a los policías por las ventanas y obligándolos a huir a la parte occidental o a ponerse del lado de los trabajadores.

A la una de la tarde el alto mando ruso marchó sobre Berlín con diez mil soldados y decretó la ley marcial. Las reuniones callejeras de más de tres personas quedaron prohibidas, sin embargo, la gente no tomó en serio la orden.

Al mismo tiempo, en Jena, los huelguistas de la fábrica de artículos ópticos *Zeiss* ocuparon las oficinas del Partido Comunista y de las Juventudes Comunistas y lanzaron libros, papeles y máquinas de escribir por las ventanas y los quemaron.

En la Planta *Kodak*, los obreros tomaron la fábrica y los huelguistas quedaron al frente.

Los trabajadores de los ferrocarriles del Estado, a su vez, fueron paralizando las intercomunicaciones regionales y deteniendo el embarque de las reparaciones a Rusia. Los trabajadores de la construcción cortaron los cables de alta tensión de las líneas del metro y bloquearon las vías. Veinticinco mil obreros de la Planta *Leuna Chernical* (antes *L. G. Farben*) en Halle, prendieron fuego a la planta. Los obreros de la fábrica de caucho sintético *Buna* la quemaron completamente. Estas plantas eran los principales abastecedores de gas y de llantas para el ejército de ocupación.

La zona de carbón en Zwickau sufrió graves daños, los manifestantes encendieron inmensas pilas de carbón entre Halle y Magdeburg, destruyendo las instalaciones de las minas de uranio.

Abrieron las cárceles y los campos de concentración para liberar a los presos políticos. En Gera, una ciudad industrial del tamaño de Cincinnati, cerca de las minas de uranio operadas por los rusos en Sajonia, miles de trabajadores se lanzaron a la huelga y manifestaron frente a la cárcel de la ciudad exigiendo la liberación de los presos políticos.

El mismo día, un poco más tarde, cinco mil mineros del uranio, de un lugar cercano a Ronneburg, se unieron a los trabajadores de Gera, y echaron a la policía alemana por las ventanas de sus propias barracas. Los refuerzos rusos fueron llamados y esta vez vinieron con tanques.

Los trabajadores concentraron su rabia contra los funcionarios comunistas alemanes que actuaban como agentes del gobierno. En

Rathenow mataron a un guardia de una fábrica cuando trataba de impedir la entrada de los huelguistas. En Erfurt colgaron a dos policías rojos de los postes de luz.

Para el 20 de junio, los rusos ya habían mandado veinticinco mil soldados a Berlín, de los trescientos mil hombres que integraban sus fuerzas de ocupación en la cercana ciudad de Potsdam. En cada ciudad importante el poder ruso sustituyó al poder policial títere de Alemania oriental. Al ministro de Justicia se le purgó. A la mitad de la policía alemana la desmovilizaron por no ser diestra ni confiable y fue enviada a las fábricas a trabajar.

Pequeños, pero significativos grupos de soldados rusos se pasaron a las filas de los obreros de Alemania oriental, como se pudo ver cuando las manifestaciones cesaron y dieciocho soldados rusos fueron ejecutados por amotinamiento.

De veinte a treinta mil huelguistas fueron encarcelados, docenas fueron ejecutados, las familias de los huelguistas sentenciados fueron desalojadas de sus casas y enviadas a los campos de concentración. Pero el 22 de junio, la ciudad de Leipzig, modelo del comunismo de la Alemania oriental, seguía paralizada por una huelga general.

Siguieron muchas huelgas de trabajadores en el resto de la Europa oriental. La burocracia rusa dormía inquieta y Beria, que estaba directamente a cargo de los satélites, era quien lo sentiría con mayor agudeza pues era el principio de *su fin*.

Sobre todo, significaba que los trabajadores volvían a ganar confianza en la lucha por la libertad. Los alemanes orientales escribieron una gloriosa página de la historia en esta lucha, pues respondieron de manera indiscutiblemente afirmativa a la pregunta: “¿*Puede* el hombre alcanzar la libertad en el totalitarismo de nuestra era?”

Hasta los trabajadores esclavizados de Vorkuta escucharon esta respuesta. En virtud de lo cual escribieron la segunda página en la nueva lucha por la libertad.

2) “Rusia está más llena que nunca de revolucionarios”. Vorkuta, julio de 1953

El impulso de la resistencia organizada, cuya chispa se había encendido a través de los campos de trabajos forzados en las estepas siberianas con la muerte de Stalin, volvió a prender con los acontecimientos de Alemania oriental y culminó con una gran huelga de diez mil mineros en los campos de esclavos de Vorkuta. Eso fue en julio de 1953. Dos alemanes que habían

estado internados en los campos de Vorkuta, el doctor José Scholmer²²⁷ y Brigitte Gerland,²²⁸ han relatado lo que aconteció en aquellos heroicos días. Ellos estuvieron entre los miles de alemanes que obtuvieron amnistía, en ocasión del show que prepararon para la Conferencia de los Ministros de las Cuatro Grandes Potencias en Berlín, en enero de 1954.

“Todos ustedes parecen estar muy escépticos respecto de las probabilidades de una revolución en Rusia. Yo no estoy tan segura. Pero, créanme, Rusia está más llena que nunca de revolucionarios”. Así comenzó sus palabras Brigitte Gerland, dirigiéndose a los periodistas que asistían a dicha Conferencia en 1954. La gente que la escuchaba estaba muy escéptica porque no estaba relatando una historia de desgracia, sino de insurrección. Ella habría encontrado un auditorio más simpatizante si hubiera entrado en una discusión abstracta acerca de si una insurrección puede ocurrir bajo un Estado policial o no, pero no cuando se trataba de una realidad, algo que había ocurrido realmente.

Antes del 17 de junio, todos los preparativos para oponer resistencia a los gobernantes totalitarios estaban basados en la eventualidad de la guerra y los trabajadores esclavizados miraban hacia los gobernantes occidentales. Cuando murió Stalin, en marzo de 1953, un viento de esperanza recorrió los campos. Pero lo único que salió de los Eisenhowers y de los Churchills fueron condolencias a los dirigentes rusos que prolongaron el régimen de Stalin. El desaliento cubrió los campos de trabajos forzados hasta que la revuelta del 17 de junio en Alemania oriental demostró que la liberación sólo puede obtenerse por los propios trabajadores. Los presos políticos rusos siguieron el ejemplo con su insurrección.

He aquí cómo describe la huelga el doctor Scholmer, quien participó activamente en ella: “Una huelga de más de diez mil mineros que duró varias semanas, con toda la parafernalia de costumbre: comités de huelga, consignas, panfletos y, desde luego, brigadas de seguridad: una huelga similar en todos los aspectos a aquella otra huelga histórica en las minas de la Compañía *Lena Goldfields*, en Siberia, en el año de 1912, cuando la policía zarista disparó contra los huelguistas de la misma manera que lo hicieron los comunistas en 1953”.²²⁹

El cuidado con que el gobierno trató la huelga al principio es una indicación de la incertidumbre y la inseguridad de los gobernantes

²²⁷ *Vorkuta*, del Dr. Joseph Scholmer.

²²⁸ Véase también *Russia's Slaves Rebel*, por Brigitte Gerland, que apareció en forma de serie en *The London Observer* en enero y febrero de 1954.

²²⁹ *Vorkuta*, p.234.

totalitarios, armados hasta los dientes y con todo el poder y el terror en sus manos. Enviaron una comisión, encabezada por el general Derevianko, que se trasladó por avión al campo. Después de arengar a los prisioneros sin éxito, la comisión regresó a Moscú con las demandas de los prisioneros para que revisaran todos sus casos y quitaran el alambrado de púas. Al final, el Kremlin hizo lo mismo que el zar había hecho en 1912: abrieron fuego contra los huelguistas desarmados matando a sesenta y cuatro e hiriendo alrededor de doscientos. *Pero no pudieron reconquistar lo que los huelguistas habían destruido: el mito de la invencibilidad.*

Estos prisioneros, que no tenían ningún derecho, se habían atrevido a lanzarse a la huelga durante semanas, haciendo temblar al Kremlin hasta sus raíces. A pesar de la censura total, los trabajadores de Leningrado supieron de la huelga inmediatamente. Pocos meses después, estudiantes del Instituto de Minería de Leningrado –que estaban trabajando en Vorkuta– les contaron a los prisioneros cómo todos hablaban de la huelga en Leningrado: “Pronto supimos que estaban en huelga. El descenso en el carbón se hizo notable de inmediato. Nosotros no tenemos reservas. Lo único que hay es el plan y todo el mundo sabe cuán vulnerables son los planes. Esto destruyó el mito de que el sistema era intocable”.

De los “expertos” occidentales sobre Rusia, el doctor Scholmer tenía la siguiente opinión: “Cuando mencioné por primera vez la palabra ‘guerra civil’ a estas personas, se quedaron azorados. La posibilidad de una insurrección estaba más allá de su capacidad de comprensión. No tenían ninguna idea de que habían grupos de resistencia en los campos...”

“Hablé con todo tipo de gente en las primeras semanas posteriores a mi regreso de la Unión Soviética. Me pareció que el hombre de la calle tenía la idea más correcta de lo que estaba pasando. Los ‘expertos’ no parecían entender nada”.²³⁰

Cuando se le preguntó sobre los motivos de la huelga, el doctor Scholmer dijo: “Bueno, estaban sumamente mezclados. Algunos querían mejorar un poco las condiciones de vida y de trabajo. Otros tenían esperanzas de una ‘nueva era’ ahora que Stalin había muerto. Algunos querían imitar el 17 de junio de Alemania, cuya descripción habíamos escuchado por *Radio Moscú* y en *Pravda*. Otros querían destruir el sistema y un viejo que estaba en mi barraca gritaba una y otra vez: ¿Ya cortamos el alambrado de púas? ¿Está destruido ya?”

No, el alambrado de púas no había sido destruido y la revuelta de Alemania oriental no había ganado la libertad del totalitarismo ruso. Pero

²³⁰ *Ibid.*, p. 301.

se habían escrito dos páginas nuevas en la historia: ¿Quién había oído de una insurrección masiva contra una dictadura totalitaria antes del 17 de junio? ¿Quién había escuchado antes de julio, de trabajadores esclavizados imponiendo sus condiciones a un Estado policial? *Dos páginas de la historia que han alumbrado el camino hacia la libertad.*

Es por ello que los que estuvieron en los campos no hablan tanto de sufrimiento como de revuelta, de libertad. ¿Todavía no? “Todavía no”, afirman ellos también, pero encuentran aliento en el gran poeta ruso Pushkin, quien en 1827 escribía a sus amigos en prisión:

“En lo profundo de la mina siberiana,
Mantén altiva tu paciencia;
El trabajo amargo no será en vano
El pensamiento del rebelde no tiene cadenas...
Pues éstas caerán
Y los muros se derrumbarán ante la palabra
Y la libertad los recibirá con la luz del día
Y vuestros hermanos les devolverán la espada”.

3) Hungría, 1956: los luchadores por la libertad

“Soldados rusos, váyanse”, se convirtió en la consigna central de la revolución húngara, que estalló el martes 23 de octubre de 1956. Siguió a la insurrección polaca de la semana previa. Se distinguió de las insurrecciones anteriores por su mayor profundidad y postura vertical, incorruptible y porque involucraba a toda la población. Como en todas las revueltas populares, los soldados se unieron a las filas del pueblo. Los luchadores de la libertad en Hungría incluían a todas las capas de la población: trabajadores, juventud y mujeres, adolescentes y viejos, unidos en una causa común: liberarse de sus opresores soviéticos o morir en el intento.

Se veía a niños, de doce a dieciséis años de edad, con rifles y metralletas colgados de sus hombros y con granadas de mano en sus bolsillos. Destruyeron tanques soviéticos distrayendo la atención de los soldados hacia las azoteas y luego lanzando gasolina a los tanques con gran rapidez y prendiéndoles fuego. Otros condujeron a los tanques por calles estrechas en donde había una emboscada preparada. Una veterana de este tipo de batallas, al preguntársele dónde habían aprendido esas cosas, respondió: “Todos nosotros (los muchachos) fuimos entrenados en el partido”.

Los intentos de los trabajadores de tomar los oleoductos, las estaciones de ferrocarril, las fábricas de acero y los medios de comunicación y manejarlos a través de comités revolucionarios –es decir, el control de la producción en manos de los propios trabajadores– es la verdadera señal de los esfuerzos de esta revolución para lograr un cambio total. Una huelga general paralizó todo el transporte ferroviario y la mayor parte de la producción.

La muerte y el hambre rondaban las calles de Hungría cuando la estación de radio rebelde emitía su último SOS.: “Estamos quietos. No tenemos miedo. Informen al mundo”. Las noticias y los informes al mundo acerca de los cinco días de libertad revelaron algo más que una valiente lucha. Demostró que la idea de la libertad no puede matarse, no es una idea que flota en el cielo, que la gente vive por esa idea. De la noche a la mañana, el sistema de partido único se desintegró y resurgieron varios partidos políticos junto con algunos pequeños periódicos y estaciones de radio. Centenares de organizaciones locales y regionales –desde el Partido de la Juventud Revolucionaria Húngara hasta los viejos partidos, incluyendo agricultores pequeños y socialdemócratas– aparecieron.

Era tal la ira del pueblo contra el comunismo ruso que el Partido Comunista Húngaro trató de aparecer con un nuevo disfraz. El dirigente títere temporal, Janos Kadar, lo reorganizó como el “Partido Socialista de los Trabajadores”, pero nadie lo tomó en serio. Ciertamente era el mismo viejo comunismo que, mientras prometía retirar las tropas rusas y un modo de vida nuevo, conspiraba para volver a traer la fuerza de los tanques y las tropas rusas.

Las primeras noticias que salieron al mundo fueron sobre los cinco días de libertad de la tiranía rusa y del salvaje cuerpo de policía secreta (de diez mil hombres) de los comunistas húngaros. Y después continuaron las noticias de que la ira de un pueblo en armas estaba siendo aplastada por la fuerza de cuatro mil quinientos tanques soviéticos, tropas de asalto, guardias de la policía MVD y un cuarto de millón de infantería rusa. Sin embargo esta masacre de los jóvenes y atrevidos luchadores de la libertad no logró aplastar la revuelta. Después de una semana entera de pelea, las minas de uranio fueron voladas. Los trabajadores de ahí seguían en huelga general y no había ni transporte ni producción. El pueblo húngaro estaba eligiendo la muerte antes que aceptar el totalitarismo ruso.

Incluso los cínicos²³¹ que pensaban que era soñar el considerar la revuelta de Alemania oriental de 1953 como el principio del fin del totalitarismo, comenzaron a ver a Hungría con una esperanza poco cínica. Muchos miles huyeron y todos los reaccionarios, encabezados por nuestro congresista Walter de la infame Ley McCarran-Walter, trataron de capitalizar la valentía de los revolucionarios húngaros. Pero el impacto pronto dejó atrás a esos oportunistas. El meollo de la lucha se trasladó al interior mismo de Hungría. Cuando todos decían que ya todo había terminado, los Consejos de Trabajadores Húngaros surgieron. La producción siguió siendo la clave, y el corazón de la lucha contra la tiranía rusa la llevaron a cabo los trabajadores. Empezaron a pelear en las fábricas, que usaban como sus refugios. Los dirigentes de los Consejos de Trabajadores fueron arrestados sólo cuando salieron de la fábrica y se dirigieron al Parlamento para negociar. Los trabajadores descubrieron nuevas formas de lucha, tanto en el trabajo como en la huelga. Por ejemplo, los mineros se rehusaron a sacar carbón mientras el ejército ruso permaneciera en Hungría. Tampoco dejaban a nadie más sacar el carbón de las minas para “sustituir a los trabajadores”. Y cuando el poder ruso

²³¹ Aunque la resistencia a Hitler en Alemania y Austria queda fuera del alcance de este libro, a la autora le agradaría llamar la atención hacia la obra *The Twilight of Socialism*, de Joseph Buttinger, que detalla la historia de los socialistas revolucionarios de Austria, que fueron los únicos socialistas que combatieron directamente la embestida de Hitler. Es verdad que algunos de aquellos heroicos combatientes ya no están seguros de ser marxistas. No obstante, al contrario de los cínicos de nuestros días, estos verdaderos combatientes contra el fascismo buscan “un punto desde el cual puedan avanzar... a una verdad se aferran; que el hombre no debe permanecer para siempre bajo el ciego dominio de las condiciones sociales, que puede levantarse con éxito en contra de un orden que niega su humanidad... En este sentido, que es el más profundo de todos, los socialistas revolucionarios austriacos no han fracasado. Su socialismo sigue viviendo, como las semillas bajo la nieve. En cada país tienen hermanos, incluyendo a algunos que llevan otro nombre y provienen de escuelas diferentes. En todas partes, individualmente o en pequeños grupos, buscan un nuevo camino. Gradualmente se les unirán otros hombres, lanzados al pensamiento y a la acción por la maldición del desastre social. No serán unidades dentro de un poderoso ejército en un futuro cercano. Pero aunque durante muchos años su espíritu no pueda prevalecer en la política, las necesidades del tiempo los llamarán, más temprano o más tarde. Siguiendo su propio camino, aun el más solitario encontrará algún día hermanos, en su hogar o en el extranjero. Y en cualquier parte del mundo que se encuentren, por diferentes que sean sus lenguas, se conocerán y se abrazarán, preguntándose qué pudo haberlos inducido a pensar que estaban solos”. (Pp. 549-550).

finalmente se impuso a base de una fuerza aplastante, los trabajadores volaron las minas.

Las fuerzas revolucionarias desencadenadas no pueden vencerse con la fuerza bruta. Se vieron obligados a la clandestinidad pero no a la desaparición. El impacto tampoco se limitó a las fronteras de Hungría. Miles de miembros del partido comunista, por toda Europa occidental, empezaron a romper sus carné del partido. Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, la gente de Europa occidental –dando un fuerte viraje contra el capitalismo privado que conocían y odiaban porque había provocado dos guerras mundiales en el lapso de una vida– se habían convertido al comunismo ruso, por millones. Hoy día, muchos ven en el comunismo ruso sólo otro nombre para el capitalismo de Estado. El acto de romper los carné de miembro del partido comunista fue el primer paso. Un primer paso que no se tomó en 1953 durante la revuelta de Alemania oriental, ni meses antes de la Revolución Húngara de 1956, durante la rebelión en Polonia, aunque las consignas eran casi idénticas: “Abajo con el falso comunismo” y “Queremos pan y libertad”. Se dio ese primer paso sólo cuando la revolución fue tan profunda que se volcó tanto en contra de Rusia como del régimen satélite comunista de Hungría. El comienzo en occidente quizá no haya reflejado la profunda y continua inquietud de Polonia. Pero fue el primer paso para la desintegración masiva de los partidos comunistas de Europa occidental. Y este fue sólo un comienzo, pero un buen comienzo.

SECCIÓN SEGUNDA

El escenario norteamericano

América no está exenta del desarrollo del capitalismo de Estado, el desarrollo supremo que hemos estado describiendo en nuestro análisis de la economía rusa. Lo que la Segunda Guerra Mundial señaló como el papel del Estado en la economía no era un fenómeno de la guerra. Se sentaron sus bases desde el periodo anterior, como puede verse gráficamente en un estudio sobre los informes del Comité Temporal de la Economía Nacional²³². El verdadero índice de la etapa actual del capitalismo es el papel del Estado en la economía. Con guerra o con paz, el Estado no disminuye los monopolios ni los *trusts*, ni tampoco su propia interferencia. Más bien desarrolla, como en incubadora, esa conducta característica del capitalismo: la centralización del capital, por un lado, y la socialización del trabajo, por otro. Los planificadores se alinean de un lado, los trabajadores del otro. Los trabajadores forman sus propias organizaciones como la CIO (Congreso de Organizaciones Industriales) en contra del NRA (Administración de Recuperación Nacional), o se pronuncian por las huelgas (autorizadas por las bases y no por los dirigentes) como protesta contra la burocracia laboral.

El capitalismo de Estado no es un desarrollo continuo del capitalismo en el sentido de un desarrollo sin límites, es un desarrollo a través de la transformación de los contrarios. El capitalismo ha vivido y progresado por la libre competencia, por lo tanto, encontró su máximo desarrollo en una democracia burguesa o parlamentaria. El capitalismo de Estado significa y sólo puede significar, burocracia, tiranía y barbarie comparable a la que pudo observarse en la Alemania nazi y puede verse ahora en la Rusia totalitaria. Habría que estar ciego para no ver sus síntomas en todas partes, incluyendo los Estados Unidos.

²³² Estos estudios, realizados con autorización del Congreso, investigaron la concentración del poder económico y fueron preparados inmediatamente antes de que los Estados Unidos entraran en la Segunda Guerra Mundial. Hay demasiadas monografías para hacer aquí una lista de ellas. Entre las más instructivas está la monografía 22, *Technology in our Economy*, Oficina de Imprenta del Gobierno de los E.U.A., Washington, 1941. Del periodo de la posguerra se informa en *Economic Concentration and World War II*. Oficina de Imprenta del Gobierno de los E.U.A. Washington, 1946.

“Lo que de por sí nos interesa, aquí”, escribió Marx, “no es precisamente el grado más menos alto de desarrollo de las contradicciones sociales que brotan de las leyes naturales de la producción capitalista. Nos interesa más bien *estas leyes de por sí*, estas *tendencias*, que actúan y se imponen férrea necesidad. Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir”.²³³

Dado el contexto del mercado mundial y el desarrollo acelerado de un país atrasado cuando empieza a “emparejarse” con el país avanzado, el primero le muestra al último (al más avanzado) la imagen de su propio futuro. Los Hitler, los Mussolini, los Stalin no son alemanes, italianos o rusos solamente, ni son las voluntades únicamente de ellos, sino que representan fuerzas objetivas.

Stalin pensó que estaba modelando el Estado a la imagen y semejanza del partido de modo consciente y eso era lo que estaba haciendo; sin embargo, objetivamente, estaba ocurriendo exactamente lo contrario. El Estado transformó al partido a su imagen, la cual a su vez, no era sino un reflejo del proceso de producción del capitalismo en su última etapa de desarrollo. El rasgo distintivo del monopolio de Estado, frente al monopolio privado, es la abolición de cualquier diferencia entre la política (el Estado) y la producción (la economía). El partido es el ejecutor del plan estatal en la sociedad, mientras la jerarquía de los gerentes de fábricas, los capataces y los “representantes sindicales” lo ejecutan en la producción. Marx sabía de lo que estaba hablando cuando dijo que la totalidad de la economía capitalista podía resumirse en una frase: “El dominio del trabajo muerto sobre el vivo”. Hoy día, la “disciplina cuartelaria” con la que se ejerce este dominio, ha asumido una máscara de cadáver incluso en su rostro vivo. El terror y la muerte son los nombres de la clase gobernante que se llama a sí misma la “*intelligentsia* sin clases”. Ya que tenemos a mano una sociedad capitalista de Estado real, existente, desarrollada y única, no tiene caso rastrear el desarrollo económico ahí donde el capitalismo de Estado es sólo una tendencia. A pesar de que los EE.UU. se dirige hacia la misma dirección que Rusia, Rusia y EE.UU. de ninguna manera son países gemelos. Hay algo muy americano en el desarrollo del “individuo científico” que trabaja bajo la ilusión de que puede evitar las consecuencias totalitarias del capitalismo de Estado. Como testigos están los experimentos y estudios sobre “las relaciones humanas en la industria”, que tanto auge tuvieron en los años treinta y luego otra vez después de la

²³³ *El Capital*, tomo 1, p. XXII.

Segunda Guerra Mundial, cuando estábamos en plena transformación del *New Deal* y se acercaba la era de la automatización.

Por lo tanto, para los propósitos de buscar una diferencia –el “individuo científico”, con y en contra del administrador estatal– no hay país más perfecto para observar que EE.UU., tan huérfano de teóricos que se vive bajo la ilusión de que ha escapado al marxismo. La gran división para todos es, desde luego, la Depresión. La Depresión destruyó, de una vez por todas, la fe de los trabajadores en la racionalidad del sistema económico. Donde había empleo, pronto se hizo evidente que nada más podía exprimirse a los obreros sobre la base de las viejas relaciones económicas. Donde no había empleo –y era lo que abundaba, por millones– el caos del capitalismo resultaba evidente.

El estudio más famoso sobre “relaciones humanas” fue el Proyecto Hawthorne,²³⁴ emprendido por la Compañía Eléctrica de Occidente (*Western Electric Company*) bajo la supervisión científica de Elton Mayo, profesor de investigaciones industriales de la Universidad de Harvard. El elemento nuevo en estos estudios era que los analistas tomaban a las relaciones humanas en la industria como el problema básico de nuestros días. Como consecuencia de esta preocupación hicieron una especialidad en “entrevistas en las fábricas” y reportes “en el lugar de los hechos”.²³⁵

Elton Mayo fue el primero de estos intelectuales científicos que descubrió el código de la producción en virtud del cual los trabajadores de la producción siguen sus normas de conducta: 1) No seas un “rompe-records” entregando demasiado trabajo. 2) No seas una “tortuga”, haciendo lo contrario. 3) No seas un “quejumbroso” con chismes y quejas al supervisor acerca de un compañero de trabajo. 4) No actúes como el “gran jefe” ni te des aires de grandeza.

Para la década de los cuarenta, se vio claramente que los trabajadores americanos estaban desarrollando una nueva filosofía económica para remplazar a la capitalista, que Marx llamó “producción por la producción”. No era difícil sentir que los excombatientes de guerra, lejos de separarse de los obreros, estaban en la vanguardia de la destrucción de la vieja filosofía económica. Sebastián de Grazia escribió en *The Political Community*:²³⁶ “Muchos otros han documentado la despersonalización del panorama

²³⁴ Véase tanto *The Human Problems of an Industrial Civilization*, The MacMillan Co., N. Y. 1933, como *The Social Problem of an Industrial Civilization*, Harvard University Press, Boston, 1945.

²³⁵ Alvin Goulnier, *Wildcat Strikes*, 1954.

²³⁶ Sebastián de Grazia, *The Political Community*, pp. 103-104.

moderno con estudios especializados acerca del habitante del cuarto de alquiler, el huésped de hotel o el hombre marginado. En mayor o menor medida se han mantenido con un enfoque desprejuiciado. Por esta razón se debe buscar otra fuente –el trabajador moderno– para encontrar las protestas contra la dirección competitiva, protestas sin el embeleso del simbolismo y sin la restricción del miedo a hacer juicios morales...

“Al diablo, suponiendo que obtengo un mejor trabajo, significará sólo cinco centavos más por hora, eso es todo... Es verdad. No tiene sentido soportar a los capataces si no es necesario. El mío es un Simon Legree.* El otro día se le echó encima a un tipo por tardarse demasiado en la letrina. ¡Por Dios! No se puede parar un minuto, ni sentarse en la banca. Nada”.

“El hijo de puta de enfrente es el culpable de que muchos estén dejando la fábrica. El y muchos como él. Es un capataz. Empezó a hacer que un amigo mío se ocupara de dos máquinas moledoras en vez de una. ¡Por Dios! Naturalmente que Jack dijo que no, entonces el capataz llamó al superintendente, quien dijo: ¿Qué les pasa a ustedes GI,** le tienen miedo al trabajo?, Jack le contestó que no, pero que era demasiado. Los patrones están cargando mucho la mano. Esperan demasiado. Hay un par de capataces malos en la planta donde yo trabajo. Hace unos días un GI fue al baño y mi capataz le dijo que se había tomado mucho tiempo. El dijo que la guerra había terminado ya ¿Te imaginas eso? En otro departamento un GI cometió un error o se tardó en hacer el trabajo o algo así y el capataz le dijo: ¿En dónde has estado? y el tipo le contestó: ‘En Italia, cuidándote a ti’. ¡Cómo gocé esa respuesta!

“Desde luego, yo creo que la mayoría de nosotros admitiría que podíamos doblar lo que nos llevamos a casa si quisiéramos darle duro, pero ¿dónde está el porcentaje? Un hombre tiene que gozar algo la vida. Y mi mujercita prefiere verme de buen humor que tener un poco de dinero extra. Según están las cosas ninguno de nosotros va a ser un millonario, un Van Astorbilt, entonces ¿por qué no gozar la vida un poco más juntos, trabajando juntos?”

Este es el hecho del que parte toda la sociología y la psicología social contemporáneas: el rechazo a todos los viejos controles y reglas capitalistas por parte de los trabajadores.

* Simon Legree fue un traficante cruel de esclavos en la novela *La cabaña del Tío Tom* de B. Stone. (N. del T.)

** GI es la abreviatura de “government issue” (propiedad del gobierno), de soldado americano ó veterano de guerra. (N. del T.)

1) Las bases contra los dirigentes laborales.

Si la Segunda Guerra Mundial logró la transformación de la directiva laboral norteamericana en una burocracia laboral, y logró denunciar a Reuther*** como el planificador que fue más allá que la *General Motors* de Wilson con los planes para transformar las fábricas de autos en fábricas de bombarderos, los trabajadores aprendieron con más rapidez aún a odiar la burocracia laboral a la par que a los patrones.

Un obrero de Detroit escribe:²³⁷ “Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, y hasta el día de hoy, la compañía ha llevado a cabo ciertos cambios con la ayuda de los representantes de los trabajadores: los obreros elegidos por las bases para supervisar y los delegados sindicales. Después de que se organizó la *United Auto Workers* (Sindicato de Trabajadores de la Industria Automovilística), uno de los peores crímenes que un representante sindical podía cometer era llevarse amistosamente con un capataz. He conocido a algunos que perdieron su posición por eso. Había una línea claramente marcada entre los obreros y la compañía. Cualquier obrero que hablara o bromeara con el capataz iba a tener problemas: se le tildaría de vendido a la compañía.

“En aquellos días, si un obrero discutía con el capataz, este último haría todo lo posible para llegar a un acuerdo. El capataz no quería nunca que el obrero llamara al delegado porque sabía que éste defendería al obrero. Los obreros usaban su fuerza contra la compañía incluso cuando significaba lanzarse a la huelga. Los dirigentes sindicales estaban obligados a apoyarlos. Dependían de la fuerza de los obreros. El sentimiento de solidaridad era fuerte y lo sentían todos los obreros. En los últimos cinco o seis años ha habido cierta agitación por parte de los funcionarios sindicales en el sentido de justificar a la compañía, diciendo que no es tan mala y que los obreros que provoquen huelgas lo que quieren es llevar al hambre a los demás obreros y sus familias. La tesis de los dirigentes es que trabajadores y patrones pueden vivir en paz, juntos. Los dirigentes laborales amenazan a los obreros que “provoquen huelgas”. Centenares de obreros han sido despedidos por la compañía por tomar acción que conduzca a la huelga con

*** Walter Phillip Reuther (1907-1970) Líder sindical, Presidente del Sindicato de Trabajadores de la Industria Automovilística (UAW) y del Congreso de Organizaciones Industriales (CIO), fue además un excelente negociador por las mejoras salariales y de la jornada laboral dentro de la UAW.

²³⁷ “Changing Relations in the Shop”, por Charles Denby, *News & Letters*, 21 de septiembre de 1955.

la aprobación del sindicato. Los otros obreros se han atemorizado por lo que ha ocurrido, lo que ha debilitado los estrechos vínculos entre los trabajadores”.

“Hoy día, el representante obrero delegado pasa casi todo su tiempo en la oficina de supervisión o paseando del brazo de los funcionarios de la compañía. Casi no tienen tiempo para hablar con los trabajadores a menos que sea época de elecciones. Apoyan a la compañía en la mayoría de los conflictos entre obreros y patrones. Ahora, cuando un obrero tiene una diferencia o discusión con el capataz, este último dice: ‘Llama al delegado del comité’. El bien sabe cómo van a actuar. En muchos casos el capataz irá el mismo por él, para utilizarlo contra el obrero. No hace mucho tiempo, en mi fábrica, la compañía despidió a un obrero de una sección donde había tres obreros haciendo el mismo tipo de operación. Estos obreros armaron un escándalo. El superintendente vino y dijo: ‘si ustedes no aceptan llamaré al delegado del comité y lo tendrán que hacer de todas maneras’”.

Durante este mismo periodo, he aquí la descripción de cómo los obreros mantienen aislados no sólo a los grandes burócratas sino incluso a los delegados del comité: “Los problemas candentes en los talleres ahora se centran no tanto en torno a los salarios sino en torno a la gran hostilidad de los obreros frente a su rol en la producción. Al crear sus sindicatos creyeron que estaban creando instrumentos de organización y de control de la producción en beneficio de sus propios intereses. Conscientes de esto, los capitalistas insistieron en que los sindicatos reconocieran el modo capitalista de producción. Este es el conflicto básico que la directiva laboral no es capaz de resolver. Este es el dilema que destruye a innumerables dirigentes que han surgido de la clase trabajadora. Este conflicto surge constantemente de muy diversas formas. Contagia de la plaga a los dirigentes sindicales a nivel local constantemente. Por ejemplo, se establece un modelo de producción. El hombre a quien se le asignó el trabajo se niega a hacerlo de acuerdo con los modelos. Es enviado a ‘relaciones laborales’ en donde se le disciplina y se le ordena producir de acuerdo con los requerimientos. El delegado del comité que está ahí para representar al obrero sólo puede intervenir para decirle que según el contrato, debe producir de acuerdo con los modelos de producción o de lo contrario atenerse a las consecuencias: el despido.

“Otro ejemplo: la producción se establece para una línea de doscientos hombres, digamos. Los hombres protestan por la producción establecida y se preparan para ir a la huelga. Ya sea la compañía o ellos llaman al delegado del comité. El les dice que la compañía tiene el derecho de definir la producción; que la huelga es ilegal, y que los hombres deben aceptar el

estándar. Los funcionarios superiores tratan de solucionar este dilema luchando por concesiones fuera del proceso de producción. Dan la impresión de trabajadores sociales dentro y fuera de la fábrica. Los trabajadores se dan cuenta de esto. Un día, un obrero estaba protestando por un proceso de aceleramiento y me dijo: “¿Qué vas a hacer con esto? Ya sé, nada, como siempre. ¿Para qué sirve el sindicato? Ahora no me hables de la tienda del plantel o en la posibilidad de comprar la ropa de mujer más barata. ¡Haz algo con el proceso de aceleramiento!”

El problema por doquier, relativo a la producción y a la política, se ha convertido en una batalla por aumentar la productividad. Los dirigentes laborales, ingenieros, hombres de negocios, educadores y funcionarios del gobierno colaboran en convenciones sobre productividad que se asemejan a las convenciones rusas sobre la producción. Pero no había resultados fructíferos, hasta que un día quedó claro que mientras que “filosóficamente” estas convenciones no llevaban a ningún lado, el trabajo conjunto de la “ciencia pura” y la ingeniería práctica sí produjo un milagro.²³⁸ Cuando un ejecutivo de la *Ford* le dio un nombre a este “milagro”, *automatización*, la palabra agarró vuelo. La automatización ha marcado el pensamiento de la gente más agudamente que cualquier otra cosa desde la Revolución Industrial de hace casi doscientos años. En el proceso de producción, la automatización ha provocado dos actitudes de clase fundamentalmente diferentes, dependiendo de qué lado de la máquina esté uno. Si uno es el que la maneja, su impacto se siente en cada hueso del cuerpo; causa sudor, cansancio, tensión y se siente uno tan útil como una quinta rueda. Nunca está uno encima de la máquina, la máquina es la que siempre está encima de uno, manteniéndolo a uno aislado de los compañeros de trabajo. Además, se siente uno más y más aislado mientras que más compañeros se ven desplazados por el monstruo de la máquina. Por otro lado, si uno es el que maneja a los hombres y cuenta la producción para los patrones, uno exalta la máquina y la alaba hasta los cielos. Esta actitud de los capitalistas y sus agentes ha actuado como un lavado de cerebro de la burocracia laboral. En vez de escuchar las preocupaciones y

²³⁸ Véase *Automatic Control*, por los editores de *Scientific American*, 1955. *A Review of Automatic Technology*, Departamento Sindical de los U.S.A., 1955. *Man and Automation*, informe de los procedimientos de una conferencia patrocinada por la Sociedad de Antropología Aplicada en la Universidad de Yale, el 27 y el 28 de diciembre de 1955. *Automation: Materialien zur Beurteilung der ökonomischen und sozialen Folgen*, por Friedrich Pollock (Frankfurter Beiträge zur Soziologie, 1956).

aspiraciones específicas de los trabajadores; en vez de escuchar sus quejas contra las condiciones de trabajo y los nuevos procesos de aceleramiento; en vez de escuchar cuando los trabajadores cuestionaban el tipo de trabajo que transformaría al hombre en un tornillo de una máquina y convertiría a la máquina en ser pensante; la burocracia laboral aconsejó a los obreros para que no hicieran nada “en contra” de la automatización. De esta manera, cuando los mineros tuvieron que enfrentarse por primera vez con la pala mecánica en 1949, John L. Lewis ignoró su huelga general y en su lugar anunció que el sindicato estaba a favor del “progreso”. La fuerza de trabajo en las minas literalmente se cortó a la mitad.

Cuando la automatización llegó a la *Ford*, Reuther les dijo a los trabajadores del automóvil que consideraran “el futuro” que les traería una jornada de seis horas y que no lucharan en contra del desempleo actual. Sin embargo no ha habido ningún cambio en la jornada de trabajo desde que los trabajadores –a través de sus propias luchas durante décadas– ganaron la jornada de ocho horas.

No hay ninguna Universidad, desde la de Michigan hasta la de Harvard, que no tenga su proyecto tecnológico. La burocracia laboral parece repetir como papagayo las palabras de los “cultos”.²³⁹ Los descubrimientos reales de “casos de estudio” yacen ocultos detrás de la palabrería de los burócratas laborales y de los profesores. Tomemos el caso por todos conocido en Detroit, de los trabajadores automovilísticos: el cierre de la Corporación Murray hace unos años. Cinco mil obreros se encontraron con muchísimo tiempo libre y sin dinero en sus bolsillos: se habían quedado sin trabajo. Sin embargo, los patrones “veían hacia el futuro”. Se metieron en otro negocio: las boleras. Se fueron de Detroit. Pero los cinco mil obreros permanecieron en Detroit y sin trabajo. O tomemos los casos de aquellos que sí se quedaron en el trabajo en fábricas automatizadas. Contrariamente a la facilidad y descanso que el trabajo de apretar botones se suponía que ofrecería, los obreros coinciden todos en decir: mientras más producción, mayor velocidad y tensión.

Contrariamente a las abstracciones de Reuther,²⁴⁰ de “cada trabajador un ingeniero”, casi no hay promociones con la automatización y el lavado de cerebro de la directiva laboral no tiene necesidad de cámaras de tortura.

²³⁹ Véase *Man and Automation*, Technology Project, Univeisidad de YaIe.

²⁴⁰ Puesta en forma de resolución por la Convención de abril de 1957 de la UAW. como “oportunidades que se nos ofrecen para dar la bienvenida a una dorada edad de abundancia para toda la humanidad”. (*Automation and the Second Industrial Revolution*, Resolución No. 14).

Están demasiado sordos ante las demandas concretas de los trabajadores y demasiado dispuestos a ser las víctimas de las abstracciones que ayudan a mantener la explotación capitalista. Y sin embargo, es precisamente en las actitudes de los trabajadores hacia la automatización que se puede vislumbrar el camino a relaciones totalmente nuevas en el proceso de producción y, por lo tanto, en la sociedad.

Capítulo 16

La automatización y el nuevo humanismo

“La tecnología descubre el modo en que el hombre trata con la naturaleza el proceso de producción por medio del cual mantiene su vida, y por ello deja al descubierto el modo de formación de sus relaciones sociales y de los conceptos mentales que fluyen de ellas. Toda historia de la religión que no tome en cuenta la base material, es acrítica... Los puntos débiles del materialismo abstracto de la ciencia natural excluyen a la historia y su proceso”.

Marx.

1) Actitudes diferentes frente a la automatización

El año 1950 abrió una nueva era en la producción, fue el lapso de la primera introducción notable de la automatización,²⁴¹ en la forma de la máquina de minado continuo (o pala mecánica) y la propia palabra “automatización” no había alcanzado su actual uso y popularidad. Sin embargo, el propio hecho de la automatización, provocó la huelga más larga de la historia minera desde la creación de la CIO (*Congress of Industrial Organization*). La huelga estalló en las minas más modernas: en aquéllas donde la corporación más grande del carbón había introducido la máquina de minado continuo. Durante los nueve meses que durara la misma, los mineros se volcaron contra John L. Lewis, lo cual fue otro hecho sin precedentes desde la creación del CIO.

Ni la ley Taft-Hartley –que multó a los sindicatos por un millón de dólares– pudo detenerlos. Los mineros estaban decididos a que nadie pensara por ellos. Se guardaron sus pensamientos para sí mismos, pero mostraron que su preocupación y su interés no estaban dirigidos a la

²⁴¹ Estoy excluyendo las industrias petrolera y química que precedieron la época de la automatización. Aunque es verdad que estas industrias fueron las primeras en automatizarse, en verdad fue gracias a la automatización que se convirtieron en grandes industrias –parecían ser, y eran, más bien la excepción que la regla.

tesorería del sindicato, ni tampoco a la amenaza del desempleo únicamente. Se interesaban en algo nuevo, algo que ellos llamaron “*un asesino de hombres*”: la máquina de minado continuo. Esta resultaba imponente y atemorizadora de un modo totalmente nuevo y a los mineros les preocupaban no sólo las viejas dificultades y problemas. Esta automatización fue reconocida como un “asesino de hombres” de forma *absoluta* y pronto resultó ser el horror por el que los mineros temían. Lo incansable de su operación y su insaciable empuje fueron tales, que incluso hoy día los obreros que tienen antigüedad la están tratando de usar para permanecer fuera y dicen que prefieren que los despidan antes que tener que trabajar con la máquina. En 1949 aun este no era el caso. El desempleo en la región del carbón había alcanzado su punto más alto desde la depresión: el minado continuo estaba creando pueblos fantasmas por doquier en Pensilvania y Virginia del Oeste; los mineros literalmente se estaban muriendo de hambre por su prolongada huelga y, sin embargo, se negaban a obedecer la orden de regresar al trabajo. Ese fue el primer rompimiento fuerte entre los mineros y John L. Lewis en el lapso de casi dos décadas.

Un minero le dijo a esta autora: “Hay un tiempo para rezar: el domingo. Hay un tiempo para actuar. Tomamos las riendas durante la depresión fortaleciendo nuestro sindicato y velando porque nuestras familias no se murieran de hambre. Hay un tiempo para pensar: ese tiempo es ya. Lo que yo quisiera saber es: ¿cómo y cuándo tendrá el obrero –todos los trabajadores– suficiente confianza en su propia capacidad para hacer un mundo mejor, para que no permita que los otros piensen por él?”

Ese minero pensaba que en este momento el sindicato no era mucho mejor que la compañía y la razón radica en que las bases habían dejado que los “otros” –la directiva– pensara por ellos y redactara por ellos sus contratos. ¿Qué sentido tenía hablar de “progreso” cuando la nueva máquina estaba llevando a la ruina la vida de los obreros tanto en el trabajo como *fuera de él*? Este minero señalaba que el cambio que el trabajador había logrado con su actividad, de alguna manera se había *volcado contra sí mismo*. Los mineros elegían a alguien para representarlos en las negociaciones con los patrones y después de lo primero que se enteraban era que su representante se había convertido en un burócrata laboral que se aparecía en la oficina del distrito, no para pelear con los obreros en contra de la compañía, sino *para ordenar* a los obreros a producir más. Este minero quería saber qué fue lo que unió a los mineros en 1943, qué hizo que se decidieran a decirle a los senadores que si estaban tan interesados en la producción que fueran a sacar el carbón de las minas con sus propias

manos; y sin embargo, nadie le dice la misma cosa a la directiva laboral hoy día. “*El obrero tiene una mente propia*”, concluyó el minero, “entonces ¿por qué dejar que otros piensen por él? ¡Si sólo se evitara la *división entre pensar y actuar!*”

Pero nadie escuchó la voz del minero. Nadie. Los periódicos publicaron en grande la noticia de la multa que el juez Goldsborough le cobró a Lewis; incluso el periódico del Sindicato de los Mineros (*United Mine Workers Union*); así como los periódicos radicales estaban informando sobre una nueva huelga y expresando, una vez más, su simpatía con los huelguistas.

Para 1953, la recesión golpeó a los Estados Unidos y en Detroit, capital automovilística del mundo, el desempleo cobró tales dimensiones masivas que la palabra “automatización” tomó vuelo. La automatización no es una sola máquina diseñada para una industria en particular. Es más bien un método de hacer las cosas en serie, con máquinas o mecanismos que replazan a los hombres en el proceso de producción. El resultado es un proceso de producción completamente automático o semiautomático, donde el obrero es reducido a cuidador de la máquina, oprimiendo botones, mientras otro grupo de hombres aguarda presto a reparar la máquina en caso de que se descomponga.

Ahora todo el mundo –desde los científicos que habían predecido originalmente los resultados más siniestros de esta nueva revolución industrial,²⁴² hasta el ejecutivo de *Ford* que acuñó la palabra “automatización”, pasando por los semanarios de los hombres de negocios– comenzó a echarle la culpa a la palabra “automatización” por haber traído otra vez los estertores de la depresión. *Business Week*²⁴³ llegó a decir que la automatización era en un 90% emoción y sólo un 10% realidad. Los burócratas laborales ayudaron inclinándose frente al “progreso” y pintando el futuro tal cómo *debería* ser en vez de hablar de cómo es. La aguda división entre los trabajadores de las bases y los burócratas laborales se ve con claridad meridiana en las diferentes actitudes de cada uno frente a la automatización. Mientras el trabajador del automóvil, por ejemplo, la enfrenta de acuerdo con la manera en que afecta su vida diaria, Reuther habla del futuro y de “la promesa”: la automatización representa un “vasto mejoramiento en las condiciones de vida” y de “recreación”.

“Yo no sé de lo que se está hablando”, le dijo una obrera a esta autora, “no tengo tiempo ni para respirar, mucho menos para la recreación. En la

²⁴² Véase Norbert Wiener, *The Human Use of Human Beings*.

²⁴³ “*Automation, the Facts Behind the Word*. Special Report”, 1ro de octubre de 1955.

Ford ahora, la semana de trabajo es de cincuenta y tres horas y ahí anda ese hombre hablando de ‘recreación’. En cuanto a las condiciones de trabajo están peor que nunca desde que la CIO existe. Todo lo que la automatización ha significado para nosotros es desempleo y excesivo trabajo, *ambos al mismo tiempo*”.

Un minero le dijo a esta escritora que había perdido trece kilos de peso a causa de la tensión del aceleramiento y de la producción automática. Añadió que eso era sólo la mitad del asunto, la otra mitad eran las medidas de seguridad: ya no se toman el tiempo para medidas protectoras y ha habido un serio aumento en el número de accidentes. “Simplemente no hay seguridad”, dijo, “yo no trabajo ‘bajo protesta’. Simplemente no trabajo. ¿De qué me sirve trabajar ‘bajo protesta’ si me mato? La compañía no se va a hacer cargo de mi familia si algo me pasa. Ya se mató un compañero porque la compañía ensayó esto anteriormente. Lo único que sé es que no voy a ser yo el siguiente”.

En la industria automovilística también, los obreros ahora consideran la automatización un peligro para su seguridad. Se contaba en Detroit que un obrero tras otro dice: “Hay algo en estas máquinas que va a fastidiar a mucha gente”. Uno dijo: “No habíamos estado un día entero en el trabajo cuando un hombre perdió un dedo y se aplastó el otro. Antes de terminarse la semana otro hombre perdió un dedo y a otro la máquina le cortó tres dedos. Por toda la fábrica hay letreros que dicen: ‘¿Lo estás haciendo con cuidado?’ Media hora después de que se lastimó un obrero, los demás escribieron en los letreros: ‘Con esta máquina no se puede trabajar con seguridad’”.

Lejos de abrir nuevos empleos, la automatización provocó desastrosas bajas entre los mineros: de 425,000 en 1948 a 225,000 en 1955, tanto como durante el medio siglo anterior. Los “nuevos” empleos para los jóvenes especializados en el mantenimiento de las máquinas se hicieron con la intención de dividir a los trabajadores de la producción de los “nuevos científicos” calificados, pero hasta ahora la compañía no ha logrado hacerlo. John L. Lewis, que siempre se ha pronunciado a favor del “progreso” tecnológico, les consiguió mejores salarios, cosa que a los obreros no les interesaba. Lo que querían era una semana de trabajo más corta y mejores condiciones.

Para 1955, la larga huelga de *Westinghouse* finalmente obligó a todos a admitir que era una huelga contra la automatización. La llamada la primera huelga contra la automatización y la batalla crucial se reconoció finalmente como la del “*estudio del tiempo*”. Los obreros eléctricos sabían que el estudio de cada movimiento de sus manos no era para aligerarles su

carga, sino para incorporar los movimientos a una máquina que dejaría sin trabajo a centenares de hombres y multiplicaría diez veces más la velocidad de aquellos que quedarían encargados de operar aquel monstruo de máquina. A los obreros no les gustan los argumentos abstractos sobre la recreación y la abundancia para un futuro indeterminado., hacen preguntas concretas: 1) ¿Cuánto desempleo creará la automatización?; 2) La antigüedad por la que tanto habían luchado y que protegía al obrero de la arbitrariedad de la compañía (frente al despido) ¿no tendría ningún valor bajo las nuevas condiciones?; 3) ¿Y qué ocurriría con el implacable aceleramiento? Estas máquinas son “asesinos de hombres” que se descomponen continuamente y acaban con el sistema nervioso de los mismos.

Mientras que una encuesta de radio en Detroit demostraba que aquello a lo que los obreros más temían, después de Rusia, era a la automatización, la Secretaría de Trabajo de los Estados Unidos trataba de darnos todas las seguridades con respecto a éste fenómeno: que no vendría como una oleada salvaje, sino como manantiales dirigidos a las diferentes industrias, en tiempos diferentes.²⁴⁴ Los viejos radicales pontificaban que desde luego, se lucha junto con los trabajadores por las demandas inmediatas, pero que en realidad, el capitalismo nunca podrá instituir la automatización completamente porque hay demasiados intereses creados en la estructura del capital, actualmente.

No cabe duda de que sólo una décima parte de la inversión que los controles automáticos podían “utilizar” se ha invertido debido a las complicaciones con los trabajadores y por lo obsoleto del material.²⁴⁵ Como lo plasmó Marx hace tiempo, la barrera final para el capitalismo es el capital mismo. La tendencia hacia el estancamiento y el deterioro –así como la tendencia a la declinación de la tasa de ganancias– es inherente al capitalismo. Ahora vemos concretamente lo que Marx escribiera en teoría: que la sociedad capitalista debe, “*bajo pena de muerte*”, transformar al trabajador de un fragmento de hombre –un apéndice viviente de una máquina– en un ser plenamente desarrollado y capacitado para una variedad de actividades. Sin embargo, no hay nada de “automático” en el colapso del capitalismo o en el surgimiento inevitable de una nueva sociedad. Al contrario, no hay ninguna otra solución más que dejar que los

²⁴⁴ *A Review of Automatic Technology*, Departamento Sindical de los E.U.A., 1955.

²⁴⁵ Véase el artículo de Leontiev, “The Economic Impact”, en la sección 11, “The Second Industrial Revolution” de *Automatic Control*.

“antagonismos históricos” sigan su propio curso. El capitalista no dará nada voluntariamente y al mismo tiempo, el trabajador se está uniendo con disciplina y organización gracias al mecanismo mismo de la producción, para rebelarse en contra de su calidad de tornillo de una máquina. Finalmente, los científicos han admitido que la automatización ha puesto a todos “inquietos y nerviosos”. El Dr. Charles R. Walker, director de Tecnología e Investigación Industrial en Yale, presentó un informe en el que señala que se están haciendo estudios dirigidos por médicos, sobre los efectos dañinos de los “tranquilizantes” o como los llaman los obreros, “las píldoras para los nervios” que tanto se han puesto de moda. Sin embargo, su único argumento cuando consideran el futuro es: “*¿Qué sustituto podemos encontrar para el tiempo?*” (el énfasis es suyo).

Contrasten esta actitud intelectual con la del minero que decía que *sólo* una nueva unidad de la teoría y la práctica, *unificada en el propio trabajador*, aseguraría la creación de una sociedad verdaderamente nueva. La pregunta era: *¿Cuándo* llegaría el obrero a ganar confianza en su propia capacidad para impedir que “otros” pensaran por él?

La burocracia laboral, comprometida y dedicada a este “progreso”, no ofrece ningún camino para que los trabajadores puedan expresarse, salvo en huelgas no sancionadas por los oficiales del sindicato. Se registraron ciento setenta de ellas en las minas del carbón en el lapso de enero a abril de 1956. De estas huelgas, a la que Lewis le dio mayor atención –en la XLII Convención Minera Anual– fue a la huelga masiva que paralizó la totalidad de la industria del carbón en el norte de Virginia occidental, durante la primavera de 1956 y que involucró a los sindicalistas del Distrito 31. Lewis calificó a la erupción masiva de mineros como obra de “algunos individuos de carácter ambicioso, esperando quizá ser llamados y elegidos para un alto puesto”. Aparentemente, el jefe del Sindicato de los Mineros consideró como una vergüenza que los mineros pelearan para proteger sus vidas en vez de permitir que la compañía impusiera su criterio de un hombre por máquina. Lewis acumuló su ira contra los mineros del Distrito 31, amenazándoles: “Lleven el mensaje y no lo vuelvan a hacer. Ustedes se darán plena cuenta de que estaré detrás de ustedes, a cada paso”.

Ahora todo el mundo sabe que “la plena producción” no significa pleno empleo. La Oficina de Estadísticas Laborales muestra que mientras la producción nacional en 1955 ascendió 11% respecto a 1954, el empleo sólo subió en un uno por ciento. Los que más sufren las consecuencias son los trabajadores de la producción. Por ejemplo, en la industria química, la producción subió 53% en los ocho años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, mientras que el número de trabajadores de la producción ascendió

sólo en un 1.3%: de 525,000 a 532,000. Al mismo tiempo, el número de trabajadores no vinculados a la producción: ingenieros, oficinistas, etc., subió en más de 70%, de 169,000 a 259,000. A pesar del incremento en trabajadores calificados, esto significó un beneficio de sólo 14% del empleo total, en contraste con un 53% de ganancias en el producto obtenido. En el periodo de ocho años terminando en 1955, la producción de bienes en la industria manufacturera eléctrica subió 87%, pero el número de empleados asalariados se incrementó en sólo un 20%. Los trabajadores de la producción aumentaron sólo un 16%.

No sólo en las “zonas de depresión”, como la industria textil de Nueva Inglaterra y del Sur, sino en la industria del automóvil produciendo a toda marcha, el desempleo se hizo un rasgo permanente. Ciertamente, desde fines de la Segunda Guerra Mundial, a pesar del gran incremento en la producción, el empleo en manufacturas ha disminuido enormemente. Por el momento, las fuerzas armadas y el sector de los servicios han absorbido una parte de los cesantes, pero no a todos ni mucho menos y no es posible hacerlo. Aquellos que tratan de hacerse los tontos –desde luego no hacen tontos a los trabajadores de la producción– creyendo que la expansión de los servicios municipales y de comercios es la respuesta, deben recordar que ninguna cosa que no sea producida necesita de ese tipo de servicios.

Finalmente, para la juventud, el trabajo de fábrica no tiene ningún interés. Un joven trabajador que conocí en Los Ángeles decía: “¿Qué habilidad se necesita en esta era de la automatización? ¿Qué orgullo puede uno tener en su trabajo si todo se hace electrónicamente y uno está ahí –cuando tiene la suerte de tener un trabajo– sólo para soplar el silbato cuando la máquina se descompone? ¿Y qué pasa con el ser humano?”

La vigencia de Marx es verdaderamente asombrosa. Su descripción del “autómata” hace 90 años, se apega con más precisión a la descripción de la automatización que la que dan los escritores contemporáneos. Contrariamente a los liberales de su época, que veían en el aumento de la producción la clave para la vida feliz en la abundancia, Marx describió *la lucha concreta* entre obrero y máquina cuando está controlada por el capitalismo: “*Un sistema organizado de máquinas, al cual el movimiento le es comunicado por el mecanismo transmisor de un autómata central, es la forma de producción por maquinaria más desarrollada... Incluso el aligeramiento del trabajo se convierte en una especie de tortura puesto que la máquina no libera al obrero de su trabajo, sino que priva al trabajo de todo interés...*”

“En el proceso de convertirse en un autómata, el instrumento de trabajo confronta al trabajador durante el proceso laboral, en la forma de capital, o

trabajo muerto, que domina e inyecta una fuerza de trabajo vivo pero a secas. La separación de las fuerzas intelectuales (de la producción) del trabajo manual, y la conversión de esas fuerzas en la fuerza del capital sobre el trabajo... se lleva a cabo finalmente por la industria moderna erigida sobre las bases de la maquinaria”.

Debido a que toda la ciencia, todo el conocimiento, se encuentra incorporado en la máquina hoy día, el rol del intelectual se ha trasladado de la esfera de la “cultura” al de la producción. Si en los años treinta nuestros académicos descubrieron “el código de la producción” y en los cuarenta “la filosofía de la producción”, la automatización en los años cincuenta se ha enfrentado a ellos con tal fuerza que simplemente han “perecido”, para usar una frase de Hegel. Así, lo que no era más que una insinuación hace cien años, hoy está concretamente incorporado al papel de *clase* del planificador. Contra el plan autoritario que surgió de la producción capitalista para disciplinar al obrero contra el autómatas como la fuerza motriz de la producción, Marx recalcó el aspecto humano, no para ajustarlo al *statu quo*, sino para descubrir una nueva sociedad en la cual el trabajo no esté enajenado, sino que “sea en sí mismo la primera necesidad de la vida”.²⁴⁶

2) Los trabajadores piensan sus propias ideas.

“Hegel, el exponente de la dialéctica, fue incapaz de comprender dialécticamente la transición de la materia al movimiento, de la materia a la conciencia –especialmente lo segundo. Marx corrigió el error (o debilidad) del místico”.

Lenin²⁴⁷

Lo *nuevo* de la automatización es la madurez de nuestra era en la cual la totalidad de la crisis impone una filosofía, un enfoque total.

La lucha por las mentes de los hombres, cuando la tendencia hacia la mecanización absoluta ha llegado a su punto culminante en la

²⁴⁶ *Crítica del Programa de Gotha*, (incluido en Obras escogidas, tomo II). (En español ver Obras escogidas, Op.cit, tomo III).

²⁴⁷ Véase el Apéndice B. (La autora refiere a los cuadernos de Lenin sobre la Ciencia de la lógica de Hegel, incluidos como apéndice B en la edición de 1957. Vea nota 8 de la presente edición.) (N. del T.)

automatización, no puede ganarse de ninguna otra manera. El nuevo impulso viene, y *puede venir, únicamente de los trabajadores*. Es preciso contrastar la quimera del científico que escribe sobre el “hombre visto como máquina”, con la sensatez del trabajador de la producción que escribe que el trabajo tendrá que ser “algo totalmente diferente”:

“Cuando las mujeres en el trabajo hablaban de que algún día iban a hacer las conexiones alambradas (de radio y TV, etc.) automáticamente, yo no entendía ciertamente la palabra “automatización”. Ellas decían que probablemente nos tendrían que dar trabajo en las máquinas. Era todo muy nebuloso, pero ahora la palabra está en todas partes, e infunde fascinación y miedo al mismo tiempo. Yo vi en la TV una fábrica ‘automatizada’ de motores de autos: hicieron un motor en quince minutos cuando antes les tomaba nueve horas. La revista *Saturday Review* dedicó un número especial a la automatización, participaron siete u ocho escritores, algunos del mundo de los negocios y uno del UAW-CIO (Sindicato de Trabajadores del Automóvil). Lo que me asombró es que quien trató el tema con mayor claridad fue el industrial. Los otros parecían temerosos de hablar mucho de las consecuencias que tendrá en las personas. A él no le importó, dijo exactamente lo que pensaba”.

“Hay un párrafo de lo que dijo que no puedo olvidar ‘...otro rasgo deseable de la automatización en relación al trabajo, es el hecho de que las máquinas son más fáciles de controlar que las personas (y esto es una bendición en nuestra sociedad democrática)’. No puedo explicar exactamente lo que obtengo con eso, es como si fuera el punto del que no hay retorno. A él no le importa un comino lo que le pase a la gente de la que habla. Y quizás no entienda yo realmente, pero creo que lo que él desearía es deshacerse de una cosa en esta sociedad: de ‘la democracia’”.

“Hay también algo más: más tiempo. Sabe, eso me da más miedo que cualquier otra cosa. Si obtengo más tiempo para la recreación en esta sociedad creo que me volvería loco. Es muy ridículo porque siempre he querido una jornada de trabajo más corta. A ellos no les interesa lo que pase con la gente, con el trabajador no calificado. Tienen un poco de miedo. No miedo de lo que les pase a los obreros, sino miedo de lo que les puedan hacer los obreros a ellos, eso creo. No puedo evitar pensar una y otra vez acerca de esto. Han echado a la calle a tantos trabajadores con sus viejos métodos de producción y ahora la automatización. Incluso si el sindicato logra obtener una semana más corta y salarios anuales, ¿qué ocurre con todos los trabajadores a lo largo del país que no están trabajando ahora? La automatización tiene cosas fantásticas, pero el capitalismo y los sindicatos no pueden hacer nada bueno con ellas. Decimos que el hombre

es capaz de trabajar, producir, trabajar junto con otros, colectivamente. Esta es la vida para él. ¿Pero ahora qué pasa bajo la automatización? Yo no veo a los hombres trabajando. ¿Hacia dónde se van las energías? Esto, y el tiempo de recreación, se conectan en algún momento, aunque no sé exactamente dónde”.

“Al hombre le gusta trabajar, construir algo ¡pero ahora el trabajo está tan separado de todo lo demás que constituye la vida! Cada día se divide de la siguiente manera: trabajo, tiempo para descansar, para olvidarse del trabajo y escapar de él. ¿Cómo será con la automatización? Hay menos trabajo para los hombres, pero más tiempo. Me da miedo tener más tiempo como están las cosas ahora, porque más tiempo para el trabajador puede significar siete días a la semana sin ningún cheque al final de ella”.

“Antes se me decía que la lucha por más tiempo de recreación era para que el individuo tuviera más tiempo para el arte, la música, la literatura y el estudio en general. Eso ya no me satisface. En una nueva sociedad el trabajo tendrá que ser algo completamente diferente, no sólo trabajar para tener dinero, para comprar comida y cosas, tendrá que estar completamente ligado a la vida misma”.^{248 249}

De la misma manera que a partir de la primera Revolución Industrial los trabajadores de las fábricas adquirieron el impulso para las luchas por acortar la jornada de trabajo, creando así una nueva filosofía, de ese modo, de la experiencia de los trabajadores con la automatización devendrá *un nuevo humanismo*.

El principio del fin del capitalismo de Estado ha comenzado por necesidad, detrás de la Cortina de Hierro. Los hombres en todas partes respiraron con mayor libertad cuando aquellos que estaban bajo el dominio del totalitarismo ruso respondieron afirmativamente a la pregunta que parecía preocupar al mundo contemporáneo: ¿Puede el hombre conquistar, por la fuerza, la libertad en las condiciones de estrangulamiento del Estado de partido único?

Sin embargo, *el* problema fundamental de la verdadera libertad, prevalece. ¿Qué tipo de trabajo puede poner fin a la división entre “pensadores” y “operadores”? Este es el meollo interno del marxismo. La transformación de la sociedad totalitaria, sobre principios totalmente

²⁴⁸ Véase el Apéndice B. [La autora refiere a los cuadernos de Lenin sobre la *Ciencia de la lógica* de Hegel, incluidos como apéndice B en la edición de 1957. Vea nota 8 de la presente edición]

²⁴⁹ “Working for Independence”, por Ángela Terrano, *News & Letters*, 6 de enero de 1956.

nuevos, no puede tener otro fundamento que *una nueva vida material, un nuevo tipo de trabajo para el que produce: el trabajador.*

La pregunta básica se planteó por primera vez, no detrás de la Cortina de Hierro, sino de este lado. Surgió de la nueva etapa de producción llamada automatización. Fue planteada primero por los mineros quienes con la introducción de la pala mecánica, comenzaron a cuestionar no sólo los frutos del trabajo –los salarios– sino el *tipo* de trabajo. Como lo expresó un obrero joven, cuando se le dijo que el sindicato pelearía por una semana de trabajo más corta: “La semana de cuatro días no significaría una gran diferencia. Es probable que terminemos trabajando las mismas horas que antes y ganando horas extras en trabajos que excedan las treinta y cinco horas. Lo que tiene que cambiar es la manera de trabajar; no tener que venir todos los días a trabajar bajo la disciplina de la compañía y con miedo a que lo despidan a uno. Rusia no puede ser muy diferente. Pensándolo bien, la única razón por la que este tipo de vida parece tener algún sentido es porque la gente está acostumbrada a vivir así”.

“Un trabajo que estuviera completamente ligado con la vida” y “una actividad que no estuviera separada de la actividad de pensar”, “una nueva unidad de teoría y práctica, unidas en el trabajador”, forman parte de la tradición de los conceptos de Marx acerca del trabajo como actividad humana que desarrolla todas las capacidades naturales y adquiridas del hombre. De esta manera, los trabajadores, los trabajadores norteamericanos, le dieron concreción y *por ende extendieron* las teorías más abstractas de Marx sobre el trabajo enajenado y la búsqueda de universalidad. Marx tenía razón cuando dijo que los trabajadores eran los verdaderos herederos de la filosofía hegeliana. En realidad, mientras el vacío intelectual se hace hoy tan inmenso que *el movimiento que va de la teoría a la práctica casi ha llegado a un punto muerto, el movimiento que va de la práctica a la teoría y con él, una nueva unidad en el trabajo manual y mental en el obrero, se han hecho evidentes por doquier.*

3) Hacia una nueva unidad de la teoría y la práctica en la tradición abolicionista y marxista.

La clase trabajadora norteamericana ha sido un misterio para el europeo durante mucho tiempo, tanto para el obrero como para el intelectual. Hasta que se formó el Congreso de Obreros Industriales (CIO), los europeos solían “confirmar” el atraso del trabajador estadounidense por el hecho de que no había formado sindicatos industriales. Los europeos no podían entender cómo era que la clase obrera norteamericana, la más poderosa del

mundo, no hubiera organizado un partido laborista propio, tal como lo han hecho otras clases obreras europeas; y cómo podía ser que ningún partido marxista hubiera echado raíces en los EE. UU. Por el hecho de que el trabajador norteamericano no ha formado ningún partido de masas, parece apolítico. Por el hecho de que no está familiarizado con las doctrinas de Marx, parece no socialista. Admiten que es muy militante, pero no van más allá. No prestan atención a lo que pueda pensar porque, no teniendo inhibiciones por tradición europea, tiene diferentes maneras de expresar sus pensamientos. La verdad es que los trabajadores más avanzados políticamente de todo el mundo, los franceses, no pudieron concebir nada mejor que lo que habían planteado los trabajadores americanos: sentarse. Sólo en España tuvo el estallido forma de revolución.²⁵⁰ Empezaron inmediatamente tomando el control de las fábricas. De esta manera, a través del mundo, los trabajadores estaban tratando de reorganizar la sociedad, empezando con la reorganización de las relaciones de producción en las fábricas. No tuvieron éxito, pero lo intentaron y descubrieron algunas verdades, mientras que los intelectuales siguieron con las viejas “categorías”, incapaces de dar un paso adelante, ni en la teoría ni en la práctica.

El cínico está siempre listo a afirmar que a pesar de toda la esperanza y los esfuerzos de la década de los treinta, los trabajadores no llevaron a cabo una revolución, ni crearon un Estado de obreros, ni construyeron una nueva sociedad. Por lo tanto, concluye que todos los movimientos –incluyendo los movimientos de resistencia nacional durante la guerra; las huelgas de obreros no sancionadas por los líderes sindicales durante la guerra y las manifestaciones de los negros; las huelgas de posguerra y las revueltas coloniales– han sido, si no inútiles, ciertamente carentes de éxito. Eso es verdad. La verdad más profunda, sin embargo, es que los trabajadores *sí hicieron* algo cuyas plenas consecuencias todavía no conocemos. Ciertamente ningún problema fundamental se resolvió con la Segunda Guerra Mundial. Ahora la crisis es total. La bomba H pone un signo de interrogación en la supervivencia misma de la civilización tal y como la conocemos.

²⁵⁰ Desde la Revolución Española de 1937, el vacío teórico ha alcanzado también a los anarquistas y anarcosindicalistas que habían terminado por ser parte del gobierno, cosa que en teoría siempre habían negado. Algo mucho peor que amarrarse a Rusia por pagos en oro era el convertirse en prisioneros del pensamiento administrativo.

Mientras que los trabajadores actuaron y mostraron que tenían una mente propia, los intelectuales recitaban frases vacías e ignoraban a los obreros. Nunca ha habido un vacío teórico más grande dentro del movimiento marxista o fuera de él.

Cuando se produjo la crisis de 1929, la producción casi se detuvo. Millones de trabajadores fueron despedidos. Ahora que todo el mundo se daba cuenta que la producción es primordial, las líneas divisorias de las clases se hicieron más agudas en vez de borrarse. El *New Deal* es prueba suficiente de que la clase capitalista también había sufrido una seria división. Cada tensión grave entre la clase obrera y la capitalista produce una grieta en el campo de la clase gobernante misma. Pero eso no es irreparable.

Para manejar la producción en una sociedad capitalista, los capitalistas están encima de los productores directos. Cuando hay una crisis, esos burócratas no se quitan de encima de los obreros, sino todo lo contrario. El *New Deal* no se metió con esa relación en el proceso de producción. Tampoco lo hicieron los planificadores intelectuales salidos de Harvard o Columbia, Yale o Princeton, Antioch o el *College* de la Ciudad de Nueva York, la Universidad de Stanford o la de Chicago, etc. Así como sólo hay dos clases fundamentales en la sociedad –la clase obrera y la clase capitalista–, de la misma manera hay sólo dos maneras de pensar fundamentales.

La crisis de 1929, que sacudió al mundo hasta sus raíces, marcó la mente americana, dividiéndola en dos partes opuestas: 1) El *trust* de cerebros, o los planificadores intelectuales, grandes y pequeños. Aquellos que inventaron el *New Deal* para salvar al capitalismo y los que quisieron “usarlo” para lanzarse a la planificación total siguiendo el modelo ruso, no eran tan diferentes entre sí como para no encontrar placentera la cohabitación intelectual. Ambos tenían un remedio para todos los males del mundo: el plan. 2) Por otro lado, los trabajadores de las bases trataban de reorganizar la producción sobre bases totalmente diferentes exigiendo que el control de la producción lo tuvieran los trabajadores. Ellos también tenían una sola palabra para describir la manera de lograrlo: cruzarse de brazos. La espontaneidad de la acción misma *creó* el CIO.²⁵¹ Lo que había

²⁵¹ Nada muestra con tanta claridad el vacío intelectual en el liderazgo sindical de nuestros días como el hecho de que no ha producido una sola pieza de análisis, y mucho menos una historia definitiva, del CIO. No es, por supuesto, por accidente que la burocracia sindical sea incapaz de ser la historiadora del sindicalismo. No

sido un alto comité dentro de la AFL (*American Federation of Labor*), de la noche a la mañana se convirtió en un *Congreso* con una concentración masiva de trabajadores industriales.

Mientras que los trabajadores creaban organizaciones propias, con características norteamericanas y específicamente de la clase trabajadora, el intelectual americano perdió la brújula y navegó más hacia el Frente Popular creado por los comunistas. Los comunistas rusos estaban en su apogeo, penetrándolo todo: desde el gremio periodístico hasta el Departamento de Estado, desde la burocracia laboral en Detroit hasta el reino del cine en Hollywood. El intelectual estadounidense no fue una víctima involuntaria, sino que trató celosamente de influenciar al trabajador norteamericano. Si fracasó no fue su culpa. El intelectual norteamericano tiene un rasgo común con todos los intelectuales: desprecia a la clase obrera nativa considerándola “atrasada”. Pero mientras el Partido Comunista de los Estados Unidos se ganó al intelectual norteamericano corporal, emocional y financieramente, no logró echar raíces entre la clase trabajadora americana. Los intelectuales han abandonado al partido comunista y sus diversos frentes desde entonces (no siempre por las mejores razones de principio), pero se delatan a sí mismos actualmente como carentes de brújula en la cuestión en la cual la política americana se ha expresado siempre en su forma más aguda: la cuestión de los negros.

El año de 1956 abrió una nueva etapa en la lucha de los negros por la libertad. La lucha en el Sur seguía dos líneas: 1) la integración escolar; y 2) los boicots de los autobuses. Inmediatamente el Sur “culto” pidió “comprensión”. La revista *Life*, tan ocupada haciendo propaganda al “estilo de vida americano” en el exterior, respondió encabezando la batalla de las revistas “norteñas” para vender “el estilo de vida sureño”. El novelista William Faulkner, asestó el golpe más fuerte al anunciar que estaría dispuesto a derramar sangre negra para mantener “el estilo de vida sureño”.²⁵²

sólo carece de todo parecido con los hombres y mujeres que formaron esa organización, sino que pugna por olvidar su propio origen.

²⁵² La subsiguiente negación de Faulkner. de que había dicho “si yo tuviera que escoger entre los Estados Unidos y Mississippi, escogería a Mississippi hasta para salir a acribillar negros en la calle”, es aún mas barbárica que su declaración original. “Por supuesto que no dije eso”, reza la comunicación de la U.P. del 16 de marzo de 1956 desde Oxford, Miss., “porque no creo que las cosas hayan llegado a eso”. Pero sólo para asegurar su lugar cuando se “llegue a eso”, utilizó toda su habilidad en el campo de la ficción con el fin de rescribir la historia, de manera que “esa minoría blanca combatiente que es nuestra sangre y nuestra parentela”,

La opresión siempre ha tenido cara blanca en el Sur y ahora también la tiene la degeneración de su “cultura”. ¿En dónde están los intelectuales del Norte o del Sur, que se opongan a este culto hermano de sangre del senador Eastland, el premio Nobel, William Faulkner? Sin duda existen muchos. Sin embargo, cuando no guardan silencio, escriben para pequeños periódicos leídos por radicales de izquierda que no necesitan ser convencidos. A pesar del triste papel de los comunistas americanos en el problema negro,²⁵³ estos intelectuales están listos para ser envueltos en otro frente popular. Sin embargo, no es por falta de tradición nacional. Una de las páginas más gloriosas de la historia estadounidense fue escrita por los intelectuales blancos, precisamente sobre el problema negro, en el crítico periodo que precedió a la Guerra Civil.

Los abolicionistas se levantaron dentro y fuera de EE.UU. por su propio genio, sin ninguna ayuda por parte de alguna tradición extranjera. Al mismo tiempo, el lema del *Liberator* de William Lloyd Garrison, era: “El mundo es mi país”. Los abolicionistas añadieron una dimensión al concepto mismo del intelectual al aceptar conscientemente ser el medio a través del cual un movimiento social –el movimiento de los esclavos luchando por la libertad– se expresara. Los intelectuales de hoy se ocupan mucho de decirnos cómo tergiversan la historia los comunistas, lo cual es bastante cierto. Pero ¿dónde está la diferencia entre los rusos que dejan el papel de Trotsky fuera de la Revolución de 1917 y los libros de texto americanos

apareciera en el lugar de “los de abajo”. Parece que después de siglos de oprimir, además de provocar una Guerra Civil, estos “de abajo” deben tener una oportunidad, de encontrar “moralmente” una salida. (Véase la entrevista original que Faulkner le concedió a Russell Warren Howe, corresponsal del *London Sunday Times* en Nueva York, el 21 de febrero de 1956, que se publicó en *The Report* el 22 de marzo de 1956; luego su declaración al efecto de que “se le había citado crasamente mal”, hecha a la U.P. el 16 de marzo de 1956; ambas se reimprimieron en *The Montgomery Advertiser*. Montgomery, Alabama, 17 de marzo de 1956. También “A Letter to the North” [“Carta al Norte”] por William Faulkner en *Life*, 5 de marzo de 1956).

²⁵³ Nada hay más ridículo en este raído papel que su vaivén entre dos extremos, el cual depende del viento que sopla desde el Kremlin, ya sea (1) reducir el problema de los negros al absurdo de exigir “para” los negros la “Autodeterminación en el Cinturón Negro”, o (2) pedirles a los negros que olvidaran su lucha por los derechos democráticos en el mismo minuto en que Rusia se alió a los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.

que ni siquiera mencionan a Wendell Phillips?²⁵⁴ Mientras un Faulkner hoy día se expresa con “dobletes” diciendo por un lado que está “moralmente” en contra de la segregación pero está dispuesto, sin vacilaciones, a derramar sangre negra para preservar el alegado “estilo de vida sureño”, he aquí lo que Phillips afirmaba acerca del estilo de vida sureño:

“Y por el Sur quiero referirme también a un principio, y no a una localidad, un elemento de vida civil, en catorce estados en rebelión. Me refiero a un elemento que, al igual que en los días de la Reina María y la Inquisición, no puede tolerar la libertad de expresión y la castiga con la muerte. Me refiero a la aristocracia de la piel, que considera a la Declaración de Independencia una farsa y a la democracia un engaño, que cree que un tercio de la raza nace con botas y espuelas y los otros dos tercios ensillados, listos para que ese tercio cabalgue sobre ellos. Me refiero a una civilización que prohíbe la Biblia, por decreto, a cada sexto hombre de su comunidad, y encarcela a una matrona por enseñarle a una hermana negra a leer. Me refiero al Sur intelectual y aristocrático: el que se manifiesta por el barbarismo y el cuchillo, por las provocaciones y la ley del linchamiento, por la ignorancia y el ocio, por la exigencia de un hombre de poseer a su hermano, por los estatutos que hacen que sea un acto penal el tomar acción en las cortes del estado de Massachusetts, por los estatutos —en los libros del estado de Georgia hoy día— que ofrecen cinco mil dólares por la cabeza de William Lloyd Garrison. Ese Sur debe ser aniquilado (aplausos). Todo mi sentido común —o como quieran llamarle— es éste, resumido en una palabra: Este país no conocerá nunca la paz ni la unidad hasta que el Sur (usando la palabra en el sentido que he descrito) sea aniquilado y el Norte se extienda sobre él... Por lo tanto, nuestra lucha está entre la barbarie y la civilización”.

Actualmente, la lucha por las mentes de los hombres no puede ganarse con consignas vacías en favor de la democracia. Los europeos han visto demasiado de la vida desde 1914. No están dispuestos a aceptar la cultura de la voz de América y con razón, ellos conocen al negro —no sólo sus grandes contribuciones a la cultura americana: desde el jazz hasta sus escritos históricos. Ellos saben lo que él hace actualmente. Está la poderosa voz de los negros de Alabama que han tomado en sus manos la cuestión de su libertad sin soltarla un momento durante todos estos meses.

²⁵⁴ El año de 1958 vio por fin la publicación de una biografía de Phillips. *Prophet of Liberty: the Life and Times of Wendell Phillips*, por Oscar Sherwin, Bookman Associates, N.Y.

Debido a que la espontaneidad de la acción y la organización de sus fuerzas para mantener el boicot fue una acción simultánea, es aquí donde podemos ver lo que es verdaderamente histórico y lo que comprende nuestro futuro. Hay que ver cómo no han dejado que se les escape nada de sus manos durante el boicot:

1) Han estado sesionando *continuamente*: hay pequeñas reuniones diarias, reuniones masivas tres veces a la semana y todo el tiempo se están dando nuevas relaciones.

2) La decisión es siempre *la suya propia*. Cuando la Corte Suprema del Estado presentó su decisión en contra de la segregación en el transporte público y la compañía de transporte, sedienta de ganancias, anunció que obedecería la decisión, los negros dijeron: “También pedimos que haya chóferes negros”. A los padres de la ciudad, que proclamaban la segregación como “el estilo de vida sureño”, ellos, como sureños, les dijeron que muy pronto también manejarían los ómnibus.

3) La organización de su propio transporte, sin jefes ni supervisión política, constituye un modelo,

Sin duda, lo más importante de toda esta organización espontánea en Montgomery, Alabama, fue su propia existencia operativa.

Cuando Faulkner es elegido por Eisenhower para formar una nueva organización de intelectuales para hablarles a los europeos sobre la democracia norteamericana y los otros intelectuales estadounidenses se quedan callados, los europeos saben que el valor no proviene del aire, sino de la convicción de ser parte integrante y representante de la corriente del futuro: como lo constituye la lucha de los negros por su liberación y no “el estilo de vida sureño”. En tales circunstancias, la lucha del intelectual norteamericano para ganarse las mentes de los hombres sólo resulta presuntuosa y arrogante.²⁵⁵ De esta manera tanto en la sociedad como en la producción, la crisis es total.

Nuestro punto de partida siempre ha sido la producción por la simple razón que observar la crisis en la producción significa comprenderla en todos los otros campos. Dejar de verla en la producción significa incapacidad de comprender la crisis en cualquier otra esfera. Esto no quiere decir que la crisis de nuestra época esté “limitada” a la producción. Nuestra era ha sido bien definida como la era de la crisis del espíritu. Es

²⁵⁵ Lo único que supera el intento de Henry Luce de vender “la forma de vida norteamericana” en el extranjero es la retumbante presunción con que intentó venderle al público estadounidense, por medio de la publicidad de alto poder, la obra *La nueva clase de Djilas*, como algo “que sacudiría al marxismo”.

precisamente la magnitud de la crisis lo que exige un enfoque total en filosofía. Pero el intelectual norteamericano ha fracasado ostensiblemente en esto. Es un hombre dividido en mil pedazos y completamente alejado de la realidad.

No son los marxistas los que han obligado a la sociedad a enfrentar, al fin con sensatez, las condiciones de trabajo y las relaciones entre los hombres. Nuestra vida y nuestra época han impuesto esa confrontación. En la vida cotidiana, en cuestiones prácticas del día y en todas las capas de la sociedad, las grandes batallas filosóficas que importan son precisamente las que tratan con la producción, el papel de la clase obrera, el Estado unipartidista y la bomba H. Pero para ponerlo más sencillamente, las cuestiones críticas son: ¿Cómo podrá lograrse que los obreros produzcan más? y: ¿Sobrevivirá la civilización, tal y como la conocemos hoy día? Donde los combatientes intelectuales, como en los EE.UU., no son dialécticos jurados, como en Europa y en Asia, finalmente salen perdiendo. El sello de la bancarrota de la civilización contemporánea, incluyendo *los llamados partidos de vanguardia*, es la bancarrota de su pensamiento.

El vacío que dejó Lenin en el movimiento marxista no tendría mayor significación, salvo para los marxistas, si no fuera porque el marxismo late en las aspiraciones y en las vidas diarias de la clase trabajadora. El marxismo no está ni en las patéticas tesis empolvadas de las pequeñas organizaciones radicales de izquierda, ni en los inmensos tomos impresionantes, empolvados también, en las bibliotecas de las grandes universidades conservadoras.

La dificultad principal para vislumbrar los elementos de la nueva sociedad, en la actualidad, es que los trabajadores repiten muchas de las ideas de la clase gobernante, hasta el día en que ocurre un colapso explosivo. Tomen, por ejemplo, el increíble movimiento que dio lugar a la creación del CIO. ¿Quién hubiera pensado, en 1935, cuando John L. Lewis propuso a William Green la formación de algunos sindicatos industriales, que los obreros no calificados se lanzarían a las gigantescas huelgas de brazos cruzados que desafiaron a la propiedad privada? Nadie, absolutamente nadie. Ni siquiera los trabajadores mismos tenían idea de las pasiones y las fuerzas poderosísimas que estaban detrás de su inquietud y de su amargura y que se manifestarían simplemente *cruzándose de brazos*. Cuando los reporteros le preguntaron a Lewis si él había ordenado el paro, resultó obvio que la palabra misma, para no hablar de la acción, era tan extraña para él como para los reporteros. Era obvio que ni siquiera había pensado en ello, mucho menos ordenarlo, aunque sabía lo suficiente de liderazgo como para pronunciarse “a favor”.

Lewis fue tomado por sorpresa no porque fuera “solamente” un dirigente sindical con la cabeza llena de ideas burguesas. No, ni siquiera el fundador del marxismo —que apoyaba la nueva sociedad y predecía su advenimiento inevitable cuando todos los demás no veían más que el afianzamiento del viejo *status quo*— pudo prever la acción espontánea de la clase obrera francesa “provocando la tormenta” al crear la Comuna de París. Ningún individuo sólo, ni siquiera el Partido Bolchevique de Lenin, pudo haber predicho, mucho menos organizado, el *Soviet*. Nadie pudo haber adivinado que vendría, hasta que vino. Pero ¿no es acaso evidente ahora, que los trabajadores rusos, a su manera y entre ellos, estaban llegando a la conclusión de que querían otra cosa diferente de la democracia parlamentaria? Así lo pensaban desde 1905, cuando crearon el Soviet de San Petersburgo. Nadie les dijo que lo hicieran. Nadie se los organizó. Nadie hizo una nueva categoría de ello cuando surgió. Los únicos que *recordaban* el *Soviet* de 1905, y se aferraron a esa idea y a ese acto, fueron los trabajadores rusos. Lo volvieron a crear en 1917, esta vez a escala nacional.

El primer día que ocurrió, Lenin, como ya vimos, seguía repitiendo que era necesario combinar el trabajo legal con el ilegal cuando, en la realidad, las masas ya habían creado nuevas y fantásticas organizaciones de masa. Al día siguiente, por fin, se dio cuenta. Y entonces no dijo: “Yo siempre lo pensé, ¿acaso no he dicho...? etc.”. No, reconoció *lo nuevo en los hechos y en la teoría* y reorganizó todo —todo sin excepción—, todas sus viejas categorías: desde la dictadura democrática del proletariado y el campesinado hasta la naturaleza de vanguardia del partido y su directiva. Ahora, dijo, la realidad rusa había demostrado que las bases del partido eran diez veces más revolucionarias que la directiva y las grandes masas fuera del partido, diez veces más revolucionarias que el partido.

Si en 1917 estaba claro que los trabajadores rusos iban más allá que la democracia parlamentaria, debió haber quedado claro en 1936-1937 que los trabajadores estadounidenses habían pasado de la pregunta de ¿quien es el dueño de la propiedad? a ¿quién controla la producción? Los trabajadores no iniciaron ninguna *discusión* acerca de la propiedad privada. Simplemente *se sentaron* sobre las máquinas que siempre habían operado y afirmaron que no se irían de ahí hasta que las condiciones de trabajo cambiaran.

Sólo después del primer gran estallido empiezan las masas a encausar sus energías y su pensamiento para enfrentar problemas. Enseguida, día a día, y minuto a minuto, sus propias ideas de clase y su programa de clase se manifiestan rápidamente. Esto volvió a adquirir fabulosas dimensiones en

la Revolución Húngara, emprendida por toda la población, incluyendo a los intelectuales. Pero, a medida que se desarrolló, todo el choque violento se trasladó a los Consejos Obreros, es decir a los trabajadores *en las fábricas*. Su acción, una vez más, puso en evidencia que los trabajadores tenían una mente propia mucho antes del estallido y que se mantuvo hasta mucho después de la derrota. Así como en 1917 los trabajadores rusos eran los únicos en recordar el *Soviet* de 1905, así esta vez, no sólo los húngaros, sino la clase trabajadora de todo el mundo recordará los Consejos Obreros húngaros.

La clase obrera no ha creado una nueva sociedad, pero sí ha socavado a la vieja sociedad, ha destruido todas las viejas categorías, no cree en la racionalidad del orden político ni económico. La “vanguardia”, por otro lado, no ha hecho nada. Está estancada en las viejas categorías fijas, la principal de las cuales es: “el partido que dirige”. Frente al movimiento que va de la práctica a la teoría –durante la década de los treinta, y una vez más durante los cuarenta, y especialmente durante el actual periodo de la automatización– los trotskystas y otros partidos radicales continúan repitiendo las tesis ya sin vigencia del “partido de vanguardia” que Lenin adoptó en 1902-1903. Esto hace su abdicación intelectual tan absoluta como si nunca hubiesen roto con los partidos comunistas. Esto igualmente se aplica a aquellos marxistas no afiliados que siendo incapaces de romper con las viejas categorías –mucho menos de crear nuevas– están obligados a retornar a la actitud de Bujarin de culpar a los trabajadores por la traición de la Segunda Internacional. Cuando Lenin acusó a Bujarin de haber permitido que la guerra imperialista suprimiera su pensamiento, analizó con precisión a los intelectuales marxistas contemporáneos que culparían a los trabajadores, *como clase*, antes que aceptar el desafío de reorganizar *su* pensamiento, que los nuevos impulsos humanistas de los profundos estratos de los trabajadores les estaba echando en cara. Afiliados o no, “el partido que dirige” los tiene a todos cogidos por el cuello.

No se necesita decir que los antiguos maestros de ello son los comunistas. La mentalidad capitalista de todos estos planificadores se muestra con mayor claridad en la cuestión de la automatización. Ningún capitalista defensor de la propiedad privada tuvo jamás sueños más fantásticos de fábricas automáticas –sin obreros–, que los actuales gobernantes de Rusia. La burocracia totalitaria espera superar la resistencia rusa al plan a través de la automatización. Al mismo tiempo, estos burócratas piensan que se extienden por todo “el mundo capitalista” porque pueden repetir frases marxistas sobre el fin de la división entre trabajo mental y manual. Algunos sueñan, igual que Reuther con su “de cada

obrero un ingeniero”. La víspera del Congreso de Ginebra en 1955, los periódicos oficiales *Pravda* e *Izvestia* estaban llenos de artículos sobre: “¿Qué es lo que detiene a la automatización?” Después tuvieron una Reunión Sindical de Personal Industrial y publicaron un “Llamamiento a todos los trabajadores, ingenieros, técnicos y empleados de la Unión Soviética” para aprender de la experiencia de “los innovadores de la producción”. El trabajador ruso lo tomó como un mayor énfasis en el aceleramiento y continuó su resistencia. Al año siguiente, el XX Congreso del Partido Comunista Ruso, que tan estruendosamente proclamó la “desestalinización”, continuó con la línea estalinista de producción y más producción, con el siguiente giro nuevo: Bulganin dijo: “Ha causado mucho daño al progreso técnico en nuestro país el hecho de subestimar los logros de la tecnología en el extranjero... Lo principal no es descubrir primero, sino introducir primero... La industria debe rediseñarse para proporcionar los incentivos adecuados a la innovación técnica”. El “rediseño” resultó ser la aplicación de la automatización al grado de enseñarles a los trabajadores a respetar a los intelectuales, “innovadores de la producción”. Los trabajadores rusos no se diferencian de los trabajadores americanos: ellos también quieren saber ¿qué pasa *después*?

A las preguntas de los trabajadores: ¿Qué pasa *después* de la conquista del poder? ¿Tendremos que encontrarnos siempre con una nueva burocracia laboral que terminará en el Estado unipartidista?, la “vanguardia” no tiene nada que decir más que: “Primero hagan esto y síganme”. El ideólogo capitalista es tan bueno como ellos para dar órdenes: “Vean las nuevas maravillas de la automatización y síganme”. Todos están listos para dirigir, nadie para escuchar.

La pereza intelectual simplemente se acumula y se acumula hasta el punto que por autocomplacencia el “científico” se permite escribir con impunidad e irresponsabilidad sobre: “El hombre visto como una máquina”. Evidentemente ninguna pasión humana hoy día va más allá de una fórmula matemática que pueda hacerse practicable en “una máquina susceptible de ser construida”.

Lo que todos olvidan es que una nueva sociedad es el esfuerzo humano, o no es nada. No puede instaurarse a espaldas del pueblo, ni por la “vanguardia”, ni por los “científicos”. Es el pueblo trabajador quien la construirá, o no se construirá nunca. Hay una necesidad implorante por una nueva unidad de la teoría y la práctica que comienza por lo que tienen los trabajadores: *sus* pensamientos, *sus* luchas, *sus* aspiraciones.

Esto no es abdicación intelectual. La abdicación intelectual tuvo lugar durante la Gran Depresión porque los intelectuales no tenían ninguna

filosofía ni método de pensamiento, y simplemente navegaban por el campo de los simpatizantes o seguidores absolutos de la “línea del partido”. La abdicación intelectual volvió a aparecer cuando el macartismo les causó tanto pánico que voluntariamente, sin la dureza de los Juicios de Moscú, participaron en los confesionarios públicos. La abdicación intelectual reina cuando a los “científicos” se les permite tomar control del campo del pensamiento, como si eso también fuera una “máquina susceptible de ser construida”.

El desarrollo intelectual comenzará cuando se aren nuevas tierras. Los elementos de la nueva sociedad que están presentes en la vieja sociedad, se manifiestan con toda evidencia en los pensamientos y las vidas de la clase trabajadora. Donde los trabajadores piensan sus propios pensamientos, debe estar el intelectual listo para absorber los nuevos impulsos. Fuera de eso, no puede haber ninguna teoría seria. La filosofía emana de las ciencias empíricas y de la vida misma, pero la incorporación de estas leyes y generalizaciones a la filosofía, como Hegel lo mostró, “implica un imperativo del pensamiento mismo a proceder a estas verdades concretas”. Hegel sabía lo que decía cuando les dijo a los intelectuales de su tiempo que “el sentimiento de servidumbre surge de la incapacidad de superar la antítesis, y por considerar a lo que es y lo que acontece como contradictorio a lo que *debe ser* y acontecer”.²⁵⁶

Los intelectuales modernos perderán su sentimiento de culpa y de servidumbre cuando reaccionen al “imperativo del pensamiento a proceder a estas verdades concretas”: las acciones de los niños de escuela negros en Little Rock, Arkansas, para romper la segregación; las huelgas (no sancionadas por los funcionarios sindicales) de Detroit, por un tipo de trabajo diferente al de la actual automatización; las luchas libertarias en todo el mundo. Precisamente el alinearse con esas luchas en los tiempos de los abolicionistas y de Marx es lo que les dio a estos intelectuales la estatura como teóricos y como seres humanos que formaban parte de la nueva sociedad. Eso volverá a ocurrir. Una vez que el intelectual acepte el desafío de la época, entonces se verá que lo ideal y lo real no están tan separados uno del otro. El trabajador tiene razón cuando exige que el trabajo sea “completamente diferente y no separado de la vida misma”, y que “el pensamiento y la acción estén unidos”. Una vez que el teórico haya captado esto, sólo este impulso del trabajador, su trabajo no tendrá fin. Es entonces que comienza. Una nueva unidad de teoría y práctica puede evolucionar sólo cuando el movimiento de la teoría a la práctica se

²⁵⁶ *Lógica*, de Hegel, párrafo 147.

encuentre con el movimiento de la práctica a la teoría. La totalidad de la crisis mundial tiene una nueva forma: miedo al “pitido” de la nueva luna hecha por el hombre. La prisa americana para “alcanzar” al *sputnik*, como la decisión de los rusos de ser los primeros en lanzar el satélite, no es para beneficio de la “ciencia pura”, sino para la guerra total. El lanzamiento de los satélites al espacio no puede resolver los problemas de la tierra. El reto de nuestra época no es para las máquinas, sino para los hombres. Los proyectiles intercontinentales pueden destruir a la humanidad, pero no pueden solucionar sus relaciones humanas. La creación de una nueva sociedad sigue siendo el esfuerzo del hombre. La totalidad de la crisis exige, y creará, una solución total. No puede ser nada que no esté a la altura de un nuevo humanismo.

Capítulo 17*

El reto de Mao Tse-tung

A. Contrarrevoluciones comunistas.

“Hay gente que cree que el marxismo cura cualquier enfermedad. Debemos decirles que los dogmas son menos útiles que el estiércol de vaca. El estiércol se puede usar como fertilizante”.

Mao Tse-tung

1) Sobre guerras y revoluciones como un “Ensayo de ocho puntos”.²⁵⁷

El conflicto chino-soviético ha producido una gran cantidad de declaraciones “revolucionarias”, por parte del Partido Comunista Chino, que pintan a Mao como un “marxista-leninista” en una immaculada armadura revolucionaria que lleva a cabo una lucha global, con una sola mano, contra el “revisiónismo”. La prensa occidental no hace nada para alterar la simpleza y coherencia de este cuento de hadas porque le interesa demasiado enfatizar el conflicto de poder entre Rusia y China. La batalla de citas célebres que se desató abiertamente, por primera vez, en 1960, con Mao apoyándose en *El Estado y la revolución* de Lenin y Jruchov favoreciendo *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, es un “ensayo sobre ocho puntos” para usar una frase de Mao, en otra ocasión. En el proceso, todas las palabras han perdido su significado.

Toda la trayectoria de Mao muestra que ha sido un luchador, no contra el “revisiónismo”, sino contra el “dogmatismo”, a pesar de las actuales declaraciones de temple tan revolucionario que emanan como rayos y centellas de la China comunista. La acusación de Mao a Jruchov, de ser un cobarde que cambió el “temor al chantaje nuclear” por el “temor de la revolución”; y la expresión de Jruchov de “tristeza” de que “los camaradas

* Quiero agradecerle al joven estudioso Jonathan Spence por algunas de las investigaciones para este capítulo y me siento en deuda por su conocimiento de idioma chino. El análisis del material y las conclusiones políticas, naturalmente son solamente míos.

²⁵⁷ Mao Tse-tung, *Sobre la contradicción*. International Publishers, New York, 1946.

chinos” pudieran unirse a los reaccionarios “traficantes y locos del átomo”, no son más que armas destinadas a servir el mezquino propósito de la política de poder. Esto no quiere decir que la lucha ideológica no tenga influencia en la lucha de poder y menos aun, que no tenga una lógica propia. Pero no debemos permitir que el hecho de que ambos contrincantes se llamen a sí mismos comunistas, oculte su naturaleza de clase: ambos son capitalistas hasta el tuétano. El capitalismo de Estado cambia la forma, no el contenido, de estos regímenes totalitarios. No es accidental que el desencadenamiento del conflicto público y abierto proviniera de causas internas y no externas. El año de 1959, que marca la primera ruptura entre Rusia y China, no sólo fue el año de la visita de Jruchov a los Estados Unidos, en donde ayudó a crear el “espíritu , de *Camp David*”; ni tampoco es solamente el año de la primera incursión de China en territorio de la India. Es el año de crisis interna de Rusia y de China, especialmente de esta íntima. Esto fue ocasionado por una combinación de calamidades naturales y por la presión inhumana de los gobernantes totalitarios hacia la industrialización, la colectivización y la “comunización” de las vastas tierras, con el llamado “Gran Paso Adelante”. En vez de lograr de la noche a la mañana un nuevo orden social, seiscientos cincuenta millones de seres humanos²⁵⁸ sufrieron hambre y condiciones cercanas a la hambruna. Las voces de rebeldía surgieron desde dentro, no fuera de la China continental. La batalla de las citas, célebres sin embargo, estaba dirigida hacia el exterior. Estos dos regímenes capitalistas de Estado, llamándose a sí mismos comunistas, han emprendido una carrera de competencia para influenciar el nuevo mundo de África, Asia y América Latina, en donde la teoría marxista de liberación es una fuerza polarizadora para los luchadores de la libertad, donde la batalla se lleva a cabo en el lenguaje “marxista-leninista”. Debido a que nuestra era no es sólo la era nuclear sino la era de la lucha por las mentes de los hombres, cualquier competencia con “el enemigo más siniestro, el imperialismo americano”, requiere que se tengan “posiciones de fuerza” desde el punto de vista ideológico y de poder. Es dentro de este contexto que debemos encuadrar el reto de Mao Tse-tung y, ciertamente, es dentro de este marco que Mao ha desafiado a Jruchov por el liderazgo sobre todo el mundo comunista.

²⁵⁸ La cifra utilizada en 1959 fue de seiscientos cincuenta millones. En 1958 era de seiscientos millones. Desde 1960 las referencias sobre la población han dado un salto hasta llegar a setecientos o aun setecientos cincuenta millones. No existe un censo exacto.

Para coronar sus ambiciones de tipo mundial, Mao no ha vacilado en aceptar la responsabilidad de un posible holocausto nuclear. Los gobernantes chinos han escandalizado al mundo con sus cínicas declaraciones en el sentido de que China es la que “menos” sufriría si semejante holocausto se produjera. “Incluso, si doscientos millones de nosotros murieran, todavía nos quedarían cuatrocientos millones”.²⁵⁹ Mao se ha reído del “chantaje de la guerra nuclear”, calificando de cobardes y “revisionistas” a todos los que temen dicha guerra. Tal y como *Hongqi* (Bandera Roja) lo expresó: “Los revisionistas modernos sienten pánico por la política del chantaje de la guerra nuclear. Y luego se transforma del temor a la guerra al temor a la revolución”.²⁶⁰

Sin embargo, esta glorificación de la revolución no está dirigida a la China continental, está dirigida a otras tierras. No hay nada más que las masas chinas quisieran que una revolución contra su clase gobernante y su dirigente máximo Mao Tse-tung. Durante un breve periodo, se escucharon claras voces de protesta en abierta oposición al Estado unipartidista. Tal como lo expresaron, estaban “floreciendo y lidiando” a tono con el discurso de Mao de “dejen que florezcan cien flores, que rivalicen cien escuelas de pensamiento”. Esta oposición pronto fue brutalmente aplastada.

Es imposible comprender la situación que los gobernantes chinos enfrentan ahora, ya sea interna como externamente, sin entender los años críticos de 1956-1957. Así como la Revolución Húngara no fue sólo una revolución nacional, de la misma manera el descontento en China no se confinó a sus fronteras. Ambos acontecimientos marcan un hito histórico que cambió la dirección en el desarrollo mundial, así como en las relaciones de clase en el seno de las sociedades capitalistas.

El año de 1956 abrió una nueva época en el mundo en la lucha por la libertad. Comenzó con el llamado de Jruchov en febrero a la “desestalinización”. Tenía la esperanza de que esto garantizaría el freno del desasosiego revolucionario. El año terminó con la Revolución Húngara que mostró, sin lugar a dudas, que lo que los luchadores de la libertad querían era liberarse del comunismo.

En febrero de 1957, Mao todavía tenía la certeza de que podía actuar como el “sol”²⁶¹ benévolo que permitiría la existencia de las “cien escuelas

²⁵⁹ Declaración del Ministro de Guerra chino a Sam Watson del Partido Laboral Británico, citado en *Times*, 1ro. de diciembre de 1958.

²⁶⁰ Citado por Thomas Perry Thorton en su “Peking, Moscow and the Underdeveloped Areas”, en *World Politics*, Julio de 1961.

²⁶¹ Los niños chinos tienen que aprender los versos siguientes:

de pensamiento en contienda”. El pueblo chino “floreció y antagonizó” tan vigorosamente que expusieron la contradicción, la viva y antagónica contradicción entre gobernantes y gobernados, señalando así la mentira que Mao alegaba de ser el exponente de la teoría marxista de liberación.

El increíble fanatismo y ceguera de la burocracia frente a la realidad y a la lógica significaba que todo tenía que adecuarse a su mundo. Si la gente no podía ser “remodelada” para adecuarse, tendría que ser destruida. Enfrentamos ahora la realidad más palpable e inflexible, lo que el gran filósofo alemán Hegel había llamado “la absoluta y universal inversión de la realidad y del pensamiento, su completa enajenación una del otro”.²⁶² Esto lo dijo al analizar el abstracto desarrollo filosófico del “Espíritu de autoenajenación”.

El breve periodo de abierta disputa en China, desde el 8 de mayo a mediados de junio de 1957, arroja luz tanto sobre la disputa chino-soviética como sobre la lucha fundamental de China y Rusia contra los Estados Unidos. La cuestión de vida o muerte de la guerra y la revolución, es enfocada a partir de ahí. A pesar de que el derecho a la libertad de expresión duró poco en China y a pesar de que las fuentes oficiales²⁶³ nunca revelaron el grado de oposición que había, la verdadera corriente de libertad atravesó sus fronteras así como las barreras del lenguaje. De la misma manera en que los luchadores libertarios de Hungría hablaron en un lenguaje más universal que el *magiar* y el idioma *swahili* de los revolucionarios africanos es comprendido por todos, por las mismas razones nos sentimos unidos a los chinos. Todos ellos hablan el lenguaje humano de la libertad. Escuchemos las voces de la rebelión.

2) Las voces de la rebelión.

“Mao Tse-tung es como el sol.

Es mas brillante que el sol...”.

Y un gobernador chino salió con éstos:

“El sol sólo brilla de día, la luna brilla sólo de noche.

Sólo el Presidente Mao es el sol que jamás se pone”.

(Citado por Ygael Gluckstein en *Mao's China*).

²⁶² *Fenomenología del espíritu*, p. 322.

²⁶³ El libro indispensable para el lector en lengua inglesa es *The Hundred Flowers Campaign and the Chinese Intellectuals*, por Roderick MacFarquar (Stevens and Sons Limited, Londres; Frederick A. Praeger, Nueva York). Contiene un mínimo de comentarios y un máximo de traducciones de fuentes oficiales chinas. Todas las citas que se utilizan aquí son de ese libro.

Lin Hsiling, edad 21 años: “El verdadero socialismo es altamente democrático, pero el socialismo que tenemos aquí no es democrático. Yo llamo a esta sociedad un socialismo surgido de una base del feudalismo”. *El Diario del Pueblo* del 30 de junio, continúa: “Los llamó (ciertos fenómenos en la vida de nuestra sociedad) un sistema de clase, diciendo que este sistema ya había penetrado todos los aspectos de la vida... dijo con segunda intención que las fuerzas sociales productivas en la Unión Soviética y en China eran muy bajas y que estos dos países todavía no habían eliminado las diferencias de clase... Más aún, citando la teoría de Engels de que un país no puede construir el socialismo y el dictado de Lenin de que el socialismo es la eliminación de las clases, llegó a la conclusión de que la China y la Rusia actuales no son socialistas. Exigió en voz alta, una búsqueda del ‘verdadero socialismo’ y abogó por medidas explosivas para reformar el sistema social actual”.

Chang Posheng, jefe del Departamento de Propaganda de la Liga de las Juventudes Comunistas en la Escuela Normal de Shenyang: “Todas las cuestiones importantes son decididas por seis personas: el Presidente Mao, Liu Shao-chi, el Premier Chou En-lai y los que tienen rango superior al de Secretario General del Partido. El destino de seiscientos millones de personas se dicta por la pluma de estos seis hombres y ¿cómo pueden ellos saber la situación real? Cuando mucho, podrán hacer una gira de inspección al Río Amarillo y nadar en el Yangtze”. (Diario *Sehnyang*, 11 de junio).

“Desde el año pasado, los trabajadores de la provincia han emprendido trece huelgas e incidentes que han causado problemas”. (Reporte por la Agencia de Noticias *Nueva China*, en Cantón, el 14 de mayo.)

Los sindicatos fueron llamados “portavoces de la burocracia”. “Los sindicatos fueron echados a un lado porque lo que les interesaba era la producción y no el bienestar de los trabajadores... por eso algunos trabajadores de Cantón, Changsha, Wuhan, Hsingsiang y Shikiachwang llamaron a sus sindicatos ‘departamentos de control de los obreros’ dirigidos por la administración, ‘portavoces de la burocracia’ y ‘cola de la administración’, etc. ¿No es acaso una ‘crisis’ en el trabajo sindical el que los sindicatos estén divorciados de las masas a tal grado?” (Tomado de Li Feng: “En una gira de 8000- li de observaciones apresuradas”, *El Diario del Pueblo*, 9 de mayo).

Ko Peichi, conferencista, Departamento de Economía Industrial, Universidad Popular de China, en Pekín: “Cuando el partido comunista entró a la ciudad en 1949, el pueblo le dio la bienvenida con comida y bebidas y lo veía como una fuerza benévola. Hoy día la gente del pueblo prefiere apartarse del partido comunista como si sus miembros fueran

dioses y demonios... los miembros del partido se comportan como policías en traje de civil y vigilan a las masas. A los miembros del partido no puede culpárseles por esto, porque es la organización del partido la que les da instrucciones para recabar información... Las masas pueden tirarlo a uno, matar a los comunistas y derrocarlo a uno. La caída del partido comunista no significa la caída de China. Esto no puede calificarse de antipatriótico porque los comunistas han dejado de servir al pueblo...” (Tomado de un informe de *El Diario del Pueblo*, del 31 de mayo).

Huang Chen-lu, editor del periódico de la Escuela Normal de Shenyang: “El partido comunista tiene doce millones de miembros, menos de 2% de la población total. Los seiscientos millones de gente habrán de convertirse en los obedientes súbditos de este 2% del pueblo. ¡Qué clase de principio es éste!” (Reporte del diario Shenyang, 11 de junio).

Su Peiyng, de la Liga Democrática China, ingeniero del Consejo Civil de Diseño de Casas: “Cuando los comunistas entraron a Tientsin por primera vez, dijeron que era una revolución y que nuestra revolución no era un cambio de dinastías. Tal como lo veo ahora, la revolución fue peor que un cambio de dinastías y vivir en una sociedad así rompe el corazón”. (Reporte de la Agencia de Noticias Nueva China, del 9 de junio).

Lung Yun, vicepresidente del KMTRC.²⁶⁴ “Durante la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos otorgaron préstamos y créditos a sus aliados. Después, algunos de estos aliados se rehusaron a pagar los préstamos y los Estados Unidos excusaron a algunos y los eximió del pago. A nuestro país le tomará más de diez años pagar los préstamos de la Unión Soviética, si es que podemos pagarlos algún día. Además, tenemos que pagar intereses a la Unión Soviética. China luchó por el socialismo, pero miren el resultado”. (Reporte de la Agencia de Noticias *Nueva China*, del 18 de junio, bajo el título “Opiniones Absurdas de Lung Yun”).

Tai Huang, periodista de la Agencia de Noticias Nueva China, quien se incorporó al Partido Comunista en 1944: “La antigua clase gobernante a sido derrocada, pero una nueva clase gobernante ha surgido. La evolución de ésta conducirá a una fusión con Taiwán”. NCNA, Pekín, el 17 de agosto, continúa su reportaje: “Después del surgimiento del incidente húngaro, Tai

²⁶⁴ Comité Revolucionario del Koumingtang. Al igual que todos los partidos a los que se permite existir en China, tuvo que aceptar “el liderazgo del Partido Comunista Chino”. En el caso de Lung Yun, que nació en 1888 y fue miembro del Comité Central del Koumingtang, 1931-1949, pero fue expulsado de él por salirse del P.C.; con anterioridad se le habían otorgado altos puestos gubernamentales en la China comunista.

Huang desaprobó el envío de tropas soviéticas para ayudar a Hungría a suprimir la rebelión contrarrevolucionaria... Él calumnió a las empresas periodísticas del pueblo, calificándolas de ‘una política para mantener al pueblo en la ignorancia’. Atacó maliciosamente a los líderes de la Agencia de Noticias Nueva China en todas partes”.

NCNA, Cantón, mayo 14: “El Comité de Kwantung del Partido Comunista ha denunciado, con valentía y profundidad, las contradicciones que se han encontrado en la actividad actual en Kwantung... las contradicciones entre la directiva y las masas. Estas encuentran su máxima expresión en la conducta antidemocrática de los cuadros, que lleva a la práctica de la coacción y el mando en el trabajo y a la violación de la ley y la disciplina. La negativa a hacer públicas las cuentas, ha permitido que muchos cuadros de las cooperativas caigan en prácticas corruptas. La falta de participación de los cuadros de las cooperativas en el trabajo manual y el pago de altas compensaciones a ellos, ha creado descontento e insatisfacción en las masas... Desde el invierno pasado, un total de 117,916 hogares se han separado de las cooperativas en la provincia, en diferentes ocasiones. Actualmente, 102,149 han regresado”.

De repente, seis semanas después de que empezaron los foros abiertos, los gobernantes comunistas pusieron alto abruptamente a la campaña de las “cien flores”. Era el sentir de que en vez de cien flores habían encontrado mil hierbas malas y “desde luego”, las malas hierbas deben desenraizarse. El sendero que había conducido a estas seis semanas fue tortuoso. El discurso original de Mao: “Dejen que florezcan cien flores y que contienda cien escuelas de pensamiento”, que había sido pronunciado en mayo de 1956 y estaba dirigido solamente a los intelectuales, nunca se había publicado. Sin embargo, la restringida libertad se expandió. China se vio confrontada con huelgas de estudiantes y de trabajadores. Mientras tanto, el “deshielo” de Hungría se había convertido en una revolución completa. Mao pensó que todavía podía restringir el “deshielo” chino ajustando las limitadas libertades a la maquinaria de la dominación por un sólo partido. Con ese motivo, el 27 de febrero de 1957, pronunció un nuevo discurso: “Sobre el manejo correcto de las contradicciones entre el pueblo”. Redefinió la “contradicción” (la tesis favorita de Mao) hasta que ese vocablo y el de libertad perdieran todo significado. Llegó a redefinir al “pueblo” de manera que o bien se era “pueblo” o “enemigo”. Mao puso tantas limitaciones a las contradicciones permisibles que el “florecer y contender” se diluyeron. Sin embargo, incluso entonces, se sintió en la obligación de introducir tantas “adiciones” al texto de su discurso que cuando salió finalmente publicado, “el manejo correcto de las

contradicciones”, el 18 de junio de 1957, pronto se convirtió en una implacable cacería de “derechistas”, terminándose en forma abrupta y brutal el derecho a la libre expresión.

Ya sea que tomara la forma de una abierta ejecución, como en el caso de los tres líderes estudiantiles de Hanyang, que fueron colgados ante los ojos horrorizados de diez mil personas; o que tomara la forma de mandar a “los derechistas e intelectuales” a trabajar al campo, o a la prisión, el trauma causado por el típico aplastamiento de la oposición por el Estado totalitario no terminó ahí. Lejos de replegarse frente a la extensa oposición, Mao pronto desató una tormentosa oleada llamada “las comunas populares”.

3) “Las comunas populares”

La primera “comuna modelo” se había iniciado en abril de 1958 y fue llamada “*Sputnik*”. El nombre no fue elegido al azar. El lanzamiento del *Sputnik* ruso en octubre de 1957 produjo dos reacciones muy diferentes en Jruchov y Mao. El primero sabía que la “superioridad” de Rusia sobre los Estados Unidos no era “total”, sabía, también el precio de haber aplastado la Revolución Húngara y volver a tener bajo control ruso a toda la Europa oriental. Al mismo tiempo, los mil millones de dólares²⁶⁵ de créditos a corto plazo para la Europa oriental impedían seguir dando la ayuda en dosis masivas que le había venido otorgando a China. Sobre todo, la Revolución Húngara subió por los cielos no sólo el plan estatal húngaro, sino que también minó el plan quinquenal ruso. Este fue recortado y Jruchov empezó a pensar en algún comercio considerable, a base de un préstamo a largo plazo, con los Estados Unidos. Por lo tanto, el Manifiesto de los partidos comunistas gobernantes, de noviembre de 1957, de ninguna manera se limitaba a conjurar el “revisionismo”. También reafirmaba la línea de “coexistencia pacífica”.

Mao, quien estuvo presente, pensaba de otra manera. El creía que el *Sputnik* había producido un cambio de dirección en el equilibrio de poderes a nivel mundial; que la órbita comunista ya podría empezar a emprender pequeñas guerras, “guerras justas” y todo tipo de aventuras para mofarse

²⁶⁵ Véase *The Sino-Soviet Dispute*, documentada y analizada por G. F. Hudson, Richard Lowenthal y Roderick MacFarquar. Véase también *The Sino-Soviet Conflict, 1956-1961*, por Donald S. Zagoria, Princeton University Press, 1962; y *The New Cold War: Moscow V. Peking*, por Edward Crankshaw, Penguin Books, Middlesex, Inglaterra, 1963.

del imperialismo norteamericano. Aunque firmó la “declaración unánime”, decidió un dramático alejamiento no sólo de los Estados Unidos, sino también una vía corta y sensacional para tratar de sobrepasar al comunismo ruso. Esta ilusión de Mao tomó vuelo gracias a una generosa cosecha y también contribuyó a reforzar su jactanciosa confianza en que podría sobrepasar a la ciencia militarizando el trabajo.

Lo que “las comunas populares” de Mao sobrepasaron con mucho fue el dictado de Stalin de “liquidar a los *kulaks* como clase”. En estas “comunas”, todos los campesinos –de la población de China de unos seiscientos cincuenta millones, no menos de quinientos millones son campesinos– habían de ser hacinados como reses en una especie de barracas en donde funcionarían, “de acuerdo con líneas militares”, trabajando desde el amanecer hasta el anochecer. Después de la comida (6 o 7 p.m.) tenían que asistir a reuniones, o trabajar en el campo, o en la construcción, o en los “molinos” de acero, o en cualquier lugar a donde fueran designados a trabajar. Entonces Mao planeó la organización de las “comunas” en las ciudades. Esta regimentación y militarización total del trabajo fue llamada “movilización de masas” o “línea de masas”. Según Mao, desencadenaría fuerzas productivas tan vastas que en una década cumplirían lo que Rusia hizo en cuatro décadas. Más aún, la fantasía continuó, irían “sin interrupción” hacia el comunismo.

El Estado totalitario tenía tanta prisa que en ocho meses prepararon ciento veinte millones de casas para campesinos hacinados –en lo que anteriormente eran setecientas cuarenta mil cooperativas agrícolas de ciento sesenta familias cada una– en veinticuatro mil “comunas populares”, con un promedio de cinco mil familias cada una. A esto le llamaron “liberar” a decenas de millones de mujeres de los quehaceres domésticos. Tenían que trabajar al lado de sus hombres en los campos a tiempo completo; sus hijos fueron llevados a guarderías, separándolos de los padres. Los parientes viejos fueron llevados a los “felices hogares de ancianos”. Se comía afuera en comedores públicos, donde las mujeres que habían sido “liberadas” de los quehaceres domésticos tenían que cocinar para aproximadamente ocho mil personas en vez de para una familia.

“Las comunas populares”, estipulaba la Resolución del Comité Central del Partido Comunista Chino, “son la combinación de los asuntos de la industria, de la agricultura, el comercio, la educación y lo militar dentro de la esfera de su actividad”.²⁶⁶

²⁶⁶ *Communist China Digest*, 2 de mayo de 1960.

Pretenciosamente se decía que se había producido acero en las granjas. En realidad sólo lingotes de hierro de baja calidad –llenos de rebaba y sin utilidad para los molinos de acero– llegaron a producirse a costa de transportar el metal en bruto a los hornos primitivos de las granjas. Al final, Pekín tuvo que admitir que en 1958 no menos de 3.08 millones de toneladas de “hierro producido en las localidades” no servían para propósitos industriales. En vez de desencadenar vastas fuerzas productivas, todo lo que desencadenó la “línea de masas” fue espaldas dolientes y miserables condiciones de vida y de trabajo en las barracas. El caos, la desorganización, las condiciones de vida intolerables, las relaciones inhumanas y la simple fatiga obligaron a la burocracia totalitaria a hacer una pausa y proclamar benévolutamente que “diez o doce horas de trabajo eran suficientes”; que la gimnasia y las reuniones no debían tomar todo el tiempo restante ya que “la gente debe dormir ocho horas”. Persistía la decisión por el reconocimiento de la libertad personal. Por lo tanto, un nuevo dictado: “Los miembros de la comuna están guiados para llevar una vida de colectividad. Cada persona debe trabajar diez horas y dedicarse al estudio ideológico dos horas diarias. Tienen derecho a un día de descanso cada diez días... El Partido Comunista Chino declara que todos los miembros son libres de usar su tiempo como mejor les plazca después de las diez horas de trabajo y dos horas de estudio ideológico diario; que los esposos pueden tener un cuarto separado; que los miembros del partido tienen permiso de hacer té y otros refrescos en sus propios cuartos; y que las mujeres miembros pueden emplear su tiempo libre para hacer zapatos y remendar ropa... Los miembros de la comuna han recibido con entusiasmo las pequeñas libertades personales que les otorgó el Comité del Partido Comunista Chino”. (Tomado de la Agencia de Noticias *China Nueva*, el 20 de noviembre de 1958).

Mientras que nunca se desarrollaron las comunas como la forma de producción en la industria, se alegó que la industria había alcanzado sus metas de producción “con tanta anticipación” que se podía llamar a una pausa. Una vez más tuvo que reconocerse que mientras que la industria es “el líder”, la agricultura sigue siendo “la base”. No hay duda de que se hizo algún progreso, si la medida del progreso no considera la manera de vivir de la gente, sino sólo la manera en que se desarrolla la industria. Los proyectos de irrigación fueron construidos con trabajos forzados y la tasa de crecimiento industrial sobrepasó con mucho la de otro país asiático: la India.

Cualquiera que fuera la atracción que pudieran tener para los países subdesarrollados las metas fantásticas establecidas para 1958 –si es que la

ingenuidad de pensar que organizar a las masas como soldados y hacerlas trabajar horas interminables iba a producir la industrialización de la noche a la mañana, si los cínicos no fueron capaces de retirarse de la “vida comunal” que carecía de vida sexual y de amor, e implicaba hacinarse en las salas públicas para comer después del trabajo—, las actuales condiciones de hambre obligaban a una reconsideración. He aquí las cifras:²⁶⁷

	Primeras cifras de producción 1958	Cifras revisadas de producción 1958
Acero (millones de toneladas métricas)	11.08	8.00
Grano (millones de toneladas métricas)	375.00	250.00
Algodón (millones de toneladas métricas)	3.32	2.1

No se ha publicado ninguna estadística actual de la agricultura,²⁶⁸ sin embargo se sabe que mientras se ha mantenido la palabra “comuna”, es la brigada de producción realmente, más que toda la comuna, la que se ha convertido en la unidad operacional. La gran brigada de producción incluye de doscientas a trescientas familias, el equivalente de lo que eran las cooperativas agrícolas o una aldea grande y la pequeña brigada de producción consiste sólo de cuarenta familias. Mientras que las grandes brigadas de producción tienen el derecho de propiedad, las pequeñas brigadas de producción tienen el derecho de empleo de la fuerza laboral, de la tierra, de los animales de tiro y de las herramientas y el equipo de trabajo.

El “nuevo” método de trabajo sigue las líneas del Primer Plan Quinquenal modelado por los rusos, más que de los planes programados en el “Gran Paso hacia Adelante”. La culpa se la echaron a los que no fueron capaces de comprender y por lo tanto necesitan de una nueva campaña de rectificación ya que hay quienes “se han aprovechado de las dificultades

²⁶⁷ Consúltese el capítulo III: “Economic Development”, *Communist China and Asia*, por A. Doak Barnett, Harper Brothers, Nueva York, 1960; *Mao's China* por Ygael Gluckstein, Allen and Unwin, Londres, 1957. Véase también de Chao Kuochun, *Economic Planning and Organization in Mainland China, 1949-1957*.

²⁶⁸ Uno de los mejores libros sobre agricultura es *Agrarian Policy of the Chinese Communist Party, 1921-1959*, por Chao Kuochun, Asia Publishing House, Nueva Delhi, 1960.

creadas por las calamidades naturales y los problemas en el trabajo de nivel básico para realizar actividades destructivas”.

La consigna es: “Reformar a algunos camaradas que están sumamente despreocupados de los detalles que no están dispuestos a comprender y con frecuencia no tienen ninguna idea de las condiciones globales, sin embargo dirigen la producción”. El “nuevo” principio tiene todo el tono del pago a destajo con sudor: “El principio de intercambio a precios justos, la distribución de acuerdo con el trabajo; a mayor trabajo, mayores salarios”.²⁶⁹

Sin embargo, no debemos pensar que el reconocimiento de la necesidad de incorporar la tecnología, o la necesidad de concentrarse en la producción agrícola, o la necesidad de “especialistas” y “la disminución de los costos de producción”, signifique el abandono de “la triple bandera” de los comunistas chinos, es decir: la construcción socialista, el “Gran Paso Adelante” y la “comuna”.

La pretensión de que es posible que las zonas subdesarrolladas pasen ininterrumpidamente de la industrialización al “comunismo” estaba dirigida al mundo afroasiático y que la “línea de masas” puede lograr mayores milagros que la ciencia avanzada, también.

Jruchov no tuvo que esperar dos años a que se publicaran las cifras revisadas de los logros del “Gran Paso Adelante”, para darse cuenta del absurdo del llamado desarrollo simultáneo de la agricultura y la industria en un país que no tenía ninguna tecnología avanzada. Tampoco apreció el intento de Mao de transformar la fantasía en una “teoría” para probar la superioridad de la vía china sobre la vía rusa, más ardua y larga hacia el “comunismo”. Sin embargo, el rompimiento vino no en la cuestión de la “comuna”, sino cuando Mao trató de decirle cómo conducir la lucha contra los Estados Unidos. Él ignoró la oposición de Mao a su reunión con Eisenhower y aterrizó en los Estados Unidos el 15 de septiembre de 1959. El “espíritu de *Camp David*” para una conferencia cumbre se acató hasta el incidente del avión espía U-2 en mayo de 1960. Es verdad que estas consideraciones de política de poder y no de diferencias teóricas, son las razones básicas para las diferentes interpretaciones de Moscú y Pekín sobre la guerra y la revolución. Sin embargo, las fuerzas objetivas que obligan a estas diferentes interpretaciones de ninguna manera se agotan señalando las políticas de poder obviamente en juego. Las “teorías” de Mao y de Jruchov

²⁶⁹ Citado por H. F. Schurman en su “Peking Recognition of Crisis”, *Problems of Communism*, septiembre-octubre, 1961.

tienen fundamentos tan objetivos como sus políticas de poder. Por lo tanto es necesario rastrearlas hasta sus fuentes.

B. La dialéctica del pensamiento de Mao desde la derrota de la revolución de 1925-1927 hasta la conquista del poder

“...en lugar de la rebelión aparece la arrogancia”.

Hegel

Condiciones diferentes producen diferentes modos de pensar. La larga lucha de veintidós años por el poder desde la derrota de la Revolución China de 1925-1927 hasta que Mao asumió plenos poderes en la China continental en 1949, determinó la dialéctica del “pensamiento de Mao” como un corolario de la serie de revisiones básicas que Stalin había hecho al marxismo y que terminó en la total transformación en su contrario: el monolítico poder estatal unipartidista del comunismo totalitario. A este último y no al marxismo, Mao hizo dos contribuciones originales:

1) El papel del ejército, dentro y fuera del poder del Estado y 2) “La reforma del pensamiento”, es decir, un lavado de cerebro que como el apéndice natural a su “política de las cuatro clases”, se aplica igualmente a todas las clases. Estas son las premisas subyacentes en todas las acciones y escritos de Mao, incluyendo los dos ensayos citados oficialmente para probar la “originalidad del pensamiento de Mao como marxismo creativo”: *Sobre la práctica* y *Sobre la contradicción*. No debemos olvidar que la transformación en su contrario no es sólo una cuestión académica, sino que tiene fundamentos objetivos. Para captar la ideología que está en su origen, sin embargo, no podemos empezar con la conquista por Mao del poder en 1949 y mucho menos con el conflicto chino-soviético comenzado en 1958. Su verdadero comienzo es la derrota de la Revolución de 1925-1927. En efecto, Mao data la Revolución China desde su derrota porque fue entonces, según él, que la “guerra revolucionaria” se inició. En este caso estamos dispuestos a seguir el método de Mao de remontarse atrás en las fechas porque fue ahí donde empezó su debilitamiento del marxismo.

1) Derrota de la revolución

La derrota de la Revolución China de 1925 a 1927 significó la derrota del campesinado y también del proletariado. Sin embargo, mientras el proletariado no pudo escapar a la venganza contrarrevolucionaria de

Chiang en las ciudades donde se centraba su poder estatal y militar, de prisiones y policía, era posible encontrar algún refugio en los campos montañosos de las vastas tierras chinas.

Seguramente en sus tempranas fugas de las interminables “campañas de exterminación” de Chiang, Mao debe haber decidido que la nobleza guerrera no es ningún rasgo accidental de la vida china y que “el poder de las masas” debe coordinarse también con el poder militar. La guerra de guerrillas y no la revolución campesina, pronto se convirtió en una teoría. El Ejército Rojo y no los campesinos pobres, se convirtieron en la nueva realidad que abrazaba todo: lo político y lo militar, lo filosófico y lo económico. El partido, armado militarmente, se ganó el apoyo del campesinado cuando se ocupaba un pedazo de tierra y se propiciaba la reforma agraria. Pero si tenía efectivamente o no tanto apoyo, su control militar sobre una zona le daba al partido poder estatal sobre el campesinado. Este es el elemento de “quintaesencia”. La teoría puede esperar.

Esta es la razón por la que Mao no convirtió su original y conmovedor escrito sobre la espontánea revuelta y organización campesinas: *Informe sobre una investigación del movimiento campesino en Hunan* (en febrero de 1927), en una teoría del papel del campesinado en la revolución”.²⁷⁰ Mao no tenía ningún desacuerdo con la política de Stalin de “el bloque de las cuatro clases” que contribuyó considerablemente a la derrota de la revolución. A pesar de su fervor revolucionario cuando describe las acciones revolucionarias reales del campesinado, el *Informe* de Mao describe las divisiones de la sociedad en términos de “aristócratas buenos” y “aristócratas malos”, los “funcionarios corruptos” y “los honestos” y habla de “un nuevo orden democrático”, no de una revolución social ni de una nueva sociedad sin clases.

Las revueltas campesinas que han caracterizado a toda la historia china desde antes de Cristo, también caracterizaron profundamente a la Revolución de 1925-1927. Pero el “Ejército Rojo” de Mao, que surgió después de la derrota de la revolución, incluyendo al campesinado de Hunan, no surgió de ningún movimiento campesino espontáneo a gran escala. Todo lo contrario. “El Ejército Rojo no tenía el apoyo de las masas.

²⁷⁰ El informe está incluido en *A Documentary History of Chinese Communism*, por Brandt, Schwartz y Fairchild, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1952. Véase también *Soviet Russia and the East, 1929-1927*, un estudio documental por X. J. Eudin y Robert C. North, Stanford University Press, 1957.

Y en muchos lugares incluso, era atacado como una banda de bandidos”.²⁷¹ Cuando se le preguntó si su ejército no había incorporado a algunos *lumpen* proletarios e incluso algunos jefes de bandidos, la respuesta de Mao fue característica, es decir, práctica: Eran excelentes combatientes. El ejército permaneció disciplinado y en acción. Para la época de la cuarta campaña de exterminación de Chiang, fue capaz de la histórica hazaña militar: la larga marcha fenomenal que comenzó en octubre de 1934 por los vastos territorios de China extendiéndose a más de once mil kilómetros.

Lo que se olvida relatar de esta hazaña, sin embargo –dejo a un lado el papel decisivo de Chu Teh porque no cambia el carácter del maoísmo–, es que la larga marcha también significó compases de espera; conquista de aldeas; adquisición de alimentos por cualquier medio y el método final de establecer el poder cuando se constituía como la supuesta “República Soviética”. Las llamadas zonas soviéticas siempre coincidían con la esfera de acción del Ejército Rojo, incluyendo el establecimiento del “*soviet*” desde arriba, por el Partido Comunista Chino. Una cosa es clara e indiscutible y absolutamente nueva: nunca antes un líder marxista había formado un ejército en el cual no hubiera movimiento de masas y que al territorio que ocupaba lo llamara una “República Soviética”.

Las correrías por razones de seguridad, la necesidad de sobrevivir, la necesidad de protección, habrían de elevarse a una “teoría de la revolución”. No sólo eso, cada aspecto de esta supervivencia se transformó mucho. Por ejemplo, en los primeros años de su carrera, Mao era despiadado con sus adversarios, más brutal contra opositores revolucionarios que contra Chiang Kai-shek. Así, Li Lisan, que trató de basarse en principios de proletariado urbano y algunos de marxismo revolucionario tuvo que ser destruido. De esta manera, Mao liquidó al *Soviet* Kiangsi que en 1930, trató de establecerse en la ciudad. Tal y como él mismo lo expresara a Edgar Snow, los rebeldes fueron “desarmados y liquidados”.²⁷² De esta manera Mao llevó a cabo lo que el contrarrevolucionario Chiang Kai-shek logró con la derrota de la Revolución de 1927: el divorcio físico entre el partido y la clase trabajadora.

²⁷¹ Del *Boletín Militar del Comité Central*. Shangai, citado por Harold Isaacs en *The Tragedy of the Chinese Revolution*, edición de 1938.

²⁷² Edgar Snow, *Red Star Over China*. Consúltese también *Stalin's Failure in China, 1924-1927*, por Conrad Brandt, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1958.

El repitió esto en 1936, cuando tomó medidas para “liquidar” a Chang Kuo-tao,²⁷³ quien se opuso a sus “soviets de campesinos”. Mao siguió la misma política después de su nuevo frente unido con Chiang en la guerra contra Japón, cuando se enfrentó a los trotskystas que representaban un “tercer frente” o un “frente Lenin”. En efecto, él los calificó de “enemigo principal”, lo cual quería decir que luchar contra ellos tenía prioridad sobre la lucha contra Chiang o contra Japón.

La lucha contra “los dogmáticos” caracterizó a Mao tanto en la acción como en la teoría, antes y después del poder. No se sentirá el menor indicio de pelea contra los “revisonistas” hasta que Mao tiene que pelear con Jruchov por el poder dentro del mundo comunista y de pronto encuentra necesario aparecer “ortodoxo”. La pretensión de ortodoxia está estrictamente limitada al mundo exterior a China. Puesto que lo concreto allí desmiente la pretensión de ortodoxia, el énfasis se pone en las “contribuciones originales” de Mao. Originales lo son en verdad, ciertamente no tienen nada que ver con el marxismo, como se vio una y otra vez en su trayectoria hacia el poder. Su ataque a las ciudades por los flancos lo combinaba con su llamamiento a los trabajadores de no rebelarse sino de continuar la producción y permanecer en el trabajo mientras él “tomaba las ciudades”.

La “ortodoxia” de Mao tiene algo más que un matiz de “originalidad”, ya que se siente obligado a transformar su ruta hacia el poder en una teoría universal aplicable a todos y especialmente a los países subdesarrollados. Así, un reciente artículo en Hongqi (Bandera Roja), número 20-21, de 1960, titulado “Un resumen básico de la experiencia adquirida en la victoria de la Revolución Popular China”, declara una y otra vez que el camino del poder era el establecimiento de “pequeñas bases revolucionarias en zonas rurales”, el ir convirtiendo “unas cuantas” de estas zonas en “muchas” hasta ir rodeando “las ciudades por las zonas rurales, hasta la toma final de las mismas”.

Y una vez más: “El Presidente Mao Tse-tung sostuvo que por encima de todo, las bases del país que en un principio eran pequeñas en territorio y pocas en número debían mantenerse firmemente y expandirse y desarrollarse continuamente. De esta manera, sería posible acercarse a la meta de alcanzar el poder político a nivel nacional”.

Mao no enfatiza el papel del campesinado frente al de los trabajadores urbanos para darle al campesinado un papel especial en la revolución. Al

²⁷³ *Chinese Communism and the Rise of Mao*, por Benjamin Schwartz. Véase también Robert North, *The Koumingtang and the Chinese Communist Elites*.

contrario, denigra los primeros *soviets* campesinos en China, de los cuales fue líder, pero aun no el líder indisputado. He aquí cómo analizó ese periodo: “De ninguna manera debemos permitir que se recurra a políticas ultraizquierdistas tan erróneas como las adoptadas frente a la pequeña y mediana burguesía por nuestro partido en el periodo de 1931 a 1934 (la proclamación de altos niveles en las condiciones de trabajo que resultaron antieconómicos, impuestos excesivamente altos,... la visión unilateral y sin perspectiva del llamado ‘bienestar de los obreros’, en vez de hacer nuestro principal objetivo el desarrollo de la producción, la prosperidad de nuestra economía, el tomar en cuenta los intereses públicos y privados y los beneficios del trabajo y del capital)”.²⁷⁴

Mao lanzó su nueva política asegurando la liberación de Chiang Kai-shek después de que sus propios subordinados del Kuomintang lo secuestraron a él en Sian, en diciembre de 1936. Entonces Mao reinstaló a Chiang como jefe de las fuerzas nacionales unidas. He aquí lo que esto significaba:

“Nuestra política es descansar en los campesinos pobres y mantener una alianza estable con los campesinos medios con el fin de destruir el sistema de explotación feudal y semifeudal por parte de la clase terrateniente y el viejo tipo de campesinos ricos. La tierra, las propiedades que los terratenientes y los campesinos ricos reciben, no deben exceder a aquellas que recibe la masa campesina. Pero tampoco debe repetirse la errónea política ultraizquierdista llevada a cabo entre 1931 y 1934, la llamada política de ‘No distribuir nada de tierra a los terratenientes y, la tierra pobre para los campesinos ricos. Es necesario escuchar la opinión de los campesinos medios... si ellos no están de acuerdo, deben hacerse concesiones’”.²⁷⁵

Y otra vez: “Ya hemos tomado la decisión de no confiscar la tierra de los campesinos ricos... no vamos a confiscar la propiedad ni las fábricas de los grandes y pequeños comerciantes y capitalistas. Protegemos sus empresas... Los intereses comunes tanto de los capitalistas como de los trabajadores están basados en la lucha contra la agresión imperialista... Lo que nosotros consideramos lo más importante es que todos los partidos y grupos nos traten sin animosidad y tengan en cuenta el objetivo de la lucha contra Japón para la salvación de la patria. De aquí en adelante,

²⁷⁴ Citado por John Kautsky en *Moscow and the Communist Party of India*, Technology Press of M.I.T. y John Wiley & Son, Nueva York, 1956.

²⁷⁵ *On the Present Situation and Our Tasks*, 25 de diciembre de 1947, Forcigri Language Press, Peking, 1961.

consideraremos sin importancia cualquier diferencia de opinión sobre otras cuestiones”.²⁷⁶

En una palabra, Mao “apoya” al campesino pobre, al campesino revolucionario, de la misma manera que una cuerda sostiene a un hombre en la horca. Sólo hasta después de la abrogación de la Ley de la Tierra de la primera “República Soviética” que había estipulado la confiscación de la tierra, sin compensaciones, de todos los terratenientes por encima del campesino medio –y sólo hasta después de la desintegración total del liderazgo proletario– fue que Mao, finalmente, se convirtió en el líder indiscutible del Partido Comunista Chino (1937).

El está “a favor” del campesino cuando quiere luchar contra el trabajador urbano. Está “a favor” del campesino pobre mientras se dirige contra el terrateniente que se le opone. Cuando necesita a los terratenientes como “parte de la nación” que se opone a Japón, les promete sus derechos e incluso les recoge la renta. Al único campesino que realmente apoya es al *ejército* campesino. De todos los comunistas en el poder, sólo los chinos incluyen en la lista al ejército, junto con el partido, como los dos instrumentos de poder. Puesto que se intentó presentar a Mao como “el líder revolucionario, el estadista y teórico del marxismo-leninismo más extraordinario de los tiempos modernos” presentándolo primero como “el filósofo” que escribió *Sobre la práctica*²⁷⁷ y *Sobre la contradicción*²⁷⁸ nos dirigimos a los que así lo presentaron.

2) La “filosofía” del periodo de Yenán: Mao pervierte a Lenin.

“Nos oponemos a los ‘intransigentes’ de las filas revolucionarias... Nos oponemos a la palabrería hueca de la ‘izquierda’”.

Mao Tse-tung

El drástico cambio del primer periodo “soviético” (1928-1934) al segundo (periodo de Yenán, 1935-1945), fue cuestionado naturalmente por muchos comunistas. Cuando algunos miembros de su “Ejército Rojo” calificaron de

²⁷⁶ Discurso ante los miembros de la “Liga de salvación de toda China”, citado por Isaacs, *ibid.*

²⁷⁷ International Publishers, s/f. A juzgar por las notas de referencia que llegan hasta el año de 1949, este folleto se publicó probablemente en 1950.

²⁷⁸ International Publishers, Nueva York, 1953; Foreign Language Press, Peking, 1961.

“contrarrevolucionaria” la conciliación con el ejército regular de Chiang, Mao replicó que eran “dogmáticos”. Esta lucha política caracteriza el periodo de la supuesta contribución original de Mao a la filosofía marxista.

El estudio objetivo ha suscitado considerable duda respecto de la fecha (1937) en que fueron escritos los ensayos *Sobre la práctica* y *Sobre la contradicción*; no fueron publicados hasta 1950-1952.²⁷⁹ Sin embargo, nosotros estamos dispuestos a aceptar la fecha oficial sin discutir porque, objetiva y subjetivamente, para ayer y para hoy, son tan maoístas que no importa que Mao les haya puesto una fecha anterior para hacerlos parecer futuristas o que los haya vuelto a escribir adaptándolos a su estilo actual. La cuestión es que para poder presentar la política de colaboracionismo de clase, Mao, evidentemente pensó que un ataque frontal contra los “dogmáticos” sería insuficiente. Por lo tanto, eligió la forma de “ensayos filosóficos”, tan llenos de abstracciones vacías que resulta difícil descubrir su tema o su propósito.

En el ensayo *Sobre la práctica* Mao escribe: “La epistemología del materialismo dialéctico... considera al conocimiento humano como inseparable de la práctica”. Si el conocimiento es inseparable de la práctica, bien pudo habernos dicho de qué práctica se trata. Pero no, Mao está ansioso de hacer que la reducción de la teoría a la “practicabilidad” aparezca basada en nada menos autoritario que los *Cuadernos filosóficos* de Lenin. Mao cita a Lenin: “La práctica es más que el conocimiento teórico”. Pero no nos dice que Lenin sólo estaba citando el análisis de Hegel de la relación entre la Idea Práctica y la Idea Teórica antes de que ambas se unan, como lo expresa Lenin, “precisamente en la teoría del conocimiento”.

Lejos de que la teoría se reduzca a la “practicabilidad”, Lenin afirma lo siguiente en la sección misma de la cual Mao citó una frase: “La conciencia del hombre no sólo refleja el mundo objetivo sino lo crea”. Puesto que esto precedía a la cita empleada por Mao, parecería imposible, incluso para un confucianista como Mao, haber malentendido tan totalmente su significado, a menos de que claro está, deliberadamente se hubiera propuesto tergiversar a Lenin. En todo caso, el mundo que el sofista Mao creó fue para un propósito tan bajo –exigir obediencia al nuevo frente unido con Chiang–, que uno vacila en dignificar los escritos con el calificativo de “filosofía”.

Sólo porque este tirano capitalista de Estado gobierna sobre seiscientos cincuenta millones de seres, está uno obligado a intentar un análisis de su “contribución original al marxismo”.

²⁷⁹ “How Original is Maoism?” por Arthur A. Cohen, en *Problems of Communism*, noviembre-diciembre de 1961.

Evidentemente, Mao no logró convencer a los que lo escucharon ni a sus lectores (no se especifica a quién) porque pronto se dedicó a otro “ensayo filosófico” dirigido una vez más contra los “dogmáticos”. Esta vez lo llamó *Sobre la contradicción*. Se dice que fue originalmente una conferencia en el Colegio Militar y Político antijaponés en Yenán, en agosto de 1937.

En *Sobre la contradicción* Mao empleó algunos ejemplos “prácticos”. Tiene cuando menos una virtud: muestra exactamente cómo tiene que describir su propio periodo de gobierno para “balancear” los errores de los “dogmáticos” en contra de los del *Kuomintang*. Resulta que sólo “después de 1927 (énfasis de la autora), el *Kuomintang* se volteó y se pasó a la dirección opuesta”, desde el periodo “revolucionario y vigoroso” del frente unido en 1925. La derrota de la Revolución China se le adjudica al “Chen Tuhsiuismo”, es decir, el revolucionario líder trotskysta, Chen Tuhsiu. Incluso la culpa de la pérdida de la “China soviética” (ahora llamada meramente “base revolucionaria”) no se le echa a las campañas de exterminio de Chiang, sino a los “errores del aventurerismo”.

“Desde 1935”, Mao continúa pomposamente en una fraseología pretenciosa sobre el significado filosófico de las “contradicciones”: “(el partido comunista) ha rectificado estos errores y ha conducido el nuevo frente unido antijaponés”. Se deduce que después del “Incidente de Sian en diciembre de 1936 (el *Kuomintang*) dio otro viraje” obviamente en la “dirección revolucionaria correcta”, puesto que una vez más integran un frente unido. En el ensayo *Sobre la contradicción* este colaboracionista de clase demagogo dice benévolutamente: “Nosotros los chinos decimos con frecuencia: ‘Los contrarios se complementan mutuamente’”.

Mao está penetrado hasta el tuétano de confucianismo. Es dudoso que sea siquiera consciente de que al hacerlo está pervirtiendo la teoría hegeliana-marxista del desarrollo a través de la contradicción. Visto en toda su profundidad por primera vez por Lenin en 1915, a medida que releía y hacía comentarios a la *Ciencia de la lógica* de Hegel, este desarrollo a través de la contradicción, de la transformación en los contrarios, ayudó a Lenin a ir a la raíz del colapso del marxismo establecido por la Segunda Internacional. Ciego frente a las oposiciones, contradicciones y antagonismos en desarrollo, Mao por otro lado, inventó una división “realmente original” en el concepto de contradicción que él llamó “aspecto principal de la contradicción”. Esta división entre “la contradicción principal” y “el aspecto principal de la contradicción” le permite a Mao hacer un picadillo tan absoluto de la filosofía como el que había hecho anteriormente de la historia. De esta manera resulta que bajo ciertas

condiciones, “incluso las contradicciones principales son relegadas temporalmente a un plan secundario o subordinado” y debido a “desarrollos desiguales” y “transformaciones mutuas”, la base económica se “subordina” mientras que “las reformas políticas y culturales se convierten en los factores principales y decisivos”. Tratando de compensar este subjetivismo insípido, Mao procede a decirle a sus lectores que los comunistas “naturalmente” siguen siendo materialistas ya que, “en conjunto”, ellos ven que “las cosas materiales determinan las espirituales...” Todo lo que puede decirse de semejante galimatías es lo que Kant dijo de “la prueba cosmológica”: que era “un perfecto nido de contradicciones carentes de pensamiento”.

Una persona que viajó recientemente a China citó las palabras de un secretario local del partido en Shensi: “A través del estudio de la teoría, comprendí claramente los principios de la revolución ininterrumpida y de la revolución por etapas y los apliqué concretamente a la cría de cerdos”.²⁸⁰ Tan carente de sentido como resulta esta frase del secretario local del partido, es la conclusión lógica de la premisa del “líder” de reducir la teoría a la “práctica”, obligando a los chinos a seguir su consigna de que “los dogmas son más inútiles que el estiércol”.

Sin embargo, antes de salir corriendo hastiados por las vulgaridades que se hacen pasar por “filosofía”, descartando precipitadamente aquello que la China totalitaria llama cariñosamente “el pensamiento de Mao”, tengamos presente su poder real. Recordemos también que cuando Mao hizo que el Partido Comunista Chino aceptara el nuevo frente unido con Chiang y echara a andar su principio de los “tres tercios” un tercio de miembros del Partido Comunista, un tercio del *Kuomintang* y un tercio de gente sin partido, para constituir el gobierno y la administración en las zonas comunistas, la lucha contra el Japón se hizo más fuerte. Esta fue la época en que los periodistas extranjeros visitantes, cuyo nivel cultural era mayor al de las cohortes de Mao, quedaron impresionados con sus “interesantes discursos sobre la cultura”. Decepcionados de la corrupción del *Kuomintang* y de su ineficacia para combatir al Japón, quedaron impresionados con los comunistas, no sólo en la lucha contra el Japón sino en la dedicación e interés que mostraban en “ir al pueblo”, es decir, establecer escuelas entre los campesinos en zonas apartadas y proceder con las reformas agrícolas. Otros, incluyendo muchos burgueses y terratenientes, se sintieron atraídos por el moderado programa agrícola y

²⁸⁰ Audrey Donnithorne, “Economic Development in China”, en *The World Today*, abril de 1961.

por lo tanto, muchos anticomunistas comenzaron a aceptar a los comunistas chinos como meros “reformadores agrícolas”. Mao no hizo ninguna contribución a la filosofía marxista y despojó a su política del contenido de clase. Pero ciertamente diseñó una ruta original hacia el poder. Es esto lo que debemos volver a enfocar desde otro aspecto, que él llamó: “las tres armas mágicas”.

3) “Las tres armas mágicas”

La racionalización de Stalin para transformar el Estado de obreros en una sociedad capitalista de Estado, recibió el nombre de “la construcción del socialismo en un solo país”. Se basaba en la suposición de que tal cosa era posible si Rusia no sufría ningún ataque desde el exterior. Para asegurar esto, Stalin transformó los movimientos comunistas del mundo en embajadas de defensa de Rusia. No les permitió jugar ningún papel de clase independiente. En el caso de China, se elaboró el “bloque de las cuatro clases” que efectivamente subordinaba al Partido Comunista Chino al *Kuomintang*, que había contribuido a la derrota de la Revolución de 1925-1927. El “bloque de las cuatro clases”, que fue el nombre con que se designó a la política del “frente unido”, se convirtió en la línea de pensamiento y acción de Mao tanto en su lucha por el poder como posteriormente.

Mao aplicó en el interior de China lo que Stalin había manejado para el exterior. Mao es un positivista. Es absolutamente un “mago” para ver elementos “positivos” en todas las clases. Esta cualidad le fue muy útil en su carrera por el poder y una vez que lo alcanzó, procedió a liquidar a “los capitalistas burócratas”, no a los capitalistas como clase; a los “nobles malos”, no a los terratenientes como clase. Se sintió absolutamente seguro de que era capaz de “remodelar” la mentalidad de los capitalistas y terratenientes. Es en este punto, donde sus “campañas de rectificación” difieren de las purgas de Stalin. Mao muestra tanta ceguera ante la realidad de las divisiones de clase que actúan en su gobierno, que cree en “un mundo de gran armonía” en el cual todas las contradicciones “se complementan entre sí”, naturalmente.

Un artículo reciente del Hongqi:²⁸¹ “El frente unido: un arma mágica del pueblo chino para alcanzar la victoria”, arroja más luz sobre el frente unido como la verdadera “filosofía” del concepto desclasado de “contradicción”. En verdad, es “el arma mágica” sobre la que descansa

²⁸¹ Traducido y publicado en *Peking Review*, 16 de junio de 1961.

Mao a lo largo de su desarrollo, tanto en el poder como fuera de él. Si Mao la convirtió en la línea de pensamiento y acción en 1937, el reciente artículo del órgano del Comité Central del Partido Comunista Chino prolongó su existencia hasta la fecha. Fue el “arma mágica” que surgió después de que consolidó el poder en la China Popular y en 1952, cuando inició su campaña de los tres “antis”: anticorrupción, antidesperdicio y antiburocracia. Prosiguió en su posterior campaña de los cinco “antis”: antisoborno, antievasión de impuestos, antirrobo de propiedad estatal, antitrampas en los contratos con el gobierno y antiapropiación de información económica para fines especulativos. Tanto mejor para lo referente al periodo en que trató de resquebrajar a los capitalistas privados y terratenientes a quienes había incorporado a la guerra antijaponesa y en que sentó las bases para el capitalismo de Estado en la base económica así como en la estructura política.

Después tuvo que extender su campaña contra el proletariado, campesinado e intelectuales que todavía creían que esto significaba un paso hacia el socialismo. La “campaña de rectificación de 1957-1958” no fue lanzada accidentalmente bajo la misma bandera “filosófica” de 1937, sólo que esta vez *Sobre la contradicción* se extiende a *Sobre el correcto manejo de las contradicciones entre el pueblo*. Simultáneamente, la palanca de gobierno del partido único está apuntalada sobre las “cien escuelas de pensamiento contendientes”.

Como peculiar matemático perenne, desde 1939 Mao había multiplicado la Única arma mágica convirtiéndola en “tres armas mágicas”,²⁸² sobre la base de la rica experiencia histórica del partido durante un periodo de dieciocho años: “el frente unido, la lucha armada y la construcción del partido son los tres problemas fundamentales de las tres armas mágicas del Partido Comunista Chino; sus tres armas mágicas principales para derrotar al enemigo en la Revolución China”.

Puesto que se supone que el líder del “bloque de las cuatro clases” es un revolucionario marxista, teniendo el poder del Estado, además de esas “tres armas mágicas”: “el frente unido, la lucha armada y la construcción del partido”, Mao recuerda que el papel que le corresponde es el de apoyar la revolución proletaria y el gobierno del proletariado. Para un hombre que controla las “armas mágicas” esta obligación no presenta el menor problema. “La dictadura democrática del pueblo” en China, dice Mao, funciona en efecto “bajo la dirección de la clase trabajadora”. ¿Cómo? Para el presidente del Partido Comunista –el único partido que gobierna China–

²⁸² *Ibid.*

es tan sencillo como brincar por un aro: el proletariado vive “a través del Partido Comunista”. Mao lo simplifica al sumar y restar las “tres armas mágicas” reduciéndolas a una sola y omnipresente: “Sumar nuestras experiencias y concentrarlas en un solo punto, es decir, la dictadura popular bajo la dirección de la clase trabajadora (a través del Partido Comunista) y basada en la alianza de los obreros y campesinos”.²⁸³

Como alguien que está listo a ir directamente al “comunismo” de un gran salto, él no puede, inútil es decirlo, detenerse mucho tiempo en esta “alianza de obreros y campesinos” antes de entrar al “mundo de la gran armonía”: “La democracia burguesa ha dado paso a la democracia del pueblo bajo la dirección de la clase trabajadora y la república burguesa ha dado paso a la república popular. Esto ha hecho posible que se llegue al socialismo y al comunismo a través de la república popular, abolir las clases y entrar en un mundo de gran armonía”.²⁸⁴

C. El despotismo oriental, el lavado de cerebro, o la compulsión económica del capitalismo de Estado

En contraste con el panegírico de las fuentes comunistas chinas, los especialistas están reviviendo una vez más la denominación de “despotismo oriental”.²⁸⁵ Una buena dosis de esta tesis incluso ha afectado a un marxista que hizo un estudio original de *La China de Mao*, caracterizándola correctamente como una sociedad capitalista de Estado.²⁸⁶ Hay tanto “señorío guerrero” en Mao, un substrato tan sólido de nacionalismo chino en su revisión del marxismo, hay una saturación tan profunda de confucianismo en su “pensamiento” –y la sociedad capitalista de Estado que ha establecido es una tiranía tan grande–, que es demasiado fácil llegar a una conclusión aparentemente tan lógica como la del “despotismo oriental”. Es evidente que no es posible alejarse tanto de una justa apreciación al ver la sociedad china, su vida familiar y su industria; su ideología gobernante y su agricultura.

Ni el desarrollo económico chino ni la disputa chino-soviética se pueden aclarar volviendo sobre el pasado del supuesto desarrollo continuo

²⁸³ *Obras escogidas de Mao Tse-tung*, Prensa en Lenguas Extranjeras, Pekín.

²⁸⁴ *Ibid.* Véase también George Paloczi-Horvath, *Mao Tse-tung, Emperor of the Blue Ants*, Doubleday & Co., Inc.. Nueva York, 1963.

²⁸⁵ *El despotismo oriental* por Karl A. Wittfogel.

²⁸⁶ Ygael Glukstein estropea así un estudio por lo demás muy bueno, *Mao's China*, el cual recomendamos.

llamado “despotismo oriental”. Al mismo tiempo, el hecho de que la China de Mao esté coqueteando también con la India para tener influencia en los mundos afroasiáticos y latinoamericanos, obliga a reconsiderar tanto la ideología como la economía de la China actual.

1) En la agricultura.

La victoria de Mao no tiene su raíz en algún tipo de despotismo oriental permanente que descansa en un modo de producción agrícola estático. Lo contrario es la verdad. Han habido tantos cambios en el modelo agrícola chino, en el tiempo que lleva Mao en el poder, que pareciera no existir ningún punto de “equilibrio”. Sin embargo, el hecho es que lo que ha impedido su colapso en este periodo de crisis es la estructura capitalista de Estado y es también lo que está en la base de todo cambio en la agricultura desde la primera reforma agraria, al tomar el poder y hasta la “comuna popular”.

De esta manera, la redistribución de la tierra, efectuada en el periodo de 1950 a 1953, dejó al margen a tres millones de campesinos. Decir que se les dio la tierra a los campesinos es el fraude más grande perpetrado contra los campesinos pobres, perpetuamente engañados. La redistribución estableció un promedio de dos *mou* de tierra (1/6 de un acre* = 1 *mou*), *per capita*. La redistribución sí eliminó a veinte millones de terratenientes; se estima que no menos de cinco millones fueron liquidados físicamente. Obviamente, no llegaban a cinco millones los grandes capitalistas y terratenientes de la clase explotadora. El estereotipo de Mao para deshacerse de la oposición revolucionaria, así como de los “contrarrevolucionarios” ha sido ponerles la etiqueta de “capitalistas burócratas” o “terratenientes ricos” o “derechistas”, lo cual le sirvió a sus propósitos, pues le permitió condenar a cientos de miles de personas a trabajos forzados, en proyectos de irrigación y construcción de caminos.²⁸⁷ Al mismo tiempo, fueron liquidados suficientes capitalistas y “nobles malos” como para garantizarle pleno arbitrio estatal al partido comunista que había llegado al poder con su apoyo. También hizo posible que se virara contra el campesinado al que se le había otorgado dos *mou*, *per capita*, de los cuales no podían extraer ni lo necesario para vivir.

* Un acre equivale a 0.405 hectáreas ó a 4407 metros cuadrados. (N. del T.)

²⁸⁷ *Ibid.* También el *China Quarterly* publica artículos competentes de actualidad y el *Peking Review* da el punto de vista oficial de China comunista.

Sin embargo, el primer periodo de cooperativas se llevó a cabo a un paso lento, con la estimulación a los campesinos de formar equipos de ayuda mutua y pequeñas cooperativas. Para 1955, el ritmo se había acelerado a tal grado que no menos de 96% de los hogares campesinos fueron registrados como organizados en cooperativas. Se les permitió a los campesinos tener “propiedad” sobre sus tierras, la propiedad privada fue permitida y podían trabajar el 10% de las tierras para ellos mismos. Este fue el periodo en que se alcanzaron los índices más altos de producción y en que se dio la magnífica cosecha que hizo que Mao diera rienda suelta a su entusiasmo y pensara en formar las “comunidades populares”.

En vez del “Gran Paso Adelante” ya conocemos los resultados de esa fantasía de 1958, mencionada con anterioridad. No obstante, sería un error desconocer el impacto que tuvo en el mundo no industrializado aquello que los gobernantes totalitarios chinos llamaron “la revolución ininterrumpida”, “una revolución sin tregua”, que puede lograrse sin alta tecnología, simplemente por la mera aplicación de una “línea de masas”.

Como lo expresara *Hongqi* recientemente:²⁸⁸ “Antes de estar en condiciones de mecanizar la agricultura, fue posible desarrollar las fuerzas agrícolas y productivas y de ahí promover el desarrollo de la industria”. Impávidos ante esta inversión total del orden de las cosas, nuestro teórico chino procedió a desarrollar el concepto de “simultaneidad” como la nueva base de “la alianza obrero-campesina”. “Esa es la base, como lo señala el camarada Mao Tse-tung, para que ‘de manera gradual y simultánea, se produzca por un lado, la industrialización y transformación socialista de la industria manufacturera y de la capitalista, así como del comercio; y por el otro, la transformación socialista de la agricultura en su totalidad, a través de la cooperación. De esta manera, lograremos que toda la gente de las zonas rurales disfruten de una prosperidad común’”²⁸⁹

Es evidente que la “prosperidad” se ha convertido en hambre, pero ¿qué tiene que ver esto con el despotismo oriental? Lejos de tener un sello despótico oriental, tiene un sello muy moderno que atrae al Asia sobre poblada y al África subpoblada.

2) Lo militar y lo industrial

²⁸⁸ Traducido y publicado en el *Peking Review*, 26 de mayo de 1961.

²⁸⁹ Mao Tse-tung, “La cuestión de la cooperación en la agricultura”, citado arriba, *Ibid.*

La victoria de Mao no es atribuible únicamente al hecho de que el régimen de Chiang Kai-shek estaba en un grado tal de corrupción y descrédito que literalmente se desplomó solo. Aunque esto seguramente ayudó al ejército de Mao a tomar el poder, sería desconocer los hechos, ignorar el despliegue militar de Mao en la “Larga Marcha”, así como la organización necesaria para lograr sobrevivir durante dos décadas, aislados de todo centro urbano. La victoria de Mao no se limita ciertamente a la ineficacia de Chiang. No cabe duda que el gobierno de Mao tiene sus raíces profundas en la vieja China, tanto en su magnificencia como en su corrupción, sus nobles guerreros y mandarines. Sin embargo, lo que requiere análisis son las características distintivas que separan a una época de otra, no las similitudes que borran lo que es nuevo, lo que es de nuestra época.

Nuestra era es la era del capitalismo de Estado, las revoluciones nacionales y las rebeliones de los trabajadores. A menos que se esté dispuesto a apoyarse en las masas que son las únicas que pueden iniciar un orden social verdaderamente nuevo, no hay ninguna otra salida más que el capitalismo de Estado. Esto es así no sólo independientemente de los rasgos personales, sino incluso del factor básico de que China es eminentemente agrícola. En lo que se refiere a China, la industrialización ha aparecido tan tardíamente en el escenario que, o bien se sientan nuevas bases humanas o la forma de explotación industrial tendrá que seguir el camino del capitalismo de Estado. La sola ocupación e industrialización de Manchuria por Japón, por ejemplo, significó que gran cantidad de la industria se quedó “sin propietario” una vez que China volvió a ganar su independencia. Incluso Chiang Kai-shek reconoció que lo que tenía que hacerse enseguida era “adoptar una economía planificada”, escribió en 1943 en su *Destino de China*. “Es un imperativo alcanzar eventualmente el objetivo de la ‘transformación’ del capital en capital estatal”. En el momento en que Mao consolidó su poder en la China Popular, eso es precisamente lo que emprendió: la estatización de la industria. Y es necesario agregar que lo hizo con el mismo método de explotación de las masas que Chiang o cualquier otro capitalista habría empleado.

El Primer Plan Quinquenal (1958-1957) comenzó con una ayuda substancial de la Unión Soviética, especialmente en la forma de ciento cincuenta y seis proyectos completos e industrias claves: plantas de hierro y acero, refinerías de petróleo, trabajos químicos, plantas de energía. Por primera vez se estableció plenamente la propiedad estatal y a los trabajadores se les bombardeaba constantemente con la consigna de “producción y más producción”. Esta parte no se diferenció de las consignas del primero de mayo de 1950 cuando se le permitió al capital

privado funcionar: “¡Miembros de la clase trabajadora china! Consoliden sus filas y únense a la burguesía nacional”. De la misma manera que en 1947 recalcó que él estaba “a favor de los trabajadores y del capital” y las “utilidades razonables” fueron grandemente estimuladas, primero para el capital privado y ahora para el Estado. La campaña de los cinco “antis” fue lanzada cuando los capitalistas obtuvieron demasiadas utilidades y las “campañas de rectificación” procedieron con celeridad cuando los trabajadores se pusieron en huelga contra las condiciones inhumanas de trabajo ya fuera por las doce horas de trabajo o por la falta de libertad en sus vidas personales. El Estado pasó de las empresas privadas mixtas y estatales –que había llamado capitalistas de Estado– al “socialismo”; es decir, al verdadero capitalismo de Estado. El llamado a los capitalistas de permanecer en sus puestos de gerentes de negocios no cesó. De esta manera: “Si ustedes hacen una buena labor en el desarrollo de su negocio y entrenan a sus hijos para ser expertos técnicos de primera clase, ustedes serán las personas indicadas para estar al frente de las empresas nacionalizadas y pueden descubrir que ganan más como gerentes de una empresa socialista que como dueños”. Sin duda muchos de ellos se han convertido en gerentes de industria.

A los trabajadores se les prohibió la huelga. Los sindicatos se convirtieron en órganos de disciplina de los obreros y de vigilancia para asegurar el cumplimiento de los planes de producción. El trabajo forzado fue un rasgo constante del capitalismo de Estado chino que se llamó a sí mismo comunismo. No es en esto en donde difiere del modelo ruso; en donde difiere es en su concepto de “reforma del pensamiento”.

3) Lavado de cerebro

El lavado de cerebro –como vocablo acuñado en la Guerra de Corea para designar el cambio de posiciones o “ideas”, forzado o voluntario, por parte de los soldados americanos que se unieron a los chinos– da la impresión de una forma confesional más, del tipo de los que se produjeron durante los infames y amañados juicios de Moscú. No hay duda que hay mucho de eso, pero lo nuevo en las “campañas de rectificación” de Mao es que no se limitaban al “extranjero” ni al “enemigo”, ni significaban una purga limitada a los miembros del partido. No. Mao elevó el concepto de “reforma del pensamiento” a una categoría filosófica y a un verdadero estilo de vida.

Mientras que no ha tenido éxito en lavarles el cerebro a los chinos, sí ha tenido éxito en lavarles el cerebro a algunos liberales fuera de China que

consideran esta reforma de pensamiento como indicación de que no hay violencia contra el pueblo. Contrariamente a Stalin, estos seguidores de Mao sostienen que Mao no ha liquidado a “la plana mayor de la revolución”. Como “prueba” de ello señalan que los que están al frente hoy son los mismos que dirigieron la “revolución”. Este error de apreciación tan burdo olvida convenientemente que con la derrota de la Revolución de 1925-1927, Chiang Kai-shek hizo por Mao lo que Stalin tuvo que hacer por sí mismo: matar o encarcelar a los revolucionarios, incluyendo a Chen Tut-siu. Esto, en primer término, aunque no sea todo. Incluso en aquellos años, cuando Mao no tenía todo el poder, fue despiadado contra los revolucionarios que se le oponían. Lo vimos en 1930 cuando los trabajadores bajo Li Li-san atacaron Changsha y ocuparon la ciudad por varios días y luego Mao “desarmó y liquidó a los rebeldes”. Esto se repitió en 1936 con Chang Kuo-tao. Y una vez más durante la guerra con el Japón cuando “liquidó” al Tercer Frente. La razón por la que no hubo juicios comparables a los de Moscú, después de que Mao Tse-tung tomó el poder en la China continental, fue únicamente porque la “plana mayor de la revolución” fueron aquellos que siguieron su colaboracionismo de clase para llegar al poder y al capitalismo de Estado una vez en el poder.

La única partícula de verdad en toda esta apología es que Mao cree en la “reforma del pensamiento”. Sin embargo, no por las razones que dan los apologistas. No, es para cubrir las necesidades del capitalismo de Estado que debe desarrollarse en una tierra eminentemente agrícola y por lo tanto desea convencer a parte de la clase capitalista y terrateniente de quedarse para manejar la economía estatal con la esperanza de poder obviar la inevitabilidad de la revolución proletaria.

La hazaña más notable del lavado de cerebro no es la que se hizo famosa en Corea entre los soldados americanos ni en China una vez tomado el poder. El aspecto increíble es el alcanzado por intelectuales que sin tener el poder estatal, están supuestamente dando sus vidas para alcanzar el poder para los trabajadores; en una palabra, el intelectual marxista pequeñoburgués. El hecho ineludible es que en esta época de capitalismo de Estado la clase media intelectual, como fenómeno mundial, ha traducido “el individualismo” en “colectivismo”, por lo cual entiende propiedad nacionalizada, administración estatal, plan estatal. Los años de postguerra dieron a este fenómeno la apariencia de un nuevo surgimiento de los países subdesarrollados. En realidad, la única cosa que distingue a los que lavaban el cerebro en los días del *trust* del cerebro capitalista del *New Deal* es que su patrón, Mao Tse-tung, fue revolucionario marxista alguna vez y un adepto de la terminología marxista. Esto se ha convertido en un reto a

Jruchov, o para ser más exactos, al liderazgo ruso del comunismo mundial. El hecho de que Mao también haya capturado la imaginación inexistente de los trotskystas quienes, a pesar de la lucha histórica y teórica de Trotsky contra Mao, se han convertido todos en “maoístas” hasta un grado vergonzoso, es sólo una prueba más de la mentalidad administrativa de los intelectuales en una era capitalista de Estado, que han hecho un fetiche tal del plan estatal que literalmente están implorando para que se les viole intelectualmente.²⁹⁰

Ni siquiera parpadean ante la posibilidad de una guerra termonuclear mientras puedan morir por los “principios” justos. Por lo tanto, debemos analizar más a fondo el conflicto chino-soviético. Al hacerlo, no olvidemos lo que los grupúsculos comunistas de “izquierda” –de Oriente y Occidente–

²⁹⁰ No quiero decir que si los trotskystas hubiesen seguido la “línea” de Trotsky hubieran tenido “la solución correcta”. La realidad es muy diferente. El hecho de que Trotsky nunca aceptara la teoría del capitalismo de Estado y de que mantuviera hasta el día de su muerte, en su teoría de la revolución permanente, su subestimación del papel revolucionario del campesinado, excluyó tal posibilidad. (Véase mi folleto, *Nationalism, Communism, Marxist-Humanism and the Afro-Asian Revolutions*, pp. 21-22, *News & Letters*, Detroit, Mich., 1959; Cambridge, Inglaterra, 1961). Lo que sí quiero decir es que Trotsky escribió voluminosamente en contra de la política colaboracionista de clase que tenía Stalin como adecuada para China, en contra de la concepción militar de Mao Tse-tung de rodear las ciudades en lugar de hacer un llamado a su proletariado para que se levantara a encabezar la lucha del campesinado y en contra del concepto de una “China Soviética”. (Véase León Trotsky: *Problemas de la revolución china* con apéndices por Zinoviev, Vuyovitch, Nassunov y otros; *La revolución permanente*; la introducción a *The Tragedy of the Chinese Revolution*. de Harold Isaacs; los Apéndices 11 y 111 de la edición inglesa de la *Historia de la Revolución Rusa*, ed. Simon & Schuster, 1937; “Resumen y Perspectivas de La Revolución China” en *La Tercera Internacional después de Lenin y Stalin*). La viuda de León Trotsky, Natalia Sedova, se escandalizó tanto cuando la prensa francesa (*France Soir*, 7 de nov. de 1961) le atribuyó la aseveración de que León Trotsky fue “el padre espiritual de Mao Tse-tung” que les escribió (el 9 de nov.) indignada:

“1) Un gran revolucionario como León Trotsky de ninguna manera podía ser el padre de Mao Tse-tung que logró su posición en lucha directa contra la Oposición de Izquierda (trotskysta) y la consolidó por medio del asesinato y la persecución de revolucionarios, de la misma manera que Chiang Kai-shek. Los padres espirituales de Mao Tse-tung y de su partido son obviamente Stalin (a quien siempre considera como tal el propio Mao Tse-tung) y su colaboradores, incluyendo al Sr. Jruchov.

2) Considero que el actual régimen chino, al igual que el ruso y todos los demás que se basan en el Último modelo, están tan lejos del marxismo y de la revolución proletaria como el de Franco en España”.

desconocen con ese característico abandono bohemio la política de poder detrás del conflicto.

D. ¿Puede haber guerra entre Rusia y China?: La no viabilidad del capitalismo de Estado

1) 1960-1962: Hostilidades preliminares.

En 1960 China se aprovechó del aniversario 90 del nacimiento de Lenin (el 22 de abril) para transformar el conflicto de poder en una “teoría de la revolución”. Esta se llamó “Viva el Leninismo” y apareció como editorial en *Bandera Roja* (No. 8, 1960, traducido en *Peking Review*, No. 17, 1960).

Este “editorial” es un folleto de unas cuarenta páginas, está lleno de citas de Lenin que exaltan la revolución proletaria. Y mientras que otorga poca importancia a la “ciencia moderna” (es decir: Cohetes Balísticos Intercontinentales (ICBM), bombas H y *Sputniks*), considerándolos como meros “detalles específicos del progreso técnico del mundo actual”, desencadena un ataque contra el “revisionismo moderno” en una forma tal que resulta fácil entender “Jruchov” cuando el editorial dice “Tito”. Puesto que todas las pruebas de la naturaleza bélica de los Estados Unidos se remontan al periodo posterior a la entrevista de Jruchov con Eisenhower, es fácil ver que “la inevitabilidad de la guerra” es, en verdad, no una cuestión de la teoría de Lenin, sino que está específicamente dirigida en contra de la política de la coexistencia pacífica de Jruchov.

Jruchov juzgó acertadamente esa extensa editorial sobre Lenin como una nueva etapa, no sólo en el “pensamiento de Mao” sino en las ambiciones de Mao para el liderazgo en la órbita comunista, en la influencia sobre las regiones subdesarrolladas y en la planificación de la estrategia de cualquier guerra con los Estados Unidos. Se corrió el rumor de que Jruchov había cancelado una discusión entre Rusia y China sobre una Flota Pacífica conjunta, por temor a que Mao lo empujara a una guerra con pretexto del Estrecho de Formosa.²⁹¹ Sin embargo, el “editorial” quedó reducido a un aborto cuando el avión norteamericano U2, en misión de espionaje, voló sobre Rusia. También le dio a Jruchov la oportunidad que necesitaba no sólo para cancelar la Conferencia Cumbre que había planeado, sino para convocar a una Conferencia Internacional del mundo comunista para disciplinar a Mao. La aparición de Jruchov en las Naciones

²⁹¹ Véase Edward Crankshaw en *The London Observer*, el 12 y el 19 de febrero de 1961.

Unidas fue parte de la preparación de esta Conferencia. Con el incidente muy bien conocido del zapatazo en las Naciones Unidas, Jruchov consiguió la posibilidad de anunciar al mundo entero que no sólo era el dueño y maestro del mundo comunista, sino la única esperanza para el nuevo mundo que se abría con las revoluciones africanas.

El 7 de diciembre de 1960 Jruchov convocó a los ochenta y un partidos comunistas a una conferencia en Moscú.²⁹² Ahí transformó su discurso de las Naciones Unidas en un nuevo Manifiesto Comunista que declaraba que Rusia era “el primer país en la historia en alumbrar el camino hacia el comunismo para toda la humanidad”. La mayoría aplastante de los partidos comunistas presentes, exigieron a Mao que firmara la Declaración para que se pudiera mostrar un frente comunista “unánime” al imperialismo americano. Mao no podía negarse a hacerlo sin poner al descubierto el hecho de que China consideraba a Rusia como el enemigo. Mao firmó, pero continuó su camino independiente no sólo en China sino a lo largo del tercer mundo: África, Asia y América Latina.

La firma de China en el Manifiesto de Moscú de 1960 no impidió que siguiera su camino desviacionista en aras de sus propios intereses nacionales; de la misma manera que la firma de Francia en la OTAN (NATO) no le impidió a De Gaulle seguir buscando su propio camino de gloria. El mundo de la posguerra de los años sesenta, después de todo, es un mundo bien diferente al de los últimos años de los cuarenta, cuando Europa y China estaban en la ruina y cuando ambos tuvieron que aceptar la ayuda y con ello la “filosofía”, del Plan Marshall y del Pacto de Varsovia, respectivamente. Mao intentó, con una retahíla de frases revolucionarias, lo que De Gaulle estaba tratando de lograr con elocuentes declamaciones sobre “la grandeza francesa”. En ambos casos, sin embargo, la división en el seno de sus respectivas órbitas se debe a las ambiciones nacionales para la expansión mundial.

Sin embargo, la iniciativa regresaba a las manos de Jruchov después de que se descubrió el avión espía U2. Lo utilizó para aislar a China aún más.

²⁹² La traducción inglesa, puesta en circulación por *Tass* y publicada en *The New York Times* el 7 de diciembre de 1960. En vista de la interpretación imaginativa de los “expertos” rusos, especialmente Isaac Deutscher (*Reporter*, 5 de enero de 1961) sobre la manera en que se logró el “arreglo” entre Jruchov y Mao en esta reunión de los 81 partidos comunistas que supuestamente fue “casi un restablecimiento de la vieja Internacional Comunista”, es importante obtener las “primeras reacciones” y compararlas con la etapa actual de la ruptura chino-soviética. Véase mi análisis de este “Nuevo Manifiesto Comunista Ruso” en *News & Letters*, enero de 1961.

En 1961, el programa preparatorio para el 22º Congreso del Partido Comunista Ruso relegó a la Revolución China a once palabras y no porque se tratara del programa de un partido nacional, el ruso, sino porque Rusia, en tanto que fenómeno mundial, inició el siglo XX con la Revolución de 1917 como una nueva época y la continuó con el *Sputnik* de 1957 que incluso superó en distancia a los de los Estados Unidos. Más aún, insistió Jruchov, esta “época rusa” no sólo es diferente como contraparte de los Estados Unidos, sino distinta de China también, porque los rusos “están construyendo el comunismo.”²⁹³ Con razón Jruchov, en el Congreso mismo, decidió atacar a Albania (es decir, China) y Chou En-lai decidió salirse del Congreso después de defender a Albania (i.e., China), desafiando el derecho de Rusia a poner dichas disputas al descubierto sin “consulta previa” con el mundo comunista. Estos ataques y defensas son tan falsos como las “teorías” en que Mao y Jruchov se escudan, en su férrea competencia.

El 22 de octubre de 1962, la confrontación entre J. F. Kennedy y Nikita Jruchov con motivo de los proyectiles en Cuba, el histórico momento en que el mundo entero estuvo en suspenso y por temor a la posibilidad del holocausto nuclear, le dio a Mao Tse-tung la oportunidad de volver a ganar la iniciativa en el conflicto chino-soviético. En el momento en que Jruchov se echó para atrás cuando Kennedy mostró claramente la determinación de sumir al mundo en una guerra nuclear a menos que Jruchov trasladara los proyectiles fuera de Cuba, Mao se lanzó a una nueva etapa del conflicto acusando a Jruchov de “cobardía ante el imperialismo”. Enseguida, dio pasos para “dirigir” el “mundo socialista” exigiendo apoyo en la guerra Sino-India.

2) Nueva fecha límite: Pekín, 14 de junio de 1963: “Una proposición referente a la línea general del movimiento comunista internacional”²⁹⁴

²⁹³ Véase El Anteproyecto de Programa del XXII Congreso del Partido Comunista Ruso, dado a conocer por *Tass* el 30 de julio y publicado en *The New York Times* el 1 de agosto de 1961. Consúltese también “The 22nd Party Congress” por Merle Fainsod, publicado como un suplemento especial de *Problems of Communism*, noviembre-diciembre de 1961.

²⁹⁴ Publicado en inglés por *Foreign Language Press*, Peking, 1963. Los números de las páginas que se citan aquí se refieren a esta edición. La respuesta del Comité Central del Partido Comunista Ruso el 15 de julio se publicó en *The New York Times* el 15 de julio de 1963.

La nueva diferencia cualitativa en el conflicto chino-soviético cristalizó también en un abierto reto teórico que tomó la forma de una “carta” del Comité Central del Partido Comunista Chino dirigida a su contrapartida rusa, con fecha 14 de junio de 1963, intitulada: “Una proposición referente a la línea general del movimiento comunista internacional”. Poco después se publicó como folleto en 12 idiomas diferentes de Oriente y Occidente.

El desarrollo industrial de China quizá carezca de todo, desde acero hasta presas y energía atómica, pero su ejército lo tiene todo, desde un número avasallador de soldados hasta equipo militar. En primera instancia, es la infantería terrestre más numerosa del mundo y en segunda, cuenta con el equipo más moderno del continente asiático. El humor ruso puede haber caracterizado la imagen histórica de Mao al decir que pasará a la historia “como un fracaso atlético en el gran salto”. Pero no fue ningún fracaso en la Guerra Sino-India. En la medida en que “el pensamiento de Mao” impulsa los compromisos militares, ha dado nacimiento a una nueva serie de “teorías”, que se encuentran expresadas con grandes subterfugios y palabrería en la “carta” de sesenta y una páginas del 14 de junio. Estas “teorías” se articulaban en la ambición única y total de dominar el mundo.

De cinco maneras diferentes, la “carta” del 14 de junio sostiene que “la piedra de toque del internacionalismo” (p. 10) no debe seguir siendo la defensa de Rusia. La primera razón para apoyar la nueva tesis es que la defensa de la Unión Soviética fue originariamente la piedra de toque del internacionalismo porque era el único “país socialista” pero “ahora que hay un campo socialista de trece países”, todo el “mundo socialista” se ha convertido en “esa piedra de toque del internacionalismo”. “Por lo tanto”, prosigue el segundo punto de la acusación contra Rusia, referida como “alguien”: “Si alguien... ayuda a los países capitalistas a atacar a países socialistas hermanos, entonces está traicionando los intereses de todo el proletariado internacional y de los pueblos del mundo” (p. 10). La acusación de traición está obviamente dirigida a Rusia por no haber apoyado la invasión de India por China. La tercera variación de “Rusia ha dejado de”, es un llamado para ganar adeptos en el país que ha sufrido el ataque ya que el “paso atrás en el curso del desarrollo histórico” significa, como se ha declarado, “hacerle un servicio a la restauración del capitalismo”. Yugoslavia es señalada como culpable, aunque en realidad se alude a Rusia.

El Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista Chino ya está preparado para el gran salto, el cambio de revoluciones proletarias a luchas nacionales “ya que” los países de Asia, África y América Latina son “los centros donde vibra la revolución mundial, asestándole golpes directos al

imperialismo” (p. 12). “Por lo tanto, en un sentido, la causa de la revolución proletaria internacional depende del resultado de las luchas revolucionarias de los pueblos de estas zonas...” (p. 13).

Este cambio de enfoque –la cuarta variación del tema “Rusia ha dejado de”– está supuestamente basado en la tesis de Lenin (en el 2º Congreso de la Internacional Comunista, 1920) sobre el imperativo deber del proletariado– de los países avanzados tecnológicamente, de unirse a las masas campesinas de los países colonizados que luchan por su liberación del imperialismo. El nuevo punto de partida de Lenin en la teoría de la no-inevitabilidad del desarrollo capitalista para las economías atrasadas está basado en un gran “si” condicional: *si* “la ayuda del proletariado de los países más avanzados” es otorgada graciosamente. Lenin recalca que la única prueba del internacionalismo proletario es, por lo tanto, que el proletariado ruso extienda su ayuda junto con la teoría y la práctica de la revolución. Todo esto lo reduce Mao a la competencia que tiene con Jruhov para “dirigir” este nuevo tercer mundo. Entretanto, en el proceso, Mao se aleja de su concepto de la división del mundo en dos campos “los países socialistas” contra “los países capitalistas”. A pesar de que se había esforzado en elevar este concepto a nivel de sustituto de la lucha de clases en cada país, ahora lo desconoce. Con el fin de volver a introducir su vieja y ruinosa “política de las cuatro clases” amplía el concepto de “el pueblo” hasta incluir “también a la burguesía nacional patriótica, e incluso algunos reyes, príncipes y aristócratas patriotas” (p. 15).

Para cuando el comunismo chino llega al quinto y último tema de su manifiesto internacional de “nunca, no, nunca más Rusia” –esta vez dirigido contra Rusia como “un Estado cuyo pueblo entero está construyendo el comunismo”– de pronto nos enfrentamos a la más siniestra y retrógrada teoría. Una y otra vez “una proposición referente a la línea general del mundo comunista internacional” proclama que “durante un largo periodo histórico después de que el proletariado toma el poder” (p. 36); “durante décadas o más, después de que la industrialización socialista y la colectivización agrícola” (p. 37) se hayan alcanzado, “la lucha de clases continúa como una ley objetiva independiente de la voluntad del hombre” (p. 36). Esto es verdad en todos los “países socialistas”. Cualquiera que sea el impulso subjetivo para amalgamar esto –claramente dirigido para sentar las bases de oposición al XXII Congreso del Partido Comunista Ruso que afirmaba que Rusia estaba “construyendo el comunismo”– es la teoría más seria de la regresión. Ahora no sólo tenemos la regresión del capitalismo al fascismo, sino la regresión del socialismo – es decir, una sociedad supuestamente sin clases– a otra sociedad en la cual

“hay clases y luchas de clase en todos los países socialistas sin excepción” (p. 40). Seguramente ninguna desviación más fatal ha sido proclamada como “principio del marxismo-leninismo”.

Mientras que cuando el pequeñísimo poder estatal de Yugoslavia luchó contra el gigante ruso por su independencia nacional en 1948, no podía permitirse un nuevo camino de gloria “a lo De Gaulle” en el campo occidental, los delirios de grandeza de Mao fueron tan grandes como el continente chino y no sólo como está constituido actualmente, sino como cuando estaba en la cumbre de su gloria imperial bajo las dinastías Yuan y Ming, cuando China conquistó Birmania, Tailandia, la Península Indochina, desembarcó tropas en Indonesia, encarceló al rey de Ceilán y una vez hasta llegó a imponer un tributo anual al mundo musulmán, o cuando menos a la ciudad sagrada de La Meca. Antes de 1962, sólo Nehru había cuestionado el mapa incluido en un manual de historia, publicado en Pekín en 1954.²⁹⁵ Este muestra una gran parte del lejano oriente soviético así como la República de Mongolia, Corea del Norte y del Sur, Camboya, Tailandia, Malasia, Birmania, Assam (cerca de 92,000 kms. de territorio de la India), Bután, Sikkin, Nepal, la isla de Sajalin, así como algunas islas de las Filipinas, como formando parte de China, en el pasado.

Cuando Jruchov en 1962, se atrevió a bromear con la frase de Mao de “cobardía frente al imperialismo” diciendo que eso desprestigiaba al propio Mao, puesto que éste no estaba haciendo nada actualmente por echar al imperialismo de “su propio territorio: Taiwán, Hong Kong, Macao”, el *Diario del Pueblo* y *Bandera Roja* respondieron con: “Algunas personas quisieron vernos plantear las cuestiones de tratados injustos en este mismo momento. ¿Se habrán dado cuenta de las consecuencias que esto tendría?” A raíz de esto los chinos empezaron a explicar “las incursiones imperialistas en territorio chino (1840-1919) y el periodo de la joven revolución democrática” y, al explayarse en el tema sobre lo que la Rusia zarista le quitó a la “antigua China”, los gobernantes chinos actuales incluyeron los territorios tomados de los Emirs y los Khans quienes con toda seguridad no se consideraban a sí mismos vasallos del emperador de China. (Y el sueño de Mao de las glorias pasadas de China no le impidió calificar la independencia de Tailandia como una “incursión imperialista”;

²⁹⁵ Este mapa fue reproducido en el número del 4 de abril de 1963 de *New Republic* en un artículo, “China's Borders”, el tercero de una serie de artículos por J. Jacques Francillon. Los otros artículos aparecen en los números del 3 y el 23 de marzo del mismo año. (Véase también el artículo de B. Shiva Rae en el *National Observer* del 23 de julio de 1963).

ese territorio también “le pertenecía” a la China del emperador y algún día piensa “redibujar” las fronteras de lo que el Comité Central del Partido Comunista Chino llama “la antigua China”).

La opción de Mao es nada menos que el dominio del mundo, del mundo comunista para comenzar. A pesar de que por razones tácticas y debido a la terminación de la ayuda técnica de Rusia, China tuvo que caer en una variación de “la teoría del socialismo en un solo país”, (“Todo país socialista debe depender principalmente de sí mismo para su construcción”, p. 45), el Comité Central del Partido Comunista Chino desafió no sólo a Rusia sino a la mayoría del mundo comunista constituido hasta entonces. Advierte que “no se debe enfatizar en ‘quién forma parte de la mayoría’ o ‘de la minoría’ y colocarse del lado de la llamada mayoría...” (p. 47). En lugar de seguir el dominio de la mayoría, él propone el gobierno de la “unanimidad”; es decir, el derecho de China a vetar las políticas formuladas por Rusia y la mayoría de los otros partidos comunistas. De esta manera, el actual conflicto chino-soviético difiere fundamentalmente no sólo del conflicto que hubo en 1948, entre Yugoslavia y Stalin por la independencia nacional, sino también de las propias diferencias de Mao tanto en 1957 como en 1960 cuando el conflicto pudo mantenerse oculto por estarse librando dentro del mundo comunista.

La única cosa que prueban tanto Jruchov como Mao, la única cosa que está por encima de toda duda es la no viabilidad de su “nuevo” orden social. La no viabilidad del capitalismo de Estado como un “nuevo” orden social queda probada por las mismas leyes de desarrollo que las del capitalismo privado, es decir, el impulso de explotar a las masas en el propio país y llevar a cabo guerras en el exterior. Nos enfrentamos a una cuestión alarmante ahora: ¿Puede haber guerra entre dos regímenes que se llaman a sí mismos comunistas?

3) De vuelta a “Las guerras y revoluciones”: ¿Rusia y China en guerra?

El desafío al poder totalitario manifestado por la Revolución Húngara de 1956, unió a Rusia y a China más que nunca antes, ya sea en la época de Stalin o en la de Malenkov-Jruchov. El contenido de clase del aplastamiento contrarrevolucionario de la revolución proletaria es crucial a todo lo que ha pasado desde entonces. Directamente después de la muestra de solidaridad con el imperialismo ruso en contra de los revolucionarios húngaros, China se movió hacia la expansión de su propio poder estatal, como lo hemos visto.

A pesar de la pregunta despreciativa de De Gaulle: “¿La división ideológica? ¿Sobre qué ideología?” y su despliegue de arrogancia en la conferencia de prensa del 29 de julio de 1963, no podía disfrazar su ambición nuclear como Mao lo hizo. Sus rasgos mortíferos sobresalían en toda su macabra naturaleza: “Francia no se desviará por los acuerdos de Moscú. Seguirá equipándose con los medios de inconmensurable destrucción que poseen otras potencias”. En contraste, Mao pudo exorcizar a Jruchov por “satisfacer servilmente las necesidades del imperialismo de los Estados Unidos” por haber dado su acuerdo a un tratado que “se compromete... a abstenerse de causar, estimular o de alguna manera participar en la consecución de cualquier prueba explosiva nuclear, o cualquier otra explosión nuclear, en cualquier parte...” Para Mao esto era “la más absoluta traición” a “los países socialistas y a todos los países oprimidos” ya que les impedía “adquirir las armas nucleares” al mismo tiempo que se consolidaría ‘la posición de los Estados Unidos como poseedor del monopolio nuclear’. La superioridad de argumentos, cuidadosamente disfrazados con jerga marxista, no puede mantenerse cuando ambos contrincantes llevan la misma ropa.

Por lo pronto, no hay ninguna guerra en puerta entre Rusia y China. En lo que concierne a Rusia, esto no tendría ningún sentido no sólo porque es la nación “poseedora” sino porque rompería, con toda seguridad, el movimiento internacional comunista que aún considera el plan estatal como una división fundamental entre sí y “la burguesía”. En lo que toca a China, tal guerra sería suicida no sólo porque Mao no tiene la suficiente fuerza para desafiar al *Goliat* ruso sino también porque es un creyente fervoroso en la infame política de Dulles, de negociar desde “posiciones de fuerza”. Eso no lo tendrá a menos que primero se gane para su lado tanto a los partidos comunistas de la Europa occidental y de Asia que están en el poder (Corea del Norte, Vietnam del Norte) y también al mundo no-comunista de África, o de América Latina.

Además, esta lucha entre potencias capitalistas de Estado se está librando en una era nuclear. Debido a que la oposición de todos los pueblos del mundo a la guerra nuclear es total, Jruchov quisiera de todo corazón reducir todas sus diferencias con Mao a un desacuerdo dentro de la “coexistencia pacífica”. Como lo expresa *Izvestia*, Rusia no se sorprendió de que las fuerzas militaristas y reaccionarias de occidente fueran “mercaderes del átomo y dementes”, lo que sí le sorprendió y vio con tristeza fue que los “camaradas chinos unieran sus voces a los gritos estrepitosos de esos dementes”. En efecto, tan absoluta ha sido la oposición a la guerra nuclear que los dos únicos países que se atrevieron a oponerse

abiertamente al Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares –la China de Mao y la Francia de De Gaulle– tuvieron que alegrar que lo hacían “en nombre de la paz”. Mao llegó incluso a ofrecer contrapropuestas para la “prohibición y destrucción absoluta, profunda y total de las armas nucleares”. Esto no le impidió atacar el tratado mismo no sólo como “un gran fraude” y “una traición al pueblo soviético”, sino también como una revelación de “los rasgos serviles de aquellos que abrazan al imperialismo”. “Esta revelación de los verdaderos colores de esos monstruos es excelente para la lucha revolucionaria de los pueblos y la causa de la paz mundial”, dijo (*Diario del Pueblo*, 2 de agosto). Sin duda Mao le teme al holocausto nuclear tanto como el resto del mundo. Pero no permite que el riesgo que esto implica para la supervivencia de la civilización lo desvíe de su idea de que esta vez las naciones “poseedoras”: Los Estados Unidos y Rusia, primero que todo se eliminarán entre sí.

No hay duda de que China tiene una estrategia global fundamentalmente diferente de la de Rusia. Sólo ellos tienen la audacia de hablar de una época posterior a la guerra nuclear cuando “el socialismo se construirá sobre sus ruinas”. Sin embargo, este no es el meollo del conflicto chino-soviético. Ni es tampoco el punto decisivo en los recientes intentos de China de excluir a Rusia de las reuniones asiáticas y africanas, sobre bases raciales. Ambos puntos son la culminación de algo que empezó cuando Mao inició su lucha por el poder. Había estado presente en forma evidente en todas las peleas de Mao con Stalin y tan pronto como el Partido Comunista Chino tomó el poder exigió que “el pensamiento de Mao” fuera la teoría de base para todas las conquistas de poder en “los países coloniales”.

Este tema fue acallado durante la Guerra de Corea de 1950-1953 y una vez más en el manifiesto “conjunto” de Jruchov y Mao de 1957, en contra de la proliferación del policentrismo. Naturalmente, a todas las clases gobernantes les ha sido fácil apoyar las revoluciones en el exterior. Pero mientras que las nuevas clases gobernantes, al irrumpir en el escenario histórico, se muestran llenas de vitalidad basadas en un amplio apoyo de masas, mayor al que tenían las viejas clases que ellos derrocaron, los planificadores estatales de hoy se sienten obligados a embarcarse en guerras antes de haber probado su derecho a la existencia histórica en el suelo nativo.

Guerras y revoluciones no son sinónimas, son contrarias. He aquí las consecuencias reales de la tormenta revolucionaria de Mao desde que llegó al poder, contra el consejo de Stalin de mantener su coalición con Chiang Kai-shek: 1) China se embarca en guerras sólo cuando está segura de ganar,

como con el Tibet primero y, después limitándose a incursiones en las fronteras de la India; 2) cuando le conviene a sus propósitos, China “coexiste” pacíficamente, o más bien astutamente, con enclaves europeos imperialistas en su propio territorio, como Hong Kong y Macao; 3) si Mao, cuyo “pensamiento” fue capaz de producir algo tan original como “una política de las cuatro clases”, es más adepto a la terminología marxista que Jruhov para ocultar sus ambiciones territoriales; no muestra más “valentía” al enfrentar el desafío de la potencia militar más grande del mundo: los Estados Unidos. Mao se ha echado para atrás más veces que Jruhov, no sólo en Taiwán sino en Quemoy y Matsu cuando el caso de los proyectiles en Cuba y la amenaza de Kennedy de ir a la guerra nuclear por esta causa; 4) a pesar de sus tormentas revolucionarias en abstracto, en lo concreto Mao es un experto en las maniobras imperialistas y en calificar de “amantes de la paz” incluso a “régimenes fascistas”. De esta manera, antes de la guerra con la India, Mao tildó de “fascista” al régimen militar de Pakistán, pero en el momento en que China estaba ya en guerra con la India, Mao no perdió tiempo en hacer pactos con Pakistán que repentinamente se había convertido en “una nación amante de la paz”; 5) su “defensa revolucionaria” del mundo afroasiático que espera conquistar algún día, no le impide excluir a otros territorios comunistas que él llama “revisionistas” mientras que incluye a “la burguesía nacional e incluso a algunos reyes, príncipes y aristócratas patriotas”.

La extraña mezcla del oportunismo y aventurerismo de Mao, la lucha por el poder imperialista (tanto dentro del mundo comunista como fuera de él, como en la conquista del Tibet, incursiones en territorio hindú y las miradas codiciosas hacia Birmania y Vietnam, así como hacia Nepal y Laos) no pueden separarse de la lucha por las mentes de los hombres. Es aquí donde el abuso del lenguaje marxista —en la cuestión de “las revoluciones sin tregua” avanzando en línea recta: de los planes estatales al “comunismo”— hace preciso mostrar, no sólo el callejón sin salida al que la dialéctica del pensamiento de Mao ha conducido y que tal vez puede catapultar al mundo hacia un holocausto nuclear, sino también mostrar aquello que se distingue y se opone tanto a las potencias capitalistas de Estado como a la lucha general con los Estados Unidos por el dominio mundial. Es decir, es preciso iluminar el camino hacia la libertad.

En lugar de una conclusión: Dos tipos de subjetivismo.

“...la trascendencia de la oposición entre el concepto y la realidad... descansan únicamente sobre este subjetivismo”.

Hegel, *Ciencia de la Lógica*.

“...en esta obra (*Ciencia de la lógica*), de las más idealistas de Hegel, hay un mínimo de idealismo y un máximo de materialismo. Es ‘contradictorio’, pero es un hecho”.

Lenin, *Cuadernos filosóficos*.

Hay dos tipos de subjetivismo que caracterizan a nuestra era del capitalismo de Estado y de sublevaciones obreras. Uno es el subjetivismo que hemos estado considerando —el de Mao— que no tiene ninguna consideración por las condiciones objetivas, que se comporta como si el poder estatal sirviera para hacinar como ganado a seiscientos cincuenta millones de personas en la llamadas “comunidades populares”, como si un partido de la elite armado pudiera controlar las energías de los hombres y “remodelar sus mentes”. Hemos visto los resultados de este tipo de subjetivismo, impregnado de lo que Hegel llamaría “una certeza de su propia realidad y la irrealidad del mundo”, listo para provocar el holocausto nuclear.

El segundo tipo de subjetivismo, el que descansa sobre “la trascendencia de la oposición entre el concepto y la realidad”, es el subjetivismo que ha “absorbido” la objetividad, es decir, a través de su lucha por la libertad llega a conocer y lidiar con lo objetivamente real. Su madurez se revela, como lo expresó Marx en la *Crítica de la dialéctica hegeliana*, “cuando el hombre corpóreo, real, de pie en tierra firme, inhalando y exhalando todas las fuerzas naturales... no se aparta de su “actividad pura” con el fin de crear el objeto... Aquí vemos como el naturalismo profundo, o el humanismo, se distingue tanto del idealismo como del materialismo y, al mismo tiempo, es la verdad que une a ambos”.

Nuestra época es la época de la lucha por las mentes de los hombres. Para comprometerse en esta lucha y despejar la mente, me parece necesario centrarse sobre estos dos tipos de subjetividad de la cual sólo puedo proporcionar aquí algunas indicaciones.*

* Esto es lo pesado de mi nuevo trabajo ya en proceso.

En 1956, estos dos tipos de subjetivismo chocaron fuertemente en Hungría.²⁹⁶ La revolución Húngara puso fin a la ilusión de que a los obreros, campesinos o intelectuales se les puede lavar el cerebro. Puso fin a la pretensión de que el comunismo y el marxismo son una y la misma cosa. Levantó la bandera del humanismo marxista como la de la liberación *del* comunismo. Siguiendo la tradición de Marx, cuando escribió que el comunismo “no es la meta del desarrollo humano, la forma de la sociedad humana”, los luchadores de la libertad húngaros se alejaron de la centralización estatal totalitaria y formaron los Consejos de Trabajadores de Juventudes y de Intelectuales, descentralizados –es decir, una forma de gobierno en la que el individuo y la sociedad no se oponen entre sí porque la libertad del individuo es la prueba, la única prueba, de la libertad de todos.

Este estallido de actividad y organización elemental del pensamiento fue aplastado sangrientamente por la fuerza contra-revolucionaria de Rusia que, con la ayuda de sus colegas chinos, calificaron este humanismo de “revisiónismo”. Mao tenía razones de fondo para ayudar a su socio ruso porque, tal y como lo dice él mismo: “Hubo gente en nuestro país que se regocijaron con los eventos de Hungría. Esperaban que algo similar ocurriera en China...”²⁹⁷ Al grado de que Mao pudo suprimir a su oposición sin necesidad de una guerra civil abierta, al grado de que usurpó la bandera marxista –tanto en el uso general como específico de la palabra “comuna”, que siempre ha significado auto-liberación entre marxistas (La

²⁹⁶ Ahora los libros sobre la Revolución Húngara ya forman legión y sin embargo pocos entran de lleno en los Consejos de Obreros y son aún menos los que hacen ver el humanismo del marxismo según se desarrolló en las disputas entre comunistas. Sin embargo, los siguientes son los que mejor presentan la crónica de los revolucionarios y el tipo de relatos de testigos presenciales que se concentraron sobre ellos: *The Hungarian Revolution*, White Book editado por Melvin J. Lasky, Praeger, 1957; *Behind the Rape of Hungary* por F. Fejto, N.Y., McKay, 1957; *Imre Nagy on Communism: In Defense of the New Course*, Praeger, 1955. Consúltese especialmente *The Review*, publicado por el Instituto Imre Nagy, No. 4, 1960; vol. 111, No. 2, 1962. “My Experience in the Central Workers Council of Greater Budapest”, por Miklos Sebestyen. La revista *East Europe* también incluyó (en abril de 1959) “Eyewitness Report of How, the Workers Council Fought Kadar”. Consúltese también “Spontaneity of Action and Organization of Thought: In Memoriam of the Hungarian Revolution”, publicado por el Grupo MarxistaHumanista de Glasgow, Escocia, en noviembre de 1961.

²⁹⁷ Mao Tse-tung, *Sobre el manejo correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*.

Comuna de París de 1871) – en ese mismo grado algunas naciones africanas recientemente independizadas sintieron atracción por China.

Sin embargo, así como es imposible ocultar el hambre rampante en de las llamadas “comunidades populares”²⁹⁸ de la misma manera es imposible encubrir el hecho de que en el interior de China, como en el interior de cada país moderno, hay una división de clases fundamental. Mao no posee la magia por la cual se puedan convertir estas contradicciones antagónicas en meras diferencias entre lo que él llama lo “antiguo” y lo “nuevo”. Lejos de ser una mera oposición entre lo existente y lo aún no existente, es una lucha abierta entre dos formas antagónicas de la realidad que coexisten. *La coexistencia del opresor y de los oprimidos es también el factor determinante para probar la no-viabilidad del capitalismo de Estado chino que se denomina a sí mismo “comunista”.*

Mao admite que al igual que bajo el capitalismo privado ordinario, las contradicciones básicas en la sociedad china “siguen siendo todavía las que se dan entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas y entre la superestructura y la base económica”. Este es precisamente el error fatal que en 1943, obligó a los teóricos rusos a revisar la teoría económica del valor de Marx.

No importa el nombre que se le de, pero las relaciones capitalistas en el proceso de producción revelan su naturaleza explotadora. La razón por la que Rusia “eligió” revisar las teorías económicas de Marx y por la que China “eligió” revisar la filosofía de Marx, se debe a la crisis mundial global y a las importantes diferencias industriales entre los dos países.

Rusia se ha convertido en una importante nación industrial, en un país que posee valores. China es una enorme nación subdesarrollada cuya principal posesión no es la maquinaria sino seiscientos cincuenta millones de seres humanos. Es precisamente este atraso el que ha empujado a China hacia adelante para plantear –y sólo plantear, sin resolver– su crisis en términos humanos. No puede ocultar, sin embargo, la dualidad, la irreconciliable dualidad entre la nueva clase gobernante china y los millones que explota. Tampoco puede ocultar el hecho de que la división del mundo en dos gigantes nucleares que luchan por el dominio mundial – los Estados Unidos y Rusia– se extiende a los pequeños Césares de cada campo no sólo De Gaulle en “el Occidente”, sino Mao en “el Oriente”.

El fracaso de Mao en captar la lógica dialéctica no tiene nada que ver con “comprender la filosofía”. La lógica dialéctica es la lógica de la

²⁹⁸ Véase “Hunger in China, Letters from the Communes: II”. Introducción y notas por Richard L. Walker, suplemento especial de *New Leader*, mayo de 1961.

libertad y puede ser captada sólo por aquellos verdaderamente comprometidos en la lucha por la libertad. Ahí yace la clave para la realización de las potencialidades humanas así como esa nueva relación entre la teoría y la práctica que podría aminorar los dolores de parto de la industrialización. Cualquier otra cosa es el tipo de subjetivismo que oculta el compulsivo impulso de Mao de transformar la lucha por el pensamiento de los hombres en un impulso para lavarles el cerebro.

La lógica despiadada de esto, envolvió a Mao y lo llevó a elaborar una teoría, no de la revolución sino de la regresión. El impulso objetivo para tales “teorías” surge, desde luego, de la forma brutal del capitalismo de Estado característico de China. Así como el colapso del capitalismo en general estuvo acompañado por el colapso de su pensamiento, de la misma manera la extensión del capitalismo de Estado a las mal denominadas “comunidades” estuvo acompañada por el raquítico pensamiento de Mao, la ausencia total de todo método filosófico. Mientras Stalin, al admitir que la ley del valor opera en su “país socialista”, se sintió obligado a imponer una separación entre la ley del valor y la ley de la plusvalía, para tratar de negar la existencia de las clases bajo el socialismo; Mao lo proclama, a voz en cuello, como “socialismo”. A pesar de este concepto profundamente capitalista de socialismo; a pesar de la explotación concreta y absoluta de las masas chinas; a pesar de las invasiones concretas de China a otras tierras; y a pesar de las voces de rebelión dentro de China misma en contra de sus dirigentes comunistas, el abstracto torbellino revolucionario de Mao en el exterior se gana el apoyo de militantes, especialmente intelectuales, dentro y fuera de los partidos comunistas. Esto constituye una triste observación en nuestra época y demuestra la carencia total de confianza en la actividad propia de las masas, de quienes reclaman ahora el título de “marxista-leninista”. Su militancia cobra “*momentum*” sólo ahí donde hay un poder estatal que los respalde. El sello de nuestra época del capitalismo de Estado radica en que nuestra pequeña burguesía “revolucionaria” teme a la movilización propia de las masas proletarias aun más que a las mismas potencias que existen y parece ser incapaz de actuar sin el apoyo de un poder estatal.

La subjetividad de los millones de seres que luchan por la libertad, plantea la necesidad de una nueva relación entre la teoría y la práctica. Las luchas libertarias no están limitadas a Hungría o África, Rusia o China; incluyen también a los Estados Unidos²⁹⁹ y a la Europa occidental. El

²⁹⁹ Véase *American Civilization on Trial*, segunda edición, *News & Letters*, Detroit, Mich., agosto de 1963.

desafío se presenta para una nueva unión del concepto y la realidad que liberará las vastas energías intactas de la humanidad para poner fin, de una vez por todas, a lo que Marx llamó la prehistoria de la humanidad con el fin de que su verdadera historia pueda al fin desarrollarse.

Capítulo 18

La revolución cultural o la reacción maoísta.

Ahora que la revolución cultural ha disminuido su ritmo, hay tiempo para ver con más cuidado este sorprendente fenómeno.

Las Guardias Rojas pueden parecer surgidas de la nada, pero el 18 de agosto de 1966 llegaron un millón en formación paramilitar para escuchar al ministro de Defensa Lin Piao, el “camarada de armas más cercano” de Mao, quien iba a explicar el cartel con letras mayúsculas que señalaba: “*A bombardear los cuarteles generales*”. Se enteraron de que los cuarteles generales eran los del partido comunista en donde encontrarían a “personas con autoridad tomando la ruta de retorno al capitalismo”. Cuando estos adolescentes desfilaron desde la plaza parecían estar armados con algo más contundente que “el pensamiento de Mao”.

Durante el mes siguiente, la prensa burguesa se deleitó describiendo el frenesí de violencias contra “todo lo antiguo” en China, desde textos de Confucio y tesoros de arte invalorable, hasta muchos líderes comunistas. Fue todavía más extraño seguir de cerca los ataques de los jóvenes maoístas contra el imperialismo occidental, no tanto contra el bárbaro y dinámico imperialismo norteamericano que estaba cubriendo de bombas a un aliado comunista: a Vietnam del Norte, sino en contra de los “corte de pelo estilo Hong Kong” y la “música burguesa-feudal y reaccionaria de Bach, Bethoven y Shostakovich”.

En cuestión de meses estos delincuentes adolescentes hacían algo más que rondar las calles, mofándose de los “antirrevolucionarios”. Para fines de 1966, una proliferación de guardias rojas y grupos de “rebeldes rojos” habían abandonado sus fechorías contra las embajadas extranjeras para ir a terrenos hasta entonces prohibidos: las fábricas y el campo. “Los comités de tomas de control” trataron de echar a los administradores establecidos en las fábricas, al mismo tiempo que los imitaban en mandar y ordenar a los obreros y prohibir las huelgas. Pronto, no sólo la prensa occidental sino la prensa oficial china hablaba de “guerra civil”.

Pero ¿dónde estaba esta guerra civil? ¿En Sinkiang, donde las unidades del ejército desobedecieron a los comités de tomas de control? ¿En un “puñado” de antimaoístas en el seno del partido comunista? Y si sólo existía en la imaginación febril de Mao, ¿cuál era el propósito? ¿Qué condiciones objetivas obligaron a transformar la revolución cultural en lo que Hegel hubiera podido llamar “un torbellino de perpetuo desorden que

se auto-genera”? ¿Hasta qué grado su desorden era su orden, es decir, planeado desde arriba? ¿Hasta qué punto su dialéctica interna la había impulsado más allá de los límites establecidos?

Tanto la prensa antimaoísta burguesa, como los maoístas y sus apologistas coinciden en describir a la revolución cultural como una “segunda revolución”.³⁰⁰ Los analistas burgueses pintan a Mao como a un hombre con la vista nostálgica en los días de la Larga Marcha, que cae a veces en la paranoia. Los maoístas y sus apologistas pintan un retrato de Mao (existen ochocientos cuarenta millones de cuadros de él)³⁰¹ siempre joven, siempre hacia adelante, siempre combatiendo a los burócratas del partido, del Estado y del ejército que conducirían a la nueva generación del camino de la “revolución ininterrumpida” al camino del revisionismo.

Es difícil encontrar información fidedigna, basada en hechos, sobre los acontecimientos en China. Pero el valor de esta descripción de una “segunda revolución” puede ser documentada. Lo que se necesita es, primero, ver a China en su contexto mundial, especialmente en el periodo inmediatamente anterior a la revolución cultural y, después,

guardarse cualquier suposición previa con el fin de poder seguir la dialéctica de la revolución cultural en y por sí misma. Esto es de particular importancia porque los orígenes de la revolución cultural están indisolublemente ligados al curso de la guerra de Vietnam.

El año crucial: 1965.

Cuando Mao subió al poder en China, no vio ninguna necesidad de propugnar la participación de las masas en ninguna “revolución ininterrumpida”. En efecto, no fue sino hasta siete años más tarde, en 1966, que vio la necesidad de convocar a un Congreso del Partido Comunista Chino, cuya última reunión había sido once años antes, en 1945. El

³⁰⁰ “La Segunda Revolución de Mao”, K.S. Karol, *New Statesman*, sept. 1966. El Sr. Karol se deshizo en explicaciones acerca de la deificación del pensamiento de Mao, y por qué es necesario para preservar “la legitimación de la Revolución China y la perspectiva socialista que ha abierto ante el país”. Ver la introducción a su libro sobre China, reimpreso con el título “Why the Cultural Revolution?”, *Monthly Review*, sept., 1967.

³⁰¹ *Peking Review*, No. 31, Julio 28, 1967: “Más de ochocientos cuarenta millones de copias de retratos del Presidente Mao, o sea más de cinco veces el número producido en los dieciséis años anteriores, han sido publicado en los once meses: desde julio de 1966 hasta fines de mayo de 1967... Hay treinta y tres retratos diferentes del gran líder del pueblo del mundo”.

Congreso de 1956 declaró que China era un “Estado capitalista”,³⁰² formulación con la cual esta autora está de acuerdo. En el lapso de un mes, estalló la Revolución Húngara que repercutió en China³⁰³ con voces de protesta, ante lo cual Mao elaboró el Gran Paso Adelante que llevaría a China “directamente al comunismo” saltándose la etapa tanto del capitalismo como del “socialismo”. En vez de alcanzarlo, llevó al país al borde de la hambruna. Poco después, Mao dejó de ser jefe de Estado, pero siguió siendo presidente del Partido Comunista Chino.

La decisión de los Estados Unidos de bombardear Vietnam del Norte en febrero de 1965, puso al mundo comunista a prueba. China, que se había mostrado al mundo como la fortaleza sitiada, tuvo que enfrentar el hecho de que el imperialismo norteamericano había transformado a Vietnam del Norte en una auténtica fortaleza sitiada. La visita de Kosiguin a Pekín inmediatamente después, pareció anunciar un acercamiento de las filas comunistas, o cuando menos un frente unido para ayudar a Hanoi. Pero nada de eso ocurrió. Mao tenía una perspectiva bien diferente, para él, el año de 1965 habría de ser el punto decisivo en la lucha por el dominio mundial, proyectando un eje: el Pekín-Yakarta frente al eje EE. UU. – OTAN y el eje Moscú–Varsovia. Nada que interfiriera con esa perspectiva y estrategia podía permitirse, mucho menos un frente unido con Rusia para ayudar a los vietnamitas a luchar contra el imperialismo de los Estados Unidos. Mientras los otros estaban prestos a elaborar perspectivas mundiales, una vez que la estrategia del eje Pekín-Yakarta se desintegró, Mao se no dio su brazo a torcer más en su concepción propia y singular de China como el centro y único líder de la “revolución mundial”, a la cual Vietnam debía ser subordinado.

En septiembre de 1965 fracasó una intentona golpista contra los dirigentes de Indonesia. El 1 de octubre, los militares iniciaron un baño de sangre contra los comunistas y otros opositores que resultó ser una masacre de cientos de miles. Cualquier perspectiva de un eje Pekín-Yakarta quedó aplastada para el futuro previsible. A pesar de intentos más recientes³⁰⁴ de rescribir a la historia del Partido Comunista Indonesio, en octubre de 1965, ni siquiera Mao pudo idear una manera de echarle la culpa del desastre más grande de la historia comunista, al “revisionismo ruso”. Aidit, el líder del

³⁰² Documentos de la 1ª Sesión del Primer Congreso Popular Nacional de la República Popular China, Imprenta de Lengua Extranjera, Pekín, 1955.

³⁰³ La mejor obra es *La campaña de las cien flores y los intelectuales chinos* por Roderick Macfarquhar, N. Y., Praeger, 1960.

³⁰⁴ *Peking Review*, No. 30, julio 2, 1967.

Partido Comunista Indonesio, había alineado a su partido con China tan pronto como Mao subió al poder. Peng Chen reconoció que la ascendencia de Aidit databa de su aceptación del maoísmo.³⁰⁵ Si la línea del Partido Comunista Indonesio se caracterizaba por el colaboracionismo de clase más que por la lucha;³⁰⁶ si la “coexistencia pacífica” estaba en la base de todas las acciones del Partido Comunista Indonesio, este estaba bajo la dirección del Partido Comunista Chino. En suma, el colapso del eje Pekín-Jakarta fue el resultado no sólo del terror contrarrevolucionario en Indonesia sino de la línea colaboracionista de clase del Partido Comunista Indonesio que pavimentó el camino. Y esa línea era dirigida desde Pekín.

Para Mao, la crisis de Indonesia fue una prueba de la habilidad de su Comité Central para sacar “las conclusiones correctas”. Aparentemente muchos de los miembros desaprobaron el examen. No sólo hubo presión por parte de partidos comunistas en el exterior, incluyendo el de Corea del Norte, para formar un frente unido con Rusia, sino que se llegó a saber, a través de informes filtrados del Partido Comunista Japonés, que Liu Shaoshi no era el único dirigente chino que presionaba para que dicho frente se formara. Para Mao este fue el límite. Sus propios cuadros no habían comprendido cabalmente la fábula de “sentarse en el monte y ver a los tigres pelear”. Los rusos sí lo entendieron: “De todo esto resulta claro que los dirigentes chinos necesitan una larga guerra en Vietnam para mantener las tensiones internacionales... Todo parece indicar que esa es una de las metas de la política de los líderes chinos en la cuestión de Vietnam para originar una confrontación militar entre la Unión Soviética y los Estados Unidos”.³⁰⁷ El Comité Central Chino, sin embargo, estaba por descubrir todavía quien era su verdadero enemigo.³⁰⁸

No es extraño que la Revolución Cultural hubiese venido cojeando a pasos descompasados, restringida a las artes. La directiva necesitaba una sacudida, un endurecimiento o ser descartada. Mao decidió “desaparecer”.

La prensa china y los periódicos murales revelan ahora que durante el periodo crítico entre noviembre de 1965 y mayo de 1966, cuando Mao se

³⁰⁵ *Peking Review*, junio 4, 1965. Reimpreso en discursos de Aidit y Sukarno.

³⁰⁶ Ver mis artículos: “El comunismo indonesio: Un caso de la descomposición del comunismo mundial” en *News & Letters*, oct.-nov. 1985.

³⁰⁷ De una carta “secreta” del Partido Comunista de la Unión Soviética a otros partidos comunistas, publicada en *Die Welt* (Hamburgo) y reproducida en el *New York Times*, el 24 de marzo de 1966.

³⁰⁸ Edgar Snow escribió desde 1962 que “la preocupación de China con los EE. UU. como el enemigo mayor puede virar hacia otro lado”. (*El otro lado del río*, p. 671).

perdió de vista y la prensa occidental especulaba atribuyendo la ausencia a “problemas de salud” o “incluso su muerte”, ello se debía a que se había ido de la “atmósfera opresiva” de Pekín a preparar la Revolución Cultural proletaria. Cuando regresó, estaba listo para enfrentar no sólo los partidos extranjeros sino su propio Comité Central y preparar también a las llamadas Guardias Rojas. Convocó a un pleno del partido, el primero en cuatro años, para el 1º de agosto. La resolución de este organismo dio una respuesta categórica a aquellos que habían hecho un llamamiento para un frente unido con Rusia, por la guerra de Vietnam: “Las sesiones plenarias sostienen que para enfrentar al imperialismo es imperativo oponerse al revisionismo moderno No hay medias tintas... es imperativo denunciar con resolución su verdadera faz como esquirolas (comunistas rusos). Es imposible tener 'acciones unitarias' con ellos”.³⁰⁹

“El revisionismo ruso” no fue el único en ser rechazado. Los otros partidos comunistas del mundo fueron repudiados; cualquiera que no reconociera al Partido Comunista Chino como el único líder del comunismo mundial era denigrado.³¹⁰ Internamente, el título del “camarada en armas más cercano al presidente Mao” pasó de Liu a Lin Paio. Todas las mociones se votaron por unanimidad.

Ahora Mao estaba listo para transformar la Revolución Cultural. Anunció los medios de esta transformación, no en el pleno, sino en un acto de masas en Pekín. Era una “nueva fuerza”, divorciada no sólo de las estructuras legales del ejército de partido único de Mao, sino de la producción misma. Todas las escuelas se cerrarían por un año entero. Los adolescentes desarraigados, con lealtad para nadie más que para Mao, que no conocían ningún otro mundo fuera de la China de Mao, para quienes tanto la historia y la revolución existían sólo en la medida que ellos las iban “haciendo”, serían los encargados de llevar a cabo la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Las Guardias Rojas

³⁰⁹ Tomado de extractos del *New York Times*, del 14 de agosto de 1966. El documento completo puede encontrarse en *Peking Review*.

³¹⁰ China no estaba dispuesta a olvidar la declaración pública que Cuba se había atrevido a hacer sobre los métodos y procedimientos chinos:

“exactamente iguales a los empleados por la embajada de los EE. UU. en nuestro país... nuestro país se había liberado del imperialismo a noventa millas de nuestras costas y no estaba dispuesto a admitir ninguna otra nación poderosa que viniera a imponernos prácticas similares, desde veinte mil kms. de distancia”.

“¡Fusilen a Brezhnev! “¡Quemen a Kosiguin!””. Estos eran algunos de los carteles que llevaban las Guardias Rojas al rodear la embajada rusa en Pekín, marchando, cantando, gritando y molestando a cualquiera que se aventurara a salir a la calle por comida. Pero este no era exclusivamente un acto anti-ruso, era parte del proceso de “endurecimiento” de los chinos y un poco de desorden autogenerado en el país, el cual no era considerado como un precio demasiado alto para alcanzar dicho objetivo.

Cuando el conflicto chino-soviético estalló por primera vez públicamente en 1960, las masas chinas se encontraban confundidas y descorazonadas. Como me dijo un refugiado:

“No teníamos un amor especial por los rusos, había habido muy poco contacto entre rusos y chinos. Pero el régimen mismo siempre había destacado a los rusos como los mejores amigos nuestros, y la *Historia del Partido Comunista* de Stalin había sido tan estudiada como cualquier obra de Mao. Y ahora todo lo que escuchábamos acerca de ellos era que eran “revisiónistas”. De alguna manera, en vez de odio contra los rusos, nos embargó un sentimiento de gran aislamiento”.

A Mao nunca le molestó ningún sentimiento de aislamiento. El está siempre listo para dar un “Gran Paso Adelante” sobre condiciones objetivas, confiado en que la voluntad y el trabajo duro, especialmente el de setecientos millones de seres, pueden hacer milagros: “hacer que un día equivalga a veinte años”. Las normas para ese trabajo milagroso fueron expuestas por el Partido Comunista Chino de la siguiente manera: “Cada persona debe trabajar diez horas y comprometerse con el estudio ideológico dos horas diarias. Tienen derecho a un día de descanso cada diez días...”

Las voces de rebeldía que se escucharon durante el breve periodo de la campaña de “Las cien flores” y después, durante el desastroso “Gran Paso Adelante” que llevó al país al borde de la hambruna, se mantuvieron en silencio durante el conflicto chino-soviético. A pesar de la ausencia de similares manifestaciones de oposición, de todas maneras, Mao insistió en la creación de las Guardias Rojas para su nuevo Gran Paso Adelante.

Mientras que en 1960 las masas chinas estaban descorazonadas por su aislamiento, en 1966 fueron los rusos los descorazonados. Para las Guardias Rojas, el enemigo no sólo era el “revisiónismo ruso” sino Rusia misma. La frase favorita de Mao siguió siendo: “Se aprende a hacer revoluciones haciéndolas de la misma manera que se aprende a nadar, nadando”. A las Guardias Rojas se les decía todos los días que ciertamente estaban “haciendo la revolución”. Tan satisfecho estaba Mao con el trabajo de las Guardias Rojas en los meses de agosto y septiembre que ya estaba pensando en institucionalizarlas.

Este nuevo paso, como su predecesor capitalizado, se tropezó con las mismas condiciones objetivas que había despreciado. En el curso del terror maoísta, la oposición de las masas salió a la superficie. De alguna manera, el “puñado” de antimaoístas había logrado “engañar” a tantos, que la camarilla gobernante tuvo que admitir que “quizás estemos temporalmente en minoría”. Más importante aún, la oposición tenía sus raíces directamente en la producción, en las fábricas y en el campo. De hecho, eran las masas proletarias y campesinas, sin distintivos rojos, sin libros de citas de Mao, pero que se lanzaron a huelgas sin precedentes y se enfrentaron en batallas campales con las Guardias Rojas y sus “comités de tomas de control” que invadían sus fábricas.

Mao, al igual que otros gobernantes capitalistas o comunistas, está tan convencido del atraso de las masas que fue tomado por sorpresa. Al principio dijo que las masas habían sido “engañadas por los economistas, los revisionistas”. Puesto que las Guardias Rojas eran su creación y había estado tan satisfecho de su vandalismo en contra de la “vieja cultura” y “personas de autoridad que tomaban el camino de retorno al capitalismo” durante los meses de agosto y septiembre, ahora tenía que decidir si les permitiría pasar de estos ataques a un asalto de la “administración” de la producción. Permitió la crítica mural de Chou En-lai, quien había pedido a las Guardias Rojas no meterse en la producción ni en las comunas agrícolas. Bandera Roja entonces empezó a escribir en contra de las “falsas” Guardias Rojas que “agitan la bandera roja para atacar a la bandera roja”. Finalmente, tanto el *Diario del Pueblo como Bandera Roja* publicaron editoriales con advertencias a la “industria” de que esta no era sacrosanta.

De todos los mitos creados por la “Revolución Cultural, ninguno más falso que el mito de la confianza y dependencia de Mao en la juventud. Su disposición para alejarse de sus viejos “camaradas de armas” no estaba planeada para abandonar el destino de “la revolución mundial”, centrada en China, en manos de la juventud. Tal y como Mao le había dicho a Edgar Snow en 1965, “la juventud podía negar la revolución”.³¹¹ Sólo el ejército había gozado siempre de su plena confianza. Por otro lado, en ningún momento confió en la juventud, ni dentro ni fuera del poder. Su desconfianza de los jóvenes alcanzó su punto más álgido en 1958 cuando quedó claro que ellos estaban al frente de la oposición tanto de su pensamiento en la campaña de las cien flores como de su Gran Paso

³¹¹ La entrevista de Edgar Snow en enero de 1965 fue publicada en *The New Republic*, 27 de febrero de 1965.

Adelante. Los mandó a construir las presas, no a prepararse para ser los “cuadros gobernantes”. No hay ningún país del mundo en el que la dirección esté en manos de personas tan viejas. La edad promedio de los miembros del Buró Político es cerca de los setenta años; incluso los miembros suplentes promedian sesenta y tres años. Por un momento, en 1964, pareció que Mao confiaría alguna responsabilidad seria a la organización de las juventudes comunistas cuando les habló de “las generaciones sucesoras”. Sin embargo, incluso ese breve momento fue eclipsado por la consigna: “Aprendan del ejército”. Y de hecho, durante todo el año 1965, fue el ejército a quien debía emularse, especialmente por su “estudio del pensamiento de Mao”. No sólo se descartó el plan, sino toda la organización juvenil, cuando de repente, o así lo pareció, se crearon las Guardias Rojas.

Lejos de probar la inquebrantable confianza de Mao en la juventud, la formación de las Guardias Rojas fue una manifestación de su idea de que el país, incluyendo la juventud, tenía que ser “sacudido”, viviendo y durmiendo con “el librito rojo” a su lado.

En esta sacudida nadie sabe cuantos fueron detenidos, encarcelados, torturados o incluso asesinados; hay cálculos que llegan hasta los sesenta mil presos y miles de golpeados hasta la muerte”,³¹² pero los rumores de la “indisciplina”³¹³ de las Guardias Rojas ahora, no augura nada bueno para ellos. En todo caso, las masas, trabajadores y campesinos, se levantaron contra el nuevo terror. Comenzaron las amargas y sangrientas batallas y nada podía ayudar mucho. El punto de no retorno se había alcanzado y con él vino el diluvio. Pronto la prensa occidental y de la propia China hablaba de “guerra civil”.

En realidad, lo que sucedió fue una especie de “guerra civil preventiva”, provocada deliberadamente por Mao. Pero al provocarla selló el destino de su régimen. El resultado inmediato de esa lucha no puede afectar dicho destino. Al desatar esa lucha dejó al descubierto no sólo las

³¹² Stuart Schram, analista simpatizante de China, destacando los grandes logros de Mao, hizo este cálculo en la edición de 1967 de su *Mao Tse-tung*. Las declaraciones oficiales hablan sólo de “masas”, sin dar cifras exactas del número de arrestados, y golpeados, menos de los muertos.

³¹³ Cuando la Sra. Mao Tse-tung atacó por primera vez a las Guardias Rojas el 26 de septiembre de 1967, les dijo: “Es un error alborotar en las calles. El año pasado fue el momento de encender las Llamas de la revolución. Lanzarse a las calles ahora es un error”. Para diciembre de 1967, Lin Piao les recordó a las Guardias Rojas que el Ejército Rojo los “aprecia” y por lo tanto deben obedecer y exponer sus propios defectos “egoístas”.

divisiones en el seno del círculo gobernante sino las divisiones de clase entre los gobernantes y los gobernados. Mao se ve atrapado en las condiciones objetivas de un mundo dividido entre dos y sólo dos potencias industriales gigantes. Él no tiene la ventaja que tuvo Stalin: el uso de los partidos comunistas del mundo como “embajadas” de su política exterior. Él no tiene confianza en el proletariado mundial y el proletariado chino no tiene confianza en él. Ya acabaron con los “Grandes Pasos Adelante” que sólo los retrasaron. En esta situación, tomar los elementos desarraigados y transformarlos en instrumentos de la camarilla gobernante es la única respuesta, y no es ninguna. Mao, sus herederos y sus “revolucionarios culturales” no pueden escapar a la no-viabilidad del sistema capitalista de Estado que han creado, cuyo producto final es el “pensamiento de Mao”.

¿Revolución o regresión?

Algunos revolucionarios imaginativos están prestos a perdonarle a Mao todos los crímenes y dejar algunas páginas del libro en blanco para los que pueda inventar más tarde, sobre la base de que se es enemigo del imperialismo norteamericano, enemigo principal de la revolución mundial. Ignoran las divisiones de clase elementales dentro de cada país, incluyendo a China y ligan sin ninguna lógica los contrarios: guerra y revolución.

Las guerras son la especialidad de Mao. Él conoce los problemas con mucha más intimidad de lo que conoce el marxismo y en la guerra de guerrillas es un genio. Pero los problemas a los que se enfrenta ahora en casa, en sus fronteras con Rusia³¹⁴ y en la lucha contra el “revisionismo ruso”, no pueden ser resueltos por guerras de guerrillas. Ni dentro ni fuera de su país está dirigiendo la batalla en contra de los enemigos más odiados: la clase dominante que él mismo representa o una potencia imperialista de ocupación.

Más bien la lucha de Mao en el interior está dirigida contra las masas chinas y en el exterior contra Rusia. El mundo no se había enterado del conflicto chino-soviético hasta el año 1960, sin embargo, el precio de Mao por haber ayudado a Rusia a aplastar la Revolución Húngara y por ofrecer resistencia al desafío de Polonia frente al liderazgo de Rusia en el mundo comunista, fue el Pacto Nuclear de 1957. Fue “en el espíritu de *Camp David*” cuando Jruchov se negó, después de haberlo prometido, a compartir

³¹⁴ “Las tensiones en la frontera chino-soviética”, por A. Doak Barnett. *Look*, oct. 3, 1967, con un mapa de las fronteras adquiridas, según China, por “tratados injustos”.

la tecnología nuclear de Rusia con China, que Mao se violentó en contra de la política de la “coexistencia pacífica” que había diseñado en Bandung. Mao sustituyó la política de la “coexistencia pacífica” por una declaración que daba a entender que los países subdesarrollados eran “los centros de emanación de la revolución mundial”. Durante el periodo de 1960-1964, mientras estas batallas ideológicas dividían a los partidos comunistas, China en realidad se estaba concentrando en la creación de su propia fuerza de golpe. La primera explosión atómica de China, en 1964, tuvo lugar en vísperas de la caída de Jruchov. Al año siguiente, su respuesta a aquellos que querían entrar en acciones conjuntas con Rusia en el momento que los Estados Unidos empezaron a plagar de bombas a Vietnam del Norte, fue diseñar “un nuevo tipo de organización espontánea” (las Guardias Rojas) que le enseñaría a su directiva cómo es la “revolución mundial” centrada en China.

Para algunos estudiosos de China, el objetivo de Mao al formar las Guardias Rojas era crear “una organización nueva con resguardos internos contra la burocracia”,³¹⁵ como si un nuevo tipo de organización pudiera crearse por decreto. Los que mezclan la erudición con la apología nos dicen –en las palabras de un apologista– que Mao siempre le ha temido al “poder burocrático concentrado”. Resulta difícil creer que a un hombre que encabeza un vasto Estado totalitario, capaz de improvisar una organización paramilitar de la noche a la mañana, le repugne tanto el poder burocrático. No menos difícil es creerle al escritor que ve “algo profundamente antiorganizativo” en la formación de las Guardias Rojas. Pero entonces, el Prof. Schurmann pensó que el propósito de las sangrientas purgas rusas en los años treinta era adelantar para que los hijos de los trabajadores llegaran a posiciones de cuadros en todos los niveles del sistema organizativo. Y ahora considera que “los hijos y las hijas de los pobres están alcanzando posiciones directivas en China”.³¹⁶ Qué contraste con el testimonio de un

³¹⁵ *Mao Tse-tung*, por Stuart Schram (Penguin, 1967). El análisis con mayor perspectiva del rasgo nacional del comunismo chino es un estudio del fundador del marxismo chino: Li Tt-Chao and the Origins of Chinese Marxism (Li Tt-Chao y los orígenes del marxismo chino), de Maurice Meisner (Harvard, 1967).

³¹⁶ Franz Schurmann en su obra principal, *Ideología y organización en la china comunista*, dice modestamente en su introducción: “Escribir este libro ha sido como la Revolución China, un largo proceso coronado por un acto”. Pero a pesar del trabajo de siete años, en documentos chinos, japoneses y malayos, este “acto” no analizó el ejército. La obra estaba a punto de ir a la imprenta cuando Lin Piao hizo su famoso discurso sobre “la guerra del pueblo”, comparando a las naciones industriales con la ciudad y a los países subdesarrollados al campo que rodea a la

joven refugiado de la China de Mao, quien me dijo que las condiciones de vida eran tan malas que los estudiantes africanos que iban a China parecían ricos en comparación con ellos: “Nos interesaba mucho su llegada, sus países, sus revoluciones, pero no se nos permitía confraternizar con ellos. Se les apartó como en *ghettos* tanto en sus viviendas como en cualquier tipo de intercambio social. Nosotros también queríamos pedirles cosas que nos faltaban y se nos impidió hacerlo también. Nos sentíamos muy frustrados. Sentí como nunca antes que las cosas iban para atrás”.

En esta era de capitalismo de Estado, la revolución y la contrarrevolución están tan vinculadas que incluso los que entienden la relación del pensamiento a las condiciones objetivas hablan del “fervor revolucionario” y del “voluntarismo revolucionario” de Mao. Hegel, en vez de ensalzar el estoicismo, lo veía como “una forma general del espíritu del mundo sólo en una época de temor y servidumbre universales”.³¹⁷ Marx vio la necesidad de escuchar a los impulsos de una nueva fuerza, objetivamente revolucionaria: el proletariado, y trascender las ideas de otros, ya fueran idealistas burgueses, golpistas radicales o voluntaristas anarquistas, antes de que pudiera elaborarse una verdadera filosofía revolucionaria de la liberación. Lenin vio la necesidad de mostrar que aunque “los pequeños burgueses, en un frenesí, puedan querer también aplastar al Estado”, lo que distinguía a la violencia bolchevique era que “nosotros reconocemos sólo un camino: los cambios desde abajo. Queríamos que los trabajadores mismos establecieran, desde abajo, los nuevos principios de las condiciones económicas”.³¹⁸ En contraste con esos descubridores de la dialéctica del pensamiento y de la dialéctica de la liberación, hombres que no podían

ciudad y gana, tal y como Mao ganó en China. El Prof. Schurmann corrió a la imprenta como si el ejército nunca hubiera existido antes del discurso de Lin: “Después de acabar este libro me di cuenta que había omitido un renglón importante de organización: el ejército”. Para entonces, otro “renglón de organización”, había surgido: las Guardias Rojas, y esta vez estaba listo con un análisis. Parece que “miles de jóvenes estudiantes se reunieron en las calles y formaron las guardias de defensa rojas” (*New York Riview*, oct. 20, 1966). Desde que prestó testimonio acerca del espontaneísmo de este movimiento de masas, ha escrito por doquier sobre la tesis de que “Mao Tse-tung siempre ha temido el poder burocrático concentrado y la actual purga puede decirse que se conforma a su enfoque general de la política”. No logra aclarar por qué todos “los temores internos contra la burocracia” requirieron las purgas o las “Guardias Rojas espontáneas”.

³¹⁷ *Fenomenología del espíritu*, p. 123

³¹⁸ *Obras escogidas*, tomo VII, p. 377.

concebir el hecho de moldear la historia sin un “sujeto”, hoy día los revolucionarios originales creen que es suficiente que “el comandante supremo y el gran timonel” ordene el cambio social, para que éste se produzca. Pero ¿es esa la revolución? ¿o la liberación?

Ellos ven al “revisonismo ruso” como el enemigo. El comunismo ruso naturalmente, no sólo ha revisado el marxismo sino que lo ha transformado en su contrario. Pero ese contrario es el fundamento mismo del “pensamiento de Mao”. En su más reciente, más básico³¹⁹ y más revolucionario desafío al “revisonismo ruso”: “Una proposición referente a la línea general del movimiento comunista internacional”, Mao dice:

“Durante un largo periodo histórico después que el proletariado toma el poder, la lucha de clases continúa como una ley objetiva, independiente de la voluntad del hombre... Durante décadas o más... durante un periodo histórico entero... hay clases y lucha de clases en todos los países socialistas sin excepción”.

Repite este tema una y otra vez, concluyendo que tal vez siga siendo vigente “hasta por un siglo”.

Pero, si las clases y las luchas de clase continúan bajo el “socialismo”, ¿cuál es el sentido de derrocar al capitalismo? Ciertamente no ha habido desviación más fatal proclamada como “principio del marxismo-leninismo”. Esta no es una teoría de la revolución, es una teoría de la regresión, tanto más grave cuanto que es proclamada no en nombre del fascismo sino del marxismo-leninismo.

Mao siempre ha propuesto “la lucha prolongada”, elevándola al nivel de teoría. Pero para las masas esto no es teoría, es el peso de la explotación que han tenido que soportar en todas las sociedades clasistas, con la diferencia de que no se le llamaba “socialismo”. Un refugiado comunista, después de hacer un relato del trabajo durante “El Gran Paso Adelante” (“el trabajo más primitivo que se pueda imaginar, como si fuéramos a construir una presa a mano. Carecíamos de herramientas tan simples como poleas de aparejo para levantar piedras pesadas. Teníamos que cargarlas y acomodarlas a base de pura fuerza bruta”), insistía que lo peor no era el trabajo, sino las reuniones de discusión que venían después:

³¹⁹ La Resolución del Pleno de agosto de 1966 reitera esto como “el documento programático” que debe seguir siendo estudiado puesto que da un “análisis científico marxista-leninista de una serie de cuestiones importantes referentes a la revolución mundial de nuestra época...”

“No sabíamos que era lo más duro: el trabajo, la comida o las reuniones. Teníamos que describir lo que hacíamos cada día y teníamos que hablar de nuestra actitud frente a ello. Aunque yo me había ofrecido como voluntario para el trabajo –el Gran Paso Adelante me pareció fabuloso en Peita (Universidad de Pekín). Yo comenzaba a sentir como si todo nuestro trabajo fueran trabajos forzados, guardaba silencio, pero no siempre podía uno quedarse callado, ya que cuando no se hablaba, el dirigente del grupo le preguntaba después de la reunión, por qué no había hablado. Me sentía como una hormiga, no sólo por la labor irreflexiva (que no requería pensar) sino porque tantas veces decía uno “sí” cuando quería decir “no”. ...Más aún, mi propia experiencia interfería en el estudio del pensamiento de Mao, no coincidía, ni había correspondencia entre la teoría y la práctica, pero no me atrevía a decirlo, ni en voz alta ni a mí mismo”.

Un espectro acosa a Mao: el espectro de la revolución húngara. Hasta el día de hoy presume de haber instado a Jruchov a enviar los tanques a Budapest y la China de Mao se ha opuesto constantemente al humanismo de Marx:

“Algunos revisionistas y académicos burgueses modernos describen al Marxismo como humanismo y llaman a Marx un humanista... En particular, hacen uso de algunos conceptos de 'alienación' expresados por Marx en sus *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844. En la etapa temprana del desarrollo de su pensamiento Marx y Engels estaban, en efecto, algo influenciados por ideas humanistas... Pero cuando formularon la concepción materialista de la historia y descubrieron la lucha de clases como la fuerza motriz del desarrollo social, inmediatamente se abandonaron de esta influencia”.³²⁰

Un documento básico de la Revolución Cultural: “A elevar muy alto la gran bandera del pensamiento de Mao Tse-tung y llevar a cabo la Gran Revolución Cultural Proletaria hasta el final”, admite abiertamente: “si no se tomaran serias medidas para remodelarlos (a los intelectuales) estarían destinados a convertirse en el futuro, en grupos semejantes al club *Petofi* húngaro”.³²¹

³²⁰ La Cuarta Sesión Ampliada del Comité del Departamento de Filosofía y Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de China, celebrada el 26 de octubre de 1963, fue dedicado especialmente a este problema. Ver: *Las tareas de lucha confrontan a los trabajadores en la filosofía y las ciencias sociales* (Pekín, 1963).

³²¹ *Peking Review*, citada por Ellis Joffe en su importante artículo “La Revolución Cultural o la lucha por el poder”, *China Quarterly*, julio-septiembre

Las Guardias Rojas estaban encargadas de ser los agentes de dicha “remodelación”. Habían sido formados fuera de la estructura del Partido Comunista Chino, no tanto para luchar contra “la burocracia” como para forzar a los de arriba y a los de abajo a enfrentar las realidades impuestas por la posición de China en un mundo dividido entre dos naciones industrialmente avanzadas. En tal mundo, un país atrasado tecnológicamente como China que no tiene ninguna perspectiva de la revolución mundial “en nuestra época” se siente obligado a conducir a las masas con mucho más rigor y fuerza. Bajo el capitalismo privado esto se conocía como la acumulación primitiva; bajo el capitalismo de Estado, que se llama a sí mismo comunismo, se denomina “luchando contra el interés personal”³²² en el interior y, externamente, “el pensamiento de Mao Tse-tung ilumina al mundo entero”.³²³ El país que ahora ilumina se halla hundido ya en la barbarie y depravación de las ejecuciones públicas televisadas. El “interés personal” al que ahora se opone no es tanto el de “la persona de autoridad que está tomando el camino de retorno al capitalismo” sino a los intereses de las masas chinas, incluyendo a aquellos que ahora califican de “falsos” Guardias Rojas: “luchas de masas con las masas en gran escala, paros en el trabajo... lucha armada en contra de las verdaderas Guardias Rojas”. Al empezar el año de 1968, la cuestión no se ha resuelto a pesar del mando del Ejército, ese restaurador permanente del orden de clases, no todos los grupos rivales de las Guardias Rojas en las fábricas y comunas se han incorporado a un solo “órgano basado en el sistema”. Mientras que Mao, en su 74º aniversario, se aferra a su “teoría de la revolución” de que el éxito del socialismo “requiere de uno a varios siglos”, las masas sólo ven la regresión por ese camino. He aquí como lo expresa un refugiado de la China de Mao:

1966, que tiene una sección especial sobre “China a mediados de 1966”. Especialmente importante en los aspectos culturales del artículo, “La caída de Chou Yang” por Merle Goldman quien acaba de publicar una obra excelente que no se limita a la actual Revolución Cultural.

³²² *Peking Review*, 24 de noviembre y 1 de diciembre de 1967. Ver también el artículo de Hong Kong por Charles Mohr en el *New York Times*, 31 de diciembre de 1967.

³²³ El 26 de diciembre, el aniversario de Mao, la agencia de prensa oficial de China anunció que no menos de medio billón de copias de los escritos de Mao se han publicado este año en veintitrés idiomas. Señalaba con orgullo que mientras antes de la Revolución Cultural sólo trece plantas estaban publicando sus obras, ahora hay ciento ochenta plantas que publican en lenguas extranjeras también.

“Regresión, eso es lo que es, realmente es lo que es. Mao es un retrógrado. Esa es la palabra que me faltaba cuando dije que todo me parecía estar girando hacia atrás. Esa palabra no se había hecho presente en mi conciencia porque yo tenía miedo de sus consecuencias. Pero la regresión es lo que realmente resume el pensamiento de Mao... Las tendencias humanistas son muy fuertes entre los chinos y pueden levantar sus espíritus una vez más. Yo creo que la juventud está lista para hacer una nueva revolución”.

Tenga o no razón la estudiante de la Universidad de Pekín en su análisis de la situación actual resulta evidente que las fuerzas desatadas por la “Revolución Cultural” no están aún silenciadas. Y la última campaña de Mao contra el concepto “ultraizquierdista” de “dudarlo todo y demolerlo todo”, es prueba de que la “Revolución Cultural” ha trascendido los confines establecidos originalmente.

"**M**arxismo y libertad de Dunayevskaya, va más allá de las interpretaciones anteriores. No sólo muestra que la economía y la política marxista son filosofía pura, sino que esta última es a su vez economía y política, desde el principio".

Herbert Marcuse,
Prefacio a *Marxismo y libertad*

Los lectores de Raya Dunayevskaya (1910-1987), no encontrarán en ella ni a una académica desapasionada, ni a una marxista de gabinete. Siempre fue una apasionada filósofa de barricadas que estuvo ocupada en un constante diálogo filosófico con Hegel, Marx y Lenin, mientras se sumergía en las luchas sociales y de clases de su tiempo: la lucha y las rebeliones de los negros por los derechos civiles, los levantamientos obreros en las minas de carbón y los establecimientos de autos, el movimiento emergente por la liberación de la mujer y la multiplicación del movimiento juvenil contra la guerra. Su prosa, al mismo tiempo de rigor filosófico y de profundidad en sus análisis, se expresaba en un lenguaje de compromisos revolucionarios, partidistas, provocativos y muy distantes de la neutralidad. Leer a Dunayevskaya es estar en compañía de alguien que está pensando en el futuro, no como un proyecto utópico, sino como el producto de las pasiones humanas y las fuerzas del momento, que son las masas en movimiento. Ella estuvo activamente comprometida con los movimientos de su tiempo.

Las relaciones de Raya Dunayevskaya con América Latina mantenidas por un periodo de medio siglo tuvieron sus inicios en 1937, cuando con 27 años de edad vino a la ciudad de México a encontrarse con León Trotsky y trabajar como su secretaria de idioma ruso. Fue la rimerá traductora al inglés de los *Manuscritos económico-filosóficos de 1884* de Marx y de los *Cuadernos filosóficos* de Lenin sobre la Ciencia de la lógica de Hegel. Es autora de *Filosofía y revolución: de Hegel a Sartre y de Marx a Mao*; *Rosa Luxemburgo, la liberación femenina y la filosofía marxista de la revolución y Liberación femenina y la dialéctica de la revolución: tratando de alcanzar el futuro*.



Colección
Argumentos

ISBN: 968-476-607-6



9 789684 766075